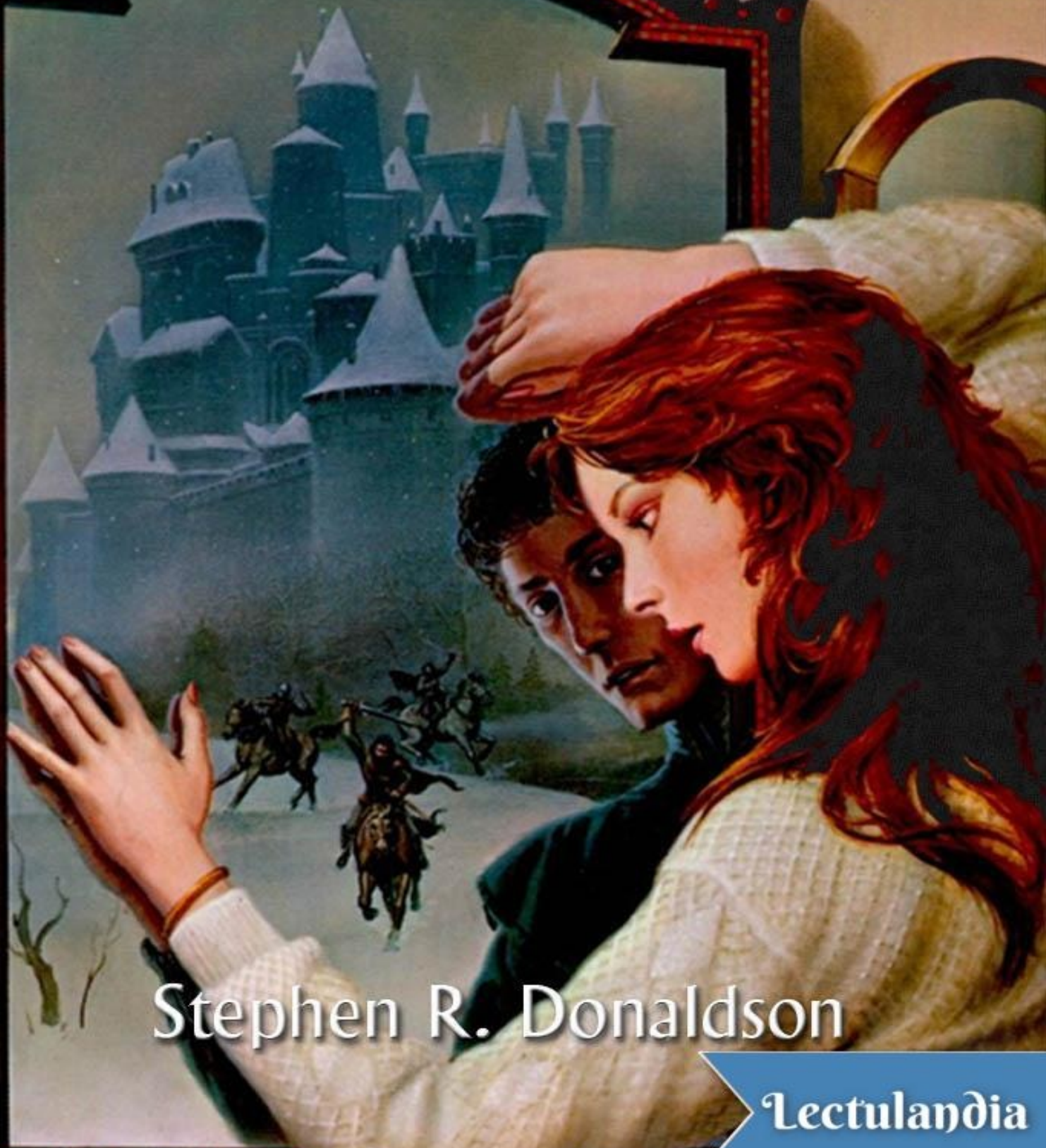


La necesidad de Mordant I

# EL ESPEJO DE SUS SUEÑOS



Stephen R. Donaldson

Lectulandia

Terisa Morgan se consideraba una mujer vulgar. De hecho, a veces incluso dudaba de la realidad de su propia existencia. Secretaria en una destartalada misión frecuentada por viejos y miserables, llevaba una vida anodina y solitaria. Por eso, aquella noche, mientras se preparaba para pasar otra deprimente velada sola, sufrió la mayor sorpresa de su vida cuando, al mirarse en uno de los muchos espejos que cubrían las paredes de su apartamento y le daban un poco más de sentido a la realidad de su vida, observó al otro lado a un apuesto joven. Y la sorpresa fue mayor aún cuando se dio cuenta de que no se trataba de un reflejo, sino que el joven estaba realmente al otro lado. Y la sorpresa se convirtió en estupor cuando el espejo se hizo bruscamente añicos, y de pronto aquel extraño joven estuvo en su misma habitación...

Así se inicia otra gran fantasía de Stephen R. Donaldson, el cual nos sumerge en un escenario mágico donde la Imagen es algo a lo que hay que temer, los espejos no son lo que parecen, y donde la terrible necesidad de todo un reino, Mordant, hace que la Cofradía de Imageros acuda desesperadamente a otro universo en busca de un campeón que les ayude a solventar su terrible problema. Sólo que este campeón no es el que esperaban, y, además, es una mujer...

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

# El espejo de sus sueños

La necesidad de Mordant

ePUB v1.0

Lightniir 03.04.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *El espejo de sus sueños*  
Stephen R. Donaldson, Noviembre de 1989.  
Traducción: Domingo Santos  
Diseño/retoque portada: Lightniir

Editor original: Lightniir (v1.0)  
ePub base v2.0

A Ross McGuire Donaldson:  
por amor,  
risas,  
y la suficiente dignidad.

Impregnada en el vacío de sus sueños,  
del marco de un espejo vacío,  
un hombre cabalga a través.  
—John Myers Myers, Silverlock

## Terisa y Geraden

La historia de Terisa y Geraden empezó de una forma muy parecida a una fábula. Ella era una princesa en una alta torre. Él era un héroe venido a rescatarla. Ella era la hija única de la riqueza y el poder. Él era el séptimo hijo del señor del séptimo Care. Ella era hermosa desde el pelo castaño rojizo que coronaba su cabeza hasta las puntas de los blancos dedos de sus pies. Él era apuesto y valeroso. Ella era mantenida prisionera por un encantamiento. Él era un intrépido rompedor de encantamientos.

Como en todas las fábulas, estaban hechos el uno para el otro.

Desgraciadamente, sus vidas no eran tan sencillas.

Por ejemplo, la alta torre de ella era un lujoso edificio de apartamentos en Madison, a unas pocas manzanas del parque. Disponía de dos dormitorios (uno de ellos una «habitación de invitados», completamente amueblada y completamente sin usar), un espacioso salón con una impresionante vista al oeste, un comedor separado con una larga mesa de madera negra pulida donde se hubieran reflejado encantadoramente las velas si ella hubiera tenido alguna vez una razón para encenderlas, y el tipo de immaculada cocina moderna que aparece en los catálogos de remodelado de viviendas.

Su casa le costaba a su padre lo que la gente con la que trabajaba hubiera calificado como «una pequeña fortuna», pero valía hasta el último centavo. Los guardias de seguridad en el vestíbulo y las cámaras de televisión de circuito cerrado en los ascensores la mantenían segura; y, puesto que vivía allí, no estaba vagabundeando pasivamente por su casa, contemplándole a él y a sus socios comerciales y a sus mujeres con aquellos grandes ojos castaños y tristes que parecían demasiado inertes, o incluso demasiado estúpidos, para expresar lo que él veía en ellos: la conciencia de una falta de amor que consideraba todos aquellos mimos y gastos como una forma de desatención. Así que él se sentía feliz de librarse de ella.

Y ella pensaba que ella, a su vez, se sentía feliz de vivir allí porque todas las facturas estaban pagadas, y podía permitirse el lujo de trabajar en la única cosa en la que se sentía competente, el único trabajo en el que creía que su vida valía para algo: era la secretaria de un moderno asilo de beneficencia, una misión encajada en un pequeño gueto a sólo quince minutos a pie desde las brillantes ventanas y la gloria reflejada de su edificio de apartamentos; y mecanografiaba cartas con suaves explicaciones y peticiones, cartas vagamente desesperadas, para el viejo desorientado que dirigía la misión.

También creía que era feliz de vivir donde vivía porque había podido decorar ella misma las habitaciones. Aquello había sido un proceso lento porque no estaba acostumbrada a tanta libertad, a tanto control sobre su entorno; pero, al final, lo que resultó fue que su dormitorio, su sala y su comedor quedaron decorados

completamente con espejos. Los espejos tenían una seductora belleza que le hablaba..., pero no era ése el motivo. El motivo era que no había virtualmente ningún ángulo en el apartamento desde el que no pudiera verse a sí misma.

Así sabía que existía.

Cuando dormía, su mente quedaba vacía, tan desprovista de sueños como una lámina de cristal. Y, cuando estaba despierta y se movía a través de su vida, no captaba ninguna diferencia en absoluto con nadie. Incluso los hombres que podían considerarla hermosa o deseable no parecían verla cuando pasaban a su lado por la calle, tan inexistente era para ellos. Nada a su alrededor, o en ella, se reflejaba sobre ella misma. Sin sueños —y sin ningún efecto—, no tenía ninguna evidencia de que fuera un ser material, que estuviera realmente presente en su mundo.

Sólo sus espejos le decían que estaba allí: que tenía un rostro capaz de expresión, con unos ojos castaños redondos, blandos y tristes, una nariz bien perfilada, y el asomo de una hendidura como un hoyuelo en su barbilla; que su cuerpo era de un tipo que las revistas alababan; que tanto su rostro como su cuerpo hacían lo que se requería de ellos.

Era completamente inconsciente del encantamiento que la retenía prisionera. Después de todo, no era más que un hábito mental.

En cuanto a Geraden, estaba un poco en mejores condiciones.

Era sólo un Apr de la Cofradía de Imageros —es decir, un aprendiz—, y le había sido adjudicada una tarea que hubiera sido una amenaza para un Maestro. De hecho, la opinión de la Cofradía estaba ampliamente dividida acerca de su elección. Algunos de los Maestros insistían en que aquella tarea le correspondía a él porque todas sus interpretaciones del augurio parecían implicar que él era la única elección posible, el único entre ellos que podía tener éxito. Otros argumentaban que debía serle dada la tarea porque era el único de su clase que era completa e irremediabilmente sacrificable.

Aquellos que afirmaban que el acto de traer a la existencia un campeón era inherentemente inmoral eran considerados secretamente serviles aduladores del viejo senil, el Rey Joyse..., y de todos modos eran sólo una pequeña minoría dentro de la Cofradía. Al parecer, todas las interpretaciones del augurio indicaban que el reino no podía ser rescatado de aquel peligro en el que se hallaba inmerso sin acceder a un campeón traído a la existencia a través de la Imagería. Pero cómo debía producirse esa traslación —y, de hecho, quién debía ser ese campeón— era menos seguro.

Los Maestros que consideraban a Geraden sacrificable tenían buenas razones para ello.

Después de todo, no sólo era el mayor de los Aprs que servían a la Cofradía: era la persona de mayor edad que nunca hubiera servido a la Cofradía sin adquirir las habilidades suficientes para convertirse en un Maestro. Aunque apenas había



cumplido los veinticinco años, era lo bastante mayor como para parecer ridículo por el hecho de haber fracasado en conseguir la casulla de Maestro.

Era tan torpe con las manos que no podía confiarse en él para mezclar la arena y el tinte sin derramar algo y estropear las proporciones; tan torpe con los pies que no podía caminar por el gran laborium que se había acondicionado en las reconvertidas mazmorras de Orison sin tropezar con las cuidadosamente dispuestas varillas, rodillos y aparatos de los Maestros.

Incluso el conejil Maestro Quillón, que había sorprendido a todo el mundo echando a un lado su modestia natural y expresando en voz alta su opinión (como hubiera debido hacer el Rey Joyse, si no estuviera dormido la mitad del tiempo) contra la inmoralidad inherente de arrancar a algún campeón fuera de su propia existencia a fin de servir a la necesidad de Mordant..., incluso Quillón había sido oído murmurando que si Geraden hacía el intento y fracasaba, la Cofradía tendría al menos la ventaja de librarse de él.

En realidad, su capacidad para el desastre hacía debatible todo el punto ético central.

Normalmente, el Maestro que había fabricado aquel cristal en particular era quien simplemente podía abrirlo para traer al campeón a la existencia. Pero Geraden había demostrado una y otra vez ser incapaz de la más simple traslación. En consecuencia, tendría que hacer exactamente lo que el Rey Joyse había solicitado: tendría que meterse en el cristal para ir al encuentro del campeón, para suplicar la ayuda del campeón.

Sus ventajas eran un corazón voluntarioso, una absoluta determinación, y una lealtad adscrita normalmente a los cachorrillos. Su pelo corto color avellana se rizaba encima de su recia frente; su rostro hubiera recibido el beneplácito de un rey; y el entrenamiento de haber sido educado con seis hermanos lo había hecho rudo, valiente, y poco inclinado a albergar rencores. Pero su expresión se veía estropeada por un casi perpetuo fruncimiento de ceño de embarazo y disculpa, ocasionado por las pequeñas desventuras y el conocimiento extraviado que siempre pisaban sus talones. Su instintivo anhelo hacia las cuestiones y el potencial de la Imagería era tan potente que su constante estupidez dejaba una sensación lóbrega en su espíritu que amenazaba con hacerse permanente, hasta que la Cofradía lo eligió a través del augurio y el sentido común para enviarlo en la misión de salvar el futuro de Mordant.

Cuando eso ocurrió, recuperó su entusiasmo. Donde antes había trabajado para los Maestros con voluntad, ahora lo hizo con fervor, realizando todas las cosas que su arte solicitaba..., mezclando la arena y el tinte con sus propias manos de modo que el cristal se convirtiera en él, alimentando el horno con madera cortada por él mismo, modelando el molde y volviendo a modelarlo una docena de veces hasta que encajara exactamente con el que enmarcaba el espejo en el que los Maestros observaban a su



campeón elegido, derramando el ardiente líquido mientras la sangre martilleaba como una plegaria en sus venas, espolvoreando los polvos de óxido especialmente molidos y mezclados. A cada fallo de atención, error o desgracia, gruñía, se maldecía a sí mismo, pedía disculpas a todo el mundo que estaba a su vista..., y volvía a dedicarse al trabajo, con la esperanza cantando en él mientras el sudor empapaba sus ropas y le dolían todos los músculos.

No tenía más idea que Terisa de hallarse bajo un encantamiento. Y, aunque lo hubiera sabido, no le hubiera importado, tan consumido se sentía por la oportunidad que los Maestros le habían proporcionado..., una oportunidad que podía ser muy bien una sentencia de mutilación o incluso de muerte.

Ella no era el campeón que la Cofradía había elegido.

Ella ni siquiera habitaba el mismo mundo que ese campeón.

En teoría al menos, el espejo de Geraden hubiera debido ser completamente distinto.

# **El espejo de sus sueños**

# 1

## La llamada

La noche antes de que Geraden acudiera a por ella, Terisa Morgan tuvo un sueño..., uno de los pocos que era capaz de recordar en toda su vida. En él, oyó el sonido de cuernos débiles con la distancia, llegaron hasta ella a través del límpido aire por encima de las colinas cubiertas por una nieve reciente, como la llamada que su corazón había estado esperando siempre. Sonaron de nuevo..., y, mientras tendía el oído para escucharlos, otra vez. Pero no se acercaron.

Deseaba ir hacia ellos. Más allá del bosque donde parecía estar sentada o echada como si el frío no pudiera alcanzarla vio el borde de las colinas: quizá los cuernos — y aquellos que los hacían sonar— estuvieran al otro lado. Sin embargo, no se movió. El sueño le mostró una escena que nunca antes había visto; pero siguió siendo quien siempre había sido.

Luego, a lo largo del borde cubierto de nieve de los riscos, aparecieron unos jinetes a la carga. Mientras los caballos luchaban por adquirir velocidad, sus belfos arrojaban vapor, y sus patas aplastaban la nieve hasta que los secos y ligeros copos parecían hervir. Pudo oír el crujir del cuero en sus remaches el furioso jadeo y las ahogadas maldiciones de los jinetes: el risco enviaba todos los sonidos, tan afilados como un trozo de cristal, hacia el bosque. Deseó bloquear aquellos ruidos, oír de nuevo los cuernos, mientras los tres hombres giraban bruscamente alejándose de las colinas y lanzaban surtidores de nieve hacia los árboles..., directamente hacia ella.

Cuando sus rostros se enfocaron en ella vio su feroz odio, el deseo de derramar sangre. Largas espadas parecieron fluir fuera de sus vainas en las manos alzadas de los jinetes. Iban a clavarla contra la nieve allí mismo donde estaba.

Permaneció inmóvil, aguardando. El aire vibraba con el frío, tan duro como una bofetada y tan penetrante como astillas. En el sueño, no estaba en absoluto segura de que le importara ser muerta. Aquello traería un fin al vacío de su vida. Su único pesar era que nunca oiría los cuernos de nuevo, nunca descubriría por qué sonaban para ella con aquella temblorosa nota.

Entonces, de entre los árboles de negros troncos detrás de ella, apareció un hombre que se interpuso entre su cuerpo y los jinetes. Iba desarmado, sin armadura—parecía llevar solamente una voluminosa chaquetilla de ante marrón, pantalones del mismo material, botas de piel—, pero no vaciló en enfrentarse a los caballos. Mientras el primer jinete hacía oscilar su hoja, el hombre dio un salto de costado hacia las riendas de la montura; y el caballo perdió el equilibrio y arrojó a su jinete frente al segundo atacante. Caballo y jinete cayeron al suelo, alzando una nube de nieve tan densa como bruma.

Cuando una leve brisa aclaró su visión, observó que su defensor había arrancado

la espada del primer jinete y atravesaba con ella al segundo. Se movía con una torpeza desesperada que indicaba que no estaba familiarizado con el arte de la lucha; pero no vaciló. Con un furioso asalto, arrojó al primer jinete contra el tronco de un árbol antes de que el caballista pudiera golpearle con su largo puñal.

Observando fascinada, Terisa vio que el tercer jinete se situaba encima del joven que estaba luchando por ella: su montura en posición firme, la empuñadura de su espada firmemente sujeta con ambas manos. Aunque no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, supo que debía actuar. Por simple decencia y gratitud hacia su defensor, si no por otra razón, debía lanzarse ella misma contra el jinete. Éste no la miraba; seguramente sería capaz de alcanzar su cinturón y tirar de él fuera de su silla antes de que golpeará.

Pero no lo hizo. En el sueño, un pequeño y vejado fruncimiento de ceño surcó su frente mientras contemplaba su propia pasividad. Aquella era la historia de su vida, aquel mudo no hacer nada..., la única cualidad que podía adscribir a su incierta existencia. ¿Cómo podía actuar? La acción era para aquellos que no dudaban seriamente en su propia presencia en el mundo. Durante los más de veinte años de su vida, sus oportunidades de acción habían sido tan pocas que típicamente no las había reconocido hasta que ya habían pasado. No sabía cómo hacer que sus miembros la arrastraran hacia el jinete.

Sin embargo, el hombre que luchaba por ella no lo hacía por ninguna razón que ella pudiera ver excepto el hecho de que estaba siendo atacada. Y no se había dado cuenta del peligro: todavía seguía intentando arrancar su hoja del cuerpo del jinete que acababa de derribar, y estaba vuelto de espaldas.

Sobresaltándose a sí misma y al jinete y al intenso frío, gritó:

—¡Cuidado!

El esfuerzo de la advertencia la hizo sentarse con un sobresalto. Estaba aún en la cama. Su grito había hecho que le doliera la garganta, y un pánico desacostumbrado latía en sus venas.

Se reconoció a sí misma en los espejos de su dormitorio. Iluminada por la pequeña luz que dejaba encendida toda la noche en un hueco en la pared al lado de la cama, apenas era algo más que una sombra en los espejos que la rodeaban; pero era ella misma, la sombra que siempre había sido.

Y, sin embargo, mientras su pulso seguía latiendo alocadamente y un hilillo de sudor resbalaba por su rostro, creyó oír más allá de los reconfortantes ruidos de la ciudad una distante llamada de cuernos, demasiado débil para estar segura..., y demasiado íntima para ser ignorada.

Por supuesto, nada había cambiado. Se levantó a la mañana siguiente cuando sonó el despertador; y su apariencia en sus espejos era tan lánguida y despeinada como de costumbre. Aunque estudió su rostro en busca de algún signo de que era lo

bastante real como para que unos hombres montados a caballo la odiaran tan fieramente, parecía tan vacía de significado como siempre..., tan carente de marcas de experiencia, decisión o impacto que se sorprendió ligeramente de descubrir que aún era capaz de arrojar algún reflejo. Seguro que se estaba desvaneciendo poco a poco. Seguro que una mañana despertaría, se miraría a sí misma en el espejo, y no vería nada. Quizá, pero no hoy. Hoy tenía exactamente el aspecto que recordaba de siempre..., hermosa, pero sin ninguna finalidad, y ligeramente teñida por el pesar.

Así que se duchó como de costumbre, se vistió como de costumbre con el mismo tipo de falda lisa y púdico suéter que su padre prefería para ella, tomó su desayuno como de costumbre —mirándose en los espejos entre mordisco y mordisco de tostada—, y se puso un impermeable antes de abandonar su apartamento para ir al trabajo. No había nada fuera de lo ordinario en su aspecto, ni en el aspecto de su apartamento cuando salió, ni en la bajada en el ascensor hasta el vestíbulo del edificio. Lo único fuera de lo ordinario era cómo se sentía.

Para sí misma, tan privadamente que nada de ello se reflejó en su rostro, siguió recordando su sueño.

Fuera, la lluvia caía intensamente sobre la calle, inundando los desagües, siseando como granizo en los techos de los coches, ahogando los ruidos del tráfico. Desanimada por el grisor del aire y la humedad, se ató un pañuelo de plástico sobre la cabeza, pasó junto al guardia de seguridad (que la ignoró, como de costumbre), y salió a la lluvia por la puerta giratoria.

Con la cabeza baja y la concentración puesta en la acera, avanzó en dirección a la misión donde trabajaba.

Sin advertencia alguna, creyó oír de nuevo los cuernos.

Se detuvo involuntariamente, alzó sobresaltada la cabeza, miró a su alrededor como una mujer asustada. No eran cláxones de coches: eran instrumentos de viento como los que emplearía un músico o un cazador. El acorde de su llamada era tan lejano y tan fuera de lugar que no era posible que lo hubiera oído, no en aquella ciudad, con aquella lluvia, mientras la hora de mayor intensidad del tráfico llenaba las calles luchando contra el agua. Y, sin embargo, la sensación de haber oído el sonido hacia que todo lo que veía pareciera más nítido y menos deprimente, más importante. La lluvia tenía la fuerza de un decidido limpiador; el estriado gris de los edificios se parecía menos a la desesperación y más al elusivo potencial de la frontera entre el día y la noche; la gente que pasaba apresurada por su lado en la acera era impulsada por el coraje y la convicción antes que por el disgusto ante el tiempo o el miedo por sus empleos. Todo a su alrededor tenía un aroma de vitalidad que nunca antes había visto.

Luego, la sensación se desvaneció; y se dijo que no era posible que hubiera oído el sonido de unos intensos cuernos llamando directamente a su corazón; y el aroma había desaparecido.

Abrumada y triste, reanudó su empapado camino hacia el trabajo.

En la misión, su día estuvo más lleno de cosas monótonas que de costumbre. En la oficina administrativa, sentada ante su escritorio, con la antigua máquina de escribir agazapada ante ella como un animal de mal genio, halló un mensaje del Reverendo Thatcher, el viejo que dirigía la misión. Decía que los costes de fotocopias de la misión eran demasiado altos, así que por favor mecanografiara doscientas cincuenta copias de la carta adjunta, además de sus otras tareas habituales. La carta iba dirigida a la mayor parte de las organizaciones filantrópicas de la ciudad, y contenía otra petición de dinero, arrojada en la habitual futilidad del Reverendo Thatcher. Apenas era capaz de leer lo que mecanografiaba; pero, por supuesto, tenía que hacerlo una y otra vez para asegurarse de que no se equivocaba.

Mientras tecleaba, tuvo la sensación de que se volvía físicamente menos sólida, como si estuviera empezando a disolverse lentamente a causa de la inutilidad de lo que estaba haciendo. Al mediodía había memorizado la carta; y contemplaba, en un estado casi de suspensión, la línea de letras que iba formando la máquina, aguardando cada nuevo carácter porque demostraba que ella estaba aún allí, y no podía decir honestamente que esperaba que apareciera.

Ella y el Reverendo Thatcher comían normalmente juntos..., por decisión de él, no de ella. Puesto que ella permanecía siempre tranquila y observaba su rostro con atención, el hombre probablemente pensaba que era una oyente que simpatizaba con lo que él decía. Pero la mayor parte del tiempo ella apenas oía sus palabras. Su charla era como sus cartas: no había nada que se pudiera hacer al respecto. Ella permanecía tranquila simplemente porque era la única forma en que sabía cómo actuar; observaba su rostro porque esperaba que traicionara alguna indicación de su propia realidad..., algún parpadeo de interés o concentración que pudiera indicarle que estaba realmente presente con otra persona. Así que permanecía sentada con él en una esquina del comedor de beneficencia que la misión tenía en su sótano, y ella mantenía su rostro vuelto hacia él mientras él hablaba.

Desde una cierta distancia parecía calvo, pero eso se debía a que su moteada piel rosa se veía claramente a través de su fino y pálido pelo, muy corto. Las venas de sus sienes eran prominentes y parecían frágiles, con el resultado de que cada vez que se agitaba parecía como si fueran a estallar. Hoy esperaba que rehiciera su última carta, que había mecanografiado ya casi doscientas veces. Aquél era su esquema habitual: mientras engullían el insípido y poco alimenticio almuerzo proporcionado por la cocina, él le contaba cosas que ella ya sabía acerca de su trabajo, y su voz temblaba cada vez que volvía a la inutilidad de lo que estaba haciendo. Esta vez, sin embargo, la sorprendió.

—Señorita Morgan —dijo, sin siquiera mirarla—, ¿le he hablado alguna vez de mi esposa?

De hecho no lo había hecho, aunque se refería a ella a menudo. Pero Terisa conocía algo de su historia familiar a través de la anterior secretaria de la misión, que había abandonado el trabajo derrotada y disgustada. De todos modos, dijo:

—No, Reverendo Thatcher. La ha mencionado usted, naturalmente. Pero nunca me ha hablado de ella.

—Murió hará unos quince años —dijo él, aún pensativo—. Pero era una mujer estupenda, cristiana, fuerte, Dios haya dado descanso a su alma. Sin ella yo hubiera sido débil, señorita Morgan..., demasiado débil para hacer lo que era necesario hacer.

Aunque no había pensado de cerca en la cuestión, Terisa lo consideraba un hombre débil. Sonaba débil ahora, incluso cuando no estaba hablando de su fracaso en conseguir algo mejor para la misión. Pero también sonaba melancólico y entristecido.

—Recuerdo los tiempos..., oh, fue hace muchos años, mucho antes de que usted naciera, señorita Morgan. Yo acababa de salir del seminario —sonrió más allá de su hombro izquierdo—, con todo tipo de honores, ¿querrá creerlo? Y acababa de servir como ministro ayudante en una de las mejores iglesias de la ciudad.

»Por aquel entonces, deseaban que me quedara allí como ministro asociado. Con la ayuda de Dios me las había arreglado bien allí, y me dieron la oportunidad de convertirme en uno de sus pastores permanentes. Puedo decírselo, señorita Morgan: aquello era muy gratificante. Pero, por alguna razón, mi corazón no estaba tranquilo con ello. Tenía la sensación de que Dios estaba intentando decirme algo. ¿Sabe?, justo por aquel entonces había oído hablar de que esta misión necesitaba un nuevo director. No deseaba el trabajo. Siendo como era un hombre débil, me sentía complacido con mi posición en la iglesia. Era bien recompensado por mi trabajo, tanto financiera como personalmente. Y, sin embargo, no podía olvidar esta misión. Era cierto que la iglesia me llamaba para que la sirviera. Pero, ¿qué quería Dios que hiciera?

»Fue la señora Thatcher la que resolvió mi dilema. Puso una mano en su cadera, como hacía siempre cuando quería que se la tomara en serio, y me dijo: "Vamos, no seas tonto, Albert Thatcher. Cuando Nuestro Señor vino a este mundo, no lo hizo para servir a los ricos. Esta iglesia es un lugar estupendo..., pero si te marchas, podrán escoger entre otro centenar de hombres adecuados para reemplazarte. Ninguno de esos hombres pensará en acudir a la misión".

»Así que vine aquí —concluyó—. A la señora Thatcher no le importaba que fuéramos pobres. Sólo le preocupaba que hiciéramos todo lo posible por servir a Dios. Eso es lo que hecho, señorita Morgan, durante cuarenta años.

Normalmente, un comentario como aquel hubiera sido un prelude a otra de sus largas exposiciones acerca sus interminables y a menudo infructuosos esfuerzos por mantener la misión viable. Normalmente, ella hubiera escuchado aquella exposición



protegiéndose contra ella con un muro de acero, a fin de que su propia irrealidad, frente a la necesidad de la misión y su penuria, no la abrumara.

Pero esta vez lo que oyó fue el lejano grito de los cuernos.

Traían consigo la orden de la caza y la llamada de la música, dos sonidos diferentes que formaban un acorde en su corazón, mezclándose de tal modo que deseaba saltar dentro de sí misma y gritar una respuesta. Y, mientras los oía, todo a su alrededor cambió.

El comedor de beneficencia ya no parecía sucio y miserable; parecía bien dispuesto, un lugar de decidida dedicación. Los zarrapastrosos hombres y mujeres de pelo gris sentados en las mesas ya no se veían reducidos a meros desechos humanos de hombros caídos: ahora absorbían esperanzas y posibilidades junto con su sopa. Incluso los bordes de las mesas eran más nítidos, más tangibles e importantes, que la formica ordinaria y el tubo de hierro cromado. Y el propio Reverendo Thatcher había cambiado también. La pulsación que latía en sus sienes no era la agitación de la inutilidad: era el fuerte ritmo de su determinación de hacer el bien. Había valor en su rosada piel, en las gastadas arrugas de su rostro, y el enfoque de sus ojos era tan distante porque estaba clavado no en la futilidad, sino en Dios.

El cambio duró sólo un momento. Luego ya no pudo oír los cuernos, pese a que los ansiaba; y el aire de derrota rezumó lentamente de vuelta a su entorno.

Abrumada por la pérdida, creyó que iba a echarse a llorar si el Reverendo Thatcher iniciaba otra de sus exposiciones. Afortunadamente, no lo hizo. Tenía que hacer algunas llamadas telefónicas, esperaba contactar con algunas personas influyentes en su pausa para el almuerzo; así que se disculpó y se fue, sin darse cuenta de que, por un momento, se había visto rodeado por un halo de fascinación a los ojos de ella. Terisa volvió a su escritorio casi agradecida; ante su máquina de escribir, podría seguir golpeando las teclas y ver demostrada su existencia en los negros caracteres que imprimía sobre el papel.

La tarde pasó lentamente. A través de la única y desnuda ventana podía ver caer aún la lluvia, empapándolo todo hasta que incluso los edificios al otro lado de la calle parecieron como cartón mojado. Las pocas personas que se apresuraban arriba y abajo por las aceras quizá llevaban impermeables, o tal vez no: el agua que caía parecía borrar la diferencia. La lluvia golpeaba fuera de la ventana; la melancolía se infiltraba a través del cristal. Terisa se descubrió tecleando los mismos errores una y otra vez. Deseaba oír de nuevo los cuernos..., deseaba volver a experimentar el aroma y la nitidez que venía con ellos. Pero no habían sido más que el residuo de uno de sus infrecuentes sueños. No podía recapturarlos.

A la hora de volver a casa, dejó su trabajo a un lado, metió los hombros bajo su impermeable, y se ató el pañuelo de plástico a la cabeza. Pero, cuando ya estaba lista para irse, vaciló. Movida por un impulso, llamó a la puerta del pequeño cubículo que

utilizaba el Reverendo Thatcher como oficina particular.

Al principio no oyó nada. Luego, el hombre respondió débilmente:

—Pase.

Abrió la puerta.

En el cubículo había sólo el espacio justo para ella y una silla plegable entre el escritorio y la pared. El asiento del reverendo, al otro lado del escritorio, estaba tan bloqueado por los archivadores que cuando intentaba levantarse apenas podía extraerse de su nicho. Cuando Terisa entró en la estancia, estaba contemplando con mirada vacía el teléfono, como si el aparato hubiera sorbido toda su atención y sus esperanzas.

—Señorita Morgan. ¿Se marcha ya?

Ella asintió.

Él no pareció darse cuenta de que ella no había dicho nada.

—¿Sabe? —dijo, con voz distante—, hoy llamé a cuarenta y dos personas. Treinta y nueve simplemente no quisieron escucharme.

Si ella dejaba que el impulso que la había traído hasta allí se disipara, tendría muchas menos razones para creer en su propia existencia; así que dijo, casi bruscamente:

—Siento lo de la señora Thatcher.

En voz muy baja, como si ella no hubiera cambiado de tema, el hombre respondió:

—La echo mucho en falta. Necesito que ella me diga que estoy haciendo lo correcto.

Porque quería que él la mirara, Terisa dijo:

—Está haciendo usted lo correcto. —Mientras lo decía, se dio cuenta de que realmente lo creía. El recuerdo de los cuernos había cambiado aquello para ella, si no otra cosa—. Antes no estaba segura, pero ahora sí lo estoy.

Los vagos ojos del hombre, sin embargo, permanecieron fijos en el teléfono.

—Quizá, si llamo a su hermano —murmuró para sí mismo—. Hace un año que no ha hecho ninguna contribución. Quizá me escuche esta vez. Seguiré intentándolo.

Mientras marcaba el número, ella abandonó el cubículo y cerró la puerta. Tenía la impresión de que no iba a volver a verlo de nuevo. Pero intentó no permitir que aquello la preocupara: a menudo sentía algo parecido.

El camino de vuelta a casa fue peor de lo que había sido el camino al trabajo. El viento era más fuerte y azotaba la lluvia contra sus piernas, a través de cualquier hueco que podía encontrar o practicar en su impermeable, se metía por entre las rendijas de su pañuelo hasta su rostro. A la media manzana, sus zapatos estaban llenos de agua; antes de que hubiera recorrido la mitad del camino, su suéter estaba empapado, frío y pegajoso contra su piel. Apenas podía ver hacia dónde se dirigía.

Pero conocía automáticamente el camino: la costumbre la llevó de vuelta a su edificio de apartamentos. Su acristalada fachada parecía bajo la lluvia como un salpicado charco de oscura agua, que no reflejaba nada excepto la idea de la muerte en sus profundidades. Los guardias de seguridad la vieron llegar, pero no la consideraron lo bastante interesante como para abrirle la puerta. Entró al vestíbulo, arrastrando consigo una ráfaga de viento y una rociada de lluvia, y se detuvo por unos momentos para recuperar el aliento y secarse el agua del rostro. Luego, sin alzar la vista, se encaminó hacia los ascensores.

Ahora que ya no caminaba aprisa, empezó a sentirse helada. Había un espejo en una de las paredes del ascensor: se quitó el pañuelo de la cabeza y estudió su rostro mientras subía a su piso. Sus ojos tenían un aspecto especialmente grande y vulnerable contra la fría palidez de su rostro y el débil azul de sus labios. Entonces, esto al menos de ella era real: podía palidecer a causa del viento y la humedad y el frío. Pero el helor era demasiado profundo para que aquello le diera ánimos.

Mientras salía del ascensor y se dirigía por el enmoquetado descansillo hacia su apartamento, supo que iba a pasar una mala noche.

En sus habitaciones, con la puerta cerrada y asegurada por dentro y las cortinas cerradas para dejar fuera la sensación de que se hallaba debajo de la superficie del charco que había visto en las ventanas desde fuera, encendió todas las luces y empezó a desvestirse. Los espejos le mostraron su propia imagen: estaba pálida de pies a cabeza. La humedad que se había metido en su carne la hacía parecer tan blanca como la cera.

Las velas estaban hechas de cera. Algunas muñecas eran de cera. La cera era utilizada para hacer moldes de vaciado. Pero no para la gente.

Aquella iba a ser una muy mala noche.

Nunca había sido capaz de hallar la prueba que necesitaba en sus propias sensaciones físicas. Podía creer fácilmente que una sombra era capaz de sentir frío, o calor, o dolor; sin embargo, no existía. De todos modos, tomó una ducha caliente, con la intención de librarse del frío. Se secó cuidadosamente el pelo y se puso una blusa de franela, unos suaves y gruesos pantalones de pana y unos mocasines de piel de oveja para mantener calientes los pies. Luego, en un esfuerzo por mantener alejados sus problemas, se obligó a prepararse y comer la cena.

Pero sus intentos de cuidar de sí misma tuvieron el mismo efecto que de costumbre..., es decir, ninguno. Una ducha, ropas cálidas y una comida caliente no podían arrojar el frío fuera de su corazón..., un detalle que consideraba como no importante. De hecho, eso era parte del problema: nada de lo que le ocurría importaba en absoluto. Si muriera de pulmonía se convertiría en una inconveniencia para otras personas —para su padre, por ejemplo, o para el Reverendo Thatcher—, pero para ella misma no significaría la menor diferencia.

Aquella iba a ser una de esas noches en las que podía sentirse a sí misma desvanecerse de la existencia como un sueño anodino.

Si se sentaba donde estaba y cerraba los ojos, ocurriría. Primero oiría a su padre hablar más allá de ella, como si ella no estuviera allí. Luego observaría el comportamiento de la servidumbre, que la trataba como una invención de la imaginación de su padre, como alguien que sólo vivía y respiraba porque él así lo decía, antes que como un individuo real y presente. Y, luego, su madre...

Su madre, que era tan ella misma como la pasividad, la no existencia, el talento, la experiencia y la determinación podían hacerla.

Mentalmente, si cerraba los ojos, Terisa sería una niña de nuevo, de seis o siete años de edad, y entraría cojeando en el enorme comedor donde sus padres recibían a varios de los socios comerciales de su padre vestidos con sus mejores galas... Entraría en el comedor porque se había caído por las escaleras y se había arañado la rodilla y estaba horrorizada ante lo mucho que sangraba, y su madre la miraría sin verla en absoluto, miraría directamente a través de ella sin más expresión en su rostro que la de una figura de cera, y haría que todo careciera de significado.

—Ve a tu habitación, niña —le diría con una voz tan vacía como un agujero en su corazón—. Tu padre y yo tenemos invitados. —Aprende a ser como yo. Antes de que sea demasiado tarde.

Terisa había estado luchando durante años por creer en ella misma. No cerró los ojos.

En vez de ello, fue al salón y arrastró una silla hasta situarla cerca de la más cercana pared de espejos. Se sentó en ella, con las rodillas apretadas contra el cristal, el rostro tan cerca de él que corría el riesgo de provocar un velo de humedad entre ella misma y su reflejo. En esa posición, examinó cada línea y rasgo y parpadeo de su imagen. Quizás así fuera capaz de mantener su realidad en una sola pieza. Y, si fracasaba, al menos sería capaz de verse a sí misma llegar al final.

La última vez que había sufrido uno de esos ataques había permanecido sentada contemplando su propio reflejo hasta bien pasada la medianoche, cuando la sensación de que se estaba evaporando la había abandonado al fin. Ahora estaba segura de que no duraría tanto. La otra noche había soñado..., y en el sueño había sido tan pasiva como lo era ahora, tan incapaz de hacer nada excepto mirar. El suave dolor de aquel reconocimiento la debilitó. Creía poder distinguir ya los bordes de su rostro difuminarse fuera de la realidad.

Sin ninguna advertencia previa, vio a un hombre en el espejo.

No estaba reflejado en el espejo: estaba dentro del espejo. Estaba detrás de su sorprendente imagen..., y avanzaba como si estuviera flotando en un torrente.

Era un hombre joven, quizá sólo unos pocos años mayor que ella, y llevaba una amplia chaquetilla de ante, pantalones marrones y botas de piel. Su rostro era

atractivo, aunque su expresión era estúpida por la sorpresa y la esperanza.

La estaba mirando directamente a ella.

Por un instante su boca se abrió en silencio, como si estuviera intentando gritar algo a través del cristal. Luego agitó los brazos. Pareció como si perdiera el equilibrio; pero sus movimientos expresaban una autoridad que no tenía nada que ver con caer.

Instintivamente, ella dejó caer la cabeza sobre su regazo y la cubrió con los brazos.

El espejo delante de ella no hizo ningún ruido cuando se rompió en mil pedazos.

Sintió la lluvia de cristales de la pared, notó las pequeñas astillas clavarse en su blusa cuando volaron más allá de ella. Como un chorro de hielo, tintinearón contra la pared opuesta y cayeron sobre la moqueta. Una breve ráfaga de viento tan fría como el invierno sopló hacia ella junto con los cristales rotos, luego cesó.

Cuando alzó la vista, vio al joven tendido de bruces en el suelo al lado de su silla. Un polvo de pequeños fragmentos de cristal hacía brillar su pelo. En aquella postura, parecía como si hubiera efectuado una zambullida al interior de la habitación a través de la pared. Pero su pierna derecha, desde medio tobillo hacia abajo, no estaba. Al principio pensó que estaba aún dentro de la pared: su tobillo y su bota parecían limpiamente cortados en el mismo plano de la pared. Luego vio que en realidad el final de su pierna se hallaba a unos cinco centímetros de ella.

No había sangre. No parecía sufrir dolor.

Con un sonoro suspiro, se alzó ligeramente del suelo para poder mirarla. Su tobillo derecho parecía estar encajado allá donde estaba; pero el resto de él se movía normalmente.

Tenía el ceño intensamente fruncido. Pero, cuando sus miradas se cruzaron, el rostro del joven se hendió en una impotente sonrisa.

—Soy Geraden —dijo—. Se supone que no es aquí donde debería estar.

## 2

### El sonido de cuernos

Sin darse cuenta exactamente de lo que estaba haciendo, Terisa echó su silla hacia atrás y se puso en pie. Retrocedió involuntariamente. Sus pies envueltos en mocasines produjeron un débil sonido crujiente cuando pisaron los fragmentos de cristal dispersos por el suelo. La pared allá donde había estado pegado el espejo estaba llena de manchas y descolorida: parecía sucia. Los restantes espejos le trajeron ecos de sí misma. Pero mantuvo los ojos fijos en el hombre tendido de bruces frente a ella.

La estaba mirando sorprendido, con la boca muy abierta. Su sonrisa no se desvaneció, sin embargo, y no hizo ningún intento por ponerse en pie.

—Lo he hecho de nuevo, ¿verdad? —murmuró—. Juraría que lo hice todo bien..., pero cualquier Maestro puede efectuar este tipo de traslación, y de alguna manera he vuelto a equivocarme.

Debería sentir miedo de él: comprendía claramente esto. Su brusca aparición allí en su sala era algo violento e imposible. Pero, en vez de miedo, sólo sentía desconcierto y maravilla. El joven parecía poseer la extraña habilidad de ir más allá de la lógica, de la normalidad. En su sueño, ella no había tenido miedo de la muerte...

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó tan suavemente que apenas pudo oírse a sí misma—. ¿Qué quieres decir con que no estás donde se supone que deberías estar?

Inmediatamente, la expresión del joven se hizo contrita.

—Lo siento. Espero no haberte asustado. —Había tensión en su voz, un miedo o una excitación propias. Pero, pese a esa tensión, sonaba amable, incluso gentil—. No sé lo que fue mal. Lo hice todo correctamente, lo juro. Pero no se supone que debería estar aquí. Estoy buscando a alguien... —entonces, por primera vez, apartó los ojos de ella—... completamente distinto.

Mientras su mirada escrutaba la habitación, su mandíbula colgó y su rostro se llenó de alarma. Reflejado de vuelta desde todos lados, retrocedió, encogiéndose como si hubiera sido golpeado. Los anudados músculos de su garganta estrangulaban un grito. Un pánico fundamental pareció abrumarle; por un segundo se agitó en la moqueta, rastreando, frente a ella.

Pero luego, al parecer, se dio cuenta de que no había sufrido daño. Alzó la cabeza, y el miedo en sus rasgos cambió a sorpresa y a maravilla. Se miró a sí mismo en los espejos, como si hubiera sido transformado.

Atraída por sus intensas e inexplicables reacciones, ella le observó sin hablar.

Al cabo de un largo momento él volvió su atención hacia ella. Carraspeó con un

esfuerzo. En un tono de refrenada calma artificial, dijo:

—Veo que tú también utilizas espejos.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Terisa.

—No sé de qué estás hablando —dijo—. No tengo ni la menor idea de lo que estás haciendo aquí. ¿Cómo sabes que yo no soy la persona correcta?

—Buena pregunta. —Su sonrisa se hizo más amplia. Parecía como si disfrutara de la visión de ella—. Por supuesto, no puedes serlo. Quiero decir, ¿cómo sería posible? A menos que todo el mundo haya interpretado mal los augurios. Quizás esta habitación me arrastró lejos de donde debería estar ahora. ¿Sabías que yo iba a intentar esto?

Terisa no deseaba repetirse. En vez de seguir mencionando que no tenía la menor idea de lo que él quería decir, preguntó:

—¿Por qué no te levantas? Pareces un poco ridículo, tendido así en el suelo.

Una cosa acerca de él la complació de inmediato: parecía oírla cuando ella hablaba, no simplemente cuando parecía encajar con su línea de pensamientos.

—Me gustaría —dijo él, algo tímidamente—, pero no puedo. —Hizo un gesto hacia su truncada pierna derecha—. No van a soltar mi tobillo. Será mejor que no lo hagan. Si lo hicieran, nunca podría regresar. —Su expresión hizo eco de los mercuriales cambios de dirección en su mente—. Aunque no sé cómo voy a enfrentarme a ellos cuando regrese. Nunca creerán que no he vuelto a equivocarme.

Estudiándole aún en busca de algún signo de que lo que estaba ocurriendo tenía sentido, ella preguntó:

—¿Has tenido este mismo problema antes? Él asintió hoscamente, luego agitó la cabeza.

—No este problema exactamente. Nunca antes había intentado trasladarme yo mismo.

El hecho es que comúnmente no se hace. La última vez que puedo recordar fue cuando el Adepto Havelock se volvió loco. Pero ése fue un caso especial. Estaba utilizando un cristal plano..., intentando trasladarse sin ir realmente a ninguna parte, si entiendes lo que quiero decir.

Miró de nuevo a su alrededor.

—Por supuesto que lo entiendes. Cristal plano. —Inspiró, como si sus espejos fueran algo maravilloso—. Encantador. Y no te has vuelto loca. Yo no me he vuelto loco. No tenía ni la menor idea de que existieran Imageros como tú.

»En cualquier caso —resumió—, la teoría de la traslación inter-Imagen es sólida, y hay montones de casos registrados. Aunque la mayoría de la gente simplemente no desea correr el riesgo. Puesto que yo hice el espejo..., si recorro todo el camino, es probable que ellos no puedan traerme de vuelta. Sólo un Adepto puede utilizar los espejos de otras personas..., y Havelock está loco.



»Pero eso no importa. —Eché a un lado su disgresión—. Parece simplemente que no he conseguido hacerlo funcionar.

»El hecho —concluyó— es que nunca he sido capaz de hacer que funcione nada. Por eso me eligieron..., parte de la razón, al menos. Si algo iba mal y yo no volvía, no perderían a nadie valioso.

Abrumada ante aquella conversación, su entrenamiento con el Reverendo Thatcher acudió en su ayuda. El hombre le había enseñado a que hiciera las preguntas que él esperaba o deseaba.

—¿Dónde se supone que deberías estar? —Se estremeció de nuevo—. ¿Quién se supone que debería ser yo?

Él pensó unos instantes en aquello, mordisqueándose el labio. Luego respondió:

—Será mejor que te lo diga. El augurio podría haber sido mal interpretado. Un Imagero como tú podría ser exactamente lo que necesitamos. Y, si estoy en lo cierto... —La miró ardientemente y empezó a explicarse.

»Todo el mundo ha estudiado el augurio. Algo de lo que vemos en él puede estar equivocado. Muestra una y otra y otra vez que la única forma en que Mordant puede salvarse es si alguien se mete en un espejo y trae ayuda del otro lado. Por alguna extraña razón, ese «alguien» soy yo. Desgraciadamente, el augurio no me muestra trayendo de vuelta ninguna «ayuda». En vez de ello, muestra a un hombre inmensamente poderoso en alguna especie de armadura..., un guerrero o campeón de otro mundo. No muestra si salvará o destruirá Mordant, pero él es inconfundible. Y, más o menos simultáneamente al augurio, simplemente apareció la Imagen en uno de los espejos del Maestro Gilbur. A juzgar por lo que pudimos ver, tenía aproximadamente dos veces tu altura, en su armadura, y poseía suficientes armas mágicas como para derribar montañas. Parecía perfecto.

»Por supuesto, el Maestro Gilbur podría simplemente haberlo trasladado para nosotros. Algunos de los Maestros pensaron que eso es lo que se debería hacer..., y desafiar así al Rey. Pero el augurio es explícito. Se supone que tienen que enviarme a algún lugar. Algo respecto a mí es crucial. Al parecer. —Se encogió de hombros—. Hubo una gran cantidad de discusiones. El Maestro Quillón dijo que yo debía ir. Pero el Maestro Eremis dijo que obligarme a trasladarme yo mismo fuera de la existencia era tanto como una sentencia de muerte..., y normalmente no suele ser tan serio respecto a nada. Eso me sorprendió. No me gusta el Maestro Eremis, y creí que yo tampoco le gustaba a él. Pero al final la Cofradía decidió dejarme intentarlo.

»Así que hice el espejo..., lo hice y lo hice, hasta que todos pudimos ver perfectamente al campeón en él, y los Maestros dijeron que era correcto. —Frunció el ceño, desconcertado—. Trabajé tan duro en ello. Juraría que es un duplicado exacto del original. Pero cuando me metí en él —sus ojos se cruzaron con los de ella, y se encogió de hombros—, aparecí aquí.

Ella aguardó hasta que él hubo terminado; pero ya sabía lo que se suponía que debía decir a continuación.

—Así que ahora piensas que el augurio fue mal interpretado. Decían que tenías que conseguir a alguien. No decían quién era ese alguien.

Él asintió lentamente, contemplando su rostro como si ella pudiera convertir en realidad lo que estaba diciendo.

—Esta vez puede que la Cofradía esté equivocada.

Él asintió de nuevo.

Sin ninguna razón lógica, ella seguía sin sentir miedo.

—Así que, cuando hiciste lo que mostraba el augurio, viniste donde se suponía que debías venir, no donde había decidido la Cofradía.

Al cabo de un momento, él dijo suavemente:

—Sí. No tiene ningún sentido, ¿verdad? Es imposible. Un espejo no puede trasladar algo que no muestra. Pero, no importa lo mucho que haya enredado las cosas, no puedo dejar de pensar en que tú tienes que haber hecho algo. Tú tienes que haberme traído hasta aquí. —Apartó la vista, luego volvió a mirarla intensamente—. Tienes que haber tenido alguna razón.

Su observación restableció la realidad lógica de la situación, alejó la ilusión de que ella estaba teniendo una conversación comprensible. ¿Una conversación comprensible con un hombre que había caído en su sala procedente de ninguna parte, destrozando uno de sus espejos en el proceso? Deseaba responderle: Nada de esto tiene nada que ver conmigo. Pero nunca había aprendido a decir cosas como aquella en voz alta. A menudo sentía un estremecimiento de vergüenza y una sensación personal de desvanecerse cuando pensaba en ellas. Pero en vez de ello, buscando una escapatoria al dilema, o al menos una forma de escapar de la habitación, a fin de poder apartarse de la influencia de los intensos ojos castaños de Geraden, dijo:

—¿Te gustaría una taza de té? Consiguió su atención.

—Creo que me gustaría —su sonrisa era a la vez avergonzada y complacida—, pero desgraciadamente no sé lo que es el «té».

—Traeré un poco —dijo apresuradamente ella—. Serán sólo unos minutos. —Retuvo para sí misma su alivio y se dirigió hacia la cocina.

Antes de que hubiera dado tres pasos, él dijo con un tono completamente distinto, una voz fuerte y formal, y sin embargo extrañamente suplicante:

—Mi dama, ¿me acompañarás a Mordant para salvar al reino de la destrucción?

Sorprendida, ella se detuvo y volvió la vista hacia él.

De inmediato, la expresión del joven se hizo contrita y azarada.

—Lo siento —dijo—. No tengo derecho a hacerte peticiones. Pero de pronto tuve la intensa sensación de que, si abandonabas esta estancia, no ibas a volver.

Tan pronto como él hubo dicho aquello, ella se dio cuenta de que una de las

razones por las que deseaba ir a la cocina era para alcanzar el teléfono. Deseaba llamar a seguridad y decirles que había un hombre loco en su apartamento balbuceando cosas extrañas acerca de espejos y traslaciones y campeones.

—¿Tienes a menudo esas sensaciones? —Dudó, mientras intentaba pensar en qué debía hacer.

Él se encogió de hombros; su expresión mantuvo la forma de su pregunta formal.

—No a menudo. Y siempre resultan equivocadas. Pero confío en ellas de todos modos.

Tienen que significar algo. — Dudó por un momento, luego dijo—: Una de ellas me hizo aprendiz de la Cofradía. No sé por qué..., realmente no me ha hecho ningún bien. He sido Apr durante casi diez años, y nunca he conseguido llegar más allá. — Su tono era muy bajo; ella captó en él furia antes que autocompasión—. Pero sigo teniendo la fuerte sensación de que *debo* convertirme en un Maestro. No puedo dejar de intentarlo.

—Pero dijiste que deseabas un poco de té.

—No supe que tenía miedo hasta que tú empezaste a irte.

—No voy a ir a ninguna parte —respondió lentamente ella—. Volveré en unos minutos.

Se encaminó de nuevo hacia la cocina. Definitivamente, iba a llamar a seguridad. Aquello había durado demasiado.

—¡Mi dama! —exclamó él inmediatamente. Su voz era fuerte, extrañamente imperiosa—. Te lo suplico.

Ella intentó proseguir, pero sus pasos se frenaron por voluntad propia. Se detuvo junto a la puerta de la cocina.

—Si me giro y doy un brusco tirón, mi dama —dijo él suavemente—, es muy probable que consiga liberar mi tobillo. Entonces estaré enteramente aquí, sin ninguna posibilidad de regreso. Y los Maestros no sabrán dónde estoy, puesto que lo que ellos ven en el espejo es al campeón. Entonces estaré perdido aquí para siempre, a menos que por alguna casualidad o milagro moldeen otro espejo que me muestre a ellos. Si, de hecho —añadió para sí mismo— *estoy* realmente en alguna parte, y no perdido en el propio cristal, como insiste el Maestro Eremis.

»Pero lo haré —prosiguió con más intensidad— antes de permitir que te marches sin haberme escuchado.

Por un momento, ella permaneció allí donde estaba. Se dio cuenta de que se inclinaba hacia adelante, en un intento de dar el siguiente paso que la llevaría fuera de su vista y al refugio de la cocina. Sin embargo, su atracción la empujó hacia atrás como si hubiera apoyado una mano sobre su hombro.

Después de todo, se preguntó a sí misma en un esfuerzo por pensar con lógica, normalmente, ¿qué ocurriría si llamaba a seguridad? Los guardias acudirían y se

llevarían a Geraden. Si podían..., si conseguían liberar su pierna. Y luego tendrían que soltarle. Quedaría libre para seguir atormentando su vida. A menos que ella formulara acusaciones precisas contra él. Si lo hacía, tendría que enfrentarse de nuevo a él como acusadora, y sería responsable de lo que le ocurriera. Quizá tuviera que verle varias veces. Y seguro que tendría que explicárselo todo a su padre. De cualquier forma, estaba involucrada con él.

No sentía el menor deseo de presentarse ante un tribunal —ni ante su padre— y decir que un hombre al que jamás había visto antes había irrumpido en su sala a través de uno de los espejos y le había pedido que salvara algo llamado «Mordant».

Se dio lentamente la vuelta para enfrentarse al joven. Por primera vez desde que la había sobresaltado con su inesperada llegada, estaba asustada. Pero era un problema que tenía que resolver, y seguridad no era la solución que deseaba. Intentó mantener una voz tranquila y dijo:

—Nada de esto tiene sentido para mí. ¿Qué es lo que quieres que oiga?

—Mi dama... —De inmediato, el embarazo y el alivio le hicieron parecer diez años más joven—. Lo siento —dijo de nuevo—. Lo he hecho todo mal. Por la forma en que he hablado, es probable que pienses que los espejos han destruido mi mente. Que es lo que deberían haber hecho. Sigo sin comprenderlo. Pero, por favor...

Se había alzado un poco sobre sus manos y rodillas. Ahora tiró de su torso hacia arriba, de modo que quedó arrodillado, erguido, entre los fragmentos de cristal. Reprimiendo su confusión y su vergüenza, consiguió reflejar algo parecido a la dignidad.

—Por favor, no juzgues Mordant por mí. La necesidad es real. Y es urgente, mi dama. Partes del reino han empezado ya a morir. La gente está muriendo..., gente que no tiene nada que ver con la Imagería o con los reyes y que solamente desea vivir su vida en paz. Y la amenaza aumenta cada día. Alend y Cadwal nunca han estado exactamente tranquilos. Ahora están formando ejércitos. Y el Rey Joyse no hace nada. El corazón lo ha abandonado. Los hombres sabios huelen la traición en todas partes.

»Pero el peligro más grave no procede del Gran Rey de Cadwal o del Monarca de Alend. Procede de la Imagería. —La pasión se iba acumulando en él mientras hablaba—. En algún lugar del reino, en algún lugar donde no podemos descubrirlos, hay Imageros renegados, Maestros de los espejos, y están abriendo sus cristales más y más a todo tipo de horror y maldad. Están experimentando con Mordant, intentando descubrir en sus espejos qué ataques y maldades serán más virulentos para la paz, la estabilidad y la vida que el Rey Joyse forjó en su juventud. Y esos Maestros parecen no temer al caos que viene con los incontrolados poderes desatados.

»Antes de que termine este invierno, el reino empezará a desmoronarse. Entonces habrá guerra en cada mano, guerra de todo tipo, y todas las cosas buenas estarán en

peligro.

»Mi dama —dijo, mirándola fijamente—, no tengo ningún poder para obligarte. Y, aunque lo tuviera, sería un error utilizarlo. Y tú no eres el campeón que espera la Cofradía. He sido un torpe tan grande toda mi vida que mi presencia aquí puede ser simplemente otro de mis desastres.

»Pero es posible que esté en lo cierto. Tú comprendes los espejos. —Hizo un gesto hacia la habitación a su alrededor—. Puede que seas la ayuda que necesitamos. Y, si lo eres, estamos perdidos sin ti.

»Por favor. ¿Vendrás conmigo?

Ella lo miró, con la boca abierta y la mente alterada. *Muriendo. Guerra. Todo tipo de horror y maldad. Estamos perdidos sin ti. ¿Qué, yo?* Ella nunca había oído hablar de Mordant..., o de Cadwal, o de Alend. Los únicos países que conocía que aún tenían reyes estaban a miles de kilómetros de distancia. Y nadie hablaba en ninguna parte de espejos como si fueran puertas a distintos tipos de realidad. *Puede que seas la ayuda que necesitamos. ¿De qué estaba hablando aquel hombre?*

Tan cuidadosamente como pudo, dijo:

—Esto no tiene ningún sentido. Sé que estás intentando explicarme algo, pero no funciona. Nada de esto tiene nada que ver conmigo. —Ni siquiera sabes mi nombre—. No puedo ayudarte.

Pero Geraden sacudió la cabeza, rechazó su protesta.

—No lo sabes seguro. No sabes...

Bruscamente, sus ojos se entrecerraron como si le hubiera golpeado un nuevo pensamiento, y escrutó su rostro.

—¿Eres feliz aquí?

—¿Que si soy...? —La inesperada pregunta le hizo desviar la vista de él, como si la hubiera insultado..., o avergonzado. Sin advertencia previa, su miedo se vio reemplazado por un deseo de echarse a llorar.

Miró atentamente al espejo más cercano, intentando tranquilizarse. Geraden ocupaba todos los reflejos, sin embargo, aunque ella no deseaba verle. Desde donde estaba, no había cristal o ángulo que no reflejara hacia ella la imagen del joven.

Pese a lo extraño de todo aquello, su reflejo parecía más real que él mismo.

—¿Eres necesaria? —le preguntó.

Vaya pregunta. Miró profundamente a sus propios ojos en el espejo y se pellizcó el puente de la nariz para retener las lágrimas. Ella era probablemente el hecho más reemplazable en la vida del Reverendo Thatcher. Si se evaporaba, él notaría inmediatamente su ausencia; pero su preocupación duraría sólo hasta que encontrara una nueva secretaria. Y podían transcurrir días e incluso semanas antes de que su padre se diera cuenta de que ella había desaparecido. Entonces organizaría un enorme follón, ofrecería recompensas, acusaría a la policía de negligencia, haría despedir los

guardias de seguridad..., pero sólo para ocultar el hecho de que realmente no le importaba, en uno u otro sentido, lo que le hubiera ocurrido a ella.

Y ella no pertenecía a nadie más.

—¿Estás...? —Él dudó un instante, luego insistió—. Discúlpame. Tengo la intensa sensación de que no eres feliz. No *pareces* feliz. Y no veo a nadie más aquí. ¿Estás sola? ¿Estás comprometida? —Al menos tuvo la decencia de sonar azarado—. ¿Estás enamorada?

Se sintió tan sorprendida —y él se agitaba de una forma tan intensa— que se echó a reír.

Estaba al borde de las lágrimas; pero reír frente a él era algo mejor que llorar. El hecho de que no estuviera llorando le permitía volverse de sus reflejos y enfrentarse directamente a él.

—Lo siento. —Tuvo alguna dificultad en reprimir su risa—. Supongo que esto no resulta fácil, hallándote en tu posición. Hubieras debido hacer que ataran una cuerda a tu cintura, en vez de que te sujetaran por un pie. De esa forma, al menos podrías ponerte en pie.

—Mi dama —habló de nuevo formalmente el joven, y su voz pareció apoderarse otra vez de ella—, no eres feliz aquí. No eres necesitada. No eres amada. Ven conmigo. —Tendió una mano hacia ella—. Eres una Imagera. Es posible que mi espejo fuera formado para ti de la pura arena de los sueños.

—No soy una Imagera —respondió ella—. No sueño muy a menudo.

Su protesta, sin embargo, fue automática, no urgente. Apenas se escuchaba a sí misma. Puesto que sus sueños eran tan raros, causaban en ella una profunda impresión.

Y en su sueño ella había permanecido pasiva y sin importancia mientras tres jinetes cargaban contra ella para matarla y un hombre al que no conocía arriesgaba su vida para salvarla. Un hombre como Geraden. Todo lo que no le gustaba de ella la empujaba hacia atrás: su irrealidad, su miedo hacia su padre y el castigo, su incapacidad de tener el menor efecto significativo sobre su propia vida. Pero Geraden seguía tendiendo su mano hacia ella.

No podía dejar de darse cuenta de que aquella mano estaba herida por pequeños cortes y magulladuras en varios lugares, y que una de sus uñas estaba desgarrada. Sin embargo, consideró que era una buena mano..., recia y que inspiraba confianza.

Le hizo pensar en cuernos.

Su llamada la empujaba hacia delante.

—Pero —prosiguió, y cada palabra fue una sorpresa para ella, conjurada por una inesperada música surgida del dolor en su corazón—, creo que me gustaría descubrir lo que ha estado ocultándose durante todo este tiempo al otro lado de mis espejos.

En respuesta, el rostro del joven se iluminó como un amanecer.

### 3

## Traslación

—No lo creo —murmuró Geraden para sí mismo—. No lo *creo*. — Luego, un instante más tarde, dijo excitado—: Rápido, antes de que cambies de opinión. Coge mi mano.

Ella tampoco lo creía. ¿Qué estaba haciendo? Pero la excitación de él la hizo sentir deseos de reír de nuevo. Y en su recuerdo los cuernos sonaron claramente, resonando sobre la fría nieve pese a la distancia y las colinas interpuestas..., llamándola.

Rápidamente, a fin de no tener tiempo de cambiar de opinión, avanzó hacia el joven y depositó su mano sobre la de él.

De inmediato se sintió cohibida.

—¿Es eso todo? —preguntó—. ¿No tienes que agitar los brazos o pronunciar unas palabras mágicas o algo así?

La sonrisa de él se hizo más amplia y feliz mientras aferraba su mano.

—Esto es todo. Las invocaciones y los gestos ya han sido hechos. Y la habilidad nace, no se hace. Todo lo que tienes que hacer es avanzar conmigo. —Se equilibró sobre la rodilla de su truncada pierna, apoyó su pie izquierdo tras él—. Y —su expresión se hizo ligeramente más sobria— vigila donde pisas.

Empezó a empujarla hacia atrás, arrastrándola con él.

Mientras lo hacía, su tobillo derecho fue desapareciendo centímetro a centímetro: el plano vertical siguió estacionario, de modo que él deslizó su rodilla hacia atrás y más y más de su pierna desapareció. Parecía estar usando su pie y su pierna para tantear un lugar tras de sí..., un lugar que no existía.

Cuando su pierna derecha estuvo lo suficientemente asegurada atrás, consiguió enderezar su rodilla. Sonrió e hizo un gesto a Terisa con la cabeza, empujándola suavemente hacia él, y consiguió ponerse casi en pie.

—Lo hallarás más fácil —dijo— si cierras los ojos. —Entonces apoyó el peso de su cuerpo sobre la otra pierna.

En aquel momento su rostro se llenó de desánimo cuando perdió el equilibrio y empezó a caer.

Su caída la empujó a ella hacia delante, hacia la pared..., hacia el plano donde primero su pierna y ahora todo su cuerpo parecía estarse desvaneciendo. Instintivamente, intentó soltarse. Pero, aunque agitó los brazos en busca de apoyo, las manos de él la sujetaban fuertemente en un abrazo del que no podía librarse. Intentó gritar, adelantar un brazo para amortiguar el impacto...

Lo último que vio de su apartamento fue el manchado yeso al que había estado pegado su espejo roto. Mientras estaba todavía intentando liberar el grito de pánico



atrapado en su garganta, su ansia marginal de aferrarse a la realidad fracasó y se desvaneció de la existencia.

Inmediatamente pasó a una zona de transición donde tiempo y distancia se contradecían. Captó la eternidad en un instante..., o quizá captó un instante que duró una eternidad. Su caída se convirtió en un enorme y prolongado descenso desde las alturas del mundo, pese a que no la arrastró más allá de medio paso hacia delante. Estudió íntimamente la repentina oscuridad, pese al hecho de que fue tan breve que apenas pudo haberla observado.

Y luego, con la misma sensación de instantánea eternidad, de enorme brevedad, vio de nuevo a Geraden: pareció restallar de vuelta a la existencia como si hubiera sido iluminado a la vida por la brusca iluminación naranja de lámparas y antorchas.

Lo reconoció..., e inmediatamente lo olvidó.

Él estaba cayendo aún, con el rostro tenso por la consternación; había calculado mal el paso que había dado hacia atrás. Y su mano aún seguía sujetando la de ella. No podía recobrase. Aunque hubiera podido sujetarse a algún lado, quizá no hubiera tenido la fuerza suficiente para detener su caída hacia las grises losas de piedra.

Así que aterrizó encima de él. Puesto que todavía estaba intentando situar sus brazos entre ella y el impacto, plantó accidentalmente un codo contra el estómago de él cuando ambos golpearon el suelo. La boca del joven se abrió en una boqueada y el aire brotó como un torrente de sus pulmones. Pero su cuerpo la protegió: rebotó sobre él y cayó de nuevo. Como resultado de ello, quedó tendida de espaldas a su lado, con el rostro vuelto hacia el enorme y viejo techo abovedado de piedra.

Por un momento, la distorsión perceptual tuvo el efecto de la ceguera: miró hacia arriba como si no hubiera observado la diferencia entre aquel lugar y su apartamento. Más allá de sus pies, y a dos pasos de distancia de su posición tendida en el suelo, se alzaba un enorme espejo con un marco de madera pulida. El espejo era casi tan alto como ella; estaba teñido de un color que sólo se reflejaba en los bordes de su superficie; en vez de ser completamente plano, tenía una ligera curvatura ondulante. A algún nivel, se dio cuenta de que lo que veía reflejado en el espejo no era el techo encima de ella o la pared detrás de ella. Tampoco era la sala de su apartamento. Sin embargo, en otros sentidos, no era más consciente del espejo de lo que lo era de la piedra sobre la que estaba tendida.

Luego, claramente, oyó a alguien decir:

—¿De dónde la sacaste?

—Eras invisible en el espejo. ¿Cómo lo hiciste?

—¿Adónde fuiste?

Lentamente, en medio de su aturdida sorpresa, se filtró la información de que estaba tendida en el suelo en el centro de un círculo de hombres.

¿Qué?, pensó en silencio, como si su garganta estuviera bloqueada por el

asombro. Un círculo de hombres. ¿Dónde?

Debía haber veinte o treinta, todos mirándola desde arriba. A la primera ojeada vio que algunos de ellos eran viejos y otros no: pero todos eran mayores que ella. Llevaban una amplia variedad de capas y mantos y sotanas y justillos..., ropas cálidas para compensar la frialdad del aire. Cada uno de ellos, sin embargo, llevaba una casulla de satén amarillo rodeando su cuello.

Algunos de ellos la miraron con sorpresa y horror. Aquellos eran también sus sentimientos.

—¡Estúpido! —raspó uno de ellos. Y otro murmuró—: ¡Esto es imposible!

Otros estaban riendo.

Al lado de ella, Geraden boqueaba en busca de aire. Una delicada tonalidad púrpura se extendía de su crispado cuello y subía por las tensas líneas de sus mejillas.

—Bien, Apr —dijo uno de los hombres que reían a través de su regocijo—, éste ha sido otro espléndido desastre. —Era alto, recio pese a su delgadez. Su nariz era demasiado grande; sus mejillas demasiado afiladas, demasiado planas hacia sus orejas; su pelo negro formaba una revuelta masa en la parte de atrás de su cráneo, dejando la parte delantera calva. Pero el humor y la inteligencia en sus pálidos ojos lo hacían sorprendentemente atractivo. Iba envuelto en una capa muy negra, que llevaba con un aire de informalidad. Los extremos de su casulla colgaban como si fuera a retorcerlos en cualquier momento—. Con todo el reino en peligro, te enviamos en busca de un campeón para que nos salve. Pero para ti esto no significa más que otra oportunidad para coquetear un poco.

»Mi dama —prosiguió, dirigiéndose ahora a Terisa—, es posible que hayas encontrado al joven Geraden lo bastante atractivo como para que te traiga hasta aquí. Pero ahora que *estás* aquí, creo que descubrirás que Mordant tiene mejores hombres que ofrecer. —Con un alegre floreo, le hizo una profunda reverencia y extendió una mano para ayudarla a levantarse.

Mordant, hizo eco ella, con la misma torpe e impresionada sorpresa. Lo consiguió. Realmente me trajo a Mordant.

Geraden consiguió inspirar aire más allá del nudo de su estómago.

Instintivamente, Terisa se volvió hacia él. Al mismo tiempo, sin embargo, uno de los hombres que no se habían reído se agachó al lado de Geraden. Aquel hombre tenía el rostro con el color y la textura de una tabla de pino. Sus cejas eran tan densas y rígidas como helechos, pero no tenía pelo en ninguna otra parte de su cabeza. El volumen de su cuerpo parecía ser casi tan grande como su altura.

—Qué vergüenza, Maestro Eremis —murmuró, mientras colocaba un enorme brazo bajo la cabeza y los hombros de Geraden para sostener al joven mientras luchaba por recuperar el aliento—. Busca alguna otra causa para regocijarte. Lo que ha ocurrido aquí es o un desastre, o un milagro. Ciertamente, no tiene precedentes.

Necesita ser tomado en serio.

La sonrisa del Maestro Eremis se extendió hasta medio camino de sus orejas.

—Maestro Barsonage, no tienes sentido del humor. ¿Qué puede hacer ningún hombre o Maestro con las caídas de culo y confusiones del Apr Geraden excepto echarse a reír? —Volvió de nuevo su atención a Terisa. Su ofrecimiento de ayuda seguía firme—. ¿Mi dama?

—No podemos echarnos a llorar, Maestro Eremis —respondió una voz gutural desde el círculo—. Tú mismo has admitido que estamos condenados si no hallamos el campeón que nos ha sido augurado. No me preocupan el Rey Joyse y su insignificante reino —ante aquello, el hombre grueso que sostenía a Geraden emitió un sonido silbante por entre sus dientes—, y no me importa que se sepa. Dejemos que se sumerja en la senilidad, y dejemos que Alend y Cadwal se destrocen entre sí por el derecho a reemplazarlo. Pero *nosotros*, la Cofradía de Imageros, no tenemos otra esperanza. Este malogrado Apr simplemente nos ha fallado.

Terisa deseaba volverse para ver quién había hablado. Pero fue retenida por la sonrisa y los ojos y la mano tendida del Maestro Eremis. Estaba mirándola a ella, *a ella*, como si fuera real..., como si estuviera realmente presente en aquella alta estancia de piedra, donde el aire tenía un aroma a invierno y la luz procedía de lámparas de aceite y unas cuantas antorchas; imposiblemente presente allá cuando no tenía ningún derecho físico a estar en ningún lugar en absoluto excepto de vuelta a su apartamento, contemplándose a sí misma sola ante los espejos.

El magnetismo de aquella mirada la embrujaba. No podía rechazarlo; le proporcionaba la existencia tangible de la que siempre había dudado. Le devolvió la mirada, con sorpresa y maravilla, y dejó que cogiera su mano y la ayudara fácilmente a ponerse en pie.

—Estáis equivocados —tosió Geraden. Su color estaba mejorando. Intentó sentarse con la ayuda del Maestro Barsonage—. Todos vosotros. Ella es la correcta.

La reacción fue intensa e inmediata: la mayoría empezaron a hablar a la vez.

—¿Qué? ¿Una mujer? Imposible.

—¿Estás ciego? Mírala. Ni siquiera está *armada*.

—Este no es el campeón que fuiste enviado a buscar. ¿Crees que somos tan estúpidos como tú?

—¡Pero esto lo demuestra! Pensad en las implicaciones. El Rey Joyse y el Adepto Havelock tienen razón. Ellos *están* vivos.

—Dejad tranquilo al muchacho. Estoy seguro de que esto no fue más que otro accidente.

La voz gutural añadió:

—Qué tontería. No seamos irresponsables. Has arruinado nuestra confianza. No intentes ocultar tu fracaso fingiendo un éxito. —Terisa vio ahora al que hablaba: era

un hombre corpulento de gibosos hombros, manos que parecían lo bastante fuertes como para partir piedras, una barba blanca salpicada de negro, y un carnoso ceño permanentemente fruncido en su rostro. Dirigiéndose a los demás Maestros, concluyó —: Argumenté y argumenté que no hubiéramos debido confiar nuestras esperanzas en este desventurado cachorro, pero las votaciones estuvieron en contra mía. Éste — señaló con un dedo tan grueso como el mango de un martillo a Terisa— es el resultado.

El Maestro Eremis se echó a reír de nuevo e hizo un gesto apaciguador. Pero, antes de que pudiera contestar, Geraden protestó:

—No, Maestro Gilbur. —Tosió, se soltó de las manos del Maestro Barsonage y se puso en pie—. Esta vez no es culpa mía. Piensa en ello...

Desgraciadamente, el intento de ponerse en pie, hablar y toser al mismo tiempo confundió su equilibrio. Tropezó con uno de sus propios pies y cayó de lado, golpeando fuertemente a dos Imageros. Apenas consiguieron sujetarle. Varios hombres rieron a carcajadas; esta vez Terisa pudo captar lo acerbo de sus risas. Le habían visto hacer cosas así antes.

Cuando consiguió recuperar el equilibrio, su rostro estaba enrojecido y sus ojos ardían con el embarazo.

—Apr Geraden —dijo amablemente el Maestro Eremis—, las cosas no te han sido fáciles esta vez. Pero lo que está hecho está hecho..., y no estamos más cerca del campeón que necesitamos de lo que estábamos cuando empezaste. Quizá sería juicioso que no irritaras más a la Cofradía argumentando contra lo obvio.

Hoscamente, Geraden se arregló la chaquetilla.

—Lo que es obvio —empezó lúgubrementemente— es que no me he equivocado de la forma en que vosotros creéis. No habéis tomado en consideración...

—Muchacho —gruñó el Maestro Barsonage a sus espaldas—, vigila tu tono. Todos somos Maestros aquí. No se nos exige que oigamos las insolencias de un Apr.

Inmediatamente, el pesar se sobrepuso a la furia y al azaramiento en el rostro de Geraden.

—Lo siento. No pretendía... —Lanzó una mirada miserable y contrita a Barsonage—. Pero esto es tan *importante*.

—Somos conscientes de lo que es importante —raspó el hombre corpulento, el Maestro Gilbur—. Concédenos este mínimo de inteligencia. Seremos capaces de razonar el resto por nosotros mismos.

Terisa estaba sólo marginalmente atenta a lo que se estaba diciendo. Tan pronto como Eremis dejó de mirarla *a ella*, se vio casi abrumada por una sensación de irrealidad. Nada de aquello era posible. ¿Dónde estaba realmente? ¿Era esto lo que ocurría cuando su tendencia a desvanecerse era empujada hasta sus últimas consecuencias? Se concentró deliberadamente en lo que podía ver, intentando

convencerse a sí misma de su entorno.

Estaba de espaldas al espejo en un estrado de piedra: instintivamente, tuvo la sensación de que era un espejo al que no deseaba mirar. El Maestro Eremis se había situado en una actitud casi de propietario a su lado; el resto de los Imageros estaban reunidos en torno a Geraden, Barsonage y Gilbur. Y todos estaban cerca del abierto centro —ocupado por el propio estrado— de una amplia estancia redonda con suelo de losas de piedra. Las paredes y el techo eran de áspero granito gris. Varias enormes antorchas ardían en encajes tallados en las distantes paredes; pero la mayor parte de la luz procedía de lámparas de aceite que colgaban de las cuatro gruesas columnas que sostenían las altas bóvedas del techo. Dentro de la zona marcada por las columnas, el centro de la cámara estaba rodeado por una barandilla de madera tallada con bancos como asientos de coro mirando hacia dentro. Los bancos podían albergar unas cuarenta o cincuenta personas.

Éste, supuso, era el salón oficial de reuniones de la Cofradía de Imageros. Aquello parecía razonable..., lo cual era bueno. Si era razonable, también podía ser real.

Le hubiera gustado apartarse del grupo de hombres, efectuar una ligera exploración por sí misma. Pero parte de ella había oído lo que los Maestros estaban diciendo. Había oído la súplica en la voz de Geraden, el peso del sarcasmo con el que el Maestro Gilbur había respondido. Y pensar que conocía a Geraden desde hacía sólo..., ¿cuánto?, veinte minutos como máximo..., y sin embargo sentía lealtad hacia él. Había hablado con ella y la había escuchado y le había sonreído como si realmente existiera. Sus ojos se cruzaron con la enrojecida, contrita y urgente súplica de los de él, y dijo a los Maestros:

—Creo que deberíais darle una oportunidad. Tiene que haber alguna razón por la que yo acepté venir con él.

Inmediatamente se encogió en sí misma y deseó disculparse ante Geraden, porque el Maestro Eremis dejó escapar una sonora carcajada.

—Tiene que haberla realmente, mi dama —rió—. Fue un error hablar de coqueteo, porque seguramente esto no forma parte de su atractivo como Apr. Tiene muchas virtudes, pero la *gracia* y el espíritu no se hallan entre ellas. Puesto que no tenemos ninguna razón para creer que fuiste traída hasta aquí por la fuerza, tiene que existir evidentemente alguna razón por la que estés con él. —Varios de los Imageros rieron quedamente ante el sarcasmo de Eremis; pero Geraden no pudo hacer nada excepto bajar la cabeza para ocultar su miseria—. Bien, habla, Geraden —prosiguió el Maestro Eremis—. ¿Qué es lo que crees que no hemos tomado en consideración?

Por un momento Terisa tuvo la impresión de que Geraden iba a negarse a responder. Había observado a su padre azarar profundamente a su madre en multitud de ocasiones, y la única salida que había hallado ella a su resentimiento había sido

negarse a hablar. Pero Geraden echó a un lado cualquier humillación que pudiera sentir. La excitación brotó en su mirada, y dio un paso adelante casi como si fuera un salto.

—Maestro Eremis —volvió la cabeza—, Maestro Gilbur —miró de nuevo a Eremis, Terisa y el espejo—, sabéis que sólo soy un Apr, y os reís porque cometo un montón de errores. Pero no habéis pensado en lo que ella *significa*. —Hizo un gesto con la mano abierta hacia Terisa—. ¿Por qué está aquí? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

»Maestro Gilbur, tú me enseñaste cómo moldear ese espejo. Es exactamente como el que tú hiciste. Sabes que son exactamente iguales porque lo que tú ves en este espejo es lo mismo que muestra el tuyo. Son idénticos.

»Maestro Eremis, ¿has oído hablar de un espejo que pueda trasladar cosas que no muestra?

Su pregunta tomó por sorpresa a varios de los Maestros. Gilbur frunció el ceño como quien cierra un puño; la boca de Eremis se curvó pensativamente; Barsonage alzó las cejas hasta tan arriba que parecieron dirigirse hacia atrás en su cráneo. Un hombre bajito con rostro de conejo asintió vigorosamente.

Ahora Geraden estaba hablando a todos los Imageros a la vez.

—Los más grandes Maestros que conocemos nunca han sido capaces de fabricar espejos que muestren una cosa y trasladen otra. Ni el Adepto Havelock, en sus mejores tiempos, lo consiguió. Ni siquiera las historias acerca del archi-Imagero Vagel mencionan un poder tan fuerte como ése.

»Pensad en ello, Maestros. O bien hemos tropezado por accidente con el mayor logro en la historia de la Imagería. O soy el más grande Maestro desde que fue modelado el primer espejo. —Se interrumpió bruscamente y clavó directamente la mirada en Eremis.

—¿O qué, Apr? —gruñó el Maestro Gilbur—. Seguro que no esperas que engullamos ninguna de estas dos alternativas.

—O —dijo lentamente Geraden, mirando aún fijamente a los ojos de Eremis— ha intervenido otro poder. Quizá fuera el mismo poder que modeló el augurio. Me llevó a un lugar que yo no hubiera podido alcanzar con ese espejo. Un lugar donde poder encontrar el campeón que pretendía el augurio en vez del elegido por vosotros.

Casi susurraba, y sus ojos castaños brillaban intensamente.

—Ella es la que hubiera debido ser enviado a buscar. Ella es la que puede salvarnos.

Por un instante, toda la Cofradía miró en silencio a Geraden y su afirmación. Luego, el Maestro conejil anunció con una voz fina y aguda:

—Yo también lo dije. Lo dije desde un principio. Esto lo demuestra. Son reales.

—Oh, vaya —gruñó Gilbur secamente—. El Apr habla ingeniosamente, pero desafía la razón. ¿Ella nuestro salvador augurado? ¿Ella el poder para rescatarnos de

que la Imagería se vuelva loca? Miradla, Maestros. ¿Cuáles son sus poderes? ¿Cómo luchará en nuestra defensa? ¿En qué forma es superior al campeón que hemos escogido?

Mientras hablaba, apuntó un grueso dedo índice hacia el cristal detrás de Terisa.

Varios de los hombres desviaron su atención hacia allá. Incluso el Maestro Eremis se volvió y lanzó una mirada al espejo.

Involuntariamente, Terisa obedeció también a la señal de Gilbur.

Su primera impresión se vio confirmada: el espejo no reflejaba nada que ella pudiera ver allí..., o que hubiera visto nunca.

El teñido y débilmente ondulado cristal mostraba una escena lo suficientemente distante como para ser muy grande, pero no lo bastante distante como para debilitar sus figuras primarias. En un plano medio de un paisaje árido y extraño, iluminado por el resplandor escarlata de un viejo y rojo sol, se alzaba una forma metálica que su mente etiquetó inmediatamente como «astronave». Formando un perímetro defensivo en torno a la nave había un cierto número de figuras humanoides, también metálicas: transcurrió un momento antes de que se diera cuenta de que eran realmente hombres, hombres enfundados en una especie de armaduras. Estaban siendo atacados; pero los rayos destructivos que mordían trozos enteros del paisaje sólo se reflejaban en los cascos y los petos de los defensores. No podía ver el efecto del fuego que devolvían, pero debía ser adecuado: no estaban siendo empujados de vuelta hacia su nave.

La figura central de la escena, sin embargo, no era la nave o cualquiera de los luchadores. Más bien era otro individuo revestido de metal que agitaba ocasionalmente las manos o desviaba su atención como si estuviera dirigiendo la batalla. Iba pesadamente armado: extrañas armas colgaban de sus caderas, y sujeto a su espalda había un rifle del tamaño de un pequeño cañón. Pero, más que su armamento, era su pose lo que transmitía una abrumadora sensación de poder a través del cristal. Permanecía de pie en aquel terreno alienígena como si estuviera dispuesto a diezmar poblaciones enteras a fin de poder reclamarlo.

Terisa comprendió de inmediato que se trataba del campeón, el ser fuerte y violento que Geraden había sido enviado a buscar.

¿Qué tipo de ayuda necesitaba Mordant? El peligro, ¿era *tan* grande? ¿Y Geraden deseaba que aquellos hombres la tomaran *a ella* en serio como respuesta a sus problemas, un salvador augurado? De pronto se dio cuenta de que el Maestro Gilbur tenía razón. Si Geraden la consideraba a ella como una respuesta cuerda a un problema de aquella magnitud, estaba loco.

¿Qué tipo de locura la había poseído también a ella para sujetar su mano? Hubiera debido ir al teléfono, llamar a seguridad, y aceptar las consecuencias. La tensión de tener que enfrentarse a su padre hubiera sido preferible a la imposibilidad del lugar donde estaba ahora.

Aquello la afectó como un vahído. ¿Qué estaba *haciendo* ella allí? Se volvió del espejo en un movimiento brusco y pareció perder el equilibrio. Entonces se dio cuenta de que estaba mirando fijamente al rostro del Maestro Eremis como si le estuviera suplicando ayuda. Aunque no le conocía en absoluto, captaba su inteligencia, su fuerza, su efectividad. Su humor estaba edificado sobre la confianza, y prometía resultados incluso cuando estaba bromeando.

Por un momento sus ojos captaron su súplica, y las comisuras de sus ojos se fruncieron como si fuera a echarse a reír de nuevo. Pero no lo hizo. En vez de ello, dejó que un benévolo fruncimiento de ceño arrugara su alta frente.

—Maestros —dijo en tono meditativo—, ésta es una sutil cuestión. No debemos desecharla a la ligera. El Apr Geraden ha destacado un punto que merece ser tomado en consideración.

Por encima del gruñido de exasperación del Maestro Gilbur, Eremis prosiguió:

—Que su gusto por los campeones es sospechoso os lo garantizo. Pero hay una simple verdad en sus palabras. O bien ha tropezado por casualidad con un milagro. O se ha hecho secretamente más grande que todos nosotros. —El Maestro Eremis echó a un lado las protestas de la Cofradía con un delicado agitar de sus dedos—. O está actuando aquí un poder que no comprendemos..., y que debemos tener en cuenta.

»Propongo —continuó rápidamente— que aplacemos esta reunión por el momento. Necesitamos tiempo para pensar. La necesidad de Mordant es urgente, pero no requiere un estúpido apresuramiento. ¿Qué decís? Quizá mañana comprendamos mejor las cosas.

»¿Maestro Barsonage?

Terisa se sintió vagamente sorprendida al oírle sugerir antes que anunciar un aplazamiento: había supuesto automáticamente que él era el líder de la Cofradía. Pero ese papel parecía pertenecer al grueso y calvo hombre con las cejas como matorrales y la piel amarilla como la madera de pino. Cuando Eremis se dirigió a él, miró a los Maestros a su alrededor por un momento, buscando el consenso. Después de que la mayor parte de ellos hubieran indicado su asentimiento, dijo:

—Es evidentemente una buena idea. Dudo que ganemos mucho averiguando si el Apr Geraden ha sido víctima de un accidente, del genio o de una intervención. Pero debemos determinar qué hacer al respecto. Aquellos de nosotros que estamos ya cansados de argumentaciones necesitamos descansar un poco antes de enfrentarnos a ese debate.

»Nos reuniremos de nuevo mañana —concluyó bruscamente.

El Maestro Eremis sonrió su aprobación.

—Muy bien. —Entonces se volvió hacia Terisa y extendió la mano—. Mi dama, ¿quieres acompañarme? Alguien debe ofrecerte la hospitalidad de Orison. Veré que seas honorablemente alojada, como corresponde a una mujer de tu obvia importancia.



—Dio a la palabra *importancia* un ligero énfasis burlón, dirigido a ella o a Geraden—. Y hay muchas cosas de las que desearía hablar contigo.

La miraba de nuevo fijamente, y ella dudó de que hubiera podido rechazar su oferta aunque hubiera querido: su firme atención era seductora e imperiosa. Parecía secar su garganta y hacer vacilar sus rodillas. Involuntariamente, reaccionó ante él como si fuera el primer hombre que jamás la hubiera mirado de aquella manera. Por todo lo que sabía, *era* el primero.

Pero cuando alzó su mano para aceptar la de Eremis, Geraden dijo bruscamente:

—Mi dama, prefiero que me acompañes. —Su actitud se había vuelto formal.

De inmediato, un absoluto silencio cayó sobre los Maestros; miraron a Geraden como si acabara de insultar a Eremis. El enrojecimiento de la piel de Geraden traicionó que de pronto acababa de darse cuenta de su audacia. Sin embargo, los músculos de su mandíbula se encajaron tercamente, y sus ojos no cedieron.

El Maestro Eremis alzó una ceja; Terisa notó que su concentración se desviaba de ella a Geraden. Pero, tras un breve parpadeo, su mirada volvió a ella.

—Ven —dijo con un tono insinuante... e imperioso—. El Apr ha representado su papel en este asunto, pero ahora debe dejar las cosas en manos de los de mayor rango, habilidad y experiencia. De todos modos, creo que no tendrás queja de mi compañía, mi dama.

Ella casi le siguió. Deseaba hacerlo, o creía que lo deseaba, o quizá no tenía la menor idea de lo que deseaba, pero, si iba con él, tal vez él fuera capaz de responder por ella a aquella pregunta.

El Apr no estaba preparado, sin embargo, para dejarla marchar.

—Mi dama —dijo, con la voz tensa por la ansiedad y la determinación—. El Maestro Eremis cree que no existes.

Su afirmación cayó en medio del silencio como un desafío personal, como si estuviera retando al Maestro a luchar.

Y un pequeño hormigueo de pánico acarició el corazón de Terisa.

La irritación reemplazó al humor en el rostro de Eremis. Apartó la vista de ella, con el ceño fruncido; su alto cuerpo pareció prepararse para una dura respuesta. Pero un instante después retrocedió un paso, recuperado su autocontrol.

—Esto no es exactamente cierto, mi dama —dijo fríamente, sin mirarla—. Creo que no existías hasta que fuiste trasladada por el espejo.

—Y en consecuencia —terminó Geraden—, cree que eres un objeto, mi dama, un artefacto de la Imagería..., una cosa que puede utilizarse, no una mujer que debe ser respetada.

Aquello fue demasiado para el Maestro Eremis.

—¡Uf! —escupió—. No discutiré el significado de la Imagería con un cachorro demasiado desventurado como para ganarse una casulla y demasiado necio como

para respetar a sus mejores. —Despidió a Terisa—. Ve con él. Me proporcionará algo de distracción, si tú no lo haces.

Se dio la vuelta y echó a andar por entre el grupo de Maestros. Un momento más tarde desapareció tras una de las columnas, y Terisa oyó el sonido de una pesada puerta de madera al cerrarse.

Geraden no la miró. Su rostro estaba fijo en las piedras del suelo. Su rostro estaba tan encendido por el azaramiento que su frente estaba llena de gotas de sudor.

## 4

### El viejo senil

—Arrogancia —murmuró uno de los Imageros. Otro sonrió su deleite ante la frustración de Eremis. Pero la mayor parte de la Cofradía sentía de otro modo. El Maestro Gilbur se encogió enérgicamente de hombros. El hombre con rostro de conejo frunció la nariz.

Todos miraban a Geraden.

Temblando interiormente, Terisa lo estudió también. En voz baja, con vacilación, preguntó:

—¿Qué has querido decir con que él cree que no existo? ¿O que no existía hasta que fui trasladada por el espejo? —Aquella idea le había golpeado de una forma demasiado dura, demasiado profunda. ¿Era tan evidente la incertidumbre de su existencia que incluso unos desconocidos podían apreciarla?—. Eso no tiene ningún sentido. Nada de esto tiene ningún sentido. Ni siquiera sabéis quién soy.

Inmediatamente, Geraden empezó a disculparse:

—Lo siento, mi dama. Sigo tratándote mal, cuando eso es la última cosa que deseo. —Su mirada se cruzó con la suya con una expresión de valiente desánimo..., infeliz por su terca habilidad de hacer o decir siempre las cosas equivocadas, pero decidido a enfrentarse a las consecuencias—. Hubiera debido dejarte marchar con el Maestro Eremis. No sé lo que me ocurrió.

Antes de que ella pudiera protestar que no era aquello lo que había querido decir, el Maestro Barsonage intervino:

—Apr Geraden —dijo—, tenemos poca paciencia hacia tu contrición en estos momentos.

—Lo siento —dijo de nuevo Geraden, reflexivamente.

—Es una historia que hemos oído ya muchas veces —siguió el Maestro con un tono como una barra de plomo—. Evítanosla, pues, y en vez de ello escúchame. No te ordenaré que no le hables al Rey de esto, puesto que sé que no me obedecerás. Pero te diré una cosa. Ella está aquí gracias a tu intervención. Es tu responsabilidad. Ofrécele la cortesía de la hospitalidad de Orison al tiempo que el respeto de la Cofradía. Es un misterio para nosotros, y debe ser bien tratada.

»Pero —apoyó una firme mano sobre el hombro de Geraden— no respondas a sus preguntas, Apr.

Los ojos de Geraden se abrieron mucho ante aquello. Ignorando a Terisa, Barsonage tensó la presa de su mano y su tono.

—Como el misterio que es para nosotros, constituye un peligro. No traiciones a Mordant o la Cofradía hasta que estemos seguros de ella.

La mirada de Geraden se apartó de la del Maestro. Estudió las piedras bajo los

pies de Terisa y no dijo nada.

Muy suavemente, el grueso hombre insistió:

—¿Me comprendes, Apr? Soy el mediador de la Cofradía. Si te digo que te vayas, jamás volverás a ser considerado para la casulla de Maestro.

Ninguno de los demás Imageros dijo nada. Algunos de ellos parecían irritados; algunos parecían estar conteniendo el aliento. El aire en la habitación era aún demasiado frío como para que uno se sintiera cómodo en él.

El hombro de Geraden se retorció bajo la mano del mediador; luego se irguió contra la presión.

—Te comprendo, Maestro Barsonage. —Sonaba muy lejano y solitario—. La dama es mi responsabilidad.

—En todos sentidos.

—En todos sentidos.

Lentamente, el Maestro Barsonage soltó su mano.

—Admirable —murmuró—. El buen sentido vuelve a ti.

—¡Ja! —bufó el Maestro Gilbur—. Admirable, realmente. —Miraba sombrío a Geraden—. Si crees que va a mantener su palabra, Barsonage, es que te has vuelto senil.

Ante aquello, el Maestro Barsonage apoyó las manos en sus costados como duelas de barril.

—Déjame prevenirte en contra de tales afirmaciones, Maestro Gilbur. Se confía poco en nosotros..., y menos aún cuando hablas con tal desprecio. El Apr Geraden procede del honesto y honorable linaje de los Domne. Los hijos de los Domne han sido siempre de confianza.

Entonces, bruscamente, se apartó de Geraden y Terisa.

—Estas reuniones consumen demasiado tiempo —dijo con voz amistosa, a nadie en particular—. Vuelvo a retrasarme para mi comida del mediodía. —Dio una palmada a su estómago y preguntó—: Maestros, ¿os unís a mí?

Varios de los Imageros asintieron; Gilbur y otros declinaron con varios grados de cortesía. La Cofradía empezó a disgregarse a medida que los Maestros abandonaban el centro de la estancia y se dirigían hacia las puertas más allá de las columnas. Tras unas cuantas miradas por encima del hombro y uno o dos comentarios murmurados, dejaron a Terisa y Geraden solos.

Éste seguía contemplando las piedras bajo los pies de ella, como si se sintiera avergonzado.

Ella le miró parpadeante, sintiéndose vagamente estúpida. ¿Nadie iba a responder ninguna de sus preguntas? ¿Nadie iba a decirle por qué el Maestro Eremis creía que ella no existía? Seguro que tenía derecho a protestar.

Cuando era pequeña, sin embargo, había cometido ocasionalmente el error de

protestar, de intentar mantener sus posiciones. *¡No es justo que tenga que irme siempre a la cama, nunca me queréis a vuestro alrededor!* Las reacciones que había recibido le habían enseñado a muy temprana edad la estupidez de lo que estaba haciendo. Sus padres habían deseado que se grabara lo menos posible en sus consciencias. Su padre, en particular, se había mostrado muy pocas veces gentil cuando ella había intentado que reparara en su existencia. Siguiendo su ejemplo, muchos de los sirvientes la habían tratado con una desnuda tolerancia. Y las numerosas escuelas privadas a las que había sido enviada tenían instrucciones específicas en lo que a ella se refería. Una niña pasiva era simplemente olvidada; una asertiva era siempre castigada. Y era el castigo lo que la había convencido de que tal vez no fuera real. A lo largo de los años, había aprendido a dejar translucir cada vez menos de sus emociones que conducían a exigencias y rechazo.

Así que, en vez de dedicarse a protestar de alguna forma, hizo lo siguiente que consideró mejor: observó el enrojecimiento de la vergüenza de Geraden y no dijo nada.

Cuando él alzó finalmente la cabeza, su aspecto era miserable.

—Lo siento, mi dama. Esto no es lo que creía que iba a ocurrir, en absoluto. Sabía que tendrían que ser convencidos..., en especial el Maestro Gilbur. Pero no pensé que ellos... —Hizo una mueca—. No es justo arrastrarte hasta esto y luego negarnos a responder a tus preguntas. Simplemente, no es justo. Y es de nuevo culpa *mía*, por supuesto.

Para conseguir que siguiera hablando, Terisa preguntó:

—¿Cómo es culpa tuya?

—No les hablé de tus espejos —murmuró él hoscamente. No parecía servir de nada recordarle que ella no podía comprender lo que él quería decir con aquello, así que preguntó:

—¿Por qué no lo hiciste? Él se encogió de hombros.

—Quería hacerlo. Pero, en el último segundo, tuve una intensa sensación... —Su voz murió, luego volvió a brotar, más fuerte—: Simplemente no confío en el Maestro Eremis. Ni en el Maestro Gilbur tampoco. No quiero decirles nada.

Terisa lo estudió por unos instantes.

—Pero sigues sin estar dispuesto a responder a mis preguntas. —Gracias a sus años de entrenamiento, su tono casi no traicionó nada de su amargura.

—No —respondió él, con una mueca—. No puedo. Ya le oíste. Creo que está equivocado, pero eso no significa ninguna diferencia. Puede echarme de aquí. He estado intentando ser un Maestro desde que tenía quince años. No puedo abandonar ahora. Lo siento —dijo de nuevo.

Con los ojos brillantes, pero incapaz de cruzar su mirada con la de ella, se detuvo. Su expresión afligida le hacía parecer más joven de lo que era..., de hecho, más joven

incluso que ella misma. Inesperadamente, se dio cuenta de que no se sentía furiosa contra él, ni siquiera allá en los lugares secretos de su corazón donde mantenía ocultas sus emociones peligrosas. Parecía estar tan preocupado por ella como por él mismo. Aquél era un grado de consideración al que no estaba acostumbrada.

Como respuesta, se sorprendió a sí misma preguntando:

—¿Crees que existo?

Él la miró bruscamente, con el brillo de sus ojos desaparecido de pronto.

—Bueno, por supuesto. ¿No es evidente? De hecho, eres la prueba de lo que el Rey Joyse y el Adepto Havelock han estado diciendo todo el tiempo. Los Maestros como Eremis y Gilbur creen que los espejos crean lo que vemos en ellos. Esas cosas sólo existen cuando son trasladadas fuera del cristal. Pero eso nunca tuvo sentido para mí. Y ahora suena como una tontería..., ahora que he entrado por mí mismo en un espejo y te he encontrado a ti. —La excitación mejoró considerablemente su apariencia—. Fue una auténtica impresión, cuando crucé el cristal esperando hallar al campeón, y en su lugar te encontré a ti..., pero me convenció de que eres real. Todo en los espejos es real.

Entonces se controló; la excitación desapareció de su rostro. Se mostró distante y cauteloso, avergonzado de nuevo.

—Pero no se supone que deba responder a tus preguntas.

Terisa casi se echó a reír. Surgido de la nada, él la hacía sentirse real..., más de lo que se había sentido desde hacía mucho tiempo. Ya la había convencido de que, si conseguía que siguiera hablando, no sería capaz de rechazarla. La tomaba demasiado en serio como para rechazarla.

—Apr Geraden —dijo—, si soy real, tengo que ser importante. Aunque sea un accidente, tengo que ser importante. ¿No crees que puede ser una buena idea preguntarme quién soy?

El joven abrió mucho los ojos: la miró fijamente, boquiabierto. Al parecer, se había visto tan involucrado en su traslación y su discusión con los Imageros que había olvidado la simple cortesía de preguntarle su nombre. Darse cuenta de aquello le hizo temblar al borde de más contrición y miseria; más disculpas.

Pero, un instante más tarde, captó el espíritu de su pregunta. Su rostro se escindió en una sonrisa; se echó a reír.

—Oh, un buen tanto para ti, Geraden —dijo, sacudiendo la cabeza en divertido horror—. Realmente estás haciendo bien las cosas hoy. —Luego retrocedió un paso, adoptó una pose de fingida dignidad e hizo una extravagante reverencia. El esfuerzo le hizo perder el equilibrio; estuvo a punto de caer—. Mi dama —entonó—, me postro humildemente ante ti. ¿Te dignarás ofrecerme el sublime honor de tu nombre y condición?

—No seas tonto —respondió ella, intentando ocultar su regocijo—. No tengo

ninguna «condición». Me llamo Terisa Morgan.

—Mi dama Terisa de Morgan —prosiguió él sentenciosamente—, eres demasiado amable. Soy tu más indigno servidor. Pero, si quieres acompañarme, será una gran alegría para mí presentarte a Joyse, el fundador de la Cofradía, señor de los Dominios y Rey de Mordant.

Luego cambió a su actitud normal.

—Creo que será una buena idea que te lo presente de inmediato. Necesita saber de ti, no importa lo que digan algunos de los Maestros. Comprenderá lo importante que eres. Y puede que esté dispuesto a decirte lo que está ocurriendo aquí.

Cuando dijo esto, la actitud de ella se agrió. La referencia a «lo importante» que era colocó en su sitio su sentido de la realidad de la situación. De una u otra forma, ella era un error: era la persona equivocada. En consecuencia, sintió una repentina e irracional reluctancia a enfrentarse al Rey Joyse. Podía echarse a reír como su padre ante la idea de que ella era importante.

—Geraden —preguntó, incierta—, ¿hay realmente alguna razón para todo esto? No estaréis haciendo algún experimento conmigo, ¿verdad? Practicando vuestras traslaciones.

De alguna forma, él miró directamente a su rostro y comprendió lo que ella sentía. Su expresión se hizo de inmediato más sobria; la simpatía ablandó sus ojos.

—Mi dama, te juro por mi corazón que la necesidad es urgente. El Rey Joyse cortaría la cabeza a cualquier Imagero que hiciera de una forma frívola lo que hemos hecho contigo..., aunque hay algunos —hizo una momentánea disgresión— que tal vez lo intentarían, si no fueran refrenados por la Cofradía.

»Además —continuó—, te juro que si tu traslación es un accidente, un error de algún tipo..., haré todo lo posible por devolverte a tu propio mundo.

»Y una cosa más, mi dama. —Su tono y su mirada se hicieron más agudos—. Hallaré una forma de devolverte a tu mundo de todos modos, si el Rey Joyse o el Maestro Barsonage o *alguien* no decide empezar pronto a tratarte un poco mejor.

Terisa miró fijamente a sus ojos y descubrió que le creía, pese a ella misma. La idea en sí era secretamente asombrosa..., que cualquier hombre, por propenso que fuera a los accidentes, la mirara y le hiciera seriamente promesas. Para disimular su asombro se apartó ligeramente de él. Luego, con un tono tan distante como pudo, dijo:

—Será mejor que me llames Terisa. No soy la «dama» de nadie. No quiero que el Rey adquiera falsas ideas. Sintió más que vio la aprobación del joven.

—Gracias —dijo él—. Creo que haces lo correcto. Tengo una buena impresión al respecto. —Apoyó tentativamente una mano sobre su brazo—. ¿Vamos?

Su atención estaba centrada en ella, como si deseara hacerle más promesas. Como respuesta, ella le ofreció la educada y no comprometedora sonrisa que había

perfeccionado cuando era una quinceañera..., y gruñó para sí misma porque su respuesta a él era tan vacía como la de él a ella. Pero siguió sonriendo de aquella forma mientras asentía con la cabeza.

El hizo un gesto más allá de las columnas.

—Por aquí, entonces.

Ella se sintió agradecida de que él soltara su brazo mientras la conducía hacia una puerta.

La puerta era una pesada construcción de madera con gruesos cerrojos y pasadores: parecía como si su intención fuera originalmente retener a la gente fuera de aquella sala..., o retenerla dentro. Dentro, decidió cuando Geraden abrió la puerta, que giró hacia fuera. Pero los cerrojos estaban dispuestos de tal modo que sólo podían ser accionados desde dentro.

Mientras el joven la conducía fuera de la sala, tropezaron con dos guardias en el corredor.

Ambos hombres eran anchos, toscos y mal afeitados veteranos, con la apariencia del duro servicio sobre sus espaldas. Llevaban cotas de malla y polainas sobre sus ropas de cuero, y cascos de acero apretadamente encajados sobre sus cabezas. Los dos llevaban largas espadas al cinto y sujetaban una pica en su mano derecha. Uno de ellos estaba marcado por una antigua cicatriz que corría desde su cuero cabelludo y bajaba por su frente, entre sus ojos, y por un lado de su nariz hasta casi su boca. El otro había perdido varios dientes.

El que le faltaban los dientes miró a Terisa de una forma nada tranquilizadora; pero el otro se dirigió a Geraden con tono familiar, preguntándole si quedaban algunos Maestros en la sala.

Cuando Geraden agitó negativamente la cabeza, el guardia relajó algo su postura.

—Entonces estamos fuera de servicio por un tiempo. Escucha, Geraden. Argus y yo tenemos un barrilito de cerveza aguardándonos. ¿Qué te parece? ¿No queréis tú y... —lanzó una sugerente mirada de reojo a Terisa— tu compañera uniros a nosotros para un trago?

—Creo, Ribuld —dijo Geraden con buen humor— que tú y Argus olvidasteis cómo se piensa el día que decidisteis ser soldados. Para tu información, mi «compañera» es dama Terisa de Morgan, y no tiene la menor intención de malgastar su tiempo bebiendo cerveza con gente como vosotros. En estos precisos momentos el Rey está aguardando para conocerla.

—Demasiado buena para nosotros, ¿eh? —murmuró Argus. Pero Ribuld le lanzó un fuerte codazo a las costillas; dio un paso atrás, con una expresión apoplética en su rostro.

Sonriendo, Geraden condujo a Terisa pasillo abajo.

—No dejes que te preocupen —dijo en voz baja el joven mientras seguían



caminando—. Tienen muy mal aspecto, pero son buenos hombres. Se entrenaron con mi hermano Artagel. Voy a intentar que los asignen a tu vigilancia.

—¿Para qué necesito guardias?

—Porque... —empezó a decir él. Esta vez, sin embargo, se dio cuenta inmediatamente de lo que estaba haciendo—. Por la misma razón que no se supone que deba responder a tus preguntas. Mordant tiene demasiados enemigos. La Cofradía tiene demasiados enemigos. Y el Rey Joyse... —Se detuvo de nuevo, con una expresión de inconsciente dolor en su rostro—. Estés aquí por accidente o no, ya tienes enemigos. Puesto que soy responsable de ti, deseo asegurarme de que dispongas de guardias..., guardias que te tomen en serio. Ribuld y Argus harán eso por mí porque soy el hermano de Artagel.

Al cabo de un momento murmuró:

—El Maestro Barsonage cometió un gran error diciéndome que no respondiera a tus preguntas.

Siguió caminando en silencio junto a ella por el corredor.

El corredor era de los mismos bloques grises de granito que formaban las paredes y el techo de la sala de la Cofradía; y daba varios giros, cruzaba varias puertas, una escalera, hasta desembocar finalmente en una sala cuadrada lo suficientemente amplia como para ser un salón de baile.

Aquel lugar tenía un suelo liso, con las piedras cuidadosamente encajadas, de modo que no había huecos entre ellas; balcones alrededor de las paredes, donde los músicos podían sentarse para tocar, o desde donde los grandes señores y damas podían observar el baile; varias enormes chimeneas para proporcionar calor. En cada esquina, unas amplias escalinatas se curvaban graciosamente hacia arriba hasta perderse de vista. Pero el lugar estaba muerto. Flotaba en él una atmósfera de desuso, incluso de abandono; la gente y los músicos, la excitación y el color que podían haberle proporcionado alegría habían desaparecido. Las chimeneas estaban frías; y la única luz procedía de estrechas ventanas muy altas sobre los balcones de una pared, con el resultado de que la sala estaba llena de penumbra. Las ventanas permitían un atisbo de tétricas nubes.

Terisa se estremeció cuando Geraden la encaminó hacia una de las escalinatas.

—Éste no es el camino directo —comentó el joven—. Pero si cruzáramos el patio estropearíamos tus ropas. —Terisa pensó que era afortunada por ir cálidamente vestida como iba. Lo que podía ver del cielo a través de las ventanas daba la impresión de que se hallaban en invierno.

La escalinata los llevó al piso de arriba. Desde allí, el joven la condujo a través de una sucesión de pasillos, cortas escaleras y salas que creaban una extraña impresión, como si el enorme montón de roca a través del que avanzaban hubiera sido construido al azar, apilando masas una encima de otra. Pero el instinto hacia los

percances del joven no incluían ninguna incertidumbre acerca de dónde iba: conocía íntimamente aquel lugar.

Mientras caminaban, empezaron a encontrar más y más gente. Muchos de ellos eran guardias, de servicio o realizando oscuras misiones; pero muchos más parecían ser los habitantes del edificio. Algunos viejos se inclinaban sobre sus escobas en los corredores, barriendo pequeños montones de polvo con diligente desatención. Las muchachas se escabullían aquí y allá, llevando montones de ropas o cubos o bayetas. Los muchachos pasaban velozmente por su lado, fingiendo probablemente que estaban dedicados a algo urgente para que nadie los detuviera y los pusiera a trabajar en alguna otra cosa. En cuanto a los hombres y mujeres...

Terisa descubrió que podía estimar fácilmente su rango por sus atuendos. Todos iban vestidos con ropas cálidas; pero las fregonas y las camareras llevaban faldas de lana, chales de lana sobre sus blusas y gruesas sayas, mientras que las damas llevaban mantos hasta el suelo de tafetán o satén y suaves botas de piel, con joyas en el pelo o rodeando sus cuellos. Los sirvientes y barrenderos vestían como el propio Geraden, con chaquetillas, pantalones y botas, quizá con una larga daga enfundada en sus cintos, pero los señores llevaban sobretodos elaboradamente tejidos sobre camisas sueltas y ajustadas calzas, con sables en ornamentadas fundas a sus caderas. Y los grados intermedios de rango podían definirse inmediatamente por la presencia o la ausencia de una espada o un escote, por la longitud de un manto o los bordados de un sobretodo.

Pese a su elegancia, sin embargo, ni siquiera los más espléndidos señores y damas parecía que se lo pasaran bien. Casi sin excepción, se comportaban como gente que vivía bajo una sombra.

Varios individuos con los que se cruzaron Terisa y Geraden saludaron a éste, bien por su nombre o por su título.

Todos ellos miraron a Terisa tan abiertamente como se atrevieron.

Al cabo de un rato, empezó a darse cuenta de que probablemente nunca habían visto a nadie como ella antes. Esta idea era sorprendente..., e inquietante.

Poco después, Geraden la condujo subiendo una serie de escaleras que giraban hacia atrás y hacia adelante como si ocuparan el interior de una torre. Conducían a una alta puerta tallada con un guardia estacionado a cada lado. Aquellos hombres tenían mejor aspecto que Argus y Ribuld, aunque no parecían menos experimentados y peligrosos; pero saludaron a Geraden con la misma familiaridad.

—Ésta es dama Terisa de Morgan —dijo Geraden—. ¿Queréis anunciarnos? Creo que el Rey deseará conocerla.

Los guardias hicieron medio disimulados esfuerzos de ocultar la forma en que la miraban insinuantemente. Uno de ellos se encogió de hombros; era su deber custodiar al rey, pero resultaba claro que no veía ninguna razón para considerar a Geraden

peligroso. El otro llamó a la puerta, penetró en la estancia al otro lado y cerró la puerta a sus espaldas.

Regresó un momento más tarde.

—Podéis entrar. Pero id con cuidado. El Rey y el Adepto Havelock están jugando al brinco. Si el Adepto decide que has molestado su concentración, puede hacer algo desagradable.

Geraden dirigió al hombre una hosca sonrisa.

—Comprendo.

Su mano acarició ligeramente el brazo de Terisa, y la empujó hacia la semiabierta puerta.

La habitación en la que entraron la sorprendió. Era la primera estancia ricamente adornada que veía en aquel lugar, y, aunque era aproximadamente del mismo tamaño que su sala de estar y su comedor juntos, era cálida. Una gruesa alfombra, tejida con un dibujo abstracto de resplandecientes azules y rojos, cubría la mayor parte del suelo. La pared de piedra había sido recubierta con paneles de madera clara, y cada panel estaba elegantemente decorado, algunos con tallas, otro con un fino trabajo de taracea. En una serie de soportes de bronce clavados a la pared ardían velas; pequeños candelabros de cinco brazos se erguían sobre ornamentadas mesas en las esquinas de la habitación y a ambos lados de la repisa de la chimenea. Bajo las llamas de ésta brillaba un abundante lecho de brasas.

Dos hombres de edad estaban sentados el uno frente al otro ante una pequeña mesa en el centro de la habitación. Uno de ellos llevaba un manto de terciopelo púrpura que lo cubría como una tienda. Parecía perdido en él, como si hubiera sido cortado para él cuando era joven y poderoso y ya no le encajara ahora que su cuerpo se había encogido. Esa impresión se veía reforzada por su cabello y su barba completamente blancos, por el débil tinte azul que las venas proporcionaban a su piel, por la artrítica hinchazón de los nudillos de sus manos, y por el tono azul acuoso de sus ojos. Una pequeña corona de oro mantenía su pelo apartado de su rostro.

—El Rey Joyse —susurró Geraden a Terisa.

El otro hombre había perdido la mayor parte de su cabello, y lo que quedaba de él brotaba de su coronilla en alborotados mechones. Su nariz de halcón le daba a su rostro una ferocidad que era desmentida por el constante temblor de sus carnosos labios. Llevaba un colgante sobretodo sin ningún adorno, que alguna vez debía haber sido blanco, sin —por todo lo que Terisa podía decir— nada debajo. Pero sobre sus hombros llevaba una casulla amarilla.

—El Adepto Havelock —susurró Geraden—. Algunos de los Maestros lo llaman «el Esbirro del Rey».

Ambos hombres estaban intensamente concentrados sobre un tablero de juego colocado entre ellos. Estaba compuesto por cuadros alternos rojos y negros, pero sólo

los cuadros negros eran utilizados. Sobre ellos había pequeñas piezas redondas: las del Rey eran blancas; las de Havelock, rojas. Mientras observaba el tablero, Terisa vio que Havelock hacía un movimiento, haciendo brincar uno de sus hombres sobre dos de los del Rey y retirando éstos de sus respectivos cuadros.

Estaban jugando a las damas.

El reconocimiento la sobresaltó de pies a cabezas, alterándola desproporcionadamente. Después de todo, era sólo un juego menor..., uno de los pocos a los que había jugado. Uno de los criados de su padre se lo había enseñado en su tiempo libre cuando ella tenía diez años; y habían jugado a intervalos durante casi un año, hasta que el criado perdió su trabajo. Era un hombre robusto y achaparrado con una sorprendente dulzura en sus ojos y una sonrisa infrecuente. La verdad era que a ella nunca le había gustado el juego: había jugado tan ansiosamente a él porque se había encariñado enormemente con el hombre. Su constante atención y sus pequeñas cortesías hacia ella la habían encantado por completo. Cuando el hombre fue despedido, ella reunió de algún modo el valor suficiente para preguntarle a su padre por qué, pero él se había negado a darle ninguna explicación.

—No es asunto tuyo, Terisa. Vete a jugar. Estoy ocupado.

Recordando ahora a aquel criado, sintió una inesperada sensación de pérdida, como si en su pequeño mundo acabara de sufrir una importante desgracia. La vida a la que estaba acostumbrada le había sido arrebatada con tanta facilidad como uno cualquiera de los caprichos de su padre, y nadie iba a decirle por qué.

El juego la inquietó también por otras razones, sin embargo. Era algo familiar en un lugar donde nada era familiar. ¿Qué hacía allí? ¿Qué estaba haciendo *ella* allí? Precisamente por el hecho de que era familiar —porque no encajaba—, parecía hacer que lo que le estaba ocurriendo fuera menos real.

Geraden avanzó un paso, pero ni el Rey Joyse ni el viejo Adepto alzaron sus ojos del juego. Al cabo de un momento, carraspeó. Ninguno de los dos jugadores mostró evidencias de que reparara en su presencia. Miró a Terisa y se encogió de hombros, luego se aventuró a llamar la atención sobre sí.

—Mi señor Rey, te he traído a dama Terisa de Morgan. —Dudó unos momentos antes de añadir—: Le he dicho a ella que debías conocerla.

El Adepto Havelock siguió inclinado sobre el tablero, ignorante de todo excepto de su juego. Pero el Rey alzó la cabeza y volvió su húmeda mirada azul hacia Geraden y Terisa.

Pareció necesitar un momento para enfocar sus ojos. Luego, lentamente, empezó a sonreír.

Terisa pensó inmediatamente que tenía una maravillosa sonrisa. No contenía nada del artificial buen humor o el cálculo que cabría esperar de un gobernante. En vez de ello, iluminaba su rostro con una clara inocencia y un placer infantil: le hacía parecer

un muchacho que ha hallado inesperadamente un amigo secreto. Irracionalmente, tuvo la sensación de que toda su vida hubiera sido distinta si hubiera visto a alguien sonreír así antes. No pudo impedir el devolverle la sonrisa..., y tampoco deseó hacerlo.

Con el ligero temblor de la edad en su voz, el hombre dijo:

—Si le has dicho que yo debía conocerla, Geraden, entonces seguro que debo hacerlo. Será imperdonablemente descortés si le dijeras algo que no fuera verdad a una dama así..., y yo sería igualmente rudo si no hiciera realidad lo que tú le has dicho.

Cuidadosamente, echó su silla hacia atrás y se puso en pie. Sus movimientos eran inseguros; de pie, parecía más perdido que nunca en su voluminoso manto. Pero su sonrisa seguía siendo tan pura como la luz del sol.

—Mi dama Terisa de Morgan, ¿juegas al brinco?

Terisa permanecía con los ojos fijos en el Rey Joyse, pero creyó ver con el rabillo del ojo que Geraden hacía una mueca.

Pero, por el momento, sus reacciones eran irrelevantes para ella. Animada por la sonrisa del Rey, replicó:

—No he jugado desde que era niña. —Lo cual era cierto..., si no tenía en cuenta todas las partidas que había jugado consigo misma en los años siguientes después de que el criado fuera despedido, partidas que había jugado en un esfuerzo por contentarse con su propia compañía—. Nosotros lo llamamos damas. Parece como si fuera el mismo juego.

—¿«Damas»? —El Rey Joyse pareció pensativo—. Suena como un extraño nombre.

—Luego sonrió de nuevo—. Pero no importa. Quizá cuando Havelock haya terminado de darme su acostumbrada paliza consientas en jugar una o dos partidas conmigo. Me encantaría poder esperar, aunque sea brevemente, alguna honesta victoria.

—Mi señor Rey. —Geraden sonaba tenso y preocupado, como si su presentación de Terisa al Rey Joyse estuviera yendo seriamente mal—. Le dije a dama Terisa que tú desearías conocerla porque ella ha venido hasta aquí por traslación.

La interrupción de Geraden pareció entristecer al Rey. Su sonrisa cambió a una serie de arrugas de fatiga y melancolía cuando miró al Apr.

—Ya me he dado cuenta de ello, Geraden —dijo suavemente—. No soy ciego, ¿sabes?

—Lo siento —murmuró Geraden—. Sólo quería decirte que ella es importante. Tenía que traértela. —Empezó a hablar aprisa—. La Cofradía me envió al interior del espejo esta mañana para intentar traer al campeón que ellos deseaban. Pero no lo encontré. En cambio, la encontré a ella. Puede que sea la respuesta al augurio.

El Adepto Havelock seguía ignorando a Geraden y Terisa. Examinaba atentamente el tablero, y finalmente alargó la mano y movió uno de los hombres del Rey, haciéndolo brincar por encima de uno de los suyos. Luego, triunfante, respondió demoliendo toda una línea de piezas opuestas y llegando a la última hilera, donde se coronó con serio énfasis.

Hoscamente, obligándose a hablar pese a su azaramiento, Geraden prosiguió:

—Ella demuestra que tú tenías razón desde un principio. Los espejos no crean lo que vemos. Las Imágenes existen realmente.

El Rey Joyse estudió por un momento a Geraden. Luego suspiró cansadamente y se volvió hacia Terisa.

—Mi dama —dijo—, por favor discúlpame. Parece que este impaciente joven no va a concedernos la libertad de jugar al brinco en este momento.

»Sé razonable, Geraden —prosiguió, desviando su atención de vuelta al Apr—. Sabes que estoy de acuerdo contigo. ¿Pero qué prueba realmente su presencia aquí? —El temblor en su voz persistió: sonaba como si estuviera emprendiendo una vez más una discusión tan vieja que ya no le proporcionaba ninguna satisfacción ganarla—. ¿Seguro que no es posible que la encontraras a ella en vez de al campeón que buscabas debido a una de tus desafortunadas desventuras? ¿O tal vez has tocado una fuerza inesperada en ti mismo, y la has hallado a ella en vez de al campeón a causa de que era ella a quien deseabas encontrar? ¿En qué forma demuestra su traslación la naturaleza fundamental de la Imagería..., o los espejos?

Geraden pareció sorprendido por unos momentos ante las palabras del Rey, luego vagamente asqueado.

—Pero yo vi... —protestó incoherentemente—. No era lo mismo.

El Rey Joyse le observó con tranquilidad y aguardó a que reuniera sus pensamientos.

Con un esfuerzo, Geraden dijo lentamente:

—Yo mismo hice el espejo. Vi al campeón que se suponía que debía hallar. Estaba allí mismo, frente a mí, cuando penetré en el espejo. Pero, durante la traslación, todo cambió. Llegué a una habitación que era totalmente distinta de las Imágenes. *Ella* es totalmente distinta. Lo que tú dices es que yo la creé..., por alguna especie de accidente, ya sea porque no sabía lo que estaba haciendo o porque no conocía mis propias fuerzas. ¿Cómo es *posible* eso?

Como respuesta, el Rey se encogió de hombros..., un poco tristemente, dedujo Terisa.

—¿Quién puede decirlo? Hace siglos, nadie creía que la Imagería fuera posible. Incluso hace un centenar de años, nadie creía que la Imagería pudiera amenazar la existencia de los propios reinos que hacen uso de ella.

»Geraden —dijo, ante el dolor que se reflejó en el rostro del Apr—, no afirmo

que ella *no* exista. Sólo observo que su presencia aquí no resuelve la cuestión.

Geraden agitó la cabeza y lo intentó de nuevo.

—Pero si tú piensas así, y lo das a entender bastante claramente..., entonces no puedes probar que *nada* existe. No puedes probar que yo estoy aquí hablando contigo. No puedes probar que estás jugando al brinco con nadie que no seas tú mismo. Puede que ni siquiera estés jugando excepto dentro de tu propia mente.

El Rey sonrió ante aquello, luego hizo una mueca divertida.

—Desgraciadamente, tengo la confianza de que mis partidas de brinco sean reales..., y mi oponente también. Las palizas que recibo son demasiado dolorosas para tener cualquier otra explicación.

—Muy acertado —observó inesperadamente el Adepto Havelock, sin alzar los ojos del tablero. Con lúgubre concentración, movió dos o tres de los hombres del Rey Joyse a otros cuadros; luego, brincó con su pieza coronada sobre todos ellos, golpeando enfáticamente cada casilla como para compensar su estrábica visión—. Sólo el brinco es real. Pregúntale a cualquier filósofo. Ninguna otra cosa —agitó una mano como despidiéndoles— tiene significado.

Sin pretenderlo, Terisa sonrió ante la afectuosa sonrisa que el Rey Joyse dirigió a Havelock. La forma de jugar a las damas del Adepto dejaba claro que no estaba completamente cuerdo; sin embargo, halló que el afecto del Rey hacia el viejo Imagero era enternecedor. Observándolos, olvidó por unos instantes que aquella conversación no tenía nada que ver con ella.

Pero Geraden se sentía demasiado crispado e infeliz como para aceptar la festiva actitud del Rey.

—Mi señor Rey, esto no es un juego. El reino se tambalea, y todo Mordant aguarda a que tú hagas algo al respecto. —Fue ganando impulso mientras hablaba, hasta que su urgencia pareció derribar sus pequeñas incertidumbres, contriciones y ansiedades—. No sé por qué tú no, pero los Maestros ya no pueden aguardar más. Ellos... —Se contuvo—. *Nosotros* estamos haciendo todo lo posible por hallar una respuesta. Y la tenemos. *Creo* que la tenemos, al menos. Dama Terisa no es el campeón que estábamos esperando..., pero eso probablemente no importa. Hay una razón de que sea ella quien esté aquí en vez de quien esperábamos, y no creo que tenga nada que ver con accidentes. *No* soy un archi-Imagero disfrazado. Y los espejos no tienen mente propia.

Mientras estudiaba su intensa expresión, Terisa captó un destello de lo que lo hacía tan propenso a los accidentes. Era demasiadas cosas a la vez —un muchacho, un hombre, y todo entre medio—, y las diferentes partes de sí mismo muy pocas veces se equilibraban. Lo halló atractivo por ello. Sin embargo, la percepción la entristeció; ella misma no era demasiadas cosas, sino demasiadas pocas.

El Rey observaba también a Geraden; y las arrugas de su viejo rostro parecían

apuntar una tristeza propia. Pero también sugerían interés, y quizás una especie de orgullo.

—Tanta confianza es notable —comentó. El temblor en su voz hizo que su indiferencia sonara insegura, fingida—. Has hablado de lo que has visto, Geraden. Cuéntame qué es exactamente lo que has visto que te da esta confianza.

Geraden vaciló, mirando suplicante a Terisa, como si creyera que ella sabía lo que iba a decir; como si estuviera seguro de que sería más convincente si brotaba de labios de ella. Pero, por supuesto, ella no tenía ni la menor idea de lo que tenía en mente. Al cabo de un momento, el joven volvió sus ojos al Rey Joyse.

—Mi señor Rey —dijo, su voz temblando también con determinación y alarma—, ella es una Maestra Imagera.

Ante aquello, el Rey clavó una acuosa e inescrutable mirada en Terisa..., una mirada que podía indicar sorpresa o aburrimiento.

Sin alzar los ojos hacia los demás presentes en la habitación, Havelock barrió todos los hombres del tablero y empezó a disponer una nueva partida.

—Creo —prosiguió suavemente Geraden— que su poder tiró de mi traslación, apartándola de allá donde yo creía estar yendo.

La afirmación era tan absurda que transcurrieron varios momentos antes de que Terisa se diera cuenta de que se esperaba que ella dijera algo. Entonces, irremediabilmente, empezó a enrojecer bajo el escrutinio de los dos hombres.

Al borde del pánico, replicó:

—No. No, por supuesto que no. Esto es una locura. Ni siquiera sé de lo que estáis hablando.

Cuidadosamente, Geraden dijo:

—La encontré en una habitación enteramente cubierta de espejos.

—¿Y qué? —Una distante parte de su mente se sorprendió, de forma semiconsciente, de lo que la asustaban aquellas estúpidas palabras—. Todo el mundo tiene espejos. Mucha gente los utiliza como decoración. Son simples piezas de cristal..., con algo en la parte de atrás que les hace reflejar las imágenes. No significan nada.

En respuesta a su alarma, el Rey Joyse murmuró, como si intentara consolarla:

—Quizás en tu mundo sea así. Aquí la verdad es de otro modo.

Pero Geraden estaba diciendo ya, tan definitivamente como le era posible:

—Cada uno de sus espejos mostraba exactamente su Imagen. Todos mostraban exactamente *mi* Imagen. Y ella no está herida. Yo no estoy herido. Ahora yo debería estar delirando. O mi mente debería estar completamente vacía. Pero estoy perfectamente. Ella está perfectamente.

»Eran *sus* espejos.

Un asombrado desánimo frenó la boca de Terisa. Tuvo la sensación de que no



podía comprender lo que se le estaba diciendo literalmente. *Cada uno de sus espejos mostraba exactamente su Imagen.* Aquí, eso no era cierto. De pronto, su asidero con los detalles normales de la vida —los hechos sencillos que mostraban que ella estaba en contacto con la realidad— se veían amenazados, negados.

Y el Rey Joyse la miró con un intenso interés que hizo que todo fuera aún peor.

—¿Es esto correcto, mi dama? —preguntó, como si ella acabara de afirmar que era alguna especie de insecto exótico—. Se cuenta la historia de que un Imagero consiguió formar por casualidad, en una ocasión, un espejo plano que mostraba el punto exacto en el que él se hallaba. En consecuencia, se vio a sí mismo en el cristal..., y fue inmediatamente anulado. Su cuerpo permaneció donde estaba hasta que falló su equilibrio, pero su espíritu había dejado enteramente de existir. Se perdió en la traslación. ¿Cómo consigue la gente de tu mundo evitar ese destino?

Intentando aferrarse al sentido común, Terisa contraatacó:

—Eso es imposible. Los espejos no pueden hacerle ningún daño a nadie. Simplemente muestran cómo eres. Excepto que lo hacen invertido. Como una imagen en una superficie de agua. ¿No os habéis mirado nunca en una superficie de agua?

Ambos hombres la estudiaron con una expresión extraña. Adoptando un tono suave, pensativo, el Rey Joyse dijo:

—Desde nuestra infancia se nos enseña que tomemos precauciones con las Imágenes. No las buscamos.

Sin ninguna advertencia previa, el Adepto Havelock golpeó con su puño sobre la mesa, luego tomó el tablero de damas y lo arrojó hacia el techo. Las piezas hicieron un ruido como una lluvia de madera contra el granito del techo y cayeron para rebotar silenciosamente en la alfombra azul y roja.

El viejo Imagero se puso tambaleante en pie y rugió:

—¡Horror y testículos! —Sus ojos se clavaron ferozmente en el Rey y Geraden; manchas escarlatas ardieron en su rostro; sus gruesos labios se agitaban como colgantes carnosidades—. ¡Es una *mujer!* — Hizo un alocado gesto en su dirección con el dorso de la mano—. ¿Acaso vosotros y todos los Imageros de la Cofradía os habéis vuelto *ciegos?* Es una mujer, una mu-mu-mu-ger. —La saliva brotó como un chorro de su boca—. ¡Oh, mis riñones!

Como no sabía qué otra cosa hacer, Terisa permaneció inmóvil con los ojos fijados en él.

—¡Mírate! —Usando aún el dorso de su mano, golpeó al Rey Joyse en el pecho..., un golpe que era más dramático que efectivo—. ¡Y tú! —Con la otra mano golpeó a Geraden—. ¡O aquí! —Torpe pero rápidamente, se inclinó hacia el suelo como un muñeco mal articulado, luego volvió a erguirse—. ¡Y aquí! —Otra inclinación—. ¡Y aquí! —Cada vez que volvía a ponerse derecho blandía una pieza del juego en su palma abierta—. ¡Todos *hombres*, hasta el último de ellos! ¡Hasta el

último de ellos!

Pero cuando su mano estuvo lleno de piezas, volvió a dejarlas caer.

—¡Por el venerable chivo del archi-Imagero! —gritó, como si las tres personas frente a él lo hubieran insultado más allá de lo que podía soportar cualquier mortal—, *¡es una mujer!*

Moviéndose con un intento de vehemencia que sus frágiles miembros no podían soportar, se dirigió entre pisando fuerte y arrastrando los pies hacia la puerta exterior de la habitación, la abrió de golpe, y la cerró de nuevo de un portazo sin salir. Luego, algo vacilante, recuperó el tablero del suelo y lo depositó otra vez sobre la mesa. Ignorando a los demás, ocupó de nuevo su asiento y empezó a estudiar el vacío tablero como si estuviera sumido en una intensa partida.

El Rey Joyse suspiró delicadamente.

—Lo siento —dijo Geraden.

Terisa no estaba en absoluto segura de por qué. Su corazón latía como si de alguna forma hubiera escapado de una crisis.

—No importa, muchacho —respondió el Rey, palmeando de forma ausente el hombro de Geraden, como si el Apr hubiera cometido realmente alguna ofensa menor. Por un momento, su mirada pareció desenfocarse mientras pensaba en algo..., o quizá simplemente estaba dando una rápida cabezada de pie. Luego asintió para sí mismo. Sonriendo irrelevantemente en dirección a Terisa, dijo—: Geraden, se me ocurre que es sorprendente que la Cofradía haya dejado a dama Terisa en tu compañía. Ella está aquí por Imagería..., y sé que algunos de los Maestros están celosos. Sospecho también que preferirían ocultarme lo que saben. Sin embargo, aquí estáis los dos. ¿Cómo explicas eso?

Geraden hizo un esfuerzo por mirar directamente al Rey; pero su confusión era demasiado para él.

—¿Les dijistes a los Maestros que es posible que ella sea una Maestra?

El Apr tragó dificultosamente saliva.

—No.

—Ah —dijo suavemente el Rey Joyse—. Eso lo explica, entonces. Por supuesto, la dejaron irse creyendo que era simplemente otro de tus errores. Pero, ¿por qué no se lo dijiste?

Una leve rojez se esparció por el rostro de Geraden. Los músculos se agarrotaron en su frente. Su embarazo era tan agudo que casi inundó de lágrimas los ojos de Terisa. Pero el joven encajó fuertemente las mandíbulas y no respondió.

—Muchacho, puede que esto haya sido una estupidez. —La mano del Rey seguía sujetando el hombro de Geraden; su expresión era amable—. Has estado intentando..., ¿cuánto tiempo hace ya, diez años?..., convertirte en un Imagero, un miembro de la Cofradía. ¿Cómo puedes esperar tener éxito si te arriesgas a incurrir en

las iras de todos los hombres que controlan el conocimiento, la habilidad y la posición que tú ansias?

—Mi señor Rey. —Geraden se obligó a dejar que el Rey viera el agudo dolor en sus ojos; una repentina dignidad lo invadió—. Si se lo hubiera dicho, me hubieran ordenado que mantuviera todo esto en secreto de ti. Entonces me hubiera visto obligado a desobedecerles directamente..., y mis esperanzas de una casulla se hubieran perdido para siempre. —Había una corriente subterránea de amargura en su voz—. No puedo soportar la deslealtad hacia el Rey de Mordant. No puedo renunciar a mis sueños. Así que actúo como un estúpido. Ellos creerán que no vi sus espejos..., o que no comprendí el significado de lo que vi.

Como respuesta, otra de las sonrisas que habían tocado por primera vez el corazón de Terisa iluminó el rostro del Rey. Por un momento, su edad, su debilidad y su incertidumbre desaparecieron, y pareció simplemente feliz.

—Gracias, Geraden. Me complace ver tal lealtad, especialmente en un hijo de mi querido amigo el Domne. Intentaré arreglar las cosas para que no te veas perjudicado por ellas.

»Ahora —su expresión se hizo pensativa—, pensemos un poco. ¿Qué es lo mejor que podemos hacer?

»Cuéntame. —Volvió a sentarse lentamente en su silla, al otro lado de la mesa frente a Havelock. Su manto se acomodó a su alrededor como una tienda con la cumbre cortada—. ¿Cómo reaccionaron los Maestros a la llegada de dama Terisa de Morgan?

Aliviado por la actitud del Rey, Geraden se relajó visiblemente.

—Es fácil de decir. Puedes adivinarlo por ti mismo si quieres. Todo el mundo se quedó asombrado cuando surgió del cristal. El Maestro Gilbur estaba furioso. Estoy seguro de que cree que soy criminalmente perverso en vez de —hizo una mueca— simplemente desafortunado. El Maestro Eremis se mostró..., bien, regocijado.

—Entre otras cosas, sin duda —comentó el Rey—. El Maestro Eremis —explicó a Terisa— tiene un ojo para la belleza que nunca le falla.

Geraden asintió y siguió:

—El Maestro Quillon vio su aparición del mismo modo que yo, como una prueba de que tú tenías razón desde un principio acerca de la Imagería. Pero nadie le escuchó.

»El Maestro Barsonage me hizo responsable de ella. Me dijo que le proporcionara toda la hospitalidad y cortesía de Orison. Pero me dijo que no respondiera a ninguna de sus preguntas. Y aquí está ella, arrancada de su propio mundo sin otra razón que el que yo le pedí que viniera, y la llevé a un lugar que ella no tenía forma de comprender, y él me ordenó que no tuviera con ella ni la simple decencia de una explicación.

Terisa apenas le oía. Estaba preguntándose: ¿Es por eso por lo que me miró, por lo que me *miró* como si yo fuera real? La idea era tan nueva que parecía llena de misteriosa importancia. ¿Pensó que yo era encantadora? ¿Crees tú que soy encantadora? ¿Es eso posible?

—A menos, por supuesto —indicó suavemente el Rey— que ella sea una Maestra Imagera y ya nos hubiera elegido a nosotros antes de que tú la hallaras.

Geraden frunció el ceño.

—¿Y qué importa eso? ¿No he estado diciendo desde un principio que creo que ella es una Imagera? De todos modos, aún merece...

—No. —El tono del Rey Joyse fue suave pero firme—. Estás haciendo una afirmación que puede ser injustificada.

»La orden del Maestro Barsonage no es irrazonable. Cuando el Monarca de Alend envía a su embajador para negociar nuestros tratados, y para sondear mis intenciones, comprende mucho de este mundo y mucho de mí mismo. Tenemos eso en común. Sin embargo, no le hago partícipe de todo lo que sé o pienso o espero, ni por política ni por cortesía. No le invito a los lugares secretos de Orison, o a los lugares secretos de mi corazón. Hacer eso podría ser peligroso..., demasiado peligroso para cualquier justificación responsable. Puesto que desconozco sus secretos, no puedo predecir o controlar el uso que él haría de los míos. Menos respondería cualquier pregunta que un embajador del Gran Rey de Cadwal se aventurara a formularme.

»El mismo razonamiento se aplica a dama Terisa —miró hacia ella—, si me disculpas por hablar de ti como si estuvieras ausente. —Volvió su mirada hacia Geraden y prosiguió—: Si, como ella dice, procede de un mundo en el que los espejos no tienen ningún significado, y en consecuencia es ignorante de nosotros, entonces es poco amable, en el mejor de los casos, negarle nuestras respuestas. Pero en ese caso, y observa esto, Geraden, también es una locura haberla traído aquí. Ahora no hablo de moralidad, sino de la simple cuestión de nuestra necesidad práctica. Si ella no es una Imagera, ¿qué utilidad puede tener para nosotros?

Geraden se mantuvo inmóvil y no respondió.

El Adepto Havelock siguió estudiando su tablero vacío, sordo a todo lo que se estaba diciendo.

—Por el contrario, si es una Imagera..., una Maestra de espejos lo suficientemente fuerte como para desviar tu traslación de su Imagen aparente..., entonces está aquí con un propósito propio, que nosotros no conocemos. Es como un embajador: tiene que ser respetada como ellos, y es peligrosa como ellos.

»¿Dirías, mi dama —preguntó inesperadamente a Terisa— que he resumido honestamente el dilema?

Ella se lo quedó mirando, incapaz de seguir su razonamiento. Para extraer algún sentido de él, primero tenía que presuponer la existencia de espejos mágicos que no

reflejaban lo que tenían delante de ellos, sino que en vez de ello mostraban mundos o realidades alternativos. Luego tenía que tomar en serio la noción de que sus propios espejos, los espejos de su apartamento, eran así, dándole a *ella*, Terisa Morgan, poder sobre la realidad e incluso la cordura de otra gente. Toda la argumentación se derrumbó en desatino antes de alcanzar la encumbrada conclusión que el Rey Joyse le pedía que confirmara.

Instintivamente, se volvió hacia Geraden. Era su única conexión a su propia vida, con sus hechos y sus limitaciones normales. Tú me viste, deseó protestar. Viste mi apartamento. No hay nada mágico en él. No te volviste loco. Nada de esto tiene que ver conmigo.

La atención de Geraden, sin embargo, estaba enfocada en el Rey.

—Pero si ella es tan fuerte —dijo lentamente—, una Imagera más poderosa de lo que podemos imaginar, entonces es una locura que corramos el riesgo de ofenderla. No conocemos sus propósitos..., pueden ser buenos o malos para nosotros. Pero seguro que se volverán malos si no la tratamos bien. Necesitamos su amistad, no su ira. Necesitamos ser abiertos y decentes con ella.

Sonriendo suavemente, el Rey Joyse paseó su vista del Apr a Terisa mientras Geraden hablaba. Cuando éste hubo terminado, respondió:

—Tu razonamiento tiene su mérito. Es una suerte que sólo a los gobernantes se les requiera que tomen esas decisiones.

—¿Mi señor Rey?

—Apr —dijo el Rey Joyse, con tono aún suave, pero ahora ligeramente triste también—, ésta es mi orden. Ya no eres responsable de dama Terisa de Morgan. Tu Rey te agradece lo que has hecho..., y te libra de cualquier futuro interés en el asunto. Tus deberes se hallan con la Cofradía, a la que has prestado juramento. No tendrás más razón para ver o hablar con dama Terisa, y evidentemente ninguna razón para responder a ninguna de sus preguntas.

»Puedes irte. Dama Terisa se quedará conmigo.

El rostro de Geraden se volvió blanco: si hubiera cerrado los ojos, hubiera parecido a punto de desmayarse. Pero sus ojos contradecían su palidez. Llamaron con una rápida y firme rabia que pareció hacer arder en él todo su aspecto juvenil.

—Me consideras indigno —dijo suavemente. Ante aquello, los rasgos del Rey se fruncieron en una mueca. Hizo un brusco gesto de despedida.

—Oh, márchate. —Por primera vez desde que Terisa lo había conocido, sonó como un viejo cascarrabias—. Me estás partiendo el corazón.

Los músculos del rostro de Geraden se crisparon.

—Sí, mi señor Rey —dijo entre dientes apretados. Se volvió bruscamente hacia Terisa e inclinó la cabeza—. Mi dama.

Ella no supo qué responder. Se sentía demasiado dolida..., y su dolor era

demasiado real.

Se perdió en él. Geraden necesitaba una respuesta de ella; pero sus respuestas estaban ocultas bajo años de silencio y pasividad.

Cuando echó a andar hacia la puerta, uno de sus pies pisó el borde de una de las piezas esparcidas. Se torció el tobillo, trastabilló, estuvo a punto de caer. El azaramiento oscureció sus mejillas. Sus orejas eran escarlatas cuando salió.

Havelock observó al Apr irse y dejó escapar una risita con una voz aguda y alocada, como si su regocijo fuera un lugar donde la razón o la compasión no podían alcanzarle.

Cuando su risa murió, nadie habló por un momento. Luego, el Rey dijo, en un incierto intento de intrascendencia:

—Bien, dama Terisa de Morgan. Debemos pensar en ti. Debemos acomodarte confortablemente, con toda la hospitalidad que Orison puede ofrecerte, como corresponde a un huésped de tu rango e importancia. ¿Y luego quizá consientas en una o dos partidas de brinco? Realmente estoy harto de que Havelock me gane constantemente.

Geraden había sido herido por nada. No había ninguna razón para que nadie tomara precauciones contra ella. Ante su propio asombro, se oyó a sí misma decir:

—No soy tu dama. Mi nombre es Terisa Morgan, y no soy la dama de nadie. No debiste hacerle esto.

El Rey Joyse intentó sonreír, pero fracasó en borrar la tristeza de su rostro.

—Mi dama, yo soy el Rey. Te llamaré con el nombre que yo elija. Y espero que algún día comprenderás.

Con más sarcasmo del que nunca se había atrevido a usar, Terisa respondió:

—Pero no vas a explicármelo. No deseas responder a ninguna de mis preguntas.

En vez de replicar, el Rey Joyse inclinó lentamente sus frágiles huesos hasta el suelo y empezó a arrastrarse por la habitación, recogiendo las piezas del juego.

## Armarios llenos de ropa

Como una niña desconcertada, Terisa sacudió la cabeza y parpadeó. Desgraciadamente, nada cambió a su alrededor. El Adepto Havelock siguió contemplando su tablero como si estuviera jugando ya mentalmente futuros juegos. El Rey siguió recogiendo las piezas dispersas, avanzando sobre manos y rodillas por la habitación.

El pánico que había estado mordisqueándole la parte de atrás de su mente se hizo bruscamente peor. No hubiera debido hablar de una forma tan sarcástica, tan agresiva.

Dependía de esta gente. Podía ser borrada de la existencia con una sola palabra. El Rey podía hacer que la arrojaran a otro de aquellos espejos, y ella terminar en algún lugar aún más imposible. El mundo del campeón elegido por la Cofradía surgió por sí mismo a su imaginación. O podía llegar a ninguna parte..., simplemente podía disolverse en el grisor, en un lugar desconocido de todo el mundo, en esa nada sin objetivo a la que había temido y contra la que había luchado durante la mayor parte de su vida.

Lo siento, pensó involuntariamente, mientras su alarma crecía. Dejadme quedarme. Seré una buena chica, lo prometo.

En aquel momento el Rey Joyse hizo un esfuerzo con sus brazos, apalancó sus piernas bajo él y se puso tambaleante en pie. Se dirigió a la mesa, dejó caer las piezas que había recogido frente a Havelock. Luego volvió su clara y benévola sonrisa hacia Terisa.

—Discúlpame, mi dama. ¿En qué estaré pensando? Soy rudo dejándote de lado de este modo. Debes estar agotada de tu traslación, ansiosa de descanso y relajamiento. ¿Tienes alguna petición especial respecto a comida o confort? ¿No? — Su disculpa parecía sincera, pero sus preguntas eran rutinarias—. Entonces llamaré a alguien para que te conduzca a tus aposentos y se ocupe de ti.

Aún sonriendo, buscó a su alrededor con un aire cada vez más desconcertado hasta que se le ocurrió deslizar una mano en un bolsillo de su manto, donde halló una campanilla de plata con un mango de madera. La hizo sonar vigorosamente. Casi de inmediato se abrió la puerta y uno de los guardias entró en la habitación.

—¿Mi señor Rey?

—Ah, gracias. —Por un instante el Rey Joyse pareció confuso, como si hubiera olvidado lo que estaba haciendo. Sus húmedos ojos parpadearon contemplando la campanilla en su mano. Luego, bruscamente, dijo—: Una doncella para dama Terisa de Morgan.

—Inmediatamente, mi señor Rey. —El guardia saludó golpeándose la cota de malla con el puño y abandonó la habitación.

Havelock volvió a preparar el tablero, aunque el Rey Joyse no había recuperado todas las piezas.

—Te pido nuevamente perdón —murmuró el Rey, sin mirar a Terisa. Se restregó el rostro con las manos, suspiró, y se dejó caer en su silla—. Mis sentidos ya no son lo que eran. —Su sonrisa había desaparecido, reemplazada por la tristeza—. Sé honesta conmigo, mi dama. ¿Tienes familia? ¿Hay alguien que se sentirá apenado por tu ausencia? No deben sufrir a causa de nuestras necesidades. Ordenaré a Geraden que encuentre algún modo de trasladar un mensaje hasta ellos, para tranquilizarlos. Pobre muchacho, eso lo mantendrá alejado de los problemas. ¿Qué mensaje deseas enviar, mi dama?

—Está... —empezó a decir, pero se interrumpió. No había nadie. No dijo eso, sin embargo. Estaba perdida en aquella situación, y su miedo y su ignorancia se alimentaban mutuamente. Sin embargo, una parte no familiar de ella estaba casi temblando de furia ante la forma en que era tratada. Carraspeó con un esfuerzo—. Sólo está mi padre.

—¿Cómo podemos llegar hasta él?

Obligada a decir la verdad, murmuró en voz muy baja:

—Nunca se dará cuenta de que he desaparecido. Cuando dijo esto, la mirada del Rey se clavó rápidamente en ella. Por un instante, Terisa fue incapaz de ver la blancura de su pelo, la debilidad de su porte, la tonalidad azul de su vieja y arrugada piel: sólo vio la directa fuerza de sus ojos. La estaba mirando como si de alguna forma ella le hubiera emocionado.

—Entonces —una flema hizo que su voz sonara ronca—, quizá desees considerar afortunado el que estés aquí.

Cuidadosamente, intentando mantener su pánico bajo control, Terisa dijo:

—No sé cómo considerarlo. No dispongo de la información suficiente. ¿Cuándo crees que estarás dispuesto a contarme lo que ocurre? —Contuvo el aliento ante la brusca oleada de alarma que acompañó a su temeridad.

—Ah, mi dama. —El Rey Joyse suspiró y abrió las manos. Sus hinchados nudillos hicieron que el gesto pareciera a la vez cansado y decrepito—. Esto seguramente depende de ti misma. ¿Cuándo aclararás la verdad de tus orígenes, tu habilidad en la Imagería, tus propósitos?

Una debilidad que parecía casi vértigo inundó su cabeza. Por alguna razón, no nubló su mente..., simplemente le hizo desear echarse.

—¿Quieres decir —dijo con voz hueca— que no vais a decirme nada hasta que pueda probar que existo..., que no fui creada por ningún espejo..., y hasta que os muestre todo lo que sé acerca de la Imagería..., y hasta que os diga por qué aparté a Geraden de lo que creía que estaba haciendo cuando intentaba trasladar a ese campeón... —de hecho, todo cosas que no podía hacer en aquella loca situación—, y



hasta que consiga que creáis en ello?

Sintió, en lo más profundo de su estómago, un mareante e inesperado deseo de echarse a reír.

El Rey no apartó su mirada. En vez de ello, las arrugas de su rostro se hicieron más y más tristes. Ella le estaba causando un dolor que no quiso explicarle. Al cabo de un momento, Terisa tuvo que desviar la vista, incapaz de seguir desafiando aquella peculiar vulnerabilidad. El sonido de alguien llamando a la puerta fue un alivio para ella.

El guardia entró de nuevo en la habitación, llevando consigo a una mujer joven.

Al verla, el Rey Joyse frunció involuntariamente el ceño, como si hubiera cometido un error; pero inmediatamente despejó su expresión.

—Saddith. Exactamente lo que necesitaba.

La mujer era más baja que Terisa, con unos ojos brillantes, nariz respingona, largo pelo moreno que caía sobre sus hombros en ondulaciones naturales y una sonrisa espontánea. Llevaba una falda rojiza que la cubría hasta los tobillos y un chal del mismo color y material sobre los hombros... Como las otras mujeres que había visto Terisa, iba preparada para el frío. Pero su blusa tenía varios botones desabrochados bajo el hueco de su garganta, y sus maduros pechos tensaban la tela. Mientras la miraba, Terisa pensó que debía ser el tipo de mujer en que los hombres se fijaban..., el tipo que nunca tenía ninguna razón para dudar de su propia realidad. El arco de sus cejas y el ángulo de su mirada sugerían que sabía lo que hacía.

Estudió rápidamente a Terisa, abrió mucho los ojos cuando observó las poco familiares ropas que llevaba, frunció ligeramente el ceño cuando hizo inventario de su rostro y silueta. Luego, casi instantáneamente, desvió su atención.

—Mi señor Rey —dijo, inclinándose en una graciosa cortesía—. Solicitaste una doncella.

—Ninguna mejor que tú —dijo él, haciendo un esfuerzo por sonar jovial—, ninguna mejor. Saddith, ésta es dama Terisa de Morgan. Es huésped de Orison. Mi dama, Saddith te atenderá como tu doncella. Estoy seguro de que te sentirás complacida con ella.

—Mi dama —murmuró Saddith, con los ojos ahora bajos—. Espero servirte bien.

Confusa, Terisa regresó a su acostumbrado silencio. No había esperado que le fuera asignada una sirvienta. Por otra parte, afortunadamente, tenía una cierta familiaridad con la servidumbre. Al menos sabía cómo vivir con ella..., cómo pasar su tiempo sin alterar los ritmos de sus actividades, cómo mantener al mínimo sus peticiones de auténticos servicios.

—Dama Terisa utilizará los aposentos pavo real —siguió el Rey Joyse. Sonaba cada vez más y más distante..., quizá debido a la distancia en la cabeza de Terisa, quizá debido a que su propio interés estaba derivando—. Necesitará un guardarropa.

Dama Elegia podrá ayudarte en eso. O mejor dama Myste..., son más o menos de la misma talla, creo. Cualquier alimento o bebida que solicite, sírvselo en sus aposentos.

»Mi dama —había vuelto sus ojos hacia el tablero y estaba estudiando las piezas—, pronto hablaremos de nuevo. Ansío probar tus proezas en el brinco.

El guardia mantenía la puerta abierta. Saddith miró expectante a Terisa. Era evidente que había sido despedida de la habitación. Pero se sentía demasiado cansada para comprender exactamente lo que eso significaba. Las tensiones de lo extraño de todo aquello la estaban abrumando. Y, ahora que pensaba en ello, hacía rato ya que debería haberse ido a la cama. Había pasado todo el día en la misión, copiando de nuevo una y otra vez aquella carta, luego había regresado a su apartamento para lo que había sabido que iba a ser una mala noche. Pero no había tenido ninguna intuición real de *hasta qué punto* iba a ser mala...

Afortunadamente, Saddith acudió a su rescate. Terisa dejó que el contacto de la doncella sobre su brazo la guiara fuera de la habitación del Rey.

Los guardias cerraron la puerta tras ella.

—Por aquí, mi dama. —Saddith hizo un gesto pasillo abajo, y Terisa echó a andar automáticamente en aquella dirección. La doncella avanzaba con la cabeza convenientemente inclinada; pero lanzaba repetidas miradas especulativas de reojo a Terisa. Mientras bajaban unas escaleras preguntó:

—¿Has hecho un largo viaje hasta Orison, mi dama? Terisa agitó la cabeza.

—No lo sé. Vine a través de un espejo... creo. —¿Cuán lejos era eso? Parecía una eternidad.

—¡Imagería! —respondió Saddith con educado asombro—. ¿Eres una Maestra, mi dama? Nunca he conocido a ninguna mujer que fuera Maestro.

Pese al sueño que la abrumaba, Terisa captó que aquella podía ser una oportunidad de conseguir algo de información.

—¿No hacen esas cosas las mujeres por aquí?

—¿Convertirse en Imageras? —La doncella rió delicadamente—. Creo que no, mi dama. Los hombres dicen que el talento para la Imagería es innato, y que sólo aquellos nacidos con él pueden esperar modelar cristales o realizar traslaciones. Apostaría a que suponen que ninguna mujer nace con el talento. Pero, ¿para qué lo necesita? ¿Para qué puede desear espejos una mujer —dirigió a Terisa una sonrisa afectada—, cuando cualquier hombre hará por ella lo que ella desee?

Desde las escaleras penetraron en un ala del inmenso edificio de piedra que Terisa no había visto antes. Muchas de las estancias que desembocaban en los largos pasillos de techo alto parecían ser habitaciones, y la gente que entraba y salía de ellas pertenecía al parecer a los rangos intermedios del lugar: mercaderes, secretarios, damas de compañía, supervisores. Terisa prosiguió con sus preguntas a la doncella.

—¿Así que tú no sabes nada sobre espejos..., o Imagería?

—No, mi dama —respondió Saddith—. Sólo sé que cualquier Maestro me dirá lo que yo deseo..., si concibo un deseo para algo que él conozca.

—Eso debe ser encantador. —Terisa creía comprender lo que estaba oyendo; pero la idea era demasiado abstracta para parecer real. Ningún hombre la había encontrado nunca a ella tan atractiva.

—Mi dama... —Saddith evaluó de nuevo la figura de Terisa, asintió para sí misma ante lo que veía—, lo mismo es cierto para ti, si decides hacer que así sea.

¿Quieres decir, pensó Terisa, que si me desabrochara la blusa el Rey Joyse me dirá todo lo que deseo saber? Se echó a reír, incapaz de contenerse.

—Quizá —dijo Saddith— en tu mundo las mujeres no tengan necesidad de ese poder. —Sonó débilmente inquieta por la idea: ¿Celosa de ella? ¿Amenazada por ella?

—No lo sé —admitió Terisa—. No tengo ninguna experiencia.

Saddith apartó rápidamente la vista; pero, antes de que su rostro se volviera, traicionó un atisbo de regocijo o desdén.

Al cabo de un rato, condujo a Terisa hacia arriba por otros tramos de escaleras hasta lo que parecía ser otra torre. Más allá de un descansillo al final de un corto corredor, llegaron a una amplia puerta de madera pulida. Saddith la abrió e invitó a Terisa a entrar sus aposentos asignados.

No necesitó un gran esfuerzo de percepción para ver por qué eran llamados los aposentos pavo real. Sus paredes estaban decoradas con una adornada profusión de plumas de pavo real, algunas colgando como penachos sobre las oscuras mesas de caoba, otras desplegadas en vistosos abanicos donde otros decoradores hubieran podido poner cuadros o tapices, otras aún formando una especie de dosel sobre la enorme y profunda cama cubierta de satén. La habitación de buen tamaño a la que entró Terisa era al parecer una sala de estar, cuyo suelo de piedra estaba cubierto por alfombras tejidas con dibujos de pavo real, los almohadones del diván y los sillones pintados con el azul y el púrpura casi negro típicos de los pavos reales; pero podía ver el dormitorio a través de una entrada en arco a su derecha. Una puerta a su izquierda sugería un cuarto de baño.

Las lámparas situadas en torno a las paredes estaban apagadas, como lo estaban las velas en sus palmatorias sobre las mesas; pero las habitaciones estaban iluminadas por la luz del sol del atardecer que dejaba penetrar sus lanzas a través de varias ventanas acristaladas en la sala de estar y el dormitorio. Ésos, sin embargo, eran los únicos cristales visibles; aunque los buscó casi inmediatamente, Terisa no pudo descubrir ningún espejo..., ni encima del tocador en el dormitorio, ni siquiera en el cuarto de baño.

Se estremeció. Tanto el salón como el dormitorio tenían grandes chimeneas, pero

ninguna estaba encendida. La luz del sol sobre las alfombras hacía brillar alegremente sus colores; sin embargo, fuera de las ventanas, el cielo parecía pálido, frío. El aire de las habitaciones era demasiado frío para que resultara cómodo. Y la ausencia de espejos parecía tener la fuerza de una premonición. ¿Cómo era capaz de decir que todavía seguía allí, que aún era real?

—Brrr —dijo Saddith—. Orison no sabía de tu llegada, mi dama, y así nadie pensó en calentar estas estancias. —Se dirigió de inmediato a la chimenea de la salita y empezó a preparar el fuego, usando madera y una caja de grandes astillas que tenía a un lado.

Terisa estudió sus aposentos. En el cuarto de baño, observó con ojos melancólicos el lavabo, la bañera y la taza del wáter (todos aparentemente de estaño galvanizado), así como la hábil disposición de las tuberías de cobre que proporcionaban agua corriente (pero no caliente). En el saloncito, probó los almohadones de un sillón. En el dormitorio, miró dentro de dos grandes armarios, que olían agradablemente a cedro seco pero no contenían nada. No se acercó a las ventanas, sin embargo. De hecho, se negó a mirarlas. Lo que había experimentado ya era suficientemente extraño; no estaba preparada para descubrir cómo era el mundo o el clima fuera de Orison.

Había tenido razón desde un principio: no había nada en sus habitaciones que pudiera utilizar como un espejo.

Cuando regresó a la salita, el fuego de ésta empezaba a crepitar. Saddith se puso en pie.

—Con tu permiso, mi dama, te dejo. El Rey tiene razón. Eres casi de la misma talla que dama Myste..., aunque —comentó con una sonrisa tímida— ella carece de algunas de tus virtudes. Debo hablar con ella para proporcionarte ropas acordes con tu rango. Y estoy segura de que ella podrá hacer alguna contribución también a las cosas necesarias para tu aseo.

Miró expectante a Terisa.

Transcurrió un momento antes de que Terisa se diera cuenta de que Saddith estaba aguardando a ser despedida.

No era así como la habían tratado los sirvientes de su padre. Sorprendida, y casi agradecida, reunió todo su valor para preguntar:

—¿No usáis espejos para nada excepto para la Imagería? No tienen que ser hechos de cristal. ¿Qué hay del metal pulido? Inesperadamente, Saddith se estremeció.

—Los Maestros dicen lo mismo..., pero, ¿cómo podemos creerlos? Los Imageros no siempre quieren bien a las demás personas. Quizá todas las Imágenes sean peligrosas. Todo el mundo sabe que es peor que la muerte verse uno mismo en un cristal. Quizás el peligro no resida en el cristal, sino en la Imagen. —Hizo un gesto de rechazo—. No corremos el riesgo.

—Entonces, ¿cómo os miráis a vosotros mismos? ¿Cómo sabéis cuál es vuestro aspecto? ¿Cómo sabéis que sois reales? La doncella dejó escapar una risita ante aquello.

—Mi dama, veo lo que necesito en los ojos de los hombres.

Cuando Terisa le dio su permiso para retirarse con un movimiento de cabeza, Saddith se dirigió hacia la puerta. Al cabo de un momento había desaparecido.

Terisa se halló sola por primera vez desde que se había sentado frente a los espejos de su apartamento.

Se daba cuenta de que tenía mucho en que pensar, pero no fue eso lo que hizo. Se sentía abrumada por lo extraño de la situación, y deseaba escapar de ella. Evitando aún las ventanas, se dirigió al dormitorio. El aire no era aún lo bastante cálido como para animarla a quitarse sus ropas, así que simplemente deslizó los mocasines fuera de sus pies y se metió en la cama.

Aferrando fuertemente el cobertor en torno a sus hombros, se encogió en una pelota y se durmió.

Cuando despertó, pasó inmediatamente de su habitual sueño sin sueños a un estado de crisis.

No había espejos. Ningún espejo. Las paredes estaban decoradas con plumas de pavo real, y no podía verse a sí misma en ninguna parte. Las ropas de la cama estaban arrugadas, pero eso nunca había sido suficiente para decirle quién era..., cualquiera podía arrugar las ropas de una cama. Si se viera a sí misma ahora tal vez no tuviera ningún parecido con lo que esperaba, y era por eso por lo que *debía* hallar algún reflejo de sí misma, probarse de alguna forma que...

La luz había disminuido hasta casi el anochecer: apenas era la suficiente como para permitirle reconocer el lugar. Se extirpó de su miedo con un esfuerzo de voluntad. El lugar donde estaba no encajaba con la forma en que lo recordaba. Tuvo una impresión de cambios —sutiles, insidiosos, enormes en sus implicaciones— en la forma en que la realidad había sido reacondicionada. La luz muriente fue lo primero que fue capaz de definir, y se aferró a ella porque era algo razonable, una indicación de que no había ocurrido nada más portentoso que el paso del tiempo.

Entonces se dio cuenta de que la chimenea del dormitorio estaba encendida.

No lo había sido recientemente: las llamas eran pequeñas sobre un profundo lecho de brasas; la rejilla brillaba con un alegre tono cereza; el aire era más cálido de lo que había sido antes.

Eso también podía explicarse, se dijo a sí misma, se insistió a sí misma. A juzgar por la luz, había dormido durante varias horas. Alguien había entrado y había encendido el fuego para ella mientras dormía. Era así de simple.

Pero la idea de gente cambiando cosas a su alrededor mientras dormía era demasiado aterradora para ser simple.

Dejó colgar los pies a un lado de la cama y se sentó. La suave textura entretejida de la alfombra bajo sus plantas le hizo recordar sus mocasines. Se los puso, arregló su blusa arrugada por el sueño y se levantó.

Nada terrible ocurrió. Su cuerpo parecía normal. La piedra y la caoba y las plumas no mostraban signos de disolución, de traslación. Su pánico dio unos pasos hacia atrás, y empezó a respirar un poco más fácilmente.

De acuerdo. Alguien había estado allí mientras ella dormía. Probablemente Saddith. Eso era fácil de comprobar.

Aunque cualquier movimiento parecía requerir una irrazonable cantidad de valor, se dirigió hacia el armario más cercano y lo abrió.

Estaba lleno de ropa.

Tras una primera mirada se dio cuenta de que la mayor parte de ella parecían ser trajes y mantos, pero vio también batas, faldas, blusas, chales, y un estante o dos de ropa interior. Eran el tipo de ropa que había visto que llevaban las damas de alto rango en Orison.

El otro armario estaba lleno también. Y en el tocador halló una impresionante cantidad de cepillos y peines, recipientes de cerámica conteniendo cremas y colorettes, frascos de cristal de perfume.

Su miedo dio media vuelta y se alejó, aunque se detuvo a media distancia para mirarla. Una niña que en su tiempo había disfrutado jugando con los vestidos y los cosméticos de su madre le devolvió una pequeña sonrisa. Casi pensó: Esto puede ser divertido, después de todo.

Pero luego oyó la risita de una mujer en la salita, el susurro de una voz masculina. Sobresaltada como si hubiera sido descubierta haciendo algo prohibido, corrió prácticamente fuera del dormitorio.

La mujer era Saddith, y la repentina aparición de Terisa la tomó por sorpresa: su involuntario sobresalto casi derribó la bandeja que sostenía en las manos.

—¡Mi dama! —exclamó, haciendo girar cómicamente los ojos—. Creí que todavía dormías.

El hombre era uno de los guardias que Geraden le había presentado antes..., Ribuld, el de la cicatriz que descendía por en medio de su rostro. Él también había sido sorprendido por la entrada de Terisa: su mano en el hombro de Saddith, y lo revuelto del pelo y el chal de la muchacha, sugerían que él tampoco había esperado una interrupción; de hecho, parecía que había intentado aprovecharse todo lo posible mientras las manos de Saddith estaban ocupadas con la bandeja que llevaba. Pese a todo, se apresuró a mostrar a Terisa una sonrisa que probablemente pretendía ser tranquilizadora.

En la puerta detrás de Saddith y Ribuld estaba Argus, el compañero de Ribuld.

—Esto está mucho mejor —murmuró Argus, con una sonrisa que mostró los

dientes que le faltaban—. Una para cada uno.

Terisa se inmovilizó, repentinamente alarmada.

Tan pronto como Saddith recuperó el equilibrio, sin embargo, se apresuró a despejar los temores de Terisa.

—Cuidad vuestros modales, muchachos —dijo suavemente—. A mi dama no le gusta este tipo de humor. —Sin aparente esfuerzo, o malicia, golpeó fuertemente con uno de sus pies el tobillo de Ribuld.

Con un jadeo y una mueca, el hombre cojeó hacia atrás. Por un instante se sujetó la pierna con ambas manos. Luego se obligó a mantenerse erguido. Un fruncimiento de ceño, mezcla de pesar, furia y regocijo, crispó su cicatriz.

Tras él, Argus rió como un adolescente.

—Mi dama —dijo Saddith con orgullo—, no dejes que estos bribones te molesten. No son tan fieros ni tan hombres como a ellos les gusta pensar. —Argus aceptó aquella observación con abierta sorpresa; Ribuld intentó ignorarla—. Y no se atreverán a incurrir en tu desagrado. Aunque son evidentemente torpes, entre los dos poseen el buen juicio suficiente como para saber que si incurren en tu desagrado incurrirán también en el *mío*, y entonces... —dirigió a los guardias una radiante sonrisa por encima del hombro— ninguno de ellos volverá a caminar normalmente en su vida.

Esta vez, ambos hombres hicieron poderosos esfuerzos por no reaccionar.

—Ahora, mi dama —prosiguió la doncella—, te he traído algo de cena, por si quieres tomar algún alimento. Puesto que no sé lo que estás acostumbrada a cenar, he pensado que lo mejor sería empezar de una forma sencilla. Pero si esto no es de tu agrado, me apresuraré a traerte lo que pueda de lo que me pidas.

La maestría de Saddith en dominar la situación permitió que Terisa se tranquilizara. Geraden le había dicho que pretendía conseguir que aquellos dos hombres fueran asignados a ella, para su protección. Hasta entonces, no había demostrado que su juicio fuera especialmente bueno. Por otra parte, había sido aliviado de su responsabilidad hacia ella..., lo cual parecía implicar que Argus y Ribuld no estaban allí a petición suya. Con un esfuerzo de concentración, consiguió hallar su voz.

—¿Qué están haciendo ellos aquí?

—¿Esos dos? —bufó desdeñosamente Saddith—. No puedo imaginarlo. Es decir, sé exactamente *qué* están haciendo. Pero por qué han sido escogidos para hacerlo, no tengo ni la menor idea. Indudablemente el Rey Joyse le dijo al capitán de la guardia que debías ser custodiada, ya sea por protección o por honor, y el capitán mostró su escaso buen juicio asignándoles a ellos dos la tarea.

Con su áspero susurro, Argus murmuró:

—Creo que no deberíamos dejar que hablara así de nosotros, Ribuld. Cantaría una

canción muy distinta si la tuviéramos a ella sola.

—Si la tuviéramos a ella sola, pedazo de mierda de cerdo —respondió Ribuld con igual sutileza—, ella no necesitaría actuar así. No podrías asustar a dama Terisa con tus lujuriosas atenciones. —Miró a Terisa, y cambió sus modales hasta conseguir algo ligeramente aproximado al respeto—. La verdad, mi dama, es que no estamos de servicio.

—¿No? —Saddith se mostró moderadamente sorprendida.

—El capitán no sabe que estamos aquí..., y estoy seguro de que el Rey tampoco. Estamos haciendo esto por Geraden. A primera hora de esta tarde pasó por el cuerpo de guardia y nos pidió que te vigiláramos. Como un favor personal. No dijo qué era lo que le preocupaba, pero evidentemente estaba preocupado.

Encogió sus masivos hombros.

—Sí no nos quieres por aquí, puedes decir que nos vayamos. Tal vez lo hagamos. Pero creo que tal vez preferiríamos que antes se lo explicaras a Geraden. Puede que sea el hombre más torpe de Mordant, y demasiado joven para su edad además, pero no nos gustaría decepcionarle.

—Será mejor que digas —añadió Argus, en un intento de enunciado formal de sus buenos sentimientos que los huecos de sus dientes condenaban al fracaso— que procede de una buena familia.

Aquella explicación dejó a Terisa con la boca abierta. No sabía qué hacer. Miró impotente a Saddith.

La doncella estudió a Terisa, miró sardónicamente a los dos guardias, luego suspiró.

—Oh, deja que se queden, mi dama. Son capaces de hacer mucho menos daño del que desean que creas. Y dudo que estuvieran dispuestos a insultar a Geraden incurriendo en tu desagrado. Como dice este pedazo de torpe —señaló a Argus con un gesto de la cabeza—, la familia del Domne está muy bien considerada..., y en especial Artagel, que se dice que posee la espada más afilada de todo Mordant. —Hizo un guiño de complicidad a Terisa—. Entre otras cosas. —Luego resumió—: Incluso el hombre más valiente palidecerá si insulta a Geraden y tiene que enfrentarse a Artagel como consecuencia de ello.

Era Geraden quien había deseado responder a sus preguntas, Geraden quien había parecido preocupado por lo que podía ocurrirle. Ahora había desafiado —o al menos desobedecido— las órdenes del Rey Joyse disponiendo una protección para ella. Como si con ello le diera un voto de confianza, murmuró:

—De acuerdo.

Como respuesta, Argus dio un codazo a Ribuld y sonrió.

—¿Qué te dije? Nos quiere. Bajo esas curiosas ropas ya ha empezado a picarle todo el cuerpo. Sólo que mi dama Terisa es demasiado caprichosa para mostrarlo



todavía.

Saddith se volvió hacia él y empezó a preparar una respuesta, pero Ribuld se le adelantó agarrando a Argus por el brazo y tirando de él hacia la puerta, mientras gruñía:

—Oh, cállate, bobalicón. No hay ninguna mujer en Mordant lo bastante desesperada como para que le pique el cuerpo de deseo hacia ti. —Argus intentó protestar, pero Ribuld abrió la puerta y empujó a su compañero hacia el pasillo. En el umbral, se detuvo el tiempo suficiente para decir por encima del hombro—: Estaremos aquí fuera toda la noche, mi dama —luchando por sonar respetuoso contra sus inclinaciones naturales—, si nos necesitas para algo.

La puerta cortó en seco el estallido de risa de Argus.

Saddith hizo girar los ojos con un ridículo afecto, luego avanzó para depositar su bandeja sobre una de las mesas.

—Como estaba diciendo, mi dama, si esto no es de tu agrado, sólo tienes que decírmelo. Los cocineros de Orison son una maldita pandilla de chapuceros, pero estoy segura de que intentarán proporcionarte todo lo que desees.

»Primero, sin embargo —prosiguió—, necesitas luz. —Se dirigió enérgicamente hacia la chimenea, encontró una ramilla entre los troncos, la prendió, y la utilizó para empezar a encender las velas y las lámparas.

Mientras la iluminación crecía a su alrededor, el débil resplandor de las ventanas pareció desvanecerse casi inmediatamente en la oscuridad, ocultando cualquier visión que Terisa pudiera tener del mundo exterior. Inesperadamente, sintió una débil decepción. Había perdido una oportunidad de mirar fuera y ver cómo era Orison, dónde y cómo estaba situado, qué tipo de entorno lo rodeaba. Antes, se había protegido contra aquel conocimiento; ahora lo deseaba. Su sueño debía haberle hecho más bien del que se daba cuenta.

Aquello explicaba también probablemente por qué parecía tener algo de hambre. Olvidó la cuestión de las ventanas y fue a mirar la comida.

Era familiar y sorprendente: tan familiar como el idioma hablado por la gente de aquel extraño lugar; tan sorprendente como el hecho de que aquella gente hablara un idioma casi idéntico al suyo. Según todas las apariencias, la bandeja contenía una gruesa loncha de jamón, aderezada con borraja y acompañada de pan moreno, queso suizo y judías verdes; la pequeña jarra contenía un pálido vino rosado. Y, de hecho, el jamón era inconfundible, del mismo modo que el pan. Bajo una inspección más detallada, sin embargo, la borraja parecía más bien tomillo, las judías verdes tenían una forma y un color ligeramente distintos del que estaba acostumbrada, y pese a su firme textura el queso sabía como tofu. El vino tenía un ligero aroma a canela.

Quizás hubiera debido temer que la comida de aquel mundo la pusiera enferma. A la vista de la creencia de Geraden de que tenía enemigos allí, quizás hubiera debido

temer que la comida estuviera envenenada. Pero tales consideraciones parecían enteramente irreales. La gente a la que había conocido parecían seres humanos normales. Hablaban su idioma. Y, en lo que a ella se refería, ciertamente no era lo bastante sustancial como para ser objeto de malicia.

Sin más vacilación de la que había mostrado cruzando la habitación para examinar la comida, probó las judías verdes y descubrió que sabían a espárragos. Luego empezó con el pan y el vino.

—¿Te gusta, mi dama? —Saddith había terminado de encender las velas y lámparas tanto del saloncito como del dormitorio, y ahora estaba de pie observando a Terisa.

—Está muy bueno —respondió Terisa, como una niña obediente.

La doncella sonrió aprobadoramente.

—Entonces te dejaré ahora, mi dama. Si no quieres descansar y el anochecer se te hace largo, llámame. —Señaló el cordón de una campanilla que Terisa no había observado porque quedaba oculto detrás de una de las exhibiciones de plumas de pavo real—. Hallaremos alguna distracción para ti. Quizá desees ayudarme a probarte algunas de tus ropas. Algunas de ellas supongo que te encajarán perfectamente. O tal vez desees otra compañía. Tanto dama Elegia como dama Myste desean conocerte, aunque ambas pensaban esperar hasta mañana a fin de que esta noche pudieras recuperarte de tu traslación. Ambas se sentirán fascinadas de conocer a una mujer Imagera.

Terisa ignoró aquella referencia a su supuesta maestría con los espejos.

—¿Quiénes son Elegia y Myste?

—Son las hijas de mi señor Rey. Tiene tres, de las que Elegia y Myste con la mayor y la más joven. La segunda, dama Torrent, vive con su madre la Reina Madin y Romish de Fayle. La Reina es la hija del Fayle.

Aquello respondía a la pregunta de Terisa. No sabía qué era Romish de Fayle, del mismo modo que no comprendía Domne o siquiera Orison. Pero ahora sabía que no deseaba conocer a Elegia ni a Myste aquella noche. No deseaba ver a nadie que suscitara más preguntas y ninguna respuesta. Sólo deseaba a Geraden..., o posiblemente (un hormigueante pensamiento) al Maestro Eremis, que tal vez la había considerado encantadora. Puesto que no podía pedirle a Geraden que corriera más riesgos por ella, declinó la oferta de Saddith.

—Creo que esta noche descansaré.

—Muy bien, mi dama. —Saddith hizo una cortés inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Pero junto a ella se detuvo, con una mano en el picaporte. Haciendo girar nuevamente los ojos, indicó a Ribuld y Argus al otro lado de la cerrada hoja. Luego mostró a Terisa el cerrojo que aseguraba la puerta desde dentro e hizo gestos de

correrlo.

Terisa sonrió con alivio y gratitud.

—Gracias. Lo recordaré.

Saddith replicó con otra sonrisa y salió, cerrando suavemente la puerta tras ella.

Inmediatamente, Terisa fue a la puerta y corrió el cerrojo. A través de la gruesa madera pudo oír débilmente a Saddith, Ribuld y Argus hablar entre sí. Estuvo tentada de escuchar, simplemente porque no comprendía cómo una mujer joven podía tener aquel tipo de relación con aquellos hombres. Sin embargo, se retiró hacia la mesa donde le aguardaba la comida; y al cabo de uno o dos pasos las alegres voces se hicieron inaudibles.

Estaba sola.

Sorprendentemente, se sintió agradecida de la presencia de Argus y Ribuld al otro lado de la puerta. No eran exactamente tranquilizadores en sí mismos, pero —se dio cuenta lentamente— eran las primeras personas en aquella imposible situación que reaparecían tras una ausencia. Geraden la había atraído fuera de su propia vida a una estancia llena de Maestros, pero al poco tiempo todos ellos se habían ido. Había sido llevada al Rey, y había sido despedida de su estancia. A continuación había sido puesto a cargo de Saddith, y el Rey Joyse y el Adepto Havelock habían desaparecido en el pasado. Cada nueva persona con la que se encontraba podía haber sido creada únicamente para aquel encuentro; podía dejar de existir tan pronto como ella se dirigía hacia alguna otra.

Era concebible que absolutamente nada de aquello fuera real.

Ribuld y Argus, sin embargo, hablaban de Geraden como si tuviera una continuidad de existencia propia, aparte la de ella. Eran lo bastante sustanciales como para tener una relación con Saddith que no la incluía a ella, Terisa. En consecuencia, daban a entender que lo que le estaba ocurriendo a ella tenía continuidad, solidez, una fiable fidelidad a sus propias premisas y exigencias. Daban a entender que si fuera capaz de volver sobre sus pasos encontraría la estancia del Rey y la cámara de los Maestros allá donde las había dejado; que Geraden estaba vivo y de alguna manera activo no demasiado lejos, intentando hacer algo respecto a su preocupación por ella; que, por alocadas que fueran sus circunstancias, parecía que podía confiar en ellas tanto como había confiado siempre en su propio mundo.

Aquello era una conclusión más bien amplia que extraer de un hecho pequeño. Sin embargo, provisionalmente, la aceptó. La hizo sentirse un poco menos temerosa.

Una preocupación enteramente no metafísica la impulsó a caminar de nuevo a través de sus habitaciones para verificar que no había otras entradas. Luego se sentó y dio cuenta de su cena con al menos una aproximación al placer.

Cuando terminó de cenar, el vino le había dado una cierta somnolencia. Pero estaba aún demasiado inquieta para tomar en consideración el volver a la cama; así

que decidió probarse algunas de las ropas que Saddith había traído para ella.

Muchas de ellas la frustraron: las presillas o lazos o botones o corchetes que las cerraban eran tan inconvenientes que no podía ponérselas sin ayuda. Pese a ello, sin embargo, la sorprendieron como elegantes y finamente confeccionadas. Y los mantos y batas y vestidos que consiguió ponerse por sí misma la hicieron anhelar un espejo en el que pudiera ver cuál era su aspecto. ¿Era posible que este escote o esta cintura apretada o estas mangas abombadas o este intrincado bordado la hicieran bella? Inmersa en lo que estaba haciendo, no se dio cuenta del paso del tiempo.

Se había puesto un manto color borgoña que llegaba hasta el suelo, hecho de suave terciopelo, con un ancho ceñidor y una capucha que podía echarse sobre la cabeza y ocultar su rostro, y acababa de decidir quitárselo y volver a la cama para dormir un poco más, cuando la madera de la parte de atrás del armario frente al que estaba de pie se agitó y empezó a moverse hacia un lado.

Rozando unos contra otros, los paneles del fondo del armario se abrieron a un pozo de oscuridad.

De la oscuridad brotó una figura.

Si su intención había sido no hacer ruido, fracasó significativamente: sonidos de golpes y roces acompañaron todo su camino. La ropa colgada que bloqueaba su paso fue echada poco ceremoniosamente a un lado.

Pudo oír murmurar para sí misma a la figura:

—Tranquilo, tranquilo. —Su voz era vieja y aguda, vacilante, cuando murmuró —: Deslizarse al interior del dormitorio de hermosas mujeres. Jee jee. Oh, sigues siendo un demonio, ¿sabes? Los espejos sólo son cristales, pero la lascivia y el libertinaje permanecen.

Sólo entonces se dio cuenta de que la parte frontal del armario estaba abierta..., de que Terisa estaba de pie mirándole, con las manos sobre su boca y una expresión en sus ojos que tanto podía ser terror como hilaridad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —jadeó ella—. ¿Qué es lo que quieres?

Con sus gruesos labios temblando, el Adepto Havelock se encogió como si ella le hubiera amenazado con golpearle.

Pese a la alarma que pugnaba por brotar de su garganta, Terisa se dio cuenta del enorme conflicto entre su ascética nariz y su sibarítica boca, el desenfoque de sus ardientes ojos. Su contradictorio rostro le hacía parecer salvaje..., una apariencia agravada por los pocos mechones de pelo que quedaban en su cráneo. Y, sin embargo, parecía estar haciendo todo lo posible por calmarla. Sus manos hicieron gestos tranquilizadores; toda su actitud era no amenazadora, incluso deferente.

—Deliciosa —dijo, como si quisiera decir: Discúlpame—. Todas las mujeres son carne, pero tú eres su perfección. —No pretendía asustarte—. Ja, ja, deslizarse furtivamente en los dormitorios. —No voy a hacerte ningún daño—. Lascivia y

libertinaje. —Puedes confiar en mí.

Estaba loco..., eso era indudable. Desgraciadamente, aquel conocimiento no era de mucha ayuda. Estaba loco, ¿y qué? ¿Qué podía hacer ella al respecto? No tenía la menor idea.

Mientras lo estudiaba cautelosamente, retrocedió uno o dos pasos para dejar más espacio entre los dos. Luego dijo:

—Hay dos guardias al otro lado de mi puerta. Los dos son fuertes, y tienen largas espadas. Si grito... —dudó, y casi se sumió en el pánico cuando recordó que la puerta estaba cerrada por dentro con el cerrojo—, estarán aquí antes de que puedas tocarme.

Con las palmas extendidas, hacia ella, las manos del hombre siguieron haciendo movimientos apaciguadores. Partes de su rostro expresaban un miedo del que otras partes eran ignorantes: sus ojos giraron y su labio inferior cayó, dejando al descubierto unos amarillos y retorcidos dientes; pero su nariz y sus pómulos parecían demasiado decididos para admitir el miedo.

—Este invierno hiela mis huesos —dijo, como si fuera un alto secreto—. Nadie comprende el brinco.

Aunque estaban hablando en murmullos, se llevó un dedo a los labios. Luego se volvió hacia el armario e hizo un signo de que ella le siguiera.

—¿Quieres que me meta ahí dentro? —La tensión hizo que su voz temblara como la de él. La oscuridad tras las ropas colgadas era demasiado profunda para ser medida—. ¿Por qué?

Tan persuasivamente como le fue posible, él respondió:

—El Rey intenta proteger sus piezas. Individualmente. ¿De qué le sirve? De nada. De-na-da. Todo es estrategia. Hay que sacrificar a los hombres correctos para atrapar a tu oponente.

Mientras hablaba no dejaba de hacer gestos con la cabeza, animándola a unírsele.

—No, lo siento. —La idea de entrar en aquel lugar desconocido detrás del armario era más aterradora aún que la inesperada aparición del Adepto—. No puedo meterme ahí. —Estaba familiarizada con los espacios cerrados y oscuros. Pese a todos sus esfuerzos por olvidarlos, recordaba casi cada detalle de los tiempos en que sus padres la habían castigado encerrándola en un armario a oscuras. Había aprendido mucho acerca de su propia realidad en esas ocasiones. En uno de aquellos armarios había empezado por primera vez a sentirse desvanecer, a derivar fuera de la existencia en aquella oscuridad que lo anulaba todo—. Está demasiado oscuro.

—Jo ja ja —respondió él, y su tono era de súplica. Sólo podía mirarla con un ojo a la vez, y las arrugas de su rostro se crisparon en una súplica—. Oscuridad y lascivia. Apagamos las luces para que nadie vea como nos recreamos. No necesitas luz para ver la carne.

Rebuscó en un bolsillo de su sobretodo y extrajo un irregular trozo de cristal de

aproximadamente el tamaño de su palma. Lo sostuvo de tal modo que ella no pudo mirarlo; pero tuvo la impresión de que era un espejo pequeño.

El hombre murmuró algo, pasando su mano sobre el cristal, y un haz de cálida luz amarilla tan brillante como la del sol brotó directamente de la superficie.

Brilló por todo el armario. Le mostró a Terisa que la oscuridad era un pasadizo de piedra que se curvaba hacia abajo en el interior de la pared de la habitación.

Havelock apuntó su luz hacia el pasadizo para mostrarle a ella que era seguro. Luego le hizo de nuevo un vehemente gesto con la cabeza, pidiéndole, exigiéndole que fuera con él.

—No —repitió ella—. No puedo. No sé lo que quieres. No sé lo que intentas hacer conmigo. —Buscó alguna respuesta que pudiera penetrar en sus dementes intenciones y preguntó—: ¿Sabe el Rey Joyse que estás aquí?

Aquello fue evidentemente un error. De pronto Havelock se convirtió en el furioso viejo que había arrojado sus piezas al techo y había ido de un lado para otro en la estancia del Rey.

—¡Preocúpate de Joyse y todos sus escrúpulos! —rugió el Adepto, tan furioso que apenas fue capaz de contener su voz. Su rostro adquirió un apoplético color rojo. Y, sin embargo, consiguió dominarse: al menos retenía la cordura suficiente—. ¡Juega tan mal como sus hijas! Mujeres y estupidez.

Agitó las manos, hizo gestos que prácticamente gritaban: ¡Ven conmigo!

Para defenderse, ella respondió:

—Geraden me advirtió que el Rey tiene enemigos. ¿Estás intentando traicionarle?

Havelock se detuvo bruscamente. La miró como si ella acabara de golpearle. Por un segundo todo su rostro expresó solamente sorpresa y desánimo.

Luego, una expresión artera asomó a sus ojos.

Terisa tuvo la impresión de que el peligro se lanzaba contra ella. Pero era algo impreciso: no supo cómo reaccionar. Así que permaneció de pie donde estaba, impotente como un poste, mientras él alzaba su cristal y lo hacía brillar directamente hacia su rostro.

Era tan brillante como el sol; le hizo alzar las manos y retroceder para proteger sus ojos.

Tropezó contra la cama, casi perdió el equilibrio. Pero, antes de que pudiera caer o saltar a un lado, Havelock aferró su muñeca con una huesuda mano y tiró de ella hacia el armario.

No era tan fuerte como parecía. Si ella hubiera podido afirmar sus pies, hallar alguna palanca, hubiera conseguido soltarse. Sin embargo, él era demasiado rápido para eso.

Manteniéndola desequilibrada, la impulsó a través de la estancia, al interior del armario y hacia la abertura del pasadizo.

## 6

### Unas cuantas lecciones

Tanteó con su mano libre a sus espaldas en busca de algo a lo que sujetarse. Pero soles de ceguera estallaron en su visión: fue incapaz de ver algo a lo que agarrarse. Entonces golpeó la piedra del pasadizo, y el frío aire ascendió hacia ella desde las invisibles profundidades. Havelock aminoró su marcha, dándole a sus pies tiempo de tantear las escaleras descendentes.

Probablemente Argus y Ribuld estarían dispuestos a rescatarla de aquel loco.

Desgraciadamente, su puerta estaba cerrada por dentro, y no tenía tiempo de gritar pidiendo socorro.

Sin embargo, su visión se aclaró rápidamente. El cristal de Havelock no le había causado ningún auténtico daño. Al cabo de un momento dejó de golpear contra las paredes, dejó de tambalearse en las escaleras. El Adepto tiraba de ella tras él tan firmemente como le era posible, pero ahora ella era capaz de ejercer un cierto control sobre la velocidad de su descenso.

Su cristal revelaba todo lo que había que ver de dónde se hallaban y hacia dónde iban. El pasadizo era estrecho y bajo: si ella hubiera sido más alta, se hubiera visto obligada a agacharse. Había giros bruscos y ramales cada vez que la escalera descendía otros tres o cuatro metros. Cabía suponer que los ramales conducían a otras entradas ocultas en otras suites y habitaciones.

Pero el pasadizo principal seguía hacia abajo.

La ausencia de telarañas y polvo acumulado implicaba que aquellos túneles de piedra eran usados con cierta frecuencia.

El aire empezó a ser poco a poco más frío a medida que el Adepto Havelock la arrastraba tras él.

Desacostumbrada a tal ejercicio, sus rodillas empezaron a temblar. Tenía la sensación de que llevaba bajando las escaleras desde hacía largo rato cuando el Adepto llegó a una pesada puerta de madera reforzada con hierro que bloqueaba su camino. No estaba cerrada con llave, pero él no la abrió inmediatamente. En vez de ello, tiró de la muchacha para que se acercara más a él. Luego soltó su muñeca.

Su luz, brillando sobre la puerta y los bloques de piedra de la pared, arrojó cómicas sombras sobre su rostro.

—Recuerda el brinco —susurró con voz intensa—. Ninguna otra cosa tiene significado.

Un gesto y un murmullo apagaron el cristal. En la repentina oscuridad, Terisa oyó el susurro del sobretodo del hombre cuando éste devolvió el pequeño espejo a su bolsillo. Luego abrió la puerta y penetró en el lugar iluminado por lámparas que había más allá, como si no le importara si ella le seguía o no.

Contempló desde el umbral una enorme habitación cuadrada.

Estaba amueblada —y atestada— como un estudio de algún tipo. Una pesada columna atravesaba el centro del suelo, cuyas losas de piedra no estaban suavizadas o calentadas por ninguna alfombra u otro recubrimiento. Alrededor de la columna, sin embargo, había un cierto número de mesas, algunas de ellas inclinadas como la mesa de trabajo de un artista, otras planas y llenas de papeles y rollos de pergamino. Junto a todas las mesas había taburetes, aunque la mayor parte de ellos eran utilizados para sostener pilas de viejos libros o capa tras capa de documentos sueltos. Debajo de las mesas, el suelo estaba lleno de polvo. Al otro lado de Terisa, una entrada sin puerta conducía, aparentemente, a otras habitaciones. Cerca de la entrada había una cama de arrugadas ropas, con varias mantas arrojadas de cualquier modo por encima las manchadas sábanas grises, y sin almohada.

La luz procedía de lámparas de aceite en torno a las paredes y la columna. Su resplandor mostraba claramente los dos rasgos que la habitación que más llamaron la atención de Terisa.

A un lado había una pequeña mesa con dos sillas y un tablero. Todo ello estaba tan primorosamente tallado como el conjunto utilizado por el Rey Joyse. Pero no había ninguna pieza en el tablero.

Y las paredes estaban alineadas con puertas como aquella por la que Havelock había entrado en la habitación. Todas estaban reforzadas con hierro y aseguradas con fuertes cerrojos.

Orison, se dio cuenta, debía estar acribillada de secretos.

Ignorándola ahora completamente, el Adepto se dirigió a la mesa de brinco, se sentó de espaldas a ella, y se inclinó sobre el tablero como si estuviera absorto en un juego.

Terisa carraspeó para hablar, luego se contuvo. Ella y el Adepto Havelock no estaban solos. Un hombre al que de algún modo no había visto al principio se volvió en su taburete, con el codo apoyado en el escritorio a su lado y la mejilla sobre su puño.

—Ah, estás aquí —dijo. Llevaba un atuendo gris sin adornos que parecía lo bastante cálido como para combatir la frialdad de la habitación (una frialdad que el Adepto no parecía sentir, pese a sus inadecuadas ropas), y que aumentaba su habilidad de mezclarse con el entorno. Pero sobre sus hombros llevaba atada la casulla amarilla de Maestro.

Terisa lo miró fijamente y se dio cuenta de que lo había visto antes. Tenía un rostro de conejo y unos ojos brillantes, una nariz que parecía fruncirse constantemente y unos dientes protuberantes. No era probable que se equivocara con él. Era el que había estado de acuerdo con Geraden en que su aparición ante la Cofradía probaba algo.



—Geraden condescendió finalmente a revelar dónde estabas —comentó, con un claro pero no severo sarcasmo—. Dama Terisa de Morgan. —No parecía particularmente impresionado. Por otra parte, su tono era educado: resultaba claro que no pretendía ofender—. Soy el Maestro Quillon.

»El Adepto Havelock... —el Maestro Quillon hizo una pausa para mirar a su alrededor—. Incidentalmente —interpoló—, éstos son sus aposentos, no los míos. Creo que tendría que buscar alguna forma de limpiarlos. Aunque tuviera que hacerlo yo mismo. —Luego volvió a lo que quería decir—. Sea como sea, sin embargo, el Adepto Havelock me ha pedido que te cuente algo acerca de la historia de Mordant..., el trasfondo, por así decir, de nuestros actuales problemas.

Apenas acabó de decir eso, la cabeza de Terisa se llenó de aire y empezó a flotar. Una repentina esperanza y alivio bailaron al unísono en su pecho. Finalmente, alguien iba a contarle lo que estaba ocurriendo.

Un momento más tarde, sin embargo, sus expectativas cayeron desde lo alto de la cabeza hasta la boca de su estómago con un sonido de plomo. ¿Havelock le había pedido al Maestro Quillon que hablara con ella? Bruscamente preguntó:

—¿Cómo?

El Maestro la miró interrogativamente.

—¿Cómo qué?

—¿Cómo te lo pidió él? ¿Cómo sabes lo que él quiere? El Maestro Quillon frunció la nariz y se encogió de hombros, con la mejilla apoyada aún en su puño.

—Tiene sus momentos lúcidos. Y debes recordar que ha sido así durante años. Hemos tenido tiempo más que suficiente para acostumbrarnos a él. Ocasionalmente es capaz de hacerse entender.

Bien, pensó ella, eso parecía bastante cierto..., si arrastrar a la gente escaleras abajo por la pura fuerza podía calificarse de «hacerse entender». Pero como explicación no bastaba.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó—. Suponiendo que tengas razón..., que no hayas interpretado mal lo que realmente desea..., ¿por qué hacerlo? Tanto el Maestro Barsonage —dudó brevemente ante el nombre— como el Rey le dijeron a Geraden..., no, le *ordenaron*, que no respondiera a ninguna de mis preguntas. —Lo que estaba diciendo le parecía cada vez más audaz, cada vez más peligroso. ¿Cuándo había empezado a hablarle así a la gente? Pero su impulso la empujó hacia delante—. ¿Por qué desobedecerlos a ambos? ¿De qué lado estás?

Como respuesta, el hombre parpadeó hacia ella como si la lógica de su posición fuera evidente por sí misma. Sin embargo, fue lento en responder.

—No es tan sencillo como lo haces aparecer. Pese a su —el Maestro miró a Havelock—, hum, aflicción, el Adepto Havelock sigue siendo la cabeza nominal de la Cofradía. Y hay algunos entre los Imageros que consideran sus anteriores servicios

a nosotros, y por supuesto a todo Mordant, tan grandes que sigue mereciendo gratitud y respeto, incluso obediencia. ¿Te negarías a los deseos de tu padre si empezara a actuar de una forma un tanto extraña en su vejez?

Afortunadamente para Terisa, aquello se suponía que era una pregunta retórica. Sin aguardar ninguna respuesta, el Maestro Quillon prosiguió:

—Además, hay veces en las que debes definir tus lealtades. El Maestro Barsonage es un hombre honorable que intenta ser imparcial, pero en su corazón teme testarudamente las consecuencias de cualquier decisión o acción. En cuanto al Rey Joyse... —Suspiró—. Han pasado años desde que mostró comprender significativamente lo que ocurría a su alrededor, y sus juicios son sospechosos.

Aquello no la satisfizo, pero había llevado su temeridad tan lejos como se atrevía. El viejo hábito de la reticencia y la deferencia, su coloración protectora emocional, se reafirmaron y la echaron hacia atrás. El Maestro Quillon tenía claramente intención de hablar con ella, y sin embargo temía irracionalmente que diciendo aquello hubiera condenado lo que el hombre deseaba contarle, lo que ella necesitaba saber.

Sin embargo, sus dudas se negaron a retirarse. Con cautela, adoptó un enfoque distinto.

Señaló al Adepto y preguntó:

—¿Por qué lo llaman «el Esbirro del Rey»?

Quillon suspiró de nuevo y se enderezó en su taburete.

—Mi dama... —hizo un gesto vago a su alrededor, como si de pronto estuviera cansado de todo aquello—, ¿quieres sentarte?

Obedientemente, ella localizó un taburete libre y lo acercó al escritorio al lado del de él.

No estaba acostumbrada a las ropas que llevaba..., la hicieron sentirse extraña cuando trepó al taburete, como si fuera una percha alta. Pero cuando estuvo sentada y con la espalda apoyada en el borde del escritorio se sintió bastante segura.

El Maestro Quillon empezó:

—Supondré que no sabes nada de nosotros ni de nuestros problemas. —Su aspecto seguía siendo el de un conejo, y su nariz parecía fruncirse cada vez que reunía sus pensamientos; pero la forma en que hablaba contenía una nota de dignidad—. Si eso no es cierto, por favor, no te sientas insultada. No hay ninguna otra forma en que pueda respetar los secretos que poseas.

»Resulta difícil saber cómo o cuándo empezar. En cierto sentido, tenemos dos historias: la de los reinos y la de la Imagería, que no se convierten en una hasta un tiempo relativamente reciente, de hecho hasta que el Rey Joyse y el Adepto Havelock las obligaron a juntarse. Estoy seguro que apenas podrás creerlo, viéndolos ahora, pero en su juventud recorrían Mordant y el resto de nuestro mundo como héroes, sacudiéndolo hasta darle nueva forma simplemente porque creían que era un trabajo

que debía hacerse.

»Ambas historias, sin embargo, son historias de fragmentación.

»De hecho, no existió Mordant, y tampoco la Cofradía, por supuesto, hasta que el Rey Joyse los creó. Oh, había una región que llevaba por nombre «Mordant», pero no era más que una colección de insignificantes principados atrapados entre el antiguo poder de Cadwal al este y la nueva fuerza de Alend al norte y al oeste. Esos principados eran lo que ahora llamamos los Cares: el Care de Armigite, el Care de Perdon, y así sucesivamente..., pero en realidad eran menos sustanciales que lo que los Feudos de Alend llaman las propiedades señoriales. Sobrevivían solamente porque juntos servían como una especie de colchón entre Alend y Cadwal, que siempre estaban en guerra.

»Alend y Cadwal son realmente contiguos a lo largo de los últimos ciento treinta kilómetros o así del río Swoll, pero esa zona es infranqueable, un pantano que va hasta el mar y prosigue a lo largo de la costa... —Empezó a mirar a su alrededor mientras hablaba, y al cabo de un momento su explicación murió—. Havelock —preguntó con voz distante, como si estuviera hablando consigo mismo o no esperara una respuesta—, ¿tienes un mapa? Tiene que haber uno en algún lugar en este caos. Debería mostrarle dónde se hallan en relación entre sí esas cosas.

El Adepto Havelock no alzó la vista de su tablero. Ferozmente concentrado, dispuso de nuevo las piezas que imaginaba frente a él, y empezó a estudiar la nueva configuración.

—Bueno, no importa —murmuró el Maestro. Volvió su atención a Terisa y reanudó—: Incluso sin un mapa, estoy seguro de que comprenderás el asunto. Debido al pantano, Cadwal y Alend sólo pueden acercarse el uno al otro a través de Mordant, que es, esencialmente, una llanura fértil entre los ríos Pestil y Vertigon. Alend es demasiado montañoso..., Cadwal demasiado seco. En consecuencia, ambos han deseado Mordant desde hace siglos, tanto por sí mismo como por constituir un gran paso adelante hacia la derrota del oponente.

»Para decirlo con palabras sencillas, los principados de Mordant sobrevivieron siendo conquistados por uno y otro lado, generación tras generación..., y siempre poniéndose de lado de la que fuera de las dos potencias que estuviera ausente en aquel momento. Debido a que Mordant existía a piezas, cada pieza era tomada fácilmente, pero resultaba difícil de retener. Cadwal, por ejemplo, podía hacerse dueño del Care de Perdon, o del de Tor. Alend podía tomar Termigan o Domne. Inmediatamente, el señor del Care, el Perdon o el Tor, el Termigan o el Domne, juraban alianza eterna a su nuevo príncipe. Al mismo tiempo, empezaban a buscar formas de traicionar a ese príncipe. Así, Cadwal podía deslizarse al interior de Termigan, o Alend al de Tor, y la gente del Care era liberada, con gran regocijo. Inmediatamente, sin embargo, el nuevo príncipe reemplazaba al antiguo. Y así todo el

proceso se iniciaba de nuevo, variando sólo en detalle cuando Cadwal o Alend efectuaban un esfuerzo convulsivo para conquistar toda la región. Y así resistían los Cares.

»Por supuesto, todo ese derramamiento de sangre era terrible. Naturalmente, un cierto número de hombres luchaban voluntariamente y arriesgaban sus vidas. Pero constituían una pequeña minoría de las víctimas. Los campesinos de Mordant eran constantemente mutilados o reclutados, violados o expulsados de sus tierras..., brutalizados en cualquier forma que los caprichos de los tiranos sugerían. La única razón de que Mordant no quedara totalmente despoblado era que tanto Cadwal como Alend necesitaban lo que podían hacer crecer en sus campos y en sus colinas, de modo que se veían obligados a importar mano de obra, normalmente esclavos, en especial de Cadwal, para reemplazar a los campesinos perdidos. Esos trabajadores hallaban invariablemente que la vida de campesino era mejor que la vida de esclavo o de siervo forzado, y así juraban lealtad al Care en el que se hallaban. De esa forma era renovada la población de Mordant.

»Pero tales cosas se reducían solamente a derramamientos de sangre y tiranía. La situación de Mordant se hizo mucho más difícil con la Imagería.

»¿Te estoy aburriendo, mi dama?

Terisa se sorprendió al darse cuenta de que había bostezado. El vino, un largo día, y la reacción tras el shock de la aparición y el comportamiento de Havelock, hacían que se sintiera soñolienta. Sin embargo, sacudió la cabeza.

—Simplemente me pregunto qué tiene que ver todo esto conmigo.

Un poco acerbamente, el Maestro respondió:

—«Tiene que ver» contigo porque estás aquí. Afectará todo lo que te ocurra mientras estés entre nosotros.

—Lo siento. Por favor, prosigue.

—Muy bien —dijo rígidamente Quillon. Su nariz se frunció por un momento.

»En esos días, parecía que todo hombre de importancia tuviera a su servicio, o empleara, a un Imagero de algún tipo..., o sirviera o fuera empleado por un Imagero. El propio Cadwal se vio elevado a la grandeza gracias al primer archi-Imagero. Y tan recientemente como en el siglo pasado el Monarca de Alend utilizó toda una batería de Imageros para llevar los Feudos de Alend a una confederación.

»Aquí también, la situación se vio fragmentada. El talento que puede crear un Imagero no es común, pero tampoco es raro. Y, en tiempos de guerra, parecen brotar bajo cualquier seto.

»Como resultado de ello, Cadwal ha tenido a veces ejércitos en los que *cada* capitán era secundado por un Imagero. Alend llegó a ser casi igual de poderoso. Y, por supuesto, cada señor en Mordant era defendido por un Imagero que dependía de él para apoyo, patrocinio o facilidades. Como estoy seguro que debes imaginar, el

cristal que forma los espejos no es algo que pueda ser simplemente extraído de la arena que puedes encontrar detrás de alguna cabaña. Estudiar, desarrollar y usar los espejos requiere equipo, tintes, hornos y muchas otras cosas, de modo que cualquier Imagero no nacido rico se veía siempre obligado a aliarse de alguna manera con la riqueza.

»Pero estoy divagando.

»Me pregunto, mi dama —dijo lentamente—, si posees el conocimiento o la experiencia necesarios para imaginar los estragos que pueden causar una docena de Imageros, luchando entre sí y con ejércitos, además de los hombres y mujeres inocentes que resulten hallarse en su camino. Piensa en ello, si puedes. Aquí tenemos a un Imagero cuyo cristal muestra un mar de lava. A su palabra, la piedra fundida fluye hacia fuera, devorando su propia mortandad mientras avanza. Ahí se yergue un Imagero cuyo cristal muestra un alado leviatán que puede tragarse el ganado entero. A su palabra, la bestia es trasladada aquí para devastar y matar hasta que él la llame de vuelta..., o hasta que algún otro Imagero conciba un medio de matarla. Y sólo son dos hombres. Considera cincuenta de ellos, o un centenar, Imageros grandes y pequeños, todos dedicando lo que hay en sus espejos a la batalla y al derramamiento de sangre.

»Quizás en tu mundo la Imagería sea utilizada para otros propósitos. Tal vez proporcione comida para los hambrientos, agua contra la sequía, energía para mejorar al conjunto de todos los hombres. Ésa no ha sido nuestra historia.

»Una consecuencia —suspiró— es que el conocimiento de la Imagería, la comprensión de lo que es, cómo funciona, y cómo puede ser usada, ha avanzado poco de una generación a la siguiente. Los Imageros han tendido a guardar celosamente sus secretos, como protección de sus vidas, y así la diseminación de nuevas ideas, intuiciones o técnicas ha necesitado décadas. De hecho, no hubiera ocurrido en absoluto si la fabricación de espejos no fuera lo suficientemente ardua como para requerir Aprs. Pero cada Imagero necesita ayuda, y así tiene que enseñar a algunos jóvenes con el talento necesario para que le proporcionen esa ayuda. En ese sentido, se han hecho lentos progresos.

»Es una historia bárbara, mi dama. —Esta vez, su sarcasmo iba dirigido hacia otro lado—. No somos tradicionalmente un pueblo humano o escrupuloso.

»El Rey Joyse intentó cambiarnos por completo.

»Havelock —se volvió en su taburete para mirar al Adepto—, un poco de vino sería una amabilidad por tu parte. Hablar tanto reseca mi garganta.

Havelock se levantó inmediatamente de su silla y cojeó hacia el lado opuesto de la estancia, detrás de la columna. Cuando regresó, llevaba una vasija de gres y un vaso de arcilla. El vaso tenía el aspecto de no haber sido limpiado nunca a lo largo de la última década.

Sin ceremonias, depositó la vasija al lado del Maestro Quillon y metió el vaso entre sus manos.

—Poseemos una bárbara historia —musitó el Adepto, agitando sus cejas a Terisa—, porque bebemos demasiado vino. Vino y fornicación no pueden mezclarse.

Regresó a su mesa y siguió jugando su invisible partida.

El Maestro Quillon miró malhumorado el vaso. Finalmente, lo limpió con la manga de su ropa. Murmurando para sí mismo, echó un poco de vino y le pasó el vaso a Terisa. Luego alzó la jarra a su boca y bebió.

Terisa también deseaba beber. Pero la mancha oscura que había quedado en la manga de Quillon la disuadió.

—Como decía —empezó de nuevo el hombre, mientras se secaba los labios con las puntas de los dedos—, el Rey Joyse se dedicó al trabajo de cambiarlo todo.

»Puedo explicarte muy simplemente lo que hizo. Primero conquistó todos los principados de Mordant, algunos por la fuerza, otros por la persuasión. Y, cuando hubo convertido Mordant en un reino separado y soberano, empezó a librar una extraña guerra contra Alend y Cadwal a la vez. En batalla tras batalla, incursión tras incursión, durante la mayor parte de dos décadas, no tomó ningún territorio, no reclutó ningún soldado, no masacró ningún campesino. De hecho, no hizo nada por alterar las estructuras normales de poder en ninguno de los dos países. Todo lo que hizo —el Maestro se frotó vigorosamente la nariz para que no siguiera frunciéndose— fue tomar prisioneros a todos los Imageros que pudo encontrar y los trajo aquí, a Orison. Al mismo tiempo, ofreció patronazgo universal y seguridad a todo Imagero que se le rindiera voluntariamente. Al final, los había coleccionado a todos..., o creímos que lo había hecho. Desde las montañas occidentales de Alend hasta los desiertos orientales de Cadwal, no había Imageros en ninguna parte excepto aquí.

»Y, cuando los tuvo a todos juntos, no hizo lo que Cadwal y Alend temían desesperadamente. No intentó convertir todo aquel talento hacia la Imagería en su fuerza de lucha personal. En vez de ello, creó la Cofradía. Y la puso a trabajar..., un trabajo pacífico. Muchas de sus tareas implicaban el estudio de problemas específicos. ¿Podía ser utilizada la Imagería para aliviar la sequía? ¿Podían los espejos apagar incendios? ¿Podían los Imageros construir carreteras? ¿Extraer granito de las canteras? ¿Fertilizar el suelo?

»Las cuestiones de riqueza las dejó el Rey Joyse a Alend y Cadwal. —El Maestro Quillon estaba divagando de nuevo—. Alend tenía oro. Cadwal tenía gemas. Mordant no necesitaba nada de ello. Cosechas y ganado, comida y telas y vino, ésa era la fuerza y la riqueza de Mordant.

»Pero, por encima de todos estos trabajos, había otra misión más grande. El Rey Joyse ordenó a la Cofradía que definiera una ética para la Imagería. Ordenó a los Imageros que respondieran a la gran pregunta moral de la Imagería: ¿son los seres y

las fuerzas y las cosas que surgen de los espejos creados por la traslación, o poseen una existencia anterior propia, de la que son extirpados por esa traslación?

»Todo muy sencillo, ¿no? En absoluto. —Quillon dio otro sorbo de la jarra, se secó nuevamente los labios—. Como puedes adivinar, mi dama, me siento mucho más impulsado a explicar *cómo* hizo el Rey todas esas cosas.

»Si los informes sobre él son ciertos, lo hizo, esencialmente, siendo el tipo de hombre por el cual otros hombres, y también mujeres, estaban dispuestos a morir.

»Nació en el principado que es ahora su Demesne, y se convirtió en el señor de Orison, aunque Orison era más pequeño entonces, a la edad de quince años, cuando su padre fue descubierto intentando traicionar al tirano de Cadwal que por aquel entonces retenía el principado..., fue descubierto, y mediante bueyes le fueron arrancados lentamente miembro tras miembro frente al joven Joyse y toda su familia, como si ese tipo de lección pudiera enseñarles lealtad. Él era apenas algo más que un muchacho, pero poseía ya una cualidad que hizo que un hombre fuerte y, hum, quizá sabio —miró a Havelock—, un Imagero, se convirtiera en su más fiel amigo. Lo que el muchacho hizo a partir de entonces, lo hicieron él y ese Imagero juntos.

»Lo primero que hicieron fue escapar en mitad de la noche, dejando que su familia se enfrentara a toda la irritación del príncipe de Cadwal.

»Naturalmente, esto no elevó la estima en que lo tenía su pueblo. Así que todos se mostraron más bien sorprendidos cuando regresó al poco tiempo al mando de una fuerza desde el vecino Tor, arrojó a los de Cadwal, y separó personalmente al príncipe de su cabeza.

»Resultó que Tor se hallaba por aquella época en un período de independencia. Y estaba en cierto modo más acostumbrado a la independencia que algunos otros principados, puesto que se hallaba situado con las montañas a su espalda y Perdon, Armigite, Donne y Termigan a su alrededor..., y en consecuencia resultaba difícil conquistarlo. El joven Joyse insistió ante el Tor, que por aquel entonces era también lo bastante joven como para sentirse audaz, explicándole que la única esperanza para su pueblo, y para todo Mordant, era la unión de los Cares contra Alend y Cadwal a la vez. Al Tor le gustó la idea. También le gustó el joven Joyse. Por otra parte, no le gustaba arriesgar demasiado de su Care. Así que le entregó a Joyse escasamente doscientos hombres para que los utilizara contra los más de dos mil de Cadwal.

»Joyse y su Imagero y aquellos doscientos hombres, sin embargo, necesitaron solamente tres días para liberar el Demesne. Antes del atardecer del tercer día, una nueva bandera ondeaba sobre Orison..., el estandarte de Mordant.

»Puede que te preguntes cómo consiguió eso. Sólo puedo decirte que el Rey Joyse y sus fuerzas hicieron un extenso uso de los pasadizos secretos por los que Orison ha sido siempre famoso. Al parecer —comentó el Maestro Quillon, como de pasada—, Orison fue siempre un hervidero de intrigas y contraintrigas, desde que fue

erigida su primera torre. Sus ataques fueron dirigidos también desde un principio a los Imageros de Cadwal antes que a la soldadesca. De hecho, ahorró las vidas de tantos soldados como pudo. Cuando todo hubo terminado, les ofreció que eligieran entre servir con él o la libertad. Aquellos que eligieron su servicio se convirtieron en el núcleo de la guardia que finalmente unificó Mordant, y que desde entonces ha desafiado con éxito tanto a Alend como a Cadwal durante décadas.

»Entonces, su pueblo cambió la mala opinión que tenía de él y la convirtió en un intenso entusiasmo.

»Con un apoyo considerablemente mayor ahora por parte del Tor, el joven Joyse se dedicó a liberar Perdon. Luego, los tres Cares dirigieron su atención a Armigite y a Termigan. Domne cayó ante ellos casi sin esfuerzo..., siempre había sido el último de los Cares, aunque el Demesne es más pequeño. Finalmente, en la más salvaje y costosa batalla a la que se había enfrentado hasta entonces, Joyse liberó Fayle de Alend y se convirtió en Rey.

»No adornaré este relato con detalles. Puedes imaginar, estoy seguro de ello, que todos los Cares juraron fidelidad al Rey Joyse, pero no todos mantuvieron sus juramentos, hasta que él les enseñó que debían hacerlo. Puedes imaginar que la mayor parte de sus primeros éxitos nacieron del hecho de que ni Alend ni Cadwal esperaban lo que hizo, y así las guerras auténticamente crueles por la independencia de Mordant se lucharon más tarde, cuando sus enemigos comprendieron lo que había ocurrido y se alzaron con todas sus fuerzas contra él. Baste decir que transcurrieron veinte años antes de que el dominio de nuestro Rey sobre Mordant fuera lo suficientemente seguro como para permitirle empezar el trabajo de reunir Imageros.

»Eso fue hace treinta años —murmuró el Maestro, escrutando la boca de la jarra para ver cuánto vino quedaba—. Para aquellos de nosotros que recordamos parte de todo ello, fue algo grande. Incluso los más jóvenes, como yo, pensaron que todo lo que tocaba el Rey adquiriría algún tipo de santidad, la estatura del heroísmo y de las grandes gestas.

El desgranar de su relato —o los efectos del vino— le estaban haciendo hablar cada vez más lentamente. Sus mandíbulas se movían indecisas, como si masticara. Quizá no sabía mucho más que debiera decirle a Terisa. O quizá simplemente estaba pensando en darle otro tiento a la jarra.

—Sigue —dijo suavemente ella. Deseaba saber cómo el Rey del relato de Quillon se había convertido en el frágil viejo que había conocido..., un hombre tan ineficaz que incluso los que le habían adorado cuando eran pequeños le desobedecían ahora casi sin ninguna razón—. Cuéntame qué ocurrió.

El Maestro Quillon hizo una mueca.

—Bien. Por supuesto, con su amigo para aconsejarle y guiarle y ayudarle, lo primero que hizo fue empezar a reunir Imageros. Y los Imageros estaban tan



acostumbrados a ocultar sus secretos los unos de los otros, a considerar a todos los demás como enemigos, que la mayoría se mostraron reacios a ser reunidos. Además, naturalmente, Cadwal y Alend hicieron todo lo que estuvo en su poder para impedir su acceso a los recursos de la Imagería. Los tres reinos existían en un estado de guerra permanente, una guerra no declarada, pero una guerra pese a todo..., y en ocasiones el Rey Joyse tuvo que martillar a sus enemigos hasta romperlos. Pero también utilizó todo tipo posible de astucia y engaño. Sobornó. Envió pequeños grupos en incursiones relámpago. Compró mensajeros, consejeros, capitanes, cualquiera que pudiera conocer el paradero de un hombre que le interesaba especialmente. Incluso llegó hasta tan lejos como a secuestrar a las familias de algunos Imageros y retenerlas como rehenes hasta que los Imageros se rindieron. Fue un trabajo mucho más complejo y difícil que el proceso de forjar Mordant de sus separados Cares. Le costó otros veinte años.

Se detuvo de nuevo. Esta vez, sin embargo, dio un brusco trago de su jarra y prosiguió su narración.

—Pero lo más importante del trabajo había sido completado ya cinco años antes. Sólo quedaba un obstáculo. El Monarca de Alend y el Gran Rey de Cadwal, no te sorprenderá oírlo, no confiaban en el Rey Joyse. Temían lo que estaba haciendo, pese a que después de cada una de sus incursiones y batallas dejaba sus reinos esencialmente igual que como los había encontrado. A sus ojos, ése era un comportamiento alocado, y la locura no inspira confianza en los enemigos mortales. Y, por supuesto, si él tenía Imageros y ellos no, se encontraban indefensos ante él.

»El Gran Rey de Cadwal, sin embargo, fue más impulsivo y menos escrupuloso que el Monarca de Alend en su respuesta a la amenaza. El Gran Rey Festten, que aún gobierna Cadwal desde la gran ciudad costera de Carmag, cuyos minaretes se alzan orgullosos sobre las rocas y el mar, y donde todo vicio exótico conocido del hombre es alimentado en el terreno abonado de los ricos y el poder —el Maestro Quillon no parecía tener una muy buena opinión de Carmag—, Festten empezó a reunir también Imageros. Formó una fuerza de quizá treinta hombres, cada uno de ellos poderoso en Imagería, y puso por encima de todos ellos al archi-Imagero Vagel. Además, otorgó a su campeón personal de batalla, el Monomach del Gran Rey, la responsabilidad de proteger a sus Imageros. Defendidos por las incomparables proezas del Monomach, aquella cábala se dedicó principalmente a las artes de la violencia, y a la defensa de Cadwal, y a desafiar al Rey Joyse.

Sin advertencia, el Adepto Havelock alzó la cabeza como si de pronto hubiera decidido escuchar lo que estaba diciendo el Maestro Quillon.

—Transcurrieron cinco años antes de que el Rey hallara los medios de romper la cábala —prosiguió el Maestro—. Y, entonces, la mayor parte de sus miembros tuvieron que ser asesinados. Se habían vuelto demasiado *aclimatados* —murmuró

lúgubrementemente— a la árida moral y a los lujuriosos placeres de Cadwal. No podían aceptar el trasplante. Por aquel entonces, se creía que el archi-Imagero había perecido también. Pero ahora se cree que aún sigue con vida..., vivo y oculto en algún lugar, planeando maldades.

»El Monomach del Gran Rey, por supuesto, fue ejecutado por su fracaso, y fue elegido otro para ocupar su lugar.

Con un amplio movimiento de su brazo, Havelock barrió su tablero como si estuviera derribando todos sus hombres al suelo. Luego se puso en pie. Se dirigió a Terisa y Quillon, acarició la manga de la muchacha, rió lujuriosamente, y asintió en dirección a la aún abierta puerta que los había admitido al interior de aquella estancia. Cuando ella le miró, hizo girar los ojos y movió enérgicamente la cabeza.

—Tiempo y marea no aguardan a ningún hombre —dijo, como si se hallara en una de sus fases lúcidas—, pero todo el mundo aguarda a las mujeres.

—No, Havelock —dijo Quillon, con más firmeza de la que Terisa había esperado de él—. Indudablemente tú lo sabes mejor que yo. Pero voy a contarle el resto.

Por un instante, el rostro del Adepto se vio invadido por la ferocidad. Cerró fuertemente un ojo para poder fruncir el otro de forma asesina al Maestro Quillon. Pero Quillon no se inmutó, y el humor de Havelock cambió casi inmediatamente. Su expresión se relajó a una carnosidad sonrisa.

—Espérame, Vagel —dijo con voz aguda, como un niño en medio de un juego—. Ahora vengo. Jee jee. Ahora *vengo*.

Guiñó un turbio ojo a Terisa, se dio la vuelta, y empezó a rebuscar algo en la mezcolanza que cubría uno de sus escritorios.

El Maestro se encogió de hombros. Echó hacia atrás la cabeza, bebió lo que quedaba del vino, y depositó la jarra a su lado con un seco golpe. Sus ojos empezaban a estar algo turbios, y dos manchas rojas en sus mejillas hacían la competencia a la punta de su nariz.

—Eso fue hace diez años, mi dama —dijo con tono sombrío—. Durante cinco de esos años, estuvimos relativamente seguros. Las defensas que el Rey Joyse había creado nos mantenían relativamente a salvo. La mayor parte de Mordant vivía en una paz relativa. La Cofradía superó sus peores conflictos, tanto de personalidad como de confianza, y se unificó relativamente, en especial cuando la generación más vieja, los hombres que recordaban con añoranza cómo había sido la vida para ellos antes de que apareciera el Rey Joyse, empezó a morir. Pese a crear la Cofradía, por supuesto, el Rey Joyse no podía controlar o limitar el nacimiento del talento para la Imagería en ninguna parte del mundo. Pero tenía el control del *conocimiento* de la Imagería. El talento podía hallar salida solamente acudiendo a Orison y aceptando la servidumbre de convertirse en un Apr. Alend y Cadwal estaban bastante tranquilos. La mayoría de nosotros —su sarcasmo volvió— éramos relativamente inmunes al desorden de los

asuntos domésticos del Rey.

»Durante cinco años no nos dimos cuenta, porque no queríamos darnos cuenta, de que esta chispa estaba muriendo. Quizá debido a que no le quedaba nada enorme o heroico que hacer, estaba dejando de ser el hombre que tantos de nosotros habíamos amado.

»Pero, finalmente, tuvimos que darnos cuenta. Oh, *tuvimos* que hacerlo. —El Maestro Quillon iba mostrándose más amargo por momentos—. No podíamos ignorar que algo malvado estaba corriendo libre por Mordant.

»Un Imagero había empezado a trasladar horrores y abominaciones fuera de sus espejos y a liberarlos aquí para que merodearan por el país y actuaran allá donde pudieran encontrar víctimas.

En la frialdad de la habitación, una sensación tensa se deslizó por el cráneo de Terisa y a lo largo de su espina dorsal.

—Es fácil suponer que se trata de Vagel. Es tan razonable como cualquier otra suposición. Siempre ha sido un experto en descubrir en sus cristales hombres y monstruos y fuerzas de destrucción. Y las consecuencias de sus traslaciones no han alterado nunca mucho su consciencia. Pero nadie sabe dónde halla su patronazgo, los recursos, para fabricar sus espejos.

»Suponemos que los halla en Alend o Cadwal..., pero todas sus Imágenes golpean en lo más profundo de Mordant, y es inconcebible que tales espejos puedan ser hechos en algún otro lugar y luego traídos hasta aquí a través de todas esas distancias sin que alguna noticia al respecto llegue finalmente a oídos de Orison.

»Pero, si no son Cadwal o Alend, entonces, ¿dónde? ¿Quién en Mordant se atrevería a suscitar una amenaza así contra el reino? ¿Y por qué el Rey Joyse no hace nada al respecto?

»Quizás en los primeros años del peligro fueran indicadas la paciencia y la cautela. Después de todo, los ataques no se producían a menudo. Cadwal o Alend aparecían como la fuente probable. Resultaba comprensible que el Rey estuviera aguardando a que sus espías o sus amigos descubrieran el secreto y se lo trajeran, a fin de que pudiera saber qué hacer.

»Pero los ataques se hicieron peores, y no hubo ninguna explicación. En vez de ello, sus espías y amigos trajeron noticias de que Alend y Cadwal habían sabido lo que estaba ocurriendo a través de sus espías y amigos, y que estaban reuniendo sus fuerzas para aprovecharse del peligro que planeaba sobre Mordant. Los ejércitos se están congregando al otro lado de los ríos Vertigon y Pestil. Algunas incursiones sondean los Cares, probando sus defensas. Furiosos porque se ven obligados a defenderse por sí mismos sin la ayuda del Rey Joyse, algunos de los Cares empiezan a murmurar contra él. Y las abominaciones trasladadas contra nosotros empeoran, tanto en magnitud como en frecuencia. El archi-Imagero, si se trata de él, forma

espejos a una velocidad sobrenatural y en un perfecto secreto. Y el Rey sigue sin hacer nada.

»Bueno, no nada, exactamente —murmuró el Maestro, como si tuviera ácido en la boca—. Juega más y más al brinco.

»La Cofradía, por supuesto, no está ciega ante el problema. Aunque no escucháramos los mismos informes que llegan cada día a Orison, tendríamos nuestros augurios..., y hemos aprendido mucho sobre augurios desde que nuestros esfuerzos se vieron unificados.

»Podemos ver un Mordant agonizante, mi dama, masacrado por fuerzas que comprendemos, pero contra las que nuestro Rey, al fundar la Cofradía, nos prohibió actuar. No nos permitirá que nos convirtamos en un arma. Aunque no hará nada por salvar Mordant, es lo suficientemente rápido como para entrar en nuestro laborium y destrozarse cualquier cristal que ofrezca un medio de defensa. Lo único que nos permite es buscar un campeón porque aceptamos, tras mucha discusión y debate, que cualquier campeón que escogiéramos no sería trasladado involuntariamente, sino que sería abordado con persuasión y se le daría la oportunidad de negarse.

»En pocas palabras, nuestro Rey nos ha llevado al borde de la ruina. A menos que más hombres se vuelvan desleales, y que lo hagan pronto, Mordant volverá a los días cuando no era más que un campo de batalla para Alend y Cadwal. Y si Vagel es lo suficientemente fuerte por aquel entonces, se unirá a uno y devorará al otro, y así se convertirá en el gobernante de todo el mundo.

Bruscamente, el Maestro Quillon tomó el vaso de Terisa y bebió el vino que ella no había probado. Dentro del vaso, murmuró huecamente:

—En lo que a mí respecta, no me seduce en absoluto la perspectiva.

Ella lo estaba escuchando tan atentamente que no se dio cuenta del Adepto Havelock hasta que éste tocó su manga.

Le sonreía como un sátiro.

—Lo recuerdo —susurró. Su aliento olía como el gas de los pantanos—. Lo recuerdo todo.

—Lo recuerda todo —gruñó el Maestro sardónicamente—. Los espejos nos preservan.

—Sí —siseó Havelock—. Lo recuerdo. —Su sonrisa era algo más que lasciva..., era positivamente sedienta de sangre. Quillon suspiró desconsoladamente.

—Recuerdas, Adepto Havelock —murmuró, como si creyera que estaba representando su papel en una liturgia especialmente aburrida.

—Todo.

Bruscamente, el Adepto dio un salto que hizo que su sobretodo aleteara por encima de sus rodillas de espantapájaros. Siguió con una pirueta, luego se enfrentó de nuevo a Terisa, sonriendo como un asesino.

—Recuerdo a Vagel.

»Él tenía un cristal que derramaba fuego. Yo tenía uno lleno de agua. Él tenía un cristal con una bestia ansiosa. Pero la bestia no podía respirar agua. Él tenía un arma que disparaba rayos de luz que derrumbaban paredes y convertían la carne en cenizas. Pero los rayos sólo cambiaban el agua en vapor. Recuerdo.

»Recuerdo la cámara donde lo acorralé. ¿Debo decirte cuántas velas estaban encendidas sobre la mesa? ¿Debo contar para ti cuántas piedras había en las paredes? ¿Debo medir la forma en que las sombras caían en los rincones? ¿Debo describir todo lo que vi en aquel último espejo?

»Era perfectamente plano, pero, debido a su tinte y forma, mostraba un lugar entre las escarpadas colinas y cascadas de los Feudos de Alend. Un alto sol estival ardía sobre la hierba de la pradera al pie de la colina..., y en la cascada, de modo que destellaba en la distancia. Vi mariposas de un tipo que no vienen hasta Mordant, y danzaron entre las margaritas y los dientes de león. Encima de la cascada había altos abetos. Lo vi todo.

»Créeme, mi dama. —Miró intensamente al rostro de Terisa, pero uno u otro ojo escrutaban necesariamente la columna tras ella—. Recuerdo bien a Vagel. Oí su risa mientras se burlaba de mí, y le vi meterse en el cristal como si no tuviera nada que temer. Al principio vi una bota, luego la otra, aparecer entre la hierba, aplastando las hojas. Vi sus ropas llamear como ébano bajo el sol del verano. Vi la cascada quedar bloqueada de la vista por su hombro cuando dio uno o dos pasos por el pie de la colina.

»Luego se volvió y me hizo señas de que le siguiera.

»Me hizo señas, mi dama. —Las manos de Havelock hicieron feroces movimientos de arañar, desgarrando el aire delante de Terisa como hambrientas garras—. Me hizo señas, y la burla estaba aún en su rostro. Así que le seguí, aunque cualquier Imagero sabe que una traslación que no conduce a ninguna parte es una locura. —Su voz empezó a escalar agudos—. Aguárdame, Vagel. Ya vengo. Ya vengo. Ah. —Su gruñir brotó estrangulado, como un grito.

»Soy un Adepto. Abrí su cristal. Me metí en él. Pero, cuando lo hice, —su voz era ahora un agudo canturrear de falsete—, él bajó el sol desde el cielo y me lo lanzó a los ojos, y muy profundamente dentro de mí todo se hizo luz. Luz, mi dama, jee jee. Luz. —De su garganta brotaban sonidos como los de una niña pequeña encerrada en un armario, intentando reconfortarse.

El Maestro Quillon tosió. Sus ojos estaban rojos por el vino o el pesar. Dijo con voz ronca:

—Mi dama, preguntaste por qué algunos hombres lo llaman «el Esbirro del Rey». Lo hacen porque creen que es un traidor a los suyos..., a los otros Imageros.

»Bien, es cierto que traicionó a muchos Imageros para entregarlos al Rey Joyse.

Para él, los propósitos del Rey eran superiores a su derecho a la libertad. Pero su mayor acto de traición fue contra los Imageros reunidos en torno a Vagel en Carmag. Fue él quien rompió esa cábala. Ocultando su identidad y lealtad, se unió al archi-Imagero como si fuera simplemente otro artesano de espejos hambriento de poder. Durante tres años, con su vida siempre en peligro mortal, sirvió y estudió junto a Vagel, representando el papel de un ávido discípulo, pero en realidad aprendiendo los planes y las defensas de la cábala. Y, cuando hubo aprendido cómo contrarrestarla, hizo saltar su trampa, admitiendo al Rey Joyse y a un escuadrón de su guardia en la fortaleza donde vivían y complotaban los Imageros.

»Pero el archi-Imagero —siguió tristemente Quillon— tenía un poder del que Havelock carecía. Era capaz, ahora lo sabemos, aunque por aquel entonces lo considerábamos imposible, de trasladarse a sí mismo *dentro* de nuestro mundo por medio del cristal plano. Cuando Havelock intentó seguir a Vagel, el retorcimiento de una traslación que no conducía a ninguna parte le costó su mente, como ha costado la mente de todo hombre excepto Vagel que lo ha intentado. Por esa razón, creímos que el archi-Imagero había muerto cuando Havelock regresó delirando al Rey Joyse y no pudo hallarse ningún rastro de su enemigo.

»Corno he dicho —suspiró el Maestro—, el Adepto Havelock tiene sus momentos lúcidos. Pero desde hace ya diez años el mejor amigo y consejero del Rey ha sido un loco.

El Adepto había estado mostrándose cada vez más inquieto durante aquellas palabras.

Cuando Quillon terminó, Havelock agitó bruscamente los brazos con violencia, como si estuviera desgarrando un velo frente a él. Luego aferró el brazo de Terisa y tiró de ella fuera del taburete, arrastrándola en dirección a la puerta abierta.

—¡Ven, mujer! —rugió—. ¡No puedo soportar el suspenso!

¿Suspenso? Los pensamientos de Terisa estaban demasiado llenos con las cosas que acababa de oír. Se olvidó de sí misma. Al parecer, no le gustaba ser arrastrada como una niña desobediente. Dio un par de rápidos pasos para mantenerse a la altura del Adepto, luego plantó los pies en el suelo y retorció su brazo en un esfuerzo por liberarse de la presa.

Fue más fácil de lo esperado. Los viejos dedos del hombre se deslizaron de su brazo; estuvo a punto de caer cuando se apartó tambaleándose de ella.

Con el corazón martilleándole —no tanto por el esfuerzo como por la impresión de su propia audacia—, Terisa se volvió hacia el Maestro Quillon.

Éste la estudió con interés, con la cabeza inclinada hacia un lado y frunciendo la nariz.

—Quiero darte las gracias —dijo ella antes de que le fallara el valor—. Esto ha sido de una gran ayuda. No lo olvidaré.

El Maestro inclinó gravemente la cabeza, como si su promesa fuera algo más grande de lo que ella se daba cuenta.

—Esto será muy apreciado, mi dama.

—No sé nada de vuestros espejos —siguió inmediatamente ella—. No soy una Imagera. Pero creo que los mundos que veis tienen que ser reales. El lugar de donde procedo no es algo que Geraden y un trozo de cristal hayan inventado por accidente.

El Maestro Quillon se alzó de hombros y su depresión volvió.

—Espero que estés en lo cierto, mi dama. Creo que es así. Pero los argumentos en la otra dirección son difíciles de refutar. Si tu mundo es real, y tú no eres una Imagera..., entonces, ¿cómo es posible que la traslación de Geraden se haya desviado tanto?

—No lo sé —repitió ella—. Todo esto es nuevo para mí. Pero... —se sorprendió de oírse decir aquello—, voy a intentar descubrirlo.

Quizá simplemente para impedirse a sí misma decir algo más tan poco apropiado a su imagen de quién era, cedió a la impaciencia espectacularmente mímica de Havelock y se volvió para seguirle de vuelta a su pasadizo secreto.

—Nada más —murmuró sombríamente el Adepto—. Sólo el brinco significa algo. —Cuando Terisa hubo entrado en el pasadizo, cerró la puerta tras ellos. En la oscuridad, trasteó unos instantes antes de producir una luz de su pequeño cristal. Luego se apresuró hacia arriba, subiendo las escaleras tan rápido como le permitían sus viejas piernas.

Ella se dio cuenta de que las subía más fácilmente de lo que las había bajado porque ahora podía ver mejor dónde ponía los pies; pero Havelock complicaba la ascensión haciendo oscilar su luz de lado a lado e iluminando muy adelante en vez de mantenerla quieta. Estaba mostrándose más tenso por momentos. Su esfuerzo hacía que su respiración brotara entrecortada de sus pulmones, pero se negó a frenar su marcha.

—¿Por qué esta prisa? —jadeó ella a sus espaldas. Los ascensores de su edificio de apartamentos no la habían preparado para subir corriendo unas escaleras.

Él hizo una pausa en una intersección e hizo llamear su luz en todas direcciones. Luego la miró por unos instantes con el ceño fruncido.

—El problema con las mujeres —jadeó, intentando recuperar el aliento— es que nunca callan.

Cuando empezó a subir de nuevo, el corredor de piedra pareció repentinamente más estrecho, más angosto. El resonar de sus pies en los escalones adquirió el mismo ritmo que los latidos de su corazón, reverberando casi subliminalmente en las paredes. El techo se estaba haciendo más bajo. Estaba loco; era una locura como conseguía comunicar cosas que no decía. ¿De dónde había surgido aquella urgencia, aquel pánico? Terisa no comprendía por qué se apresuraba para mantener su ritmo...,

o por qué intentaba contener su aliento al mismo tiempo.

Seguro que ya habían pasado sus habitaciones. No era posible que hubiera sido arrastrada tanto hacia abajo sin un mejor sentido de la distancia por su parte.

Casi chocó contra él cuando Havelock se detuvo.

—¿Qué...?

Inmediatamente, los brazos del hombre se agitaron en furiosos movimientos. Permanecía de pie con su luz apuntada a sus pies y su rostro en sombras, concentrándose duramente..., escuchando. En el reflejo de la piedra gris, ella vio que sus labios temblaban.

Luego lo oyó: desde algún lugar muy lejano, un débil sonido de entrechocar metálico, y un pequeño grito.

Havelock escupió una perfectamente comprensible obscenidad y echó a correr escaleras arriba, haciendo oscilar la luz mientras corría.

Por una fracción de segundo, Terisa permaneció inmóvil mientras la oscuridad se apoderaba de nuevo del pasadizo. Luego echó a correr instintivamente, tan rápido como la impulsaba el miedo, tras el Adepto, tensándose desesperadamente para alcanzarle antes de que la abandonara a solas en la oscuridad.

Los roncros jadeos del hombre resonaban delante de ella, casi a su alcance. Se tensó, se tensó..., y sus dedos se aferraron en la tela de su sobretodo.

Aquello fue suficiente. Havelock dio un brusco e inesperado giro; ella pudo seguirle, guiada por la pequeña presa sobre sus ropas.

El giro los llevó hacia el resplandor de una lámpara, pero la iluminación llegó demasiado tarde. Medio latido de corazón después de que sus pies resonaran sobre tablas de madera en vez de sobre piedra, tropezó con el borde de la puerta del armario y cayó de bruces en el suelo de su dormitorio.

Había plumas de pavo real por todas partes. Flotaban en el aire, giraban sobre sí mismas en pequeños remolinos sobre las alfombras, se depositaban delicadamente en los bordes de la cama. Una de ellas derivó hasta su rostro, cegándola, mientras una voz ronca jadeaba:

—¡Mi dama! —y el hierro sonaba como un carillón.

La voz parecía la de Ribuld.

Apartó a tiempo la pluma para verlo parar frenéticamente un ataque, mientras de toda la longitud de su espada brotaban chispas.

El y Argus luchaban con todas sus fuerzas contra un tercer hombre que se mantenía en la entrada del dormitorio, bloqueándolos de ella.

Las plumas eran parte de la decoración que aquel hombre había arrancado para utilizar como escudo.

Llevaba una capa y una armadura de cuero tan negra que era difícil de ver: confundió la vista de Terisa como una sombra arrojada por una superficie irregular;



todos sus movimientos parecían como el agitar de una sombra. Sólo su espada capturaba la luz, brillando malignamente cuando golpeaba las hojas de sus oponentes.

Parecía ser al menos una mano más bajo que Ribuld o Argus, y más delgado que cualquiera de los dos. Sin embargo, sus golpes eran tan fuertes como los de ellos.

Resultaba claro que no estaban ganando.

Ambos se veían ya seriamente golpeados. Argus exhibía un vivido hematoma bajo un ojo, y sus nudillos sangraban. Ribuld había recibido un corte en la unión de su cuello y su hombro. Una serie de desgarrones marcaban su cota de malla: su oponente había conseguido golpearla a voluntad.

Ahora Ribuld retrocedió ante la fuerza del ataque. Perdió el equilibrio y eso lo puso fuera del alcance de su asaltante, pero también le hizo golpear pesadamente contra el costado de la chimenea. Cayó de rodillas.

Argus intentó lanzarse hacia delante, con la espada martilleando en busca del cráneo del otro hombre. Éste era más diestro, sin embargo: su espada saltó para atrapar el golpe de Argus y devolverlo. Luego estrelló su ahora desplumado escudo contra el rostro de Argus. Antes de que Argus pudiera contraatacar, el hombre de negro le lanzó una patada a las ingles que le hizo caer de cabeza.

Cuando golpeó el suelo, se dobló sobre sí mismo, presa de incontenibles arcadas.

Tan suavemente como una sombra, el hombre se volvió hacia Terisa.

Entonces vio su rostro. Sus ojos brillaban amarillos a la luz de las lámparas; tenía una nariz como la hoja de una hachuela; sus dientes estaban desnudos en una sonrisa feral. La muchacha tuvo la indistinta impresión de que había cicatrices en sus mejillas.

Su capa pareció ondular en torno a sus hombros cuando aferró con ambas manos la empuñadura de su larga espada y alzó su hoja contra ella.

—¡Mi dama! —gritó Ribuld de nuevo.

Cargando como un ariete, se lanzó contra la espalda de su atacante.

Ella se había alzado sobre manos y rodillas, pero no podía moverse. Nada de aquello tenía ningún sentido. Sólo podía mirar mientras el hombre de negro se apartaba de ella y aceptaba el asalto de Ribuld.

Sus hojas se cruzaron tan violentamente que ella creyó poder oírlas partirse. El sonido del hierro fue estremecedor. Pero esta vez Ribuld y su espada resistieron; fue el hombre de negro el que se vio obligado a deslizar el golpe más allá de su hombro y parar el golpe de retorno.

Lo paró tan bien, sin embargo, que Ribuld tuvo que retroceder para conservar sus manos intactas.

El atacante le siguió de inmediato, golpeando contra Ribuld primero por un lado, luego por el otro. Ribuld paró los golpes con su hoja. De sus antebrazos brotaron chispas, pero no pareció sentir las quemaduras. Estaba retrocediendo de nuevo, pero

esta vez bajo control, buscando una apertura.

Bruscamente, el hombre saltó, alejándose de Ribuld..., saltó hacia Argus. Mientras Argus lo miraba horrorizado, con la boca abierta, impotente por el dolor, el hombre hizo girar su espada para rebanar la cabeza de Argus.

—¡No! —Desesperadamente, Ribuld intentó detener a tiempo a su oponente. Pero la desesperación le hizo imprudente. No tenía defensa cuando el hombre de negro cambió la dirección de su golpe. La parte plana de su espada golpeó a Ribuld en pleno rostro y lo derribó.

—Ahora, mi dama —dijo el hombre con una voz como seda—, terminemos esto.

Con su larga espada enhiesta frente a él, penetró en el dormitorio.

Por alguna razón, Terisa pensó que esta vez nadie iba a rescatarla, que ningún joven iba a aparecer surgido de sus sueños y arriesgar su vida para salvar la de ella. Si deseaba vivir, tendría que hacer algo para salvarse a sí misma..., gritar pidiendo ayuda, saltar en pie y huir a los pasadizos secretos de Orison, algo. Sin embargo, estaba como perdida, incapaz de comprender por qué nadie podía atacarla con aquel odio, incapaz de moverse.

Afortunadamente, en el último momento el Adepto Havelock surgió cojeando de su escondite en el armario y disparó su cristal a los ojos del asaltante.

El hombre lanzó un rugido de dolor y retrocedió. Por un instante, permaneció con los antebrazos cruzados sobre sus ojos, su espada apuntando al techo. Luego gruñó una maldición.

Aunque evidentemente no podía ver nada, bajó su espada y avanzó de nuevo, tanteando el aire en busca de alguien a quien golpear.

En la otra habitación, Argus se alzó hasta quedar en una posición agachada, intentó coger su espada.

—Ahora —gruñó en medio de su dolor, listo para matar—. Ahora te tengo.

El atacante de Terisa se inmovilizó. Si hubiera podido ver a Argus, hubiera sabido que estaba a salvo: Argus apenas era capaz de arrastrarse. Pero el hombre no podía ver. Vaciló momentáneamente mientras escuchaba los sonidos que producía Argus; luego se apartó de Terisa, dio un inmenso y acrobático salto que lo llevó más allá de Argus y Ribuld, y halló su camino hacia la puerta. Un segundo más tarde había desaparecido.

Gruñendo, Argus sacudió la inerte forma de Ribuld.

—Ve tras él, estúpido. No dejes que escape.

Terisa miró a su alrededor, demasiado aturdida para pensar en una secuencia lógica. Ribuld y Argus habían intentado defenderla..., y casi habían resultado muertos por su causa. La madera de la puerta estaba astillada en torno al cerrojo. Si el hombre recuperaba su visión y volvía... El Adepto estaba loco, por supuesto, pero en cualquier caso comprendía hasta cierto punto lo que había ocurrido a su alrededor.

—Havelock —murmuró vagamente—, ¿sabías que esto iba a pasar?

No estaba allí. Ya se había marchado. La puerta oculta en la parte de atrás del armario estaba cerrada.

## Las mazmorras de Orison

Los acontecimientos de la siguiente media hora tuvieron asomos confusos y tonos de imprecisión. Los nervios de Terisa estaban crispados como cuerdas mal pulsadas, y los latidos de su corazón se negaban a recuperar su ritmo normal. Con tanta adrenalina en sus venas, debería haber estado más alerta, tener un mejor asidero sobre lo que estaba ocurriendo. Pero todo parecía huir de su lado tan pronto como enfocaba en ello su atención. La realidad se había convertido en arena que se deslizaba entre sus dedos.

—Pide ayuda —tosió Argus en su dirección. No se había movido del lado de Ribuld; estaba inclinado junto a su compañero, apenas capaz de sostenerse con sus brazos—. Si vuelve...

Aquello probablemente quería significar algo. ¿Acaso no había estado pensando ella lo mismo? Pero ahora no estaba segura.

Su instinto le decía simplemente que echara a correr. Utilizar el pasadizo secreto del Adepto y hallar su camino de vuelta junto al Maestro Quillon. Deseaba unos brazos cálidos a su alrededor. Deseaba a alguien que supiera lo que estaba haciendo para que se ocupara de ella. Seguro que el Maestro Quillon sería capaz de confortarla. Así supo que estaba haciendo la cosa más difícil que había hecho nunca cuando pasó junto a Ribuld y Argus y se dirigió hacia el cordón de la campanilla tras una de las exhibiciones de plumas. Desde allí, quedaba expuesta a la puerta abierta. Pero no sabía qué otra cosa hacer para pedir ayuda.

Tiró del cordón de satén tan fuerte como se atrevió. Luego regresó a su dormitorio.

Un impulso que no comprendió de inmediato le hizo arreglar las ropas del armario y luego cerrar la puerta, ocultando el pasadizo secreto.

Antes de mucho rato —o quizá después de largo tiempo, según como se sentía en aquel momento— respondieron a su llamada. Pero no Saddith. La mujer que apareció en el umbral tenía el aspecto de una sirvienta; era mayor que Saddith, desaliñada por el sueño y el vestirse apresuradamente, y no de muy buen humor. Sin embargo, tras una mirada a Ribuld y Argus y a las plumas esparcidas y la rota puerta, olvidó su irritación y volvió a salir corriendo.

Por un momento, Terisa pudo oírla chillar en la distancia:

—¡Aquí, guardias! ¡Ayuda!

—Estúpida mujer —murmuró Argus entre dientes. Ribuld se estaba agitando. Sus manos frotaron su rostro, luego se apartaron del hematoma en su frente.

—Hija de un macho cabrío —gruñó—. ¿Quién *era* ese bastardo? —Se alzó débilmente sobre un codo y observó la habitación. Cuando vio a Terisa, dejó escapar

un suspiro de alivio y volvió a dejarse caer al suelo.

—Me estoy muriendo —murmuró Argus con voz espesa—. El muy jodido me hizo polvo la hombría.

—Olvídalo —respondió Ribuld con tono prostrado—. No va a cambiar tu vida.

Poco después, Terisa oyó el martilleo de botas claveteadas contra las piedras del corredor..., muchas botas. Blandiendo su espada, un hombre vestido como Ribuld y Argus entró en tromba por la puerta. Llevaba cinco compañeros a sus espaldas, todos preparados para la lucha: parecían ansiar la violencia, como los tres jinetes en su sueño. Pero no había ninguna lucha a la vista. Registraron rápidamente la habitación, luego se reunieron en torno a los defensores de Terisa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó uno de ellos, sorprendentemente jocos—. ¿Encontrasteis finalmente a una mujer más dura que vosotros?

Antes de que Argus o Ribuld pudieran contestar, otro hombre entró con paso fuerte en la habitación. Respiraba autoridad desde su pelo corto y teñido de gris hasta su agresiva mandíbula, desde sus cuadrados hombros hasta sus secos pasos, aunque era más bajo de Tensa..., más de un palmo más bajo que cualquiera de los hombres que le rodeaban. Iba vestido como ellos, con el añadido de un cinto púrpura colgado en bandolera de uno de sus hombros sobre su cota de malla y una banda púrpura anudada encima de sus rígidas y grises cejas. Sus ojos brillaban perpetuamente, y su boca estaba curvada en una especie de sonrisa, como si hiciera mucho tiempo que hubiera olvidado cualquier otra expresión.

Registró la estancia, evaluando la situación, luego se dirigió hacia Terisa e inclinó rígidamente la cabeza ante ella.

—Mi dama —dijo. Pese a su aspecto tranquilo, su voz la hizo sentir deseos de retroceder—. Soy el Castellano Lebbick, comandante de Orison y de la guardia de Mordant. Hablaré contigo dentro de un momento.

Se volvió inmediatamente hacia Argus y Ribuld. Sin alzar la voz, hizo que sus palabras sonaran como un latigazo.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Los dos hombres se pusieron penosamente en pie. Incómodos, intentaron explicar la situación. Como un favor personal, el Apr Geraden les había pedido que mantuvieran un ojo atento a dama Terisa de Morgan, en caso de que se hallara en dificultades. Desconocían qué tipo de dificultades. Pero estaban fuera de servicio, así que decidieron hacer lo que se les había pedido. No ocurrió nada durante largo rato. Luego, un hombre vestido de negro apareció en el corredor. Se dirigió hacia ellos y les dijo que le dejaran entrar, que tenía que tratar unos asuntos con dama Terisa. Cuando le preguntaron cuáles eran esos asuntos, desenvainó su espada, abrió la puerta de un golpe, e intentó matarla. Al no conseguirlo, abandonó su intento y huyó.

Escuchándoles, Terisa se dio cuenta de que ni Argus ni Ribuld sabían que ella

había estado fuera de sus aposentos. De hecho, ninguno de los dos había visto al Adepto Havelock. Debido a ello, no podían explicar la huida de su atacante. Mirando hacia Terisa, como si creyera que ella era la responsable, Argus murmuró algo acerca de una luz, luego retrocedió ligeramente ante la forma en que le miró el Castellano Lebbick.

Ignorándola, el Castellano envió a los seis guardias fuera de la habitación para despertar al resto de la guardia e iniciar un registro en busca del hombre de negro.

—Aunque —murmuró mientras se marchaban— lo más probable es que a estas alturas esté ya a medio camino del olvido. Entonces volvió su atención a Ribuld y Argus.

—Veamos si aclaramos las cosas. Luchó contra vosotros dos, y os alejó lo suficiente de la puerta como para abrirla rompiéndola. Llegó hasta tan lejos como la puerta del dormitorio. Derribó a uno de vosotros e inutilizó al otro. Luego le entró pánico y huyó. Indudablemente se sintió aterrorizado por la forma tan fácil en que os había vencido. Quizá todo el mundo que sirve al Rey es como vosotros. Me sorprende que no cayera muerto de miedo.

Ribuld y Argus bajaron sus cabezas.

—¿Mi dama? —preguntó hoscamente Lebbick.

Terisa no respondió. Ahora comprendía por qué había cerrado el armario. Havelock había corrido el riesgo de irritar tanto al Rey como a la Cofradía proporcionándole un retazo de la historia de Mordant, y ella no quería traicionar lo que había hecho por ella.

—Muy bien —gruñó el Castellano—. Dejemos eso por el momento. Explicad eso, cabezas de buey —pidió a Argus y Ribuld—. ¿Por qué no le dijisteis a nadie lo que estabais haciendo aquí? Por las estrellas, he pasado toda mi vida entrenando trozos de carne muerta para que comprendieran la importancia de las comunicaciones y el acceso a los refuerzos. Si creíais que Geraden tenía suficientes razones para pensar que la dama podía estar en peligro, ¿por qué no tomasteis la simple precaución de arreglar las cosas de modo que pudierais pedir inmediatamente ayuda?

El hematoma en su frente dio a Ribuld una excusa para situar una mano delante de su rostro.

—No creímos a Geraden. Tú ya lo *conoces*. Simplemente le estábamos haciendo un favor. En honor a Artagel.

—Mierda de cerdo —bufó el Castellano Lebbick—. Yo os *diré* por qué no se lo comunicasteis a nadie. Si informabais a vuestro capitán de lo que estabais haciendo a fin de disponer refuerzos, él me informaría a mí..., y yo le informaría al Rey. Puesto que el Rey no había considerado necesario enviar guardias a proteger a la dama, quizá esto le hiciera preguntarse —la voz del Castellano sonaba capaz de helar la sangre— qué *asuntos* os impulsaban a mezclaros en sus decisiones.

—No pretendíamos ofender a nadie —protestó Argus—. Nosotros sólo...

—Lo sé. Ahorradme vuestras excusas. Yo me ocuparé de Geraden. Vosotros informad a vuestro capitán. Contadle todo esto..., y consideraos afortunados de que no os meta entre rejas. Marchaos.

Argus y Ribuld obedecieron, sin atreverse siquiera a gruñir. Ninguno de los dos miró a Terisa. Cuidadosamente —pero con rapidez bajo la furiosa mirada del Castellano—, recuperaron sus espadas y cojearon fuera de la habitación.

—Ahora, mi dama —Lebbick se volvió hacia ella—, quizá podamos discutir este asunto un poco más abiertamente. Estoy seguro de que el Rey Joyse se sentirá aliviado de saber que fuiste capaz de rechazar a tu atacante, sola y sin ayuda, después de que dos de mis guardias fracasaran. Pero tal vez le guste saber cómo lo hiciste. Y estoy seguro de que deseará saber qué hay en ti que provoca este tipo de ataque en mitad de la noche.

Avanzó un paso hacia ella, haciendo sobresalir más su mandíbula.

—¿Quién eres, mi dama? Oh, conozco la historia..., Orison no mantiene en secreto cosas como ésta. El Apr Geraden te trajo aquí mediante una traslación accidental. Pero, ¿quién eres? —Sus ojos se clavaron en los de ella, penetrantes como punzones—. ¿Qué juego intentas jugar con mi Rey?

Sonaba tan furioso que Terisa se echó a temblar.

Otro paso lo llevó más cerca de ella. Si extendía su puño derecho y la apuntaba con su pesado índice, sabía exactamente qué ocurriría a continuación. Empezaría a balbucear: Lo siento no quería hacerlo no lo volveré hacer lo prometo por favor no me castigues *no sé lo que hice mal*.

Otro guardia entró fortuitamente en aquel momento en la habitación y se cuadró. Era un hombre joven, y su miedo al temperamento del Castellano Lebbick se reflejaba en todo su cuerpo.

—Disculpa, Castellano, señor —dijo con un hilo de voz—. No pretendía interrumpir.

»Traigo un mensaje del Rey.

Lebbick inspiró profundamente y cerró los ojos, como si se estuviera controlando con gran dificultad. Luego se volvió de espaldas a Terisa.

El guardia tragó dificultosamente saliva y miró al Castellano como un pájaro atrapado por una serpiente.

—Un mensaje del Rey —gruñó venenosamente Lebbick, con voz rasposa—. Dijiste que tenías uno. Intenta recordar.

—Sí, señor, Castellano, señor. Un mensaje del Rey. Ha detenido la búsqueda.

—¿Qué? —El restallar de un látigo.

—El rey ha detenido la búsqueda, señor.

—Bien, eso tiene sentido. En tiempos como éstos, un asesino potencial en el

castillo es un problema trivial. ¿Dio alguna *razón* para detener la búsqueda?

—Sí, señor. —La piel del guardia parecía tiza—. Dijo que no le gustan todas esas carreras por ahí en mitad de la noche.

Por un momento, los hombros del Castellano Lebbick se hundieron ante el ultraje. Pero habló suavemente.

—¿Eso es todo?

—No, señor. También dijo —parecía como si el guardia se hubiera sentido más feliz perdiendo de golpe el sentido— que desea que dejes tranquila a su invitada. —Y retrocedió involuntariamente, como si esperara ser golpeado.

El Castellano hizo girar su brazo, pero no golpeó al guardia. Se dio una palmada a su propio muslo. Gruñó algo muy en lo hondo de su garganta. Luego emitió un ruido como si escupiera.

Bruscamente, se volvió de nuevo hacia Terisa.

Como el guardia, ella retrocedió.

—Mi dama, quedas advertida —dijo—. Soy el Castellano de Orison. Soy responsable de muchas cosas, pero por encima de todo de la seguridad del Rey. Sufre de una fe innatural en su propia inmortalidad. Yo no sufro esa aflicción. —Sus mandíbulas masticaron las palabras como si fueran cartílagos—. Le obedeceré tanto como sea posible; luego, tomaré el asunto en mis propias manos.

Giró sobre sus talones y se alejó pisando fuerte.

Cuando pasó junto al guardia, se detuvo lo suficiente para decir:

—Quiero que la dama sea protegida. Esta vez, hacedlo bien. —Y, en la puerta, se detuvo de nuevo—. Mantenedla encerrada esta noche. Haré que reparen la cerradura por la mañana.

Luego desapareció.

El guardia dirigió a Terisa un apocado encogimiento de hombros —medio pesar por su propia timidez, medio disculpa por la brusquedad del Castellano— y siguió a su comandante fuera de la estancia, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Cuando se fue, pareció llevarse con él todo el valor que quedaba en la habitación.

Sin advertencia previa, todo se convirtió en alarma. Manteniendo sus ropas firmemente apretadas, Terisa se apresuró hacia la puerta para escuchar. Oyó claramente las voces de varios hombres fuera de sus aposentos: estaban dando las órdenes y haciendo los arreglos necesarios para mantenerla protegida..., o custodiada. Todavía se sentía vulnerable, impotente. Un total desconocido había intentado matarla. Trasladó con urgencia una silla y la apoyó contra la puerta formando cuña. Luego colocó otra silla del mismo modo dentro de su armario para bloquear el pasadizo de Havelock.

Después de eso, no supo qué hacer.

Durante largo rato no consiguió relajarse ni concentrarse. El Gran Rey Festten



había hecho ejecutar a su Monomach por su fracaso cuando el Adepto Havelock traicionó a los seguidores del archi-Imagero. Havelock había perdido su cordura cuando intentó perseguir a Vagel al interior de un cristal plano. El Maestro Quillon estaba dispuesto a contarle historias como aquéllas, pese a que tanto el Rey Joyse como la Cofradía lo habían prohibido. Por alguna razón, el Castellano Lebbick no confiaba en ella.

¿Cómo podía estarle ocurriendo todo aquello?

Pero más tarde, inesperadamente, sintió una extraña sensación de alegría. Al parecer, Geraden la había traído a un lugar donde ella *importaba*. El hecho de que estuviera allí significaba una diferencia. El Castellano Lebbick la tomaba lo suficientemente en serio como para mostrarse furioso con ella. El Maestro Eremis la había *mirado*. Incluso era concebible que pensara que era hermosa.

Eso nunca le había ocurrido antes.

Finalmente, fue capaz de dormirse.

La luz del sol que penetraba por sus ventanas la despertó a la mañana siguiente. Al principio dudó de todo. ¿No era aquélla la cama de su apartamento, el lugar donde pertenecía? Pero el sol hizo brillar las alfombras del suelo, resplandeció en los adornos de pavo real de las paredes, iluminó las plumas esparcidas por el hombre de negro. Todo lo que recordaba era real, al menos.

La luz del sol tenía el pálido color del frío. Y el aire fuera de sus mantas era helado. No había pensado en avivar los fuegos antes de meterse en la cama, y se habían apagado durante la noche. Contuvo la respiración, apartó las cálidas mantas y se metió apresuradamente en el grueso manto de terciopelo que había llevado la noche anterior. La piedra parecía hielo bajo sus pies desnudos: cojeó con un pequeño jadeo hasta alfombra la más próxima.

Cuando miró hacia las ventanas, dudó. No estaba segura de sentirse preparada para ver lo que había fuera. La visión podía confirmar o negar toda la situación.

Por otra parte, se sentía vagamente estúpida por haber pospuesto tanto tiempo la cuestión. Cualquiera con un asomo de curiosidad humana normal hubiera mirado fuera casi inmediatamente. ¿De qué tenía miedo?

Incapaz de definir qué era lo que temía, se dirigió hacia la ventana del dormitorio.

Los paneles en forma de rombos de grueso cristal —cada uno del tamaño de su mano— estaban emplomados al marco. Un toque de escarcha bordeaba el cristal allá donde el sello de plomo era imperfecto, delineando varios de los rombos. Pero el cristal en sí era claro, y le mostró un mundo lleno de invierno.

Desde su altura podía ver hasta una considerable distancia. Bajo el incoloro cielo y la débil luz del sol, las colinas cubiertas de nieve ondulaban el terreno hasta el horizonte. La nieve parecía densa..., tan densa que daba la impresión de que hacía

inclinan los árboles, curvándolos hacia la dormida sábana de las colinas. Donde los troncos y las ramas de los árboles se mostraban entre la nieve, eran negros y recios, pero tan pequeños contra el amplio fondo blanco que sólo servían como puntuación, haciendo que el invierno y el frío fueran más evidentes.

Cuando se dio cuenta de lo alta que estaba, sin embargo, su vista se contrajo a su entorno más inmediato.

Estaba realmente en una torre..., y cerca de su parte superior, a juzgar por su posición relativa con respecto a las demás torres que podía ver. Había cuatro, incluida la suya, una en cada esquina de la enorme y errática estructura de Orison; y contrastaban con el resto del castillo, como si hubieran sido construidas en una época distinta, planificadas por una mente distinta. Todas eran cuadradas, todas de la misma altura, todas rematadas con parapetos almenados..., tan agresivas como puños alzados contra el cielo.

Su obvia regularidad hacía que la gran masa de Orison pareciera algo construido al azar: desorganizada, absorbida en sí misma y de escasa confianza, llena de trampas.

De hecho, la forma general del castillo era completamente regular en sus líneas exteriores. Orison era rectangular, construido en torno a un enorme patio abierto. Terisa podía verlo claramente porque sus ventanas daban encima de uno de los brazos largos del rectángulo. Un extremo del patio —el más alejado de su torre— estaba ocupado por lo que sólo pudo considerar que era un bazar: un amplio conglomerado de tiendas y cobertizos, tenderetes y tiendas, carros llenos de forraje..., todo caótico, todo rodeado por el humo de docenas de fuegos donde se cocinaban cosas.

El otro extremo del patio parecía lo bastante grande como para servir de terreno de desfiles..., siempre que el desfile no se desmadrara. Allí había hombres a caballo, niños jugando, y grupos de gente yendo o viniendo del bazar, pisoteando la nieve y el barro.

Por grande que fuera el patio, sin embargo, la estructura de Orison era lo bastante alta como para mantenerlo en sombras a aquella hora de la mañana. El aire debía ser tremendamente frío: Terisa observó que incluso los niños no permanecían fuera mucho tiempo.

El otro rasgo regular del castillo era su fachada exterior. Puesto que su ventana miraba por encima del patio, no podía ver los detalles de las paredes, pero podía ver que Orison no tenía defensas exteriores: él era su propia fortificación. El edificio en sí estaba construido de cruda piedra gris, que presentaba desde todos lados una dura y no adornada superficie al mundo exterior.

Dentro de sus líneas generales, sin embargo, el castillo parecía como si hubiera sido diseñado más bien para la conveniencia de sus secretos que para el acomodo de sus habitantes. Techos de pizarra de todo tipo se inclinaban en todos ángulos,

arrojando sus aflujos al patio interior. Docenas de chimeneas sin ningún parecido entre sí arrojaban humo a la brisa. Algunas secciones de la estructura eran altas y cuadradas; otras, bajas y apelotonadas. Algunas partes tenían balcones en vez de ventanas; otras sostenían palos de los que colgaba ropa a secar.

No pudo resistirse a la conclusión de que el Rey Joyse había añadido las cuatro torres a su sede ancestral, decretado la forma en que Orison debía crecer, y luego olvidado todo, dejando que un cierto número de indolentes constructores se expresaran a voluntad.

Ahora, al menos, comprendía por qué había hallado tan confuso el camino de Geraden y Saddith a través del castillo. Pasillos truncados y repentinas intersecciones, escaleras impremeditadas y giros necesarios formaban parte de la construcción básica de Orison.

Por todo lo que podía ver, el único camino al patio desde el exterior era a lo largo de un camino que cruzaba un enorme conjunto de puertas en el brazo largo del rectángulo que tenía debajo de ella. Esas puertas estaban al parecer abiertas, admitiendo carros tirados por bueyes al patio. Pero el ángulo de visión no le permitía ver si las puertas estaban custodiadas.

Mientras estudiaba la escena, su aliento empañó el cristal. Lo limpió con la manga de su manto. Luego tocó con sus dedos uno de los paneles. El frío extendió un pequeño halo de vapor condensado sobre el cristal en torno a la yema de cada uno de sus dedos; un agudo y delicado helor penetró en su piel. Eso, más que el inmenso peso de la piedra amontonada de Orison, hizo que todo lo que veía le pareciera tangible, convincente. Estaba realmente en aquel lugar, fuera el que fuese..., y significara lo que significase. Ella estaba allí.

Al poco tiempo, sus meditaciones fueron interrumpidas por una llamada en la puerta del saloncito. Puesto que no deseaba quedarse allí indefinidamente, dando vueltas a los mismos pensamientos una y otra vez, fue a responder a la llamada. En su camino hacia la puerta, sin embargo, dudó de nuevo. ¿Tenía intención de abrir realmente aquella puerta y admitir a quienquiera que fuese que estuviera aguardando al otro lado? Alguien intentaba matarla. Podía estar ahí fuera, aguardando.

Pero, ¿qué otra elección tenía? Ninguna, si deseaba averiguar algo más acerca de lo que le estaba ocurriendo. O si deseaba el desayuno.

Su corazón empezó a latir un poco más al ritmo que debería —al ritmo adecuado para una mujer cuya vida está en peligro— cuando apartó la silla de la puerta y abrió ésta.

Dos guardias a los que no había visto nunca antes la saludaron.

Saddith estaba con ellos, sujetando una bandeja con un extremo apoyado en su cadera.

El brillo en sus ojos y una característica inclinación de su cabeza señalaban el

espíritu con el que había estado conversando con los guardias; su blusa estaba desabrochada hasta un nivel más bajo, dejando asomar atisbos de placer cada vez que movía los hombros. Pero tan pronto como vio a Terisa su expresión se volvió contrita y solícita.

—Mi dama, ¿estás bien? Dijeron que lo estabas, pero no sabía si creerles. Esa mujer y yo cambiamos nuestro turno para la noche. No sabía que pudieras ser atacada..., o que ella pudiera ser tan tonta. Hubiera debido quedarse contigo. Te he traído el desayuno. Sé que estás trastornada, pero tienes que comer. ¿Crees que podrás intentarlo?

Terisa recibió el aluvión de palabras de la doncella y parpadeó. Se sentía aliviada al ver a Saddith de nuevo. Saddith era tangible; era real.

—Sí —dijo, cuando Saddith hizo una pausa esperando una respuesta—. Tengo hambre. Y me temo que he dejado que se apagaran los fuegos. Por favor, entra.

Con un asentimiento de cabeza y un guiño a los guardias, Saddith deslizó su bandeja frente a ella y entró en el saloncito.

Cuando Terisa cerró la puerta, oyó a los guardias reír quedamente entre sí.

Saddith también lo oyó.

—Esos dos —dijo con alegre desdén, mientras apartaba a un lado los platos de la cena para dejar sitio a los del desayuno— dudaron de mí cuando les dije que cuando te vieran sus rodillas se harían agua..., sin contar lo que les ocurriera al resto de ellos. Ahora saben que les dije la verdad.

Luego señaló una silla al lado de la mesa donde había colocado la bandeja.

—Por favor, siéntate y come, mi dama. Las gachas te calentarán mientras enciendo de nuevo los fuegos. Luego creo que deberemos buscar algo mejor que ponerte.

Terisa aceptó la silla. Todo cuidadosamente dispuesto para su delectación, encontró uvas, pan moreno, una porción de tarta de queso muy amarilla, y un humeante bol que parecía contener gachas de trigo entero. Recordando su cena de la otra noche, empezó a comer rápidamente, haciendo una pausa de tanto en tanto para gozar de la combinación de la tarta de queso y la dulce uva.

Saddith no dejó de hablar mientras trabajaba en la cercana chimenea.

—¿Cómo era ese hombre de negro que te atacó? —preguntó. Parecía excitada y complacida acerca de algo—. Orison ya está lleno de rumores. Era más alto que Ribuld, y tan fuerte de pecho que mis brazos tal vez no pudieran rodearle. Tenía rostro de cazador, y porte de cazador, con bastante energía en sus manos y caderas como para batir a Ribuld y Argus como si fueran chiquillos. —Por un momento se sujetó los pechos. Luego suspiró como con añoranza—. Eso dicen los rumores. ¿Cómo era realmente, mi dama?

Lentamente, insegura de lo que iba a decir hasta que lo dijo, Terisa respondió:

—Era terrible.

—Quizá si yo no hubiera cambiado mi turno hubiera tenido la suerte de verle. — Saddith pensó en aquello por unos momentos, con una expresión interrogadora en su rostro. Luego se echó a reír—. No. Estuve mejor donde estuve.

Terisa había pasado el tiempo suficiente escuchando al Reverendo Thatcher como para conocer una insinuación cuando la escuchaba, así que preguntó educadamente:

—¿Dónde estuviste?

La alegría chispeó en los ojos de Saddith.

—Oh, no debería decírtelo. —E inmediatamente se dirigió con paso enérgico al dormitorio para encender el fuego de allí.

Pero casi al momento asomó la cabeza por la puerta para preguntar:

—¿Recuerdas lo que dije por la noche, mi dama? «Cualquier Maestro me dirá lo que yo deseo..., si concibo un deseo hacia algo que él conozca.» Quizá pensaste que estaba fanfarroneando. —Desapareció de nuevo. Durante un minuto, Terisa la oyó trabajar en el fuego. Luego volvió al saloncito—. Seré sincera contigo, mi dama. No cambié el turno con nadie. Le pedí a esa mujer a la que viste que cuidara de ti para poder tener así la noche para mí..., sin interrupción.

»Y te aseguro que no perdí la oportunidad. —Saddith sonrió—. Pasé la noche con un Maestro.

Terisa nunca había oído hablar a nadie así antes; la novedad de la experiencia le hizo preguntar:

—¿Te dijo lo que querías saber?

Ahora fue el turno de Saddith de mostrarse sorprendida.

—Mi dama, no compartí su cama porque yo careciera de conocimientos. —Rió suavemente ante la idea—. La compartí porque es un Maestro.

Sacudió la cabeza y volvió al dormitorio.

Inesperadamente, Terisa se dio cuenta de que no podía concentrarse en el desayuno. La franqueza de la doncella la inquietaba. Le hacía recordar que no sabía casi nada acerca de los hombres..., acerca de las cosas que les hacen a las mujeres; acerca de lo que les gusta. Nunca había sido un objeto de deseo o ternura.

Apartó la bandeja a un lado, se dirigió al cuarto de baño e hizo todo el uso que fue capaz de soportar del jabón y el agua fría. Luego, con la piel hormigueando debajo de sus ropas, se reunió con Saddith frente a los armarios para buscar un atuendo adecuado.

Al parecer por casualidad, Saddith eligió el armario que no contenía la silla bloqueando sus paneles traseros. Casi de inmediato eligió un vestido violeta sencillo pero llamativo que parecía lo bastante largo como para barrer el suelo.

Dudosa, Terisa dijo:

—No estoy segura de poder llevar este color. ¿No sería mejor si simplemente

usara mis propias ropas?

—Por supuesto que no, mi dama —respondió Saddith, firme pero amablemente—. No sé cómo están consideradas esas cosas allá de donde vienes, pero aquí resulta evidente que tus ropas no encajan. Tampoco desearás insultar a dama Myste, que ha sido muy generosa. Mira. —Colocó el vestido delante de Terisa—. No es el mejor de todos los colores para tus ojos —comentó analíticamente—, pero encaja con tu piel. Y acentúa con gran ventaja tu cabello. ¿Quieres probártelo?

Sintiéndose de inmediato un poco excitada y algo estúpida, Terisa se encogió de hombros.

Saddith le mostró la serie de corchetes que cerraban el vestido por la parte de la espalda. Entonces Terisa se quitó su manto y se pasó el pesado vestido escarlata por encima de la cabeza. Le iba un poco justo; la anterior observación de Saddith de que dama Myste «no tiene algunas de tus virtudes» parecía significar que tenía los pechos más pequeños, los cuales, por otra parte, quedaban generosamente realzados por la línea del ceñido escote del vestido. Pero era cálido. Y parecía halagador de una forma que Terisa no podía definir.

Deseaba un espejo. Quería verse a sí misma. La expresión en los ojos de Saddith —medio aprobación, medio evaluadora inseguridad, como si Terisa pareciera ahora más atractiva de lo que la doncella había pretendido—, significaba algo, pero no tenía el mismo efecto que un espejo.

Para los pies de Terisa, Saddith escogió un par de borceguíes ribeteados de piel con firmes suelas. No encajaban exactamente con el vestido; pero también eran cálidos, y el vestido era lo bastante largo como para ocultarlos.

Estaba empezando a darle las gracias a la doncella cuando oyó otra llamada a la puerta.

Saddith fue a responder. Terisa la siguió más lentamente.

La puerta se abrió para revelar a Geraden al otro lado.

Había una expresión fruncida y pálida en torno a su boca y ojos; dos brillantes manchas rojas punteaban sus mejillas, como embarazo o temeridad agravados por la fiebre. A primera vista su aspecto parecía miserable: debía haber pasado una mala noche. Pero, cuando vio a Terisa, su rostro se hendió en aquella desvalida y feliz sonrisa que recordaba de su primer encuentro.

La miró durante un largo momento; y ella le devolvió la mirada; y él sonrió como un cachorrillo enamorado. Luego carraspeó.

—Mi dama, tienes un aspecto maravilloso.

La reacción de ella fue más compleja. Le alegraba verle: en parte porque, como Saddith, el Adepto Havelock y los demás, había vuelto, demostrando su capacidad para una existencia continuada; en parte porque creía que ella le gustaba (era difícil estar segura porque tenía tan poca experiencia); en parte porque era una de las pocas

personas allí que parecían preocuparse acerca de lo que ella pensaba o sentía. Se notó inmediatamente inquieta por su apariencia de aflicción. Y por su presencia al otro lado de su puerta. El Rey Joyse no sólo le había ordenado al Apr que no respondiera a sus preguntas: también le había dicho: *No tendrás más razón para ver o hablar con dama Terisa*. Geraden había demostrado ya que era leal a su Rey..., y sin embargo estaba allí, en directa desobediencia.

Y nadie le había dicho nunca antes que su aspecto era maravilloso.

Enrojeció, y al darse cuenta de ello enrojeció aún más. Con un gesto hacia su vestido dijo:

—Tengo la sensación como si fuera a un baile de disfraces.

Mirando primero a Terisa, luego a Geraden, luego de nuevo a Terisa, Saddith dejó escapar una pequeña risita.

—¿Qué es un baile de disfraces, mi dama? —preguntó para disimular su regocijo. Terisa intentó controlar su confusión.

—Es una fiesta donde la gente se viste con ropas extravagantes y finge ser alguien que no es en realidad.

Por alguna razón, su respuesta trajo la tensión de vuelta a los ojos de Geraden.

—Oh, mi dama —dijo de inmediato Saddith, como si ésa fuera la reacción que se esperaba de ella—, tiene que ser enormemente divertido. Pero, si me disculpas, devolveré tus bandejas a las cocinas. Por favor, llámame siempre que me necesites. Si no llamas antes de ello, vendré cuando dama Elega o dama Myste pidan verte.

»En cuanto a ti, Apr Geraden —dijo con tono de amable regocijo, mientras reunía los platos y los llevaba hasta la puerta—, un consejo amistoso. Las mujeres no suelen admirar a los hombres que permanecen delante de ellas con la boca abierta.

Abandonó riendo la habitación y cerró la puerta con el pie.

Pero Geraden ignoró la salida de Saddith. Miraba a Terisa con una intensidad que igualaba el color de sus mejillas. Preguntó en voz muy baja:

—¿Estás fingiendo ser alguien que no eres, mi dama? ¿Qué es lo que pretendes?

Ella apartó la cabeza para desviar su mirada.

—Creí haberte dicho que me llamaras Terisa. —Aquello era absurdo. ¿Por qué se sentía tan excitada? ¿Y por qué le hacía él aquellas estúpidas preguntas, cuando debía estar corriendo el peligro de recibir un serio castigo por desafiar al Rey?—. No estoy fingiendo nada. Simplemente llevo este vestido porque dama Myste me lo ofreció y Saddith dijo que se sentiría insultada si lo rechazaba.

Entonces se enfrentó a él.

—Geraden, ¿qué estás haciendo aquí? El Rey Joyse te dijo que no me vieras. Vas a tener problemas.

Ante aquello, una apenada sonrisa hizo que la boca del joven se frunciera.

—Ya tengo problemas. Y no es probable que se vuelvan peores.

»Has conocido al Rey Joyse. Estos días, ya no castiga a nadie. No creo que tenga valor para ello. O quizá ya nada le importe demasiado. Lo peor que puede hacer es ponerme en manos del Castellano Lebbick. —Geraden suspiró—. Supongo que Lebbick es un buen hombre. Artagel dice que lo es. Pero no es exactamente gentil. Y ya se ha echado sobre mí. Porque les pedí a Ribuld y Argus que te protegieran. —Aquella era la mente de su aflicción: el Castellano Lebbick debía haber retumbado sobre él—. Pasó la mitad de la noche en ello. Yo no dejé de disculparme, pese a que ambos sabíamos que yo tenía razón.

Bruscamente, se encogió de hombros.

—Al menos, ya no le tengo miedo. Después de esta noche, todo lo que puede hacer es encerrarme. Pero no es probable que le haga eso al hijo del Domne..., no sin una mejor razón. —Dejó que las tensas arrugas de su rostro se relajaran lentamente, y su sonrisa se hizo más amplia—. Por un tiempo, al menos, no tengo nada de qué preocuparme.

Terisa sintió que se le encogía el corazón; podía adivinar lo que significaba ser reprendido por el Castellano.

—Pero, ¿por qué? —preguntó—. ¿Por qué te hizo eso? ¿Qué cree que hiciste mal?

—Bueno —meditó Geraden—, supongo que tiene razón en ello. Quiere saber por qué creía que podías ser atacada, cuando al parecer la idea no se le ocurrió a nadie más en Orison. Es su trabajo saber todo lo que ocurre aquí. ¿Qué es lo que yo sé que él no?

—¿Qué le dijiste?

Bufó suavemente.

—La verdad. Mordant se halla sitiado por la Imagería. El Rey Joyse no deja que la Cofradía luche..., pero, aunque lo hiciera, los Imageros se hallan tan divididos que posiblemente no serían capaces de realizar nada. Cadwal y Alend están ansiando una ocasión de atacarnos. Y, mientras tanto, el Rey ha empezado a actuar como un hombre que se ha dejado la cabeza en la otra habitación. ¿Quién en su sano juicio *no* desearía mantener custodiado a alguien tan importante como tú?

El Apr exhibió de nuevo una torcida sonrisa.

—Al Castellano Lebbick no le gustó nada cuando le dije todo eso.

Estaba mostrando una actitud serena, pero su rostro aún parecía tan pálido como la cera en torno a las manchas de color en sus mejillas. Terisa dijo, con el deseo de confortarle:

—Puedo imaginar lo que debió ser. Estuvo aquí un momento ayer por la noche. Una vez todo hubo terminado.

—Lo sé. —Sin transición, su expresión se volvió apática, casi melancólica—. Eso fue otra cosa que deseaba que yo le explicara. ¿Cómo conseguiste salvarte, después



de que tanto Argus como Ribuld fueran derrotados? ¿Y por qué no respondiste a la pregunta cuando él te la formuló?

»También tiene razón en ello, mi dama. —Empezó a caminar frente a Terisa, sin mirarla—. Ni siquiera Artagel podría derrotar a Argus y Ribuld juntos. Puede que por su aspecto no lo parezcan, pero en realidad son muy buenos. Y tú te libraste por ti sola de un hombre que los venció a ambos. ¿Tienes alguna idea del tipo de conclusión que habrá extraído Lebbick de ello?

—No —jadeó ella—. No tengo la menor idea respecto a nada de lo que dices.

—Bueno, te lo explicaré. Cree que te hallas confabulada con ese hombre. O mejor, que ese hombre se halla confabulado contigo. Se abrió camino hasta aquí dentro por la fuerza para encontrarse contigo por alguna razón..., quizá para transmitirte un mensaje, o para hacerte saber qué preparativos se han hecho por parte de tus aliados. Pero ni siquiera es necesario ir tan lejos. Quizá *no seáis* aliados. Pero te libraste de él sin sufrir ningún daño. Eso requirió *poder*. —La misma noción pareció ofenderle al punto de la náusea—. Intenté decirle que era imposible. Quería protegerte. Pero cuando lo examinas a fondo... —Dejó de pasear arriba y abajo y se detuvo frente a ella, con ojos turbados—. No tengo ninguna razón para creer que sea imposible. Excepto que tú no dejas de afirmarlo.

—¿Qué quieres decir? —protestó Terisa—. Por supuesto que es imposible. —Ella sólo había querido mostrarse conmisericordiosa con él; no había pretendido admitir nada que pudiera forzarla a traicionar al Adepto Havelock y al Maestro Quillon—. No sé nada acerca de Imagería, ni de Mordant, ni de... —Vio de nuevo en su mente una loca sonrisa, tan afilada como el odio, y una nariz como la hoja de una hachuela, y unos ojos amarillos—, de ese hombre que intentó matarme.

—Mi dama —contraatacó él—, ¡te hallé en una habitación llena de espejos! Y era una habitación donde ninguna traslación conocida hubiera podido llevarme..., a menos que fueras tú quien hiciera la traslación. Estabas sentada en una silla justo delante del cristal, y me estabas mirando, concentrándote en mí. Creí incluso poder sentir que me llamabas.

»Mi dama —repitió con tono miserable y suplicante—, quiero creerte. Quiero confiar en ti. Pero no sé cómo.

Terisa no tenía mucho tiempo para ajustarse a las nuevas reglas y emociones de su situación; la absoluta seriedad de la reacción de Geraden la tomó por sorpresa. No estaba preparada para la forma en que se sintió afectada, no por su argumentación, sino por su aflicción.

—Lo siento. No sabía que sintieras así al respecto. Ven aquí.

Se dio la vuelta y se dirigió con paso rápido al dormitorio, hacia el armario con la puerta oculta.

Seguía sin intención de traicionar al Adepto Havelock y al Maestro Quillon. No

tenía forma alguna de evaluar ninguna de las facciones conflictivas o exigentes con las que ya se había enfrentado en Orison, no tenía forma alguna de saber en qué lado podía desear realmente estar. Pero lo que Havelock y Quillon habían hecho por ella era mejor que el tratamiento que había recibido de la Cofradía o del Rey, y no pensaba pagar la amabilidad con la delación.

Cuando Geraden se reunió con ella, abrió el armario y le mostró la silla que había encajado allí. Luego la retiró para dejarle ver la puerta secreta.

—Oh —dijo él, incómodo—. Te dieron uno de esos.

—No sabía que estaba aquí cuando me adjudicaron estos aposentos —empezó a decir ella—. Pero, en mitad de la noche... —Tragó saliva convulsivamente, esperando ser capaz de decir lo suficiente sin decir demasiado—, el Adepto Havelock entró por esta puerta. No creo que deseara asustarme, pero se puso a hablar del brinco y... —dudó un instante—, y de lascivia hasta que sentí deseos de gritar. Y estaba aquí cuando ese hombre atacó. Y el Adepto Havelock tenía una pieza de espejo que arrojaba una intensa luz. Cuando ese hombre hubo acabado con Argus y Ribuld, vino hacia mí. Pero el Adepto Havelock hizo brillar la luz en sus ojos. Quedó cegado. Tuvo que olvidarme y retirarse.

Se enfrentó al asombro de Geraden de la mejor manera que pudo.

—Probablemente hubiera debido decirle algo de esto al Castellano. Realmente, no quería ponerte en dificultades. Pero el Adepto Havelock me salvó. Y parecía desear que yo mantuviera en secreto lo que había hecho. Cuando me di cuenta de que Argus y Ribuld no le habían visto, decidí no decirle a nadie que él estaba aquí.

Entonces, cambiando bruscamente de tema, prosiguió:

—Y no soy una Imagera. Donde me encontraste, los espejos no hacen lo que hacen aquí. —No estaba dispuesta a sufrir el azaramiento de intentar explicarle por qué había decorado su apartamento con espejos, pero tenía preparado otro argumento—. Cuando llegaste a mi habitación, debiste darte cuenta de los cristales rotos. Estaban por toda la moqueta. Tú incluso tenías algunos en tu pelo.

»Tú hiciste eso.

Él abrió mucho la boca.

—¿Yo?

—Dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo —recitó ella—. Tu traslación te llevó al mismo espacio que ocupaba mi espejo. Si yo intentaba trasladarte, entonces mi acción fue un fracaso. El cristal quedó roto, arruinado, de modo que yo no sería capaz de enviarte a ti de vuelta o de ir contigo. Pero el cristal no es así allá de donde vengo. No hay nada mágico en él. Cuando tú llegaste, simplemente se rompió.

»¿Te das cuenta? Te estoy diciendo la verdad. La traslación fue desde tu lado. Te he estado diciendo la verdad durante todo el tiempo.

Durante un largo momento, él permaneció con el ceño intensamente fruncido mientras absorbía lo que ella acababa de decir. Luego, lentamente, empezando en su boca y subiendo lentamente hasta sus ojos, una sonrisa iluminó su rostro.

—Por supuesto —jadeó, irradiando maravilla hacia ella—. No hubiera debido ponerte en duda. Claro que vi los cristales rotos. ¿Por qué no pensé...? —su aflicción pareció disolverse con cada frase, y el peso de la preocupación se hizo más ligero—. Hubiera debido darme cuenta por mí mismo.

Exuberante por el alivio, apoyó las manos en los hombros de ella y se acercó para darle un beso en la mejilla. Pero su entusiasmo le hizo perder el equilibrio; falló en su intento, y se golpeó el pómulo contra el de ella.

—Oh, lo siento, lo siento —balbuceó, con inmediato pesar.

Retrocedió, agitó ambas manos como para asegurarle que no había pretendido hacerle ningún daño—. Lo siento, mi dama. Por favor, perdóname. —Entonces se llevó una mano a la boca—. Oh, siempre lo estropeo todo. Creo que me mordí la lengua.

Terisa se frotó el pómulo; el golpe la había sobresaltado más que dolido. Secretamente, deseó que él intentara besarla de nuevo. Sin embargo, se sentía tan perdida como él. Lo mejor que pudo hacer fue decirle con burlona severidad:

—Apr Geraden, si no empiezas a llamarme Terisa ahora mismo, le diré al Castellano Lebbick que forzaste tu entrada a mis aposentos e intentaste dejarme inconsciente de un golpe.

Él se echó a reír ante aquello. Su risa era fuerte y limpia, y borró de ella la mayor parte del pesar.

—Mi dama —dijo finalmente—, nunca he llamado a una mujer como tú por su nombre de pila en toda mi vida. Tengo al menos tres hermanos que siguen considerándome lo suficientemente joven como para darme una azotaina..., y estoy seguro de que intentarían dárme la si me oyeran llamarte cualquier cosa excepto «mi dama», no importa lo mal que tú me trataras. Sé paciente. Es probable que puedas decir que aún tengo mucho que aprender.

Ella también tenía mucho que aprender. Pero sabía lo suficiente como para decir:

—Lo intentaré —y le sonrió como si supiera mucho más.

Se sintió aliviada al ver que él parecía más feliz..., y al ver que había escapado tan fácilmente del tema de Havelock.

Por un momento él permaneció de pie allí, mirándola en silencio, gozando con lo que veía: su sonrisa, la forma en que caía su pelo contra la tela escarlata sobre sus hombros. Luego agitó la cabeza y se recompuso. Pasó una mano semiconsciente por su pelo, se tocó el pómulo y dijo:

—En realidad, no tengo ninguna razón oficial para estar aquí. Simplemente se suponía que debía enviarte un mensaje, y aunque tal vez sea discutible el que te lo

entregue personalmente, puedo argumentarlo. Si alguien pregunta, por eso vine.

»La Cofradía desea que sepas que no tienes que asistir a su reunión de hoy. Es una forma educada de decirte que no eres invitada. Quieren hablar de ti, y no desean —hizo una mueca divertida— verse cohibidos por tu presencia mientras lo hacen.

»De hecho, yo tampoco estoy invitado. No quieren tener que pasar toda la reunión discutiendo con un simple Apr.

Mientras hablaba, su tono y su actitud se hicieron más serios. Cuando hizo una pausa fue con un aire de vacilación, como si no estuviera seguro de cómo reaccionaría ella a lo que deseaba decir.

—Mi dama —murmuró lentamente—, estoy desobedeciendo ya al Rey, como muy bien señalaste. Y, realmente, no creo que pueda meterme en más problemas. Así que creo que —su mirada descendió hasta el suelo como, si se estuviera obligando a no mirarla—, puesto que todos los Maestros se hallarán en su reunión, y no es probable que nadie más nos detenga... —involuntariamente, sus ojos se alzaron de nuevo hasta los de ella, y vio tensión y expectación en sus pupilas—, podría intentar responder a algunas de tus preguntas mostrándote el laborium. Allá es donde se guardan los espejos de la Cofradía.

Su audacia la hizo contener el aliento. Era peligroso burlar la autoridad: sabía muy íntimamente aquello. La gente que desobedecía era castigada. Se obligó a expulsar el aire de su pecho y preguntó:

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —Luego, dándose cuenta de su aparente ingratitud, añadió—: Quiero decir, es demasiado. Demasiada gente está ya furiosa contigo. Si haces eso por mí...

Se detuvo.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —dijo él. Su franco rostro proyectó una sobria intensidad que sugería que no estaba haciendo el ofrecimiento a la ligera..., que había pensado en todas sus implicaciones mucho más claramente que ella—. Empecé a pensar en ello cuando el Rey Joyse hizo interrumpir la búsqueda. Si ni siquiera puede ser molestado para permitir que sus guardias encuentren a un hombre que te atacó... —Su voz se desvaneció en un incómodo encogimiento de hombros. Ella vio en sus rasgos lo profundamente que le había decepcionado el Rey—. De todos modos, no es tan peligroso como parece. Después de todo, no estoy ofreciendo proporcionarte el tipo de información que podrías utilizar..., si fueras un enemigo de Mordant. Si eres una Imagera, ya estarás familiarizada con todo lo que pueda mostrarte. Y si no lo eres, no serás capaz de hacer nada con lo que averigües.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque te lo debo. Soy quien te trajo aquí. Si eres la persona equivocada, o aunque seas la persona *correcta* pero no desees ayudarnos, es responsabilidad mía devolverte allá de donde viniste. Quiero que comprendas lo suficiente acerca de la

Imagería como para saber lo que significa.

Se detuvo, hizo acopio de todo su valor y prosiguió:

—Pero eso no es todo. Aunque desees volver..., y yo deseo llevarte de vuelta, los Maestros no lo permitirán. Aunque decidan que eres realmente la persona equivocada, no podrán ignorar la importancia de lo que representas. No te dejarán marchar.

»Ahora —dijo cuidadosamente—, mientras ellos están reunidos, puede que sea nuestra única posibilidad de alcanzar el espejo correcto e intentar devolverte a casa.

»No quiero que te vayas —añadió inmediatamente—. Creo que eres exactamente la persona que necesitamos. No sé cómo ni por qué, pero lo eres. Si deseas irte, te suplicaré que te quedes. Pero —suspiró— tienes derecho a irte, si quieres. Sería inmoral retenerte aquí contra tu voluntad.

La sorprendió. La cuestión de si le resultaría posible regresar a su apartamento, a su trabajo en la misión, a sus infrecuentes cenas con su padre, no le había parecido particularmente sustancial. Otros asuntos habían dominado su atención. Pero, detrás de la relativamente tentativa superficie de su ofrecimiento, Geraden le estaba preguntando algo fundamental.

Bajó la vista hacia su vestido, hacia la intensa tela escarlata contra su piel y al ceñido escote. ¿Ya?, protestó. Es demasiado pronto. No estoy preparada.

Sin embargo, el riesgo que él estaba dispuesto a correr en nombre del *derecho* de ella exigía una respuesta distinta.

—Iré contigo —dijo, aunque su pulso era intenso en su garganta y sentía la cabeza ligera—. Puede que sea una buena idea saber cuáles son mis elecciones.

Geraden sonrió desoladamente.

—En ese caso, es mejor que vayamos ahora. Si nos retrasamos, puede que perdamos nuestra oportunidad. No hay forma de decir exactamente cuánto durará esta reunión.

Terisa deseó poder sostenerse en su brazo para afirmar su equilibrio. Tuvo una imagen mental de mujeres vestidas con ropas semejantes sujetándose a los brazos de fuertes jóvenes y con aspecto feliz, sintiéndose apoyadas y seguras. Pero él le hizo un educado gesto de que le precediera; ella inclinó la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Él abrió la hoja por ella, luego la cerró a sus espaldas. Fuera, saludó a los guardias por su nombre, y éstos le respondieron en un tono de amistosa conmiseración, como si lo supieran todo de su prueba con el Castellano. Pero no hicieron ningún gesto de seguirles.

Terisa se detuvo vacilante, sintiendo que el miedo volvía ella, y les miró por encima del hombro.

—No te preocupes —respondió Geraden a su preocupación—. Nadie va a atacarte en Orison a plena luz del día. —Sobre aquel punto parecía confiado—. Nadie

se atreverá.

Ella deseaba preguntarle cómo podía estar seguro. Pero éste era su mundo, no el de ella. Debía confiar en lo que él le había dicho.

Se dirigió cuidadosamente hacia las escaleras.

Durante un tiempo, ella y Geraden no hablaron. Mientras él la guiaba a través de los pasillos y corredores, Terisa creyó reconocer el camino que Saddith había utilizado el día anterior. Basándose en lo que había visto desde sus ventanas, supuso que el destino de Geraden se hallaba en el lado opuesto de enorme rectángulo abierto que era Orison: para alcanzarlo sin tener que atravesar el lodo y la nieve del patio, debía llevarla siguiendo todo el perímetro. De nuevo encontraron buen número de hombres y mujeres de todo rango. Pero ahora, en vez de mirar a Terisa, se apartaban deferentemente de ella e inclinaban con respeto la cabeza, como si sus ropas la señalaran como una gran dama a la que no conocían.

Cada saludo la hacía sentirse más cohibida. No estaba acostumbrada a que la gente reparara en ella de aquel modo. Para distraerse, le preguntó a Geraden si los asesinos solían vagabundear por Orison durante la noche.

—En realidad no. —Sensible al tono de su pregunta, la enfocó humorísticamente—. No es común, en absoluto. Si lo fuera, el Castellano Lebbick estaría subido por las paredes. Se toma sus deberes *muy* en serio.

—Entonces, ¿por qué el Rey Joyse ordenó cesar la búsqueda ayer por la noche? —Mientras hablaba, recordó lo extraña de las órdenes que habían sido transmitidas a Lebbick: Al Rey *no le gustan todas esas carreras por ahí en mitad de la noche*. Y sin embargo, sabía exactamente lo que debía esperar de su Castellano..., y había pensado lo suficiente en Terisa como para protegerla del celo de Lebbick—. Me dio la impresión de que los ataques eran algo que ocurría constantemente..., que no valían la molestia de intentar una persecución.

Geraden agitó la cabeza una sola vez, con el ceño fruncido.

—Orison *siempre* ha estado seguro..., desde que el Rey Joyse conquistó el Demesne. Yo hubiera esperado que llamara a toda la guardia, en vez de dejar que ese hombre escapara. —Un momento más tarde, sin embargo, admitió—: Pero éste es un lugar imposible donde buscar. Tiene demasiadas habitaciones. No creo que nadie sepa cómo están todas interconectadas. Y, luego, también hay los pasadizos secretos. Si conocía algún lugar por donde meterse, se hubiera necesitado un milagro para encontrarle.

¿Incluso después de que Havelock lo cegara?, se preguntó ella. Pero no formuló en voz alta la pregunta.

—Lo que me *gustaría* saber —dijo Geraden después de meditar preocupadamente unos instantes— es: ¿Cómo supo dónde encontrarte?

Aquello era algo que a Terisa no se le había ocurrido.

—¿Cómo me encontraron Argus y Ribuld?

—No es lo mismo. Ellos sabían que habría sido adjudicado alguien a tu servicio, de modo que preguntaron entre las doncellas hasta que supieron que Saddith se había ofrecido voluntaria. Entonces todo lo que tuvieron que hacer fue localizarla. Nadie estaba intentando mantener en secreto dónde estabas. Pero, ¿cómo supo *él* dónde era? Es un asesino oculto en Orison. ¿Con quién podía hablar? Tuvo que haber hablado con alguien. Debió hacerlo. —Más lentamente, dijo—: Tiene un aliado viviendo aquí. Alguien que puede hacer preguntas sin que nadie sospeche. O de lo contrario...

—¿O de lo contrario?

Empezaron a bajar una escalera hacia un nivel inferior, cruzaron la base de una de las torres, y siguieron rodeando el patio.

—O de lo contrario —dijo él con voz raspante—, es alguien del propio Orison. Vive aquí como los demás..., y presumiblemente sirve al Rey, o hace como que sirve al Rey..., y luego, por la noche, se desliza de un lado para otro en sus intentos asesinos. Incluso tal vez sea alguien a quien yo conozca.

—¿Es posible eso?

Él se encogió rígidamente de hombros.

—Orison es un lugar grande. Y está abierto todo el tiempo en especial a cualquiera que viva en el Demesne. Nadie le sigue el rastro a toda la gente que hay por aquí. Aunque el Castellano Lebbick lo intenta, por supuesto. —Sus pensamientos estaba en otro lado—. Mi dama, será mejor que mantengas los ojos abiertos. Si ves a alguien que se parezca a él, comunícalo inmediatamente.

Asustada por la perspectiva, Terisa dedicó unos cuantos minutos a escrutar atentamente cada rostro que veía buscando signos de ojos amarillos y mejillas llenas de cicatrices y violencia. Pero, poco a poco, se dijo a sí misma que debí calmarse. El hombre sería un estúpido si se dejaba ver en lugares donde ella pudiera encontrarle. Y, si lo hacía, ella no tendría que hacer ningún esfuerzo especial para reconocerle. Podía verle de nuevo, en cualquier momento que deseara, con sólo cerrar los ojos.

Luego, otra escalera les condujo hacia abajo hasta el enorme salón vacío, la sala de baile en desuso que habían cruzado el día antes. Había varias entradas al salón; pero reconoció el corredor que conducía a la sala de reuniones de la Cofradía.

El aire se hizo más frío.

—En los viejos días —comentó Geraden mientras la guiaba por el corredor—, antes de que el Rey Joyse unificara Mordant y antes de que Orison fuera construido tan grande como es ahora, esto eran las mazmorras. Por aquel entonces, la mitad de cada castillo debía ser mazmorras. Pero el Rey Joyse entregó todas las cámaras de tortura, la mayor parte de las celdas: y un salón que acostumbraba a ser una especie de sala de guardia, a la Cofradía. Todo ese espacio se convirtió en el laborium. —Había una nota de orgullo en su voz—. Has visto la vieja sala de interrogatorios. Ahí es

donde los Maestros celebran sus reuniones. Nos mantendremos alejados de ella.

Terisa recordaba la escalera descendente; pero rápidamente se sintió perdida entre las puertas y giros que siguieron. No tenía la menor idea de dónde estaban cuando él abrió otra de aquellas recias puertas reforzadas con hierro que caracterizaban las mazmorras, y un resplandor de luz y calor acudió a su encuentro.

Aquella debía ser la sala de guardia: parecía lo suficientemente amplia como para albergar a un centenar de personas durmiendo. Ahora, sin embargo, no contenía ninguna cama. En vez de ello, estaba ocupada por dos grandes y rugientes hornos contruidos como hornos de cuba; la leña para el fuego estaba apilada en hileras; había montones de arena finamente tamizada; sacos de cal y potasa; conducciones de piedra y moldes de diversas formas pulidos hasta conseguir una lisura metálica; bancos de trabajo equipados con balanzas, botes, fuegos pequeños, retortas; bandejas de hierro y rodillos de arcana función; y estantería tras estantería fijadas a las paredes y cargadas con todo tipo y número de jarras de cerámica en una plétora de tamaños y colores.

Trabajando en la habitación había varios hombres jóvenes vestidos como Geraden: atendían los hornos, pulían piezas de piedra, medían y volvían a medir pequeñas cantidades de polvos de las jarras, limpiaban toda la suciedad que creaban y generalmente sudaban ante el calor. Uno de ellos les vio y saludó con la mano. Geraden le devolvió el saludo, luego cerró la puerta, sellando el ruido y el fuego de la sala que había brotado al corredor.

—No desearás entrar aquí dentro —dijo—. Arruinaría tu traje. Pero ahí es donde hacemos el cristal para nuestros espejos. Los Aprs realizan la mayor parte de su trabajo aquí. Si un muchacho desea ser Imagero, pero no tiene el poder para ello en su sangre, su incapacidad se muestra generalmente aquí, antes de que los Maestros le enseñen ninguno de sus auténticos secretos. Los que empiezan efectúan las tareas más serviles, como mantener los hornos a una temperatura constante. Los más adelantados aprenden a mezclar tintes y a preparar moldes.

—¿Es eso lo que tú haces cuando no estás desobedeciendo al Rey?

Él hizo una mueca, luego la convirtió en una irónica sonrisa.

—Lo era. La ventaja de ser mayor que todos los demás Aprs es que sé ya todo lo que a ellos se les enseña. Lo único que ocurre es que no parece que haga nada a derechas. Así que ahora soy una especie de sirviente formal de los Maestros. Normalmente asisto a todas las reuniones, no porque a ellos les importe lo que yo pienso, sino porque puedo realizar encargos, llevar mensajes, cosas así. No confían en mí para que lleve cristal. —Terisa creyó captar un tono de tristeza detrás de su sonrisa—, así que eso lo hacen ellos mismos.

Sin embargo, no se permitió ensimismarse en las consecuencias de su instinto natural para la torpeza.



—Vamos —dijo con voz alegre—. Quiero mostrarte algunos espejos.

Tocó su brazo; y de nuevo ella deseó sujetarse a él, en busca de ánimo y apoyo. La excitación que parecía sentir él ante la perspectiva de los espejos la afectaba de una forma extraña: la hacía desear demorarse..., la volvía reluctante a enfrentarse a un riesgo que podía ser más peligroso que cualquier otro de los que conocían.

—¿Qué es lo que hacen los Maestros? —preguntó débilmente.

—Sobre todo investigación. —Sus ojos escrutaron el camino que se abría ante ellos y destellaron—. Se supone que están buscando pruebas de que las Imágenes tienen o no tienen realmente una realidad independiente. Pero algunos de ellos prefieren más imaginar cómo predecir qué Imagen mostrará una configuración y un color particulares de un cristal. La mayor parte de la investigación se hace simplemente por el método de tanteo. Desgraciadamente, la Cofradía no ha demostrado ser mucho mejor en las predicciones que en las pruebas. Como una meta más alcanzable, los Imageros como el Maestro Barsonage están intentando determinar hasta qué punto tiene que variar un espejo con respecto a otro antes de que muestre una Imagen completamente desconectada.

»Pero la Cofradía se dedica también a la investigación práctica. Eso también fue idea del Rey Joyse. Deseaba que la Imagería fuera útil para algo además que para la guerra y la ruina. No hace tanto tiempo se hicieron algunos progresos importantes... —Geraden tragó saliva, frunció el ceño para sí mismo y admitió—: En realidad, el Maestro Eremis los hizo. Modeló un cristal que muestra una Imagen donde no parece ocurrir nada excepto llover. Nada en absoluto. La Cofradía comprobó el agua, y era potable. Así que ahora tenemos una buena solución local para la sequía. Ese espejo puede ser llevado a cualquier lugar donde las cosechas se estén agostando y proporcionarles el agua que necesitan. —Siendo honesto con un hombre que no le gustaba, el Apr dictaminó—: Fue un gran descubrimiento.

»Más recientemente, por supuesto —añadió, aún con menor entusiasmo—, hemos pasado la mayor parte de nuestro tiempo preocupándonos por el colapso del Rey Joyse.

Quizá para librarse de pensamientos incómodos, guió con paso rápido a Terisa hacia delante.

Al fondo del corredor, junto a la intersección con un pasillo, llegaron a una pesada puerta como la de una celda. El paso de Terisa vaciló; la puerta estaba custodiada. Pero Geraden le dirigió una sonrisa tranquilizadora, saludó casualmente a los guardias, y uno de ellos saludó apreciativamente a la dama del traje escarlata mientras el otro abría la puerta, dejándoles entrar a ella y a Geraden a una pequeña y bien iluminada habitación como una antesala, con entradas en las enormes paredes que conducían a otras habitación.

—Esto eran celdas —explicó Geraden—, pero los Maestros las hicieron

reconstruir para tener un lugar donde pudieran ser exhibidos los espejos..., y protegidos.

Cuando los guardias hubieron cerrado la puerta tras él, Terisa susurró:

—¿Por qué no nos han detenido?

Él sonrió.

—Es un asunto de protocolo: el laborium se halla bajo el mando de la Cofradía. El Maestro Barsonage no dio órdenes de mantenernos alejados de aquí porque nunca se le ocurrió que pudiera traerte hasta este lugar.

»Vamos.

Su excitación aumentaba. Se volvió para conducirla a través de la entrada más próxima, y su pie pisó el largo dobladillo de su vestido, y cayó hacia la pared, como si intentara despanzurrarse los sesos contra la piedra.

En el último instante, sin embargo, consiguió convertir su caída en un giro. Golpeó la pared con el hombro con un audible impacto; pero esto no le impidió saltar de nuevo inmediatamente en pie..., disculpándose profusamente.

—No te preocupes por mí —dijo ella suavemente, expresando preocupación para evitar echarse a reír—. ¿Estás bien? El joven se irguió con un esfuerzo.

—Mi dama, si me hiciera daño cada vez que hago algo estúpido, habría muerto antes de cumplir los cinco años. Esto es lo peor de ser un desastre así —continuó a regañadientes—. Causo todo tipo de daños a todo y a todos los que me rodean, pero nunca me hago daño a mí mismo. No parece justo.

Por un momento, ella no pudo evitar echarse a reír. Luego se tragó su risa.

—Bueno, a mí no me has hecho ningún daño. Me alegro que tú tampoco te lo hayas hecho.

Él la miró como si su visión le hiciera olvidar por qué estaban allí.

—Gracias, mi dama —dijo, suave e intensamente. Pero recobró de inmediato su compostura.

—Probémoslo de nuevo. —Con elaborado cuidado, se apartó de ella y cruzó la entrada más próxima hacia la sala que había al otro lado.

Terisa le siguió, y se halló en una estancia que había sido ampliada uniendo tres o cuatro de las celdas. La luz procedió de un buen número de lámparas de aceite que no producían humo. Aparte las lámparas, sin embargo, y los esbeltos pedestales que las sostenían, la estancia no contenía nada —ninguna decoración en las paredes, ninguna alfombra en el suelo— excepto tres objetos altos ocultos bajo ricas cubiertas de satén.

Alegremente, Geraden tiró de la primera de las cubiertas, dejando a la vista un espejo.

Como el único otro espejo que Terisa había visto en Orison —el que la había traído hasta allí—, éste era casi tan alto como ella; el cristal no era completamente plano ni completamente transparente, y no era perfectamente rectangular; estaba

sujeto a un marco de madera hermosamente pulida que le proporcionaba una segura base sobre el suelo, que le permitía sin embargo ser inclinado hacia uno u otro lado y hacia arriba o hacia abajo.

Además, el espejo no reflejaba nada de la piedra o las lámparas que tenía enfrente. Ni siquiera mostraba a Geraden.

Lo que mostraba era un insondable paisaje marino bajo un brillante sol. Por un instante, Terisa tuvo la convicción de que la Imagen era simplemente una pintura brillantemente realizada para crear la ilusión de tres dimensiones. Pero las olas del mar se movían. Rodaban hacia ella desde la distancia hasta llegar demasiado cerca para poder seguir siendo vistas. Pequeñas crestas de espuma remataban las olas y se disolvían ante sus ojos.

La Imagen era tan real que hizo que su estómago se contrajera.

—El Maestro Barsonage lo modeló hace varios años —explicó Geraden—. Es el tipo de espejo sobre el que el Rey Joyse desea que se concentre la Cofradía. Algo útil, práctico. El Maestro Barsonage estuvo buscando un mundo de agua..., una Imagen que Mordant pudiera utilizar en caso de sequía. O de incendio. La historia es que extrapolo este cristal de un espejo más pequeño que el Adepto Havelock tuvo en una ocasión. Si eso es cierto, es un logro sorprendente..., reproducir con exactitud cada inflexión de curva y color y forma a una escala tan distinta. —Recorrió con los dedos el borde del marco, en un acariciante gesto de admiración. Mientras volvía a cubrir el espejo, añadió—: Desgraciadamente, el agua tiene demasiada sal para nuestro suelo y cosechas.

Terisa agitó la cabeza con mareado asombro, como si su cerebro estuviera algo suelto dentro de su cráneo, y le siguió a la siguiente estancia.

Era aproximadamente del mismo tamaño que la que acababan de abandonar. Estaba iluminada de una forma similar, con lámparas montadas sobre pedestales. Pero contenía cuatro espejos en vez de tres, cubiertos por satén.

—No pretendo darte ninguna conferencia —estaba diciendo Geraden—. Si eres realmente una Imagera, te aburriré. Y si no lo eres, simplemente te confundiré. Fréname si me lanzo demasiado.

Ella meditó unos instantes, luego seleccionó un espejo.

Cuando él lo destapó, la muchacha dejó escapar un involuntario jadeo y retrocedió unos pasos.

Desde el cristal la miraban unos ojos tan grandes como sus manos.

Era una mirada hambrienta, y los dientes debajo de ella parecían gotear veneno mientras la boca babeaba en su dirección. Tuvo la impresión de un cuerpo parecido al de una gigantesca babosa detrás de los ojos y la boca, la impresión de un oscuro espacio como una caverna rodeando el cuerpo..., pero no pudo apartar la mirada de aquellos ojos para confirmar el resto de la Imagen. Eran unos ojos que deseaban,

unos ojos insaciables, devoradores...

Geraden se inclinó hacia la esquina inferior del espejo y apretó fuertemente el marco.

Los ojos retrocedieron de inmediato unas docenas de pasos, y Terisa se dio cuenta de que ahora los contemplaba parpadeando horrorizada desde una distancia más segura. Resultaba evidente que estaba contemplando una especie de enorme animal parecido a una babosa asomado a la boca de una cueva.

—Así es como ajustamos el foco. —Geraden apretó de nuevo el marco: la imagen retrocedió más. Luego tiró ligeramente de un ángulo, y la Imagen se desvió en esa dirección, revelando el flanco de la montaña donde se abría la cueva—. El alcance es limitado, por supuesto. Pero, una vez construido un auténtico espejo, uno que funcione, en vez de arrojar simplemente distorsiones hacia todos lados podemos contemplar toda la Imagen, en este caso toda la montaña, ajustando el foco. Si tenemos la paciencia suficiente.

Se alzó y volvió a echar la cubierta sobre el cristal. Terisa apenas se dio cuenta de la oscuridad que se acumulaba en torno a su estado de ánimo.

—La historia es que el Rey Joyse capturó este espejo durante sus guerras por la independencia de Mordant. El Imagero que lo hizo ya había trasladado —se estremeció— esa abominación, que estaba atareada devorando todo un poblado, cabaña por cabaña.

»Pero eso fue en los días anteriores a que el Adepto Havelock perdiera el juicio. Cuando el Rey Joyse capturó el espejo intacto, el Adepto Havelock fue capaz de invertir la traslación.

»La Cofradía fue fundada para mantener la Imagería bajo algún tipo de control. Para que no fuera construido ningún otro espejo como éste.

Terisa sintió debilidad en sus brazos y piernas y la cabeza como llena de aire.

—¿Cómo —preguntó débilmente— puede algo así atravesar el cristal?

—Oh, el tamaño no es problema. Los Imageros descubrieron hace mucho tiempo que, una vez un espejo alcanza un cierto tamaño, aproximadamente el que ves en éstos, puede trasladar cualquier cosa. Nadie sabe exactamente cómo funciona. Pero, si consiguieras enfocar un espejo al lugar preciso en el momento preciso, podrías conseguir que lo atravesara toda una avalancha.

»Vamos.

Sin mirarla, echó a andar hacia otra habitación.

Con la sensación visceral de que la bestia-babosa iba a alzar por sí misma la tela que la cubría y avanzaría tras ella, Terisa le siguió. ¿Mordant estaba siendo amenazado por cosas como *aquella*? ¿Había allí gente lo bastante loca o malvada como para trasladar cosas *así*? Entonces Geraden estaba terriblemente equivocado. Mordant no la necesitaba a ella. Necesitaba al campeón del espejo del Maestro

Gilbur. Y todos los hombres con armadura que luchaban a sus órdenes. Y todas las armas de su nave.

Avanzó pisando los talones de Geraden porque toda la situación era una locura y tenía que salir de allí cuanto antes.

El joven la condujo a una estancia más grande que las anteriores: al parecer, habían utilizado una o dos celdas más para construirla. Seis espejos cubiertos se alzaban sobre el liso suelo de piedra, pero cuatro de ellos habían sido colocados apoyados contra las paredes, dejando sitio en el centro para los dos restantes. Esos dos eran del mismo tamaño. Parecían tener la misma forma bajo sus cubiertas.

Mientras estudiaba los espejos, el rostro de Geraden se crispó en un fruncimiento inconsciente de ceño.

—Normalmente guardamos aquí los espejos planos —dijo, mirando hacia una de las paredes laterales—. Ésta es la estancia de exhibición más grande, y tenemos más de ellos que de ningún otro tipo. Pero los Maestros hicieron que algunos fueran retirados para dejar sitio a esos dos. La Cofradía está realizando muchos experimentos con cristales planos, intentando hallar alguna forma de utilizarlos..., o al menos de comprenderlos.

Bruscamente, se dirigió hacia uno de los espejos apoyados contra la pared.

—Mira. —Su voz sonaba irritada, Terisa no supo decir por qué—. Te mostraré lo que le ocurrió al Adepto Havelock.

Tiró con un gesto brusco de la cubierta del espejo que tenía delante.

Involuntariamente, Terisa retrocedió.

No ocurrió nada terrible.

El espejo parecía de hecho plano. Su color, la arena de la que estaba hecho, la ligera irregularidad de los bordes..., supuso que todas esas cosas determinaban la Imagen que mostraba el espejo. Pero, debido a que éste era plano, su Imagen existía en este mundo en vez de en algún otro distinto.

Algo de aquella escena parecía vagamente familiar.

—Es peligroso —murmuró Geraden—. No sé quién lo modeló, pero si fue un accidente constituyó un peligro hacerlo. Y, aunque no fuera un accidente, constituye un peligro conservarlo.

Terisa estaba contemplando lo que parecía ser un lugar donde se unían varios caminos. Los caminos estaban profundamente cubiertos de nieve, por supuesto, y sólo estaban señalados por las roderas marcadas por el paso de los carros. Pero hileras de desnudos árboles despojados por el invierno hacían los caminos más evidentes de lo que lo hubieran sido contra un fondo blanco plano. La Imagen era tan vivida que pudo ver el frío mordiendo las extendidas ramas de los árboles.

Por otra parte, no tenía la menor idea de por qué era peligroso.

¿Había visto aquellos mismos árboles en aquella intersección desde su ventana,

aquella misma mañana?

Aparentemente, sí.

—Puedes ver este lugar desde tus aposentos —explicó Geraden—. Es donde el camino que parte de Orison enlaza con el del sur hacia el Care de Tor, con el del nordeste hacia Perdon, y con el del noroeste hacia Armigite. Pero, ¿para qué se molestaría alguien en modelar un cristal que muestra un lugar que podemos ver desde aquí? Si aparece alguien por él no nos advertirá de nada. Como digo, puede que se tratara de un accidente. O tal vez alguien quiso producir un espejo que mostrara el propio Orison..., y sólo falló por tan poco.

—¿Quién lo hizo? —preguntó ella. Él se encogió de hombros.

—Alguien que deseaba espiar al Rey Joyse.

»Pero lo que lo hace peligroso, más peligroso que la mayoría de los espejos planos, es el hecho de hallarnos tan cerca de ser capaces de vernos a nosotros mismos en él. Si lleváramos este espejo fuera y lo colocáramos en el lugar que muestra, podríamos vernos a nosotros mismos en la Imagen. Y entonces estaríamos perdidos para siempre, borrados..., atrapados en una traslación que se nos llevaría sin movernos ni un centímetro del lugar donde estuviéramos.

Dejó caer la cubierta al suelo y retrocedió unos pasos para estudiar el espejo.

—Supongo que somos afortunados de que no fuera eso lo que le ocurriera al Adepto Havelock. Él fue afortunado, al menos. Simplemente se ha vuelto loco..., no ha desaparecido. Pero, si intentáramos usar este espejo ahora, si intentáramos trasladarnos a nosotros mismos hasta el cruce de caminos..., terminaríamos como él. Las tensiones destruirían nuestra mente.

»Nadie sabe exactamente por qué. —Empezaba a sonar más y más irritado, furioso consigo mismo—. Los que creen que las Imágenes no existen, que los espejos crean lo que vemos, argumentan que las tensiones se producen por el hecho de crear un lugar que se parece exactamente a un lugar real. Esperas la realidad y no la consigues, y tu mente estalla.

—¿Y si las Imágenes fueran reales?

—Entonces es la propia traslación la que produce el daño. Supongo que podría decirse que la traslación es demasiado poderosa para utilizarla de una forma tan simple. Si deseas ir de aquí a allí —hizo un gesto hacia la escena en el espejo—, necesitas un caballo, no la Imagería. Puesto que no estás utilizando el auténtico poder de la traslación, ésta rebota contra ti en vez de llevarte sano y salvo hasta donde quieres ir.

»Sea como sea, algo así es lo que le ocurrió al Adepto Havelock. —Geraden se volvió de espaldas al cristal, y entonces ella captó el destello de ira en sus ojos—. Por eso los Maestros quieren comprender los espejos planos. Son tan peligrosos..., y tan fundamentales.

»Vamos —gruñó—. Ya he arrastrado demasiado los pies.

Bruscamente, se dirigió hacia los dos espejos en el centro de la estancia.

Ahora empezaba a comprenderle. Estaba furioso porque se hallaba sumido en un profundo conflicto: estaba actuando contra sus propios deseos al mismo tiempo que contra los del Rey, obligándose a sí mismo a hacer lo que creía que era correcto pese a su creencia de que Mordant la necesitaba a ella.

Y estaba corriendo el riesgo de ser acusado de traidor a fin de proporcionarle a ella una oportunidad de volver a casa.

Pese al calor de su traje, una sensación helada la atravesó de pies a cabeza cuando Geraden tiró de una de las cubiertas, y reconoció el cristal que estaba en la sala de reuniones de la Cofradía el día antes..., el espejo que la había traído hasta allí.

Su imagen era a la vez distinta e igual. La lucha había cesado. Las figuras metálicas habían ampliado su perímetro defensivo y estaban manteniéndolo. Pero el extraño paisaje, iluminado por su viejo y rojo sol, era idéntico, lo mismo que la alta nave en el centro de la escena.

Como sus hombres, la figura enfundada en una armadura que dominaba la Imagen se había movido: ahora recorría el perímetro, deteniéndose brevemente en cada punto defensivo como para comprobar cómo estaban situadas sus fuerzas. De nuevo, su poder era casi palpable a través de la distancia entre los mundos. Tenía el aspecto de un hombre acostumbrado a conquistar continentes enteros casi cada día, como algo normal.

Geraden la miró atentamente, midiendo su reacción. Luego alzó el satén que cubría el segundo espejo.

Terisa vio de inmediato que era idéntico al primero. La forma era la misma; el tinte era exacto; la curvatura no mostraba ninguna diferencia. Incluso los curvados y pulidos marcos de madera eran indistinguibles. Y, sin embargo, las Imágenes no eran idénticas. Bajo una luz teñida de rojo, contra un fondo desolado, un incoloro casco de metal con una impenetrable placa facial miraba en su dirección, como si los ojos ocultos tras ella la estuvieran estudiando fríamente.

Transcurrió un momento antes de que se diera cuenta de que ambos espejos mostraban la misma escena: el primero reflejaba la nave desde una cierta distancia, mientras que el segundo mostraba al comandante de la defensa en un extremo primer plano. Contemplando ambos espejos, pudo ver que cada uno reflejaba exactamente los movimientos de la cabeza recubierta por el casco del comandante: sólo la perspectiva era distinta.

Geraden murmuró en voz baja:

—Es una lástima que no podamos oír los pensamientos a través del cristal. Ayudaría incluso que pudiéramos oír su lenguaje. Pero, por supuesto, la mayoría de los Maestros creen que no hay ahí ni pensamientos ni lenguaje que oír.

Ajustó cuidadosamente el foco del segundo espejo hasta que duplicó el primero. Luego retrocedió para situarse al lado de Terisa. Siguió evitando su mirada.

—Yo hice uno de éstos —dijo—. El que utilizamos ayer. Es un duplicado. El Maestro Gilbur creó el original. Pero yo no podía utilizar el suyo. Los Imageros averiguaron hace mucho tiempo que hay alguna especie de interacción esencial entre un espejo y el talento del hombre que lo ha moldeado. Así que hice una copia. —Bufó lúgubrementemente—. Me tomó medio año porque siempre hago las cosas mal.

»¿Puedes decir cuál es cuál?

Ella negó con la cabeza. La cuestión no le importaba. Lo único que le importaba ahora era su preocupación y su oportunidad. Quizá fuera realmente posible volver a su mundo, a su apartamento y a su trabajo y a su padre...

...pese a que el hombre a su lado deseaba que se quedara. Lo deseaba tan intensamente que el pensamiento de dejarla marchar le dolía en lo más profundo.

—En realidad —murmuró Geraden—, nadie puede. Pero el Maestro Gilbur y yo no tenemos ningún problema. Cualquiera Imagero puede sentir siempre su propia obra. El que modelé yo hace que mis nervios hormigüeen. —Señaló hacia el espejo de la izquierda—. Es ése.

»Mi dama... —Por fin se obligó a mirarla de frente. Mantenía los brazos fuertemente cruzados sobre su pecho, como si quisiera impedir tenderlos hacia delante. Su ceño fruncido se había convertido en un nudo de preocupación y dolor—. ¿Estás segura de que deseas hacerlo?

—Geraden... —Ahora que él había aceptado finalmente mirarla de frente, fue ella quien deseó desviar sus ojos. Nunca había aprendido a negarse a las peticiones de otras personas. Si hacía lo que se esperaba de ella, o se le pedía, o incluso se le sugería, al menos podría encajar con las circunstancias. Pero ella no pertenecía a aquel lugar. Nada de aquello tenía sentido.

De la mejor manera que pudo, dijo:

—Por favor, compréndelo. No soy una Imagera. Nada de esto puede tener nada que ver conmigo. Tú no me obligaste a venir. Simplemente me pediste que viniera, y yo vine. No sé por qué —admitió—. Supongo que simplemente deseaba creer que mi vida no tenía que ser de la forma que era. No deseaba simplemente *sentarme* allí. Pero ahora sé que cometí un error. Vosotros no me necesitáis. Necesitáis a ese campeón. Creo que lo mejor que puedo hacer es volver allá de donde vine.

—Es tu derecho. —Tras su decepción, su voz contenía una nota de dignidad e incluso de mando que ella recordaba vívidamente. La importancia de lo que estaba diciendo iluminó sus ojos—. Pero *eres* necesaria aquí. La paz de Mordant será la primera cosa buena en perderse..., y la más pequeña. A su debido tiempo, la Cofradía se verá pervertida, y Orison será demolido piedra tras piedra, y lo que quede del reino se verá reducido a la nada a través de la traición y el derramamiento de sangre.



En algún punto de su voz, o de sus palabras, ella oyó un recuerdo de cuernos que apeló a lo más profundo de los sueños de su corazón y lo cambió todo.

—Tú nos diste esperanzas —prosiguió él—. Dices que no eres una Imagera. Quizá no lo seas. O quizá simplemente no sepas que lo eres. Tal vez aún no te des cuenta de que eres más poderosa que cualquier campeón.

»No puedo explicarlo..., pero creo que estás aquí porque *debes* estar aquí.

»Y —de pronto, su voz volvió a la normalidad y su mirada se veló— tú das sentido a mi vida. Mientras pueda creer en ti, todo valdrá la pena.

Su insistencia hubiera debido repelerla, asustarla. Era tan irrazonable. ¿*Ella* necesaria? ¿*Ella* poseedora de un poder? ¿*Ella* dando sentido a su vida? No. Era más fácil creer que ya se había perdido definitivamente, había desaparecido en sus propios sueños. O nunca había existido..., la traslación la había creado.

Sin embargo, lo que él deseaba y ofrecía la emocionó. Su súplica y el recuerdo de los cuernos la emocionaron.

—¿No estamos yendo un poco precipitadamente? —dijo, insegura—. Todavía no sabemos si esto va a funcionar. Primero debemos averiguarlo, antes de empezar a preocuparnos por todo lo demás.

Él la estudió fijamente, intentando evaluar sus emociones. Luego asintió.

—Tienes razón, supongo. —Movido por una repentina decisión, dijo—: Toma..., coge mi mano. Iré yo primero, sólo por si acaso algo va mal. —Y, al mismo tiempo, se acercó a su espejo—. Tú puedes anclarme.

Terisa era cada vez más consciente de lo frío del aire en la habitación. Miró la mano de él, el cristal, las duras líneas de determinación en su rostro. Ahora que ella había dejado las cosas claras, se dio cuenta de que estaba dudando.

—¿No deberíamos pasar primero por algún tipo de ritual? —Su ambivalencia parecía absurda, pero no podía controlarla. Tan pronto como hacía algo que se parecía a tomar una decisión, perdía la confianza en sí misma—. Tiene que haber algunos polvos mágicos, o conjuros, o algo... ¿No?

—¿Así es como hacéis la Imagería en tu mundo? —preguntó él con ojos brillantes.

—No, por supuesto que no. Quiero decir, nosotros no tenemos Imagería. Te lo he dicho mil veces. No conocemos la magia. —Notó que sus mejillas enrojecían—. Simplemente pensé que necesitarías alguna preparación.

Él hizo un visible esfuerzo por destensarse un poco.

—Lo siento. No pretendía incomodarte. La Imagería se halla en la forma en que están hechos y modelados y coloreados los espejos. Ésa es la preparación. Luego, o funciona o no funciona, según la persona que lo intenta tenga o no el poder. Si deseáramos trasladar algo fuera de nosotros, eso sería distinto. Hay palabras y gestos que desencadenan el proceso. Pero no estamos actuando de esa forma. En estos

momentos, todo lo que tenemos que hacer —intentó una sonrisa, no lo consiguió— es *hacerlo*.

Extendió de nuevo su mano hacia ella.

Esta vez, ella la cogió.

Lo que estaba haciendo la hizo sentirse enferma.

Él la atrajo hacia el espejo y se sujetó al marco con su mano libre, para mantenerlo —o mantenerse él— firme.

—Primero meteré la cabeza —murmuró, pensando en voz alta—, y echaré una mirada. Luego volveré, y tú puedes decidir qué hacer a continuación. Sujétame fuerte —añadió—. Mientras mantengamos un contacto firme entre los dos, podrás entrar y salir del espejo del mismo modo que yo.

Bruscamente, avanzó su cabeza hacia la superficie del *espejo*.

Y su cabeza desapareció, tan limpiamente cortada como si su cuello hubiera sido golpeado por un cuchillo. Más allá del plano del cristal, la Imagen de su nuca bloqueó parte del paisaje y la nave.

Instintivamente, ella se echó hacia atrás para contrarrestar su peso.

Geraden había avanzado con demasiado impulso: estaba perdiendo el equilibrio, empezaba a caer. Su mano tiró del marco del espejo, cambiando el foco del reflejo. Mientras caía hacia delante, ella vio que uno de los defensores armados apuntaba una vibrante lanza de luz hacia él.

De alguna forma, consiguió tirar de él hacia atrás. Geraden salió del cristal y se apartó tambaleante de él, luego consiguió mantener el equilibrio con los pies abiertos y las rodillas ligeramente dobladas.

Todo el color había desaparecido de sus mejillas: estaba tan blanco como masa de harina. El pánico y la sorpresa inundaban sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Me disparó —susurró roncamente el Apr—. Estuvo a punto de alcanzarme.

—Lo vi. Vi tu nuca.

—Cristales y perdición. —Tragó saliva varias veces—. Si hubiera ido allí la primera vez. En vez de encontrarte a ti. Me hubieran matado antes de que pudiera abrir la boca.

Terisa sintió que empezaba a dolerle el corazón cuando las implicaciones la alcanzaron. El espejo que había llevado de una forma imposible a Geraden hasta ella cuando hubiera debido situarle frente al campeón había hecho ahora lo que se suponía que debía hacer.

—No puedo creerlo. —Aquel espejo era su única puerta a casa. Estaba atrapada allí—. Quiero intentarlo.

—¡Mi dama! —La sorpresa y el miedo de Geraden cambiaron instantáneamente a horror—. ¡Te dispararán! Puede que no fallen la segunda vez.

—Vamos. —Sin pensarlo dos veces, aferró una de sus manos y tiró de él hacia el espejo. Estaba atrapada allí para siempre. No había ninguna otra forma en que pudiera volver a su propia vida—. Tengo que intentarlo.

Él se soltó de su presa, luego clavó sus manos en los hombros de ella y la sacudió.

—¡No! —Le estaba gritando—. ¡No voy a permitir que te suicides!

—¡Tengo que intentarlo! —respondió ella, gritando también. Era muy posible que nunca le hubiera gritado de aquel modo a nadie en toda su vida—. ¡Suéltame!

Se apartó de él, giró en redondo hacia el espejo..., y pisó el dobladillo de su propio traje. Incapaz de detenerse, cayó, como si se lanzara de cabeza contra el cristal.

Al parecer, él consiguió sujetarla con una mano justo a tiempo para hacer posible la traslación. En vez de estrellar su cabeza contra el cristal, pasó a su interior.

La transición pareció más corta esta vez: no tuvo tanto impacto sobre ella como la que la había sacado de su apartamento. Fue rápida e intemporal, enorme y pequeña, como si la eternidad le hubiera guiñado un ojo mientras la efectuaba; pero esta vez su familiaridad creó en ella una impresión mayor que su extrañeza.

Luego aterrizó tan bruscamente como para que se le cortara el aliento en el flanco de una colina recubierta de densa hierba salpicada de flores silvestres.

Más exactamente, su cuerpo, de cintura para arriba, aterrizó sobre la hierba. Debía estar tendida con su estómago cruzando la parte inferior del espejo, apoyada sobre su marco, porque estaba limpiamente cortada a la altura del ombligo: todo más allá de aquella plana y limpia sección había desaparecido. Podía sentir sus piernas. Le proporcionaban una sensación de movimiento. Alguien las estaba sujetando. Pero las había dejado en otro mundo.

Este mundo era cálido y olía a primavera. Una suave brisa hacía que las brillantes flores danzaran y refrescaran el contacto de la luz del sol sobre su pelo; el cielo era tan azul que parecía estimulante. La colina descendía a su derecha hacia un rápido arroyo casi tan grande como para ser llamado un río. El agua discurría como cristal sobre el dorado fondo de sus rocas y arena y gorgoteaba alegremente al pasar.

Vio entonces que se hallaba en un valle que se cerraba abruptamente en el terreno que se alzaba empinado ante ella. A unos pocos cientos de metros de distancia, el valle se convertía en una estrecha garganta, casi un precipicio, que ascendía hacia las montañas allá en la distancia; y su corte marcaba a la vez un acceso y un protegido umbral a los altos, escarpados e imponentes pilares de piedra como centinelas que las colinas habían instalado a ambos lados del arroyo. A la sombra de lo escarpado de sus paredes, el desfiladero parecía oscuro y secreto..., y también invitador, como un lugar donde alguien podía ocultarse y sentirse seguro.

Su corazón se puso a latir inmediatamente con rapidez. Puesto que había crecido

y se había educado en una ciudad, muy pocas veces había visto un lugar tan hermoso antes. Por un momento se quedó simplemente allí, saboreando el aroma de la hierba primaveral, contemplando el color de las flores silvestres.

No tardó, sin embargo, en pensar en Geraden. Aquél no era el extraño paisaje donde hombres revestidos con armaduras disparaban rayos de fuego a la gente. Y, ciertamente, no era su apartamento. Deseó mostrárselo a él.

Demasiado maravillada para decir nada, empezó a arrastrarse hacia atrás.

A medida que lo hacía, más y más de su cuerpo fue desapareciendo más allá del plano de traslación. Y Geraden estaba tirando sin ninguna ceremonia de ella, intentando ayudarla. Su pecho desapareció; luego sus hombros.

Poco después se hallaba apoyada con manos y rodillas en el suelo, delante del espejo.

La piedra bajo sus palmas estaba fría. El aire de la habitación era frío. Incluso la luz de las lámparas parecía fría.

La escena en el cristal apenas había cambiado. El comandante estaba conferenciando con el defensor que había disparado contra Geraden. Quizás estaban intentando comprender la cabeza de hombre que había aparecido inesperadamente y luego se había esfumado ante sus ojos. Tal vez pensarán que se enfrentaban a algún nuevo truco de la gente contra la que estaban luchando, los nativos del planeta.

—Mi dama —jadeó Geraden, como si hubiera estado luchando ferozmente por la vida de ella—, ¿estás bien? ¿Qué ocurrió? No pude verte. No pude ver que te dispararan. No parecieron darse cuenta de que tú estabas allí. ¿Qué ocurrió?

—Geraden...

Estaba tan impresionada y sentía tanto frío que apenas podía alzar el peso de su cuerpo sobre sus brazos, situar sus piernas bajo ella. El cambio había sido demasiado brusco, demasiado completo. La había dejado jadeante y desconcertada. ¿Primavera...? ¿Un arroyo danzando a la luz del sol...? No, no allí. No en aquella mazmorra de piedra reconvertida. Y no en el espejo donde unos hombres violentos discutían su trabajo.

En algún lugar dentro de ella la traslación proseguía aún, seguía produciéndose. Ahora, sin embargo, sabía lo que significaba. Las dudas se acumularon en sus nervios: estaba al borde del fracaso. Era la sensación de desvanecerse, de perder existencia, concentrada hasta proporciones de crisis: era el puro momento en el que iba a perder su presa sobre sí misma, sobre la realidad, sobre la vida. Hacia esto era hacia lo que había estado cayendo desde el momento en que había empezado a sentirse insegura de su propio ser.

Ahora le estaba ocurriendo de nuevo.

Aunque Geraden estaba inclinado a su lado, pidiéndole con urgencia saber qué era lo que había visto, no podía centrar su atención en él. Estaba contemplando el

espejo que él había dejado sin cubrir, el espejo plano que mostraba un cruce de caminos bajo una alfombra de nieve...

La Imagen de aquel espejo había cambiado.

La forma en que lo miraba hizo que Geraden se volviera hacia él.

Cuando vio el espejo, jadeó.

—Eso es imposible. ¿Cómo has hecho...? —Luchó por controlar su desconcierto—. *Conozco* ese lugar. He estado allí..., prácticamente crecí allí. Acostumbrábamos a jugar en ese sitio cuando yo era un muchacho. Lo llamábamos el Puño Cerrado. Se halla en el Care de Domne. No está a más de diez kilómetros de Houseldon. —A través de su confusión y su sorpresa, su voz sonaba complacida—. Ese valle, en su parte más profunda, es un revoltijo de rocas. Un lugar estupendo para escalar. Y tiene que haber un centenar de pequeñas cuevas y lugares secretos donde esconderse. Jugábamos constantemente...

Ella le creyó: acababa de estar allí. Reconoció los contornos del terreno, la forma del valle. La ladera de la colina estaba blanqueada por la nieve, el hielo estrangulaba el arroyo, los pilares de piedra estaban escarchados con manchones blancos en su cabellera gris. Pero la escena era la misma. Sólo la estación había cambiado; la primavera se había convertido en invierno.

Ahora Geraden la miraba como si ella hubiera hecho algo maravilloso.

—Mi dama —dijo, con voz llena de admiración—, no sé cómo lo hiciste. No es posible. Los espejos no pueden cambiar sus Imágenes. Pero lo hiciste. De algún modo.

»Eres una Imagera. Ya no hay duda de que eres una Imagera. Nada así ha sido conseguido antes. Es una gran cosa para nosotros que estés aquí.

El color había vuelto a sus mejillas.

Ella no tenía la menor idea de por qué él había saltado a la conclusión de que ella era la causa de aquel cambio imposible. Por el momento, sin embargo, aquello era secundario. Todavía no podía pensar en ello. Otras cosas la abrumaban.

Acababa de ver la misma escena en dos espejos distintos. Una escena que él decía que era real. Pero la había visto en dos estaciones diferentes. Uno de los espejos estaba equivocado.

Estaban en invierno, no en primavera. El espejo que mostraba el Puño Cerrado en primavera estaba equivocado.

Una sensación de desvanecimiento drenó su corazón. Era el espejo de Geraden. El espejo que la había traído hasta allí. Aquel espejo reflejaba Imágenes que no existían.

Cuando se dio cuenta de que ella también era una Imagen que no existía, estuvo a punto de caer de nuevo de rodillas.

## 8

### Varios encuentros

—¿Por qué no es posible? —Su voz sonaba pequeña y débil, su cabeza daba vueltas.

La excitación se había apoderado de Geraden; no parecía darse cuenta de lo alterado de su estado.

—Nadie sabe cómo cambiar Imágenes. No es posible. La Imagen es parte del espejo. Pero tú acabas de hacerlo. Eres el campeón augurado.

El no sabía lo que ella había visto en el otro espejo. *Su* espejo. No sabía que ella tenía la prueba de que no existía. Sus manos hicieron gestos inconscientes, apartando aquellas ideas. Las implicaciones eran horribles.

Por otra parte, no se *sentía* horrorizada. Se sentía distante, como si estuviera flotando. La sensación de que se estaba desvaneciendo se hizo más fuerte. O quizás ahora era más agudamente sensible a ella. No tenía ni idea de por qué aún seguía presente en la habitación con él.

El espejo que la había traído hasta allí mostraba Imágenes que no eran reales.

—Has dicho que es un sitio real, ¿no? Pero yo nunca había visto ese lugar antes. —Su voz tenía un tono quebradizo; un ligero asomo de histeria. Estaba luchando por recuperar la sensación de que existía—. Nunca he estado allí. No puedo cambiar Imágenes si no sé cómo. —Cruzó los brazos, apretando fuertemente sus codos, e intentó sonar tranquila—. De otro modo, sería fácil volver a mi apartamento.

Aquella argumentación le hizo pensar, pese a su excitado estado. Meditó sobre ello, con el ceño intensamente fruncido.

—Pero *tienes* que haberlo hecho tú. Si no lo has hecho..., eso sólo me deja a mí. Yo ni siquiera puedo hacer traslaciones sencillas. Nunca he sido capaz de conseguir algo así.

—¿Lo has intentado alguna vez? —Ya no importaba lo que dijera. Su vida estaba deshilachándose más y más.

Él la miró fijamente: durante unos breves segundos pareció tomar en serio su pregunta.

Luego agitó la cabeza.

—No, por supuesto que no. Es una insensatez. Una Imagen es una parte fundamental del propio cristal. Por eso los espejos poseen un alcance tan limitado. No pueden ser enfocados lejos de donde están. —Bruscamente, miró más atentamente el cristal—. Pero éste lo ha hecho —murmuró, desconcertado—. Cambió mientras nosotros estábamos aquí, en esta misma habitación. Así que no es ninguna insensatez. Uno de nosotros tiene que haberlo hecho. —Retrocedió unos pasos, abstraído, profundamente inmerso en sus pensamientos—. A menos que haya alguien en Orison

que tenga tanto poder como para eso. Y esté aquí.

—Eso es absurdo, Apr Geraden —comentó una voz quebradiza—. Lo imposible es imposible. Tiene que haber otra explicación.

Geraden se volvió en redondo.

Terisa se volvió también, como si regresara flotando de muy lejos.

En una de las puertas estaba el Maestro Eremis.

Llevaba la misma capa negra bajo su casulla que le había visto el día anterior. Se sintió sorprendida de nuevo ante lo poco convencionalmente atractivo que era: su larga y fina nariz, sus hundidas mejillas, hacían que su rostro tuviera el aspecto de una cuña; el denso pelo negro que colgaba en la parte de atrás de su cráneo realzaba lo despejado de su alta frente calva. Pero, en su caso, las convenciones perdían su significado habitual. Era alto, delgado y fuerte, sus pálidos ojos brillaban con inteligencia y humor, la sonrisa de sus labios prometía secretos. La forma en que la *miraba* hizo que Terisa contuviera el aliento.

Le había dicho que la consideraba atractiva.

Sin advertencia previa, su pulso empezó a latir excitadamente debajo de su piel. Inexplicablemente, la sensación de que se estaba desvaneciendo perdió su urgencia.

Tan agradecida como si acabara de ser rescatada, aguardó a ver lo que pensaba hacer él.

El Maestro Eremis contempló el cambiado espejo por un momento, con el ceño fruncido por la concentración.

—Sí —murmuró—, eso es imposible. —Entonces volvió su atención a Terisa y Geraden.

»Refresca mi memoria, Apr. Quizá recuerde incorrectamente. ¿Te ordenó o no te ordenó el Maestro Barsonage que no facilitarás ningún conocimiento a la dama?

Geraden clavó su vista en el suelo y no respondió.

El Maestro Eremis avanzó despreocupadamente. Antes de trasladarse a su propio apartamento, Terisa había visto una amplia variedad de hombres con la reputación de poderosos, los invitados de su padre; pero ninguno de ellos había proyectado la dominante confianza del Maestro Eremis. Sólo la presencia de su padre había sido comparablemente efectiva..., y sus modales habían sido considerablemente menos atractivos. Le faltaba la chispa de alegría o pasión que hubiera hecho comprensible para ella el que su madre se hubiera casado con él. Mientras se acercaba, Eremis se dirigió a Geraden, pero el interés que brillaba en sus ojos y en la sonrisa de sus labios iba dirigido a ella.

—Bueno, no importa. Creo que fue una orden estúpida. La primera regla de la buena cortesía es no negarle nada a una mujer hermosa. De todos modos, eres afortunado de que el resto de los Maestros estén demasiado interesados en su debate como para mostrarse vigilantes. El Maestro Barsonage podría arrancarte de tu puesto

si supiera lo que has hecho. Pero no lo sabrá de mí.

—Gracias —murmuró Geraden de mala gana. La repentina aparición del Maestro parecía haberle reducido a la estatura de un hosco muchachito.

Eremis miró a Geraden.

—¿Mi indulgencia no te complace? Me gustaría poder persuadirte de que no tienes ningún amigo más verdadero que yo en la Cofradía. Ya sabes que me opuse a la decisión de dejarte intentar un acercamiento a nuestro campeón elegido. ¿Crees que lo hice porque te desprecio a ti o tus habilidades? Estás equivocado. El campeón es peligroso. Me opuse por tu seguridad, Geraden.

—Hubiera podido sentirme más agradecido si lo hubiera comprendido así —dijo Geraden apretando los dientes, sin dejar de mirar al suelo—. ¿Para qué te sirve mi seguridad?

—¡Qué vergüenza! —rió el Maestro—. La amargura no es un buen comienzo. — Se situó detrás de Geraden y apoyó las manos como un padre cariñoso sobre los hombros del Apr. Desde su posición, dirigió a Terisa una sonrisa conspiradora—. Tu seguridad no me «sirve» de nada personalmente. Pero valoro tu inteligencia..., y tu testarudez. No me gustaría ver esas cualidades malgastadas.

»Además —dio un apretón y una palmada a los hombros de Geraden—, el hecho de que estés a salvo significa que ahora puedes presentarme de una manera formal a esta... —su mirada abandonó los ojos de ella y descendió a la línea de su escote, donde se detuvo deliberadamente unos momentos antes de volver a su rostro— deliciosa dama.

Rígidamente, Geraden dijo:

—Estoy seguro de que ya conoces su nombre.

—Ah, pero no lo he oído de tus labios. Tú eres su trasladador. Como observó el Maestro Barsonage, eres responsable de ella. —La forma peculiar en que miraba a Terisa hizo que la debilidad que ésta sentía fuera más agradable—. Quiero que me presentes a ella como corresponde.

Geraden desvió la vista hacia Terisa. Su boca estaba crispada en una mueca. Sin embargo, se dobló.

—Mi dama, permíteme presentarte al Maestro Eremis. Su hogar es Esmerel, uno de los más renombrados castillos de Tor. —Estaba tan rígido como una barra de hierro—. Maestro Eremis, ésta es dama Terisa de Morgan. —Luego, en un tono de reprimida ferocidad, añadió—. Es huésped del Rey Joyse y se halla bajo su protección. El Castellano Lebbick la mantiene bien custodiada.

Eremis se echó a reír una vez más.

—Geraden, tienes tan poca gracia como un chiquillo. —Dio otra palmada a los hombros del Apr y se apartó de él—. Pero quiero mostrarte mi amistad de una forma que te sorprenderá.



»Ahora —prosiguió, volviendo su atención a los espejos—, hay la cuestión de cómo pueden cambiarse las Imágenes. Dudo que se haya producido una sustitución. —Acaricié ligeramente el plano cristal con las yemas de sus dedos—. Al mismo tiempo, un cambio más fundamental es algo inconcebible. Esto requiere profunda meditación.

Sin embargo, no parecía estar interesado en pensar en la cuestión por el momento.

—Mientras tanto —dijo inesperadamente, mirando de nuevo a Geraden—, me pregunto naturalmente qué te inspiró E traer a dama Terisa hasta aquí. Tu espejo y el de Gilbur estaban descubiertos. Esto me conduce a sospechar que tenías algún proyecto de permitir que ella nos abandonara..., o de demostrarle que su partida es imposible. Rechazo lo primero. Es absurdo. Ni siquiera tú, Apr, te atreverías a poner en peligro tu vida, tu futuro en la Cofradía y la supervivencia de Mordant, sólo para deshacerlo todo al día siguiente.

Geraden se enfrentó a la mirada del Maestro sin vacilar, pero los músculos de su mandíbula se agarrotaron.

—En consecuencia, llego a la conclusión de que su partida es ahora imposible. Se ha producido algún cambio dentro de espejo que ha cerrado la puerta que tú abriste, ¡de alguna manera!, para traer a dama Terisa hasta aquí.

»Pero eso también es imposible. —Sonrió, como si la idea le complaciera—. Tenemos imposibilidades por todos lados. Es un desafío para ti, Apr. Como espero haber dejado claro, aprecio tu inteligencia. Tu capacidad para el desastre aparece en la práctica antes que en la teoría. Considera esta cuestión: ¿Es teóricamente posible proyectar o transponer la Imagen de un espejo a otro? —Sonaba como un maestro planteando preguntas de las que conocía ya las respuestas—. ¿Explica eso las imposibilidades que parecen rodear a dama Terisa?

»Estudia el asunto y hazme saber tus conclusiones. Por mi parte, llevaré la cuestión a la Cofradía. Conseguirás grandes méritos si alcanzas una respuesta antes de que lo hagan los Maestros.

Antes de que Geraden pudiera responder, el Maestro Eremis derivó su conversación a Terisa.

—Y ahora, mi dama —dijo, volviendo a sus modales anteriores—, quizá tengas la amabilidad de acompañarme a mis aposentos. El espacio que me adjudica Orison no es espléndido, pero puedo ofrecerte hospitalidad y confort. —De una forma a la vez casual e intensa, se acercó más a ella—. Hay muchos asuntos de los que creo podemos hablar provechosamente.

Su sonrisa y su proximidad parecían tener intensas implicaciones masculinas que hicieron que la sangre afluyera al rostro de Terisa. Estudió la expresión del hombre hasta que notó que su respiración se aceleraba y no pudo apartar la vista.

—No te molestaré, Apr, requiriendo tu asistencia —murmuró el Maestro por

encima del hombro—. Tienes responsabilidades mucho más apremiantes de las que ocuparte.

Tendió una mano hacia ella. Sus dedos eran largos y delgados, dedos de artista, de delicados nudillos y yemas para acariciar y sondear y probar. Su dedo índice tocó la piel de su hombro en el borde de su traje, y siguió suavemente la tela hacia abajo hacia el hueco entre sus pechos.

—¿Nos vamos, mi dama?

Involuntariamente, los labios de Terisa se abrieron como si le estuvieran aguardando. Se sentía demasiado hipnotizada y maleable como para moverse, prendida en su magnetismo y la luz de sus ojos. Pero si él la hubiera rodeado con su brazo, se hubiera ido con él a cualquier parte.

—Maestro Eremis —la voz de Geraden era tan tensa que crujía—, ¿qué está debatiendo la Cofradía? Si los Maestros están intentando llegar a una decisión acerca de dama Terisa, nosotros tres deberíamos estar allí. Sé mucho más de ella de lo que sabía ayer. —Sonaba a la vez desesperado y furioso, pero mantuvo el control—. Y es posible que ella desee hablar por sí misma.

El Maestro alzó una ceja; una comisura de su sonrisa se crispó.

—Apr Geraden —dijo suavemente, sin apartar la vista de Terisa o el dedo de la V de su vestido—, esto es insufrible. He dicho que podías marcharte. Si te sientes incapaz de crecer, regresa a Houseldon y pídele al Donne que vuelva a ponerte entre tus juguetes y niñeras. Orison no es un lugar para niños.

—Maestro Eremis —el tono de Geraden hizo que Terisa mirara hacia él. Vio en su rostro una incipiente dureza, una capacidad para la fuerza que aún no había terminado de enfocarse—. Me he equivocado en muchas cosas. He cometido un gran número de errores. Pero nunca he servido mal a la Cofradía. —Una secreta ferocidad ascendía tras sus palabras—. Algo imposible ha ocurrido en esta habitación. Los Maestros deben saber lo que he averiguado..., lo que dama Terisa puede decirles. ¿Qué están debatiendo?

—¡Tintes y plata, muchacho! —Eremis se apartó secamente de Terisa—. ¿Eres ciego además de sordo? —Al cabo de un instante, sin embargo, se contuvo—. Oh, muy bien —gruñó—. Quizá, si te respondo, te sentirás satisfecho y nos dejarás solos.

»Porque están confusos y son inefectivos, esos pomposos Imageros llegarán hoy, tras muchas protestas, consideraciones, recriminaciones e inspiraciones, a la sorprendente conclusión de que no es posible llegar a ninguna conclusión respecto a dama Terisa de Morgan. Tú no puedes explicar si llegaste a ella por accidente o por poder. En consecuencia, es imposible que sepas si el poder era tuyo o de ella. Y no puede confiarse en nada de lo que ella diga. Si ella es real en su propia existencia, y no una creación de la Imagería, entonces tendrá una razón propia detrás de cada una de sus respuestas. Seguramente sus motivos no serán los mismos que los nuestros. Y

si de hecho fue creada por el cristal, como me parece evidente a mí, entonces todas sus razones y respuestas estarán moldeadas por el Imagero que hizo que tú la encontraras. Alguien que ha decidido permanecer en secreto porque es un obvio enemigo de la Cofradía y de Mordant.

»En consecuencia, no puede tomarse ninguna decisión inteligente respecto a ella mientras el asunto siga así.

»Anticipo ya que los Maestros llegarán a esta notable conclusión dentro de una o dos horas..., mucho antes de que el Maestro Barsonage corra el peligro de perderse más de una comida.

»Mañana debatirán qué acción debe tomarse en este dilema. Y por aquel entonces yo ya habré hablado con ellos respecto a las últimas imposibilidades de dama Terisa.

»¿Estás satisfecho, Apr?

Geraden siguió sin enfrentarse a la mirada del Maestro. Sus fuerzas parecían haberle abandonado. Con la cabeza baja y los hombros hundidos, parecía como si estuviera a punto de empezar a patear furiosamente contra el suelo de piedra. Pero no cedió terreno. Terisa observó particularmente que no aceptaba ser despedido de aquella habitación.

—Puedes olvidar los accidentes —dijo, con la voz ahogada por la forma en que mantenía la cabeza—. El espejo que la trajo aquí ha sido cerrado. Está actuando un poder. Y tiene algo que ver con dama Terisa.

»Ella dice que no es una Imagera. Ella dice que *no hay* Imageros en su mundo. Ella utiliza la palabra *magia*..., dice que no hay magia en su mundo. Y, cuando yo estuve allí, vi pruebas de que no fue ella quien me atrajo.

»Pero eso no quiere decir que no haya un poder *aquí*.

Terisa se sobresaltó ante aquel argumento. Cuando el Maestro Eremis desvió su atención de ella, empezó a recobrar parte de su habilidad de pensar. Como resultado de ello, deseó haber le podido decirle a Geraden lo que vio en su espejo antes de que él intentara discutir con nadie. Su prueba podría salvarlo de mostrarse como un estúpido ante los demás.

Desgraciadamente, ahora ya era demasiado tarde para salvarle.

—Creo —siguió el Apr, hablando ahora de una forma más lenta y tensa— que hay en ella algo crucial. La necesitamos. Sé que yo no tengo ningún tipo de talento no descubierto. No la hubiera encontrado si ella no fuera de vital importancia.

Entonces alzó la vista hacia el otro hombre. Parecía estarse mordisqueando la cara interna de su mejilla para mantener su firmeza. Su expresión era ansiosa y avergonzada, pero su mirada no flaqueó.

—Maestro Eremis, creo que ella es demasiado importante para convertirse simplemente en otra de tus mujeres.

—¡Insolente cachorro! —escupió el Maestro. Por un instante pareció crecer,

hacerse más alto, como si estuviera preparándose para lanzar un golpe.

De pronto, sin embargo, estalló en una carcajada.

—¡Oh, Geraden, Geraden! —rió—. ¿Acaso es una maravilla que te quiera bien? No tienes precio. Dime, muchacho —su voz tenía un tono de regocijo, como si estuviera burlándose—. ¿Es realmente posible que mires a esta dama —señaló a Terisa con un amplio gesto de su mano— y *creas* que puede ser simplemente «otra mujer» para cualquier hombre? —Echó hacia atrás la cabeza y se rió de nuevo, fuerte y sonoramente.

Aquello era lo que tenía de malo su padre, por supuesto. Jamás reía. De una forma extraña, el regocijo del Maestro Eremis llenó a Terisa de tristeza. Significaba una pérdida. Si ella hubiera crecido en una familia donde la gente riera, las cosas hubieran podido ser completamente distintas. Ella hubiera podido ser completamente...

Casi de forma inevitable, su pesar le trajo de vuelta la sensación de que se estaba desvaneciendo.

Había permanecido con ella pese a la mirada del Maestro, pese a su contacto. Ahora se estaba haciendo más fuerte, y cambiaba: la seguridad se estaba transformando en peligro. Le hizo volver la cabeza, como si supiera lo que estaba ocurriendo.

Con repentino horror, vio que el cristal plano que Geraden había descubierto estaba cambiando.

Mientras lo miraba con la boca abierta, la imposible Imagen del Puño Cerrado se moduló como si el espejo fuera un caleidoscopio invernal. Sangrando sobre sí mismo, el riachuelo se convirtió en caminos; los pilares estiraron sus miembros y se extendieron como árboles; la nieve virgen de la ladera se desmoronó en roderas y barro. Al cabo de sólo un momento, la escena se hizo inconfundible: era la intersección en las afueras de Orison, donde se unían los caminos de los Cares; era el espejo original, la Imagen real.

Esta vez, sin embargo, había jinetes en el camino del nordeste. Al menos diez hombres a caballo espoleaban sus monturas y formaban una nube de nieve a su alrededor como si estuvieran frenéticos por alcanzar Orison.

Como si fueran perseguidos.

—Mi dama —jadeó Geraden, abrumado.

Luego exclamó:

—¡Cristales y astillas!

El Maestro Eremis miró también al espejo con ojos brillantes; pero no dijo palabra.

Surgida de la nada, una forma negra saltó como un predador sobre uno de los jinetes. Era pequeña, apenas mayor que un cachorro en comparación, demasiado

pequeña para hacerle daño. Sin embargo, comunicaba su fuerza y su furia como un grito a través de la distancia. El jinete alzó desesperadamente los brazos y cayó de su caballo como si estuviera gritando.

Ninguno de sus compañeros volvió hacia atrás para ayudarlo. Se limitaron a espolear más fuertemente sus monturas hacia el castillo. Su caballo quedó abandonado junto al camino y huyó con un frenético trote, desapareciendo más allá del borde del cristal.

Un helado puño estrujó el estómago de Terisa y lo retorció duramente.

Estaba tan asustada que no se dio cuenta de que ya no se estaba desvaneciendo.

Otra forma negra apareció de la nada.

Toda la escena pareció avanzar hacia ella en el momento en que la forma saltaba. Geraden se había dirigido al borde del espejo: estaba ajustando su foco, acercando la Imagen. Ahora pudo ver que la forma era una masa redondeada y llena de protuberancias con cuatro miembros tendidos como garfios y unas mandíbulas terribles que ocupaban más de la mitad de su cuerpo. Saltó de la invisible percha donde debía haber estado posada y golpeó a un jinete en el pecho. Inmediatamente, sus miembros se aferraron; sus mandíbulas se abrieron y empezaron a devorar.

El espejo mostró claramente la agonía del hombre mientras caía hacia atrás en un inútil esfuerzo por evitar que su corazón fuera arrancado de su cuerpo. La mancha de sangre silueteó su figura sobre la nieve, que empezó a empaparse rápidamente de ella.

Geraden señaló a uno de los jinetes y exclamó:

—¡El Perdon! ¡Va a resultar muerto!

—¡Quizá no! —respondió el Maestro Eremis—. Han conseguido poner una cierta distancia entre ellos y ese ataque. Si pueden superar el alcance del espejo que traslada a esas abominaciones, estarán a salvo.

Terisa no podía decir cuál de los jinetes era el Perdon. Todos ellos le parecían iguales, aferrados por un helado miedo y cabalgando desesperadamente para salvar sus vidas; los ojos de sus caballos llameaban con un absoluto pánico. La muchacha contuvo su respiración en inconsciente alarma, intentando prepararse para la próxima forma negra que saltaría del vacío aire, intentando soportar la visión de aquellas mandíbulas.

Pero el Maestro Eremis tenía razón. Desde aquel momento hasta que los jinetes desaparecieron de la Imagen, fuera del alcance de su cristal plano, ningún otro resultó atacado.

Geraden permanecía con los puños crispados a sus costados, jadeando entre crispados dientes.

—Gracias a las estrellas. Gracias a las estrellas.

La presión en su pecho hizo que Terisa dejara escapar un tembloroso jadeo. Bruscamente, sintió deseos de vomitar. No podía hallar palabras suficientes para

calmar su náusea.

—¿Qué *eran* esas cosas?

El Maestro Eremis se encogió de hombros.

—Las cosas trasladadas como éstas no tienen nombre para nosotros. Se me ocurre una pregunta mucho más interesante. —El fuego en sus ojos era ansioso, ávido—. Según mis últimos informes, el Perdon se negó a abandonar Scarping porque creía que los asuntos a lo largo del Vertigon requerían su atención constante: rumores de Cadwal, espías infiltrados, barruntos de ejércitos, incursiones de bandidos. Sin embargo, ahora está aquí. ¿Qué ha ocurrido para arrojarlo fuera de su Care?

Sin aguardar una respuesta, sujetó el brazo de Terisa. Brusco por la concentración, la apartó de Geraden y de los espejos.

—Ven conmigo. Quiero una explicación.

Geraden les siguió con una expresión desolada en su rostro.

Las largas piernas del Maestro Eremis marcaron de inmediato un ritmo rápido; Terisa tuvo dificultades para mantenerse a su altura. Al cabo de un momento, sin embargo, el hombre pareció darse cuenta de su esfuerzo. Acortó un poco sus zancadas, le sonrió, y sujetó su brazo para que ella pudiera apoyarse en él.

Incluso entonces, Terisa se alegró de que el Maestro no intentara hablar con ella. Gran parte de su atención era consumida por la necesidad de retener sus náuseas.

La condujo fuera de las mazmorras y hacia arriba, cruzando la sala de baile no utilizada y adentrándose en los salones principales de Orison, a lo largo de la ruta de Geraden del día anterior hacia la torre donde el Rey Joyse tenía sus aposentos. Se detuvo en una amplia habitación parecida a una sala de espera frente a las escaleras de arriba. Sólo la ocupaban unas cuantas personas, y la mayoría de ellas tenían la expresión reservada y humilde de los peticionarios..., una expresión que reconoció casi automáticamente porque la había visto tantas veces en la misión. Pero había más guardias de los que recordaba. Le dijeron rápidamente al Maestro Eremis que el Perdon estaba ya con el Rey Joyse.

También dejaron muy claro que nadie más había sido invitado a aquella reunión.

Casi inmediatamente, el Castellano Lebbick entró a largas zancadas en la habitación y se encaminó hacia las escaleras.

El Maestro Eremis se soltó de Terisa y se acercó al Castellano.

—¿Es cierto, Lebbick? —Su estatura dominaba a su bajo interlocutor; su intensa curiosidad no podía ocultar un aire de superioridad—. ¿Está aquí el Perdon? Éstas son extrañas noticias. ¿Qué crisis puede inspirar a ese defensor de Mordant a abandonar sus dominios a los Cadwal?

—Maestro Eremis —respondió con voz cortante el Castellano Lebbick—, éstos son asuntos del Rey.

Se dirigió a las escaleras y empezó a subirlas hasta desaparecer de la vista.

El Maestro se quedó contemplando su marcha con ojos llameantes.

—Irrazonable zopenco —murmuró, a nadie en particular—. Exijo una explicación, Terisa miró a Geraden. Permanecía a una cierta distancia, con el rostro crispado por una mezcla de alarma y amargura. Si tenía alguna respuesta para el Maestro Eremis, no la ofreció.

Nadie más en la sala de espera tenía nada que decir. Los guardias permanecían firmes e inmóviles, al parecer meditando sobre su deber..., o quizá sobre su comida. Los peticionarios estaban absortos en sí mismos. Terisa consiguió regularizar su respiración e intentó apartar las formas redondas y llenas de protuberancias y terribles mandíbulas de su mente.

La impaciencia del Imagero ascendía visiblemente. Parecía tener problemas en mantenerse tranquilo. Bruscamente, anunció, como si todo el mundo a su alrededor estuviera ansioso por conocer su opinión:

—Hay una crisis en el Care de Perdon. Eso es evidente. Pero dudo que sea la crisis en sí la que ha traído hasta aquí al Perdon. No es un hombre que huya fácilmente de los problemas..., o admita su debilidad. No, creo que es la respuesta de nuestro ilustre Rey a la crisis la que ha forzado al Perdon a acudir a Orison. Apostaría una docena de doblones de oro a que se ha atrevido a este viaje porque está furioso. Y lo estará aún más cuando se vaya.

Como haciendo eco a sus palabras, un grito resonó desde arriba, un rugido de furia:

—¡No!

En medio de un estruendo de metal, un hombre apareció en las escaleras. Era robusto y musculoso, y esas cualidades quedaban acentuadas aún más por sus hombreras de hierro sobre el peto de su armadura, la gorguera en torno a su cuello, los guardabrazos. En la cadera llevaba una espada larga que parecía lo bastante pesada como para degollar una res; al otro lado llevaba una daga de combate. Su cabeza, encima de sus cejas, era perfectamente calva; pero sus cejas eran rojas y densas, rojizos mechones de pelo brotaban de sus orejas, y su ancho bigote colgaba tanto que la comida y la bebida habían manchado sus extremos sobre su negra boca. Lo apresurado de su llegada se reflejaba en las manchas de lodo que cubrían sus piernas.

Con su recio rostro crispado como una porra llena de nudos, descendió las escaleras haciéndolas temblar con sus pies y mirando a su alrededor, como buscando a alguien a quien atacar.

Tras él se apresuraba una mujer. Su vestido azul cielo y sus resplandecientes joyas la identificaban como una gran dama; pero avanzaba como si no tuviera ningún interés en la dignidad de un traje largo o los buenos modales de las gargantillas y aretes. Enmarcados en su pálida piel y su corto pelo rubio pálido, sus ojos violetas

llameaban vividos.

—¡Mi señor Perdon! —protestó, exigió, mientras descendía—. ¡Debes intentarlo de nuevo! No puedes abandonar. Seguro que sólo es un malentendido. Tienes que explicárselo de nuevo. *Debemos* explicárselo hasta que comprenda su importancia. ¡Mi señor!

—¡No! —repitió, y su voz sonó como el grito de un árbol al partirse. Llegó al final de las escaleras y avanzó hacia el centro de la estancia haciendo temblar el suelo con cada paso, luego giró en redondo para enfrentarse a ella. Agitando sus puños hacia el techo, rugió—: ¡Ya ha dado su respuesta! *¡No lo ordenará!*

La fuerza de su furia la hizo detenerse. Su piel era tan pálida que parecía que toda la sangre hubiera huido de ella. Sin embargo, no se arredró.

—¡Pero *debe* hacerlo! —replicó—. Digo que debe. Es preciso hacer *algún* intento en defensa de Mordant. Estoy segura de que el Castellano Lebbick está intentando razonar ahora con él. Regresa conmigo, mi señor. Es vital que no falles.

El Perdon unió las manos frente a él, conteniendo su furia; sus guardabrazos produjeron un sordo clang contra su peto.

—No, mi dama —dijo con voz densa—. No lo aceptaré. ¡Dejemos que siga jugando al brinco hasta que el reino *se derrumbe!* — Su puño hizo un feroz gesto martilleante, puñeando las esperanzas contra el suelo—. Luché a su lado durante diez años para hacer de Mordant lo que es. No me rebajaré a pedirle que haga lo que debería hacer voluntariamente.

»Dile *esto*, mi dama. Cada uno de mis hombres que caiga o muera defendiéndole en su ciega inactividad, lo enviaré *aquí*. Que contemple sus heridas, o sus abrumadas familias, y les explique por qué no... —no pudo contenerse—, *¡no lo ordenó!*

—Mi señor Perdon. —El Maestro Eremis sonó suave y tranquilo..., y lo bastante autoritario como para atraer la atención de todo el mundo en la sala—. Apostaría a que nuestro admirable señor, el Rey Joyse, ha hecho algo estúpido. De nuevo. ¿Me dirás de qué se trata?

Su tono hizo que la mujer rubia enrojeciera, pero se mordió los labios y no dijo nada.

El Perdon se volvió.

—Maestro Eremis. —Por un momento sus ojos se entrecerraron, evaluando al Imagero. Luego escupió—. ¡Puagh! Sobrepasa todo lo creíble. Jamás lo hubiera creído capaz de ello.

»No hablaré de los horrores que cayeron sobre mis hombres hace apenas unos momentos..., a menos de un tiro de piedra desde las puertas de "nuestro admirable señor". Son Imagería, y me siento asqueado ante tales cosas. Luché al lado del Rey Joyse en parte para que esas abominaciones de los espejos vieran su fin.

»No hablaré de ellos porque no hay nada que decir —su dura mirada brilló



intensamente—, excepto por parte del Imagero que los provoca.

»Pero tienes que saber que nuestras fronteras han sufrido incursiones desde hace un cierto tiempo. Yo no he mantenido el asunto secreto. A todo lo largo del Vertigon, de extremo a extremo de Perdon, al norte y al sur, bandas de merodeadores han cruzado desde Cadwal pese a la estación para golpear y quemar todo lo que encontraban a su paso. Luego han huido. Mis protestas a ese petimetre del gobernador regional Festten han sido recibidas con encogimientos de hombros. Los merodeadores también le causan daños a él..., dice. Puesto que está en guerra con Mordant, Cadwal ya no tiene la fuerza necesaria para controlar el bandidaje..., dice. Y yo, Maestro Eremis —se golpeó el peto con un puño—, yo debo guardar cada kilómetro del Vertigon sólo con los hombres suficientes para hacer una pequeña fracción del trabajo.

»A falta de apoyo o consejo de Orison —siguió, con enorme sarcasmo—, he tenido que resolver los problemas del mejor modo que me ha sido posible.

»Entre mis patrullas incluí jinetes entrenados como exploradores y espías, de modo que cuando hallaran merodeadores, o señales de ellos, pudieran seguirlos en secreto. Quería saber dónde tenían su base esos miserables. Si podía descubrir sus campamentos, no me importaría hacer alguna que otra incursión a Cadwal yo mismo, para extirpar algunos de esos bandidos de sus agujeros.

Maestro Eremis asintió con la cabeza.

—Suenas sensato, mi señor Perdon. Pero apuesto a que te sorprendió lo que descubriste.

—¿Sorprenderme? —gruñó el Perdon—. ¡Por los esbirros de la Muerte, Maestro Eremis! Estamos hablando de Cadwal. No debería sorprenderme nada.

»Sin embargo —prosiguió sombríamente—, no estaba en absoluto preparado para los informes que finalmente me llegaron. Algunos de mis hombres no volvieron..., sin duda porque fueron descubiertos haciendo lo que estaban haciendo. Otros estuvieron fuera tanto tiempo que ya los había dado por perdidos cuando regresaron a casa. Pero todos aquellos que sobrevivieron me contaron la misma historia.

»Era natural que yo pensara que esos merodeadores eran insignificantes bandidos y asesinos. Sus bandas no eran muy numerosas. Llevaban los harapos y el equipo de los hombres que han nacido y han crecido lo suficientemente pobres como para que no les importe el derramamiento de sangre. Atacaban de forma desordenada, como si creyeran que podían superar la oposición o ser masacrados sin disciplina ni planes preconcebidos. Sólo representaban un serio problema para mí por el hecho de que procedían de Cadwal. Y porque eran *tantos*.

»Pero estaba equivocado, Maestro Eremis. —Sus puños se crisparon, y su ira brotó de nuevo—. Estaba equivocado. ¿Lo creerás? Después de efectuar sus incursiones durante dos, cuatro o incluso diez días, todas las bandas que siguieron

mis hombres cabalgaron de vuelta *al mismo campamento*.

Terisa miró a Geraden y vio que su rostro estaba perdiendo rápidamente color.

—Y en este campamento —prosiguió el Perdon— se mezclaban libremente con los soldados de Festten, hombres que llevaban abiertamente el uniforme de Cadwal. Los carromatos de pertrechos llevaban el sello del Gran Rey. Las tiendas donde eran alojados los oficiales y los pertrechos y demás elementos de apoyo tenían el diseño de Cadwal.

—Por supuesto —murmuró el Maestro Eremis—. Quizá tu sorpresa sea comprensible, mi señor Pardon. Yo me siento abrumado. —No parecía abrumado en absoluto—. ¿Qué tamaño tienen esas fuerzas?

—Las estimaciones varían. Mis exploradores no pudieron observarlas bajo condiciones favorables. Y algunos de ellos se sintieron inclinados hacia el pánico, mientras otros permanecieron excesivamente flemáticos. Pero estoy convencido de que no pueden ser menos de quince mil guerreros.

Uno de los guardias de la sala dejó escapar un suave silbido; Terisa no pudo ver quién era.

—Todo esto *en invierno* —bufó el Perdon—. Tienen intención de arrojarse a nuestras gargantas tan pronto como cambie el tiempo.

—Ya ves cómo están las cosas, Maestro Eremis —dijo la mujer rubia—. Es *preciso* que el Rey entre en razón. Esta amenaza no puede ser ignorada.

—Entre el norte y el sur de Perdon —dijo el Perdon con voz rasposa—, no tengo más allá de tres mil hombres. Sé seguro que Orison tiene al menos cinco mil, todos ellos ociosos en sus campamentos bajo el mando del Castellano Lebbick.

—Más bien unos ocho mil, creo —comentó el Maestro Eremis.

—¿Ocho? Sin embargo, cuando pedí su apoyo —el Perdon hizo rechinar los dientes para impedir gritar—, el Rey se negó. Se ha negado repetidamente, pero al principio yo no podía creerlo. Finalmente, vine en persona a pedir ayuda. Perdí al menos siete hombres por el camino, ya a la vista de estas murallas. Y siguió negándose. —El robusto hombre agitó su bigote—. Con una fuerza de invasión aposentada en su frontera oriental, aguardando aprovecharse del caos de la Imagería que nos asalta desde dentro, e indudablemente más peligros siendo maquinados en Alend, se negó.

—Es inconcebible —jadeó la mujer pálida para sí misma. Sus ojos violetas parecían extraviados y urgentes—. Tiene que ordenarlo. ¿Cómo puede no hacerlo?

Geraden tenía el ceño muy fruncido; estaba profundamente sumido en sus pensamientos. Lo que pensaba hacía que pareciera enfermo.

—Durante diez años luché a su lado —terminó el Perdon—. Confié en él. Ahora averiguo que para él esto no significa nada. El Maestro Eremis estudió al hombre en su armadura.

—Entonces —dijo suavemente—, quizá no te sorprenda saber que yo tengo el mismo problema.

Tanto Geraden como la mujer rubia mostraron su sorpresa. El Perdon arqueó sus rojas cejas.

—¿Tú, Maestro Eremis?

—Por supuesto. —Mirando casualmente a su alrededor, Eremis se situó al lado del Perdon y apoyó una mano en su recia hombrera—. Nuestros aprietos son notablemente similares, mi señor. ¿Quieres acompañarme a mis aposentos? Las batallas de Perdon no se producirán dentro del próximo par de horas, y me queda un poco de una excelente cerveza Termigan. La conmiseración nos beneficiará a ambos.

Por un momento, el Perdon miró al Maestro Eremis de una forma tan franca como Geraden y la dama. Su recia boca formó la palabra, *conmiseración*, como si nunca antes la hubiera oído. Luego su expresión se cerró. Dijo cautelosamente:

—Te lo agradezco. Tu ofrecimiento es muy amable. Podría ahogar mi furia en un barril de buena cerveza, si lo tienes. El Maestro se echó a reír.

—Lo tengo..., y bastante más, cosa que creo te complacerá.

—Entonces soy todo tuyo, Maestro Eremis —respondió el Perdon con rostro inexpresivo.

—¡Espléndido! —Eremis se apresuró a hacer una inclinación de cabeza hacia la mujer rubia y Terisa—. Con vuestro permiso, mis damas. —Su saludo fue brusco; se sentía claramente ansioso por marcharse. Tan pronto como el Perdon hubo inclinado también la cabeza, el Maestro Eremis lo condujo hacia la salida de la estancia.

Lentamente, casi involuntariamente, Geraden y la dama de azul se miraron el uno al otro. Ambos se veían rígidos e incómodos. Ella, sin embargo, parecía más segura de sí misma.

Al cabo de unos breves momentos preguntó:

—¿Por qué habrá hecho algo así, Apr? Geraden cambió incómodo su peso de uno a otro pie, aunque se negó a bajar la vista.

—No lo sé, mi dama. El Perdon tiene el corazón y el alma de un soldado. Y ha luchado contra Cadwal demasiado tiempo. El Maestro Eremis sabe que no confía en un Imagero.

Ella desvió su mirada. Cruzó los brazos sobre su pecho, cerrando las manos en sus codos y apretándolos firmemente.

—Lo *odio* cuando me mira de ese modo. Sonríe y bromea, pero todo lo que yo veo es desdén.

—A mí tampoco me gusta exactamente —murmuró Geraden—. Pero eso no explica lo que piensa que tiene en común con el Perdon.

Guardaron un frustrado silencio. Ahora que él no tenía que afrontar su mirada, estudió el suelo de piedra. Ella observó el corredor por el que habían partido el

Maestro Eremis y el Perdon, como si deseara correr tras ellos y exigir una respuesta. Terisa contempló a Geraden y a la dama, y pensó bruscamente que se conocían desde hacía mucho tiempo. La dama tenía aproximadamente la misma edad que Geraden, y parecía una compañera adecuada para él. La intensidad de sus ojos violetas, en especial, parecía apropiada para la desmañada intensidad de espíritu del joven.

Bruscamente, la dama pareció sufrir un azarado sobresalto. Se volvió hacia Terisa y dijo:

—Oh, lo *siento*. Qué rudeza por mi parte. Has estado de pie aquí todo este tiempo, y no he tenido la cortesía de hablar contigo. Tú debes ser dama Terisa. — Exhibió una sonrisa que parecía genuina, aunque algo tentativa—. Conozco tu vestido —explicó—. Si los modales del Apr fueran un poco mejores que los míos — la mirada que lanzó en su dirección sugería otro tipo de desdén—, nos hubiera presentado. Soy Elegia. El Rey Joyse es mi padre.

—Oh, sí. —Terisa reconoció el nombre. Puesto que nunca antes había conocido a la hija de un rey, y no tenía la menor idea de qué tipo de saludo se esperaba de ella, dijo lo que tantas veces había oído decir a su madre—: Encantada de conocerte. —Y se sobresaltó interiormente, porque su voz sonó exactamente igual que la de su madre.

Afortunadamente, dama Elegia no había conocido a la madre de Terisa.

—Myste y yo —dijo—, deseábamos conocerte desde la primera vez que oímos hablar de ti..., ¿debo decir desde tu «llegada»? Las presentes circunstancias no son las mejores. Me temo que los asuntos de los que has oído hablar me han distraído algo. —Pese a sus palabras, la forma en que contemplaba a Terisa implicaba que había hallado algo que la compensara del decepcionante tratamiento que su padre había infligido al Perdon—. Pero me sentiré complacida —sonrió—, y Myste se sentirá encantada, supongo, de que nos visites en nuestros aposentos. Tal vez no seas consciente del interés que has despertado en Orison. Mi hermana y yo siempre nos sentimos ansiosas de hacer nuevas amistades. Y te diré francamente, mi dama —bajó la voz, como si estuviera impartiendo un secreto público— que Mordant es un mundo de hombres. A nosotras las mujeres no se nos da a menudo lo necesario para ocupar nuestros talentos. Así que conocerte tendrá un valor especial para nosotras.

»Mi dama, ¿quieres acompañarme?

Terisa no supo qué hacer de momento. Luego se sacudió disgustada su indecisión. ¿Por qué se sentía amenazada cuando se le pedían las más simples afirmaciones y decisiones? Era su madre en ella. Su madre hubiera dicho: *Qué encantadora idea. ¿Cuándo te gustaría que viniéramos? Estoy segura de que será encantador. Mi esposo y yo estamos tan ajetreados estos días. ¿Te llamo la semana próxima?* Por esa razón, Terisa miró a Elegia tan directamente como le fue posible y dijo:

—En estos momentos precisamente no estoy haciendo nada en particular.

Un segundo más tarde se dio cuenta de cómo debía haberle sonado eso a Geraden, y una punzada de pesar hizo enrojecer su rostro. El joven no la estaba mirando: su expresión se había vuelto plana, como un espejo no reflexivo. Sólo la forma en que había abierto un poco más, tensamente, los ojos traicionó que la había oído.

Entonces Terisa recordó por qué era natural temer incluso las más simples afirmaciones y decisiones. Causaban problemas.

Aparentemente, sin embargo, dama Elega consideró su afirmación como algo natural de hacer en compañía de Geraden, pese a que podía suponerse que Terisa había acudido allí con él por una u otra razón. Su sonrisa pareció tan espontánea como su anterior y pretendida consternación.

—Gracias, mi dama. ¿Has comido? Podemos almorzar tranquilamente juntas. Estoy segura de que tenemos una enorme cantidad de cosas que decirnos.

Pero se envaró ligeramente cuando se volvió hacia Geraden. En un tono de dudosa educación, preguntó:

—¿Te unes a nosotros, Apr?

Las comisuras de la boca del joven temblaron. Lanzó una rápida mirada a Terisa y murmuró:

—No, gracias. —Su voz era estudiadamente neutral—. Creo que dama Terisa ya ha tenido suficiente de mi compañía por un día. Transmite a dama Myste mis saludos.

Bruscamente, esbozó una inclinación de cabeza hacia ella y se dirigió fuera de la sala de espera.

Cuando cruzó la puerta, su hombro golpeó contra una de las jambas, y se tambaleó hasta recuperar el equilibrio. Varios de los guardias rieron quedamente a sus espaldas.

Dama Elega se llevó una mano a la boca para ocultar una sonrisa.

—Pobre Geraden. —Luego agitó la cabeza, olvidándolo—. Debemos subir arriba, mi dama. —Hizo un gesto hacia la escalera e hizo que Terisa la precediera en aquella dirección—. Mi hermana y yo compartimos nuestros aposentos un nivel por encima de los del Rey. Se nos ha dicho que debemos vivir ahí para estar al menos tan seguras como nuestro padre. Pero creo —dijo cínicamente— que la auténtica razón es que así cualquier cosa de importancia le llega siempre primero a él antes que a nosotras..., y allí se detiene. —Intentando dulcificar un poco el mordiente filo de sus palabras, añadió con un cierto humor—: Como he dicho, Mordant es un mundo de hombres.

Con un hilo de voz, Terisa dijo:

—Deberías llamarme Terisa. —Pero la sugerencia era abstracta; su corazón no estaba en ella. Parte de ella seguía aún con Geraden. La apenaba haberlo herido. Era el único al que conocía que tenía sentido para ella. Y parte de ella se sentía aún presa de las náuseas. ¿Le había hablado el Perdon al Rey Joyse de aquellas fatales formas negras? Por supuesto que sí. Tenía que haberlo hecho. Y, sin embargo, ¿el Rey *seguía*

negándose a actuar? Si sólo hubiera visto...

—Terisa. De acuerdo, lo haré —dijo dama Elega con satisfacción—. Y tú debes llamarme Elega. Espero que seremos grandes amigas.

—¿Le conoces desde hace mucho? —preguntó Terisa. Aquello era mejor que el recuerdo de las mandíbulas y la sangre.

—¿Al Apr Geraden? —Elega se echó a reír, pero su alegría sonó quebradiza—. Apenas podrás creerlo, pero en una ocasión él y yo estuvimos comprometidos.

—¿Comprometidos?

—Sí. Sorprendente, ¿verdad? Pero su padre, el Domne, aunque no es un luchador como el Perdon, es uno de los amigos más viejos y de más confianza de mi padre. Debido a... —una vacilación en la voz de Elega hizo pensar inesperadamente a Terisa que probablemente a las hijas del Rey también se les había advertido que no debían revelarle demasiado— sus guerras, mi padre se casó tarde. Aunque yo soy la mayor, nací sólo un año antes que Geraden, que es el séptimo hijo del Domne. Más tarde, durante un período difícil de esas guerras, mi padre envió a toda su familia al Care de Domne por su seguridad. Pasé varias estaciones en la casa del Domne en Houseldon, y Geraden y yo fuimos unos compañeros de juegos naturales. —El recuerdo no la divirtió—. Por esa razón, creyendo que nos aveníamos, nuestros padres arreglaron un matrimonio. Un tramo de escaleras las llevó al nivel de la suite del Rey. Elega pasó delante de su alta y tallada puerta y tomó otro tramo de escaleras hacia arriba.

—Yo me hubiera sentido más complacida con uno de sus hermanos —prosiguió—. Todas las mujeres parecen favorecer a Artagel, y ver a Wester es amarle. Pero ambos carecen de ambición. Nyle es más de mi gusto. Desgraciadamente, a menudo las mujeres tienen muy poco que decir en estos asuntos.

—¿Qué ocurrió con vuestro compromiso?

—Oh. Rechacé de plano casarme con él. Es un hombre completamente imposible, Terisa. —Elega no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desdén—. Ya es bastante malo que no pueda confiarse en él para que salga de una habitación sin tropezar con algo. Pero, además, es un fracaso *tan* grande. Lleva ya sirviendo a los Imageros tres años más que cualquier otro Apr desde que fue fundada la Cofradía, y no está más cerca de la casulla de Maestro que cuando empezó.

»Hay que respetar su decisión..., y su deseo de mejorar. Pero soy la hija del Rey de Mordant, y no tengo intención de pasar mi vida limpiando establos en el Care de Domne, o barriendo cristales rotos tras los desastres de Geraden.

»¿Sabes? —rió de pronto—. La primera vez que fue formalmente presentado a mi padre, habíamos salido a visitar al Domne, hará de eso unos doce o catorce años, se sentía tan ansioso que no se le ocurrió nada mejor que intentar un atajo por las porquerizas. Cuando llegó junto a nosotros, llevaba más suciedad encima de su

persona que la que había quedado en las porquerizas.

Terisa estuvo a punto de echarse a reír. Podía imaginarlo tan claramente como si estuviera presenciando la escena: lodo pegado a su pelo, su rostro, sus ropas; agua y mondaduras colgando de él. Era exactamente el tipo de persona a la que podía ocurrirle algo así.

Un segundo más tarde, sin embargo, sus emociones cambiaron hasta que estuvo casi a punto de echarse a llorar. Pobre muchacho, murmuró para sí misma. Merece algo mejor.

—No, Terisa —concluyó Elega—. El Apr Geraden será un honesto esposo para alguna mujer torpe con la mente en su barriga, una fuerte pasión hacia la maternidad, y mucha tolerancia para los accidentes. Pero yo no quiero saber nada de todo eso.

En silencio, Terisa respondió: Tú te lo pierdes. Nunca decía aquellas cosas en voz alta.

Desde arriba de su tramo de escaleras, se acercaron a otra puerta tan alta como la del Rey, que podía hallarse situada directamente encima de ella. Pero ésta no estaba guardada: al parecer no había otro camino hasta aquel nivel de la torre y, así, cualquiera que protegiera al Rey protegía también a su familia.

Entonces Terisa recordó los pasadizos secretos. Quizá ningún lugar de Orison fuera seguro contra nadie que los conociera lo suficientemente bien.

Sonriendo, Elega fue a la puerta y la abrió para dejar entrar a su invitada.

—Eres bienvenida aquí, mi dama Terisa de Morgan —anunció formalmente. Luego se volvió y guió a Terisa al interior de la suite de habitaciones donde vivían ella y su hermana.

En cierto modo, Terisa se sorprendió al descubrir que aquellas estancias no estaban tan ricamente amuebladas como las que usaba el Rey Joyse. Las gruesas alfombras de lana parecían más la obra de campesinos que la creación de artistas..., alfombras para usar antes que para exhibir. Los divanes, sillones y sofás tenían recios armazones que realzaban el grosor de los almohadones antes que la habilidad artesana de su creador. Algunas de las mesitas auxiliares de la primera habitación tenían el aspecto de haber sido construidas para que los niños se subieran a ellas; la mesa del comedor que atisbo a través de otra puerta había conocido días mejores.

Siendo el que había sido su entorno infantil, no pudo evitar preguntarse por qué el Rey Joyse mantenía a sus hijas en un estilo menos lujoso. Pero Elega estaba explicando ya ese detalle.

—Antiguamente, estas habitaciones eran las utilizadas por nuestra familia, mientras que las de abajo estaban reservadas para los asuntos privados del reino: recepciones, pequeñas audiencias, fiestas discretas y cosas así. A la Reina, mi madre, no le gustaba la ostentación personal, pero reconocía la importancia de la riqueza visible en los asuntos de gobierno. Por esa razón, las habitaciones públicas fueron

diseñadas para ser exhibidas antes que para ser cómodas. —Este arreglo encajaba claramente con ella, por lo que podía verse. La forma en que llevaba sus joyas revelaba que su interés en los asuntos de su padre no tenía nada que ver con la riqueza o el lujo.

Terisa fue a preguntar por qué el Rey se había trasladado al piso de abajo..., o por qué, incidentalmente, la Reina (¿había dicho Saddith que se llamaba Madin?) ya no vivía en Orison. Pero hacer preguntas personales no era uno de sus puntos fuertes; y, antes de que estuviera dispuesta a correr el riesgo, una mujer joven vestida con un traje suelto de seda amarillo apareció procedente de las habitaciones de atrás.

—Ah, Myste. —La mirada que lanzó Elega a su hermana era a la vez cariñosa y un poco condescendiente, como si amara a Myste pero no la tuviera en muy gran estima—. Traigo una invitada. Ésta es Terisa..., dama Terisa de Morgan. Tiene muy buen aspecto con tu traje, ¿no crees? Comeremos juntas. Terisa, ¿puedo presentarte a mi hermana, dama Myste? Ella es quizá la única persona en Orison más *ávida* —remarcó humorísticamente la palabra— que yo en conocerte.

Aquello hizo sonrojarse a Myste. Era, como habían observado tanto el Rey Joyse como Saddith, de una talla muy parecida a la de Terisa, aunque más plana que ella en ciertas dimensiones. En muchos aspectos se parecía mucho a su hermana, aunque carecía del contraste entre los vividos ojos de Elega y sus pálidos cabello y piel. De pie juntas, eran la versión exterior e interior la una de la otra. El rubio más profundo del cabello de Myste no debía parecer como oro fino a la luz de las velas, pero debía tener una reluciente intensidad a la luz del sol. El tono de su piel prometía que debía broncearse bien. Al mismo tiempo, el color menos espectacular de sus ojos parecía adecuado para mirar a distancia bajo una luz brillante en vez de para penetrar los secretos ocultos en los rincones y las conversaciones.

La cualidad lejana de la mirada de Myste se hizo evidente cuando entró en la habitación: sus pensamientos debían haber estado en otro mundo. Pero quedó extrañamente realzada cuando Elega le presentó a Terisa. Inmediatamente pareció ávida, tan abrumada por la maravilla que casi se echó a temblar..., y sin embargo su ansiedad pareció pasar a través de Terisa hasta posarse en algo detrás de ella, algún conjunto de posibilidades que arrojaba a sus espaldas como una sombra. Esta impresión fue tan fuerte que Terisa miró instintivamente a su alrededor, medio esperando descubrir a alguien a sus espaldas.

—Mi dama. —Myste se inclinó profundamente en medio de un remolino de seda amarilla, casi tanto para honrar a Terisa como para ocultar su enrojecimiento.

Terisa casi se sintió presa del pánico. Impotente y alarmada, lanzó una muda llamada a Elega.

Como respuesta, Elega apoyó una mano en el hombro de su hermana.

—Muy bien hecho, Myste —dijo, algo secamente—. Sin embargo, parece que



tanto homenaje hace sentirse un poco incómoda a Terisa. La llamo Terisa a petición suya.

Seguramente querrá que tú hagas lo mismo.

—Por favor —suplicó Terisa inmediatamente. Esta vez era agudamente sincera.

Dama Myste se alzó. Al parecer, su rojez era un signo de excitación antes que de azaramiento: no mostró ninguna vergüenza ni timidez. Su mirada, sin embargo, pareció enfocarse mejor ahora en Terisa.

—Eres bienvenida aquí, mi dama —dijo con voz amable—. Estoy segura de que conseguiré llamarte Terisa dentro de un momento..., cuando haya calmado los latidos de mi corazón. —Rió de una forma que inmediatamente le recordó a Terisa la sonrisa del Rey Joyse—. Discúlpame si te he turbado. Quizá no te des cuenta del honor que nos haces. Hay tantas cosas que desearía preguntarte.

—Es un honor —confirmó Elegia antes de que Terisa pudiera protestar—. Según los estándares de Mordant, sólo somos dos mujeres que vivimos con nuestro padre simplemente porque éste no ha podido casarnos. Los señores y personajes que pasan por Orison no se sienten obligados a visitarnos o a mantenernos informadas. Sólo fue por casualidad que yo estaba con el Rey cuando...

Más urgentemente, prosiguió:

—Myste, no lo creerás. Padre se ha superado a sí mismo. —Con rápidas y breves frases, le contó a su hermana la audiencia de Perdon con el Rey Joyse. Luego concluyó—: Quince mil hombres, Myste. El Perdon no tiene más que tres mil. Y sin embargo padre no lo reforzará.

»Ha ido demasiado lejos. Hay que acabar con esto.

—Elegia, es nuestro padre —objetó Myste—. Por supuesto que no comprendemos sus intenciones. ¿Cómo podríamos, cuando sabemos tan poco de lo que él conoce y teme? —Al contrario que Elegia, ella no se quejaba de su ignorancia: simplemente establecía un hecho—. Pero no debemos precipitarnos en juzgarle. Están ocurriendo grandes cosas en Mordant. Parece que la guerra está cerca. Un caos de Imagería nos amenaza. Y dama... —miró a Terisa, enrojeció de nuevo momentáneamente, y se obligó a continuar—: Terisa. —Dirigió a Terisa una sonrisa dulce—. Terisa ha venido a nosotros salida de un espejo. Se rumorea que viene como respuesta al augurio. No debemos precipitarnos en juzgar.

—Myste, eres incurable. —Una pequeña línea de arrugas frunció la frente de Elegia—. Si el Monomach del Gran Rey cayera sobre nosotras, me asesinara delante de tus ojos, y alzara tus faldas con su espada, dirías que no debemos precipitarnos en juzgarlo.

—Confío —dijo gravemente dama Myste, pero sin irritación— que el Monomach del Gran Rey tenga más honor.

—¡Oh, eres una estúpida! —exclamó suavemente Elegia. Sus ojos violetas

llamearon en su pálido rostro. Pero de inmediato rodeó con sus brazos a su hermana y la abrazó hasta que su propia vejación desapareció. Cuando se echó de nuevo hacia atrás, sus gracias sociales habían vuelto a ella—. Pero incluso una estúpida y una gran dama de otro mundo —sonrió para demostrar que estaba bromeando— necesitan comer. Llamaré.

Se dirigió al cercano cordón de una campanilla y le dio un tirón. Luego se retiró a otra habitación.

Poco después, Terisa la oyó hablar en voz baja con alguien, probablemente un criado. Y no mucho después de eso una camarera cargada con bandejas apareció en el comedor y empezó a preparar la mesa.

Mientras tanto, sin embargo, Terisa quedó a solas con Myste.

La cualidad particular de la mirada —y la atención— de Myste la puso nerviosa. Descubrió que no le costaba demasiado que le gustara Myste, pero que no deseaba que la dama la mirara. La forma en que Myste parecía ver las cosas que existían a través de o detrás o más allá de Terisa le daba la impresión de que estaba empezando a desvanecerse de nuevo. Involuntariamente, recordó que el espejo que la había traído a ella hasta aquí era falso.

—Hay tanto acerca de todo esto que no comprendo. ¿Por qué el rey, vuestro padre, se muestra tan pasivo? ¿Qué razón puede haber para no apoyar al Perdon?

—Ah, mi da..., Terisa. Tocas aquí una cuestión que ha dividido a esta familia hasta su mismo corazón, y seguimos sin tener una respuesta. —La dama hizo un gesto hacia un diván—. ¿Quieres sentarte?

Se hundieron profundamente en los confortables almohadones, y Myste prosiguió:

—No llevas mucho tiempo entre nosotros. Y parece que nuestra política es no revelarte demasiadas cosas de nosotros mismos. —Su fruncimiento de ceño expresó su desaprobación tan efectivamente como su propia admisión—. Puede que no te des cuenta de que nuestro padre tiene *tres* hijas. Nuestra hermana mediana, Torrent, que acompaña a nuestra madre, la Reina Madin, ya no vive con nosotras. Tienen su hogar en Romish..., o en una propiedad justo en las afueras de Romish, creo, porque nunca he estado allí..., con la familia de nuestra madre entre los Fayle.

»Hace dos años, eso no era cierto. Entonces estábamos todas juntas. Y yo me alegraba de ello, aunque no puedo decir que fuéramos felices.

Terisa permaneció inmóvil, sin decir nada. Captaba el tipo de historia que iba a venir. La misión la había enseñado a escuchar historias como aquella.

—Creo que te gustaría mi madre, mi... Terisa. Es una mujer que sabe lo que piensa, un hecho que en ocasiones proporcionó a mi padre no poca exasperación. —Myste sonrió ante el recuerdo—. Si escuchas a Elega, te hará creer que no hay cinco mujeres como ella en todo Mordant. Pero mi opinión es que la juzga mal. Mi opinión

es que simplemente a las mujeres les falta el valor de seguir sus sueños. —Mientras decía esto, su mirada pareció dirigirse hacia la pared opuesta, como si la piedra fuera translúcida—. Sin embargo, nadie puede negar que la Reina Madin es una de las pocas que se conoce lo suficiente a sí misma, o es lo bastante valiente, como para insistir en sus propios deseos.

»Esto explica, creo —comentó como una digresión—, el hecho de que ella permitiera a Elegia romper su compromiso con Geraden de Domne, pese a que había sido el propio Rey quien lo había establecido. Nuestra madre se alegraba de tener a una hija que sabía también lo que quería.

»Bien, Madin —resumió la dama— amaba a Joyse desde pequeña, desde mucho antes de que él se convirtiera en Rey de Mordant, y él la amaba también a ella. De hecho, se cuenta sólo un poco como broma que él empezó las campañas que lo condujeron a su reinado a fin de librarse de los obstáculos que impedían su pasión por ella. En consecuencia, cuando hubo establecido el Demesne bajo su gobierno, y hubo llevado el Care de Fayle a la libertad y a su servicio, se arrojó a los pies de ella y le suplicó que entrara en su posesión, como su padre el Fayle había hecho.

»Ante su asombro —Myste sonrió de nuevo—, ella lo rechazó. No negó que lo amara completamente, pero no lo quería para marido ni para amante. Él había puesto su mano sobre la guerra como un granjero sobre un arado, y no debía alzarla hasta que sus campos estuvieran labrados y sembrados. Pero, mientras su mano estuviera sobre ella, su tiempo y su vida pertenecían al derramamiento de sangre. Estaba preparada para compartir con él muchas cosas, dijo, pero no con una amante tan avara como la guerra, donde cada lanza y flecha y espada de sus enemigos ansiaba las riquezas de su corazón. Si su voluntad no cambiaba, y si seguía aún con vida, sólo tenía que mandarle aviso cuando sus guerras hubieran terminado, y ella acudiría a él a cualquier parte del mundo que estuviera.

»Bien, él es un hombre. Por supuesto que se puso furioso. Pero también es un buen hombre. Cuando llevaba ya furioso un cierto tiempo, que él describe como días, pero que ella informa que fue *un poco* más, se echó a reír fuerte y prolongadamente. Juró que no había ninguna otra mujer viva que encajara con él mejor de lo que ella lo hacía, y juró sobre su juramento que, ocurriera lo que ocurriese, aquella resolución no hacía más que aumentar su estimación por ella. Luego se alejó a lomos de su caballo, alardeando, como suelen hacer todos los hombres jóvenes, que tenía intención de conquistar tanto Cadwal como Alend antes del próximo invierno.

»Desgraciadamente, no cumplió lo alardeado. Pasaron muchos años antes de que pudiera llamarse a sí mismo Rey sin temor a que el título le fuera arrancado de las manos en la batalla del día siguiente. Y, cuando consiguió eso, se volvió hacia otro tipo distinto de guerra, la lucha por unificar toda la Imagería en la Cofradía. Siempre que tenía ocasión, la visitaba para que ella pudiera ver que no había cambiado con

respecto a su acuerdo. Pero sus guerras no habían terminado.

»Finalmente, ella se hartó. Partió de Romish a lomos de un caballo sin otra compañía o protección que su doncella, y cabalgó a través de las colinas y los bosques de Mordant hasta que finalmente halló el lugar donde él estaba luchando. Él y sus hombres, con el Adepto Havelock entre ellos, acababan de terminar una batalla contra un maligno Imagero, y él estaba cubierto de cenizas de la cabeza a los pies. Sin embargo, ella cabalgó hasta él, como él mismo cuenta, como si estuvieran siendo presentados el uno al otro en la sala de audiencias de Orison, y dijo: "Mi señor Rey, ¿cuánto tiempo más va a durar esto?"

»Él miró a sus hombres, y luego la miró a ella. Por un momento, dice, estuvo tentado de hacer alguna observación estúpida. Ella era una mujer que había cruzado el país a caballo sin nadie más que una doncella a su lado, y cinco de sus hombres acababan de ser abatidos. Pero se lo pensó mejor. En vez de ello, la ayudó a bajar de su montura, y la llevó a su tienda, y le explicó todo lo que estaba haciendo y todo lo que quedaba aún por hacer.

»Cuando hubo terminado, ella dijo: "Mi señor Rey, esto puede ocuparte otros diez años o más".

»Él asintió. Su estimación era exacta.

»"Eso es demasiado", dijo ella. "Ya he tenido suficiente de esperar. ¿Hay algún hombre en tu campamento cualificado para officiar una ceremonia de boda?"

»Mi padre dice que se la quedó mirando con la boca abierta durante más de una hora antes de comprender, pero ella insiste en que él no pareció desconcertarse durante más de un momento o dos. Luego dejó escapar un aullido y la abrazó tan estrepitosamente que el palo de la tienda se rompió y la tienda se derrumbó encima de ellos.

»Sin embargo, fue él quien insistió en que regresaran inmediatamente a Orison para un completo y elaborado rito matrimonial. Él dice que ella no se merecía menos. Desde el punto de vista de mi madre, sin embargo, él deseaba sobre todo apartarla del peligro de las batallas y llevarla a la seguridad de su Demesne.

»Su unión —Myste miró a Terisa mientras proseguía, y Terisa vio en el rostro de la dama felicidad y tristeza a la vez— fue lo que algunos han llamado "alegremente pendenciera". Ciertamente, los dos sabían exactamente lo que querían. Para aquellos que los observaban, cada compromiso que alcanzaban parecía necesitar veinte años en ser elaborado. Pero también veíamos cómo los ojos de él brillaban bajo su irritación cuando ella lo contradecía. Y oíamos la calidez y la lealtad con que ella hablaba siempre de él cuando él estaba ausente. Yo lo llamaría un buen matrimonio, Terisa.

»Su final —suspiró— fue a la vez lento y repentino.

—¿Qué ocurrió? —Terisa pensaba en sus propios padres, intentando hallar algún

punto en el que su relación hubiera tenido algo en común con lo que acababa de oír.

Tristemente, Myste dijo:

—Él se volvió pasivo. Su chispa se apagó. Más y más del tiempo que debería ocupar con los asuntos de gobierno lo pasaba encerrado con el loco Havelock, jugando, o eso decía él, al brinco. Cada vez se tomaban menos decisiones. Los peligros y las señales de peligro eran ignorados. Su pueblo no recibía justicia. No de golpe, sino a lo largo de un período de años, se convirtió en lo que algunos lo llaman ahora..., un viejo senil. Retiene sólo lo suficiente de su gobierno, y de la lealtad de sus seguidores, como para evitar que su trono le sea usurpado. El resto lo ha dejado de lado.

»Esto ha sido un gran pesar para todas nosotras, pero para nuestra madre fue un golpe directo al corazón. Valoraba la mente de él tanto como la de ella misma. Sin embargo, ahora, él sólo discutía con ella sobre asuntos triviales, como si no habría que enseñar a sus hijas el brinco en vez del punto de cruz. Lo soportó todo hasta que llegó un momento en que dijo basta. Entonces se enfrentó a él.

»"Viejo", le dijo..., por expreso deseo suyo, sus hijas estaban presentes, "esto tiene que terminar. La malvada Imagería está maquinando. Tus enemigos se agrupan como chacales a tus talones. La inquietud alcanza visos de rebelión entre los Cares. Y, mientras todo esto transpira, tú juegas al brinco con ese estúpido de Havelock. Digo que esto tiene que terminar".

»"Querida", respondió él, como si ella acabara de herirle injustamente, "te negaste a casarte conmigo durante años porque yo estaba en la guerra. ¿Deseas que vaya a la guerra de nuevo?"

»"Entonces yo era joven y soltera", respondió ella. "Ahora, por elección propia, soy tu esposa. Como Rey de Mordant, tú eres mi esposo. He aceptado tu reino, y espero que tú hagas todo lo que tu reino te exija. El deber es tuyo, y debe ser enfrentado."

»"Ciertamente", respondió él, con un toque de su antigua dureza, "soy el Rey de Mordant. Y nadie excepto el Rey puede decirme dónde están mis deberes. Ya he consultado conmigo mismo al respecto, y sigo exactamente mi propio consejo".

»Ante aquello, nuestra madre se levantó de su silla. "Entonces lo seguirás sin mí. Te quiero inmensamente, y no puedo soportar ver la ruina en que te estás convirtiendo y en que estás convirtiendo todo lo que en un tiempo apreciaste."

»Mi padre la contempló marcharse. Cuando se hubo ido, lloró intensamente, como si algo se hubiera desgarrado en su interior. Pero no dijo ninguna palabra para justificarse, o para tranquilizarla, o para pedirle que volviera.

»Torrent se fue con ella porque creía que ella tenía *razón*. Elega sigue aquí...

Por aquel entonces, dama Elega había vuelto.

—Sigo aquí —interrumpió, con ojos llameantes— porque hay que hacer algo por

Mordant..., y ese algo no puede hacerse en Romish. Cualquier acción que pueda salvar el reino ha de ser emprendida en Orison. Quiero formar parte de ella, si puedo.

»Por su parte —prosiguió, sin apenas ocultar su desdén—, mi hermana sigue aquí porque sueña que el Rey se alzaría un día para defender su reino..., si confiamos en él el tiempo necesario.

Myste suspiró de nuevo.

—Quizá.

Inmediatamente, Elega se disculpó.

—Perdoname, Myste. No debería hablar tan duramente. La forma en que ha tratado al Perdon me ha trastornado. Quizá la auténtica razón de que sigas aquí es para que él tenga, ocurra lo que ocurra, el consuelo y la compañía de al menos una de las mujeres que le quieren.

O quizá, pensó Terisa, lo hace para que al menos un miembro de la familia sea testigo de lo que le ocurra. Su propia madre había permanecido hasta su muerte con su padre, pero no había habido ninguna resolución en ella. La resolución requería decisión, y su madre era incapaz de ello. Simplemente había sido elegida por su esposo, y ella había aceptado el derecho de él de hacerlo. Era posible que aquella fuera la única forma que conocía de creer en sí misma.

Entonces Elega se volvió hacia Terisa.

—Pero no te hemos invitado aquí para contarte estas historias. —Se obligó a sonar más alegre—. Como ha dicho mi hermana, hay mucho que querríamos saber de ti. Y el almuerzo ya está preparado. ¿Comemos mientras hablamos?

Casi sin pensar, Terisa respondió:

—En realidad, no tengo mucho que decir. —El contraste entre su propia vida y la historia que acababa de oír la avergonzaba un poco, como una demostración de lo insustancial que había sido siempre. Contra la amenaza de una muerte violenta, ella no tenía ninguna realidad en absoluto—. Sois muy amables. Pero sólo estoy aquí por accidente. No soy una Imagera. No tenemos Imageros..., allá de donde vengo. Algo fue mal cuando Geraden hizo su espejo. O durante su traslación. —De nuevo se dio cuenta de que sonaba como su madre. Pero, ¿qué otra cosa podía decir?—. Ni siquiera sé por qué dejé que me convenciera de ir con él.

Entonces, para que todo quedara dicho y cerrado, concluyó:

—De hecho, en estos momentos ya hubiera debido estar de vuelta a mi mundo. Pero, de alguna forma, el espejo cambió. Geraden ya no puede hacer que funcione.

Se detuvo. Su corazón latió en su garganta como si acabara de decir algo peligroso, y el extraño deseo de llorar que la había invadido cuando pensó en Geraden en las porquerizas volvió a ella.

Mirándola con la boca abierta como si alguien, algunas habitaciones más allá, estuviera realizando un hecho prodigioso, Myste jadeó:

—¿Es posible eso? Oh, ¿es posible? —Pareció pensar que lo que acababa de oír era algo más maravilloso que cualquier otra revelación que hubiera podido llegar a sus oídos.

En contraste, Elega echó la cabeza hacia atrás como si alguien inferior la hubiera abofeteado, y sus ojos llamearon. Lentamente, manteniendo su voz bajo un rígido control, preguntó:

—¿Pretendes decir, mi dama, que no tienes ninguna razón para estar aquí? ¿Ningún propósito? ¿Que no has venido para representar tu papel en la necesidad de Mordant? ¿Quieres que creamos que no eres más que una mujer normal? ¿Que este «accidente», como lo llamas, no hubiera debido ocurrirte?

Terisa deseó no contestar. El ímpetu de la demanda de Elega era hiriente. Sin embargo, era ella misma quien había creado aquella situación, y reunió todo su valor para enfrentarse a ella. En ese sentido, al menos, podía intentar no ser como su madre.

—No soy ninguna dama. Soy secretaria en una misión. —Mantuvo su espalda recta y su cabeza erguida—. Ellos me necesitan. No mucha gente puede permitirse realizar ese trabajo por lo que me pagan por él. Pero perderé mi trabajo si no vuelvo pronto. El Reverendo Thatcher no puede ocuparse solo de la misión.

»Eso es todo. Vivo en un apartamento. Como y duermo. Voy a trabajar. Eso es todo.

Por un momento pensó que Elega iba a burlarse de ella. Myste murmuró:

—Eso es maravilloso. Maravilloso. —Su mirada se enfocó más precisamente en Terisa—. Siempre he deseado que fuera posible una cosa así. —Pero el rostro de Elega era febril con la intensidad de lo que sentía, y se había envarado como si estuviera a punto de escupir ácido.

—Hubieras debido ir tras el Perdon —dijo Terisa apagadamente—. Él y el Maestro Eremis son los que quieres.

Como respuesta, la dama intentó sonreír.

Al principio fue una expresión enfermiza, pero Elega dominó sus rasgos y obligó a que se sometieran a ella. Dulcificó su postura con un esfuerzo de voluntad.

—Mi dama, esto es innecesario. No pertenecemos a ninguna de las facciones de la Cofradía. No tenemos aliados secretos entre los enemigos de Mordant. No te manipularemos ni te traicionaremos. Somos mujeres como tú, no hombres egoístas hambrientos de poder. Puedes confiar en nosotras. Quizá seamos las únicas personas en Orison en las que puedes confiar. Este fingimiento es innecesario.

Myste miró de inmediato a su hermana.

—Elega, Terisa no tiene ninguna razón para mentirnos. Estoy segura de que no lo está haciendo. No es ningún fingimiento.

Con una expresión salvaje que hubiera encajado perfectamente en el Castellano

Lebbick, dama Elega llameó:

—*Tiene que serlo.*

Un instante más tarde se controló. Intentó sonreír de nuevo. Ahora, sin embargo, parecía una mujer reprimiendo valerosamente el deseo de vomitar.

—Lo siento —dijo Terisa—. Lo siento.



## El Maestro Eremis en acción

Las damas Elegia y Myste lucharon por mantener con Terisa una conversación intrascendente mientras almorzaban juntas, pero no tuvieron mucho éxito. Myste sonreía como si mantuviera un secreto tras su lejana mirada; formuló a Terisa preguntas educadas acerca de lo que había visto y hecho en Orison. Elegia enmascaró una dominante impaciencia picoteando su comida y llenando los silencios con agudas descripciones de la vida que Terisa hubiera podido llevar, de haber vivido y crecido en Mordant: una vida segura, insufriblemente dilatada en su irrelevancia esencial respecto a su propio destino. Evidentemente, ninguna de las dos decía lo que tenían en sus mentes.

También resultaba evidente, sin embargo, que cada una se veía frenada no por Terisa, sino por la otra. El rápido y rígido momento de su desacuerdo había sido lo suficientemente intenso como para impresionarlas, hacerlas retirarse tanto de Terisa como de la otra. Sintió un activo alivio cuando finalmente Myste sugirió llamar a Saddith para conducir de vuelta a Terisa a sus aposentos pavo real.

En un estado de pronunciada incomodidad, las tres mujeres aguardaron la respuesta a su llamada. Afortunadamente, la llegada de Saddith fue rápida. Unos momentos más tarde, Terisa decía rígidamente adiós a las damas Myste y Elegia y estaba camino de vuelta a sus aposentos.

Saddith había mantenido durante todo el rato los ojos bajos en presencia de las hijas del Rey. Ahora, sin embargo, estudió francamente a Terisa. Al principio había inseguridad en sus ojos, pero lentamente fue dejando paso a una expresión de picardía y humor.

Cuando hubieron pasado los aposentos del Rey y estuvieron fuera de alcance de los oídos de los guardias, dijo con tono alegre e inquisitivo:

—Bien, mi dama. Ya has conocido a dama Elegia y a dama Myste. Son las dos damas más altas de Orison. ¿Qué opinas de ellas?

Creo, pensó Terisa, que ambas se sienten desdichadas. Pero no deseaba decirle nada así a Saddith.

El silencio de Terisa pareció confirmar a la doncella en su opinión. Para ocultar una afectada sonrisa, bajó los ojos a su desabrochada blusa, a la tela abierta tensa por la presión de sus pechos.

—Creo —dijo con satisfacción— que han olvidado quienes son.

—¿Qué quieres decir con esto? —Mientras caminaban, Terisa se dio cuenta de que observaba atentamente los rostros de todos aquellos con quienes se cruzaban, buscando alguna señal del hombre que la había atacado. Aquello era preferible a pensar en lo que había visto en los espejos del laborium.

—Son las más altas damas del país —explicó la doncella—. Poseen posición y riqueza, ricos trajes y joyas raras. Todos los mejores hombres de Mordant son suyos por derecho. Pero, ¿qué uso hacen de sus oportunidades? Dama Elega se burla de sus pretendientes. No desea un hombre..., desea serlo. Y dama Myste no dejará tras ella sus sueños adolescentes de romance y aventura.

Saddith rió con suavidad.

—Se hallan adecuadamente vestidas y situadas para ser lo que son. Pero son demasiado insensibles para ello. Ninguna de las dos es lo bastante mujer como para llevar la corte del Rey tal como debería ser llevada.

»Algún día, mi dama —añadió con confianza—, yo estaré entre ellas. Seré tan alta como cualquiera de las clamas de Mordant.

»El contraste no será ninguna ventaja para ellas.

La franqueza de la doncella le resultó extraña a Terisa. No estaba acostumbrada a que las sirvientas hablaran tan libremente. La curiosidad la impulsó a preguntar:

—¿No te gusta lo que haces ahora?

Saddith miró agudamente a Terisa ante aquello, como si evaluara la intención de la pregunta. Lo que vio, sin embargo, reafirmó su fe en la inocencia de Terisa; se relajó de inmediato y respondió sinceramente:

—Es bastante bueno por lo que es, mi dama. Antes de ser doncella, fui pinche en las cocinas de Orison. Y antes de eso, serví cerveza en una taberna cerca de donde está acampado el ejército de Mordant. Y antes de *eso* —hizo una mueca—, di de comer a los pollos y fregué suelos en el pueblo donde nací..., uno de los pueblos más miserables del Demesne. El empleo de doncella de una dama en Orison es bastante bueno, sí. Por lo que es.

»Pero no es bastante para mí.

Terisa meditó en aquello.

—¿Qué quieres decir?

Saddith respondió con una sonrisa lasciva y sus ojos chispearon.

—Mi dama, es en la cama donde los hombres dejan de lado sus fingimientos y se convierten en los niños esclavizados que son en lo más profundo de sus corazones. Cuando descubrí esto, mi pueblo de nacimiento ya no pudo retenerme. Un soldado de Mordant no fue capaz de separarse de mí, y así me halló un lugar en la taberna cerca de su campamento. Un cocinero de Orison no pudo soportar que mi cuerpo tuviera que sufrir las sucias manos de los soldados, y así me halló un lugar en sus cocinas. El querido hijo de un superintendente no pudo soportar el no complacerme, y así conseguí el empleo de doncella. Las camas de los hombres me han subido hasta aquí, y me subirán aún más.

»¿Recuerdas, mi dama, que pasé la otra noche con un Maestro? Mi posición en Orison está subiendo de nuevo.

Su complacencia hizo que su información le sonara a Terisa como un anuncio en un idioma extranjero. Bajo ninguna circunstancia hubiera revelado ella a nadie que el Maestro Eremis había acariciado la curva de su escote.

—Él cree —prosiguió Saddith— que me llevó a su cama como recompensa por haberme pedido un servicio y haberlo cumplido yo bien. Pero eso fue sólo un engaño para sí mismo, con el que conservar su ilusión de voluntad y poder. Se acostó conmigo porque no podía hacer otra cosa. Ha empezado a compartir sus confidencias conmigo. Pronto descubrirá que sus fingimientos desaparecen en público como lo hacen ya ahora cuando estamos solos. Entonces hallará algún lugar para mí, para elevarme más cerca de él. Pero yo elegiré ese lugar, no él..., y te aseguro, mi dama —concluyó con regocijo—, que elegiré un lugar que me abra el camino a los fuertes hijos de los señores de Mordant.

Se estaban acercando a la torre donde se hallaban los aposentos pavo real. Por un momento Terisa no dijo nada, aunque era consciente de la mirada de Saddith clavada en ella, medio expectante, medio divertida. Deseaba preguntar: *¿Funciona realmente? ¿Puedes vivir así? ¿Puedes ser feliz con ello?* Pero las palabras se encallaban en su garganta. Sin intención de hablar en voz alta, dijo:

—Nunca había encontrado a nadie como tú.

—Es muy sencillo, mi dama. —La doncella intentó responder gravemente, pero estaba casi riendo—. Sin embargo, puedes confiar en mi ayuda —añadió, hablando ahora más como una afectuosa hermana—. Si lo deseas, haremos de ti una mujer formidable —sonrió detrás de su mano—, al final.

Terisa subió las escaleras hasta sus aposentos con la cabeza llena de bruma. Se había disculpado ante las hijas del Rey. ¿Por qué? ¿Por no ser una poderosa Imagera, venida para salvar su mundo? ¿O simplemente por no ser lo suficientemente sustancial como para merecer su interés hacia ella, su amistad o alianza?

¿Deseaba que Saddith la ayudara a ser *formidable*?

—Pensaré en ello —murmuró tardíamente, mientras ella y Saddith se acercaban a los guardias de pie fuera de su puerta—. Esto es todo tan nuevo para mí. Necesito tiempo para pensar.

—Por supuesto, mi dama —dijo Saddith como correspondía a una doncella, pero la mirada con que los guardias contemplaron a Terisa daba la impresión de que Saddith les había hecho un guiño—. Permíteme que te ayude a desvestirte, y luego podrás estar a solas tanto tiempo como desees.

Uno de los guardias dejó escapar un sonido gutural como si se estuviera atragantando. Incapaz de hacer otra cosa, Terisa enrojeció de nuevo mientras Saddith la acompañaba al interior de sus aposentos. Tan pronto como la puerta estuvo cerrada, se volvió para ver si el Castellano Lebbick había cumplido su palabra.

Lo había hecho: la cerradura estaba reparada.

Los aposentos también habían sido limpiados y ordenados. Las plumas esparcidas de pavo real de la noche anterior habían desaparecido. Sobre una mesa cerca de la pared había una jarra de vino y varios vasos.

Se sintió aliviada cuando Saddith soltó los corchetes de la parte de atrás de su traje y la presión en torno a sus pechos desapareció. Sentía los pulmones estrujados, como si no hubiera respirado decentemente desde hacía horas. Se vistió agradecida con una blusa de franela, unos pantalones de pana y mocasines. Luego aguardó tan pacientemente como pudo hasta que Saddith hubo encendido los fuegos, rellenado las lámparas y partido.

Inmediatamente, Terisa cerró la puerta por dentro con el cerrojo. Luego fue al armario con la puerta oculta y se aseguró de que la silla estaba todavía bien apoyada contra aquella entrada. Era imposible que alguna vez llegara a ser *formidable*. No deseaba que ningún hombre la mirara como lo había hecho el Maestro Eremis.

A menos que el propio Eremis volviera a hacerlo. Sólo una vez. Para que ella tuviera la oportunidad de saber lo que significaba.

Pero, cuando fue a una de sus ventanas para contemplar el paisaje invernal de Orison e intentar extraer algún sentido de sus emociones, el rostro que recordó más vívidamente fue el de Geraden..., su expresión plana y neutra, mantenida rígidamente inexpresiva porque ella le había herido y él no tenía intención de mostrarlo.

Durante la tarde, mientras el sol se dirigía hacia las frías y blancas colinas del oeste, estaba contemplando un pelotón de guardias hacer ejercicio con sus monturas en el patio cuando vio por casualidad una figura parecida al Perdon salir a largas zancadas a la mezcla de nieve y barro que cubría el suelo. Le aguardaban varios hombres a caballo, con los hombros envueltos en gruesas capas contra el mal tiempo. Saltó a un caballo que mantenían sujeto para él. A toda la velocidad que los animales podían conseguir en aquel terreno, partieron de Orison.

Tuvo la impresión de que era un hombre que había tomado una decisión.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, se dio un baño, se puso sus propias ropas, e intentó decidir qué iba a hacer. Por alguna razón, no se había visto turbada por la sensación de que se estaba desvaneciendo..., pese a que había pasado la velada sola con sus temores y lo extraño de su situación; pese a que su existencia parecía ser más dudosa que nunca; pese a que no había espejos por ninguna parte, ningún tipo de cristal en el que pudiera verse reflejada. Sin embargo, su problema persistía. El espejo que la había traído hasta allí era falso. Ella no era una Imagera..., y Mordant necesitaba una ayuda al menos tan poderosa como la de un Imagero. Un hombre de negro había intentado matarla. Había visto unos hombres ser despedazados por criaturas surgidas de la nada. Gente que contaba con ella iba a resultar herida.

Tenía que hacer algo al respecto.

Bien, ¿qué, exactamente?

Seguía sin tener la menor idea.

Por esa razón, saltó en pie y corrió a responder cuando oyó una llamada en la puerta. Sonaba como el ofrecimiento de un rescate.

Descorrió el cerrojo y abrió de golpe la puerta.

El Maestro Eremis estaba al otro lado.

Llevaba consigo a Geraden.

—Buenos días, mi dama —dijo alegremente el Maestro—. Veo que has dormido bien. Tus ojos son más brillantes esta mañana..., cosa que no hubiera creído posible. Debo confesar, sin embargo —la miró de soslayo— que prefiero el atuendo que llevabas ayer. Pero no importa. He venido a escoltarte a la reunión de la Cofradía.

Aquello fue demasiado repentino. Su corazón aún estaba latiendo alocado en respuesta a su inesperada presencia.

—¿La Cofradía? —preguntó, como si fuera sorda o estúpida—. ¿Estoy invitada?

Instintivamente, se volvió hacia Geraden en busca de respuesta.

El rostro del Apr era deliberadamente inexpresivo. Parecía como un hombre que ha hecho el juramento de mantener ocultas sus emociones. Al parecer, aún se sentía dolido, pero no deseaba mostrarlo. ¿O estaba intentando simplemente mantener sus reacciones controladas ante el Maestro Eremis? No pudo decirlo.

Sin embargo, era la persona en quien confiaba para que le dijera qué estaba ocurriendo.

No cruzó su mirada con la de ella.

—En realidad, ninguno de los dos estamos invitados —dijo con voz neutra—. Pero el Maestro Eremis desea que vayamos con él de todos modos.

—Exacto —dijo el Maestro—. Te dije que deseaba mostrarte mi amistad. Y hoy la Cofradía va a intentar decidir qué acción requieren la presencia de dama Terisa y la necesidad de Mordant. Seguro que esta discusión tendrá un cierto interés para ti, mi dama.

Puesto que ella no le había herido de ningún modo —y puesto que no tenía la menor idea de dónde se hallaba exactamente con el Maestro Eremis o la Cofradía—, intentó hallar alguna forma de preguntarle a Geraden qué debía hacer. Pero las palabras se negaron a salir. La sonrisa de Eremis pareció detenerlas en su garganta.

Geraden escrutó la estancia. Aún con voz neutra, dijo:

—Puede que no sea agradable. Al menos la mitad de los Imageros van a sentirse ofendidos cuando nos presentemos sin haber sido invitados. Pero el Maestro Eremis no parece preocuparse por ello. Y la oportunidad es demasiado importante. No creo que debamos perdérsela.

Escucharle proporcionó a Terisa la extraña impresión de que había envejecido desde el día anterior.

Con un esfuerzo por mostrarle lo mucho que apreciaba su respuesta, dijo, sin mirar a Eremis:

—De acuerdo. Iré. —Pero permaneció firme ante el rápido e irritado fruncimiento de ceño del Maestro, aunque hizo temblar su corazón.

Desgraciadamente, la mirada de Geraden no se alzó más allá de sus rodillas; el Apr no se daba cuenta de que ella estaba intentando disculparse.

El Maestro Eremis zanjó la situación haciendo una exagerada inclinación de cabeza en dirección a la puerta y diciendo:

—¿Si tienes la bondad, mi dama? —Su burla era palpable, pero su rápida sonrisa le quitó todo el hierro. La forma en que la miraba le recordó a Terisa el contacto de sus dedos sobre la curva de sus pechos. Antes de estar completamente segura de lo que hacía, le devolvió una tímida sonrisa. De alguna forma, aceptó su brazo, y él la escoltó fuera de la estancia.

Geraden les siguió, aún impasible.

De inmediato, uno de los guardias dio un paso para llamar la atención sobre él.

—Maestro Eremis.

Eremis se detuvo, arqueó una ceja.

—¿Sí?

—Ordenes del Castellano Lebbick. Se supone que debemos saber dónde está la dama en cualquier momento. ¿Adónde la llevas?

Terisa se sintió algo sorprendida. Nadie le había mencionado aquellas órdenes el día anterior, cuando había abandonado sus aposentos con Geraden. Miró al joven, y vio que también él estaba sorprendido. Su inexpresividad desapareció, y se concentró como si estuviera pensando intensamente. El esfuerzo mejoró considerablemente su aspecto.

Pero esta discrepancia en el comportamiento de los guardias era algo de lo que evidentemente el Maestro Eremis no sabía nada.

—La he invitado a una reunión de la Cofradía —respondió suavemente..., ácido bajo una superficie de satén—. Indudablemente el Castellano Lebbick, es decir el Rey Joyse, desearán saber también lo que la Cofradía tiene intención de discutir en su presencia. —Frunció con desagrado la nariz—. E indudablemente sus espías se lo contarán poco después del acontecimiento. Sigamos, mi dama.

Como si fuera vestida para un baile de gala, la llevó ceremoniosamente escaleras abajo.

Su camino hacia las antiguas mazmorras de Orison fue el mismo que había utilizado Geraden ayer. Mientras lo recorrían, el Maestro inclinó ligeramente su alta estatura sobre ella, a la vez deferente, cortés y posesivo. Parecía como si estuvieran compartiendo secretos. Ella, sin embargo, no tenía nada que decir; toda la charla era de él. Terisa observaba a la gente con la que se cruzaban en busca de algún rostro que

podiera recordarle al hombre que la había atacado. Así que Eremis la cogió por completo con la guardia baja cuando comentó casualmente:

—El Perdon y yo hablamos extensamente de ti ayer, mi dama.

La sorpresa fue demasiado grande para que respondiera de inmediato. Seguro que ella no era el tipo de mujer sobre la que los hombres *hablan extensamente*.

El Maestro rió quedamente, como si ella hubiera dicho algo ingenioso.

—El Perdon tiene..., ¿cómo lo diría? —Saboreó anticipadamente la palabra—. Una *enorme* experiencia con las mujeres, pero él y yo estuvimos en desacuerdo respecto a cuál de tus muchos atractivos es el más delicioso. He prometido darle mi respuesta cuando él regrese a Orison.

La idea la hizo estremecer. ¿Qué quería decir con aquello? Algo íntimo y presuntuoso..., pero, ¿qué? Su mente permaneció testarudamente cerrada a la cuestión. ¿Cómo podía tocarla? ¿Qué emociones podía extraer de ella? Era tan ignorante: ignorante respecto a los hombres, por supuesto, pero también respecto a ella misma.

Inconscientemente, sujetó el brazo del hombre como si tuviera frío y necesitara algo de calor.

Cruzaron la sala de baile en desuso con Geraden tras ellos, y enfilaron el corredor que descendía hasta el laborium de la Cofradía. De nuevo perdió inmediatamente el sentido de la orientación entre los giros y las puertas; pero finalmente reconoció el pasillo recto que conducía a la antigua sala de torturas que los Imageros utilizaban ahora para sus debates. Los guardias del exterior saludaron, luego abrieron la enorme puerta para que el Maestro Eremis, Terisa y Geraden entraran en la sala de reuniones.

Desde su perímetro, más allá de las cuatro enormes columnas que sostenían el techo, la enorme sala redonda parecía cerrarse en torno a los Maestros que ya se habían congregado allí. Pero cuando Eremis llevó a Terisa hacia el curvado círculo de bancos y la mejor luz de las lámparas, la perspectiva de ésta cambió; el espacio empezó a dar la impresión de ser menos opresivo, un poco menos parecido a una cripta enterrada bajo una enorme masa de vieja piedra.

Había al menos diez Imageros mirándoles a ella y a Geraden cuando el Maestro Eremis los condujo a su lugar. Algunos de ellos estaban sentados en los bancos, inclinados hacia delante o hacia atrás junto a la barandilla tallada que rodeaba el centro de la cámara; el resto permanecía en torno al estrado. Hacía dos días, aquel estrado había contenido el espejo de su traslación. Ahora, sin embargo, no había ningún espejo presente. Como resultado de ello, el estrado parecía más lo que en su tiempo había sido: una plataforma elevada para mostrar el interrogatorio de los prisioneros.

Terisa no tuvo ningún problema en identificar al Maestro Barsonage: recordaba su cabeza calva, sus cejas como mechones de aulaga, su rostro con el color y la textura

del pino recién cortado, su amplia cintura. Y recordaba vagamente a otros dos o tres de los Imageros: debían haber estado cerca cuando Geraden la sacó del espejo. Pero la mayoría de los Imageros tenían un aspecto extraño y hostil, como si estuvieran preparados para juzgar inadecuada su presencia. Para cuestionarla sin piedad.

—¿Qué significa esto, Maestro Eremis? —preguntó hoscamente el Maestro Barsonage—. ¿No determinamos explícitamente que ni el Apr Geraden ni la dama deberían tomar parte en nuestras discusiones?

Geraden estudió la áspera piedra del techo.

—Tú lo hiciste, Maestro Barsonage —respondió el Maestro Eremis con buen humor—. Pero estoy preparado para persuadir a la Cofradía de lo contrario.

El mediador frunció severamente el ceño.

—Esto no me complace. Es frívolo. Nuestra supervivencia, y por supuesto el destino de todo Mordant, depende de las decisiones que tomemos. No tenemos ni el tiempo —miró fijamente a Eremis— ni la paciencia de reabrir decisiones ya tomadas.

Varios de los Imageros asintieron con la cabeza, murmuraron su conformidad. Eremis no parecía muy popular entre ellos.

—No nos precipitemos —intervino una voz familiar, como si el que hablaba fuera tímido y no le gustara atraer la atención hacia él—. Por mi parte, Maestro Barsonage, estoy dispuesto a oír al Maestro Eremis. Quizá le preocupe muy poco la dignidad de la Cofradía, pero seguro que no es frívolo.

Hasta que oyó su voz, Terisa no se dio cuenta de que el Maestro Quillon estaba sentado en uno de los bancos a medio camino del círculo, al otro lado de ella. Su ropaje gris y su indescriptible porte se mezclaban con el fondo de piedra. Involuntariamente, su mirada se posó en él, y se alegró de inmediato de ver a alguien al que consideraba un amigo, y temió que en su presencia no fuera capaz de guardar adecuadamente su secreto. Pero él no respondió a su mirada. Sus brillantes ojos observaban a los demás Maestros, y su nariz estaba fruncida en alerta.

—En cualquier caso —dijo el Maestro Eremis, arrastrando las palabras—, es mi derecho traer ante la Cofradía lo que considere conveniente. Ésta es una de nuestras reglas, Maestro Barsonage, como sabes muy bien.

—Eso es cierto —dijo un Imagero. Otro le apoyó.

El Maestro Barsonage dejó escapar un bufido, pero no se preocupó de discutir el punto. Se dio la vuelta y reanudó su conversación con los Maestros de pie a su lado.

Por un momento, el Maestro Eremis le sonrió a las espaldas del mediador. Luego condujo a Terisa hacia un banco vacío y la sentó allí, con la barandilla entre ella y el centro de la cámara. Con un gesto, medio brusco, medio alegre, ordenó a Geraden que se sentara también en el banco. El propio Eremis se quedó en pie, sin embargo. Desde su asiento, Terisa recibió una exagerada impresión de lo alto que era con respecto a todos los demás que estaban en sus inmediaciones.



La estancia no parecía tan fría como lo había sido dos días antes.

Solos o en pequeños grupos, llegaron más Imageros. Terisa observó ahora que dos o tres de ellos eran lo bastante jóvenes como para ser Aprs recién ascendidos..., tan jóvenes como Geraden. Entre los demás había algunos a los que reconoció: el fornido Maestro Gilbur, con el ceño profundamente surcado en la gruesa carne de su rostro encima de su barba blanca salpicada de negro, su gibosa espalda equilibrada por la fuerza de sus manos. Recordó su voz, tan gutural como el mordisco de una sierra. Pero, jóvenes o viejos, familiares o no, todos la miraban y le fruncían el ceño a Geraden. Al parecer, ninguno de los Maestros había mejorado su opinión sobre el Apr y ella. Mientras pasaba por su lado, Gilbur croó retóricamente:

—¿Qué estupidez es ésta?

Al cabo de poco, oyó al Maestro Barsonage murmurar:

—Bien, ya estamos todos. Empecemos. —Los Imageros se dirigieron a sus bancos, con sus casullas amarillas oscilando. No había escapatoria: todas las puertas estaban cerradas. Y los pasadores echados, de modo que sólo podían abrirse desde dentro. La Cofradía valoraba su intimididad. Si el Maestro Eremis no la hubiera traído tan seguro de sí mismo, ella nunca hubiera podido entrar. No tenía nada en ella que le permitiera enfrentarse a veinticinco o treinta hombres antagónicos.

Tan pronto como todos los Maestros estuvieron sentados y el mediador estuvo solo al lado del estrado, dijo bruscamente:

—Sé breve, Maestro Eremis. Tenemos cuestiones más importantes que tratar.

Como respuesta, el Maestro Eremis avanzó unos pasos. Su sonrisa parecía tranquila, inmune a los insultos; pero su piel tenía un tono sanguíneo subyacente, y sus pálidos ojos brillaban peligrosos.

—Maestro Barsonage —dijo en tono conversacional—, con la deferencia requerida a tu edad, puesto y experiencia, dudo que tus cuestiones sean más importantes que las mías.

»Nadie aquí ha dejado de notar que he traído conmigo a dos personas a las que se les ha prohibido expresamente su asistencia a esta reunión..., el Apr Geraden y dama Terisa de Morgan. —No miró a ninguno de los dos: estaba actuando para los Maestros—. Ellos *son* las cuestiones que debemos afrontar. Él representa el poder, porque seguimos sin comprender cómo consiguió encontrarla a ella en un espejo enfocado sobre nuestro campeón elegido.

Geraden bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Ella representa la acción..., la acción que deseamos tomar para nuestra propia seguridad y la salvación de todo Mordant. ¿Qué es más fundamental en nuestra discusión, si no ellos?

»Consideremos primero al Apr Geraden...

—¡Puagh, Eremis! —interrumpió rudamente el Maestro Gilbur—. Todo esto ya

se ha dicho. Un niño podría presentar los mismos argumentos. Vayamos al asunto.

—¿El asunto, Maestro Gilbur? —Eremis hizo oscilar sus cejas—. ¿Quieres que deje de lado el espléndido discurso que he preparado para esta solemne ocasión? Muy bien. Confiaré en tu penetrante buen sentido y no haré más defensa de mi proposición.

»¡Propongo —alzó bruscamente la voz hasta que resonó en las paredes de piedra — que al Apr Geraden le sea concedida la casulla de Maestro!

Los Maestros se le quedaron mirando con la boca abierta mientras su grito moría en los rincones de la estancia. Geraden alzó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos por la emoción. Terisa pensó: *Quiero mostrar mi amistad hacia ti*. Así que era eso lo que había querido decir. El Maestro Eremis había estado planeando conseguir el reconocimiento del Apr, ver que finalmente fuera recompensado por sus años de devoción. No pudo comprender por qué la expresión en el rostro de Geraden no era ni de placer ni de gratitud, sino más bien de temor.

Luego, en medio del silencio, oyó un débil sonido como una risa ahogada. Escrutó el círculo, y vio al Maestro Quillon mordiéndose el filo de la mano para refrenarse.

Varios otros Maestros no tuvieron tanto éxito. Uno de ellos dejó escapar una carcajada como el estallido de un odre lleno de vino, y media cámara estalló en risas y carcajadas.

Lentamente, la piel de Geraden se volvió roja hasta que pareció que iba a prenderse fuego.

La sonrisa del Maestro Eremis era como su mirada..., a la vez aguda, ominosa y enormemente divertida.

El mediador no rió. Se enfrentó al Maestro Eremis con la mandíbula adelantada. Se hizo oír sin esfuerzo por entre las risas de los Imageros.

—Maestro Eremis, no es justo humillar al Apr de este modo.

—¿*Humillar*, Maestro Barsonage? —respondió de inmediato el Maestro Eremis, con tono de protesta y ultraje, aunque sin perder su sonrisa—. Hablo completamente en serio. —Más risas recibieron su afirmación. Como respuesta, les gritó a todos los Maestros—: ¡El Apr Geraden ha realizado algo que ningún Imagero antes que él consiguió nunca! ¡Ni siquiera el archi-Imagero Vagel usó los cristales como *él* lo ha hecho! ¿Os reiréis de él? ¡Por la arena pura de los sueños, *no* lo haréis! —Su voz acalló las risas a su alrededor—. ¡Geraden merece la casulla tanto como cualquiera de vosotros, y quiero que se responda a mi proposición!

Seguía sin perder su sonrisa.

—Oh, vaya —dijo el Maestro Gilbur antes de que nadie más pudiera hablar—. Yo responderé a tu proposición. —Su sarcasmo era tan afilado como un hacha—. Estás soñando, Eremis. Has metido la cabeza en un espejo plano y la has sacado tan loco

como Havelock. ¿Hacer a Geraden un Maestro? ¿Debo explicarte esto?

—Deberías, por supuesto —respondió el Maestro Eremis con una voz como dulce veneno, mientras el resto de la Cofradía lo observaban en varios estadios de incertidumbre e irritación—. Ignoraré la ofensa, pero necesito la explicación.

—Entonces la tendrás —gruñó Gilbur—. No podríamos aceptarle en la Cofradía, ni siquiera aunque fuese el mayor Imagero de todos los tiempos conocidos. No tenemos su lealtad. Aunque su cuerpo nos sirve, su corazón y su mente pertenecen al Rey Joyse. No es ningún secreto que cuando se fue con ella de aquí hace dos días la llevó directamente al viejo senil. ¿Pero qué le dijo a ella durante el camino? Pregúntaselo, Eremis. ¿Qué le dijo de nosotros al Rey? Pregúntale *eso*. ¿Y cómo ha servido a nuestros intereses con ella desde entonces? El Maestro Barsonage le ordenó que no le revelara nada hasta que la Cofradía hubiera tomado sus decisiones. Apostaría a que esa orden fue quebrantada antes de que el Apr Geraden y la dama abandonaran esta cámara.

Los músculos en las comisuras de los ojos de Geraden se crisparon a cada palabra. Sin embargo, no bajó la cabeza ni desvió la vista. En vez de ello se puso pálido, como si sus emociones estuvieran siendo extraídas de él, dejándole crispado y atento. Reteniendo el aliento por él, Terisa pensó que en cualquier momento a partir de ahora alguien iba a mencionar el espejo plano que había cambiado. Luego se le pediría que explicara qué estaban haciendo ellos dos allí.

—Apr Geraden. —El Maestro Barsonage miraba fijamente a Geraden, sus ojos graves y solemnes—. Debes responder a esto.

La mandíbula de Geraden se crispó, y saltó en pie. Su deliberada inexpresividad le falló como una máscara inadecuada.

—Maestro Barsonage —dijo, mordiendo su voz para que no temblara—. Soy leal al Rey Joyse..., como todos nosotros deberíamos serlo. Él creó Mordant. Él nos dio la paz. Él hizo que naciera la Cofradía tal como es. Pero él —su voz restalló por un segundo— no tiene ninguna alianza conmigo. Respeté tus órdenes, Maestro Barsonage, mientras llevaba a dama Terisa de Morgan al Rey. Pero, cuando estuve ante él, le prestó tan poca atención como vosotros. Me dio las mismas órdenes. Y me retiró mi responsabilidad sobre la dama.

»El Maestro Gilbur da a entender que soy un espía de mi Rey. —El ácido rezumó más allá de su control—. No lo soy. ¿De qué serviría serlo? Si intentara contarle los secretos de la Cofradía, no me escucharía.

Se sentó, rígido.

Terisa captó su dolor y su necesidad. Al mismo tiempo recordó su sueño de un paisaje invernal, en el que tres jinetes cabalgaban hacia ella para matarla, y un joven vestido como Geraden luchaba por salvar su vida. Ella había permanecido inmóvil en aquel suelo, tan pasiva como lo había estado toda su vida.

Recordándolo ahora, se puso en pie.

—Él dice la verdad. —Temblaba, pero no permitió que eso la detuviera—. Os obedeció. Y el Rey Joyse lo despidió de su presencia. Le dijo que no respondiera a ninguna de mis preguntas. —Luego, impulsada por un secreto estallido de furia o de adrenalina, añadió—: El Rey tampoco me dio ninguna respuesta. Opina lo mismo que vosotros. No confía en mí.

El Maestro Quillon miró ausente a la nada.

Por un segundo, el rostro de Geraden brilló con alivio y agradecimiento. La vitalidad que le hacía tan agradable volvió. Pero la sonrisa que el Maestro Eremis volvió hacia ella era tan gentil y amistosa como el picotazo de un halcón.

Bruscamente, su valor falló. Se sentó e inclinó la cabeza, intentando ocultarla tras su pelo.

—Gracias, mi dama —dijo en voz baja el Maestro Barsonage—. Apr Geraden, es mi opinión que mereces una disculpa..., de parte del Maestro Gilbur, si no de nadie más.

El Maestro Gilbur dejó oír un ronco ruido como de escupitajo y murmuró:

—¿Consideráis que ese zopenco dice la verdad?

—Puesto que es improbable —el Maestro Barsonage afiló su tono— que el Maestro Gilbur, o cualquier otro Maestro, lo hagan, deberé disculparme yo por ellos. Cualquier hijo del Domne merece un tratamiento mejor del que tú has recibido.

—Esto no es lo importante —murmuró Geraden. Luego alzó la voz—. Me sentiría satisfecho simplemente si la Cofradía decidiera tratar a dama Terisa con más consideración.

—Muy bien —susurró secamente el Maestro Gilbur—. No está contento con una disculpa del mediador de la Cofradía. Ahora intenta enseñarnos prioridades y deberes.

—¡Ya basta, Maestro Gilbur! —restalló inmediatamente Barsonage—. Esto no te concierne a ti. Los modales del Apr Geraden no son un asunto que debamos decidir aquí. Es su elevación a la casulla de Maestro.

El Maestro Gilbur respondió con una furiosa mirada que podría haber partido por la mitad una plancha de madera.

El mediador se enfrentó a él durante un largo momento. Pero lo que el Maestro Barsonage vio pareció inquietarle o alarmarle: él fue quien desvió la vista. El silencio se hizo tenso en la cámara mientras le fruncía el ceño a la distancia, buscando recuperar el control.

—Has hecho tu proposición, Maestro Eremis. ¿Deseas decir algo más?

—Dejaré que los méritos evidentes del Apr Geraden hablen por sí mismos —respondió el Maestro Eremis. Hizo una inclinación de cabeza a la Cofradía y se sentó.

—Muy bien. ¡Maestros! —llamó formalmente Barsonage—. Habéis oído la

proposición. ¿Debe ser aceptada? ¿Cuál es la voluntad de la Cofradía?

Terisa empezaba a comprender, en parte a causa de la irritación del Maestro Gilbur, pero sobre todo por la extraña ferocidad del Maestro Eremis, que estaban ocurriendo más cosas allí de las que podía identificar. Había en juego otros motivos. Aguardó en una inesperada tensión mientras los Imageros votaban alzando las manos.

Por un momento creyó que Geraden había vencido. Un cierto número de manos se alzaron favorablemente, aunque la mayoría de ellas —con excepción de la de Eremis— parecían reluctantes. La del Maestro Quillon no estaba entre ellas, sin embargo. Observaba atentamente a Geraden, y sus ojos reflejaban una expresión de comprensión y simpatía, pero solamente alzó la mano para votar contra la proposición.

Estaba con la mayoría. Cuando el Maestro Barsonage terminó de contar, anunció que la proposición había sido derrotada.

Oh, Geraden, le dijo Terisa en silencio. Lo siento. Pero no tuvo el valor suficiente para hablar en voz alta.

—Maestros —anunció Eremis, con voz muy baja pero claramente audible—, lamentaréis esto.

El Maestro Gilbur respondió con un bufido de desdén.

—Apr Geraden —dijo el mediador, de una forma que hacía suponer que el dominio de sí mismo estaba aún en duda—, la votación ha sido efectuada. Debo pedirte que abandones esta amara.

Geraden nunca le había parecido a Terisa más parecido a un hombre a quien la Cofradía tuviera que tener en cuenta.

—Maestro Barsonage —dijo, mientras se ponía en pie—, debéis hacer a dama Terisa partícipe de vuestras decisiones. Es su derecho conocer y comprender lo que se está haciendo aquí. —Quizás ella había herido sus sentimientos el día antes, pero eso no parecía afectar su sentido de la justicia—. Y es una locura negárselo. Si es simplemente una mujer trasladada accidentalmente, entonces no puede hacer ningún daño. Y si es secretamente una Imagera..., si es el campeón augurado de la necesidad de Mordant, entonces os equivocáis corriendo el riesgo de enemistarla contra nosotros.

Con su afirmación flotando aún en el aire de la cámara, se volvió bruscamente de los Imageros y abandonó la sala de reuniones.

El Maestro Eremis sacudió la cabeza y suspiró. No le sonreía a nadie en particular.

La partida de Geraden retorció el estómago de Terisa. Ya lo tenía hecho un tenso nudo cuando se dio cuenta de que no se había hecho ninguna mención del cristal plano con la Imagen imposiblemente derivante.

—Maestro Barsonage —señaló Gilbur—, ¿podemos despedir también a esa mujer

y ponernos a trabajar? Hay razones para que nos apresuremos. Y no me gustaría perder días enteros en debates.

—Debemos apresurarnos, Maestro Gilbur —intervino inesperadamente el Maestro Quillon—, pero no ir con prisas. Creo que no debemos dejar de lado las cuestiones que ha planteado el Apr Geraden.

—Maestros —dijo Eremis—, os daré una buena razón por la cual debemos aceptar a dama Terisa de Morgan con nosotros. Ha salido de su propia boca. El Rey Joyse desea que permanezca ignorante. Si ésa es su política, entonces seguramente la *nuestra* tiene que ser informarla e ilustrarla. ¿Para qué celebramos estos debates, si no para romper la muda inactividad que nuestro Rey nos impone?

—Maestro Eremis —la voz de Quillon tenía un filo cortante que normalmente mantenía oculto—, ¿propones que cometamos traición?

—Si es traición —respondió el alto Maestro— luchar por nuestra supervivencia, y por la defensa de todo Mordant, entonces la propondré. Pero, por el momento, abogo solamente porque permitamos a dama Terisa permanecer con nosotros durante nuestro debate.

—Haces todos los asuntos complejos —dijo rígidamente el Maestro Barsonage—. No me gusta la dirección en la que nos llevas. Pero, al igual que el Maestro Gilbur, deseo llegar al meollo de la cuestión, a fin de no tener que seguir adivinando lo que pasa por tu mente.

»Maestros, habéis oído la proposición. ¿Debe ser aceptada? ¿Cuál es la voluntad de la Cofradía?

Esta vez, Quillon y Gilbur estuvieron en lados opuestos de la votación. De nuevo, sin embargo, la primera obtuvo la mayoría. Con un margen significativo, la Cofradía decidió que Terisa se quedara.

De pronto hubo demasiados ojos posados en ella, demasiados hombres observando para ver cómo reaccionaba. Bajó la cabeza para ocultar su desconcierto. Era a Geraden a quien hubiera debido permitirse que se quedara.

—Muy bien. —El mediador sonaba cansado—. Ahora ocupémonos del asunto que debe ser decidido hoy.

—Por fin —suspiró el Maestro Gilbur.

—No os recordaré el debate que nos trajo hasta este punto —prosiguió el Maestro Barsonage—. Baste decir que debemos elegir una política, o un curso de acción, que se enfrente al inesperado resultado del intento del Apr Geraden de trasladar a nuestro campeón elegido. Decidimos efectuar ese intento porque era exigido por nuestras circunstancias..., y porque parecía apoyado por el augurio. Y decidimos enviar a Geraden dentro del cristal por consideración —aquí el Maestro Gilbur bufó de nuevo—, por *consideración*, repito —restalló el mediador—, a creencia de nuestro Rey de que lo que vemos en los espejos no es creado por la Imagería, sino que tiene

existencia propia fuera de nuestro conocimiento.

»Pero las cosas han ido de un modo completamente distinto. Y nos hemos dado cuenta de que es imposible para nosotros saber qué papel representará dama Terisa de Morgan en el destino de Mordant. En consecuencia, debemos elegir lo que debemos hacer. ¿Debemos aceptar las consecuencias de lo que hemos hecho y aguardar sus resultados? ¿O debemos elegir alguna otra política o acción para enfrentarnos a nuestro dilema?

»Maestros, debéis decidir.

Sin levantarse, el Maestro Eremis dijo inmediatamente:

—Digo que debemos aceptar las consecuencias de lo que hemos hecho y aguardar sus resultados. —Ahora habló como si deseara evitar el provocar una reacción adversa—. Como he observado repetidamente —no se permitió el sarcasmo—, dama Terisa representa un enorme despliegue de poder sin precedentes, que ninguno de nosotros comprendemos. No debemos correr más riesgos hasta que sepamos más acerca de ella.

—¿Ése eres tú, Maestro Eremis? —interrumpió una voz joven. El que hablaba era un Imagero de aproximadamente la misma edad que Geraden; no dudó en mostrarse sarcástico—. Suenas amilanado. Ya hemos determinado que no podemos saber *qué* representa la dama. Así que no podemos hacer nuestra elección sobre esa base. En nuestro peligro, no importa que el Apr Geraden hiciera algo sin precedentes. Importa sólo el hecho que *fracasó*. El augurio es sólido en sí mismo. Tiene que serlo, o no comprendemos la Imagería. Sólo el Apr fracasó. Debemos intentarlo de nuevo.

Un destello de pasión afloró a los ojos de Eremis, pero no respondió.

En voz baja, el Maestro Barsonage preguntó:

—¿Y tú nunca fracasaste cuando eras un Apr?

—No me pasé toda una vida siéndolo —respondió el joven Imagero—. Como sabes muy bien.

—En cualquier caso —intervino el Maestro Gilbur, cortando la discusión y acumulando fuerzas mientras hablaba—, e hecho de que los Aprs sean propensos o no al error no es un punto a discutir aquí. Acepto que debemos intentarlo de nuevo. Yo lo intentaría de nuevo. Utilizando el espejo original, del que el del Apr Geraden es una copia, yo trasladaré hasta nosotros a nuestro campeón elegido —agitó bruscamente su enorme puño hacia el Maestro Quillon—, ¡y haré saltar los escrúpulos del Rey, sean los que sean! Puede quedarse sentado jugando al brinco con ese loco de Havelock hasta que el suelo se agriete a sus pies y todo Orison sea tragado por las ruinas. Si Mordant debe sobrevivir, ¡*nosotros debemos tener el poder!*

—¡Bien dicho, Maestro Gilbur! —aplaudieron dos o tres de los Imageros. Pero el Maestro Barsonage miró a Gilbur con no oculto desánimo.

Terisa sintió una sacudida, como una visión momentánea, cuando vio de nuevo en

su mente la imponente figura revestida en su armadura: aunque el paisaje al que se enfrentaba era tan extraño para él como para ella, lo hacía como si estuviera acostumbrado a la victoria; y sus extrañas armas le daban toda la fuerza que necesitaba.

—Entonces —dijo otro Maestro—, ¿tú también abogas por lo que Quillon llama traición? ¿O pretendes entrar en el espejo y pedirle al campeón que venga contigo? —Hizo una pausa—. Te disparará.

—No temo «lo que Quillon llama traición» —respondió el Maestro Gilbur—. ¿Ninguno de vosotros comprende la *razón* por la que nos hallamos en este peligro? No es Mordant el que está realmente amenazado. Es la Cofradía. Estamos en peligro debido a todos los hombres que alguna vez han odiado al Rey Joyse o han ansiado el poder que representamos..., todos los recursos de la Imagería en el mundo que conocemos. Y se atreven a actuar para conseguir lo que ansían porque el Rey Joyse nos ha abandonado. El creó la Cofradía, y la ciñó con reglas que no sirven para nada excepto para sus propósitos, y ahora va a la deriva. Debemos librarnos de ellas o morir.

—Estoy de acuerdo. —El Maestro Eremis seguía hablando cautelosamente—. Pero, ¿cómo podemos librarnos por nosotros mismos de ellas? En eso es en lo que diferimos.

—Maestro Eremis —chirrió Gilbur—, tú difieres de todo el mundo. No tienes ningún sentido.

Tentativamente, como si quisiera eludir la hostilidad, el Maestro Quillon preguntó:

—¿Ayudaría tal vez si examináramos de nuevo el augurio?

—¿Te ayudaría a ti? —respondió el Maestro Gilbur en un tono desagradable—. ¿Has olvidado lo que muestra? ¿O crees que puede haber cambiado?

Quillon no parecía dispuesto a sentirse ofendido por aquello.

—Me gustaría estar seguro de que no lo han hecho.

—Yo también —dijo otro Imagero.

—Además —prosiguió el Maestro Quillon—, está la cuestión de la interpretación. Quizá las experiencias de los últimos días nos enseñen a leerlo con mayor claridad.

Un puñado de hombres en torno al círculo señalaron apresuradamente su conformidad.

El Maestro Barsonage suspiró.

—Se necesitará un tiempo para hacer que el espejo sea traído hasta aquí. Maestro, no votaremos sobre esto. Cualquiera de vosotros tiene derecho a hacer una demanda así..., si la demanda es secundada.

—Quiero ver el cristal —dijo inmediatamente uno de los partidarios del Maestro



Quillon.

—Y yo —dijo otro.

—Muy bien. —El mediador hizo una seña con la cabeza hacia alguien a quien Terisa no podía ver; el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse sonó claramente en toda la estancia.

Nadie dijo nada mientras la Cofradía aguardaba. Quizá esto formaba parte del protocolo de los Maestros. O quizá ninguno de ellos deseaba comprometerse hasta que la petición de Quillon hubiera sido satisfecha. El Maestro Barsonage miraba más allá del círculo. El Maestro Gilbur apretaba sus manos la una contra la otra como si estuviera practicando desmenuzar cosas. El Maestro Eremis permanecía inclinado hacia atrás en su banco y miraba indiferente hacia el techo como un hombre cuyos buenos modales le impiden ponerse a silbar. El Maestro Quillon parecía estar haciendo un esfuerzo consciente para no fruncir la nariz, sin éxito. Los otros Imageros exhibían distintos grados de impaciencia, curiosidad, seguridad y alarma.

Terisa tuvo la impresión de que debería sentirse más preocupada. Había corrientes subterráneas en aquel debate que era capaz de captar pero no de definir. Podían ser peligrosas. Había gente complotando..., y los complots significaban daño para alguien. Lo que sentía, sin embargo, era una ligera y vacilante ansiedad. Deseaba ver el augurio que había llevado a Geraden hasta ella.

Dos Aprs entraron en la cámara, llevando entre ellos una bandeja de madera hermosamente pulida de casi metro y medio de lado. Cuando los Aprs pasaron cerca de ella en su camino hacia el estrado pudo ver que la bandeja estaba cubierta por trozos de cristal roto. Esos trozos habían sido colocados planos sobre la madera, y ninguno de ellos tocaba a ningún otro; pero no parecían haber sido dispuestos de una forma determinada.

Tan suavemente que nadie más pudo oírle, el Maestro Eremis murmuró hacia ella:

—Quizá el Apr Geraden olvidó explicarte cómo se efectúan los augurios, mi dama. Comprenden dos artes: crear un espejo plano del tipo adecuado, cuidadosamente enfocado; e interpretar el resultado. En términos sencillos, se hace un espejo plano que muestra a alguna persona, lugar o acontecimiento, del que es extrapolado el augurio. Por ejemplo, si deseamos determinar si nuestro futuro contendrá una guerra con Cadwal, podemos intentar crear un espejo enfocado en Cadwal..., un espejo en el que pueda verse al Gran Rey Festten. Los espejos muestran lugares, pero es la gente la que ocasiona las guerras. Luego, el espejo es dejado caer. Si todo se ha hecho correctamente, se rompe en fragmentos que muestran piezas de lo que ha de venir a partir de la Imagen sobre la que está enfocado.

»Este espejo fue creado por el Maestro Barsonage. —Sonrió sardónicamente—. Por esa razón, ninguno de nosotros se pregunta si fue hecho correctamente. —Luego añadió—: La otra dificultad, como verás, es interpretar los resultados. Siempre he

sospechado, mi dama, que los augurios existen primariamente en la mente de quien los interpreta.

Una vez los Aprs hubieron colocado su carga en el estrado, la mayor parte de los Maestros abandonaron los bancos y se apiñaron a su alrededor. Sólo Gilbur y sus más evidentes partidarios no sintieron al parecer la necesidad de contemplar de nuevo el cristal roto. Todos los demás lanzaron al menos una mirada al augurio. Tomando confiadamente su mano, el Maestro Eremis guió a Terisa por entre ellos hasta situarse al borde del estrado. Los Aprs habían retrocedido: podía ver claramente la bandeja de cristal frente a ella.

El espejo se había roto en docenas de fragmentos.

Cada uno de ellos mostraba una Imagen distinta.

Y todas las imágenes se estaban moviendo. Cuando las miró por primera vez, parecían avanzar ciegamente las unas hacia las otras, como si aspiraran a alguna especie de conjunto.

*Piezas de lo que ha de venir.*

La visión la mareó momentáneamente: se instaló en su cabeza como una migraña. Tuvo la sensación de que iba a caer. Pero cerró los ojos y apartó su debilidad. Cuando miró de nuevo, se mantuvo firme, concentrándose en una o dos Imágenes a la vez.

*...lo que ha de venir.*

Al primer momento se sorprendió de cuántos de ellos reconoció..., y de lo exactos que eran, pese a su pequeño tamaño. En uno, el Rey Joyse estaba inclinado sobre un tablero de brinco, en una partida que se había convertido en un caos, con todas las piezas dispersas. El Rey contemplaba el juego como si estuviera decidido a extraer algún sentido de la confusión, y sus manos se movían sin rumbo fijo sobre el tablero. En otro, Geraden había empezado a penetrar en un espejo; pero su cuerpo bloqueaba la Imagen dentro de la Imagen. En otro aparecía de nuevo, esta vez de pie enteramente rodeado de espejos, todos ellos reflejando escenas de violencia y destrucción contra él. Y en otro, el guerrero con la armadura en el extraño paisaje disparaba sus armas más allá del borde del cristal.

Pero, de hecho, aquéllas eran tan sólo un pequeño puñado de las Imágenes. Las otras iban más allá de su experiencia. Un fragmento mostraba un castillo —supuso que era Orison— con un humeante agujero desgarrado en un lado y un aspecto de muerte a todo su alrededor. Varios trozos de cristal mostraban Imágenes de batallas: hombres a lomos de caballos golpeándose tan vívidamente con sus armas que podía ver la sangre de sus heridas; figuras parecidas a reyes agitándose violentamente; soldados de a pie atravesados por lanzas; cadáveres amontonados; carnicería. El humo oscurecía el sol. Y otras Imágenes eran de cosas que sólo habían podido nacer a la existencia a través de la Imagería: rocas que caían del cielo como de la ladera de una montaña; criaturas tan ardientes que todo lo que tocaban se incendiaba; gusanos

devoradores. Los poblados eran arrasados. Los castillos se derrumbaban. Las cosechas ardían. Hombres, mujeres y niños morían.

Y, sin embargo, aquí y allá, en medio del hormigueante mosaico, había escenas de paz, quizás incluso de victoria: un estandarte púrpura liso clavado en la falda de una colina; una celebración que podía ser una boda en una enorme sala de baile; granjeros sembrando un campo aún con las cicatrices de la batalla.

Entonces, otra Imagen llamó su atención.

Tres jinetes. Avanzaban en sus monturas, directamente hacia fuera del cristal, cabalgando intensamente, de tal modo que la tensión de las patas de sus caballos era tan evidente como los filos de sus alzadas espadas. Avanzando hacia ella a través del abismo del augurio y la traslación, cabalgando intensamente para apresurar el momento en que ella y su futuro se unieran.

Los jinetes de su sueño.

Por supuesto.

De inmediato, una maravillosa y absurda calma la invadió. Duró sólo un momento; pero, mientras duró, alzó la cabeza, medio esperando oír el sonido de cuernos. Por supuesto. ¿Por qué no había pensado antes en ello?

No los jinetes. No sabía lo que significaban. Y apenas le importaba. Sino el *futuro*. Los espejos no cruzaban simplemente la distancia o la dimensión: tenían la capacidad de cruzar también el *tiempo*. *Fragmentos de lo que ha de venir*. Por eso había sido capaz de ver la misma Imagen en dos estaciones distintas, la misma escena en primavera e invierno: el tiempo. Lo que había presenciado no era una prueba de que el espejo que la había traído hasta allí fuera falso; había visto únicamente otra demostración del potencial que hacía posibles los augurios.

Y eso significaba...

Desde el otro lado del estrado, el Maestro Quillon preguntó con voz suave:

—¿Arroja esto alguna luz sobre ti, mi dama? —como si estuviera inquiriendo sólo por cortesía—. Confieso que a mí me desconcierta.

—El secreto de la interpretación, mi dama —murmuró el Maestro Eremis—, es leer el flujo de las Imágenes. Su movimiento no es al azar. Hay lo que podríamos llamar quizás una «corriente», que va de la crisis a la acción y al resultado. Desgraciadamente, no es fácil discernir esa corriente. Vemos el peligro de Mordant. Vemos la importancia de Geraden. Está en augusta compañía: el Rey Joyse, el Gran Rey Festten, el Monarca de Alend. Y es el único individuo que aparece dos veces. El campeón que creíamos que iba a traernos está aquí también. Y vemos escenas que no comprendemos. —Señaló a Geraden rodeado de espejos—. Y vemos resultados..., ruina y esperanza. Pero cómo fluyen las Imágenes es difícil de determinar. ¿Nos conduce el Apr Geraden a la esperanza o a la ruina? ¿En qué medita el Rey Joyse mientras sus enemigos cabalgan contra él?

—En pocas palabras —gruñó el Maestro Gilbur desde su asiento—, nada ha cambiado. El augurio nos dice solamente lo que ya hemos visto.

—Cuando decidimos que el Apr Geraden debía intentar trasladar a nuestro campeón —explicó el Maestro Barsonage, interrumpiendo a Gilbur—, la lógica de todo el asunto parecía bastante clara. Evidentemente, no podía ser la causa de la ruina. Nos enfrentábamos ya a la ruina. En consecuencia, tenía que ser una fuente de esperanza.

»Ahora —suspiró—, la interpretación es menos obvia.

—Oh, vamos —el Maestro Gilbur se estaba irritando cada vez más—. «Menos obvia», sí. Nada ha sido nunca más evidente. El hecho de involucrar al Apr en nuestros apuros es el camino que conduce a la ruina. Sólo el campeón que veis delante de vosotros nos ofrece alguna esperanza. El mediador replicó, con los dientes apretados:

—Eso es lo que debemos decidir.

Durante otro momento o dos, los Imageros permanecieron en torno al estrado. Algunos de ellos susurraban entre sí. Otros señalaban detalles del augurio que sus compañeros podían haber pasado por alto. Luego, lentamente, regresaron a sus bancos. Aún sujetando el brazo de Terisa, Eremis la condujo de vuelta a su asiento.

Pero cuando los Maestros hubieron ocupado de nuevo sus lugares, un profundo silencio cayó sobre la Cofradía. Todos excepto Gilbur parecían perdidos en sus pensamientos..., quizá frustrados de que el augurio no proporcionara una respuesta clara, quizá dudando de tomar en consideración la solución drástica que el Maestro Gilbur había propuesto. Y éste siguió meditando en ello con ojos brillantes, como si estuviera decidido a no ser el primero en hablar.

Finalmente, un Imagero al que Terisa no conocía preguntó:

—¿No hay un terreno intermedio? ¿Debemos o no hacer nada o arriesgarnos a hacer demasiado?

—No —murmuró otro—. El Rey no nos ha dejado esa elección. Nuestra *dificultad* es extrema. Gobernando Mordant como un loco, ha conseguido que la situación sea demasiado grave para poder enfrentarnos a ella en un terreno intermedio.

—He oído un rumor —dijo con voz fuerte un tercer Maestro—. Se dice que el Perdon vino ayer para hablar con el Rey Joyse. Le informó de que un ejército de treinta mil hombres de Cadwal se está preparando contra él más allá del Vertigon, y solicitó apoyo.

»Le fue negado.

Las impresionadas expresiones de varios de los Imageros mostraron que la historia no había llegado hasta ellos. El Maestro Eremis sonrió huecamente.

—De todos modos —señaló el Maestro Barsonage con una voz más fuerte de lo

necesario, intentando anclar una posición débil—, es el Rey. Es una decisión que sólo él puede tomar. No sabemos qué razones puede tener para su negativa.

—Cierto —observó el Maestro Gilbur—. Y, en lo que a mí respecta, no me importan. Cuando un asesino intenta clavarme un cuchillo en el corazón, y el hombre que ha jurado protegerme se echa a un lado, no le pregunto sus razones. Primero luché con el asesino. Y cuando lo he derrotado y lo he cargado de cadenas, y quizá roto algunos de sus miembros por si acaso, *entonces* preguntó a mi protector cuáles fueron sus razones.

—Maestro Gilbur. —El mediador hizo girar su corpulenta masa para enfrentarse directamente a Gilbur. Una combinación de furia y miedo teñía su piel—. ¿Cómo te has vuelto tan salvaje? Comprendo tus argumentos, pero no el tono de odio con que los pronuncias. Digamos lo que digamos de él, debemos decir también que el Rey Joyse creó la Cofradía. Él nos hizo lo que somos.

—Lo que somos —se burló Gilbur—. Divididos e inútiles.

Hoscamente, el Maestro Barsonage prosiguió:

—No podemos tomar decisiones ahora sobre la base de la ciega pasión. ¿Qué causa tu odio hacia él, Maestro Gilbur?

El Maestro Gilbur apretó sus manos una contra otra hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—Personalmente —dijo el Maestro Eremis, arrastrando las palabras—, creo que el buen Maestro Gilbur tuvo en una ocasión la insolencia de pedir la mano de una de las hijas del Rey en matrimonio. Muy comprensiblemente, el Rey Joyse se rió de él.

Tal vez algunos de los Imageros se sintieron tentados de echarse a reír, pero el Maestro Gilbur los silenció poniéndose en pie.

—¿Soy un salvaje, Maestro Barsonage? ¿Has oído odio en mi voz? ¿Muestro ese odio? Tengo una causa.

»Como sabes, yo fui uno de los últimos Imageros traídos a la Cofradía en los días anteriores a la derrota del archi-Imagero Vagel. Pero la historia de cómo fui traído a la Cofradía nunca ha sido contada.

»He dedicado mi vida a mis investigaciones, y en aquellos días no me interesaba ninguna otra cuestión, aunque por supuesto conocía la invitación del Rey a todos los Imageros para que abandonaran sus laboriums privados y se unieran a él en Orison. No sabía, sin embargo, que otro Imagero se había trasladado secretamente cerca de mi solitaria cueva en las colinas del Armigite. Ese hombre corrupto ansiaba mis investigaciones..., y me atacó, buscando arrancarme lo que sabía. Me defendí, pero él me había tomado por sorpresa y no pude vencerle. En nuestra lucha, una parte del techo de mi cueva se derrumbó, clavándome bajo un bloque de piedra que fui incapaz de mover. Mi atacante cogió lo que más deseaba de mis posesiones y huyó.

»Sólo para darse directamente de bruces contra el Rey Joyse. Ocurrió que el Rey

había sabido de mi atacante antes que yo, y estaba cabalgando hacia nosotros para parlamentar con el hombre cuando yo caí. Al instante, mi atacante volvió su poder contra el Rey. Pero no era adversario para el Adepto Havelock en aquellos días, y fue muerto.

»Debilitado por el daño que había sufrido, el techo de mi cueva siguió cayendo. Pero el Rey Joyse arriesgó su vida para entrar y alzar la piedra que me aprisionaba y llevarme hasta sitio seguro. No pudo curar el daño que sufrí en mi espalda..., el daño que aún me sigue marcando. Pero me devolvió la salud, recobró mis investigaciones, y dio a mi vida un propósito en la Cofradía.

—¿Y por eso lo odias? —preguntó incrédulo el Maestro Barsonage.

El Maestro Gilbur azotó el aire con dedos engarfiados.

—¡Sí! Oh, fue sabio en la creación de la Cofradía. Fue fuerte y valiente en la unificación de Mordant. Y fue bueno conmigo. Pero no me enseñó a mirar por encima de su subsiguiente debilidad, su locura, su negativa a actuar, como si tales cosas fueran algo más que *traición*.

»Desprecio en lo que se ha *convertido*, Maestro Barsonage. Si tú o yo cayéramos en la senectud, los sirvientes de Orison nos atenderían en nuestras camas, y nuestras responsabilidades pasarían a otro. Nuestra incontinencia o nuestra debilidad mental no harían ningún daño a nadie. Pero *él* sigue siendo el Rey. Y no toma ninguna acción excepto impedir cualquier acción que pueda ofrecernos alguna esperanza.

»Deberías ser tan salvaje como yo. ¡El hombre en todo Mordant a quien tengo más motivos para amar *nos ha traicionado!*

Su grito resonó en toda la cámara. Inmediatamente, sin embargo, se sentó. En el silencio, gruñó con suavidad:

—He sido atacado y herido una vez. Necesitamos el poder de defendernos.

Luego hundió la cabeza entre sus manos y permaneció sentado, inmóvil.

Nadie habló. El Maestro Eremis se agitó en su asiento como si deseara decir algo, pero se lo pensó mejor. El Maestro Quillon parecía haberse encogido, como si estuviera haciendo un esfuerzo consciente por desaparecer en último término. El mediador cruzó apretadamente los brazos sobre su recio pecho como un hombre que se siente arder e intenta dominarse. Algunos de los Imageros observaron el resto del círculo como si estuvieran buscando indicios. Otros evitaron elaboradamente los ojos de los demás.

Terisa escuchó la tensión y se preguntó cuáles eran las implicaciones de ser real. ¿Qué se exigía de ella? ¿Qué debía hacer?

Bruscamente, el Maestro Gilbur golpeó tan fuertemente la barandilla frente a él que creyó oír crujir la madera.

—¡Por los testículos de un perro! —rugió—. ¿Permaneceréis sentados eternamente aquí? Si consideráis que estoy equivocado, decidlo. ¿Ninguno de

vosotros posee los redaños suficientes como para decirme a la cara que estoy equivocado?

Inmediatamente, el joven Imagero que se había reído del Maestro Eremis dijo en voz alta:

—Secundo la proposición del Maestro Gilbur. Debemos llamar junto a nosotros a nuestro campeón.

Sus palabras rompieron un dique: bruscamente, el aire se llenó de voces exigiendo que el asunto fuera puesto a votación.

Aún con los brazos fuertemente cruzados sobre su pecho, el Maestro Barsonage aguardó hasta que se restableció la calma. Luego, rígido, como un madero que se quiebra, dijo:

—Muy bien. Esto es una locura, pero debe buscarse una respuesta. Conozco mi deber. Habéis oído la proposición. ¿Debe ser aceptada? ¿Cuál es la voluntad de la Cofradía?

Terisa contó las manos alzadas tan rápidamente como pudo. El Maestro Barsonage, el Maestro Eremis, el Maestro Quillon y varios otros votaron contra la proposición.

Estaban en minoría. El Maestro Gilbur había vencido.

El mediador bufó su disgusto.

Como impresionada por lo que acababa de hacer, la Cofradía cayó en un profundo silencio. Los Imageros se miraban entre sí, parpadeando inseguros. Una sonrisa de anticipación desnudó los dientes del Maestro Gilbur; pero saboreó su victoria y no dijo nada. Nadie parecía saber qué hacer a continuación.

Entonces el Maestro Eremis se puso en pie. Su actitud era más imperturbable que nunca; pero Terisa vio en su rostro —en especial en sus ojos— una nueva excitación, como si estuviera saboreando el juego al que estaba jugando.

—Estoy sorprendido —dijo con voz lenta—. Esto es una locura, como el Maestro Barsonage ha dicho. Sin embargo, no desafiare la votación. Es concebible, supongo, que mi juicio esté en un error. —Exhibió una sonrisa a la que nadie respondió.

»Sea como sea —prosiguió—, ahora debéis decidir *cuándo* intentar esta traslación. Dejadme suplicar un aplazamiento. Seis días serán suficientes.

El Maestro Gilbur alzó bruscamente la cabeza, como si hubiera recibido un codazo en las costillas. El Maestro Quillon observó a Eremis como un pequeño animal miraría a una serpiente.

—¿Un aplazamiento, Maestro Eremis? —preguntó Barsonage—. ¿Seis días? —Ahora parecía alerta; su aflicción recedió—. Si el Maestro Gilbur desea hacerlo, empezaremos la traslación de inmediato. ¿Por qué deberíamos aplazarla?

—¿Por qué no? —ironizó incisivamente el Maestro Gilbur—. El peligro se espesa a nuestro alrededor como arenas movedizas. Treinta mil hombres de Cadwal están

posicionados frente a Perdon. Sólo el Monarca de Alend sabe qué traición prepara. Somos atacados por Imagería de todo tipo..., y por todas partes, como si nuestro enemigo no tuviera limitaciones de tiempo y distancia. En seis días podemos estar todos muertos. Pero, indudablemente, debemos inclinar nuestras cabezas ante la sabiduría de nuestro estimado Eremis.

—Maestro Gilbur —el impertérrito Imagero pareció de nuevo enorme y secretamente divertido—, te aconsejo que vigiles tu lengua. Si no lo haces, me ocuparé yo de ello. A fin de ocuparme, la extirparé de tu cabeza.

Gilbur respondió con una risotada.

—Maestro Barsonage —prosiguió Eremis tranquilamente—, no hago esta petición a la ligera. Éstas son mis razones. Ayer, tras su audiencia con el Rey Joyse, hablé con el Perdon. Hablamos durante un cierto tiempo, y estuvimos de acuerdo en que los peligros que acechan a Mordant son terribles, que la pasividad del Rey es insufrible, y que es preciso emprender pese a él algún tipo de acción.

»Nuestro propio dilema es grave, Maestros —dijo al círculo—, pero considerad la situación de los Cares. Es Perdon el que primero morirá cuando Cadwal inicie la guerra. Luego Fayle, que siempre ha sido la primera víctima de las aspiraciones de Alend, Termigan y Armigite y Tor, que verán su población diezmada. En consecuencia, el Perdon prometió que llamará a todos los señores de los Cares a Orison, con excepción del Domne, por supuesto, que es un amigo demasiado grande del Rey..., a fin de que puedan decidir una respuesta a su necesidad común. Y así podrán intentar forjar una alianza con nosotros.

Terisa vio desánimo en el rostro del Maestro Quillon. Por otra parte, el mediador escuchó con un entusiasmo visiblemente creciente.

—Se reunirán en la noche del sexto día —prosiguió el Maestro Eremis—. Se me ha pedido que conferencie con ellos, que hable en nombre de la Cofradía.

—¿Qué? ¿Seis días? ¿Para que los mensajeros cabalguen hasta los señores y vuelvan con sus respuestas? —quiso saber un furioso Maestro—. ¿En esta época del año? —Un murmullo de asentimiento brotó a su alrededor—. Si es llamado el Armigite, es probable que recorra esa distancia a tiempo. Batten está a poco más de sesenta kilómetros. Pero, ¿el Fayle? ¿El Tor? Eso es una locura. Bajo las mejores condiciones, el Termigan no puede hacer el viaje hasta Orison en menos de *diez* días.

—Sin embargo —respondió el Maestro Eremis, tan escurridizo como un pez—, el Perdon lo ha prometido. ¿Le llamaréis mentiroso? —Luego sonrió—. Creo, sin embargo, que ya había decidido esa reunión, y enviado su llamada, mucho antes de hablar conmigo. Yo simplemente le persuadí de incluirnos a nosotros en su propuesta alianza.

Inmediatamente reanudó lo que estaba diciendo antes:

—Maestros, creo que no debemos ignorar esta oportunidad de hallar apoyo para



lo que hacemos. Si nos aliamos con los señores de los Cares, explicándoles lo que proponemos para Mordant, no correremos el riesgo de que se opongan a nuestro campeón. Y ganaremos amistades en Mordant que pueden resultar de gran valía en la próxima contienda.

Terisa se dio cuenta de que estaba mirando a Eremis con rostro radiante. La osadía y las posibilidades de lo que proponía le hicieron contener el aliento. El hombre intentaba luchar por Mordant de una forma que para ella tenía sentido.

—También es posible —señaló rápidamente el Maestro Barsonage— que los señores propongan una defensa que haga innecesaria la llamada a nuestro campeón. Y tendremos otros seis días en los que asegurarnos de lo que debemos hacer. Maestro Eremis, me congratulo de tu previsión e iniciativa. Esto está bien hecho.

—¿De veras? —preguntó uno de los jóvenes Imageros—. ¿Con qué derecho debe hablar el Maestro Eremis por nosotros frente a los señores de los Cares?

—Como muy bien ha dicho el Maestro Barsonage —respondió el Maestro Eremis con un peculiar brillo en sus ojos—, con el derecho de la previsión y la iniciativa.

—Pero te opones a que llamemos a nuestro campeón —protestó otro hombre—. ¿Cómo podemos estar seguros de que no se trata de algún complot para bloquear nuestra decisión? ¿Cómo podemos saber que abogarás honestamente por nuestro conocimiento y posición ante los señores?

—Maestros —respondió Eremis en un tono de regocijado sarcasmo—, los señores no aceptarán desnudar sus corazones ante toda la Cofradía. Examinemos como examinemos el asunto, somos creación del Rey Joyse, y todos los hombres que temen su *política* actual nos temen a nosotros también.

—Mi pregunta sigue en pie —señaló el hombre que acababa de hablar—. ¿Cómo podemos confiar en ti para que establezcas una alianza en nuestro nombre, cuando te opones a lo que pretendemos hacer?

Por un momento, el Maestro Eremis miró a su alrededor: al Maestro Barsonage, al Maestro Quillon, cuyos ojos parecían querer salirse de sus órbitas en tensa inquietud, a los Imageros que lo desafiaban. Luego se encogió de hombros.

—Muy bien. Llevaré conmigo a uno de vosotros, para que os aseguréis de que me ciño como corresponde a vuestras decisiones. Correré el riesgo de la ira de los señores.

»Maestro Gilbur, ¿me acompañarás en esto?

La sorpresa resonó por todo el círculo. Gilbur abrió mucho la boca. Pero asintió rápidamente y murmuró:

—Lo haré.

El Maestro Barsonage se permitió un suspiro de alivio.

—Maestro Gilbur, tomo esto como una promesa. Maestros, se ha propuesto que demoremos la traslación de nuestro campeón seis días, hasta que el Maestro Eremis y

el Maestro Gilbur hayan hablado con los señores de los Cares. ¿Debemos aceptarlo? ¿Cuál es vuestra voluntad?

La votación fue casi unánime.

Terisa empezó a respirar más fácilmente, como si se hubiera evitado una amenaza. Seis días. Podía ocurrir cualquier cosa en seis días.

Pero el Maestro Eremis no había terminado. Aún de pie, dijo:

—Un asunto más. Los señores de los Cares acudirán abiertamente a Orison, como corresponde a su rango. Pero se reunirán en secreto.

El mediador asintió enérgicamente.

—Te comprendo. —La demora parecía haber restablecido su confianza, su dominio de la situación—. Maestros —dijo con voz incisiva, adelantando la mandíbula—, dama Terisa de Morgan: nadie debe hablar de esto. Nadie. Sea cual sea vuestra opinión particular sobre nosotros y lo que pretendemos hacer, no debéis hablar. —Se dirigía al círculo en general, pero su mirada estaba clavada en Terisa—. Los señores no confiarán en nosotros si les precede alguna palabra sobre esta reunión. Si el Rey Joyse interfiere, toda esperanza de conseguir alguna alianza se perderá. Hacemos lo que debemos hacer no para engrandecernos, sino para salvar Mordant. No debemos ser traicionados.

—Lentamente, avanzó hasta que se detuvo en la barandilla frente a ella: sus ojos se clavaron en los de Terisa—. Mi dama —dijo en voz muy baja—, no debes hablar de *nada* de lo que has oído aquí hoy.

Le dirigió una crispada sonrisa.

—Geraden te hará preguntas, no lo dudo. Si la has conocido ya, descubrirás que dama Elega es insaciablemente curiosa. El Castellano Lebbick desea saber todo lo que pasa en Orison. Incluso el Rey Joyse puede demostrar su interés hacia ti.

»Mi dama, no debes decir nada.

Ella intentó sostener su mirada, pero los ojos del Maestro Barsonage eran demasiado exigentes. Le estaba pidiendo que hiciera una elección y se atuviera a ella..., le pedía que aceptara al menos una pequeña parte de la responsabilidad del éxito del Maestro Eremis. Una parte pasiva quizá, pero una elección pese a todo. ¿No era eso lo que hacía la gente que creía en sí misma..., tomar decisiones y atenerse a ellas?

Dudó porque no estaba preparada para prometer que no le diría nada a Geraden.

Afortunadamente, el Maestro Eremis acudió a su rescate.

—Maestro Barsonage —dijo amablemente—, estoy seguro de que podemos confiar en ella.

El mediador miró a Eremis y frunció el ceño como si no le gustaran sus pensamientos..., como si algo en las palabras o el tono de Eremis *alzara* repentinamente un cúmulo de preguntas. Un momento más tarde, sin embargo, agitó

la cabeza y se dio la vuelta.

—Maestros —dijo con voz distante—, ¿hay otros asuntos que debemos discutir aquí?

Nadie dijo nada.

—Entonces levantemos la sesión. Creo que ya hemos efectuado suficientes votaciones para modelar el futuro de Mordant para un solo día.

Abandonó el centro del círculo, cruzó entre las columnas, descorrió el cerrojo de la puerta y salió de la cámara.

Terisa buscó con la mirada al Maestro Quillon. No estaba presente. Al parecer, también se había ido ya.

El Maestro Eremis la tomó del brazo y la hizo ponerse en pie.

—Ven, mi dama —dijo en voz baja—. Éste es sólo tu tercer día entre nosotros, pero creo que ya he aguardado demasiado tiempo para ofrecerte mi hospitalidad.

Terisa se vio incapaz de resistir la forma en que él tiraba de su brazo y la atraía hacia su lado. Notó el triunfo en él, y la anticipación, y un secreto y exaltado entusiasmo. Estaba haciendo que las cosas se movieran demasiado rápidamente. Su confiada vitalidad mientras la conducía fuera de la cámara por delante de la mayoría de los Maestros hizo que sus pensamientos torbellinearán.

Estando tan cerca de él, su impacto físico sobre ella dominaba todo lo demás. Su cuerpo emanaba un ligero aroma a transpiración y clavo, y pudo captar la agitación de los músculos sobre los huesos debajo de su negra capa. ¿De dónde procedía su confianza, su poder? ¿Y qué era lo que veía en ella? ¿Por qué se tomaba tantos esfuerzos en atención a ella? No lo comprendía en absoluto.

Aquello hacía más fuerte la presa que él ejercía sobre ella. Su confianza era como una exhibición de magia, *capaz* de encantarla porque era a la vez tan atractiva y tan más allá de su experiencia.

Como resultado de todo ello, caminó a su lado como si la fuerza de él y la inseguridad de ella crearan una especie de conjuro que la sumía en trance de una forma que no podía definir.

La hacía desear algo que no sabía cómo nombrar.

Escotándola aún formalmente, el Maestro Eremis la condujo fuera del laborium y a los pasadizos públicos de Orison. Pasada la sala de baile, sin embargo, enfiló en dirección opuesta al camino al que ya estaba acostumbrada..., el camino de regreso a sus aposentos. Mientras caminaban, él le explicó que estaban entrando en una sección del castillo dedicada a los aposentos personales de los Maestros..., una sección que el Rey Joyse había reedificado cuando empezó a formar la Cofradía, a fin de que los Imageros tuvieran lugares adecuados, quizás incluso suntuosos, donde vivir, lugares que mostrarían el respeto en que eran tenidos sus ocupantes. Pero ella sólo prestó atención al sonido de su voz, no a lo que decía. Fascinada y alarmada a la vez, se

concentró físicamente en él, como si su voz y su aroma y la dura presa sobre su brazo fueran un conjuro que pudiera disolver al fin los problemas de su existencia.

Una vez dejada atrás la sala de baile, empezaron a cruzarse con más y más gente. Vio miradas significativas acompañando algunos de los saludos recibidos por el Maestro Eremis de parte de hombres de rango, una sonrisa de felicitación o envidia. Los guardias giraban sus ojos al techo; algunos de ellos se mostraban incluso lo suficientemente atrevidos *como* para hacer un guiño. Las damas y camareras la estudiaban como si intentaran captar qué era lo que la hacía deseable.

La sensación de que era real y se hallaba sometida a un encantamiento la hacía sentirse inesperadamente atrevida. Sin preocuparse por la forma en que la gente la miraba, dijo:

—Ha sido estupendo lo que has intentado hacer por Geraden.

—¿Lo crees de veras, mi dama? —Oyó el regocijo en su tono—. Eres deliciosamente ingenua. Un espíritu infantil en un cuerpo de mujer. —Apretó fuertemente su antebrazo con su mano libre; su contacto pareció dejar huellas de intensidad en su piel—. Dudo, sin embargo, que Quillon adopte un punto de vista similar. A menos que esté completamente equivocado, él me considera cruel.

Aquella mención de Quillon hizo destellar una reacción protectora en ella. Había muy poco en ella misma o en sus circunstancias de lo que estuviera segura; pero estaba segura de que no deseaba traicionar ni al Maestro Quillon ni al Adepto Havelock. Tuvo la sensación de que Eremis estaba sondeando aquel punto, y respondió inmediatamente..., quizá demasiado inmediatamente:

—¿Quillon? ¿Quién era? No he sido presentada a muchos de los Maestros.

Él respondió con una alegre sonrisa.

—No importa, mi dama. Te aseguro que no tiene la menor relevancia.

Indicó con un gesto de la mano que ya habían llegado a sus aposentos.

Acababan de entrar en un corto pasillo sin salida, con una puerta o dos a cada lado y una a su extremo. La piedra de las paredes era el mismo granito gris casi liso que parecía ser omnipresente en Orison, pero la puerta no tenía ningún parecido a las puertas de las mazmorras del laborium. Era de palisandro, pulida hasta el punto de brillar, de modo que el bajorrelieve labrado en ella era inconfundible: una representación de cuerpo entero del propio Maestro Eremis, completa, con su sardónica sonrisa y una expresión de extraordinaria sabiduría en sus ojos..., una expresión, se dio cuenta Terisa un momento más tarde, conseguida embutiendo pequeñas piezas de marfil en la madera.

—Espero que seas *capaz* de encontrarme en cualquier momento, mi dama —observó él—. Las puertas de los Maestros están marcadas con sus signos y sus sellos característicos. Pero Orison es grande, y los signos son fáciles de confundir. Cualquiera que me conozca sabrá siempre qué puerta es la mía.

Abrió diestramente la hoja y la condujo al interior de sus aposentos.

Su uso de la palabra *suntuoso* no la había preparado para la estancia en la que entró. Tras la relativa desnudez de los pasillos y la piedra exterior, la opulencia de la decoración parecía exótica y exquisita. Tanto la luz como el calor eran proporcionados por perfumados fuegos de aceite hábilmente ocultos en conchas de cobre tan grandes como urnas, con los lados tallados en delicadas filigranas abiertas. El mueble principal era un enorme diván tapizado en satén y lleno de almohadones; y ante él había una larga mesa baja, con su superficie de cobre grabado suspendida por cadenas de patas de palisandro a cada esquina. Pero también había dos o tres sillones en la habitación, cada uno tapizado en satén idéntico al del diván. Un adornado lavamanos con su palangana, también de cobre, llenaba un nicho. Cerca había un armario de madera que contenía lo que parecían ser jarras de vino. El suelo estaba suavizado con varias capas de alfombras, la superior de las cuales arrojaba una sólida tonalidad carmesí contra el azul predominante de los muebles y las cortinas color canario que cubrían las ventanas. La tela que ocultaba el techo era también color canario; pero los tapices de las paredes reunían los tres colores, utilizando primariamente el carmesí para centrar la atención sobre lo que reflejaban..., escenas de mujeres en varios estadios de seducción. Sonriendo su bienvenida, el Maestro Eremis soltó el brazo de Terisa y cerró la puerta por dentro.

—Joyse trata bien a sus Imageros, como puedes ver, mi dama —comentó—. Mordant, sin embargo, no es rico de por sí. Durante siglos, los Cares no produjeron nada más grande que trigo, uva y ganado..., y campesinos para cuidar de todo ello. La riqueza de nuestro Rey, así como su poder, es resultado de la guerra. —Miró presumidamente a su alrededor—. Indudablemente, algún noble de Cadwal hizo uso anteriormente de todas estas riquezas. Eso me complace.

Se dirigió hacia el lavamanos para lavarse las manos y salpicar unas pocas gotas de agua sobre su rostro. Cuando regresó a su lado, Terisa olió un renovado aroma a clavo.

—Ponte cómoda —dijo el Maestro, haciendo un gesto hacia el diván—. ¿Te gustaría un poco de vino? —Su sonrisa se estaba esfumando, y en sus ojos empezó a aparecer un fuego ávido.

El aroma a incienso, y el aroma a clavo, y la expresión de su rostro, hicieron oscilar la balanza de su excitación y su alarma, y tuvo la sensación de que el pánico ascendía incontenible por su garganta. Buscó algo que decir, alguna forma de ganar tiempo para poder pensar, y estalló precipitadamente:

—Hay algo que no he comprendido acerca de los espejos. Cuando Geraden me los mostró.

Él frunció el ceño, quizás ante la mención de Geraden, quizás ante su incertidumbre. Para cubrir cualquier fastidio que sintiera, fue al armarito, sacó dos

vasos y los llenó con un vino tan carmesí como la alfombra. Luego regresó a su lado, colocó uno de los vasos en sus manos y bebió del suyo. Sonreía de nuevo, y la urgencia en sus ojos había retrocedido un poco, se había vuelto más cautelosa.

—Francamente, mi dama —dijo—, nadie comprende lo que viste. Ningún espejo, plano o de otro tipo, puede cambiar su Imagen. Puesto que es imposible, no lo hubiera creído de no haberlo visto por mí mismo.

»Indudablemente, observaste que no hablamos de este cambio en nuestro debate de hoy. No hay nada que decir sobre lo imposible, ahora que ha desaparecido. La mayoría de los Maestros no me hubieran creído si les hubiera descrito lo ocurrido. En especial —dijo con tono divertido—, puesto que no reconocí la nueva Imagen y no pude identificarla.

—Oh, Geraden sí la reconoció. Se llama el Puño Cerrado. Dice que está en alguna parte en el Care de Domne. —Tan pronto como hubo dicho aquellas palabras se dio cuenta de que no hubiera debido pronunciarlas. Tuvo la extraña sensación de haber traicionado un secreto..., de haber traicionado a Geraden. Pero la viril presencia del Maestro Eremis la impulsaba a hablar. Éste se inclinó ligeramente sobre ella, escuchando como si estuviera aguardando a que terminara para poder afirmar su presa sobre ella. Necesitaba tiempo. Inmediatamente explicó—: Pero no es eso lo que quería decir.

Casi involuntariamente, le contó al Maestro Eremis lo que no le había dicho a Geraden. Le contó lo que había descubierto en el cristal que mostraba al campeón: no violencia, no su apartamento, sino el Puño Cerrado en primavera.

Su apresurada admisión le interesó, aunque no pareció interesarle tanto como ella había esperado. Ahora su ceño estaba fruncido en evidente meditación.

—Eso *resulta* extraño —admitió. Lentamente, la llevó hasta el diván, y la sentó en él, y se sentó junto a ella, con su brazo en los almohadones a su espalda y su torso inclinado hacia su cuerpo—. ¿Tuvo también Geraden esa experiencia?

Ella negó con la cabeza.

—Lo intentó. —Sus sentidos estaban llenos de incienso, clavo y frustrado deseo—. Quería ver si podía devolverme allá donde me encontré. A fin de que yo tuviera al menos la oportunidad de marcharme. Pero, cuando entró en el cristal, se encontró con vuestro campeón.

—¿De veras? —Arqueó una ceja—. Entonces, ¿fue para ti que la traslación se extravió?

Ella no quería pensar de aquel modo en el suceso.

—O tal vez sea Geraden quien lo cause para mí. Es probable que él ni siquiera sepa que lo está haciendo. No sabe que tiene el poder. —Recordó la forma en que el Apr había abandonado la sala de reuniones..., la forma en que había hablado en favor de ella; la autoridad de su primera apelación por ella. Casi para sí misma, murmuró

—: Hubieran debido aceptarlo como Maestro.

—Entonces —dijo firmemente el Maestro Eremis—, ha sido una gran cosa que ese cambio de Imágenes no fuera discutido públicamente. Incapaces de creer en un poder así en Geraden, los Maestros hubieran llegado a la conclusión de que eres realmente la poderosa Imagera que desean y temen a la vez.

»Pero no eres una Imagera, como tú y yo sabemos. Hablaré discretamente con los Maestros en quienes puedo confiar, e intentaremos explicar las cosas que no comprendes.

Mientras hablaba, su brazo se apretó en torno a ella; ahora sus labios rozaban el cabello de Terisa.

—¿Estás satisfecha? Estoy dispuesto a empezar a explorar el territorio de tu femineidad.

Ella se dio cuenta de que no tenía elección, que todas las elecciones habían sido barridas de su lado. Su cuerpo suspiraba bajo sus ropas. Inhaló el cálido aliento del hombre cuando la boca de Eremis descendió y cubrió firmemente la suya.

Entonces alguien llamó a la puerta.

La llamada fue al principio suave, unos ligeros golpes. El Maestro Eremis la ignoró. Su lengua acarició los labios de Terisa, proporcionándole un sabor a besos que nunca había experimentado. Pero la llamada se hizo más insistente. Muy pronto la persona al otro lado estaba martilleando la madera.

—¡Cachorro de perro! —Eremis se puso en pie de un salto. Masticando maldiciones para sí mismo, se dirigió a la puerta, corrió el cerrojo y la abrió de un golpe.

Terisa vio a Geraden de pie en el umbral.

Respiraba más agitadamente de lo que debiera, y pudo advertir que su rostro ardía.

No la miró..., ni a Eremis; siguió manteniendo sus ojos firmemente fijos en un punto intermedio entre ellos.

—Maestro Eremis —dijo con tono controlado—, ¿cómo puedo servirte?

—¿*Servirme*? —restalló el Maestro—. ¿Por qué imaginas que tengo ninguna necesidad de ti? Márchate.

—Estoy en deuda contigo. Sin ninguna razón aparente, me propusiste para la casulla de Maestro. He terminado todos mis demás deberes. Deseo pagarte de algún modo.

—Muy bien. Acepto tu deuda. Págame —con un visible esfuerzo, el Maestro Eremis se controló para no gritar— dejándome solo.

Ante aquello, Geraden alzó los ojos. Firmemente, dijo:

—Dama Terisa merece algo mejor.

Luego se dio la vuelta y se alejó.

El Maestro Eremis maldijo de nuevo y empezó a cerrar violentamente la puerta. Sin embargo, la sujetó antes de que golpeará contra su marco, acabó de cerrarla con suavidad, y corrió de nuevo el cerrojo. Cuando se volvió hacia Terisa, había una distante y peculiar sonrisa en su rostro..., una sonrisa que casi podía haber sido de admiración.

—Ese muchacho es un desafío —murmuró. Sonaba como si estuviera hablando consigo mismo; pero la mirada que lanzó a Terisa mostró que era consciente de su presencia—. Debo pensar en algo realmente especial para él.

Un momento más tarde, apartó de sí la cuestión con un encogimiento de hombros y la miró más directamente. La intensidad volvió a sus ojos. Regresó al diván, vació su vaso, luego se sentó de nuevo a su lado, muy cerca.

Sin pretenderlo, ella se apartó ligeramente. Se giró un poco para mirarle de frente, y consiguió alzar su vaso como una barrera entre ellos. Sus mejillas ardían aún: sin ninguna razón clara, la visión de Geraden la había hecho sentir que estaba haciendo algo de lo que debería sentirse avergonzada. *Dama Terisa merece algo mejor*. ¿Qué significaba eso? Geraden sabía tan poco de ella para decir algo así.

Y, sin embargo, la forma como lo dijo —*Dama Terisa merece algo mejor*— la emocionó. La hizo retirarse un poco ante el Maestro que se inclinaba expectante hacia ella.

—Eso me recuerda... —Su voz era suave, casi tentativa; pero interiormente parecía ir adquiriendo progresivamente valor..., un valor que casi era incapaz de reconocer en sí misma. Se enfrentó realmente a los ávidos ojos del hombre cuando dijo—: Él me dijo que tú no crees que yo exista. ¿Recuerdas? Y tú dijiste que yo no existía hasta que salí del espejo. Eso es otra cosa que tampoco entiendo.

—¿En qué sentido? —El tono de Eremis expresaba una deliberada paciencia.

Ella intentó explicarse.

—No sé nada acerca de la Imagería. En realidad, no comprendo nada de ella. Pero estoy intentándolo. Me resulta más fácil creer que un espejo es como una ventana. Te permite ver de un lugar a otro. O de un mundo a otro. —Esperaba que él no se diera cuenta de la forma como latía su corazón, la forma en que su respiración se hacía irregular en su pecho. No quería que él se diera cuenta de lo importante que aquella pregunta era para ella—. Es mucho más difícil creer que un trozo de cristal *crea* lo que ves en él.

»Por favor. ¿Piensas *realmente* que yo no existía hasta que me viste por primera vez?

—Ah. —Eremis asintió, como si comprendiera—. Como ya debes saber a estas alturas, mi dama, ésta es la confusión fundamental que divide y debilita la Cofradía. Y Joyse complica aún más el asunto insistiendo en cuestiones «éticas», como: ¿Qué derecho tenemos a trasladar Imágenes fuera de su existencia natural? Pero eso es



accidental. El asunto no puede ser resuelto hasta que sea conocido el punto esencial. ¿Es un espejo una «ventana», como tú lo llamas, o las Imágenes que vemos en el cristal son traídas a la vida por la propia Imagería, por el acto mismo de hacer y modelar el espejo?

Mientras hablaba, volvió a acercarse más a ella, se inclinó más hacia ella. Su brazo la rodeaba de nuevo de tal modo que no pudo apartarse, y su embrujo renovó su poder. Nunca antes se había dado cuenta de lo sensual que era el delicado aroma a clavo. Ya no podía seguir sosteniendo su mirada. En vez de ello, observó su boca como si a pesar de su inseguridad —sin mencionar su reciente aturdimiento— deseara que volviera a besarla.

—La auténtica dificultad, sin embargo, no es un fallo de comprensión, sino de imaginación—. Eremis tomó el vaso de su mano y lo dejó a un lado. Su voz se hizo más baja, más ronca—. La evidencia de la verdad es clara, pero no la acepta más porque, como has observado, resulta difícil de creer.

Su boca se inclinó hacia la de ella, la besó suavemente: una vez; otra. La segunda vez, ella respondió como si supiera lo que estaba haciendo.

—Mi dama —jadeó él—, es evidente que tú no existías antes de que fueras encarnada por la traslación. El cristal es torpe. Los Espejos muestran Imágenes. No transmiten sonidos Si vienes a nosotros de otro mundo —la besó de nuevo—, completo, con su existencia propia —y con cada beso la respuesta de ella era más intensa—, ¿cómo es posible que hablemos e mismo idioma?

»Puesto que Geraden creó el cristal que te concibió, tengo que admirar su gusto hacia las mujeres.

Esta vez, su boca se apoderó de la de ella y no la soltó. Su lengua abrió los labios de Terisa. Ella estaba inclinada hacia atrás contra los almohadones; el brazo del hombre la mantenía firme allí, medio reclinada. Por un momento, todos sus sentidos se concentraron en el beso..., y en aprender cómo devolverlo. Era cierto: el espejo la había creado. Era libre. Lo que había sido antes ya no importaba. Al principio no se dio cuenta de que él estaba desabrochando su blusa. Pero su beso era tan poderoso —y su mano tan hábil— que no sintió ningún deseo de detenerle.

—Maestro Eremis —dijo una voz—, dama Terisa, ¿deseáis algo de comer?

Eremis saltó en pie, con la ira llameando en sus ojos. Terisa se apartó de los almohadones y alzó la vista hacia Geraden.

Esta vez, había entrado por una puerta que conducía a alguna de las habitaciones interiores: debió utilizar una entrada de la servidumbre. De nuevo sus ojos estaban fijos en algún lugar entre ella y el Maestro. En sus manos sostenía una adornada bandeja de cobre sobre la que había una gran loncha de queso, un poco de pan y varios racimos de uva.

—Mientras discutíais el destino de Mordant —comentó con una voz tan

decididamente imperturbable que sonó feroz— pensé que tal vez desearíais algo de comer. —Mientras hablaba, entró en la habitación—. Ha pasado mucho tiempo desde el desayuno.

—¡Excrementos de cerdo! —bufó en voz baja el Maestro. Sus manos se cerraron como garras—. ¡Esto es insufrible! ¿Debo cerrar las puertas a mis propios sirvientes para mantenerte a ti *fuera*?

—Ya te he dicho —la deferencia de Geraden era comparable sólo a su imperturbabilidad— que estoy en deuda contigo. Sólo estoy intentando hallar alguna forma de pagarte.

Aunque luchó por ocultarlo, Terisa apenas pudo refrenar sus deseos de echarse a reír. La segunda interrupción del Apr no era embarazosa: era absurda. Y lo más profundo del absurdo era el propio Maestro Eremis, que parecía lo suficientemente furioso como para arrancarle a Geraden el corazón por algo tan insignificante. De pie allí, ridículamente educado y fuera de lugar en medio de la sala de seducción de Eremis, Geraden le recordó por qué le gustaba tanto. Apenas fue *capaz* de controlar su rostro.

Como si se diera cuenta de que se estaba comportando de una forma absurda, el Maestro Eremis se irguió.

—Te creo, Apr —dijo con voz rasposa, apuntando con un dedo que parecía la punta de una lanza al rostro de Geraden—. Buscas pagarme. Pero *venganza* sería una palabra más adecuada, ¿no? Me culpas porque la Cofradía se rió cuando te propuse para la casulla, y ahora deseas «pagarme» volviéndome loco.

»Escúchame, muchacho. —Consiguió parecer calmado mientras hablaba, pese a la lucha entre el control y la ferocidad en su voz—. Quiero que te marches y me dejes solo. He sido tu amigo, creas lo que creas. Pero sacrificarás mi amistad si sigues atormentándome. Y no vas a disfrutar con mi enemistad.

Si Geraden captó la fuerza de su amenaza, mantuvo para sí mismo su reacción. Sin mirar a Terisa, preguntó, deferente, imperturbable:

—Mi dama, ¿deseas que os deje solos?

Tan pronto como él la enfrentó con aquella pregunta, Terisa se dio cuenta de que era incapaz de responder. Le gustaba Geraden. Deseaba proporcionarle una respuesta que le complaciera: la haría sentirse bien ver que le complacía. Pero su cuerpo había estado tan cerca de saber lo que era la femineidad..., para el Maestro Eremis, al menos, y quizá también para ella misma. Estaba temblando por dentro, y notaba sus piernas demasiado débiles para levantarse del diván. Su anhelo no había desaparecido.

—¿Estás ciego, Apr? —El Maestro casi susurraba—. Lo *único* que ella desea es que nos dejes solos.

—Entonces —por un instante, el control de Geraden estuvo a punto de

desmoronarse; un espasmo de dolor cruzó su rostro— debo irme. —En compensación, su tono se volvió profundamente formal—. Por favor, disculpa esta loca intrusión. Te había juzgado mal.

El Maestro Eremis hizo un rígido gesto de despedida. Geraden se dio la vuelta y salió de la habitación por el mismo camino por el que había entrado.

—Estúpido. —Eremis miró con ojos llameantes hacia *el* lugar donde había desaparecido el Apr—. Cree que puede jugar conmigo. Yo no juego. —Se volvió bruscamente hacia Terisa—. Mi dama, estás advertida. Yo no juego.

Ella sostuvo su mirada hasta que tuvo la impresión de que todo su cuerpo hormigueaba. Si lo que ella hiciera ya no importaba, entonces, ¿por qué le dolía de aquel modo el corazón? Quizá su anhelo era más fuerte de lo que se daba cuenta, y esto la estaba cambiando. O quizá sentía un rudimentario deseo de defender a Geraden. Fuera cual fuese la razón, se sorprendió a sí misma diciendo, como si estuviera acostumbraba a comentar el comportamiento de la gente que la rodeaba:

—No puedo comprender por qué él piensa que sí.

Para su sorpresa, la observación atrajo el interés del Maestro. Su furia retrocedió, y una expresión interrogadora cruzó su rostro. Le hizo más atractivo aún que su intenso deseo.

—¿De veras? Estoy sorprendido. —Su tono era sardónico pero amable—. ¿Qué he hecho yo para dar esta impresión?

Ella hizo un esfuerzo por responderle con exactitud, en parte porque gozaba sintiéndose libre de decir lo que pensaba en parte porque su pregunta la halagaba confiriendo sustancia a sus ideas.

—No muestras mucho respeto hacia la gente cuando hablas de ella en privado, así que, cuando actúas respetuosamente en público, no pareces sincero. Y no eres consistente. Pareces hacer cosas —su atrevimiento hacía zumbar su cabeza— como proponer convertir a Geraden en un Maestro, no porque creas en ellas, sino porque te gusta sorprender a la gente.

Los ojos de él se abrieron humorísticamente.

—¿No consistente, mi dama? ¿Yo? Tú no estabas presente cuando el papel del Apr en la traslación que te trajo aquí entre nosotros fue discutido. No has oído lo consistentemente que siempre le he defendido y apoyado. —Mostró un evidente placer interrogándola—. ¿Cómo no soy consistente?

Ella consideró el asunto. Aquello no podía durar: seguramente él iba a ponerse furioso con ella. Eso era lo que ocurría siempre cada vez que atraía la atención sobre ella. No deseaba perder este momento. Intentando minimizar el riesgo, respondió cautelosamente:

—Me sorprendió cuando elegiste al Maestro Gilbur para que fuera contigo a esa reunión con el Perdon. No parece que tú le gustes mucho.

La sorpresa volvió bruscamente cuando Eremis estalló en una carcajada.

Por un momento, la risa le impidió hablar. Al parecer, ella había tocado un punto en el que el Maestro se sentía excepcionalmente complacido consigo mismo. Riendo estentóreamente, volvió al diván y se sentó de nuevo junto a ella, echándose hacia atrás en los almohadones y extendiendo los brazos por encima de su cabeza.

Cuando consiguió dejar de reír, se irguió, apoyó las manos en los hombros de ella, y la atrajo para darle un beso.

—Ah, éste fue un espléndido chiste, mi dama —respondió, disfrutando de su desconcierto—, y todo su humor reside en su secreto. Apostaría a que toda la Cofradía se sintió igual de sorprendida. —Sólo el asomo de cálculo en sus ojos, la forma en que parecía evaluar las consecuencias de lo que había hecho, le impidieron parecer tan desenfadadamente feliz como Geraden a veces—. Ninguno de esos estúpidos sabe que no fue Joyse quien salvó la vida de Gilbur cuando su cueva se derrumbó. Fui yo.

Mientras ella le miraba con la boca abierta —mientras sus pensamientos giraban y su concepto de todas las cosas que habían ocurrido durante la reunión de la Cofradía cambiaban—, él la atrajo hacia sí y capturó de nuevo su boca con la suya.

El aliento se cortó en su pecho. Pero tan pronto como él relajó su beso jadeó:

—Espera un momento. Espera. No lo comprendo. Besando sus ojos, su frente, las comisuras de su boca, él la empujó de nuevo hacia atrás, sobre los almohadones.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Tú y el Maestro Gilbur trabajáis juntos. —Notó que su pecho se liberaba—. Tú planeaste todo ese encuentro. —Estuviste actuando todo el tiempo—. ¿Por qué fingís ser enemigos?

—Porque, mi preciosa —su lengua lamió sus labios entre frases—, no les gusto a algunos de esos tontos Imageros. Ideas y esperanzas son con frecuencia rechazadas simplemente porque yo soy uno de los que las presentan. —Su cálido aliento pareció llenar sus pulmones—. La verdad los hubiera vuelto también contra Gilbur. —Notó de nuevo su mano sobre los botones de su blusa—. La mentira de que fue salvado por el Rey Joyse le proporcionó credibilidad, y así pudo cambiar la votación.

Reclinada contra los almohadones y el brazo del sillón, completamente indefensa, preguntó sin embargo:

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué deseáis ese campeón? Es peligroso.

El Maestro Eremis se echó hacia atrás lo suficiente para que ella pudiera ver sus ojos. Su expresión era seria, y habló sinceramente.

—Las armas y la guerra son cosas peligrosas. El poder es peligroso. Pero ninguna otra cosa puede salvarnos.

»Tú no conoces al Perdon. Sin embargo, has visto su ira. Quiere a su pueblo. Está orgulloso de Mordant..., y de su lugar en el reino. Y, sin embargo, su Rey le ha

negado su ayuda. Impulsado por la desesperación, llegará a cualquier extremo con tal de defender lo que ama.

Terisa creyó oír una llamada en la puerta. Por un instante, el Maestro Eremis se puso rígido. Pero el sonido era tentativo, y no se repitió.

—También me burlo de mis compañeros Imageros —siguió él—, pero eso es sólo porque el talento para la Imagería no es garantía de inteligencia o valor. Amo el potencial que representa la Cofradía. Lucharía alegremente en su defensa. Y yo también he sido rechazado. Mi Rey me niega su ayuda.

»No vacilaré en mentir una o dos veces para conseguir la fuerza que necesito.

Ella no estaba segura de lo que veía en los ojos del Maestro u oía en su voz. Sus manipulaciones de la Cofradía eran demasiado fáciles; su explicación para sus mentiras demasiado limpia. Pero su proximidad y su fuerte contacto se apoderaron de ella. Su aroma a clavo y sus besos eran más persuasivos que la lógica.

Sus labios respondieron a los de él como si supieran cómo. La mano del Maestro se deslizó bajo su blusa y se posó sobre su pecho. Su caricia hizo que le dolieran los pezones. Arqueó instintivamente la espalda, apretando sus pechos contra él. Él apartó la blusa a un lado, y quedaron al descubierto. Entonces su boca abandonó la de ella, y su respiración se hizo jadeante.

—Mi dama, no estaba equivocado —dijo—. Estás hecha para el deleite de un hombre. —Y su lengua descendió sobre su pecho hasta que sus labios se cerraron sobre su pezón.

Dispuesta a arriesgarlo ahora casi todo, ella pasó los brazos alrededor de la cabeza de él y la retuvo como si no deseara que su boca dejase de hacer nunca lo que estaba haciendo.

Se sentía tan sorprendida que no hizo nada excepto mirar cuando Saddith entró en la habitación.

Como Geraden, la doncella se abstuvo de mirar al Maestro Eremis o a ella. Mantuvo el rostro ligeramente desviado, y su expresión era perfectamente neutra.

—Maestro Eremis... —empezó.

Él saltó violentamente del diván, el brazo crispado como si esperara a Geraden y estuviera dispuesto a lanzarle un puñetazo y hacer luego las preguntas.

—Maestro Eremis —repitió la doncella, retrocediendo unos pasos, hablando rápidamente para retener su furia—, esta intrusión es inexcusable, lo sé, pero debes perdonarme. No tenía otra elección. No respondiste a la puerta. Mi dama, debes perdonarme. No tenía otra elección.

—¿No tenías otra *elección*? — Tan pronto como Eremis reconoció a Saddith, bajó su brazo. Sin embargo, necesitó unos instantes para controlar su ira—. Eres una sirvienta. ¿Por qué es un asunto de *elección* el que entres en mis aposentos sin ser invitada a ello?

—Perdoname. Sé que lo que he hecho es inexcusable. —Debido a que el rostro de Saddith se mostraba tan neutro, y el tono de su voz era tan llano, no sonaba particularmente contrita—. Pero se me ha ordenado que buscara a dama Terisa. Dama Myste desea hablar con ella. Es la hija del Rey, Maestro Eremis. No podía negarme a obedecerla. Puedes insultarme..., quizás incluso golpearme. —Tampoco sonaba particularmente temerosa—. Pero si dama Myste se queja de mí al Castellano Lebbick...

—Podías decirle a Myste que no habías conseguido encontrar a la dama —la interrumpió Eremis. Sin embargo, había recuperado ya el control. Suspiró—. Pero eso tal vez fuera esperar mucho de ti. —Se volvió hacia Terisa—. Mi dama, debe ir. Las hijas del Rey son caprichosas..., y nuestro Rey las deja hacer todo lo que desean. No es saludable ignorarlas.

Sólo sus ojos le traicionaban. Se habían vuelto sombríos y asesinos.

Terisa sintió deseos de gemir su frustración..., y también su inesperado temor. La ferocidad del Maestro Eremis era de pronto tan vivida como la de su padre. Se sintió mareada, casi enferma, a punto de echarse a llorar..., o a reír. Su alivio fue tan agudo como su sensación de pérdida y su alarma.

Puesto que no tenía ni idea de qué otra cosa podía hacer empezó a abrocharse en silencio la blusa.

## El último embajador de Alend

Aún temblando débilmente, llena de confusión e intentando no mostrarla, Terisa se marchó con Saddith.

El Maestro Eremis descorrió el cerrojo de la puerta y la despidió con una inclinación de cabeza. Mientras lo hacía, su sonrisa exhibió una familiar mezcla de regocijo y concupiscencia: parecía a prueba de todas sus recientes y fastidiosas molestias. Si ella no hubiera visto sus ojos, no se hubiera sentido asustada.

Dejó escapar un instintivo suspiro de alivio cuando la puerta se cerró porque había sido Saddith, no Geraden, quien había interrumpido al Maestro la tercera vez. No le gustaba pensar en toda aquella furia dirigida contra el Apr.

Por su parte, Saddith no parecía turbada en absoluto por la ira de Eremis. En vez de reflejar algún tipo de embarazo o preocupación, su expresión sugería una apenas oculta satisfacción.

Terisa deseaba preguntar: ¿Por qué quiere verme dama Myste? Más que eso, deseaba preguntar: ¿Cómo te las arreglaste para llegar hasta mí justo en ese momento? Pero, tan pronto como ella y Saddith abandonaron el pasillo sin salida de los aposentos del Maestro Eremis, Geraden se acercó a ambas.

No hizo ningún esfuerzo por contenerse. Parecía tan alegre como un cachorrillo.

—¡Saddith, eres una maravilla! —La sujetó por los brazos, bailó en círculo con ella hasta que tropezó con la pared y estuvo a punto de derribarla al suelo; luego plantó un sonoro beso en su mejilla y la soltó—. Estoy en deuda contigo. ¡Para siempre! ¿Cómo lo hiciste?

Sin aguardar su respuesta, se volvió, prácticamente saltando, hacia Terisa.

Ella siguió andando.

No pudo decir lo que él vio en su rostro, pero, fuera lo que fuese, lo serenó rápidamente. Por una vez, sin embargo, no se disculpó.

—Sé que no era asunto mío. —Controló su alegría en consideración hacia ella—. Pero tenía la fuerte sensación... —Le dirigió una irónica mueca—. Hemos hablado de mis «sentimientos». Te dije que siempre están equivocados. Pero pese a todo tengo que hacer lo que me dictan. No puedo ignorarlos. Simplemente no puedo. Y esta vez tuve la intensa sensación de que estabas en algún tipo de peligro.

—Peligro, vaya que sí —respondió burlescamente Saddith—. Equivocaste esos «sentimientos», Apr. Te dominaba el intenso «sentimiento» de desear ir tú mismo a la cama con la dama, y no podías soportar el pensar que cualquier otro hombre pudiera hacerlo antes que tú. Quizá también —añadió con una sonrisa— temías que una vez hubiera probado la forma de hacer el amor del Maestro Eremis ella no mostrara ningún interés hacia ti.

Los ojos de Geraden se llenaron de pesar ante las palabras de Saddith, y empezó a enrojecer como un muchachito.

De pronto, los temblores de Terisa se hicieron peores. Había llegado tan cerca..., tan cerca de algo que no podía nombrar, alguna consciencia vital de quién o qué era. El Maestro Eremis le había dicho que ella no existía, Y, sin embargo, su contacto... Temblaba de pies a cabeza. Su voz sonó estremecida.

—¿Quieres decirme que Myste no desea verme? ¿Que te lo inventaste?

El Apr pareció encogerse, pero fue Saddith quien dijo, en un tono de regocijada indignación:

—Por supuesto que *no*. No soy una mentirosa, mi dama. —Con evidente dificultad, reprimió sus deseos de echarse a reír—. Seguro que dama Myste ha expresado su deseo de hablar contigo. Pasé un tiempo considerable buscándote antes de que encontrara al Apr Geraden y él me dijera dónde estabas.

Tranquilizado por su apoyo, Geraden admitió:

—Pero es cierto que Myste no es el tipo de dama que insista en verte inmediatamente.

Saddith asintió con la cabeza.

—Creo que en realidad no sabe lo que es ser la hija de un rey.

—Si ella hubiera sabido dónde estabas —prosiguió Geraden, con algo de su felicidad personal burbujeando más allá de su autocontrol—, estoy seguro de que hubiera insistido en aguardar hasta que el Maestro Eremis hubiera terminado contigo.

—De todos modos —concluyó la doncella—, yo hice creerle a él lo contrario. En el futuro, será más prudente y más cuidadoso en sus designios.

Geraden no pudo evitarlo: echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una carcajada.

Saddith se le unió.

A su distinta manera, ambos parecían tan complacidos que la tensión que había hecho temblar a Terisa se relajó involuntariamente por sí misma. Ella también sintió deseos de reír.

—Se puso tan furioso. —En aquel momento, tuvo la sensación de que le haría todo un mundo de bien echarse a reír—. Quizá no esté acostumbrado a la frustración. Parecía más bien estúpido allí.

El pensamiento del Maestro Eremis pareciendo *estúpido* sobresaltó tanto a Geraden como a Saddith.

Sin prestar demasiada atención a donde se dirigían, casi tropezaron con el Maestro Quillon.

Debido a su camaleónica ropa gris y su discreta actitud, pareció brotar frente a ellos como surgido de la nada. Su sonrisa no se cerró sobre sus salientes dientes.

—Ah, eres tú, Apr —dijo de inmediato—. Ven conmigo. Tengo necesidad de ti.



Terisa tuvo la sensación de que su tono era de mal agüero para Geraden.

—Maestro Quillon... —Geraden se mostró confuso—. Ya he terminado mis deberes. Deseaba pasar la tarde...

—Exacto —interrumpió el Imagero—. Deseabas pasar la tarde ayudándome. Estoy decidido a terminar mis investigaciones antes de que el Maestro Gilbur llame a su campeón y se nos pida a todos que dejemos a un lado nuestras preocupaciones personales en bien de la guerra que va a seguir. Ven conmigo.

Se volvió bruscamente y echó a andar pasillo abajo.

—¡Maestro Quillon! —protestó Geraden—. Es costumbre dejar que los Aprs hagan lo que quieran en su tiempo libre cuando han terminado todos sus deberes.

El Maestro se detuvo. La forma en que mostró sus dientes le dio un aire de lúgubre salvajismo. Sus ojos brillaron fríamente.

—Avergüénzate, Geraden —dijo, hablando en voz muy baja—. La pereza no hace al Maestro. El trabajo lo hace. ¿Cómo quieres aprender alguna vez, si no estás dispuesto a hacer el esfuerzo? —Entonces su rostro se tensó—. Esto no es una petición, Apr. Ven conmigo.

Se alejó, caminando enérgicamente.

Geraden lanzó una mirada de súplica y disculpa a Terisa.

—Ve, Geraden —susurró Saddith—. No hagas el tonto. ¿Qué será de tus deseos de ser un Maestro? No haces daño a nadie excepto a ti mismo desobedeciendo.

El Apr hizo una mueca, asintió, alzó las manos en un gesto desesperado, y trotó tras el Maestro Quillon.

Saddith rió de nuevo, esta vez de Geraden, pero su risa no era cruel.

—Es un buen muchacho, mi dama, con muchas atractivas cualidades. —Sonrió—. Incluso su torpeza puede ser interesante. Pero yo en tu lugar no me preocuparía por él. Puedes apuntar más alto.

»Si ya eres capaz de interesar al Maestro Eremis —ahora hablaba en serio, quizá con una punta de envidia— sin hacer más esfuerzos que los que has hecho, seguro que puedes apuntar más alto. Como un ejemplo, considera al Castellano Lebbick. No lo creerás, tras probar un poco de su lengua y de su genio, pero es sumiso como un corderito. Y ahora su esposa de muchos años ha muerto, tras una larga enfermedad. *He ahí* un hombre con mucha necesidad de una mujer. Si yo pudiera atraer su atención, te aseguro que no seguiría siendo mucho tiempo una sirvienta en Orison.

—Saddith, ¿qué debo hacer? —preguntó Terisa en un impulso. Ahora que Geraden se había ido, sentía una urgente necesidad de hablar con él. Pese a las instrucciones del Maestro Barsonage, deseaba contárselo todo. Y deseaba saber cómo respondía él al razonamiento del Maestro Eremis. Pero no podía discutir ninguna de aquellas cosas con la doncella—. No soy una Imagera, no sé nada acerca de los hombres. —Luego, recordando las manos de Eremis, y su boca, añadió—: El Maestro

Eremis y Geraden se odian mutuamente.

—Mi dama —respondió Saddith, intentando hablar de forma intrascendente—, puedo asegurarte que el Maestro Eremis no me odia a *mí*.

Una ventana abierta en alguna parte dejó entrar una corriente de aire frío al pasillo. Terisa se estremeció. Saddith guardó silencio durante todo el resto del camino hasta su destino.

Terisa esperaba que la doncella la llevara a la suite que dama Myste compartía con su hermana en la torre encima de los aposentos del Rey Joyse, pero Saddith condujo a Terisa de vuelta a sus propios aposentos. Myste estaba aguardando allí.

Saddith intercambió sus habituales bromas con los guardias, luego abrió la puerta e invitó a entrar a Terisa. Hallaron a dama Myste de pie delante de una de las ventanas. Pese al frío de fuera, la luz del sol realzaba el tono veraniego de su cabello y piel, haciéndola más evidentemente hermosa de lo que había sido en sus aposentos, en compañía de Elega. Sin embargo, contemplaba el castillo y el desolado invierno como si anhelara estar en cualquier parte menos allí.

Su rostro conservaba su expresión lejana, pero abandonó la ventana y sonrió cuando Terisa entró en la estancia.

—Mi dama —empezó, luego se corrigió rápidamente—, Terisa, qué alegría que hayas venido tan pronto. —No había perdido la extraña excitación con que había recibido la idea de que Terisa distaba mucho de ser una Imagera o una mujer de poder, que de hecho no era más que la secretaria de una misión—. Espero que no te haya apartado de nada que estuvieras haciendo. Me temo que no tengo nada urgente que decirte. Para Elega todo es urgente, pero yo no deseo más que un poco de tranquila charla.

Su saludo cogió a Terisa por sorpresa. Tuvo la instintiva sensación de que Myste era una de las pocas personas allí que no tenía extrañas o incluso letales expectativas sobre ella..., una de las pocas con las que era posible que pudiera mantener una simple amistad. Pero, por esa precisa razón, no estuvo segura de cómo responder. Sabía tan poco acerca de la amistad.

Afortunadamente, Saddith acudió a su rescate. Haciendo una cortesía, mintió:

—Dama Terisa estaba ya volviendo cuando la encontré, mi dama. Había asistido a una reunión de la Cofradía, pero ya había terminado.

»Y ya es bien pasada la hora del almuerzo —prosiguió—. ¿Os traigo algo de comer? Así podréis hablar con más comodidad.

Por un momento, Terisa espero que Myste respondiera a Saddith. Myste era la hija del Rey. Pero luego se dio cuenta de que *aquellos* eran sus aposentos: la hospitalidad era responsabilidad suya.

—Por favor —dijo rápidamente—. Tengo hambre. —Apresurándose a recobrar

sus modales, preguntó a Myste—: ¿Tú no? No sé lo que podrá traernos Saddith, pero estoy segura de que no le tomará mucho tiempo.

La dama siguió sonriendo. Su mirada era directa..., y distante, como si pasara directamente a través de los ojos y mente de Terisa hacia *algo* que estaba más *allá*.

—Gracias. Eres muy amable.

—Muy bien, mi dama —dijo la doncella—. Vuelvo en un momento. —Camino de la puerta, se detuvo de forma que le daba la espalda a Myste y lanzó a Terisa una aguda mirada..., una mirada que parecía decir: *Ve con cuidado. Presta atención. Esta mujer es la hija del Rey*. Luego se fue, cerrando suavemente la puerta tras ella.

Desde el punto de vista de Terisa, sin embargo, el hecho de que Myste fuera la hija del Rey no significaba realmente nada. Lo que importaba era que ella, Terisa, deseaba de pronto tan fuertemente la amistad de Myste que el deseo le dolía en lo más profundo de su corazón. Nunca había tenido una *amiga*...

Oh, por supuesto, había tenido amigas: compañeras de juego en sus primeros años, chicas que hablaban con ella en los pasillos y susurraban chismorreos durante la escuela. Pero, desde un principio, sus padres nunca habían animado las amistades. En particular, nunca le habían permitido visitar los hogares de sus jóvenes compañeras de juego, nunca había invitado a ninguna de esas chicas a su casa. Y esta separación se había mantenido en todas las numerosas instituciones privadas a las que había sido enviada, escuelas exclusivas dedicadas más a formar el carácter moral que a alimentar la camaradería. O quizá la distancia que había mantenido a todo el mundo apartado de ella era algo que llevaba en sí misma..., un abismo de pasividad y duda que nadie sabía cómo cruzar; una herida no sanada.

Ella no deseaba perder su oportunidad.

Torpemente, hizo un gesto hacia dos de las sillas.

—¿Quieres que nos sentemos? —Luego recordó la jarra en una de las mesitas laterales—. ¿Te apetece un poco de vino? —Pero tuvo la impresión de que sonaba tan desconcertada que no pudo soportarlo—. Lo siento —dijo, abandonando el fingimiento de que sabía lo que estaba haciendo—. Me hago un lío con todo. Me siento tan nueva con todo esto. Creo que no tuve nunca a nadie invitado en mi apartamento.

Myste no tenía forma de saber que aquello era la verdad literal, pero lo aceptó de todos modos.

—Por favor, no te disculpes. Creo que lo haces sorprendentemente bien. Considera lo que te ha ocurrido en los últimos tres días. Has sido trasladada a un mundo extraño y desconocido, has ido a parar en medio de un castillo lleno de conflictos, maquinaciones y traiciones. La mitad de la gente a tu alrededor parece creer que puedes salvarla de la guerra y del caos. Se ha atentado contra tu vida. Si yo estuviera en tu lugar —su tono se hizo pensativo—, me sentiría orgullosa de

arreglármelas la mitad de bien.

Sin advertencia previa, los ojos de Terisa se llenaron de lágrimas. La comprensión de Myste la tomó completamente por sorpresa.

—Gracias. —Agradecida, intentó explicarse—: Durante la mayor parte del tiempo creo que debo estar volviéndome loca. Todo el mundo quiere que haga algo, y yo apenas comprendo lo que está ocurriendo.

—Vamos. —Myste tomó a Terisa del brazo y la guió a una de las sillas. Luego extrajo un delicado pañuelo de la manga de su vestido y se lo tendió—. Lo que te ha ocurrido es una cosa que debe hacer sentirte muy solitaria. Debes pensar que cada nueva persona a la que conoces está complotando de alguna forma contra ti. Y ahora has sido llevada a una reunión de la Cofradía. Dudo que reaccionaran bien cuando les dijiste que no eres una Imagera.

Terisa asintió, secándose las lágrimas con el pañuelo.

—Todos están en contra mía. La Cofradía no quiere que hable con el Rey. Él no quiere que hable con la Cofradía. Ninguno de ellos quiere que hable con nadie. —Casi estuvo a punto de decir: excepto el Maestro Quillon y el Adepto Havelock—. Y los Maestros complotan todos entre sí. El Maestro Eremis... —Me besó. Besó mis pechos—. El Castellano Lebbick me chilla. —Dudó por un segundo, luego se sonó la nariz en la fina tela—. Incluso Geraden quiere convertirme en una Imagera.

—Ah, Geraden. —La voz de Myste sugirió una sonrisa—. No puedo hablar por los demás, pero en él al menos puedes confiar. Puedes dudar de su buen juicio. Su suerte es desastrosa. Sin embargo, puedes confiar en su corazón. Todo el mundo está de acuerdo en que el Domne no tiene malos hijos.

Tras una pausa, añadió:

—Me gustaría ser tu amiga, Terisa.

Terisa miró fijamente a los ojos de la dama. Ahora estaban enfocados en ella, no distantes en absoluto, y la expresión en ellos era directa y amistosa.

Así que no pudo empezar a llorar de nuevo. Desvió la mirada. El ofrecimiento de Myste la había tocado demasiado adentro para poder reconocerlo. ¿Cómo era posible que alguien como ella tuviera amigos? Eludiendo el importante punto —y odiándose por hacerlo—, dijo:

—Tienes mejor opinión de él que Elega.

Myste sonrió de nuevo; pero, mientras lo hacía, su mirada se deslizó de vuelta a la distancia, y su rostro recuperó su aspecto lejano. Respondió suavemente:

—Tengo mejor opinión de muchas cosas que ella. Ella es la hija de un rey, y desea la importancia de un alto lugar en los asuntos de Mordant. No perdona a su padre, ni a la sociedad a su alrededor, ni a ninguna otra cosa que imagine que se alza entre ella y su derecho natural de complotar y manipular y traicionar tanto como cualquier príncipe. No perdona a Geraden por el erróneo juicio que en una ocasión la

comprometió a él. —Se encogió de hombros—. Yo pienso mejor de ser una mujer. Pienso mejor de aquellos que retienen el poder en Orison. —Su tono era gentil y tranquilizador, pero bajo, como si estuviera hablando en algún otro lugar, quizás a alguna otra persona; y había una nota de añoranza en lo que decía que no encajaba enteramente con sus palabras—. Pienso mejor de mí misma.

Terisa asintió, como si comprendiera.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme?

—Oh, no —respondió rápidamente Myste—. O quizá sí. No tengo nada especial que decir. Pero me gustaría *saberlo todo* respecto a ti. Para mí, eres un placer y una maravilla. Tú misma te consideras una mujer vulgar..., y te creo —se apresuró a añadir—, creo lo que dices de ti misma, aunque me resulta difícil llamar a ninguna mujer de otro mundo vulgar..., y sin embargo te encuentras aquí, en medio de la gran crisis de la historia de Mordant. Si tu mundo no posee la Imagería, una traslación así debe parecerte algo extraordinario.

»Por mi parte, nunca me han ocurrido grandes cosas. Nunca he estado en un mundo distinto al mío. De hecho, apenas he estado fuera de Orison en los últimos años. ¿Cómo es tu mundo? ¿Cómo vives tu vida allí? —Se sintió más animada mientras hablaba, picada por la curiosidad—. ¿Cómo se siente una cruzando un cristal y descubriendo que todo ha cambiado? ¿Qué hacen los espejos en tu mundo, puesto que no poseen magia?

—Por favor. Una cosa después de otra. —Pese a sí misma, Terisa sonrió ante la fascinación de Myste—. No tenemos nada mágico. Los espejos simplemente... —intentó hallar una descripción adecuada—, simplemente reflejan. Te muestran exactamente lo que sitúas delante de ellos. Si son planos. Si no son planos, siguen reflejando lo que sitúas delante de ellos, pero distorsionado.

»En mi apartamento... —Dudó. Nunca se lo había admitido a nadie: Tenía mis paredes cubiertas de espejos para poder saber que existía. Terminó débilmente—: Tenía muchos espejos.

—Entonces debes ser muy sabia —murmuró Myste, como si se aferrara a cada palabra.

—¿Sabia? ¿Por qué?

—Eres *capaz* de verte a ti misma exactamente tal como eres. Eres capaz de verlo todo exactamente tal como es. Yo no tengo esa visión. Y aquellos que me miran lo hacen con sus preconcepciones de la hija de un rey, quizá incluso de una mujer..., y así su visión es confusa. Ninguno de nosotros ve nada exactamente tal como es.

—Nosotros hacemos lo mismo —objetó Terisa—. Tenemos las mismas preconcepciones. Pero solamente vemos la superficie. Todo lo que nos importa es la superficie de las cosas. —Hizo un deliberado esfuerzo por ser sincera—. Quizá yo sea *capaz* de verme tal como soy. Pero no sé lo que eso significa. No me ayuda a

saber quién soy.

Myste pareció hallar aquella noción a la vez divertida y atractiva.

—Entonces, ¿no eres sabia? Lentamente, Terisa respondió:

—No creo haber conocido nunca a nadie que fuera sabio. —A menos que la ineficaz dedicación del Reverendo Thatcher contara como sabiduría.

La dama se echó a reír ante aquello.

—Entonces seguramente estás en un error, Terisa. En estos momentos eres ya la mujer más sabia en Orison, porque no te has dejado engañar por aquellos que creen en su propia sabiduría. Conoces la diferencia entre lo que se ve y lo que no se ve, y no intentas juzgar lo uno por lo otro.

—¿Tú llamas a eso sabiduría? —Terisa sintió deseos de reír simplemente porque Myste se mostraba regocijada. La sonrisa de la dama traicionaba su parentesco con su padre: era casi tan infecciosa y agradable como la de él—. ¿Acaso el hecho de que no comprendo *nada* no cuenta contra mí?

Myste se echó a reír.

—Por supuesto que no. La mera comprensión es asunto de reyes, no de sabios..., o de mujeres vulgares. Y siempre es errónea. Depende de un conocimiento de las cosas que no pueden conocerse..., un conocimiento de lo que no se ve.

»Debo decirte, Terisa, que desearía que Elega tuviera menos comprensión y más sabiduría. Tú eres más sabia que ella.

Guardaron silencio durante unos instantes, mientras recuperaban su seriedad; luego, Myste preguntó:

—¿De dónde procede esa sabiduría? Háblame de tu mundo. ¿Cuáles son sus necesidades y compulsiones? ¿Cómo pasas tus días?

Unos minutos antes, aquella pregunta hubiera helado a Terisa. Pero los amistosos modales de Myste fundían la franca presión de su curiosidad. Casi antes de que supiera lo que iba a decir, Terisa empezó a hablar acerca de su trabajo en la misión.

Nunca antes había hablado de él. Las palabras parecieron brotar una tras otra mientras describía su trabajo en la misión, las ruinas humanas a las que atendía, y su propio trabajo, mecanografiar y archivar y demás labores monótonas, sus relaciones con el Reverendo Thatcher; y sus razones para hacer aquel trabajo, porque había creído que en un lugar así siempre sería capaz de notar una diferencia, porque podía permitirse aceptar el escaso sueldo, porque no se había considerado a sí misma *capaz* de hacer nada más exigente o ambicioso. Balbuceó sobre todo aquello hasta que la discrepancia entre lo que estaba diciendo y el brillo de la atención de Myste la detuvieron. La dama absorbía cada una de sus frases como si estuviera escuchando un relato de heroísmo y romance. Bruscamente, Terisa dijo:

—Lo siento. No pretendía decir todo esto.

—Es maravilloso —suspiró la dama. Su distante mirada aún seguía brillando—.

Discúlpame si me repito. ¡Pero existe un mundo tan extraño como ése! Y tú tienes una parte en él.

—Una pequeña parte —comentó Terisa—, que es menor a cada minuto que pasa. El Reverendo Thatcher ya debe haberme sustituido. —Y su padre no tenía ninguna razón para desear que volviera.

En su excitación, Myste se puso en pie.

—Pero si es eso precisamente. —Empezó a caminar arriba y abajo por la alfombra, con sus ojos mirándolo todo excepto a su compañera—. Eres una mujer vulgar, y dices que tu vida en tu mundo es absolutamente vulgar, y sin embargo a mí me parece valiente y sacrificada. Yo también soy una mujer vulgar.

»Soy la hija de un rey, pero..., ¿qué significa eso? Es un accidente de nacimiento. Sus efectos sobre lo que se ve son simplemente que puedo vestirme bien y dar órdenes a los sirvientes. Sus efectos sobre lo que no se ve son..., apenas sé que tenga ningún efecto. Me parece claro que soy una mujer vulgar..., y que esto es bueno.

»Sin embargo, estoy rodeada de gente que no está contenta. Su falta de complicación hace a Elega salvaje. Geraden se siente miserable luchando por conseguir una Maestría que jamás alcanzará. La mitad de la Cofradía desea retirarse a la investigación pura. Los otros Maestros anhelan el poder sobre Mordant. La vida del Castellano Lebbick ha girado en torno a una mujer, y sin embargo, en su dolor, ahora desprecia a todas las mujeres. Alend y Cadwal luchan contra la paz que les ha proporcionado más beneficios que todas sus generaciones de guerra.

»Terisa, no considero buena la pasividad de mi padre. No la *comprendo*. Soy lo bastante su hija como para saber la importancia del esfuerzo y el riesgo. La pasividad no sirve. Pero seguro que reconocerás que no es algo tan terrible ser lo que somos.

»Tú eres la prueba de ello. —Su voz se había elevado de tono hasta una afirmación—. Según insistes, eres una mujer vulgar, sin experiencia del poder y sin ningún talento para él. Sin embargo, tu vida no carece de significado. Grandes fuerzas actúan en Mordant, y tú estás involucrada en ellas. No hay ninguna vida que no posea su propia importancia, ninguna vida que no pueda ser tocada por la grandeza en cualquier momento..., sí, ser tocada por la grandeza y tener una mano sobre ella.

Por un momento, Terisa miró a Myste. Con una urgencia que la sorprendió, deseó decir: ¿*Grandeza*? Eso es ridículo. ¿Cómo puedo tener algo que ver con la *grandeza*?

Al mismo tiempo, sintió deseos de llorar más intensamente que lo que nunca había llorado en su vida.

Afortunadamente, Myste se dio cuenta casi de inmediato de lo que estaba haciendo. Puntuando su propia seriedad, sonrió; su actitud volvió a su más habitual reserva.

—En el fondo de su corazón —dijo, con un encogimiento de hombros verbal—,

Elega me considera loca. Piensa que unas nociones tan románticas me hacen poco adecuada para mi estilo de vida. —Una nota de tristeza entró en su voz—. Pero mi padre no desprecia lo que yo creo. Me quiso por eso, y había un lazo entre nosotros. —Su rostro se endureció—. Hasta que cambió, y se hizo imposible para ninguna de nosotras hablar con él.

Terisa contenía el aliento, rígida para retener lo que sentía. Pero eso ya no era necesario, ¿verdad? Era libre, ¿no? El pasado no existía. Lo que dijera o hiciera no importaba. Podía contarle a Myste la verdad. Gradualmente, dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Mi padre nunca cambió. Siempre fue así.

—¿Quieres decir pasivo? —preguntó Myste—. ¿Como perdido y sin preocuparse por nada?

—No. Quiero decir que era imposible hablar con él.

Tentativamente, como un pequeño animal que se asoma fuera de su madriguera tras una tormenta, empezó a sonreír. Acababa de hablar críticamente de su padre, como si tuviera derecho a hacerlo..., y nada terrible había ocurrido. Quizá fuera posible la amistad después de todo.

Myste se sentó de nuevo a su lado. La expresión de la dama era suave y tranquilizadora.

—Háblame de él.

Por casualidad, Saddith eligió aquel momento para llamar a la puerta y entrar en la habitación llevando las bandejas de comida.

Incapaz de mantenerse como se sentía frente a la doncella, Terisa se puso inmediatamente en pie —más bruscamente de lo que pretendía— para darle las gracias a Saddith y ayudarla a colocar la comida.

Si Myste se sorprendió por el cambio en la actitud de Terisa, no lo mostró. Aparentemente, reconoció que algo importante había ocurrido..., algo que requería intimidad. No siguió la conversación. Cuando Saddith hubo servido la comida y se hubo ido de nuevo, Myste hizo una educada exhibición de disfrutar de su tardío almuerzo, y mientras comían retuvo su curiosidad.

Agradecida por la consideración de Myste, Terisa pasó unos minutos concentrada en su comida..., un guiso horneado en una gruesa concha de pasta. Luego, para mantener la conversación en terreno seguro por unos momentos, hizo una pregunta práctica en la que su trabajo en la misión le había enseñado a interesarse: ¿Cómo conseguía Orison alimentar tan bien a tanta gente en pleno invierno?

Myste respondió describiendo el sistema que proporcionaba a Orison toda su comida y provisiones. Tras generaciones, incluso siglos, de un sistema económico basado en la guerra, en el cual los poderosos señores luchaban por el privilegio de tomar lo que necesitaban por medio de la violencia, Mordant se había visto reducido



casi a la miseria, pese a su abundancia de recursos naturales. Uno de los actos más importantes del Rey Joyse había sido reemplazar la guerra por el comercio. Esencialmente, había establecido Orison como el principal comprador —y vendedor— de todo lo que Mordant necesitaba o producía. Todos los pueblos del Demesne, y todos los Cares de Mordant, comerciaban con Orison; y Orison utilizaba los beneficios de esas transacciones para comprar lo que su propia gente necesitaba, a fin de que su riqueza actuara como fertilizante para hacer crecer más riqueza para el reino. Un sistema similar se aplicaba al comercio con Cadwal y Alend —que necesitaban demasiado los recursos de Mordant como para negarse a comerciar con el Rey Joyse—, y esos beneficios servían igualmente de abono al suelo y a la sociedad de Mordant. Como resultado, todos los Cares habían recorrido un largo camino desde la feroz pobreza que había marcado los inicios del reinado del Rey Joyse.

Terisa no captó enteramente los detalles, pero apreció de todos modos la explicación de Myste. Había criticado a su padre sin ser castigada. Cuando la dama hubo terminado, Terisa comentó:

—Suenan estúpido..., pero acabo de darme cuenta de que no he salido desde que llegué aquí. —Miró hacia la ventana, con sus gruesos cristales y su capa de escarcha—. No tengo ni idea de cómo son las cosas ahí fuera.

Myste depositó su tenedor y se secó la boca con su servilleta.

—Debe ser una enorme impresión para ti. Del mismo modo que tu mundo me parece a mí muy extraño, el nuestro tiene que parecerme igualmente extraño a ti. Y hemos recibido instrucciones estrictas —dejó traslucir un momento de embarazo— de no revelarte nuestros «secretos». Tu habilidad para aceptar estas cosas... Bueno, ya he dicho que me sorprendes.

»¿Qué es lo que se siente, Terisa? No tengo experiencia con las traslaciones. —Había armónicos de éxtasis en su voz—. Nunca he cruzado un cristal a una creación distinta. Otra de mis ideas románticas —admitió— es que un acontecimiento así en la vida de cualquiera tiene que ser de alguna manera fundamental, cambiándolo tanto como cambia el lugar donde está.

—No —dijo inmediatamente Terisa, recordando la sensación de impersonal enormidad, de eternidad temporal, de desvanecerse—. No creo que a mí me cambiara en absoluto. —Casi añadió: Me gustaría que lo hubiera hecho—. No duró lo suficiente.

»Era como —prosiguió, repentinamente segura de lo que quería decir— morir sin ningún dolor. De pronto, toda tu vida desaparece, todo lo que alguna vez conociste o comprendiste o te importó; dejas de existir, y no hay nada que puedas hacer al respecto excepto quizá lamentarlo. Pero no duele.

»No estoy hablando de dolor físico —aclaró—, o siquiera de dolor emocional.

Simplemente, no duele. Quizá porque hay todo un mundo a tu alrededor para ocupar el lugar del que has perdido. ¿Entiendes? Creo que ésa es la única razón de que pueda soportarlo.

Como respuesta, Myste sonrió vagamente..., no como si no estuviera escuchando, sino más bien como si lo que oía desencadenara en ella un amplio abanico de ideas y anhelos.

—En realidad no comprendo. Elegía diría que estás diciendo tonterías. La traslación es un paso físico, nada más. Pero hay algo en lo que dices... —su mano se cerró inconscientemente en un puño—, algo que tiene sentido para mí.

»Quizá sólo sea la muerte la que da significado a la vida.

Pero yo no morí, protestó instintivamente Terisa. No es eso lo que quiero decir. Yo nunca estuve allí.

La imposibilidad de explicarse mejor, sin embargo, la mantuvo en silencio.

—Terisa —prosiguió Myste, tranquila, distante, sin mirarla—, me has dado mucho en lo que meditar. Dices que no eres sabia —lentamente, se fue volviendo menos abstracta, más presente en la habitación y en la compañía de Terisa—, pero he conocido muy pocos tontos que me desafíen a examinar tan atentamente mi vida.

—No me *culpés* —Terisa no sabía lo que quería decir Myste..., y por el momento no le importaba. No pudo reprimir una sonrisa—. No lo hice a propósito.

Myste se echó a reír ante aquello. Terisa se le unió, feliz.

Estaban riendo aún, juntas como viejas amigas, cuando Saddith llamó a la puerta y volvió a entrar en la habitación. Tenía las mejillas enrojecidas y jadeaba, como si hubiera subido corriendo varios tramos de escaleras.

—Mi dama Terisa —dijo sin aliento—, mi dama Myste, el Rey os llama.

»Hay noticias. Asuntos importantes. Vuestra presencia es requerida en la sala de audiencias. Todos los grandes señores y las damas de Orison deben asistir.

—Eso son realmente noticias, Saddith —respondió Myste. Su inmediata excitación quedaba clara en la forma en que sus ojos se enfocaron en la doncella—. Mi padre no ha convocado Orison en la sala de audiencias desde hace más de un año. ¿Qué ocasiona esta reunión?

—Ha llegado un embajador, mi dama —respondió Saddith entre jadeos—. Un embajador de Alend..., ¡en pleno invierno! Tiene que haber pagado un terrible precio en tiempo y hombres y pertrechos. ¡Y dicen que es el Príncipe Kragen en persona! ¿Qué puede haber impulsado al hijo primogénito del Monarca de Alend hasta aquí, soportando tantas penalidades en esta época del año y cruzando una tal distancia, cuando todo Mordant sabe que Alend desea la guerra, no la paz? Myste desechó con un gesto esa pregunta.

—¿Y pide una audiencia con el Rey Joyse?

—¿Pedir, mi dama? La *exige*. O eso se dice.

—Y el Rey consiente en otorgarle al Príncipe lo que exige —prosiguió Myste—. Esto está bien. Quizá muy bien. Quizá los asuntos del reino empiecen a interesarle de nuevo.

»Terisa, tenemos que irnos. —Se encaminaba ya hacia la puerta—. No debemos perdernos esto.

Gracias a los antecedentes que le había proporcionado el Maestro Quillon, Terisa captó algo de la importancia de las noticias de Saddith. Siguió a Myste sin vacilar.

Quizás era aquello lo que significaba ser libre. Podía criticar a su padre y seguir a su amiga e incluso compartir la excitación de esa amiga sin tener que preocuparse por las consecuencias.

Cuando hubieron descendido al cuerpo principal de Orison, Myste tomó una dirección nueva para Terisa. Aquella parte del castillo estaba más abierta que la mayoría de los otros corredores: los techos eran más altos; las paredes más separadas; los suelos más lisos a causa de generaciones de pies. Las ventanas entre los arqueados soportes del techo derramaban la luz del sol invernal sobre largos y coloreados estandartes fijados de modo que colgaban separados de las piedras; bajo los estandartes había guardias en posición de firmes, con sus picas sujetas entre sus pies. Como resultado de todo ello, el lugar parecía más formal, menos habitado, que el resto de Orison.

Un cierto número de hombres y mujeres, sin embargo, se encaminaban en la misma dirección que Myste y Terisa. Algunos eran claramente oficiales de la guardia; otros llevaban los ricos atuendos de sus altos rangos. Casi todos saludaron a dama Myste de una forma respetuosa y amigable. Ella respondió con distante cortesía; como sus ojos, su atención estaba centrada hacia delante. Por otra parte, muy poca gente miraba abiertamente a Terisa. Lo que llevaba la hacía destacar entre la multitud tan llamativamente como si fuera desnuda.

Cohibida ahora, miró a su alrededor y observó que Saddith ya no estaba con ella. Al parecer, los sirvientes del castillo no habían recibido la orden de asistir a la audiencia del embajador de Alend. Lo lamentó: hubiera podido utilizar los consejos y el apoyo mundano de Saddith.

El flujo de gente se acercaba a un conjunto de puertas en pico, de más de tres metros de altura, que se abrían a un lado del corredor formal. Cuando ella y Myste las cruzaron, Terisa se halló en lo que era inconfundiblemente el salón de audiencias.

Tenía el aspecto y el tamaño de una catedral. Las paredes de piedra estaban recubiertas por paneles de madera tallada, uno tras otro por toda la gran sala, cada uno de ellos reflejando personajes y escenas que Terisa no pudo identificar; todos los paneles terminaban en elaborados remates en punta y florones que alcanzaban los seis y ocho metros hacia el abovedado techo. El profundo color marrón de la madera tenía el efecto de hacer que el salón pareciera oscuro, pero también parecía distanciar el

techo y llenar el aire con una impresión de autoridad. La luz procedía de dos estrechas ventanas muy altas, cerca del techo, al extremo del salón, de hileras de velas colocadas en torno a las paredes y en altos candelabros aquí y allá, y de baterías de lámparas de aceite en forma de farolillos en las esquinas. El intenso y perfumado olor del aceite de las lámparas proporcionaba al aire un aroma como de madera de sándalo.

En el extremo más alejado, opuesto a las puertas, se erguía una estructura que sólo podía ser el trono del Rey Joyse: un adornado sitial de caoba sobre un estrado a cuatro o cinco escalones de altura, que dominaba el espacio que tenía ante él. Una gran parte del suelo delante del trono estaba despejado, excepto una amplia y gruesa franja alfombrada que conducía desde las puertas hasta el primer escalón del trono; pero ese espacio despejado estaba cerrado por tres lados con bancos como de iglesia, en los que la gente que entraba en el salón se iba sentando.

Todos dejaban de hablar tan pronto como cruzaban las altas puertas. La atmósfera del salón parecía silenciarlos.

Cuando miró a su alrededor, sin embargo, Terisa vio que la sala de audiencias no había sido diseñada enteramente para inspirar respeto. Por encima de los paneles, en todos sus cuatro lados, había una larga galería; los guardias estacionados allí no llevaban picas, sino arcos.

Aquellos eran los únicos guardias en el salón, excepto dos en las puertas y dos más a cada lado del trono del Rey Joyse.

Pero fueron suficientes para hacer que Terisa tendiera el cuello mientras Myste la conducía hacia delante, y se preguntara cuántos asesinatos se habían producido en Orison antes de que el Rey Joyse o sus antepasados hubieran concebido aquel sistema de protección. Era una defensa convincente. Mientras los guardias permanecieran leales a su Rey, éste probablemente no tenía nada que temer de nadie en el salón de audiencias.

Siguiendo a dama Myste, Terisa pasó junto a los bancos alineados en tres lados del espacio abierto y avanzó hacia el trono del Rey. A cada lado del estrado, una hilera de sillas cubría el espacio hasta los bancos..., lugares especiales para aquellos que compartían el poder del Rey o gozaban de su favor.

A la derecha del trono, la silla más cercana estaba ya ocupada por el Castellano Lebbick. Su mirada perpetuamente ardiente y la banda púrpura anudada en torno a su corto pelo salpicado de gris le hacían parecer como un fanático.

Afortunadamente, no se esperaba que Terisa se sentara cerca de él. Los primeros asientos estaban ocupados por oficiales bajo su mando; la mayor parte del resto estaban llenos por Maestros, entre ellos Gilbur, Barsonage y Quillon. (¿Quillon? ¿No estaba trabajando con Geraden?) Myste condujo a Terisa a la izquierda del trono, donde se unieron a dama Elegia y varios hombres, muchos de ellos viejos, que

parecían consejeros antes que cortesanos. Myste los presentó con títulos tales como «Señor del Comercio» y «Señor de las Finanzas Reales». Miraron a Terisa con la boca abierta, como si acabara de llegar de la Luna.

Elega mostró más entusiasmo.

—Me alegra que estés aquí —susurró, arrastrando a Terisa hasta una silla a su lado—. Temía que te localizaran demasiado tarde..., o que Myste pudiera considerar que no era conveniente traerte a la audiencia. —Hablaban como si sus palabras no pretendieran ser insultantes, y Myste pareció considerarlo así—. ¡El propio Kragen, Terisa! El hijo primogénito de Margonal, el Monarca de Alend, y Príncipe de los Feudos de Alend. ¡Imagínatelo! Ha recorrido toda esta distancia desde Scarab en lo más fuerte del invierno. Su propósito tiene que ser a la vez importante y terrible. Ahora mi padre tendrá que alzarse a la estatura de su reino —sus vividos ojos llamearon—, o perderá el poco respeto que aún conserva en Mordant.

—Elega, es nuestro padre —murmuró Myste en voz muy baja—. Aunque se volviera completamente loco, sigue mereciendo nuestro respeto.

Elega dejó escapar un suave bufido de desdén.

—Que abdique de su reino cuando se vuelva loco. Entonces lo respetaremos como nuestro padre sin necesidad de despreciarlo como un rey fracasado.

Terisa observó que Lebbick las miraba con ojos ardientes, como si las estuviera oyendo u odiara cada una de sus palabras.

Su mirada la heló de tal modo que transcurrieron varios momentos antes de que se diera cuenta de que las puertas de salón habían sido cerradas.

En torno a la galería, cada uno de los guardias sujetó su arco y puso una flecha en la cuerda. Instintivamente, Terisa aferró el brazo de Myste. Pero la dama sacudió la cabeza y sonrió tranquilizadamente.

Ahora el Castellano se había puesto en pie. Se enfrentó a toda la gente sentada y dijo:

—Mis señores y damas, atended. —No alzó la voz, pero su tono alcanzó hasta los más lejanos rincones del salón—. Habéis sido convocados a esta audiencia por Joyse, señor del Demesne y Rey de Mordant.

Como si hubiera estado aguardando sus palabras, el Rey Joyse apareció desde detrás de la alta mole de su trono. Llevaba lo que parecía ser el mismo manto de terciopelo púrpura que cuando Terisa lo vio por última vez. Su pelo blanco estaba retenido en su lugar por una corona de oro; pero su barba parecía como si se acabara de levantar de dormir y hubiera olvidado peinársela. Ahora, sin embargo, una banda de brocado que cruzaba su pecho desde su hombro derecho sostenía una funda de cuero elaboradamente tachonada con una larga espada de dos manos de enjoyada empuñadura. El peso de la espada le hacía parecer aún más frágil que antes, más arrugado dentro de su voluminoso manto. Caminaba muy lentamente.

Iba seguido inmediatamente por el Adepto Havelock.

Los ocupantes del salón se pusieron en pie e inclinaron las cabezas mientras el Rey Joyse ascendía el estrado y se sentaba en su trono; luego, respondiendo a alguna señal que a Terisa se le pasó por alto, alzaron sus cabezas y aguardaron en silencio delante de su Rey.

Al mismo tiempo, el Adepto Havelock se dirigió al espacio abierto delante del trono y se puso a bailar.

Saltó sobre un pie y luego sobre el otro, casi como si cojeara, agitó la cabeza, hizo gestos con las manos, golpeó sus talones el uno contra el otro.

Su colgante sobretodo, deshilachado en el dobladillo, y su manchada casulla, sus pies desnudos y los ratoniles mechones de pelo que asomaban de su coronilla, le hacían parecer andrajoso, un madero humano flotando en las aguas surgido de alguna alcantarilla. Su nariz como un pico apuntaba hacia la concurrencia con una ferocidad que su vacilante y sibarítica boca y confusos ojos convertían en estúpida.

Su expresión era tan lunática que Terisa estuvo a punto de echarse a reír en voz alta. Afortunadamente, no lo hizo. Todo el mundo contemplaba a Havelock —o evitaba mirarle— con tristeza, disgusto u horror. Alguien a quien no pudo ver murmuró, audible y amargamente:

—Salve al Esbirro del Rey.

El Castellano Lebbick clavó su mirada en el Adepto con un fuego tal que hacía temer que su sobretodo se incendiara. Ni siquiera la tolerancia de Myste parecía aceptar las cabriolas de Havelock; tenía el ceño fruncido y se mordía el labio inferior, y sus ojos brillaban con furia o lágrimas.

Sin embargo, el Adepto parecía gozar con la reacción que causaba..., o no le importaba en absoluto. En una mano llevaba un humeante incensario de plata modelado como un gran sonajero, y agitaba los humos del incienso a su alrededor mientras saltaba. Pronto su danza lo llevó cerca de la gente de pie frente a sus bancos. En aquel punto, empezó a elegir individuos determinados como foco de su atención. Saltaba arriba y abajo frente a ellos, hacía floreos con su incensario hasta que el humo les hacía toser y lagrimear. Y gritaba con tonos litúrgicos, como si estuviera entonando plegarias específicas para cada una de las personas a las que miraba:

—¡Roderas en los salones!

—¡El brinco es el juego que juegan las estrellas con el destino!

—Doce velas fueron encendidas sobre la mesa, doce por los doce tipos de locura y misterio.

—Todas las mujeres están mejor vestidas cuando están desnudas.

—Dientes de león y mariposas. Al final, no tenemos más que dientes de león y mariposas.

El Rey Joyse se dejó caer en su trono, apoyó los codos en los brazos y se sostuvo

la cabeza con ambas manos.

—¡Salve al Rey Joyse! —siguió piadosamente el Adepto Havelock, aún bailando frente a la gente, aún obligándola a respirar su incienso—. Sin él, la mitad de vosotros estaríais muertos. El resto sería esclavo de Cadwal. —Había elegido a una hermosa mujer joven para recibir esas palabras—. Si estás muerta de cintura para arriba, pero la mitad inferior sigue viva —sonrió salvajemente—, entonces aún puedes prestar servicio.

La mujer parecía lo suficientemente pálida como para desvanecerse en cualquier momento. En vez de ello, sin embargo, se cubrió la boca con la mano y rió nerviosamente.

El Adepto se detuvo de inmediato. La miró sorprendido e indignado; con su mano libre se rascó una de las zonas calvas de su cráneo. Luego bufó:

—¡Testículos de toro! —y arrojó el incensario por encima del hombro. Golpeó el suelo y se abrió con un chasquido, y un bloque de incienso cayó sobre la gruesa alfombra. Con tono de censura, restalló—: No me molestaré en decir nada más, mi dama. Puedo ver que estoy perdiendo mi tiempo.

Se apartó bruscamente de ella y avanzó a largas zancadas hasta el lugar por el que había hecho su entrada.

—¿Me oyes, Joyse? —gritó al Rey. Sus brazos aletearon furiosos a sus costados—. *¡Estoy perdiendo mi tiempo!*

Un momento después desaparecía tras el trono.

El salón de audiencias guardó un impresionado silencio. Al parecer, la gente de Orison no estaba acostumbrada a los ataques de Havelock. En uno o dos lugares entre los bancos se inició un tipo distinto de risita; fue cortada de inmediato. El mediador de la Cofradía había perdido toda expresión en su rostro. El Maestro Quillon se cubría los ojos con una mano. Un ceño irritadamente fruncido surcaba el rostro del Maestro Gilbur. Los ojos de Elegá llameaban furiosos. Myste parecía como si deseara llorar.

Junto al incienso del incensario y el perfumado aceite de las lámparas, Terisa olió el acre olor de tela quemándose. El incienso derramado estaba abrasando la alfombra.

El Rey Joyse parecía encogerse debajo de su manto. El azul acuoso de sus ojos era desolado.

El Castellano Lebbick fue el primero en actuar. Ardiendo de rabia, se apartó de su asiento, se dirigió al lugar donde la alfombra se estaba quemando, y apagó el fuego con el tacón. Luego miró fijamente al Rey, con los puños clavados en sus caderas.

—Quizá tú conozcas el significado de la exhibición del Adepto, mi señor Rey. —Su voz sonaba salvaje—. Yo no. Sería más comprensible para mí si lo hicieras *encadenar*.

Inmediatamente, sin embargo, recobró su autocontrol. Sin ningún fingimiento de

transición, dijo:

—Mi señor Rey, el Príncipe Kragen de Alend ha solicitado esta audiencia. Dice que viene como embajador de su padre, Margonal, el Monarca de Alend. ¿Debe ser admitido?

Por un momento, el Rey Joyse no respondió. Luego suspiró.

—Mi viejo amigo es más sabio que yo. Todo esto es una pérdida de tiempo. Pero, puesto que debemos enfrentarnos a ella, que así sea. —Hizo un cansado gesto—. Admite al Príncipe Kragen. —Un momento más tarde añadió—: Y sentaos, todos. Me cansáis.

Lebbick alzó la vista hacia la galería e hizo un gesto con la cabeza. Luego regresó a su asiento.

Obedeciendo inmediatamente a su padre, Myste se sentó. Terisa siguió su ejemplo. El Castellano también hizo lo mismo. Poco después, el resto de la concurrencia fue sentándose lentamente.

Elega fue la última. Permaneció en pie durante algunos segundos, mirando fijamente al Rey como si estuviera intentando hacer que se comportara como ella quería por la simple fuerza de su voluntad. Él, sin embargo, no correspondió a su mirada y, al cabo de unos momentos, ella también se sentó, murmurando sombríamente para sí misma.

Al mismo tiempo, las altas puertas se abrieron. Desde alguna parte, una corneta hizo sonar una fanfarria. Todo el mundo miró hacia las puertas mientras tres hombres entraban a buen paso en el salón de audiencias.

Uno de ellos abría camino, con los otros un paso tras él a cada lado, y Terisa lo tomó inmediatamente por el Príncipe. Su porte era confiado, y su paso expresaba una regia seguridad en sí mismo. Su rizado pelo negro brotaba por debajo de su casco rematado por una elaborada púa; su bigote negro brillaba como si hubiera sido encerado; sus negros ojos destellaban con vigor. En contraste con su morena piel, su casco y su peto ceremoniales eran de pulido y brillante cobre, y llevaba una espada en una espléndida funda de cobre atada a su cintura. La seda que flotaba en torno a sus miembros causaba el mismo contraste, ofreciendo destellos de luz y oscuridad mientras avanzaba.

Parecía un hombre que no vacilaría en exigir una audiencia ante nadie.

A juzgar por el hecho de que los dos hombres que iban detrás parecían más cautelosos y menos seguros de sí mismos, Terisa supuso que eran guardaespaldas. El Príncipe ignoró a los arqueros apostados en torno a la galería sobre su cabeza: sus compañeros no.

Avanzó a largas zancadas hasta que estuvo lo bastante cerca del trono como para mostrar que se consideraba el igual del Rey Joyse, pero no tan cerca que los guardias pudieran tomarlo como una *amenaza*. Allí se detuvo. Ofreció al Rey Joyse una



elaborada inclinación de cabeza —que sus bien entrenados compañeros imitaron—, luego anunció:

—Salve, Joyse, Señor del Demesne y Rey de Mordant. Te traigo saludos de Margonal mi padre, Monarca de Alend y Señor de los Feudos de Alend, cuyo embajador soy. —Como su sonrisa, su tono era perfectamente cortés—. Grandes asuntos se preparan en el mundo. Los tiempos son peligrosos, y es conveniente que los gobernantes consulten entre sí como hermanos para enfrentarse al peligro. Mi padre me ha enviado a Orison para preguntar varias cosas..., y para proponer algunas que pueden ser de tu interés.

El Rey Joyse no se puso en pie ni reconoció de ninguna otra manera el saludo del príncipe. Hoscamente, murmuró:

—Kragen, ¿eh? Te conozco. —El temblor de la edad en su voz le hizo sonar quisquilloso.

La sonrisa del Príncipe giró algunos grados.

—¿Nos hemos visto alguna vez, mi señor Rey?

—Sí, nos hemos visto, mi señor Príncipe. —El Rey Joyse articuló hoscamente el título—. Deberías recordarlo. Fue hace diecisiete años. Tú comandabas varios escuadrones de caballería de Alend para proteger de mí a uno de tus Imageros. Cuando te derroté, tuve que atarte para conseguir que aceptaras la derrota..., sí, y amordazarte para que guardaras tus insultos para ti mismo. Eras un cachorrillo terriblemente ansioso, Kragen. Espero que diecisiete años hayan afilado tu juicio.

Ahora el Príncipe Kragen no sonreía. Sus hombres no sonreían. Uno de ellos susurró algo que Terisa no pudo oír. De todos modos, Kragen siguió mostrándose tranquilo y seguro de sí mismo.

—Mi agradecimiento por recordármelo, mi señor Rey. Dudo que sea mucho más sabio, puesto que siempre me he mostrado dispuesto a olvidar mis derrotas. Por esa razón no me siento amargado. De todos modos, es una buena cosa que haya venido aquí como embajador y no como enemigo, ¿no crees? Puesto que soy un embajador, no necesitarás atarme y amordazarme a fin de librarte de un cachorrillo terriblemente ansioso.

Ante aquello, el Castellano Lebbick hizo un ruido entre sus dientes que pudo oírse por todo el salón. Aunque siguió sentado en su silla con los brazos cruzados, dio la impresión de estar dispuesto a saltar a la garganta del Príncipe Kragen en cualquier momento.

El Rey Joyse frunció el ceño.

—A menudo —respondió lentamente al Príncipe— he dicho que un cachorrillo es mucho más peligroso que un perro. Un perro aprende gracias a la experiencia. Un cachorrillo no tiene ninguna, y así su comportamiento no es predecible.

Los ojos del embajador de Alend tenían reflejos amarillos, como un matiz de

furia. Sin embargo, su actitud siguió siendo relajada. Su pose sugería que era incapaz de amedrentarse.

—Mi señor Rey, ¿tienes perros de caza? No sé si te gusta este deporte. Es una de mis pasiones. Entre mi pueblo no soy considerado un pobre maestro de la caza. Y puedo asegurarte que nunca es el cachorrillo el que trae de vuelta la presa.

Las manos del Rey se aferraron a los brazos de su trono.

—Eso —restalló— es porque los perros cazan en *manada*.

—Oh, padre —gimió suavemente Elega.

La indignación de los compañeros del Príncipe Kragen estaba empezando a ser más fuerte que su entrenamiento..., o su buen sentido. Uno de ellos llevó una mano a su espada; el otro se volvió medio de espaldas al rey y le susurró ardorosamente algo al oído de Kragen. Pero el Príncipe los inmovilizó a los dos con un seco gesto de su mano. Parecía decidido a no mostrarse ofendido públicamente.

—Mi señor Rey, parece que hay en ti una cierta enemistad hacia mi persona..., o quizás hacia el propio Monarca de Alend. Si eso es cierto, puede afectar mi misión. Estoy dispuesto a discutirlo abiertamente, si tú lo deseas. Pero, ¿no sería mejor una audiencia más privada? Ésa fue mi petición, como tal vez recuerdes.

—Ésa fue tu *petición*, como yo muy bien recuerdo —ironizó con voz rasposa el Castellano.

—De todos modos —dijo el Rey Joyse, como si estuviera siguiendo otra conversación completamente distinta—, me disculpo por haberte llamado cachorrillo. Te has vuelto más sabio de lo que tú mismo admites. En eso te pareces a tu padre.

Como respuesta, la sonrisa volvió a los labios del Príncipe Kragen.

—Oh, creo que juzgas mal al Monarca de Alend, mi señor Rey —dijo con voz lenta—. Se ha mostrado abiertamente fascinado por tu sabiduría con el paso de los años. Mi misión hacia ti es una prueba de ello.

El Castellano siguió mirando a Kragen con ojos furiosos.

—El Monarca de Alend —dijo con tono ácido— ha ocasionado en Mordant más muertes que nadie excepto el Gran Rey de Cadwal. Lleguemos a este punto, mi señor Príncipe, y juzgaremos por nosotros mismos la sabiduría de tu padre.

Por primera vez, el Príncipe Kragen desvió su atención del Rey. Aún sonriendo, dijo:

—Tú eres el Castellano Lebbick, ¿no? Si no contienes tu lengua educadamente dentro de tu cabeza, te haré agarrotar.

Terisa se envaró. Pese a su casual actitud, el Príncipe era convincente. Oyó ahogados jadeos por todo el salón. Los guardias tensaron su presa sobre sus armas; los oficiales de Lebbick se prepararon. Myste se mostró alarmada; pero Elega observaba al Castellano o al Príncipe —Terisa no supo decir a cuál— con admiración y envidia en su rostro.

La expresión de Lebbick no se alteró, pero parecía más dispuesto a la violencia a cada momento que pasaba. Lentamente, se puso en pie. Lentamente, se volvió hacia el Rey. Luego aguardó en silencio a que el Rey dijera algo.

El Rey Joyse se había dejado caer hacia atrás en su trono. Parecía estarse encogiendo. Dijo con voz débil:

—Desearía que *fueras* al asunto que te ha traído aquí, Kragen. Soy demasiado viejo para cruzar la espada de mi ingenio con la tuya durante todo el resto del día. — Al Castellano, añadió—: Siéntate, Lebbick. Si es lo suficientemente cachorrillo como para intentar hacerle algún daño a alguien o algo en Orison, merecerá lo que le ocurra. Estoy seguro de que darás de comer su hígado a los cuervos.

El Castellano Lebbick miró a Kragen, luego inclinó obedientemente la cabeza.

—Encantado —murmuró, y se sentó.

Terisa oyó a Elegia y algunas otras personas suspirar. Algunas de ellas parecían aliviadas; el resto sonaban decepcionadas. El Rey Joyse prosiguió, más enérgicamente:

—Tenemos pocas razones para amar Alend. Te pregunto simplemente, Kragen: ¿Por qué estás aquí?

Como si no hubiera ocurrido nada, el Príncipe replicó:

—Te responderé con pocas palabras, mi señor Rey. El Monarca de Alend desea saber qué ocurre en Mordant. Quiere terminar con el caos de rumores e implicaciones. Y —Kragen hizo una dramática pausa— desea proponer una alianza.

La reacción en la gran sala fue tan intensa como él indudablemente deseaba. Incapaz de contenerse, Elegia saltó en pie..., al igual que el Castellano, dos de sus oficiales y el Maestro Barsonage. El Maestro Quillon se quedó boquiabierto. Susurros de sorpresa ascendieron hacia el techo. Myste se llevó una mano a la boca y miró a su padre con excitación y esperanza.

Terisa no tenía ninguna razón para compartir la hostilidad del Castellano Lebbick. En lo que a ella se refería, el Príncipe acababa de pronunciar las primeras palabras sensatas que había oído en el salón de audiencias.

—¿Una alianza? —restalló Lebbick—. ¿Con Margonal? ¡Mierda de oveja!

Uno de sus oficiales preguntó:

—¿Acaso el Monarca de Alend piensa que nos hemos vuelto locos?

Pero otro exclamó:

—Pero, ¿y si nos aliáramos contra Cadwal? El Gran Rey reúne sus ejércitos al otro lado del Vertigon. ¡El Perdon debería oír esto!

Al mismo tiempo, el Maestro Barsonage protestó:

—¿Una alianza? ¿Una alianza contra nuestro destino? —Parecía casi frenético—. ¡Mi señor Rey, debes aceptar! —Por un instante, Terisa creyó que iba a ponerse a gritar: ¡Debes aceptar, para que la Cofradía no tenga que llamar a su campeón!

Más suavemente, pero con igual fervor, dama Elega estaba diciendo:

—¡Muy bien dicho, Príncipe Kragen! Muy bien hecho.

Pero el Rey Joyse no dijo nada hasta que el tumulto se calmó por sí mismo. No parecía sorprendido. De hecho, apenas parecía estar interesado. Tenía el rostro tenso, como si estuviera reprimiendo un bostezo.

Finalmente, el salón se tranquilizó de nuevo. El Castellano Lebbick y los demás se sentaron relucientes, como empujados hacia sus asientos en contra de su voluntad. Pronto, todos los ojos estuvieron clavados en el Rey Joyse.

Murmurando para sí mismo, éste se irguió en su trono. Su corona había resbalado hacia un lado, y unos cuantos mechones de pelo colgaban sobre sus ojos.

—¿Una alianza, Kragen? ¿Después de varias decenas de generaciones de guerra? ¿Por qué debería aceptar algo así?

—Mi señor Rey, no tengo ni la menor idea —respondió tranquilamente el Príncipe—. No poseo hechos. Pero los rumores que llegan de Mordant sugieren que tú tienes una gran necesidad. Sugieren que esa necesidad es más grande cada vez. En consecuencia, al Monarca de Alend se le ha ocurrido ofrecerte su ayuda.

—¿Cuál cree el Monarca de Alend que es nuestra necesidad?

El Príncipe se encogió delicadamente de hombros.

—Debo repetir que él sólo ha oído rumores. Pero la importancia de esos rumores parece clara. —Hizo un gesto más allá de Lebbick, hacia los Maestros—. Parece que algunos, quizá muchos, de tus Imageros se han vuelto contra ti.

—¡Imposible! —objetó de inmediato el Maestro Barsonage—. Te estás mostrando ofensivo, mi señor Príncipe. El Rey Joyse ignoró al mediador.

—¿Y qué espera ganar el Monarca de Alend con esta alianza?

—Tu confianza, mi señor Rey. Aquello tenía sentido para Terisa.

El Rey Joyse, sin embargo, tuvo una reacción distinta. Se adelantó en su trono, con la incredulidad clara en su rostro.

—¿Qué? ¿Confianza? ¿No desea Imageros para él?

—Como he dicho —explicó pacientemente el Príncipe Kragen—, el Monarca de Alend ha meditado juiciosamente. Comprende que pueden ocurrir cosas entre gobernantes que confían mutuamente el uno en el otro que son imposibles de otra manera. Por supuesto, desea los recursos de la Imagería para su pueblo. Por supuesto, desea la riqueza de Cadwal, a fin de poder comprar más de lo que Mordant tiene y Alend carece. Pero ve que esos deseos no pueden conseguirse sin confianza. Y la confianza debe empezar en alguna parte.

»Te ofrece su ayuda y no pide nada a cambio. Si puede conseguir lo que desea, las cosas vendrán por sí mismas cuando esta cooperación te enseñe a comprenderle mejor.

—Entiendo. —El Rey Joyse volvió a echarse hacia atrás—. Indudablemente, eso

explica por qué Margonal tiene un ejército de enorme tamaño agrupándose más allá de las fronteras de Fayle y Armigite. Quiero decir, por supuesto, que he oído rumores acerca de ese ejército.

—Entonces —respondió suavemente el Príncipe—, también habrás oído que el Gran Rey Festten prepara un ataque masivo contra ti. Indudablemente —se permitió una nota de sarcasmo—, no piensa aprovecharse de tu debilidad, quiero decir de tu necesidad, para aplastar tu reino, esclavizar los Cares, y capturar para él toda la Imagería. Creo que comprenderás, mi señor Rey, que el Monarca de Alend no puede permitir a Cadwal una victoria así. Aceptes o no esta alianza, debemos oponernos al Gran Rey. Forjando la Cofradía, has creado algo que no debe rendirse.

—Eso es cierto —reconoció el Rey—. Eso es cierto.

Durante un largo momento contempló el techo con la boca abierta, mesándose la barba como si estuviera sumido en profundas meditaciones. Cerró los ojos, y Terisa pensó de inmediato: ¡Oh, no, se está durmiendo! Bruscamente, sin embargo, volvió a mirar al Príncipe Kragen y sonrió.

Su sonrisa pareció iluminar su rostro como un rayo de sol.

—Mi señor Príncipe —dijo, como si se sintiera feliz por primera vez desde que había empezado la audiencia—, ¿juegas al brinco?

La garganta de Terisa se agarrotó con una creciente sensación de pánico mientras Kragen respondía:

—¿El brinco, mi señor Rey? No sé lo que es.

—Es un juego. —El temblor en la voz del Rey empezó a sonar como ardor—. Lo encuentro de lo más instructivo.

Unió las manos en una fuerte palmada. Instintivamente, Terisa se encogió. Myste y Elega miraban preocupadas y consternadas a su padre.

Casi inmediatamente, dos de los paneles de madera al otro lado del salón se abrieron, revelando una puerta en la pared. La puerta estaba ya abierta, y por ella entraron dos sirvientes llevando entre ellos una mesita pequeña. Otros dos les seguían, cada uno con una silla. Con las cabezas inclinadas, transportaron su carga por el pasillo alfombrado y la depositaron a medio camino entre el Príncipe y la base del trono del Rey Joyse. Mientras los señores y damas de Orison miraban boquiabiertos, las sillas fueron colocadas a ambos lados de la mesa como para acomodar a Kragen y al Rey. Luego los sirvientes se retiraron, cerrando los paneles y las puertas tras ellos.

La alarma de Terisa dio otra vuelta de tuerca. Reconoció aquella mesa, aquellas sillas: las había visto en los aposentos privados del Rey Joyse.

El tablero estaba dispuesto encima de la mesa, listo para iniciar el juego.

—Oh, padre —susurró Myste—, ¿hasta esto has caído? Las mejillas de Elega tenían el color de las cerezas maduras.

—Está *loco* —respondió—. Loco.

Pero el Rey Joyse ignoró las reacciones de su gente. Se inclinó ansiosamente hacia delante en su trono y le dijo al Príncipe:

—Superficialmente, es un juego sencillo. Un niño puede dominarlo. Sin embargo, también es sutil. En esencia, se trata de obligar a tu oponente a que gane batallas contra ti a fin de que pierda la guerra. ¿Quieres jugar?

—¿Yo? —El Príncipe Kragen dejó traslucir cierta sorpresa—. Como ya he dicho, no conozco este juego. Observaré de buen grado cómo se juega, si es eso lo que quieres. Si —comentó casualmente— consideras que no puedes hallar otro uso mejor para esta audiencia. Pero no puedo jugar.

—Tonterías. —La voz del Rey tenía una nota que Terisa no había oído nunca antes..., una nota de dureza—. Insisto. El brinco es un juego excelente para evaluar a las personas.

—Y yo debo declinar —dijo firmemente Kragen; sin embargo, había empezado a sudar—. Mi señor Rey, he pasado casi treinta días en la nieve entre Scarab y Orison porque la misión que me había confiado el Monarca de Alend no podía aguardar al cambio de estación. No me gustaría tener que esperar otro día. Si debo hacerlo, sin embargo, lo haré. ¿Quieres que nos reunamos de nuevo, en privado, mañana?

El Rey Joyse ignoró aquellas palabras con un gesto de su mano. Tosió para aclarar su garganta y dijo:

—Quiero ser tan justo como me sea posible. No voy a jugar yo mismo. Aunque me falta aún mucho para igualarme al Adepto Havelock, he adquirido mucha experiencia. No, mi señor Príncipe. —Su tono se hizo más seco—. No me he medido contigo desde hace diecisiete años. Tus fuerzas y habilidades me son desconocidas. Te enfrentaré a alguien que también desconoce el juego.

Sin más advertencia excepto su propia e imprecisa alarma, Terisa oyó al Rey decir formalmente:

—Mi dama Terisa de Morgan, ¿serás tan amable de probar al Príncipe Kragen por mí?

Ahora todos en el salón la estaban mirando. Notó que su rostro ardía. Alzó la vista hacia el Rey Joyse. ¿Frente a toda aquella gente...? El miedo hizo que su visión se volviera más aguda, inmediata, como si no hubiera distancia entre ellos; cada línea de su rostro era tremendamente clara. Pudo ver las venas pulsar en la delgada y vieja piel de sus sienes. Sus acuosos ojos parecían débiles, casi perdidos en la distancia. El pelo que asomaba bajo la corona sobre sus rasgos hacía que pareciera ligeramente ridículo.

Pero estaba sonriendo.

Y su sonrisa no había perdido su poder. La tranquilizó, como una promesa de que no pretendía hacerle el menor daño; una afirmación de que ella era demasiado valiosa

para ser tratada mal; una creencia de que ella podía arreglárselas bien, le pidiera él lo que le pidiera. Era una sonrisa inocente y limpia, y no pudo resistirse.

Sin tomar conscientemente la decisión de moverse, se puso en pie y se dirigió hacia el Príncipe Kragen.

Inmediatamente deseó haber permanecido sentada. Comprendía demasiado de lo que estaba ocurriendo como para permanecer calmada, pero no lo suficiente como para estar segura de que estaba haciendo lo correcto. Y virtualmente toda la gente importante de Orison la vería hacerlo. La hija de su padre no habría hecho nunca aquello. Apenas se atrevió a enfrentarse a la mirada del Príncipe.

Las negras cejas de éste estaban fruncidas sobre sus ojos, y parecía estarse mordisqueando la cara interna de su mejilla. Su actitud tranquila y confiada lo había abandonado: no le sonrió, ni la saludó, ni inclinó la cabeza hacia ella. La chispa amarilla de sus ojos se oscureció a medida que su ira aumentaba. Estaba tan tenso que Terisa esperó que sacara su espada en cualquier momento.

Se acercó a él tanto como se atrevió..., no más de tres metros. Entonces se detuvo.

—Mi dama. —El Rey Joyse parecía estar hablando desde el fondo de un túnel—. Permíteme presentarte a Kragen, Príncipe de los Feudos de Alend e hijo de Margonal, el Monarca de Alend. Mi señor Príncipe, ésta es dama Terisa de Morgan.

»Mi dama, estoy seguro de que el Príncipe Kragen te otorgará el primer movimiento.

—Con una mano, el Rey le indicó que *avanzara* hacia la silla que estaba frente a Kragen y la audiencia.

El Príncipe se volvió hacia el Rey Joyse.

—No pierdas tu tiempo, mi dama —dijo—. No jugaré.

—Creo que sí lo harás. —El Rey Joyse ya no sonaba viejo..., o inocente. Sonaba como un soberano que se estaba acercando al límite de su paciencia—. Por favor, siéntate, mi dama.

Como impotente de hacer otra cosa, Terisa se dirigió hacia la silla que el Rey Joyse había señalado. La echó hacia atrás, se sentó, y enfocó sus ojos en el tablero, sin atreverse a mirar al Príncipe Kragen. Si sus ojos se cruzaban, estaba segura de que él la derribaría al suelo. Todo el salón estaba enfocado en ella. El aire a su alrededor era pesado, lleno de alarma y duda.

Pero seguro que no era impotente. Si el espejo la había creado, todo lo que creyera sobre sí misma y su pasado podía ser una ilusión. En ese caso, ella pertenecía este lugar. Había sido creada para ser lo que era, y las cosas que tenía que hacer no serían demasiado para ella.

—Estás equivocado, mi señor Rey. —Aunque hablaba bajo, la voz de Kragen era tan apasionada como un grito—. Ahora te comprendo. Cuando vine a ti como

embajador de mi padre y solicité una audiencia, decidiste inmediatamente humillarme. Elegiste esta ocasión pública cuando yo deseaba un encuentro privado. Y desde un principio tuviste la idea de enfrentarme con este —tragó una maldición—, este *juego*. Ya lo tenías preparado y aguardando tu señal. Indudablemente has elegido a dama Terisa de Morgan porque de alguna forma ella aumenta la burla. Realmente, mi señor Rey, me sorprende que te tomaras la molestia de aguardar hasta que yo hubiera explicado mi misión antes de empezar esta charada.

»Ya basta. Regresaré al Monarca de Alend y le informaré de que no deseas una alianza.

—No lo harás. —El tono del Rey hizo que la nuca de Terisa ardiera—. Te sentarás y jugarás.

—¡No!

—¡Por mi espada, sí! ¡Todavía soy el Rey de Mordant, y mi voluntad es ley!

Antes de que el Príncipe o sus guardaespaldas pudieran reaccionar, el Castellano Lebbick hizo una pequeña señal. A lo largo de toda la galería, los arqueros alzaron sus arcos, tensaron sus cuerdas.

Todas las flechas apuntaban a Kragen.

—¡Traición! —escupió uno de los guardaespaldas. Afortunadamente, conservó el suficiente sentido común como para mantener su espada en su vaina.

—¿Traición, de veras? —dijo ásperamente el Castellano Lebbick, con evidente regocijo—. ¡Contén tu lengua, o la daré de comer a los cerdos!

Lentamente, el Príncipe Kragen se giró en un círculo completo, estudiando la galería, los paneles, la disposición de los bancos y asientos; no había escapatoria. Se enfrentó de nuevo al Rey Joyse. Su expresión era llana, cerrada. La gente en el salón lo observaba sin un sonido.

Entonces dama Elega exclamó:

—¡Vete! —como si algo la atormentara—. ¡Abandona esta locura! Eres un embajador. Tu misión es de paz. ¡Si te hace matar, la maldición de todo Mordant lo llevará a la tumba!

El Príncipe no la miró. No dijo nada.

Con un rápido movimiento, se sentó al otro lado de la mesa, frente a Terisa, y cruzó los brazos sobre su pecho, mirándola con ojos llameantes, como si su mirada fuera una lanza con la que deseara atravesarla.

El Rey Joyse no dijo nada. El Castellano Lebbick rió quedamente y no dijo nada. El Maestro Barsonage se agitó en su silla. El Maestro Quillon parecía haber desaparecido de su radio de visión. Ninguna de las hijas del Rey se movió. Ninguna acudió en ayuda de Terisa.

Era asunto de ella salvar al Príncipe.

No miró su rostro: se concentró en el tablero. Parecía imposible que alguna vez



hubiera jugado antes a aquel juego. El sirviente que se lo había enseñado había sido despedido. Quizás había sido amigo suyo sin siquiera pretenderlo. Tal vez por eso precisamente había sido despedido. Al borde del pánico, pensó: ¿Por qué? No: ¿Por qué está haciendo esto el Rey Joyse?, sino: ¿Por qué yo?

Conocía la respuesta. Porque el Rey se comportaba como un lunático, y una humillación como aquella haría la guerra con Alend inevitable. Porque Mordant no podía permitirse una guerra con Alend. Porque Cadwal estaba ya reuniendo sus hombres. El Maestro Quillon le había proporcionado la respuesta. La estaba observando profundamente. Y Geraden se lo había mostrado en un espejo. Porque formas llenas de protuberancias con terribles mandíbulas habían sido enviadas de ninguna parte para despedazar a los hombres.

Si su pasado no existía, ¿qué tenía que perder?

Al cabo de un largo momento, mientras el sudor se acumulaba en su cuero cabelludo y el miedo se aferraba a su pecho, alargó la mano e hizo su primer movimiento.

Inmediatamente, el Príncipe Kragen descruzó un brazo, tomó la pieza frente a la suya, y la movió en un movimiento idéntico al de ella. Su gesto traicionó las manchas oscuras que permeaban la seda de su sobaco.

Ella asintió para sí misma, y algo de su tensión se relajó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Él no sabía nada del juego. Estaba en sus manos.

Como una distante llamada de cuernos, se le ocurrió que sí había una salida a aquel dilema.

Hizo otro movimiento.

Kragen lo copió.

Rápidamente, para que él no tuviera tiempo de pensarlo dos veces, movió de nuevo. El Príncipe la copió de nuevo.

Tras unos cuantos movimientos más, pudo volverse en su asiento y mirar al Rey Joyse. Su corazón latía como si acabara de correr un importante riesgo, como si hubiera hecho algo que podía marcar toda una diferencia.

—Tablas —dijo.

La pasión en el rostro del Rey parecía próxima a la apoplejía. Estaba a punto de estallar de rabia. O quizá se sentía terriblemente divertido..., no pudo decirlo.

El Príncipe aprovechó rápidamente la oportunidad. Se puso en pie sin dirigir siquiera una mirada a Terisa y dedicó al Rey Joyse una irónica inclinación de cabeza.

—Te doy las gracias, mi señor Rey. Es realmente un juego muy instructivo. Excelente para evaluar a las personas. El Monarca de Alend se sentirá fascinado cuando lo oiga.

»Ahora, con tu permiso, me retiraré. Me temo que el viaje desde Scarab me ha agotado. No puedo proseguir sin descansar antes.

Hizo un gesto con la cabeza a sus guardaespaldas; éstos hicieron también una inclinación de cabeza. Luego se volvió y se dirigió hacia las puertas.

El Rey Joyse tragó con dificultad su emoción.

—Descansa, si debes hacerlo. —Sonaba de nuevo irritable, como un niño decepcionado—. Eres más cachorrillo de lo que pensé.

Las largas zancadas del Príncipe Kragen perdieron su ritmo por un instante; sus hombros se crisparon. Impresionada por la brusquedad con que la misión del embajador había sido rechazada, la gente en el salón lo miraba fijamente..., y al Rey Joyse.

Pero el Príncipe no se detuvo. Las puertas fueron abiertas para él, y salió con paso enérgico del salón de audiencias.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Elega estaba en pie. En sus ojos destellaban rayos. Su grito resonó contra el alto techo del salón.

—¡Padre, estoy avergonzada!

Tan rápido como su larga y pesada falda y sus enaguas se lo permitían, corrió detrás del Príncipe.

Nadie más dijo nada. Nadie se atrevió.

El Rey Joyse suspiró suavemente. Apartó con ambas manos el pelo de su rostro y reajustó su corona. Luego se rascó las uñas en la barba.

—Eso me entristece —murmuró, como si no supiera que todo el mundo en el salón podía oírle—. Siempre he estado orgulloso de ti.

Se puso cansadamente en pie y bajó los escalones del trono.

Cuando echó a andar hacia la parte de atrás del estrado, Myste dijo con voz suave y dolorida:

—¡Oh, padre! —y corrió tras él.

Terisa hubiera debido sentirse orgullosa de sí misma. Había conseguido un cierto tipo de victoria. Pese a ello, sin embargo, Myste estaba dolida, y Elega furiosa; y el Rey Joyse se había convertido en algo que era mucho menos de lo había sido antes, mucho menos de lo que necesitaba ser. Terisa se quedó con una sensación tan hueca como unas tablas en su corazón. El recuerdo de los cuernos había desaparecido.

## Unos días sin nada que hacer

Terisa hubiera tenido problemas para hallar por sí misma su camino de vuelta a sus habitaciones: no estaba familiarizada con aquella sección de Orison. Pero el Castellano Lebbick no la dejó sola. Tan pronto como los señores y damas empezaron a partir, murmurando y discutiendo entre sí su sorpresa, le asignó uno de los guardias para que la escoltara.

El camino pareció más largo de lo que recordaba; pero finalmente estuvo en su suite, con la puerta cerrada a sus espaldas y el cerrojo corrido, y tuvo su primera oportunidad de pensar en todo lo que le había ocurrido hoy.

Se sorprendió de ver desde sus ventanas que el cielo estaba claro y que los techos y torres cubiertos de nieve del castillo tenían una tonalidad rosada, mientras el anochecer cubría con su sábana el suelo y las distantes colinas. No se había dado cuenta de que fuera ya tan tarde. Durante un momento olvidó todo lo demás y simplemente contempló el anochecer, sumida en trance ante la forma en que hacía que Orison pareciera como un lugar de cuento de hadas..., vieja piedra emparedada en invierno y oscuridad, y sin embargo tendiéndose como esperanza o sueños hacia la luz y el cielo y el delicado toque de la gloria del sol. Ahora fue *capaz* de recordar el sonido de cuernos. Por un largo momento ansió abandonar el castillo, no escapar de vuelta a la ilusión de su vieja vida sino adentrarse más en el mundo de Mordant y descubrir el lugar entre árboles y colinas donde era posible oír a los cazadores o músicos llamar a la alegría y la pasión en medio del frío.

¿Cómo había sabido el augurio lo de los jinetes en su sueño?

Podía pensar en una respuesta, por supuesto. Si había sido creada por un espejo, entonces también un espejo había creado sus sueños.

Por alguna razón, eso no la ayudó.

Tenía tanto que contarle a Geraden. Independientemente de lo que sintiera hacia el Maestro Eremis, Geraden era la única persona en la que confiaba para que la ayudara a decidir qué debía hacer.

Tenía que tomar alguna decisión..., aquello era obvio. Tenía que emprender alguna acción. El Rey Joyse estaba en el sendero de la autodestrucción..., un sendero más peligroso que la pasividad que le adscribía la gente. Ahora sabía que no era pasivo. Negándose a respaldar las defensas de Pardon, al igual que humillando al Príncipe Kragen, estaba trabajando activamente hacia la ruina de Mordant.

Era evidente que Mordant necesitaba un líder lo bastante fuerte como para tomar el mando de las circunstancias..., y lo bastante inteligente como para ser constructivo. No el Castellano Lebbick: era demasiado ferozmente leal al Rey. No la Cofradía como cuerpo. Pese al poder que representaba, estaba demasiado dividida

para ser efectiva. ¿El Adepto Havelock? Estaba loco. ¿El Maestro Quillon? Desconocía cuáles eran sus motivos, pero no podía imaginarlo encabezando la lucha por la supervivencia de Mordant.

Eso dejaba al Maestro Eremis.

A Geraden no le gustaría la idea, por supuesto. Pero quizás ella pudiera convencerle. Si aceptaban ayudar al Maestro, tal vez ella tuviera la posibilidad de pasar más tiempo con él.

El pensamiento trajo de vuelta la sensación de su boca sobre sus pechos. Cruzó los brazos sobre ellos y se estremeció. Saddith había afirmado: *Cualquier Maestro me dirá todo lo que yo desee..., si concibo un deseo para algo que él conozca. Y había dicho: Lo mismo es cierto para ti, si decides hacer que así sea.* Bien, ¿por qué no? Carecía de la experiencia de Saddith..., y de su habilidad. Pero Eremis la hallaba deseable.

Nadie la había hallado nunca deseable antes.

Mientras el sol se ponía y la oscuridad engullía el castillo, se apartó de la ventana, se sirvió un vaso de vino, y se acomodó para recrearse en lo que estaba pensando.

Más tarde, Saddith le trajo la cena. La doncella deseaba hablar: Orison estaba lleno de rumores acerca de la audiencia del Príncipe Kragen, y ella los había oído todos, pero deseaba conocer la verdad. Terisa descubrió, sin embargo, que estaba demasiado cansada —y demasiado cohibida— como para hacerle justicia al tema. Los acontecimientos del día habían agotado sus recursos naturales. Y sus pensamientos sobre el Maestro Eremis la habían conducido a una actitud soñolienta. Tras unas pocas disculpas medio sentidas, despidió a Saddith. Luego tomó su cena, bebió un vaso más de vino, colgó sus ropas en la parte del guardarropa que no tenía ninguna silla apoyada contra su fondo, y se fue a la cama.

Se quedó dormida casi inmediatamente...

...y la despertó un sordo golpear contra madera. Sueños que no podía recordar nublaban su cerebro: estaba segura, con una seguridad como gachas frías y cuajadas, de que lo que había oído era el sonido de sus ropas golpeando contra la puerta del armario, suplicando salir..., frenéticas por dissociarse de los falsos refajos y engañosos trajes que le habían sido prestados para seducirla fuera de sí misma. Algo de todo aquello no tenía sentido, pero no pudo imaginar lo que era: las gachas estaban demasiado espesas para poder agitarlas.

El golpeteo se repitió. Al cabo de un largo y estupefacto momento, se dio cuenta de que procedía del guardarropa equivocado.

Procedía de la puerta que daba al pasadizo secreto.

Al principio, su cabeza estaba tan densa por el sueño y el cansancio que ni siquiera tomó en consideración contestar a la llamada. A este paso, pensó tan claramente como pudo, nunca voy a poder descansar. ¿Acaso todo el mundo se pasa

aquí la noche deslizándose tras las espaldas de todo el mundo?

El problema, sin embargo, no desapareció simplemente ignorándolo. La llamada se repitió; una voz ahogada croó:

—¡Mi dama!

Por todo lo que sabía, tan sólo el Maestro Quillon y el Adepto Havelock conocían aquel pasadizo.

Si los golpes se hacían más fuertes, los guardias al otro lado de su puerta los oirían.

—De acuerdo —murmuró, mientras apartaba las mantas y bajaba tambaleante de la cama—. Ya voy.

Afortunadamente, el fuego de la chimenea se había apagado. Como resultado de ello, el aire era frío..., y eso le recordó que estaba desnuda. Su cabeza empezó a aclararse. Se desvió hacia el armario seguro, sacó sus ropas y se las puso. El golpeteo empezó de nuevo.

—Ya voy —respondió, tan fuerte como se atrevió.

Tan pronto como hubo descalzado la silla, la puerta se abrió y la luz de una lámpara iluminó el guardarropa.

Aunque sus ojos no estaban acostumbrados a la luz, no tuvo ningún problema en identificar a su visitante. El Maestro Quillon pasó junto a la ropa colgada y salió del armario.

—Mi dama —susurró, con una cierta aspereza—, tienes el sueño fuerte.

—Lo siento. —No hizo ningún esfuerzo para que su voz reflejara que realmente lo sentía—. Todavía no estoy acostumbrada a que la gente llame a mi habitación en mitad de la noche.

—Yo también debería estar dormido —respondió él—. Pero algunas cosas son más importantes. —La irritación hizo que su nariz se frunciera. A la luz de la lámpara parecía más que nunca un conejo. Pero la intensidad de su actitud no encajaba con su rostro. Daba a sus ojos un resplandor maníaco, como la mirada de un animalillo rabioso—. ¿Has visto a Geraden desde la audiencia del Príncipe Kragen?

Aquello la tomó por sorpresa. La actitud del hombre era amedrentadora. Asomos de peligro llenaron repentinamente el aire.

—¿Ha desaparecido?

—¿Desaparecido? Tonterías. ¿Por qué debería haber desaparecido? Sólo quiero saber si has hablado con él en algún momento hoy..., en algún momento desde que lo separé de ti.

Terisa inspiró profundamente, intentó tranquilizarse.

—¿Qué ocurre?

Con una semisonrisa que era casi una mueca, Quillon preguntó:

—Mi dama, ¿has hablado con él?

—No —respondió defensivamente—. No le he visto. No he hablado con él. ¿Qué ocurre?

El Maestro Quillon la miró por unos momentos con ojos llameantes. Luego suspiró.

—Bien —y su rostro se relajó un poco—. Eso está bien. —Pero su mirada no se apartó de ella.

»Mi dama, has oído mucho en la reunión de la Cofradía. Y me aventuraría a suponer que has oído mucho más de boca del Maestro Eremis. No debes hablar de esos asuntos con Geraden. No debes decirle *nada*.

—¿Qué? —Una punzada de dolor atravesó su cuerpo; la alarma se cerró en torno a su estómago. Había pensado en verle de nuevo, en pasar el día con él, en contárselo todo—. ¿Por qué? ¡Él es el único con quien puedo hablar!

—Porque —articuló claramente el Maestro— ésa es la única forma en que podemos mantenerle con vida.

—¿Qué?

—Mientras lo ignore todo, sus enemigos no se arriesgarán a exponerse matándolo. Si le cuentas lo que sabes, seguramente actuará de acuerdo con ello. Entonces será demasiado peligroso, y lo matarán.

—¿Lo matarán? —Estaba temblando por dentro. El suelo y la luz de la lámpara parecían oscilar—. ¿Por qué querría alguien matarle?

—Mi dama —respondió Quillon con voz seca—, tiene que resultarte obvio que tu presencia aquí no puede ser un accidente. Fuiste trasladada a través de un cristal que no podía haber sido utilizado con ese propósito. ¿Cómo se hizo? Ningún error o torpeza puede explicarlo. Tú insistes en que no eres la responsable. Entonces, ¿quién es?

»Mi dama, eres importante. —Bruscamente, el Maestro Quillon se volvió y empezó a abrirse camino de vuelta al interior del armario. Su voz quedó oscurecida por la ropa—. Geraden es crucial.

Por un momento, Terisa contempló sus espaldas mientras entraba en el pasadizo y cerraba la puerta, cortando la luz. Luego ella se puso también en movimiento. El pensamiento de que la vida de Geraden dependía de su silencio era tan agudo que casi le hizo lanzar un grito. Apartando bruscamente la ropa a un lado, alcanzó la puerta y la abrió de un tirón.

El Maestro Quillon estaba ya bajando las escaleras. Se detuvo ante el ruido, alzó la vista hacia ella. El ángulo de su lámpara arrojó sombras como charcos de oscuridad sobre sus ojos.

—¿Mi dama?

—¿Quiénes son sus enemigos?

Pudo ver su expresión. Su voz era llana.

—Si supiéramos eso, podríamos detenerles.

Antes de que ella pudiera decir nada, se volvió de nuevo y prosiguió su descenso. Su silueta se retorció como una marioneta.

—¿Quiénes son sus amigos?

Los ecos de los pies del Maestro Quillon no respondieron.

Cuando ya no pudo oír sus sandalias en los escalones, o estar segura del resplandor de su lámpara, Terisa abandonó el pasadizo. Cerró la puerta y volvió a asegurar la silla contra ella, formando cuña.

Al cabo de unos momentos, regresó a la cama.

A la mañana siguiente, había tomado al menos una decisión.

No iba a ir a hablar con Geraden.

Desgraciadamente, eso no iba a ser tan fácil como parecía. Su deseo de confiar en él era fuerte. Y sabía que podía herirle con su silencio.

Para protegerle, tendría que evitarle por un tiempo.

Así que se levantó temprano. Pese a su inexperiencia, consiguió encender los fuegos de las chimeneas. Castañeteando contra el frío, se bañó meticulosamente. Luego, desafiando la dificultad de unas ropas que no habían sido diseñadas para ponérselas sin ayuda, se enfundó un púdico traje color gris paloma que, esperaba, la permitiría confundirse con el entorno.

Tenía intención de pedirle a Saddith que la acompañara a una visita por Orison..., una visita tan completa como fuera posible. Si estaba ocupada haciendo algo que Geraden no esperaba y no podía predecir, y si se camuflaba contra un descubrimiento accidental, podía conseguir un día de respiro de las elecciones y las crisis.

Vestirse ella sola tomó su tiempo, sin embargo. Cuando hubo terminado, no tuvo que aguardar mucho para el desayuno. Saddith no tardó en llamar a la puerta y entrar cuando hubo descorrido el cerrojo, con una bandeja de comida en las manos. Hoy parecía un poco más alegre —o quizás un poco más animada— que de costumbre: su sonrisa era más picante, su paso más vivo. Movida por un impulso, Terisa dijo:

—Pareces feliz. ¿Has vuelto a pasar la noche con ese Maestro tuyo? ¿O has encontrado a alguien mejor?

—Oh, mi dama —protestó Saddith, agitando las pestañas—, ¿qué quieres decir? Soy tan casta como una virgen. —Luego sonrió—. Es decir, soy tan perseguida como sueñan serlo la mayoría de las vírgenes.

Riendo ante su propio humor, empezó a disponer el desayuno sobre la mesa.

Mientras comía, Terisa propuso su idea de ir a dar una vuelta por Orison. La doncella aceptó inmediatamente.

—Sin embargo —dijo, estudiando cuidadosamente a Terisa—, primero debemos arreglar tus ropas. Si tu intención era aparecer como si hubieras dormido con ellas puestas, luchando por tu virtud, lo has conseguido. Realmente, mi dama, debes

permitirme que te ayude con estas cosas.

—No creí que estuvieran tan mal. —Terisa tenía prisa por marcharse: no deseaba correr el riesgo de que Geraden se estuviera dirigiendo en aquellos momentos a verla. Pero una mirada más atenta a sus ropas la convencieron de que Saddith tenía razón. Tuvo que aceptar las atenciones de la doncella.

Aquello fue un error. Saddith necesitó sólo unos minutos para ajustar y volver a abrochar su traje; pero, cuando ya terminaba, hubo otra llamada en la puerta.

El corazón de Terisa se detuvo. No estaba preparada para aquello. ¿Iba a tener que mentirle? No creía que pudiera soportarlo.

Saddith, por supuesto, no tenía la menor idea de lo que había en la mente de Terisa. Con paso elástico, abandonó el dormitorio para responder a la puerta. Terisa la oyó decir con tono incitante:

—Apr Geraden, qué sorpresa. ¿Has venido a pagarme por mi ayuda de ayer? Para ello necesitamos intimidad. ¿O pretendes desdeñarme y prefieres a mi dama Terisa?

La risa de Geraden sonó un poco incómoda.

—Oh, vamos, Saddith. Puedes conseguir a alguien mejor que yo. De hecho, ya has conseguido a alguien mejor que yo. Lo mejor que yo puedo hacer es pedirle a dama Terisa hablar un poco con ella. ¿Está disponible?

—Geraden —respondió Saddith con burlona severidad—, ninguna mujer está *disponible*.

Riendo para sí misma, regresó al dormitorio, donde Terisa aguardaba como si se estuviera ocultando.

—Mi dama, el Apr Geraden está aquí. Será una compañía mejor que la mía para una exploración de Orison. Es masculino, aunque sea un tanto torpe, se azare fácilmente y sólo sea un Apr. Te dejaré con él.

No, intentó decir Terisa. Por favor. Pero Saddith se dirigía ya hacia la salida de la habitación. Dirigió otra pulla a Geraden y cerró la puerta tras ella.

Terisa permaneció por un momento donde estaba, deseando estúpidamente saber maldecir. Pero no podía seguir allí, paralizada, eternamente. Geraden terminaría dando unos pasos más en la salita, y entonces la vería. Sintiéndose al menos tan avergonzada como se había sentido frente al joven de aspecto de barracuda hacia el que su padre había intentado interesarla —intentando casarla con él de modo que ya no tuviera que preocuparse más por ella—, abandonó el dormitorio.

La sonrisa de Geraden casi arruinó sus buenas intenciones: parecía tan feliz de verla que deseó romper de inmediato con todas sus decisiones y contárselo todo. Lo único que pudo hacer fue mirarle y obligar a su boca a formar una sonrisa.

—Lamento no haber podido verte de nuevo ayer —empezó inmediatamente él; no pudo ocultar el placer que burbujeaba en su garganta—. No sé qué le ocurrió al Maestro Quillon. Normalmente no es tan irrazonable. Me llevó a su taller particular y



me puso a trabajar moliendo arena. ¡Imagina, entre todas las cosas, moliendo arena! Ese trabajo es tan menor y automático que normalmente ni siquiera los nuevos Aprs tienen que hacerlo. Entonces llegó el mensaje de que el Príncipe Kragen estaba aquí y que el Rey Joyse iba a concederle una audiencia. Pensé que eso me *salvaría*. Pese a lo que le ocurriera, el Maestro Quillon no esperaría hacerme seguir moliendo arena en unas circunstancias como aquellas.

Sonrió.

—Acerté, como siempre. No me obligó a seguir moliendo arena. En vez de ello, me dio instrucciones para que preparara el más complejo de los tintes del que he oído hablar nunca, y me dijo que lo preparara en tres formas distintas. «Para propósitos experimentales». Algunos Maestros nunca dejan que sus Aprs efectúen un trabajo tan sofisticado. Y habían pasado años desde la última vez en que *algún* Maestro me diera un trabajo como aquel. No supe si sentirme agradecido o degollarme.

»Sea como sea, no terminé hasta pasada la medianoche. Aún no estoy seguro de haberlo hecho correctamente.

»Supongo que me perdí toda la excitación.

La garganta de Terisa parecía como de algodón. Tragó saliva dificultosamente.

—Supongo que ya habrás oído hablar de ello.

Él asintió lentamente, estudiándola: lo sorprendente de su actitud enfrió su entusiasmo.

—¿Jugaste realmente al brinco contra el Príncipe Kragen?

Incapaz de mirarle de frente, Terisa se dirigió a la ventana. El cielo claro de la tarde anterior había desaparecido: ahora, unas nubes bajas tan pesadas como piedras cubrían el castillo y las colinas circundantes, haciendo que todo pareciera gris. A aquella luz, el traje que había elegido parecía tan apagado como su espíritu.

—Sí.

Geraden silbó apreciativamente.

—¡Sorprendente! Y él no conocía el juego. ¿Cómo conseguiste conducirlo hasta unas tablas? *Eso* fue impresionante. El Monarca de Alend debería concederte un título por tratar a su honor con tanta cortesía. —Entonces su tono se ensombreció—. A juzgar por los rumores, eso fue la cosa más inteligente que hizo alguien en medio de todo aquel desastre. Si el Rey Joyse tuviera la mitad de tu buen sentido, aún podría haber esperanzas para nosotros.

Oh, Geraden. Odiándose a sí misma por lo que tenía que hacer, aprovechó la oportunidad que él le brindaba inintencionadamente, la posibilidad de desviar —o al menos posponer— sus inevitables preguntas. Sin volver la *cabeza*, dijo *amargamente*:

—Pero ése es precisamente el asunto, ¿no? Él no tiene el menor sentido común. Por todo lo que puedo decir, arregló toda esa audiencia sólo por una razón..., para

burlarse del Príncipe. *Quiere* la guerra con Alend.

Entonces se volvió, obligándose a mirarle porque se sentía avergonzada.

—Geraden, ¿por qué eres leal a él? Quizás en su tiempo fue un gran rey..., no lo sé. Pero ya no queda nada de eso. —Habló como si durante la audiencia hubiera sido capaz de rechazar la sonrisa del rey..., como si pudiera rechazarla ahora—. ¿Por qué no lo abandonas?

La rápida expresión dolida en sus ojos le hizo desear echar a correr al dormitorio y ocultar la cabeza bajo las almohadas. Débilmente, concluyó:

—Por eso los Maestros no confían en ti. Porque eres leal a él, y nadie puede comprender por qué.

—¿Es eso lo que te han dicho? —respondió inmediatamente él—. ¿Que no confían en mí porque aún sirvo a mi Rey? Pensé que era porque no he hecho nada bien desde que tenía nueve años.

Dolida, ella se volvió de nuevo hacia la ventana y apoyó la frente contra el frío cristal para enfriar el dolor. ¿No hablarle? ¿No decirle la verdad? ¿Cómo podía hacer aquello, incluso para salvarle la vida?

—Lo siento —le oyó decir, apenado por su reacción—. No quería decir eso. Es sólo que éste es un punto que me escuece. Como probablemente te habrás dado cuenta.

»Pero tengo la intensa sensación... —Se detuvo.

Ella aguardó, pero él no siguió hablando. Finalmente, ella preguntó:

—¿De qué se trata esta vez?

Como si las palabras le fueran arrancadas por una profunda pero involuntaria convicción, él respondió:

—Tengo la intensa sensación de que él sabe lo que hace.

—¡Oh, Geraden! —No pudo contenerse: se enfrentó a él de nuevo, mostrando claramente su irritación—. ¿Crees realmente que iniciar una guerra con Alend es *saber lo que hace*? ¿Crees que es una *buena* respuesta a los problemas de Mordant?

—No —admitió él hoscamente—. Ya te he dicho que mis sentimientos siempre resultaban equivocados. Pero no puedo simplemente ignorarlos. —Al cabo de otra vacilación, dijo—: No te he contado la primera vez que le conocí.

Creyendo saber lo que venía a continuación, Terisa se retrajo interiormente.

—¿Quieres sentarte?

—No, gracias. —Su actitud era abstraída: su mente estaba clavada en la historia que deseaba contar—. Pasé demasiadas horas ayer inclinado sobre un mortero. Todavía me duele la espalda. —Empezó a caminar lentamente arriba y abajo frente a ella.

»Por aquel entonces yo debía tener once o doce años, y nunca había estado fuera de casa. Oh, apenas había un kilómetro de Domne por el que no hubiera cabalgado o

que no hubiera explorado, arrastrado tras mis hermanos, realizando las tareas que me daban o —sonrió— intentando eludir mis obligaciones. No me importa lo que digan los demás. Domne es el más hermoso de los Cares, sobre todo en primavera, cuando los manzanos, los cerezos silvestres y los ciclamores florecen..., y me encantaba explorarlo, jugando en lugares como el Puño Cerrado, cabalgando como un loco en las últimas estribaciones de las montañas.

Suspiró alegremente.

—Pero Houseldon era el centro de mi vida. Mi padre, el Domne, es un hombre que ama su hogar más que cualquier otro lugar en el mundo. Prefiere la compañía de su familia a la de nadie..., aunque la gente lo considera como uno de los amigos más queridos del Rey. Cada uno o dos años tenía que ir a alguna parte para hacer algo en nombre del Rey Joyse de Mordant, y siempre se llevaba al menos a dos de mis hermanos con él. Así fue como Artagel descubrió su talento para la lucha, cosa que nunca hubiera hecho en casa. Pero yo siempre era demasiado joven para ir. Era el bebé de mi madre, por supuesto. Y cuando ella murió, Tholden, mi hermano mayor, y su esposa ocuparon su lugar como si creyeran que yo nunca iba a crecer.

»En algunos aspectos, es difícil describir por qué yo no me parecía a mi padre. Tholden, ciertamente, sí se parecía: cuando se convierta en el Domne, ni siquiera los queridos cerezos silvestres de mi padre se darán cuenta de la diferencia. Lo mismo puede decirse de Minick y Wester, que es el guapo de la familia. Y la única *razón* de que no cuente a Stead es que siempre prefirió cortejar a todas las chicas de Domne que hacer su parte del esquilado. ¿Te he dicho alguna vez que nuestra familia cría ovejas? Nos encargamos de todo tipo de labores del campo, por supuesto. Todos los Cares lo hacen. Pero las ovejas y las telas son lo que nos ha dado la fama. —Sonaba orgulloso—. Tan pronto como mis hermanos descubrieron lo torpe que era yo —siguió irónicamente—, se negaron a dejar que me acercara a las tijeras de esquilar. Pero un verano hice tanto pastoreo que llegué a conocer todas las ovejas en un radio de diez kilómetros por sus nombres.

»Ahora que lo miro en retrospectiva, creo que el amor de mi padre debió ser algo irresistible. Todavía puede sacarle a una oveja toda la lana de una pieza de modo que pueda ser usada tal cual. Sus ojos se iluminan cuando ve brotar una nueva planta o crecer una nueva cosecha. Y disfruta con la compañía de sus hijos como si fueran la mejor gente del mundo. Incluso consigue apreciar mis puntos *buenos*..., sean cuales sean. Cada vez que vuelvo a casa, paso los primeros quince días sorprendido por mi buena suerte y preguntándome por qué me fui.

Se encogió de hombros y sonrió.

—Paso los *siguientes* cinco días intentando imaginar cómo decirle al Domne que tengo que irme de nuevo. Quizá sea porque nunca fui con él en sus viajes. Tenía que esperar hasta que él y mis hermanos volvían y pasaban toda la siguiente estación

contando historias acerca de todas las cosas excitantes que habían visto y hecho. Yo era como Nyle en eso. Excepto yo, él es el más joven. También tenía que quedarse en casa. Cuando Artagel fue a entrenarse con los ejércitos de Mordant, Nyle y yo lo tratábamos como si fuera un personaje real que venía de visita. Deseábamos que nos lo contara todo.

»O quizá sea porque el Rey Joyse envió a la Reina Madin y a sus hijas a permanecer con nosotros durante más de un año cuando yo tenía cinco o seis años. Lo que ocurría, creo, era que el Monarca de Alend y el Gran Rey Festten estaban desesperados defendiendo a sus Imageros, y el Rey Joyse temía que pudieran intentar detenerle atacando a su familia. Sea como sea, dama Elega y yo éramos casi de la misma edad, y nos pasábamos casi todo el tiempo jugando juntos. Incluso entonces —su cariño hacia ella era evidente—, estaba tan llena de ser la hija del rey que yo apenas sabía qué hacer con ella. Pero la admiraba por eso. Me encantaban sus historias de guerra y poder, aunque ella se adjudicaba el crédito de salvar el reino más a menudo de lo que se supone que las niñas de cinco años pueden hacer. Joven como era yo, ella me hacía sentir ansias de explorar todo el mundo de la misma forma en que exploraba Domne.

»O quizá sea simplemente que la cosa más excitante que conocía de mi padre era su amistad con el Rey.

»Fuera cual fuese la razón, nunca, desde que tengo uso de razón, me sentí contento con la idea de ser granjero u ovejero.

Bruscamente, se detuvo y miró a Terisa.

—Lo siento. No pretendía divagar en estos detalles. Simplemente quería que comprendieras qué tipo de muchacho era cuando conocí por primera vez al Rey Joyse.

—No te disculpes —respondió ella amablemente. Se sentía agradecida por cualquier cosa que lo mantuviera apartado de hacerle preguntas. Y le gustaba oírle hablar de su familia. Su entorno era tan extraño a su experiencia como el propio Mordant o la Imagería; pero también era atractivo..., tan extraño y maravilloso como un cuento de hadas—. Si no lo hubieras señalado, jamás me hubiera dado cuenta de que estabas divagando.

Él inclinó alegremente la cabeza.

—Eres demasiado graciosa, mi dama. —Y reanudó su historia.

»Como he dicho, fue probablemente hace trece años. Mordant estaba aproximadamente en paz porque el Adepto Havelock no estaba preparado aún para poner al descubierto al archi-Imagero y su cábala, y el Rey Joyse estaba efectuando una gira real, preparándose para los días en que sus guerras terminaran al fin. Después de Termigan, vino a Domne.

»El día que llegó, yo estaba desherbando maíz en uno de los campos cerca de

Houseldon. Estaba tan lejos como me había atrevido a ir, y sólo fui hasta allí porque el campo estaba en una colina que me permitía vigilar el camino. Me sentía tan excitado que olvidaba constantemente mirar donde clavaba la *azada*. Cuando el Rey y su séquito aparecieron finalmente a la vista —rió para sí mismo—, yo había dejado todo un sendero de maíz arruinado en medio mismo del campo.

»Pero eso no me preocupaba. Tan pronto como le vi llegar, dejé caer mi azada y eché a correr.

»Hay una empalizada en torno a Houseldon, principalmente para mantener a los animales fuera, y desgraciadamente había una gran porqueriza entre yo y la puerta más cercana. De todos modos, uno de mis hermanos, en un momento de humor emprendedor, había colocado un largo tronco cruzando la porqueriza como un atajo, y yo me encaminé a él para ahorrar tiempo.

»Ya puedes imaginar lo que ocurrió. —Hizo una mueca de burlón disgusto—. Pero eso no me detuvo. *Tenía* absolutamente que ver al Rey Joyse tan pronto como fuera posible. Era la cosa más urgente de mi vida. Así que conseguí llegar frente a nuestra casa justo en el momento en que el Rey y su gente: la Reina Madin con Elega, Torrente y Myste, el Adepto Havelock y su zarrapastrosa casulla, el Castellano Lebbick y un puñado de guardias, dos o tres de los consejeros del Rey, y un pequeño número de sirvientes..., ¿lo ves?, lo recuerdo todo..., llegué allí justo en el momento en que desmontaban. —Bufó—. Tenía rabos de cerezas en el pelo, mondaduras de naranja en mis ropas, cortezas de melón pegadas a mis pies, y aún chorreaba lodo por todos lados.

»Mucha gente se echó a reír al verme, excepto Elega, que se puso furiosa..., pero mi padre y el Rey no lo hicieron. El Domne dijo: "Mi señor Rey, éste es mi hijo más pequeño, Geraden", como si nunca me hubiera querido tanto como me quería en aquellos momentos. Entonces el Rey me hizo señas de que me acercara a él. Pese al lodo, apoyó sus manos en mis hombros y los apretó fuertemente. "Me gustas, muchacho", dijo. "Ven a Orison dentro de algunos años." Simplemente así. "Ya tenéis un luchador en la familia, y Artagel lo hace bien. Tú serás un Imagero."

De nuevo detuvo su pasear para mirar firmemente a Terisa.

—Me hizo más feliz de lo que nunca lo había sido en mi vida. Y no puedo olvidar eso. No soy tan leal a él como debería serlo..., él no quiere que hable contigo, ¿recuerdas?... , pero es mi Rey, y no dejaré de intentar servirle tan bien como pueda.

Entonces se echó a reír, cohibido.

—Al menos, ésta es la mejor explicación que puedo ofrecerte. Al paso que estoy yendo, si sigues haciéndome más preguntas nunca tendrás la oportunidad de contarme lo que te ocurrió ayer.

Una punzada de dolor cruzó el cuerpo de Terisa. Incapaz de enfrentarse a su mirada, dijo:

—Me gusta oírte hablar de tu familia. ¿No escuchaste a Saddith mencionar la posibilidad de ir a dar una vuelta? Ella iba a llevarme a visitar Orison. Me gustaría conocer un poco mejor este lugar. —Deliberadamente engañosa, añadió—: Esta habitación está empezando a darme fiebre de cabina.

Olvidando su aspecto cohibido de unos momentos antes, Geraden se volvió inmediatamente serio e intenso.

—Te acompañaré de buen grado a esa visita. Después de lo de ayer, también a mí me irá bien una escapada. Pero esa reunión en la Cofradía es demasiado importante para hablar de ella en público. Con mi suerte, alguien podría oírnos. ¿Por qué no me cuentas lo que ocurrió después de que tuviera que marcharme? Luego nos iremos.

Si secretamente deseaba saber lo que había hecho Terisa con el Maestro Eremis, ocultó muy bien su deseo. Sin embargo, ella necesitaba alguna forma de desviarle de nuevo y no tenía más ideas, así que dijo:

—¿Estás seguro de que no es del Maestro Eremis de quien quieres oír hablar? Te mostraste bastante ansioso por interrumpirnos.

Intentó hacer que sus palabras sonaran intencionadas..., y fracasó por completo. De hecho, sonó exactamente igual que su madre, fingiendo alegría para disimular el aguijón en lo que decía.

Involuntariamente, Geraden frunció el ceño para evitar un sobresalto; su rostro se oscureció.

—¿Me equivoqué, mi dama? —preguntó, rígido—. ¿Acaso el Maestro Eremis te quiere bien?

No pudo responder a aquello. Se sentía tan avergonzada de sí misma. Suavemente, como si se disculpara, dijo:

—¿Sabes lo que hizo? Probó que yo no existo. O que no existía hasta que tú me hallaste en el espejo. Tú debiste crearme de alguna forma.

Bruscamente, el Apr se puso furioso. Sus ojos ardieron.

—¿Te *convenció* de eso? ¿A *ti*? Debió ser una buena exhibición de lógica. ¿Qué dijo realmente? ¿Qué argumentación utilizó esta vez?

Sorprendida y un poco asustada por la reacción de Geraden, Terisa respondió:

—El lenguaje. Los espejos no trasladan el sonido. —Confusamente, repitió la esencia de lo que le había dicho el Maestro Eremis.

Como respuesta, Geraden alzó las manos. Se dirigió a la ventana y miró con ojos furiosos el paisaje invernal.

—Ese hijo de un mestizo —jadeó—. ¿Por qué *hace* cosas así?

Luego, bruscamente, se volvió de nuevo hacia ella.

—Todo esto es mierda de cerdo, y él lo sabe. Es una argumentación interesante, pero no *prueba* nada.

Ella le miró en silencio.

—Al menos hay una explicación alternativa. La traslación cambia las cosas. Eso es parte de la magia. El lenguaje no es la única explicación. Cuando yo meto la cabeza en ese espejo, el que muestra el campeón, no tengo ningún problema en respirar. Pero seguro que un mundo como ése tiene que tener un aire distinto al nuestro. ¿Por qué un espejo debería crear paisajes extraños, gente extraña, poderes extraños, criaturas extrañas..., y no un aire extraño? Eso no tiene sentido. Yo debo cambiar con la traslación a fin de poder seguir respirando. Si esa gente no se hubiera mostrado tan decidida a matarme inmediatamente, seguro que habiéramos podido hablarnos.

»Tampoco puedo probar eso, por supuesto. Pero probarlo no es lo más importante. Lo más importante es que la respuesta que te dio el Maestro Eremis no es inevitable. Hay otra explicación.

»No es el amor lo que le hace hablarte de esa forma. —Su tono era duro, como un puño apretado. No parecía darse cuenta de que ella, frente a él, se estaba sumiendo en el pánico.

¿El pasado *era* real? ¿Ella no podía simplemente darle la espalda y seguir adelante, como si tuviera un papel que representar y el derecho a representarlo? Entonces no pertenecía allí..., y todo lo que hiciera era demasiado importante. Sus errores podían causar serios daños: el riesgo que había corrido por el Príncipe Kragen contra el Rey Joyse podía tener terribles consecuencias.

Apenas oyó a Geraden decir:

—Hay alguna razón por la que él desea que creas que yo te creé. Quiere algo de ti. —Hizo una amarga mueca—. Ya lo sé, quiere llevarte a la cama..., pero no es eso lo que quiero decir. Si fuera así de simple, no se hubiera tomado la molestia de trastornarte de ese modo.

»Mi dama, ¿qué ocurrió durante la reunión de la Cofradía después de que yo me fuera? ¿Qué se decidió?

Ella apenas le oía..., pero de pronto las palabras se enfocaron ante ella, y captó lo que él acababa de decir. El color huyó de su rostro.

—¿Decidir? —murmuró, intentando no jadear. Incluso esto podía estar equivocado, la decisión de protegerle. Quizá no debiera confiar en el Maestro Quillon. O quizá Geraden necesitaba morir..., tal vez era un peligro para Mordant, en alguna forma que ella jamás podría comprender porque no pertenecía a aquel lugar. No sabía lo suficiente: la respuesta correcta no estaba a su disposición. La invadió una sensación de debilidad, y la oscuridad giró en torno a los bordes de su visión. Sus rodillas empezaron a doblarse.

De alguna forma, Geraden cruzó la distancia que los separaba. La estaba sujetando, aferrándole los brazos con sus manos.

—¡Terisa! —siseó en un arranque—. ¿Qué decidieron?

Se vio incapaz de resistir. Si él la soltaba, estaría perdida.

Un momento más tarde, sin embargo, descubrió que la urgente necesidad en el rostro del joven le devolvía sus fuerzas. Él corría un peligro mucho más grande del que ella podría correr nunca. El Maestro Quillon tenía razón respecto a eso: Geraden era demasiado apasionado y decidido para estar seguro. No podía permitir que le mataran, no podía dar a sus enemigos una excusa para matarle.

Pero, mientras enderezaba sus rodillas, mientras recuperaba su fortaleza, se dio cuenta de que no había ninguna salida. No podía permitir que lo mataran. ¿De qué serviría? Pero tampoco podía mentirle. Le resultaba imposible mentirle a ningún hombre que la mirara de aquella forma. Aunque nunca antes hubiera existido en su vida, era real en estos momentos gracias a la forma en que él la miraba, a la vez preocupado por su seguridad y desesperado por su ayuda.

Uno tras otro, liberó sus brazos. Sintióse débil todavía, dijo:

—Me dijeron que no te lo contara. Me dijeron que si sabías lo que iba a hacer la Cofradía tus enemigos te harían matar.

Con la misma brusquedad de una bofetada, la sorpresa cruzó el rostro de Geraden. Retrocedió un paso.

—¿Matarme...? —Sus ojos fueron de un lado a otro, como buscando comprensión—. ¿Yo? ¿Qué enemigos? ¿Por qué querría nadie...? —Las preguntas brotaron en fragmentos: no podía moldearlas el tiempo suficiente para mantenerlas—. ¿Y tú...? ¿Te dijeron eso? ¿Quiénes son...?

Bruscamente, se controló con un casi visible esfuerzo de voluntad, aplastó su confusión. Murmuró, con voz tensa:

—Pobre mujer. Sabes algo que yo no sé y que sabes que necesito saber, pero crees que eso puede costarme la vida si me lo dices. Y si yo te digo que no tengo ningún enemigo..., no puedo *imaginar* el que tenga enemigos..., no sabrás a quién creer.

Ella asintió. Si él seguía hablando de aquel modo, iba a echarse a llorar.

Sin advertencia previa, él hizo algo que la sorprendió de pies a cabeza. Nada en el severo amor de su padre o en la debilidad del Reverendo Thatcher o en el deseo del Maestro Eremis la habían preparado para la forma en que Geraden deshizo el nudo que atenazaba su garganta y tragó su zozobra y le ofreció una sonrisa que era casi un regalo.

—¿Sabes, Terisa?, me parece que es una gran idea dar una vuelta por el castillo. —Se enfrentó a su peligro con una chispa en sus ojos. Confusamente, ella se dio cuenta de que estaba usando por fin su nombre—. Me encantará mostrarte Orison. No conozco ninguno de los pasadizos secretos de los que habla todo el mundo, pero creo que he explorado casi todo lo demás.

Se sintió tan aliviada y agradecida que avanzó hacia él sin pensar, apoyó las



manos en sus hombros, y besó su mejilla.

Inmediatamente, el placer de él se hizo tan brillante que no pudo evitar echarse a reír.

Estaban aún riendo juntos cuando abandonaron sus aposentos un momento más tarde, para iniciar su visita.

Les tomó mucho más tiempo del que había esperado. De hecho, duró varios días. Geraden estaba familiarizado con una sorprendente combinación de caminos que se extendían por todo Orison de extremo a extremo y de arriba abajo. El Apr nunca había conseguido ser admitido en la Cofradía y sus secretos; pero podía contar la historia que había detrás de cada estandarte que colgaba fuera del salón de audiencias (cada uno era el estandarte de algún comandante que había sido derrotado por el Rey Joyse en batalla). Muchos de los hombres y mujeres de alto rango con los que él y Terisa se cruzaron no lo conocían o lo reconocían con un regocijo que rozaba el desdén; pero cada guardia, doncella, pinche, cocinero, barrendero, camarero, armero, aprendiz, fontanero, albañil y mercader, desde los más profundos almacenes hasta los más altos desvanes del castillo, parecían ser amigos o conocidos, suyos o de su familia. Y esta relación con toda aquella gente era como su conocimiento de Orison: tan torpe como un cachorrillo, tropezaba con todas las escaleras o con sus propios pies, chocaba con las paredes, dejaba caer cosas, y reía demasiado alto cuando alguien decía algo especialmente divertido; pero sabía dominarse entre los pinches y armeros y criados, pese a su instinto para hacerlo todo mal, y desplegaba una inagotable perspicacia y un humor que hacía que muchos de ellos le miraran con un afecto indistinguible del respeto.

Casi agotada tras unas cuantas horas —y decidida a no mostrarlo—, Terisa le preguntó cuánto tiempo podía permanecer alejado de sus deberes.

—Si no pueden atraparme —respondió él con un encogimiento de hombros y una sonrisa—, no pueden decirme lo que debo hacer. Y no pueden castigarme. —Luego cerró el tema conduciéndola a una de las enormes y calientes cocinas donde era preparada la comida de Orison; o quizá (no pudo recordarlo al cabo de un tiempo) era a uno de los largos comedores atestados con mesas de caballete donde comían muchas de las personas que trabajaban para el castillo; o tal vez una de las madrigueras de habitaciones y apartamentos de piedra, tan atestadas y complejas como casas de vecindad, pero escrupulosamente limpias (mantenidas así siguiendo las órdenes del Castellano Lebbick y bajo su supervisión, ya que estaba decidido a que Orison nunca cayera bajo el asedio de la suciedad) donde vivía la gente que servía y mantenía el castillo.

Durante el camino, Geraden charló amigablemente con ella largo rato. Finalmente, sin embargo, se mostró lo suficientemente curioso como para preguntar

en voz alta por qué ella no hacía más preguntas.

—Creo haber dejado claro —comentó— que no voy a permitir que nadie me diga lo que debo hacer respecto a lo que a ti te preocupa. —Estaba intentando sonar casual—. Te diré todo lo que deseas saber.

Ella comprendió. Estaba intentando descubrir cuánto sabía ya ella. Y dónde lo había averiguado.

Su oferta la hizo enrojecer. No deseaba traicionar lo que el Maestro Quillon había hecho ya por ella. Porque debía decir algo rápido —y porque el Maestro Quillon le había hecho pensar en el Adepto Havelock, el cual a su vez le recordó al archi-Imagero Vagel y su cábala—, replicó:

—Háblame del Monomach del Gran Rey.

Aquella era una respuesta tan sorprendente que Geraden se detuvo y la miró.

—¿Gart? ¿Dónde oíste hablar de él?

Ella retrocedió interiormente ante la forma en que se veía obligada a prevaricar. En un esfuerzo por mantener su falsedad al mínimo, dijo vagamente:

—Uno de los Maestros lo mencionó. Estaban hablando de Vagel y Cadwal.

Durante un difícil momento, el Apr siguió estudiándola. Luego, afortunadamente, se encogió de hombros y siguió caminando de nuevo, aceptando deliberadamente su explicación por lo que valía.

—Cadwal es un país extraño. —Su respuesta era típicamente disgresiva—. Con sus barcos, tiene más contacto con el resto del mundo que Alend..., y nosotros nunca hemos tenido ninguno. Ese comercio proporciona una riqueza como nunca verás aquí. Pero la riqueza no es buena para nadie excepto para comprar comida, placer o poder. Bien, la comida la obtienen de nosotros a precios razonables..., o la obtenían hasta que empezaron a atacar las fronteras de Perdon. Ahora confían en el comercio clandestino. Y, en otros sentidos, el poder no les ha servido de mucho desde que el Rey Joyse estableció Mordant y la Cofradía. Así que Cadwal compra *gran cantidad* de placer.

»Por otra parte, el país es tremendamente duro. En su mayor parte es rocas y desierto, y las regiones con agua tienen también el tipo de vientos que arrancan la carne de tus huesos. Esas condiciones le enseñan a uno a ser duro..., le enseñan a cualquiera que pueda sobrevivir siendo fuerte y cruel.

»Lo más extraño es la forma en que Cadwal combina el placer y la dureza. —Geraden pensó durante unos momentos antes de explicar—: El Monomach del Gran Rey es el campeón tradicional de Festten..., un defensor y asesino personal. Se supone que es el más grande luchador del país..., el producto más fuerte y cruel de las más duras circunstancias y entrenamiento. De hecho, a los de Cadwal les gusta decir que los hombres que fracasan como Aprs del Monomach del Gran Rey son tan fuertes que Carmag está construido sobre sus huesos. Pero la recompensa que recibe

el más grande luchador de todo el país no es la riqueza o el poder..., ni siquiera la libertad. Es simplemente el placer. Eso, y la posibilidad de ser muerto sirviendo, o disgustando, al Gran Rey.

»Por alguna razón, el poder y la riqueza en Cadwal, y el control sobre el placer, han pertenecido siempre al lado sibarita de su cultura. El Gran Rey Festten no tiene ningún antepasado en las últimas diez generaciones que viviera alguna vez en una tienda en el desierto, o sobreviviera al viento que corta las rocas, o midiera su vida con el filo de su espada. Y, sin embargo, su dominio sobre Cadwal hace que el Monarca de Alend se parezca al mediador de la Cofradía. —Dirigió a Terisa una rápida sonrisa—. Por todo lo que puedo decir, el Gran Rey siempre ha deseado gobernar Mordant simplemente para ahorrarse el costo de la comida, a fin de disponer de más riqueza que emplear en el placer.

Impulsado por lo que estaba diciendo, Geraden pareció olvidar el hecho incongruente de que no estaba haciendo preguntas. Dejando escapar un suspiro de alivio, Terisa reflexionó que tanto la Cofradía como el Rey Joyse tenían buenas razones para intentar proteger lo que sabían de los extranjeros. Por ejemplo, si por algún retorcimiento de la imaginación ella estuviera aliada con Gart, aquella visita sería inapreciable para ella. Durante el segundo día, Geraden le mostró el prodigioso depósito donde se acumulaban y almacenaban el agua de lluvia, la nieve fundida y las aguas del pequeño arroyo que alimentaba Orison. Aquella era una información que cualquier enemigo sabría cómo utilizar.

Aquello incrementó su apreciación de lo que el Apr estaba haciendo por ella. Ella sabía que era perfectamente inofensiva..., pero él no podía estar igualmente seguro. Su propia confianza era un riesgo.

Empezó a tener la sensación de que ocultarle secretos no era una forma muy satisfactoria de darle las gracias. No deseaba herirle.

Al día siguiente, sin embargo, Geraden no llegó para proseguir la visita. En vez de ello, le envió un mensaje haciéndole saber que el Maestro Quillon lo había cogido una vez más por su cuenta. Ante su propia sorpresa, se volvió a la cama y durmió la mayor parte del día.

Pero soñó con el Maestro Eremis, y estuvo inquieta toda la noche. Cuando llegó la mañana, se dio cuenta de que esperaba el regreso de Geraden. Si no volvía, podía sentirse tentada a tomar sus preguntas y decisiones y partir en busca del hombre que la había besado tan íntimamente.

¿Dónde estaba Geraden? ¿Por qué la había dejado sola? ¿Ya no quería estar con ella? ¿Era tan poco atractiva que ya había perdido su interés por ella?

Afortunadamente, Geraden llamó a su puerta poco después del desayuno.

Se había procurado para ella un grueso chaquetón de piel de oveja y unas botas, similares a los que llevaba él.

—Hoy —dijo sentenciosamente, con una sonrisa brillando en sus ojos—, las almenas. —Cuando ella se hubo puesto el chaquetón por encima del traje gris, le indicó la salida con una inclinación de cabeza y un irónico floreo cortés.

Como había podido ver desde sus ventanas, Orison no poseía un perímetro defensivo externo: la misma piedra servía para las habitaciones y los salones interiores y para su protección exterior. Pero la pared, como vio Terisa cuando Geraden la llevó a través de ella, era tremendamente gruesa. Su cara externa estaba alineada con almenas lo suficientemente amplias como para pasar por ellas los carros de suministros, lo suficientemente altas como para hacer efectivos a los arqueros sin exponerlos al contraataque, y lo suficientemente gruesas como para resistir las catapultas y los arietes; y contenían (o eso le dijo) almacenes, salas de guardia y pasadizos. Ahora se sentía más desconcertada que nunca por el fragmento del augurio que había mostrado Orison con un humeante agujero desgarrado en su costado y un aspecto de muerte a su alrededor. ¿Qué tipo de fuerza era lo bastante fuerte como para causar tanto daño a una pared como aquella?

De las almenas, Geraden la llevó a la parte superior de la torre que albergaba sus aposentos.

El aire era tan cortante como astillas de cristal, y su nariz y sus orejas estaban heladas. A aquella altura, la brisa parecía más fuerte de lo que era en realidad. Las pesadas nubes de los últimos días se habían alzado ligeramente, pero el aumento de la claridad hacía el frío peor. La nieve acumulada en el almenaje y los rincones del parapeto parecía vieja y deteriorada, mordisqueada pero no consumida por el ocasional contacto del sol. El aliento de Terisa formaba una nube de vapor frente a su rostro; metió los brazos dentro de las mangas de su chaquetón y se estremeció. Pero no intentó persuadir a Geraden de irse de allí. Aquel lugar le ofrecía la mejor vista que nunca había tenido del campo que rodeaba Orison.

La posición del sol le permitía verificar que el largo rectángulo del castillo estaba orientado de noroeste a sudeste. Ella y Geraden estaban en la torre más oriental. Las lodosas roderas marcadas en la nieve señalaban el camino que abandonaba las puertas en la pared que daba al nordeste y se escindía casi a tiro de flecha del castillo, con una parte desviándose hacia el sur, el río Broadwine y el Care de Tor (como Geraden le había explicado varios días antes), otra paralela al Broadwine hacia el nordeste y el Care de Perdon, y una tercera que se doblaba hacia el noroeste en dirección al Care de Armigite. El río, le aseguró Geraden, podía verse en la distancia en otras épocas del año, pero en invierno la nieve y el hielo hacían que se mezclara con las colinas. Sin embargo, era el mismo río que ella había visto en un espejo plano, el río que brotaba del estrecho desfiladero que él había llamado el Puño Cerrado. Atravesaba el centro de Domne, dividía Tor tanto de Termigan como de Armigite, separaba una porción del Demesne de Perdon, y finalmente partía Perdon en sus regiones Norte y

Sur antes de unirse al Vertigon en la frontera de Mordant.

Era extraño, pensó Terisa con un estremecimiento, lo mucho más segura que parecía aquella escena desde allí que en el cristal que les había permitido a ella, Geraden y el Maestro Eremis presenciar el ataque del Perdon. Bajo el abierto cielo, parecía casi imposible creer en los salvajes monstruos y la feroz muerte. ¿Era posible que aquellas cosas existieran sólo en los espejos?

No captaba mucho de lo que Geraden le decía. Hubiera necesitado un mapa para comprenderlo. Sin embargo, sus ojos devoraban los alrededores de Orison. El castillo dominaba las colinas cubiertas de nieve que lo rodeaban, pero las más lejanas eran más altas, más abruptas y más interesantes. Hileras de árboles señalaban los caminos después de separarse y tomar cada uno una dirección distinta; sin embargo, las laderas de las colinas en torno a Orison eran tan desnudas que pensó que debían haber sido limpiadas. Geraden confirmó aquello: El Castellano Lebbick deseaba espacio donde ejercitar a sus hombres, y los gobernantes de Orison nunca habían deseado tener cerca ningún lugar donde pudiera ocultarse el enemigo. Había bosques en la distancia, sin embargo..., árboles tan densos, negros y misteriosos como los de su sueño. Y los caminos parecían conducir a lugares tan lejanos que debían ser maravillosos.

Deseó decir: Llévame a Domne. Llévame a Termigan y Armigite y Fayle. Sácame de aquí. Pero el clima era demasiado frío; la nieve, demasiado profunda. Y ella no era el Príncipe Kragen o uno de sus hombres; no podía viajar bajo aquellas condiciones. Cuando vio un grupo de jinetes encaminarse a Orison desde el sur, recordó que nunca antes había subido a un caballo.

Frunciendo los ojos en la brisa para mantener su visión clara, Geraden contempló los jinetes. Al cabo de un largo momento, jadeó en voz muy baja:

—¡Arena y tintes! Parece el Tor. El Tor en persona. No ha estado en Orison desde que yo llegué aquí. —Para Terisa, añadió—: Algunas personas dicen que está demasiado gordo para viajar. Pero yo creo que simplemente es demasiado viejo. Al menos es diez años más viejo que el Rey Joyse. —Luego murmuró, con voz distante—: Si es él, ¿qué está haciendo aquí? ¿En esta época del año?

Mientras hablaba, Terisa sintió que el frío se apoderaba de su corazón, y se dio la vuelta hacia las escaleras que conducían de vuelta al interior de la torre. El Perdon estaba manteniendo la promesa que le había hecho al Maestro Eremis.

Pero uno de los Maestros había dicho —¿o dado a entender?— que el Tor era incapaz de hacer un tal viaje. ¿No había tiempo suficiente? ¿La distancia era demasiado grande?

Sin advertencia previa, Geraden pasó junto a ella, medio corriendo escaleras abajo.

—¡Ven! —exclamó, por encima del hombro—. ¡Es definitivamente el Tor! ¡Ha

traído una litera con él!

Por un segundo se quedó helada. ¿Una *litera*? Entonces la urgencia de Geraden hizo presa en ella.

El Apr bajaba los escalones de dos en dos. La larga falda de su traje le impedía a Terisa mantenerse a su altura. Pero Geraden miró hacia atrás al llegar al primer rellano, vio su dificultad, y disminuyó su paso.

Casi juntos ahora, se apresuraron a bajar la torre.

Hacía apenas unos momentos, ella había tenido frío. Ahora estaba acalorada. Pese a su prisa, Geraden se detuvo en la escalera para quitarle a ella el chaquetón. Intentaba calmarse, pero su rostro traicionaba su irritación ante el retraso.

—Lo siento —murmuró Terisa mientras avanzaban de nuevo.

Antes de que pudiera responder, Geraden pisó un escalón en falso, dejó escapar un grito, y cayó de cabeza por las escaleras de piedra.

—¡Geraden! —Corrió tras él, presa del pánico.

Cuando lo alcanzó, él estaba sobre manos y rodillas, intentando levantarse. Su cabeza oscilaba de lado a lado, como si no pudiera recordar dónde estaba el arriba. Ella lo sujetó del brazo, intentó alzarlo.

—¿Estás bien?

Aunque parecía aturdido, apoyó su peso en ella hasta que consiguió afirmar sus pies. Luego consiguió sostenerse por sí mismo.

—No te preocupes. Si esto no me ocurriera al menos una vez al día, no sabría quién soy. —Torpemente, echó a andar de nuevo—. Vamos. Últimamente me lo he perdido todo. No quiero perderme esto.

Su paso se hizo poco a poco más firme mientras la conducía escaleras abajo de nuevo hacia el nivel de las puertas.

Bruscamente, el aire se volvió frío de nuevo. Estaban acercándose al alto y ancho portal que daba acceso al enorme patio interior de Orison. Unas enormes puertas de gruesos maderos con enormes cerrojos estaban preparadas para cerrar la entrada si era necesaria; pero estaban abiertas.

Empezaron a resonar gritos en las paredes del castillo. Aparecieron guardias corriendo desde ambos lados. Más guardias chapotearon su camino hacia las puertas desde el fondo de patio. Un momento más tarde apareció el Castellano Lebbick. Sus órdenes resonaron más cortantes que el frío mientras él también se dirigía a las puertas.

—Ponte tu chaquetón —susurró tensamente Geraden.

Tan pronto como Terisa hubo obedecido, él tomó su brazo y la condujo al patio abierto.

Sus pies se hundieron en el lodo hasta los tobillos. Terisa dejó escapar un gruñido al pensar que iba a estropear aquellas hermosas botas, luego tuvo que olvidarlas a fin

de concentrarse en extraer cada vez los pies para dar el siguiente paso, luchando contra la succión del lodo.

Ella y Geraden estaban en el extremo sudeste, que estaba relativamente despejado. Las tiendas del bazar y los carros de los campesinos se agrupaban al noroeste, y entre ellos estaban levantadas las tiendas de sus propietarios, así como las de los guardias responsables de mantener el orden y la honestidad, Pero incluso aquella mitad del patio parecía lo bastante grande como para ejercitar a varios pelotones de caballería.

El castillo estaba abierto. El propio rastrillo, una tremenda construcción de maderos del tamaño de tres troncos unidos con hierro, había sido alzado, como cada día. Durante la visita, Geraden le había mostrado los gigantescos manubrios que subían el rastrillo haciéndolo penetrar en la pared encima de su arquitrabe. Delante de ella, el Castellano estaba formando a sus hombres en una guardia de honor para recibir al señor del Care de Tor. Una trompeta dejó oír una llamada de anuncio. Geraden llevó a Terisa tan cerca como los guardias permitían del lugar donde los jinetes de Tor iban a entrar en Orison y desmontar. Allí se detuvieron.

Los jinetes estaban en el camino fuera del castillo. Casi habían alcanzado la puerta, pese a su lento paso. Terisa vio ahora que todos los hombres iban vestidos de negro. El aliento de los caballos brillaba plata en el frío de hierro, pero sus jaeces eran negros. El negro cubría la litera que cuatro de las monturas sostenían de sus sillas. El hombre que conducía el grupo ocultaba su rostro bajo una capucha negra, y su cuerpo estaba envuelto en una capa negra.

Su figura era tan gruesa que Terisa se preguntó cómo su caballo podía soportar su peso.

Condujo a sus jinetes hacia el Castellano Lebbick, luego se detuvo dentro de la exacta formación de la guardia de honor. Sus caballos parecían combarse bajo las cargas que llevaban.

—Saludos, mi señor Tor —dijo ceñudamente el Castellano. Sus hombros estaban hundidos como si todo el peso del invierno se apoyara sobre ellos; la banda púrpura que cruzaba su frente realzaba la furia de sus cejas—. Bienvenido a Orison. No importa la razón que te haya traído hasta aquí con este tiempo, eres bienvenido.

Lentamente, el Tor alzó sus manos enguantadas de negro y echó hacia atrás su capucha, revelando un delgado pelo blanco que apenas cubría su pálido cuero cabelludo, unos rasgos con la forma y el color de patatas heladas, unos ojos sombríos. Sus gruesas mejillas estaban cuarteadas por el frío.

—Quiero ver al Rey —dijo con voz ronca. La nitidez del aire lo hacía todo muy claro. Terisa vio la sombra de una mueca cruzar el duro rostro de Lebbick.

—Mi señor Tor —respondió—, el Rey Joyse ha sido informado de tu llegada. En estos momentos está ocupado con otros asuntos. —No pudo disimular su desdén

hacia esos «otros asuntos» en su tono. El Rey, probablemente, estaba jugando al brinco—. Estoy seguro de que te concederá audiencia dentro de muy poco tiempo.

Las nubes que sellaban el cielo eran del color de lápidas. El frío parecía cerrarse en torno al patio. Durante un largo momento, el Tor no se movió ni dijo nada. Sus ojos parpadearon como si se estuviera volviendo ciego. Luego, con un gruñido de esfuerzo, alzó la pierna por encima del lomo de su caballo y desmontó. Los guardias permanecían en silencio. El patear de los caballos y el chapoteante sonido de sus botas en el lodo pudieron oírse claramente cuando avanzó como un viejo entre su gente en dirección a la litera.

Tomó de la litera una forma envuelta en negro, un hombre o una mujer que debía haber sido más alto que él. No parecía tener las fuerzas necesarias para sostener tal peso; sin embargo, apretó el cuerpo contra su barriga y cargó con él hasta situarse directamente frente al Castellano Lebbick.

Con la misma voz seca y hueca dijo:

—Éste es mi hijo primogénito. Quiero ver al Rey.

Ahora la inquietud del Castellano fue inconfundible.

—¿Tu hijo, mi señor Tor? Qué terrible pérdida. —Terisa recordó que Lebbick estaba acostumbrado a las pérdidas—. Todo Mordant llorará contigo. ¿Cómo murió?

Por un momento, un asomo de pasión iluminó la voz del Tor.

—Su rostro fue desgarrado por un lobo como Mordant y Cadwal y Alend juntos jamás han visto. ¿Quieres ver la herida? —Tendió el cuerpo envuelto en su sudario negro hacia Lebbick.

Pero casi inmediatamente su energía se desvaneció. Hoscamente, implacablemente, repitió:

—Debo ver al Rey.

—Eso no va a ser posible. —La voz del Castellano Lebbick sonó tensa y ronca, como la de un hombre apenado—. El Rey Joyse todavía no puede concederte audiencia.

En el silencio que siguió, los jinetes a espaldas del Tor murmuraron algunas maldiciones en voz baja. ¿Desde cuán lejos habían cabalgado a fin de presentar al hijo masacrado del Tor a su Rey?

Bruscamente, Geraden se separó de Terisa. Avanzó por el lodo a largas zancadas, como si no pudiera ser retenido por cualquier resbalón o accidente —como si hubiera olvidado su talento para hacerlo todo mal—, y se dirigió hacia el Tor. Su exuberante andar adolescente había desaparecido por entero de su actitud. La forma en que su pelo castaño coronaba los fuertes rasgos de su rostro le hacían parecer incontestable, tan seguro de sí mismo como si poseyera poder y supiera cómo utilizarlo.

Ignorando la feroz mirada del Castellano Lebbick, dijo:

—Mi señor Tor, soy Geraden, hijo menor del Domne. En nombre de mi padre y



de toda mi familia, por favor acepta mi pesar. El Rey Joyse te verá. Cuando sepa por qué has venido, te verá.

—Geraden —gruñó el Castellano con tono baja—, ve con cuidado. Te estás pasando, mozalbete.

Geraden se volvió de inmediato hacia Lebbick.

—No, Castellano. —Sin ninguna transición, parecía más alto, seguro de su autoridad—. Tú ve con cuidado. Puedes despreciarme tanto como quieras. Pero todavía no ha llegado el día en que puedas despreciar al Domne. Hablo en su nombre.

»En su nombre, reclamo la responsabilidad. Deja que él me aplaste si quiere. El Rey verá a mi señor Tor.

El Tor no dijo nada. Permaneció allí de pie con su hijo en brazos, como si se hubiera quedado mudo, incapaz de articular su dolor excepto exigiendo que el Rey lo reconociera también.

Una mueca torció la boca del Castellano Lebbick. Sus manos se crisparon a sus costados. Al cabo de un momento dijo suavemente:

—Puedes intentarlo, mozalbete. Gestos como ése son muy fáciles para aquellos que no tienen ningún deber que cumplir..., para aquellos que pueden ignorar las consecuencias de lo que hacen. Mi misión es asegurarme de que el Rey Joyse sea obedecido, y lo haré... —su puño golpeó sus palabras contra su muslo— si debo.

Luego dio un paso hacia un lado. Ladró una orden a la guardia de honor para que hiciera lo mismo.

Geraden situó una mano en el brazo del Tor para ayudarle a sostener el gran peso de lo que el hombre cargaba. Juntos, avanzaron hacia la puerta abierta más cercana. Quizá una docena de guardias se pusieron firmes tras ellos y les siguieron.

Terisa echó a andar detrás de ellos.

El Castellano la detuvo con un gesto seco.

—No, mi dama. Ya se ha cometido bastante daño sin tu contribución. —Escupió las palabras entre nubes de vapor—. No expondré a mi Rey a una mujer de tus dudosas lealtades.

Alzando la voz, dio instrucciones a dos de sus guardias para que acompañaran a dama Terisa de Morgan a sus aposentos.

Por un momento, ella estuvo a punto de resistírsele, aunque nunca había hecho nada así antes y sabía que no sería capaz de hacerlo si lo pensaba por anticipado. Deseaba ir con Geraden. Si podía hacerse algo por el Tor, deseaba hacerlo. Pero la mirada de Lebbick la empujó hacia atrás. Se sentía tremendamente ultrajado, y parecía estar diciendo que si le obligaba a ejercer violencia sobre ella se volvería loco.

Se giró hacia los hombres que le había asignado y dejó que se hicieran cargo de ella.

Mientras chapoteaba en el lodo, oyó al Castellano Lebbick dar rígidamente la bienvenida al séquito del Tor y ofrecer a los jinetes y a sus monturas la mejor hospitalidad de Orison. Luego echó a andar tras el Tor y Geraden.

De vuelta a sus aposentos, con sus botas limpias de la mejor manera posible y secándose en el cuarto de baño, Terisa reflexionó que evidentemente el Tor *no* había venido a Orison en respuesta a ninguna llamada del Perdon. Por otra parte, ¿qué importaban las razones por las que el Tor estaba aquí ahora? Su presencia era lo que importaba. Actuaba en favor del Maestro Eremis.

El Maestro Eremis no era un tema cómodo de contemplar. Su ausencia le proporcionaba una secreta ansia de frustración y miedo. Sin embargo, pensar en él era una mejora sobre la imagen del Tor que aún persistía en ella..., el gordo hombre de pie, hundido hasta los tobillos en el lodo, con su hijo muerto en los brazos y sus ojos hoscos de dolor. Cuando murió su madre, y Terisa se atrevió a llorar, su padre la había abofeteado, una sola vez, para hacerla callar. Luego se había emborrachado por primera y única vez desde que ella podía recordar. Después, había empezado a traer otras mujeres a la casa, como si su esposa nunca hubiera existido. Definitivamente, Terisa prefería pensar en el Maestro Eremis.

Transcurrió una hora o así antes de que se diera cuenta de lo inquieta que se sentía. Normalmente no era una mujer que fuera arriba y abajo de la habitación, pero ahora se descubrió midiendo tensamente las alfombras y las piedras del suelo..., aguardando a Geraden. El Apr se había enfrentado al Castellano. Tenía la sensación de que había transcurrido mucho tiempo desde que había visto tanta fuerza en él. Seguramente acudiría a contarle lo que había pasado.

Lo hizo. Antes de la hora del almuerzo, oyó una llamada a la puerta. Cuando contestó, Geraden estaba al otro lado.

Parecía un muchachito pequeño. Sus ojos aún estaban hinchados de llorar, y la expresión en ellos era tan desolada que sintió deseos de abrazarle.

No podía llegar tan lejos. Toda una vida de inhibiciones la retuvo: nunca había aprendido cómo llegar a otra gente. Pero, instintivamente, sin evaluar lo que hacía, puso una mano sobre el brazo del joven y dijo en un susurró:

—Oh, Geraden. ¿Qué ocurrió?

Él intentó componerse, pero el esfuerzo no hizo más que endurecer sus rasgos.

—Fui a ver al Rey. Ser el hijo del Domne es bueno para eso, al menos. Simplemente no dejé que nadie me dijera no. Pero el Rey Joyse no...

Entonces su garganta se cerró sobre las palabras, como si dolieran demasiado para brotar. Por un momento, sus rasgos se crisparon. Miró rápidamente a los guardias a cada lado de la puerta.

—Por favor, Terisa. No puedo hablar de eso en el pasillo. El corazón de ella latía

dos veces más rápido que lo normal.

—Entra —dijo rápidamente—. Soy una estúpida. No pretendía hacerte quedar de pie aquí.

Con su mano aún sobre el brazo de él, lo llevó al saloncito.

Si él no hubiera estado luchando tan duramente por contenerse —y si ella no hubiera sido tan torpe—, probablemente se hubieran abrazado. Pero él parecía intocable en su aflicción, y ella tenía que apartarse de él para cerrar la puerta. Cuando se volvió de nuevo hacia él, Geraden estaba de pie, con los codos apretados a sus costados y las manos convertidas en puños sobre su corazón.

—Oh, Geraden —murmuró de nuevo—. Geraden.

—No sé lo que está ocurriendo. —Su voz era aún dura, crispada. Estaba intentando apuntalar algo dentro de él—. Juro que no lo comprendo.

»No fue difícil llevar al Tor a ver al Rey. Todo lo que tuve que hacer fue ignorar a los guardias de la puerta cuando me dijeron que el Rey estaba ocupado. Bajo las circunstancias, no era probable que se cruzaran en el camino del Tor.

»El Rey Joyse y el Adepto Havelock estaban jugando al brinco. Probablemente ya lo habrás adivinado. ¿Qué otra cosa —preguntó ácidamente— podía mantenerlo demasiado ocupado para ver al hombre que lo puso en el camino de convertirse en el Rey de Mordant? Pero no pareció resentirse por la interrupción. Cuando entramos, abandonó su juego para darnos la bienvenida. Y sonrió de esa forma en que lo hace..., esa forma que te hace desear echarte en el suelo delante de él para que pueda caminar sobre ti.

»Entonces vio la carga que llevaba el Tor. Le dije quién era. Y por unos momentos, allá, pensé que *finalmente* había hecho algo acertado. Por una vez en mi vida, finalmente había hecho algo acertado.

»Pareció recordar sus antiguas fuerzas y llamarlas de vuelta de algún lugar. De pronto fue más alto, más corpulento, y sus ojos brillaron. "¿Cómo ocurrió?", preguntó. El Tor no respondió, así que fui yo quien dije: "Imagería. Algún tipo de extraño lobo". Apostando a que sabía lo que estaba haciendo, añadí: "Mira su rostro".

»El Rey Joyse alzó la tela. —Geraden se estremeció—. Era terrible. Pero hubiera sido peor si el cuerpo no estuviera helado por los diez días que Tor llevaba en el camino.

»Cuando el Rey Joyse lo vio, pareció erguirse interiormente. Tomó el cuerpo de brazos de Tor. Alzó la cabeza como si fuera a aullar. Había tanta rabia y dolor en él que prácticamente gritaba desde su rostro. Pensé que finalmente, *finalmente*, iba a mostrarse lo bastante furioso como para hacer algo.

»Estaba equivocado.

Geraden no hizo ningún esfuerzo por disimular su dolor.

—El Adepto Havelock eligió aquel momento para decir: "Joyse, tú mueves".

Como si no conociera a nadie más en la habitación.

»Y el Rey Joyse simplemente se derrumbó.

»Su rostro se derrumbó, y se echó a llorar, suavemente, casi sin hacer ningún sonido. "Oh, mi viejo amigo", dijo. "Perdoname." Luego cayó de rodillas..., no podía seguir sosteniendo el peso. —Geraden estaba llorando ahora, con los codos apretados contra sus costillas y las manos cruzando su pecho—. Tan cuidadosamente como pudo, depositó al hijo de Tor en el suelo. Por un momento permaneció inclinado sobre el cuerpo. Luego halló de nuevo los pies bajo él —Geraden tuvo que aferrarse a su determinación con ambos puños a fin de decir las palabras—, y volvió a su juego.

Por unos instantes Geraden permaneció inmóvil, luchando por recuperar el control de sus emociones mientras Terisa sentía dolor por él y por el Tor y por el Rey Joyse y no decía nada.

—Después de eso —reanudó Geraden con un tembloroso suspiro—, no reaccionó a nada. No dio ninguna orden para el funeral. No respondió a ninguna pregunta. Quizás olvidó que nosotros estábamos allí. Finalmente, movió una de sus piezas. Por lo que pude ver, mejoró la posición de Havelock.

»Durante todo este tiempo, el Tor no había dicho ni una palabra. Parecía demasiado asombrado, demasiado dolido, para decir nada. Pensé que iba a caer de bruces al suelo. Pero consiguió recuperarse un poco. "Mi hijo está muerto", dijo, como si creyera que quizás el Rey Joyse no había *acabado* de captar aquel detalle. "¿Es esto lo mejor que puedes hacer?"

»El Rey siguió sin responder. El Adepto Havelock dijo: "Cierra la puerta cuando salgas".

Geraden se encogió de hombros.

—Entonces el Castellano Lebbick nos hizo salir. Dos de sus hombres tuvieron que arrastrar al Tor por la fuerza. Pero yo me sentí realmente agradecido. Nos hizo un favor sacándonos de allí.

Bruscamente, el Apr se frotó los talones de las manos contra sus ojos para *rechazar* las lágrimas y el dolor y la debilidad. Cuando miró de nuevo a Terisa, su mirada estaba orlada de rojo y como perdida. La seguridad le había abandonado. Ahora se parecía, más que nada, a un joven que se ha visto abrumado por su involuntario instinto hacia el desastre.

—El Castellano Lebbick tenía razón —dijo—. Hubiera sido mejor si se hubiera mantenido al Tor lejos del Rey. Todo lo que hice fue agravar su miseria.

—Lo siento —murmuró Terisa, odiándose a sí misma por su incapacidad de ayudarlo, de consolarle. Pero no había nada que pudiera hacer por él excepto decir—: Lo siento.

Más tarde, aquel mismo día, sola en sus habitaciones en mitad de la tarde, sin

nada que hacer excepto meditar, permanecía de pie ante una de sus ventanas, mirando casi sin ver hacia el camino, cuando aparecieron más jinetes.

Este grupo era mayor que el del Tor, y de carácter más militar. Una trompeta anunció la aproximación de los jinetes a la puerta de Orison. El Castellano Lebbick les dio la bienvenida con una guardia de honor igual a la que había recibido al Tor. Luego se dispersaron por el castillo. Pero Terisa siguió sin decidirse.

Saddith trajo las noticias con la cena.

—¿Has oído, mi dama? Tanto el Fayle como el Armigite han llegado a Orison. Ambos han solicitado audiencia con el Rey Joyse. Y a ambos les ha sido negada. — La doncella estaba orgullosa de su información, como si procediera de alguna fuente alta y secreta—. Se dice que el Fayle lleva mensajes de la Reina Madin y de dama Torrent. Y, sin embargo, la audiencia le ha sido negada.

»Si los informes son ciertos, soporta estoicamente su decepción. No así el Armigite. Le he oído. Pasea arriba y abajo por los pasillos, acercándose a todo el que quiera escucharle y explicándole su indignación. —Rió entre dientes—. Me siento inclinada a cuestionar su virilidad, mi dama.

Cuando Saddith se fue, Terisa se dio cuenta de que había llegado a una decisión. El Rey Joyse no se mostraba dispuesto a reunirse con los señores de los Cares: ni siquiera estaba dispuesto a recibir un mensaje de su esposa. Había ido demasiado lejos. El Maestro Eremis tenía razón. Mordant sólo podía ser salvado ahora si alguna otra persona se hacía cargo de los acontecimientos.

Tenía que ir a él, hablar con él, contarle lo que sabía.

Era posible que tuviera que hablarle de su conversación secreta con el Maestro Quillon y el Adepto Havelock. No para traicionarlos a ellos, sino para ayudarle a él; la información podía hacerle más efectivo.

Tomó su decisión porque deseaba hacer lo que era correcto. No tenía intención de permanecer pasiva por el resto de su vida. Su presencia allí no tenía sentido, pero, puesto que *estaba* allí, tenía que esforzarse al menos por ayudar. Por el bien de Geraden tanto como por el de Mordant. Él estaba demasiado paralizado —y demasiado dolido— por su devoción hacia el Rey; era incapaz de ver más allá de su desagrado hacia el Maestro. Estaba ciego al hecho que ella veía claramente: el Maestro Eremis era el único hombre que tenía alguna posibilidad de unir la Cofradía y los señores contra los enemigos de Mordant.

Pero no estaba pensando en Geraden —o en Mordant— cuando finalmente llegó a su decisión. Estaba pensando en la forma en que el Maestro Eremis la había besado y acariciado.

Así que a la mañana siguiente, tras una inquieta noche, se levantó temprano. Se bañó. Se lavó y secó el pelo. Cuando Saddith le trajo el desayuno, descubrió que era incapaz de comer nada. En vez de arriesgarse a la náusea, pidió a la doncella que la

ayudara a ponerse la ropa que había elegido la noche antes: un traje de seda malva que se ajustaba a sus caderas y hacía que el hueco entre sus pechos pareciera profundo y deseable. Luego despidió a Saddith para el resto del día, diciéndole que tenía intención de pasarlo con dama Myste.

Saddith hizo un guiño ante la obvia mentira, sonrió su aprobación y se marchó como si tuviera planes propios.

Cuando la doncella se hubo ido, sin embargo, Terisa permaneció un tiempo más en sus aposentos. Se dijo a sí misma que no estaba dudando..., exactamente. Estaba aguardando a una hora decente. Pero la verdad era que había perdido su confianza. El Maestro Eremis era demasiado para ella: demasiado experimentado, demasiado adepto, demasiado poderoso. Geraden le había acusado de intentar manipularla. Ciertamente, había manipulado la Cofradía. Las explicaciones que le diera de por qué lo había hecho no eran enteramente satisfactorias. Y, al parecer, ya no estaba interesado en ella.

Sin embargo, al final, su resolución se mantuvo. Alrededor de media mañana fue a la puerta, descorrió el cerrojo con mano insegura y abandonó sus aposentos.

Uno de los guardias le silbó con suavidad por entre los dientes; ella lo ignoró.

Descendió de la torre, y por unos momentos se sintió presa del pánico porque no estaba segura del camino a los aposentos del Maestro Eremis. No había prestado excesiva atención la vez que los había visitado. Y creyó ver a un hombre que la seguía...

Lo atisbo tres o cuatro veces, en distintos niveles del castillo. Parecía desaparecer tan pronto como ella lo descubría. Pero era alto; parecía fuerte. Una capa gris ocultaba sus ropas y cubría su cabeza; pero no ocultaba el extremo de la larga espada que asomaba junto a sus botas.

Por otra parte, no parecía ser el hombre que la había atacado en sus aposentos. No iba vestido de negro. Y no siguió tras ella. En vez de ello, al cabo de un momento pareció olvidarla.

No volvió a ver ningún signo de él.

Tras preocuparse por él probablemente más de lo que merecía, lo apartó de su mente y concentró de nuevo su atención en el problema de hallar los aposentos del Maestro Eremis.

Lo que recordaba de la visita con Geraden la ayudó. Finalmente, halló su camino a la sección de Orison destinada al uso personal de los Maestros. Al fin y al cabo, todo lo que tenía que hacer era localizar la puerta pulida de palisandro con el bajorrelieve de cuerpo entero del Maestro Eremis.

Tan pronto como lo alcanzó, alzó la mano para llamar..., y se detuvo. Respiraba demasiado afanosamente. Necesitaba un momento para calmarse. Pero la talla en la puerta era realmente extraordinaria. Los ojos parecían verlo todo, y la boca prometía

placeres que tal vez a ella no le gustaran. Él era demasiado para ella. Si le quedaba algo de buen sentido, tenía que admitirlo. No servía de nada correr un riesgo como aquel.

Así que no llamó. Aferrada por la lógica demente de los obsesos, apoyó la mano en el picaporte y abrió la puerta más silenciosamente que los latidos de su corazón.

Exactamente tal como la recordaba, vio la suntuosa estancia en la que el Maestro la había abrazado y besado. Vio la alfombra superior carmesí que cubría el suelo, hecha más espectacular aún por el azul de los muebles y el amarillo de los cortinajes. Vio las urnas de cobre de filigrana desde las que las perfumadas lámparas proporcionaban luz y calor. Vio los tapices que cubrían las paredes con escenas de seducción. Vio el diván...

El Maestro Eremis estaba en el diván. Afortunadamente, no miraba en su dirección. Estaba inclinado hacia delante, con su atención enfocada en la mujer que tenía bajo él. Los largos y definidos músculos de sus desnudas espalda y nalgas se contraían y relajaban al ritmo de sus movimientos.

Las piernas de la mujer estaban enlazadas en torno a sus caderas. Los brazos rodeaban su cuello. Dejaba escapar pequeños gemidos guturales.

Sus ropas estaban dispersas por el suelo. Terisa las reconoció. Pero no necesitaba ninguna confirmación.

La mujer era inconfundiblemente Saddith.

Había visto algo como aquello en una ocasión, antes. Sus padres tenían habitaciones separadas. Tras la muerte de su madre, ella había empezado a usar la habitación de su madre como un lugar donde esconderse, retirarse, como si su madre fuera una presencia más reconfortante muerta que viva. Por supuesto, no le había dicho nada de aquello a su padre; probablemente él no tenía forma de saber lo que estaba haciendo cuando llevó a una de sus mujeres a la cama de su madre. Ella estuvo mirando durante cierto tiempo antes de darse cuenta de lo que estaba viendo.

Ahora cerró suavemente la puerta. Reteniendo el frío dolor en su corazón, volvió a sus aposentos. Tomando cuidado de no desgarrarlo, consiguió finalmente quitarse el vestido de seda y dejarlo a un lado. Luego se vistió con sus viejas ropas y fue a la ventana para contemplar el paisaje invernal.

Estaba aún allí cerca del anochecer cuando otro grupo de jinetes se acercó al castillo. Como el que había visto la tarde anterior, era mayor que la comitiva del Tor..., y menos funerario. La trompeta saludó de nuevo a los jinetes mientras se acercaban a la puerta. El Castellano Lebbick salió a recibirles con una guardia de honor. Mientras desmontaban, creyó reconocer la fornida silueta y la calva cabeza del Perdon. Pero no pudo estar segura.

## Lo que hacen los hombres con las mujeres

Terisa no sabía cómo enfrentarse de nuevo con Saddith. Afortunadamente, cuando la doncella le trajo la cena, las viejas costumbres habían acudido a su rescate. Respondió a la radiante expresión de Saddith de la misma forma pálida, pasiva, reservada, con que tan a menudo se había enfrentado a sus padres; se puso la no existencia como una capa, de modo que nada referente a ella llamara la atención sobre sí o alterara el fluir de las emociones y preocupaciones de Saddith. Como resultado, fue *capaz* de oír las insinuaciones y la excitación de Saddith como si no sintiera nada. Y no tuvo ningún problema en bloquear los alegres intentos llenos de curiosidad de la doncella de descubrir cómo había pasado ella el día.

Tenía la impresión de que era muy posible que realmente no sintiera nada. ¿Cómo podía saber si una emoción de cualquier importancia se apoderaba de ella?

Desgraciadamente, los hábitos que la salvaron se cobraron su precio. La sensación de que se estaba desvaneciendo empezó a actuar de nuevo sobre ella. Se presentaba una mala noche..., y no disponía de ningún espejo con el que defenderse.

Después de que la doncella recogiera la bandeja y se marchara hasta la mañana siguiente, Terisa tomó otro baño, utilizando la frialdad del agua y el calor del fuego para crear la ilusión de realidad física. Luego pasó algún tiempo re disponiendo meticulosamente las lámparas de la habitación, intentando extraer algún reflejo del cristal de la ventana. Pero la negra noche de fuera se negó testarudamente a devolverle su imagen.

Estuvo tentada de abandonar, de dejar que las cosas ocurrieran como debían ocurrir y aceptar las consecuencias. Pero llevaba años luchando aquella misma batalla. ¿Qué hizo el Maestro Eremis para salvarla, de todos modos? El no había creado su problema. Seguro que ella no era tan estúpida como para creer que podía curárselo..., que el contacto de sus manos sobre su cuerpo podría restablecer aquello de lo que ella carecía. Entonces, ¿por qué malgastaba su tiempo sintiéndose tan miserable respecto a él? ¿Por qué estaba...

...temblando en mitad de la habitación con el corazón rugiendo alocadamente sólo porque alguien había llamado a su puerta?

Conocía la respuesta a aquello. Esta noche era la noche en la que se suponía que el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur debían reunirse con los señores de los Cares.

Por un momento deseó ignorar quién estaba al otro lado de la hoja. Pero la llamada se repitió, recordándole que no tenía ningún lugar donde ocultarse. Reuniendo sus escasas reservas de valor, fue a responder.

El Maestro Eremis estaba allí de pie, sonriendo.

La forma en que la miró tenía aún demasiado poder: barrió sin ningún esfuerzo



toda cuestión de desvanecerse, la hizo real frente a él..., real para él. Después de todo, ¿qué mal había cometido haciendo el amor con Saddith? Sus ojos prometían que sus atenciones valían la pena de ser experimentadas. ¿Quién sabía cómo besarla con aquella exacta combinación de ardor, experiencia y júbilo?

Y, si perdía su interés hacia ella, siempre podía atraerlo de nuevo contándole lo del Adepto Havelock y el Maestro Quillon.

Como autodefensa, intentando mantenerse firme ante él, dijo:

—No quiero ir.

Él entró tranquilamente en la habitación, como si la conociera mejor que ella misma.

—Mi dama —dijo en tono apaciguador—, debes.

—¿Por qué? —El esfuerzo por no perderse en su brillante mirada y su sonrisa hizo que la cabeza le diera vueltas—. No tiene nada que ver conmigo.

—Ah —respondió el Maestro—, en esto estás equivocada. —Su actitud se hizo un poco más sobria—. Tienes que venir conmigo como demostración de mi buena fe. Puede que no te des cuenta de la mala reputación en que el Rey Joyse ha situado a todos los Imageros. O bien somos creación de su voluntad, honestos sólo en la medida en que él es honesto, o mantenemos alianzas con Cadwal y Alend que nos hacen traidores, o somos la fuente del actual peligro. Somos considerados de este modo porque la Cofradía fue creada por la fuerza antes que por la voluntad. Debo persuadir a esos indóciles señores de que deben confiar en mí, y eso sólo puedo conseguirlo si soy honesto con ellos. Debo mostrarte a ellos para que puedan captar lo que la Cofradía ha intentado en el pasado..., y lo que queremos hacer ahora.

»Mi dama, esto tiene mucho que ver contigo. Si no vienes conmigo, no conseguiré nada de esta reunión... —Hizo un intento por no parecer demasiado alegre—, y todos mis esfuerzos por salvar Mordant no habrán servido de nada.

Sus manos retorcieron ligeramente los extremos de su casulla.

Terisa recordó sus manos. Apenas había empezado a averiguar lo que podían hacer. Su corazón latía alocado en su garganta. Casi dijo: De acuerdo. Iré contigo. Si antes me llevas de vuelta a tus habitaciones. Las palabras estuvieron tan a punto de brotar de su boca que se sintió mareada. Tuvo que tragar saliva más de una vez antes de ser capaz de asentir con la cabeza.

Él tendió la mano hacia ella.

—Mi dama —dijo con voz lenta, mientras sujetaba su brazo—, estaba seguro de que comprenderías.

Los guardias lo detuvieron cuando cerró la puerta tras ella. Querían saber dónde la llevaba. Órdenes del Castellano Lebbick. Pese a que —Terisa sólo fue vagamente consciente de ello— Geraden nunca había sido interrogado de aquel modo cuando había salido con ella. El Maestro Eremis respondió ásperamente que dama Terisa de

Morgan había aceptado reunirse con él y algunos otros Maestros para una cena tranquila en los aposentos del mediador de la Cofradía. Luego la empujó hacia delante.

La forma en que encajaba su mandíbula indicaba que los guardias lo habían puesto furioso.

Sujetando su brazo, la llevó torre abajo y a través de varios de los pasillos principales. Ella estuvo a punto de perder el equilibrio y se detuvo en seco cuando divisó de nuevo al hombre con la capa gris. Pero desapareció casi de inmediato; lo perdió de vista antes de que pudiera señalárselo al Maestro Eremis. Sonriendo en tono de disculpa por su torpeza, siguió andando. El hombre de la capa gris no volvió a aparecer.

El Maestro Eremis no hacía ningún intento obvio de furtividad, pero avanzaban a lo largo de un camino calculado para confundir a los pocos guardias con los que se cruzaban. Sin embargo, pronto se hizo claro que no estaba conduciendo a Terisa a ningún lugar cerca de la sección privada de la Cofradía en Orison. Ni tampoco se dirigía hacia el complejo de estancias y pasadizos del laborium. Más bien estaba descendiendo, dando un rodeo pero de forma inconfundible, hacia una húmeda y poco usada parte del castillo que se parecía al lugar donde el Adepto Havelock tenía sus aposentos..., un lugar entre los cimientos de Orison. Por un momento la golpeó el alocado pensamiento de que el Maestro Eremis tenía algo que ver con el Maestro Quillon y el Adepto. Pero, aunque los pasadizos que elegía Eremis eran fríos, vacíos y poco cuidados, todavía eran lo bastante públicos como para estar iluminados: las linternas colgaban de las paredes a distantes intervalos. Los corredores y estancias laterales parecían indicar que aquella parte del castillo había estado en su tiempo habitada. Quizás Orison la había ido abandonando a medida que crecía en altura. O tal vez los cimientos habían empezado a sufrir filtraciones. Fuera cual fuese la razón, aquellos pasillos y habitaciones habían sido claramente abandonados por otros aposentos más secos en algún otro nivel. Las botas del Maestro Eremis chapoteaban sobre charcos medio helados en el suelo, y el sonido tenía ecos húmedos. Terisa podía oír el gotear de agua en la distancia.

Se apretó los brazos contra el frío e intentó recordar el camino de vuelta para no perderse.

Sin advertencia previa, una forma oscura pareció materializarse de la pared. Terisa retrocedió involuntariamente. La linterna más cercana estaba a seis u ocho metros de distancia, y su débil luz hacía que la figura pareciera tan corpulenta y peligrosa como un oso.

Pero el Maestro Eremis rió con suavidad entre dientes; y un momento más tarde Terisa distinguió un perfil con una cabeza calva, gruesas cejas y un colgante bigote. Él hombre iba envuelto en una capa de piel del mismo color húmedo y oscuro que las

sombras. Probablemente presentaba una forma tan bestial porque aún llevaba sus gocetes y su gorguera bajo la capa.

Ahora que miraba más atentamente, vio la débil silueta de una puerta tras él. Debía haber permanecido aguardando oculto allí a que llegara el Maestro Eremis.

—Maestro Eremis —dijo el hombre en un suave jadeo. Su saludo creó una nubécula de vapor en el frío aire ante su boca—. Ya están todos reunidos..., incluso ese perro jorobado que dices que debemos soportar para tranquilizar a la Cofradía. No eres lo que yo llamaría puntual. —Terisa sólo podía ver la mitad de su rostro a la luz de la linterna, pero el ojo de aquel lado la miró intensamente—. ¿Por qué has traído a una mujer?

—Mi señor Perdon —respondió el Imagero—, no es tan fácil como tú imaginas arreglar una reunión como ésta en secreto. —La suavidad de su voz ahogó su sarcasmo—. Lebbick lo observa todo..., o cree que lo hace. Ha sido preciso colocar un cierto número de mentiras plausibles en una gran variedad de oídos. Explicaré lo de la mujer.

El Perdon miró unos instantes más a Terisa; sus ojos no eran muy amistosos.

—Será mejor que lo expliques bien, Maestro Eremis. —Luego desvió de nuevo su mirada al Imagero—. Cuando me persuadiste de celebrar esta reunión, te prometí que reuniría a los demás señores tan rápido como fuera posible. Pero la tarea de enviar llamadas y recibir respuestas a través de tales distancias en esta estación parecía que iba a tomar al menos quince días. Me aseguraste, sin embargo, que se necesitaría mucho menos tiempo. Debo confesarte que no te creí del todo. Ahora estoy asombrado de que tuvieras *razón* hasta un grado tan imposible.

Sorprendida, Terisa estuvo a punto de decir: ¿*Quince* días? Él nos dijo *seis*. Le dijo a la Cofradía que tú prometiste *seis*.

La presión del Maestro sobre su brazo la hizo mantenerse inmóvil.

—La Imagería tiene sus utilidades —comentó enigmáticamente.

—Eso es indudable —dijo el Perdon—. E indudablemente también las explicarás..., cuando lo creas conveniente. Pero tienes que responderme a algo. Estoy preocupado por la presencia del Tor entre nosotros.

—¿Preocupado, mi señor Perdon?

—Sí, Maestro Eremis. —Un puño cerrado apareció entre los pliegues de la capa del Perdon—. No confío en él aquí. Ha sido un amigo demasiado firme del Rey. Acepté llamarle solamente porque le creía demasiado viejo, y demasiado gordo, para hacer el viaje. Su presencia, ahora, me alarma.

El Maestro Eremis frunció una ceja ante aquello.

—Ahora eres tú quien empieza a alarmarme *a mí*. Empiezo a sospechar, mi señor Perdon, de que no es del Tor de quien desconfías. Es de mí.

El fruncido ceño del Perdon ni se movió.

—Esto me inquieta. —Eremis dejó que un asomo de ira brotara en su voz—. Cuando hablaste de quince días, sabía que el tiempo sería menor porque el Termigan estaba ya camino de Orison. Tengo un cristal plano que resulta que muestra su trono en Sternwall, y lo vi partir.

»Cuando llegó el Tor, no dudé en incluirlo. ¿Nadie ha hablado contigo, mi señor? ¿Acaso el propio Tor no te ha dicho por qué está aquí? Vino a exigir una respuesta de nuestro valiente Rey porque su hijo primogénito fue muerto por algún producto de la Imagería más vil. Y el Rey no quiso saber nada de él. Ni quisiera quiso escuchar su demanda..., del mismo modo que ha rechazado las audiencias con el Fayle y el Armigite.

»El Tor ama a sus hijos —concluyó el Maestro Eremis—. Creo que ahora será nuestro aliado.

—Bien —murmuró el Perdon—. Bien. —Había vuelto la cabeza. Todo su rostro estaba en sombras—. Ha sido el amigo del Rey durante cuarenta años. Pero tal vez el dolor lo haga más amargado. Quizá valga la pena correr el riesgo de tenerlo con nosotros.

—Mi señor Perdon —dijo secamente el Maestro—, has dado a entender ya que llego con retraso. Si no vamos pronto con ellos, los demás señores empezarán a mostrarse inquietos, y entonces no tendremos a nadie con nosotros.

Los ojos del Perdon destellaron brevemente. Tendió el puño y tocó ligeramente el pecho del Imagero con él.

—Ve con cuidado, Maestro Eremis —susurró—. Soy el señor del Care de Perdon. No me gustan las manipulaciones..., o el abuso de confianza. Y sospecho que mis compañeros los demás señores tienen prejuicios similares.

Luego se volvió y echó a andar por el corredor, haciendo resonar fuertemente sus tacones contra la piedra.

Por un momento, Eremis retuvo a Terisa allá donde estaba.

—Algún día —dijo con tono meditativo—, habrá que enseñarle a ese imprudente señor a ser más cuidadoso con sus amenazas.

Casi involuntariamente, como si la pregunta le fuera extraída por la fuerza, Terisa quiso saber:

—¿Por qué mentiste a la Cofradía? Les dijiste que había sido idea del Perdon reuniros esta noche.

El Maestro alzó inmediatamente un dedo hacia sus labios.

—Mi dama —susurró—, ya he explicado que no caigo bien a algunos de mis compañeros Maestros, y otros no confían en mí. Sólo aceptaron el riesgo de esta reunión porque creían que se basaba en el honor del Perdon antes que en mi previsión. Ahora te aconsejo que no pronuncies ni una sola palabra hasta que estés de nuevo segura en tus aposentos.

Sujetando aún firmemente su brazo, la empujó detrás del Perdon.

Siguieron el seco resonar hueco de sus tacones hasta doblar otra esquina; entonces vio brotar luz de una puerta abierta al fondo. La puerta no estaba custodiada; al parecer, los señores de los Cares aún creían que estaban a salvo en Orison. El Perdon cruzó el umbral, y Terisa oyó varios saludos en voz baja. Un momento más tarde, el Maestro Eremis la hizo entrar en la luz.

Allá, soltó su brazo y le dio un ligero empujón hacia delante. Terisa tuvo la impresión de que él había retrocedido un paso..., de que estaba utilizando la entrada de ella para crear algún tipo de distracción.

La puerta se abría a una estancia tan desnuda como una celda y no mucho más grande. La luz procedía de varias linternas colocadas sobre una larga y tosca mesa de madera que llenaba al menos la mitad del espacio. Las pesadas sillas que la rodeaban hacían que la estancia pareciera atestada.

Tan pronto como entró en la habitación, Terisa vio al Maestro Gilbur: estaba sentado en el extremo más alejado de la mesa, y sus rasgos estaban fruncidos en una expresión ácida, como si hubiera estado intercambiando insultos con alguien.

El Perdon permanecía aún de pie, pero los demás señores estaban sentados. Terisa reconoció al Tor, por supuesto. Estaba sentado al lado del Maestro Gilbur. Fuera del contacto directo con el invierno, su piel tenía más color; pero su rostro todavía seguía pareciendo un puñado de harinosas patatas y sus ojos estaban velados. Había un enorme frasco en la mesa frente a él.

En el lado opuesto de la mesa había un hombre al que Terisa tomó inmediatamente por el Armigite, simplemente a causa de la descripción de Saddith. La blandura de su rostro le hacía parecer más entrado en carnes de lo que era realmente, y su expresión era quisquillosa; su pelo estaba oscurecido y engominado en elaborados rizos; sus ropas eran llamativas de una forma que sugería el dormitorio de una mujer. Era el único en la habitación que parecía más joven que el Maestro Eremis: resultaba evidente que había heredado su puesto en vez de ganarlo en las guerras de Mordant.

Como los demás señores, iba armado, pero la fina hoja de acero en su costado parecía esencialmente decorativa.

El hombre sentado a su lado era un gran contraste: parecía haber sido tallado de un bloque de pedernal. Cada línea de su rostro, cada mirada de sus ojos, cada gesto de sus manos, parecía como si hubiera sido modelada a golpes, martilleada por un filo cortante. Su piel tenía un tinte polvoriento que hacía juego con sus planos ojos. Sus cejas parecían no tener ningún color.

Debía ser el Termigan. Terisa razonó esto porque no era lo bastante viejo como para ser el padre de la Reina Madin. El señor al otro lado de él —al lado del Tor— tenía muchas más probabilidades de ser el Fayle. Este hombre tenía al menos la edad

del Tor; el escaso pelo blanco en la parte de atrás de su cráneo estaba cortado muy corto; era tan delgado como un lebel. Su rostro era tan largo, y tenía tanta mandíbula, que parecería lúgubre si sus ojos no fueran tan brillantes, azules y penetrantes. La forma como se sentaba —erguido, con los brazos firmemente cruzados sobre su delgado pecho— implicaba el estoicismo que Saddith le había atribuido.

Con excepción del Tor —cuya atención estaba fija en su frasco—, todo el mundo la miraba a ella. Los firmes ojos del Fayle no dejaban traslucir nada; pero el Termigan la miraba indignado, el rostro del Armigite exhibía una sonrisa burlona, y el habitual ceño fruncido del Maestro Gilbur era lúgubre y tormentoso.

Los hombres y las linternas hacían que la habitación fuera considerablemente más cálida que el corredor.

Nadie ofreció ninguna presentación. Tan pronto como el Maestro Eremis entró en la habitación, sólo unos momentos después que Terisa, el Perdon anunció hoscamente:

—El Maestro Eremis dice que explicará su presencia. —El rojo pelo de sus cejas y orejas se agitó cuando ocupó un asiento al lado del Termigan.

—Agradecería una explicación —gruñó de inmediato el Maestro Gilbur—. ¿Qué tipo de prestidigitación piensas usar para hacernos tragar su presencia, Eremis?

Terisa notó que su rostro se acaloraba ante un escrutinio tan hostil. Todo el mundo que la mirara detenidamente observaría el sudor que resbalaba por sus sienes. ¿Cómo se había convertido en el peón crítico de los planes del Maestro Eremis? ¿Por qué todo lo que él deseaba de aquella reunión dependía repentinamente de ella?

—Mi dama —el tono de Eremis no era especialmente cortés—, por favor siéntate. —Hizo un gesto hacia la silla al lado del Fayle. Luego se sentó él también, a la cabecera de la mesa, en el lado opuesto al Maestro Gilbur. Su esbelta delgadez, el mechón de negro pelo que colgaba en su alta frente, y la forma en que se curvaban sus mejillas como los lados de una cuña desde sus orejas hasta su larga nariz, le daban la apariencia de un ave exótica. En algunos aspectos, Terisa nunca le había visto con una expresión menos seria. El chispear de sus ojos equilibraba la mueca de su boca. Cruzó las manos ante él sobre la mesa en un esfuerzo evidentemente inútil por parecer grave.

—Mis señores —dijo con voz firme, mirándoles fijamente por turno—, el problema es el tiempo. Si no existiera esa premura, no hubiera tomado decisiones sin vuestro conocimiento y consentimiento. Es cierto que es probable que el invierno no receda aún durante otros treinta días, o incluso cincuenta. Pero puede hacerlo en diez. En diez días, un ejército de tamaño considerable puede iniciar su marcha contra nosotros desde Cadwal. Y sólo han transcurrido unos días desde que el sabio Rey Joyse consideró conveniente rechazar una propuesta alianza con Alend, humillando al

embajador al hacer firme su rechazo. Las fuerzas de Margonal no estarán mucho más atrás que las del Gran Rey.

—Eso es cierto —dijo el Armigite con amargura adolescente—. Si el Rey Joyse me hubiera concedido una audiencia, le hubiera dicho que los ejércitos de Margonal se agrupan a menos de medio día de marcha del Pestil. Mis comandantes dicen que es imposible enfrentárseles. Cuando Alend decida atacar, yo seré eliminado. ¡Y el Rey Joyse se niega a escucharme!

Hubiera seguido hablando, pero el Maestro Eremis lo interrumpió con voz suave:

—Peor que los ejércitos, sin embargo, es la Imagería. Y la Imagería no aguarda a la primavera. De hecho, todo Mordant se halla ya bajo asedio. Extraños lobos han acabado con la vida del hijo del Tor. Los devoracadáveres merodean los poblados de Fayle. Lagartos depredadores pululan por los almacenes del Demesne. Pozos de fuego aparecen en el suelo de Termigan..., casi en el interior de las fortificaciones de Sternwall.

El Termigan asintió lúgubrementemente.

—Por eso estoy aquí. Soy un soldado. Estoy desarmado contra los pozos de fuego en el suelo.

—No tenemos tiempo, mis señores —concluyó el Maestro Eremis—. Por esa razón, me he tomado la libertad de hacer lo que he hecho.

Hizo una pausa, y el Maestro Gilbur gruñó:

—Adelante con ello, Eremis. ¿Qué es lo que has hecho?

La expresión hosca del Maestro Eremis casi se quebró. Conteniéndose rígidamente, dijo:

—He invitado a alguien más a nuestra reunión. —Antes de que nadie pudiera reaccionar, dijo por encima del hombro—: ¡Mi señor, puedes entrar!

Terisa abrió incrédula la boca cuando el Príncipe Kragen entró con paso vivo en la habitación, acompañado por sus dos guardaespaldas.

Su porte indicaba que su confianza en sí mismo no había disminuido. Ya no llevaba el casco de cobre ceremonial, el peto y la vaina de la espada. Un atuendo negro de seda realzaba lo oscuro de su piel; su bigote brillaba a la luz. Pero llevaba una recia espada sujeta a su cintura. Sus guardaespaldas llevaban también armas para usar, no para exhibir.

Al verle, el Armigite palideció. El Termigan echó hacia atrás su silla y saltó en pie, con la mano en la empuñadura de su espada. El rostro del Maestro Gilbur se oscureció apopléticamente. El Tor dio un largo trago de su frasco y eructó.

—Esto es sorprendente —comentó el Fayle con voz como el agitar de hojas secas—. No te paras a medio camino, Maestro Eremis.

—¿Te has vuelto loco? —restalló el Perdon a Eremis—. Te advertí que no nos dejaríamos manipular. ¿Admitirás al hijo del Monarca de Alend a nuestro consejo

secreto?

Uno de los guardaespaldas se situó entre el Príncipe Kragen y el Termigan. Antes de que el hombre pudiera extraer su espada, sin embargo, el Príncipe lo detuvo.

—Mis señores —dijo con un gesto apaciguador—, escuchadme. Estáis sorprendidos..., pero no estáis amenazados. De hecho, me siento agradecido de que el Maestro Eremis me haya proporcionado esta oportunidad de reunirme con vosotros. Tras el trato que recibí de manos de vuestro Rey, tuve intención de partir de Orison de inmediato. Pero eso hubiera sellado la guerra entre Mordant y Alend. Y el Monarca de Alend desea intensamente la paz. Su mayor deseo es formar una alianza contra los peligros de Cadwal y la Imagería. En consecuencia, cuando el Maestro Eremis me pidió que me quedara en Orison, prometiéndome una oportunidad de hablar con vosotros, me dejé persuadir.

»Mis señores, se me ha negado una alianza con el Rey de Mordant. Pero, ¿debo pensar que una posible alianza con los señores de Mordant debe terminar del mismo modo?

—Alend es mi enemigo —escupió de inmediato el Termigan, sin apartar la mano de la empuñadura de su espada—. Demasiados de mis hermanos y amigos han resultado muertos por los de Alend, que creían tener derecho a ser propietarios de nuestra libertad. No creía, Maestro Eremis, que nos hubieras reunido para discutir de traición.

—Oh, *traición*, tonterías. —El Armigite agitó sus delicadas manos, recuperándose rápidamente de su impresión inicial—. Por lo que a mí respecta, me siento encantado de ver al Príncipe Kragen en términos de amistad. ¿A quién pertenece tu lealtad, mi señor Termigan..., al Rey Joyse o a Mordant? Sabes lo que ha hecho nuestro Rey, y lo que no ha hecho, para enfrentarse a nuestra necesidad. Yo llamaría *traición* a seguir obedeciéndole. Mordant —añadió piadosamente— es un servicio superior.

—Mi señor Termigan —continuó el Príncipe Kragen—, debes comprender la posición del Monarca de Alend. Como he dicho, su deseo de paz es intenso. Hemos conocido la paz desde que tú luchaste tan poderosamente y nos derrotaste..., y hemos aprendido que la paz es mejor que la guerra. Pero tu Rey no se ha sentido satisfecho con la paz. Ha creado la Cofradía.

»Mis señores —dijo, dirigiéndose a todos—, la Cofradía representa un gran peligro. Mientras vuestro Rey la ha mantenido firmemente sujeta, de modo que sólo sirviera a las causas de la paz, hemos podido superar la amenaza. Pero ahora vuestro Rey se ha vuelto débil. Mordant se halla bajo el ataque de la Imagería..., y la Imagería no es utilizada para vuestra defensa. ¿Cómo explicamos esto? O bien vuestro Rey se ha vuelto loco y ya no le importa defender aquello para liberar lo cual luchó durante tanto tiempo, o se ha vuelto loco y ahora dirige a la Cofradía contra sus propias



tierras, entrenando sus fuerzas —el Maestro Gilbur quiso protestar, pero el Príncipe no se lo permitió— ¡para el momento en que esté preparada para destruirnos a todos!

—¡Eso es una mentira! —ladró el Maestro Gilbur, dando un puñetazo sobre la mesa—. Por supuesto que el Rey Joyse está loco. ¡Pero *no* utiliza la Cofradía! ¡Por las pelotas del macho cabrío del archi-Imagero, nosotros *no* somos la causa de este peligro!

El Príncipe Kragen no se mostró ofendido.

—Estás hablando por ti mismo, Maestro Gilbur —dijo tranquilamente—, y en lo que a ti respecta te creo. El hecho de que la Cofradía desee esta reunión es un buen augurio de su honestidad. Para mí, el Maestro Eremis ha demostrado también su sinceridad reuniéndonos..., y consiguiendo el permiso de la Cofradía para decirnos lo que piensan hacer los Maestros en defensa de Mordant. Tristemente, sin embargo, esto no cambia nada. Vuestro Rey se ha vuelto débil. En consecuencia, Cadwal aspira a la posesión de la Cofradía. Y, en consecuencia también, Alend debe luchar. No podemos permitir que tantos Imageros se conviertan en un arma en manos del Gran Rey.

»Mi señor Termigan, has perdido mucho en la guerra contra nosotros. También nosotros hemos perdido mucho. Pero Mordant y Alend, juntos, perderán mucho más si Festten adquiere el control de la Cofradía.

—¡Bien dicho! —vitoreó el Armigite—. ¡Bien dicho!

El Perdon miraba fijamente al Maestro Eremis. Al cabo de un momento, dijo en voz baja:

—Eres más listo de lo que había creído, Maestro Eremis. Si hubiera sabido que eras tan previsor, hubiera acudido antes a ti en busca de consejo.

Los ojos de Eremis brillaron, pero no se permitió sonreír.

La argumentación del Príncipe fue suficiente para hacer reconsiderar al Termigan. Soltó su espada; con el ceño pensativamente fruncido, contempló la mesa.

Inesperadamente, el Tor dejó su frasco sobre la mesa con un fuerte golpe.

—Oh, siéntate, mi señor Termigan. Ver a tanta gente de pie hace que me sienta cansado. Debemos averiguar qué otras sorpresas hay en reserva para nosotros.

—Antes de que sigamos adelante —dijo secamente el Fayle—, quizás el Maestro Eremis nos explicará por qué ha traído a esa joven para que oiga todo lo que digamos y decidamos.

Tomada por sorpresa, Terisa se dio cuenta de que su corazón empezaba a latir incontroladamente.

El Termigan dejó caer bruscamente su espada hasta el fondo de su vaina y se sentó. Sus planos ojos no miraron a nadie.

—Sí, Maestro Eremis. Explícanos la presencia de la mujer. Nos estás pidiendo que aceptemos demasiadas cosas demasiado rápidamente.

El Maestro Eremis abrió la boca para contestar, pero el Príncipe Kragen fue más rápido:

—Mis señores, ella es dama Terisa de Morgan. No sé nada de ella. Sin embargo, le estoy en deuda. Durante mi audiencia con vuestro Rey, ella hizo todo lo posible por ahorrarme la humillación. Por eso, la gratitud de Alend es suya. —Ofreció a Terisa una formal inclinación de la cabeza. Luego, con una voz que era simultáneamente terciopelo y hierro, añadió—: Mis señores, debo pedirlos que la tratéis con respeto.

El Maestro Gilbur bufó en voz baja.

El Tor la miró, más allá del Fayle y a través de la distorsión del vino.

—Tú estabas con ese chico del Donne —dijo con voz espesa—. Geraden. Cuando llegué. —Sin advertencia previa, sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó furiosamente, se echó hacia atrás en su silla, luego dio una resonante palmada contra la mesa—. Recibe también mi gratitud. El Príncipe Kragen y yo nos ocuparemos de que seas tratada con respeto.

Dio un nuevo trago de su frasco y se dejó caer hacia un lado de su asiento, como si hubiera perdido el sentido.

—Muy emotivo —murmuró el Armigite, sin mirar en ningún momento a Terisa—. ¿Qué vamos a tener a continuación? ¿Proposiciones de matrimonio?

Los otros señores, sin embargo, parecían estar más de acuerdo con el Tor que con el Armigite: ninguno de ellos pareció reconocer su sarcasmo. En vez de ello, fijaron su atención en el Maestro Eremis, y el Termigan dijo:

—La respetaré como corresponda cuando comprenda por qué está aquí.

—Mis señores —Eremis abrió las manos en un gesto expansivo—, os lo diré. ¿Quieres sentarte, mi señor Príncipe?

—Gracias. —El Príncipe avanzó con paso medido hasta una silla al lado de Terisa, entre ella y el Fayle. Sus ojos la miraron intensamente—. ¿Puedo sentarme a tu lado, mi dama? —murmuró. Sin embargo, no aguardó su permiso. Mientras se sentaba, ella observó que sus manos estaban bien manicuradas, pero había callos en sus palmas y dedos.

Sus guardaespaldas se situaron de pie tras él.

—Como habéis oído —reanudó inmediatamente el Maestro Eremis—, ella es dama Terisa de Morgan. Fue traída entre nosotros por medio de la Imagería.

Nadie reaccionó a aquel anuncio: quizás era evidente por sí mismo.

—Aparte esto, vosotros sabéis tanto como yo de ella..., dejando aparte algunos detalles secundarios. —No pudo impedir una sonrisa maliciosa que hizo reír tontamente al Armigite. Pero la reprimió con rapidez—. Ella no ha revelado nada. Parece no tener ningún talento discernible por la Imagería. La traje aquí para que comprendáis lo que la Cofradía ha hecho en sus esfuerzos por responder a la necesidad de Mordant..., y lo que ahora nos proponemos hacer.

»Mis señores, nuestro dilema es el vuestro, y no somos ciegos a él. Mordant se halla en gran peligro. Y el Rey Joyse ha perdido todos sus sentidos. En consecuencia, hicimos lo que los Imageros han hecho siempre. Recurrimos al augurio.

»Se necesitó una gran cantidad de tiempo para hacerlo. No es algo sencillo crear el cristal necesario para un augurio tan específico. Pero, una vez hecho el cristal, lanzamos el augurio. A partir de ahí, actuamos sobre las bases de lo que averiguamos.

»No os incomodaré con largas explicaciones respecto al augurio. Baste decir que el asunto de su interpretación es difícil. En palabras sencillas, nuestro augurio muestra el peligro de Mordant. Muestra una figura extraña de gran poder. Muestra escenas de victoria. Y parece implicar una conexión entre la figura de poder y el joven hijo del Domne, Geraden.

»Ocurre que esta misma figura de poder es visible en uno de los más celebrados espejos del Maestro Gilbur.

El Maestro Gilbur lanzó a la estancia una mirada indiscriminada.

—Llegamos a la conclusión —prosiguió Eremis— de que esta figura era el campeón que podía salvar Mordant..., si era trasladada de la manera correcta. Y decidimos, no sin cierta discusión previa, que debía ser tarea de Geraden realizar la traslación.

Se echó hacia atrás en su asiento y señaló a Terisa con un movimiento de cabeza.

—Ella es el resultado. De alguna forma que no podemos explicar, la traslación de Geraden se extravió. —Hizo una pausa para gozar de la perplejidad y los murmullos de los señores.

El Tor se agitó en su silla.

—Conozco a ese Geraden —gruñó—. Es un buen muchacho. Un auténtico hijo de su padre. —Bostezó con aire ausente y dio otro sorbo de su frasco.

Al cabo de un momento, el Armigite dijo en tono de creciente indignación:

—¿Pretendes hacernos creer, Maestro Eremis, que Mordant tiene que ser salvado por esta... —agitó el dorso de su mano en dirección a Terisa—, esta *mujer*?

—No, mi señor Armigite. —La voz del Fayle era tan seca y quebradiza como siempre, pero tenía una inesperada autoridad—. El Maestro Eremis nunca le pediría eso a un hombre que no tiene esposa ni hijas. Lo que quiere es que comprendamos lo que la Cofradía ha hecho debido a la traslación de dama Terisa.

—Exacto, mi señor Fayle. —Pese a su seria expresión, la risa en los ojos del Maestro Eremis implicaba un comentario acerca del embarazo del Armigite—. Espero que ver a dama Terisa os permita comprender por qué hemos decidido dar la espalda a la evidente interpretación de nuestro augurio.

»Pese a las figuras prominentes en el augurio, hemos decidido prescindir de la ayuda de Geraden. El Maestro Gilbur realizará la traslación tan pronto como vosotros deseéis que la *haga*.

Tensa tuvo la impresión de que la estancia se enfriaba. Pero..., protestó. Pero... No era aquello lo que había decidido la Cofradía. El Maestro Eremis estaba yendo demasiado lejos.

El Tor dejó escapar un suave ronquido. Los otros hombres, sin embargo, estaban más atentos. El Termigan miró al Maestro Eremis. La mandíbula del Armigite colgaba flácida. Los ojos del Príncipe Kragen escrutaban atentamente la habitación, evaluando todo lo que veía. El Fayle agitó los labios como si estuviera hablando consigo mismo. En el sorprendido silencio, Terisa pudo oír el crujir del cuero de los guardaespaldas cuando se agitaron sobre sus pies.

Y, en aquel momento, su sensación de toda la situación cambió. Pese a su extraña actitud, el Maestro Eremis poseía la habilidad de sorprenderla. De pronto comprendió lo que estaba haciendo. Estaba intentando forjar una alianza, quería situar las tres fuerzas presentes allí —los señores, la Cofradía y el representante de Alend— en posiciones tales que les resultara imposible rechazar lo que él decía. Puesto que carecía de la fuerza del Rey, e incluso de la autoridad del mediador de la Cofradía, se veía obligado a recurrir a aquellos sutiles planes. Pero la finalidad de su maniobra era salvar Mordant.

Bruscamente, el Príncipe Kragen dio una palmada contra la mesa y exclamó:

—¡Bien hecho, Maestro Eremis! Eres audaz y lleno de recursos, y tienes mi admiración. Ésta es la unión que nos ofreces: Alend y los señores de Mordant y la Cofradía. Jamás hubiera creído que hubiera un hombre en ninguna parte lo bastante atrevido como para hacer una proposición así..., y lo suficientemente listo como para hacer posible reunimos a todos para ello.

—Ciertamente, el Maestro Eremis es audaz y lleno de recursos —dijo el Fayle—. Nuestra recompensa por formar la unión que él desea es la posibilidad de emplear al campeón de la Cofradía como si fuera nuestro.

—Hablas de una «figura de poder» —cortó bruscamente el Termigan. Su tono sugería desagrado, pero sus planos ojos no revelaban nada—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Un momento, mi señor Termigan —insistió suavemente el Fayle—. Yo estaba primero.

El Termigan cerró la boca.

—Corrígeme si estoy equivocado, Maestro Eremis. —Los azules ojos del Fayle brillaron como los de un pájaro—. ¿No ha prohibido el Rey Joyse cualquier traslación que prive a su objeto de volición?

—Cierto —restalló el Maestro Gilbur—. Cuando mayor es nuestra necesidad de la Imagería, más lucha por paralizarnos.

—¿Y es consciente de que vuestro campeón será traído hasta nosotros sin concurso de su voluntad?

El Maestro Eremis abrió las manos como si se encogiera de hombros.

—Mi señor, ésa es una de las muchas razones por las que debemos reunimos en secreto. Nuestro sabio Rey no *alzará* una mano en defensa de Mordant. Pero derribará Orison piedra sobre piedra para impedir una traslación prohibida. — Entonces Eremis señaló a Terisa—. La última vez que obedecimos sus órdenes, ella fue el resultado.

—Entiendo —respondió el Fayle—. Disculpa mi interrupción, mi señor Termigan.

—Por mi parte —dijo ferozmente el Perdon—, estoy a favor de cualquier cosa que mantenga a los carniceros de Festten a su lado del Vertigon. He jurado enviar al Rey Joyse todos mis hombres muertos y heridos si soy atacado..., y lo haré.

Parecía como si el Armigite estuviera a punto de ponerse enfermo.

El Termigan no había apartado los ojos de Eremis. Lentamente, dijo:

—Háblanos de esa «figura de poder», Maestro Eremis.

—¿Para qué? —preguntó hoscamente Gilbur—. Fue *augurada*. La necesitamos.

Pero el Maestro Eremis respondió:

—Posee un arma que arroja fuego destructor. Su armadura lo protege de todo ataque. Viéndolo en medio de la batalla, no podemos imaginar cómo un ejército podría resistírsele. Seguro que será a prueba de lobos y devoracadáveres y lagartos depredadores. Los pozos de fuego no le harán ningún daño. Podrá luchar, puesto que su fuente es la Imagería.

—Mejor que mejor. —La sonrisa del Príncipe Kragen brilló tanto como su bigote—. ¿Cuál es esa fuente, Maestro Eremis?

—Creo —respondió Eremis tan lúgubrementemente como le permitía su excitación particular— que es el archi-Imagero Vagel.

El Tor bufó. Alzó la cabeza, miró con ojos vacuos a su alrededor por unos instantes, luego se puso pesadamente en pie.

—Mis señores, debo irme a la cama. Estoy demasiado viejo para tanta excitación.

—No te vayas, viejo amigo —le riñó gentilmente el Fayle—. Debes ayudarnos a tomar una decisión. El Tor parpadeó fuertemente.

—¿Qué decisión? No tengo que tomar ninguna. No regresaré a Marshalt. Soy *viejo*, he dicho. Esas cuestiones son demasiado para mí. Si el Rey Joyse pretende destruir Mordant, aquí estaré para ayudarlo. Permaneceré a su lado hasta el fin. — Emitió un pequeño sonido como una risita—. Merece tenerme a su lado. —Se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies—. Mi hijo siempre dijo que yo era un estúpido y un cobarde por no entregarle más que dos mil hombres cuando emprendió su primera campaña para convertirse en Rey. Ahora mi hijo está muerto. No debería haber sido tan cauteloso.

Salió lentamente de la habitación.

Ante la sorpresa de Terisa, el Armigite dijo:

—El Tor tiene razón. Todos deberíamos irnos a la cama. Una decisión como ésta no debería tomarse precipitadamente. —Mostraba el blanco de sus ojos, y había sudor en su labio superior—. ¿Y si fuéramos descubiertos? ¿Y si el Castellano Lebbick cayera sobre nosotros? Necesitamos tiempo. Debemos elegir con cuidado. —Su voz se quebró. Luchó por recuperar su dignidad, concluyó—: No me gustan las decisiones.

Con una considerable aspereza, el Perdon restalló:

—Mi señor Armigite, tu padre gruñe en su tumba. ¿Luchó en tantas sangrientas batallas contra... —dirigió una rápida mirada al Príncipe Kragen—, contra enemigos de toda descripción, simplemente para entregar su Care a un medio hombre a quien no le gusta tomar decisiones?

El Armigite enrojeció, pero estaba demasiado mareado para responder.

—Mis señores —siguió el Perdon—, Armigite bordea al este con Perdon, al oeste con Fayle y Termigan, al norte con Alend. Somos suficientes. El Armigite no puede oponérsenos a todos. Nos permitirá que tomemos las decisiones por él.

Hubo un momento de silencio mientras el Armigite se agitaba en su asiento y el Perdon miraba acaloradamente a su alrededor. Luego el Fayle dijo:

—Sé explícito, mi señor Perdon. —Sonaba como un cascarón vacío—. ¿Cuál es la decisión que propones?

—Propongo la unión que el Maestro Eremis nos ha ofrecido —respondió inmediatamente el Perdon—. Propongo que nos unamos para trazar un plan de batalla..., contra Cadwal y contra esos ataques de la Imagería. Ignoraremos al Rey Joyse. Cuando el Príncipe Kragen haya tenido tiempo de preparar sus fuerzas —hablaba como si pudiera oír trompetas, y su calva cabeza parecía brillar de entusiasmo—, los señores de los Cares avanzarán con él y el campeón de la Cofradía para la conservación del reino.

El Maestro Eremis permanecía sentado muy erguido, intentando no sonreír. Al otro lado de la mesa, Gilbur se había cubierto el rostro con sus enormes manos.

—Eso es elocuente, mi señor Perdon. —El tono del Termigan no traicionaba ni aprobación ni sarcasmo—. Soy considerado un hombre poco querido. Ciertamente, os he servido de muy poco a ninguno de vosotros, mis señores..., y de nada al Rey Joyse. Pero Termigan es mi *Care*. Desde las profundidades de sus minas de cobre hasta la extensión de sus campos de trigo y las alturas de las torres de Sternwall, es mío.

»Decidme esto. Cuando Cadwal sea derrotado, y la Imagería haya sido derribada, y Joyse se vea privado de su reinado, ¿quién gobernará Mordant y Termigan? ¿Quién va a tener autoridad sobre mi Care?

El Príncipe Kragen respondió con sorprendente prontitud:

—Dama Elega.

¿Elega?, pensó Terisa, como si hubiera recibido una patada.

—Es la hija mayor de vuestro rey, su heredera por derecho. Y he tenido el placer de conocerla en los últimos días. Comprende el poder, y gobierna mejor de lo que pensáis. —Hizo una pausa—. Y no es Alend.

—Una mujer —gruñó el Armigite, buscando al parecer recuperar la altura perdida—. Entonces te casarás con ella, y Margonal se convertirá en nuestro rey.

Los ojos de Kragen brillaron peligrosamente, pero no se dignó responder. En vez de ello, preguntó al Termigan:

—¿Es aceptable para ti, mi señor?

—Mis señores —interpuso el Fayle. Por primera vez, descruzó los brazos y apoyó sus largos y delgados dedos planos sobre la mesa. Las venas del dorso de sus manos destacaban como nudosos sarmientos—. Hay que acabar con esto.

De inmediato, todos los ojos en la habitación estuvieron sobre él.

—Ya he oído suficiente. —Sonaba viejo y cansado; sin embargo, había una corriente subterránea de firmeza en su voz—. Si pretendes aceptar esta alianza, deberás contentarte con hacerlo contra mi oposición. Fayle luchará por el Rey.

Con tono de disculpa, añadió:

—Debes comprender que soy el padre de su esposa. La Reina Madin es una mujer formidable. Cualquier elección que haga aquí, deberé justificarla ante ella.

—Mujeres y mujeres. —El Perdon estaba en pie, los rasgos crispados por la ira—. ¿Debe ser destruido Mordant porque tú no puedes enfrentarte a tu propia hija? ¿O porque el Príncipe Kragen está enamorado de Elega? ¿O porque —blandió su bigote hacia Terisa— el Maestro Eremis desea llevarse a la cama a este producto de la Imagería? ¡Mis señores, estas cuestiones no son importantes! Nuestra ruina nos domina de nuevo mientras discutimos cuestiones insignificantes. Debemos...

—No, mi señor Perdon. —Aunque el Termigan no alzó la voz, se hizo oír a través de la ira del Perdon—. Tú harás lo que quieras. Pero lo harás sin mí. Mi señor Fayle es demasiado educado para decir lo que piensa. Yo no soy tan cortés. Hay algún complot aquí. Mi señor Príncipe lo acepta todo con demasiada facilidad. Yo *conozco* al Monarca de Alend. Cuando cierre su mano sobre Mordant no la soltará..., no hasta el día en que dama Elega haya aceptado convertirse en su mandataria.

Se puso en pie.

—Haced todas las alianzas que podáis. No confío ni en Alend ni en ningún Imagero. —Salió bruscamente de la habitación.

Por un momento, nadie se movió ni dijo nada. La inesperada declaración del Termigan parecía haber impresionado a todos. Terisa se sentía aturdida ante el repentino derrumbe de los planes del Maestro Eremis. Éste parecía como si deseara echarse a reír; lo interpretó como furia.

—Una cosa más —dijo el Fayle. Él también se puso en pie—. Maestro Eremis, Maestro Gilbur..., no debéis trasladar esa figura de poder.

El Maestro Eremis se limitó a arquear una ceja. El Armigite parecía como si intentara encogerse en su silla, para poder meterse debajo de la mesa. Pero el Perdon miraba al Fayle con irritación acumulada. Y el Maestro Gilbur preguntó con brusca ira:

—¿No?

—Violaréis las órdenes expresas del Rey. Y más aún..., violaréis el propósito para el que fue concebida la Cofradía. No debéis hacerlo.

—¡Ese propósito es de Joyse, no nuestro! —bufó Gilbur—. No vamos a permitir que un viejo tonto senil nos diga cuál es nuestro deber. —Bruscamente, golpeó la mesa tan fuerte que el abandonado frasco del Tor cayó al suelo—. *¡Pretendemos sobrevivir!*

—Entonces —murmuró tristemente el Fayle—, debo decirle al Rey lo que pretendéis.

Terisa sintió una punzada de pánico al darse cuenta de que al Maestro Eremis le había salido el tiro por la culata.

El Príncipe Kragen estaba de pie junto a sus guardaespaldas.

El Perdon se enfrentó al Fayle al otro lado de la mesa.

—¿Pretendes traicionarnos, mi señor Fayle?

—No, mi señor Perdon —respondió el Fayle como si se sintiera ofendido—. No diré nada de esta reunión. Sólo pretendo impedir que los Imageros traicionen al Rey.

Hubiera debido parecer ridículo mientras abandonaba la habitación: era viejo y delgado, y su porte erguido remarcaba sus hombros en pico, la desproporcionada cabeza. Los hombres a los que se enfrentaba eran más jóvenes, fuertes, apuestos. Pero no pareció ridículo. Ante su propio asombro, Terisa lo consideró admirable. Su lealtad la impresionó. Podía imaginar a Geraden saludando la salida de Fayle con aplausos.

Cuando el viejo señor se hubo ido, el Maestro Eremis echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un sonido como el grito de un simplón.

—¡Oh, contrólate, Eremis! —gruñó el Maestro Gilbur. El jorobado Imagero estaba evidentemente furioso—. Te advertí que esto podía ocurrir. Esos señores olvidaron todas las lecciones del pasado, pero recuerdan que no confían en la Imagería. Dije desde un principio que debemos tomar nuestra propia acción y dejar que los Cares se defiendan como puedan por sí mismos.

—Sí, Maestro Gilbur —dijo Eremis—. Me advertiste, es cierto. Me advertiste a menudo. —Abandonó su silla con un repentino impulso. Hablando rápidamente, con urgencia, dijo—: Mi señor Príncipe, mi señor Perdon, debéis disculparme. —Ignoró al Armigite—. Pese a la advertencia del Maestro Gilbur, no anticipé este resultado. —



Su rostro estaba tan crispado que Terisa fue incapaz de leerlo—. Nuestros compañeros Maestros se hallan ya trabajando, preparando la traslación del campeón. Debemos reunirnos inmediatamente con ellos, antes de que el Fayle consiga atraer las iras del Rey. Si son atrapados en el acto de realizar una traslación prohibida, me temo que nuestro buen Rey reinstituya la práctica de la ejecución.

»Mi señor Príncipe, ¿cuidarás de que dama Terisa vuelva a sus aposentos?

Sin aguardar respuesta, el Maestro Eremis se volvió hacia su compañero.

—Vamos, Maestro Gilbur —dijo, y se apresuró a salir.

El Maestro Gilbur le siguió tan rápido como le permitía su curvada espalda.

Terisa siguió sentada en su lugar, demasiado confusa para moverse. ¿Por qué admiraba al Fayle, cuando él y el Termigan habían arruinado los esfuerzos del Maestro Eremis por salvar Mordant? ¿Y por qué la traslación había empezado ya? La Cofradía había aceptado aguardar al resultado de aquella reunión.

—Es una lástima, mi señor Príncipe —estaba diciendo el Armigite— que el valor de aceptar tu oferta de alianza sea tan escaso. Por mi parte, yo estaría dispuesto a discutir una unión privada. Necesitaría protección contra las represalias, por supuesto. A cambio, podría...

Su voz murió; nadie le estaba escuchando.

—Mi señor Príncipe —dijo rígidamente el Perdon—, por favor disculpa el fracaso de esta reunión..., y el insulto. Lo único que puedo hacer es asegurarte que el Maestro Eremis y yo hemos sido honestos. Pero no es prudente seguir aquí. ¿Debo aliviarte de la carga de dama Terisa?

—No es necesaria ninguna disculpa, mi señor Perdon. —El Príncipe Kragen no parecía tan alterado como esperaba Terisa—. Es cierto que mi misión ha tenido poco éxito. Francamente, no veo cómo Mordant y Alend pueden ser salvados ahora de la guerra. —Lanzó a Terisa una brillante y negra mirada y sonrió—. Pero quizá mi suerte mejore. Estoy en deuda con la dama. La escoltaré de buen grado.

—Como quieras. —El Perdon inclinó bruscamente la cabeza, se envolvió en su capa y salió.

Casi inmediatamente, el Armigite se escurrió tras él, como si el joven señor temiera ser dejado atrás. Cuando alcanzó el corredor, Terisa le oyó llamar al Perdon, solicitando su compañía. No oyó la respuesta del Perdon.

—Mi dama. —El Príncipe Kragen apoyó las manos en el respaldo de su silla—. ¿Quieres venir? —Estaba ligeramente inclinado sobre ella y sonreía—. Como el Perdon ha dicho, no es prudente demorarnos aquí.

Ella no supo cómo interpretar su sonrisa. Le recordaba en cierto grado la del Maestro Eremis. Al mismo tiempo, sugería que el Príncipe era un mejor diplomático, más capaz de ocultar sus sentimientos. Su seguridad en sí mismo era tan buena como una máscara.

Se levantó. Había aprendido sus modales de su padre.

Él apartó la silla de su camino, luego tomó su brazo, sujetándolo fuertemente pero sin una indebida intimidad. Con un guardaespaldas delante y otro detrás, la guió fuera de la habitación.

Casi sin transición, la temperatura del aire descendió. El sonido de agua goteando parecía arrastrarse a su alrededor.

—¿Vas suficientemente abrigada, mi dama? —preguntó suavemente el Príncipe—. No parece que tu vestido sea muy cálido.

Ella hubiera murmurado alguna respuesta no comprometedora. Pero había perdido la habilidad de ser tan dócil como parecía. En una instintiva autodefensa, respondió con otra pregunta:

—¿Conoces realmente a Elega?

Notó como él se envaraba. Guardó silencio durante unos instantes. Luego dijo educadamente:

—Mi dama, es costumbre dirigirse a mí por mi título.

—Mi señor Príncipe.

Él dejó escapar una alegre risa en el oscuro corredor.

—Gracias. Sí, ha sido un gran placer para mí conocer a dama Elega. He tenido considerable tiempo libre desde la debacle de mi audiencia con el Rey Joyse.

Las botas de los guardaespaldas producían secos sonidos de crujido-y-chapoteo contra el suelo mientras pisaban los charcos de agua con una delgada capa de hielo cubriéndolos. Cuando la luz de las linternas fue más intensa, Terisa pudo ver que su aliento formaba pequeñas nubéculas ante su boca. Sin osadía consciente, preguntó:

—Entonces, ¿por qué estás interesado en mí?

Él guardó de nuevo un momentáneo silencio, como si necesitara tiempo para digerir la pregunta y elaborar una respuesta.

—Mi dama —respondió finalmente—, si otra mujer me hiciera esta pregunta, sabría mejor cómo responder. ¿Es posible que no seas consciente de que posees un rostro y una figura que interesaría a cualquier hombre? Quizá sí. Sin embargo, sospecho que tu pregunta tiene otro significado.

»Si no eres una coqueta, si tu pregunta no está destinada a seducirme..., te responderé con franqueza. Estoy muy impresionado por dama Elega. El Rey Joyse ha hecho más de lo que cree produciendo una hija así.

Terisa dejó escapar un casi audible suspiro de alivio.

Hubo un cambio brusco en el paso del guardaespaldas que les precedía, un asomo de vacilación. Luego reanudó su firme caminar.

A través de su blusa, un soplo helado alcanzó a Terisa en ambas manos.

—Creo que poca gente en Mordant —siguió el Príncipe Kragen con aparente irrelevancia— comprende claramente que el gobierno de Alend no es hereditario.

Cuando mi padre, el actual Monarca de Alend, muera, yo no asumiré automáticamente su trono en Scarab. En vez de ello, el nuevo Monarca será elegido por confrontación entre todos aquellos que deseen acceder al puesto.

»Incidentalmente —comentó—, es este método de elegir a sus gobernantes el que ha conservado la confederación de los Feudos de Alend. Por muy levantiscos que sean, los barones permanecen fieles a Scarab porque saben que ellos o sus familias siempre tendrán otra oportunidad de alcanzar el trono.

»Esta confrontación no es formal, por supuesto. Simplemente, ha evolucionado. En tiempos antiguos, era primariamente una prueba de crueldad. Aquel que masacraba, envenenaba o aterrorizaba al suficiente número de sus oponentes hasta conseguir la sumisión de todos ellos se convertía en el Monarca.

»La paz, sin embargo, tiene sus beneficios —prosiguió. Su voz creó un murmurante armónico al húmedo eco de los tacones—. Y el Monarca de Alend está dedicado a la sabiduría, como he dicho repetidamente. Ahora a la gente que desea gobernar Alend no se le permite maquinarse en privado, planeando asesinatos. Es reconocida públicamente, y es probada en el servicio al reino. En pocas palabras, se le da la oportunidad de demostrar que es merecedora del trono. —Rió brevemente—. Un viejo barón loco presentó recientemente a su hijo..., y luego, en privado, se dedicó al trabajo de intentar eliminar a toda la oposición. Su hijo recibió la prueba de llevar al barón ante la justicia.

»Debo decir que lo hizo admirablemente.

»Mi dama —dijo con pesar—, esta misión es una prueba para mí. Y no me plantea muchas esperanzas. Me temo que puedes apostar con seguridad a que no seré el próximo Monarca de Alend.

Inmediatamente, sin embargo, adoptó un tono más alegre.

—Pero estábamos hablando de dama Elega. He mencionado todo esto para que me comprendas cuando digo que, si estuviera en Alend, el trono del Monarca no estaría cerrado para ella. Creo que ocuparía un alto lugar entre los poderes del reino. —El guardaespaldas que avanzaba delante de ellos vaciló de nuevo. Esta vez, casi se inmovilizó a medio dar un paso. El frío lamió bruscamente el corazón de Terisa. Creyó oír lo mismo que él..., un suave sonido de cuero que le recordó espadas y vainas.

El Príncipe Kragen desenfundó su hoja. Tuvo tiempo de restallar:

—¡Cuidado! ¡Guardad a la dama!

Luego, la oscuridad atacó.

Los hombres cargaron desde un corredor lateral. ¿Cuántos? Terisa no pudo decirlo..., cinco o seis. Las capas se agitaban como alas en sus hombros. Sus armaduras de cuero eran tan negras que resultaban difíciles de ver. La luz de las linternas se reflejó en hierro desnudo.

Atacaron directamente hacia ella a través de la oposición del Príncipe y sus guardaespaldas.

Las espadas resonaron, creando ecos en el corredor. El golpetear de las hojas hizo saltar chispas rojas. La violencia nubló su visión. Vio la cabeza del más cercano de los guardaespaldas del Príncipe alzarse violentamente por encima de sus hombros y alejarse como una pelota negligentemente arrojada a un lado. Luego, un borbollón de caliente sangre golpeó contra su rostro, y el cuerpo cayó contra ella, arrastrándola hacia la pared.

Resbalando sobre sangre y hielo, cayó junto al cuerpo.

Dos atacantes hicieron retroceder al Príncipe Kragen. Era rápido con su espada, más fuerte de lo que parecía; pero sus oponentes eran expertos. No podía eliminar a dos de ellos a la vez. La fuerza de sus golpes martilleaba contra él, empujándolo hacia atrás por el corredor.

Uno de los atacantes se derrumbó contra la piedra, escupiendo sangre a un charco de agua. El otro guardaespaldas aún se mantenía en pie..., apenas. Se aferraba con una mano una enorme herida en el costado; con la otra paraba los golpes de la espada de su asaltante.

Con un rápido movimiento, el atacante arrojó su capa sobre la cabeza del guardaespaldas.

Luego Terisa lo perdió de vista. Una figura negra avanzó hacia ella, con la espada en alto.

La luz incidió sobre su rostro. Su nariz era como el filo de una hachuela. Una sonrisa feroz desnudaba sus dientes. Sus ojos brillaban tan amarillos como los de un gato.

Estaba intentando matarla de nuevo.

Esta vez iba a conseguirlo. No había nada que ella pudiera hacer para detenerle, y seguía sin saber por qué la quería muerta, no tenía la menor idea, no tenía ningún *sentido*...

—¡Alto!

El grito le hizo detenerse. Resonó en mil ecos en el corredor, apartándole de ella para proteger su espalda. Una voz arrastrada dijo claramente:

—Cinco contra tres es una ventaja de cobardes. Pero ni siquiera un cobarde atacaría a una mujer.

Forzándose a enfocar los ojos, Terisa vio al hombre con la capa gris avanzar a lo largo del corredor.

La oscura luz no dejaba ver claramente sus rasgos: no podía decir si había visto antes su rostro alguna vez. Pero su espada estaba en sus manos. La sonrisa en sus labios no suavizaba el destello de la batalla en sus ojos.

Un atacante extrajo su espada del guardaespaldas cegado por la capa y avanzó

para unirse al hombre que amenazaba a Terisa. Su asaltante, sin embargo, rechazó la ayuda, enviando a su compañero hacia la lucha por matar al Príncipe Kragen.

Negro contra gris, el enemigo de Terisa y el recién llegado se enfrentaron.

Por un momento, hicieron una pausa. El hombre de gris comentó con voz suave:

—Puede que sea interesante saber quién eres.

El hombre de negro dejó escapar una carcajada que era casi un ladrido y estalló hacia su oponente.

El hierro brilló y destello. Los golpes resonaron. El hombre de negro fue lanzado contra la pared. Se recuperó y contraatacó como si fuera inmune al dolor. Con la capa, hizo un intento de cegar al hombre de gris. Su plan fracasó. Sus espadas chocaron, se trabaron y giraron, chocaron de nuevo. Atacando, retirándose, agitando sus cuerpos de lado a lado, trenzaron rápidos destellos como fuegos artificiales a su alrededor.

El hombre de gris seguía sonriendo, pero su concentración era salvaje.

Terisa hubiera debido ayudar. Sabía eso. Hubiera debido ponerse en pie, tomar una de las espadas caídas, intentar intervenir. Por el Príncipe Kragen. O por el hombre de gris. Pero no se movió. En vez de ello, siguió tendida sobre la fría y húmeda piedra, con las manos en las sienes, aterrada por la enormidad de lo que estaba ocurriendo por su causa.

No tenía la menor idea de *por qué*. ¿Qué había hecho para merecer ese odio? ¿O para ser defendida de él?

El hombre de gris se movía a tal velocidad que resultaba difícil darse cuenta de lo armónico de sus movimientos, difícil seguir la forma en que su espada barría y cortaba como ávida en sus manos. Él y su oponente entretejían sombras y ecos y ardientes chispas a su alrededor. En el espacio entre un latido de corazón y el siguiente, bloqueó la hoja de su adversario, luego soltó una mano de la empuñadura de la espada y lanzó con el dorso de su puño un golpe que hizo tambalearse al hombre de negro.

Tranquilamente, casi desdeñosamente, el atacante de Terisa rechazó el ataque que siguió. Aferró la hoja de su defensor con una mano enguantada el tiempo suficiente como para clavar su codo en el cuello del hombre de gris.

El hombre de gris se tambaleó hacia el suelo. Consiguió apoyarse sobre una rodilla, paró un brutal ataque, se puso de nuevo en pie. Seguía sonriendo, *sonriendo*. Pero su oponente había batido él solo a Argus y Ribuld. El sudor corría por su rostro. Las linternas mostraban un brillo de desesperación en sus ojos.

Sonaron gritos por todo el corredor. Cometió el error de mirar para ver qué significaban.

Su oponente respondió con un golpe al vientre tan rápido que no podía ser parado. Lo paró.

El convulsivo esfuerzo, sin embargo, le hizo perder el equilibrio. Aunque detuvo el siguiente golpe con su hoja, era tan poderoso que lo derribó de espaldas.

Por una fracción de segundo estuvo tan indefenso como Terisa.

Entonces el Príncipe Kragen entró en la lucha, haciendo girar su ensangrentada espada.

El Perdon estaba sólo a medio paso tras él.

El hombre de negro *lanz*ó una mirada de amarillo odio a Terisa.

Un instante después, saltó hacia atrás. Sus manos y su espada hicieron un extraño gesto.

Sin advertencia, desapareció. Antes de que murieran los ecos del combate, había desaparecido tan completamente del corredor como si nunca hubiera estado allí.

El Perdon se quedó mirando boquiabierto hacia el lugar por donde había desaparecido. El Príncipe Kragen dejó caer su espada en asombrado silencio. El hombre de gris se puso en pie, escrutando el aire como si creyera que podía oír u oler alguna señal de su oponente.

Temblando, Terisa apoyó las manos bajo ella y alzó su pecho del suelo.

El Príncipe lanzaba grandes y entrecortados jadeos, cerca del agotamiento, pero fue a examinar a sus hombres. Cuando vio que uno de ellos había sido decapitado, crispó los puños sobre su corazón, y su rostro se retorció en una mueca.

—Eran mis amigos —jadeó—. Estaba en deuda contigo, mi dama. Pero ahora creo que ya la he pagado.

—¡Mierda de cerdo! —escupió el Perdon. No se dirigía al Príncipe Kragen—. ¿Quiénes eran? ¿Cómo podían saber que estaríamos aquí?

Apoyada sobre manos y rodillas, Terisa observó cómo su rescatador limpiaba su espada y la envainaba, luego se arrodillaba frente a ella para ayudarla a ponerse en pie. Tenía una hermosa sonrisa —estaba intentando tranquilizarla—, y su rostro era fuerte. Le recordaba a alguien. Sin embargo, sus ojos estaban nublados por la preocupación.

—Mi dama, soy Artagel. Uno de los numerosos hermanos de Geraden. Él me pidió que te vigilara y protegiera en caso necesario. No lo he hecho muy bien.

»Al parecer —hizo una mueca—, alguien desea realmente matarte.

El olor de la sangre en sus ropas era tan fuerte que Terisa, simplemente, no pudo evitar desmayarse.

## Locura de buena fe

Cuando volvió en sí, sufrió un momento de desorientación. La mitad de ella parecía estar de pie: la otra mitad cabeza abajo. Pensó que iba a caer, pero algo duro la sujetaba por la cintura.

—Fuimos traicionados —dijo con voz ronca el Perdon—. ¿No te hace esto sospechar? Quizá en Alend la palabra «alianza» tenga otro sentido. ¿Qué mejor forma de llenar Mordant de disensión que llevar la violencia a un encuentro sin precedentes entre los señores de los Cares y los Maestros de la Cofradía? Esto asegura que no seremos lo bastante fuertes como para defendernos a nosotros mismos.

—Mi señor Perdon... —empezó a decir el Príncipe Kragen con un tono peligroso.

—Y si no somos lo bastante fuertes para defendernos a nosotros mismos —bufó el Perdon—, ¿a quién nos volveremos en busca de ayuda, sino a Margonal y a ti?

—¡Dos de mis amigos están *muertos*! —ladró el Príncipe. Su diplomático autocontrol se había derrumbado—. ¡Si yo deseara la disensión en Mordant, hubiera hecho matar a uno de los *señores*, no a dos de *mis hombres*!

Mientras los ojos de Terisa se enfocaban, vio que estaba realmente de pie; pero sus brazos y su torso colgaban hacia el suelo. El dorso de sus manos rozaba ligeramente la fría piedra. Un antebrazo sujetaba su cintura y la impedía caer de cabeza.

—Si debes buscar traidores —siguió ferozmente el Príncipe Kragen—, te aconsejo que mires entre los demás señores compañeros tuyos. ¿Quién gana si los Cares no se unen contra su Rey?

—Exactamente, mi señor Príncipe —exigió el Perdon—. ¿Quién?

—Cualquier señor que tenga esperanzas de convertirse directamente en Rey, sin deslealtad hacia Joyse. El Tor no tiene intención de regresar a Marshalt. La Reina Madre ha tenido tiempo suficiente para olvidar cualquier lazo entre su esposo y el Fayle. ¿Es inconcebible que el camino al poder pueda ser más corto si no pasa a través de una unión de los señores con Alend y la Cofradía?

—¿Te sientes bien, mi dama? —preguntó Artagel. Él era quien la sujetaba.

Ahora comprendió: se hallaba en esta posición porque se había desvanecido. Artagel la ayudó a acabar de levantarse, y descubrió que era capaz de mantener el equilibrio. Tras examinarla atentamente, él retiró las manos de su cintura. Una mirada hacia el fondo del corredor le indicó que se habían trasladado una cierta distancia de la escena del combate. Sus ropas seguían oliendo a sangre, pero ahora era capaz de soportarlo. Inspiró profundamente, se apartó el pelo del rostro y murmuró:

—Creo que sí. Gracias.

Él le dedicó una aleteante sonrisa y se volvió de inmediato.

—La alternativa, mis señores —dijo, avanzando hacia el Príncipe Kragen y el Perdon—, es que fuisteis traicionados por un Imagero.

—Me gustaría creer eso —dijo el Perdon hoscamente. Parecía considerar a Artagel como a un igual—. Pero sólo el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur conocían el lugar de nuestra reunión. Y fue el propio Maestro Eremis quien instigó esa reunión. Si deseaba la desunión entre nosotros, no necesitaba ir tan lejos. Todo lo que tenía que hacer era dejarnos solos. —Hizo una pausa, luego dijo—: No puedo hablar tan positivamente del Maestro Gilbur.

—Y yo —dijo el Príncipe Kragen— no sabía que la Imagería pudiera hacer tales cosas. ¿No es cierto que una traslación así requeriría un cristal plano? ¿Y no es cierto que la traslación a través de un cristal plano produce la locura? ¿Quién podría haber realizado el hecho que hemos presenciado?

Nadie le había dicho nada a Terisa. No estaba segura de que supieran que les estaba escuchando. Pero respondió:

—El archi-Imagero Vagel.

Por un momento, los tres hombres permanecieron inmóviles. Luego el Perdon gruñó:

—Como dijo el Maestro Eremis. Pero, ¿quién en Orison, o en todo Mordant, sería tan loco o vil como para aliarse con ese enemigo?

—Echemos una mirada, mis señores. —Artagel pasó junto al Perdon y el Príncipe Kragen en dirección al más próximo de los atacantes caídos.

Terisa le siguió, caminando con cuidado ante el recuerdo de la sangre derramada. Artagel estaba arrodillándose junto al primer cuerpo cuando ella se acercó. Le dio la vuelta; Terisa retrocedió instintivamente ante la visión de la sangrante herida en su pecho. Pese a todo, observó mientras él echaba a un lado la capa a fin de inspeccionar el rostro y la armadura del hombre muerto.

El peto de cuero endurecido era tan negro que no podía ver ninguno de los detalles que al parecer Artagel estaba analizando. No supo de lo que estaba hablando cuando, bruscamente, golpeó el peto del hombre muerto a la altura del corazón y dijo:

—Aquí.

—No tengo tu vista —gruñó el Perdon—. ¿De qué se trata?

—Un sello. —Bruscamente, Artagel se puso en pie—. Lo he visto antes. —Sus ojos carecían de expresión; su rostro parecía tan duro como la piedra que les rodeaba—. Este hombre es de Cadwal. El sello indica que se entrena con y sirve al Monomach del Gran Rey.

—¿Gart? —preguntó incrédulo el Príncipe Kragen—, ¿Aquí? ¿Era Gart con quien luchaste?

—No sé con quién luché. —La voz de Artagel era como su rostro, inexpresiva y rígida—. Fuera quien fuese, me batió. Pero este hombre es uno de los Aprs de Gart.



Los otros también deben serlo.

—¡Entrañas y carroña! —escupió el Perdon—. ¡Un Apr del Monomach del Gran Rey!

—Pero, ¿aquí? —insistió el Príncipe—. ¿Cómo pueden estos hombres haber llegado hasta aquí? ¿Cómo pueden haber conseguido ser admitidos en Orison? Simplemente no pueden haber entrado por las puertas. El Castellano Lebbick no es tan descuidado.

Artagel asintió secamente.

—Deben haber venido del mismo modo como se desvaneció su líder.

—¿Vagel? —El Príncipe Kragen frunció el ceño con franco desánimo—. ¿Por qué siempre creímos la historia de que estaba muerto?

El Perdon no respondió. A la mención de Lebbick, había alzado bruscamente la cabeza, como si recordara algo importante. Ahora miró rápidamente a uno y otro lado del corredor, intentando ver en ambas direcciones a la vez.

—Tengo una pregunta mejor. ¿Deseamos ser hallados aquí cuando llegue el Castellano?

El Príncipe se mostró inmediatamente alerta.

—¿Vendrá? ¿No estamos más allá del alcance de los oídos de su guardia más cercana?

—Ese débil mequetrefe, el Armigite —explicó el Perdon. Su voz chorreaba veneno—. Cuando oímos los ruidos del ataque que me trajeron a tu lado, huyó en dirección opuesta, aullando que se estaba cometiendo un asesinato. Debe haberse perdido por el camino, o de otro modo el Castellano ya estaría aquí. En cualquier caso, tenemos poco tiempo.

—Me interrogará de todos modos, haga lo que haga —meditó Kragen—. Mis hombres están muertos. Pero si no estoy aquí, no podrá conectarme con esta carnicería. —Tomó rápidamente su decisión—. Mi señor Perdon, Artagel de Domne..., os doy las gracias por salvarme la vida. Pero no me quedaré con vosotros, o tendremos todo el aire de una traición. Mi dama, adiós.

Recuperó su espada, la envainó y echó a correr. El sonido de sus pasos desapareció rápidamente en la distancia.

—Yo también me marcharé —dijo el Perdon a Artagel—. No sé qué papel pretende representar esta mujer en nuestro destino, pero no correré el riesgo de una acusación de traición por protegerla.

Murmurando furiosamente: «¿Cadwal? ¡Meada de caballo!», desapareció rápidamente tras el príncipe.

Terisa miró a Artagel y vio que el brillo había vuelto a sus ojos; estaba sonriendo de nuevo. En respuesta a su mirada, inclinó bienhumoradamente la cabeza.

—Por lo que a mí respecta, mi dama, no tengo nada que valga la pena ocultar.

Ocurra lo que ocurra, todo Orison supondrá que he tenido algo que ver con todos estos cuerpos muertos. Me temo que tengo este tipo de reputación..., no sé por qué. En cualquier caso, tengo una mejor opinión de Lebbick de la que tiene la mayoría de la gente. Pero no hay ninguna razón por la que tú tengas que pasar el resto de la noche escuchándole burlarse de ti. —Hizo un gesto hacia el fondo del corredor—. ¿Nos vamos?

—Gracias —dijo ella de nuevo. Deseó poder sujetarse a su brazo; necesitaba el apoyo—. No creo que pueda enfrentarme a él. No le gusto.

—Tonterías. —Como guiado por una inspiración, sujetó el brazo de ella con el suyo y la atrajo con camaradería hacia sí. Su tono la alegró—. No lo conoces tan bien como yo. Nuestro buen Castellano sólo insulta a la gente que le cae bien. Su esposa, que su alma descanse, era la única persona en todo Orison que fue nunca *capaz* de extraer de él educación además de afecto.

Avanzaron juntos en la penumbra hacia la siguiente linterna.

Casi inmediatamente, oyeron ruido de pies corriendo.

Terisa se sintió desmayar. Aún sonriendo, él la llevó hacia un pasillo lateral y a lo largo de un camino distinto de vuelta hacia los niveles habitados del castillo. Con aparente facilidad, evitó encontrarse con los guardias. En menos tiempo del que ella había esperado, la condujo hasta la torre donde se hallaban sus aposentos.

Por aquel entonces ella ya había recuperado al menos algo de control sobre la situación. Artagel había salvado su vida. Porque Geraden le había pedido que la vigilara y protegiera. Ahora la estaba alejando de tener que enfrentarse a una sesión con el hosco Castellano, en la que debería mentir y mentir y mentir para proteger al Maestro Eremis, al Príncipe Kragen, a los señores de los Cares. Tendría que haber empezado a pensar en gratitud hacía ya tiempo.

Pese a pensar en ello, no podía imaginar demasiadas formas de darle efectivamente las gracias a Artagel. Sin embargo, al menos tenía clara una pequeña. Hasta entonces habían tenido suerte: no habían sido vistos desde lo bastante cerca como para que alguien reparara en las enormes manchas que la sangre y el agua sucia habían causado en su vestido. Pero para alcanzar sus aposentos tendría que pasar muy cerca de los guardias que flanqueaban su puerta...

Al pie de la escalera, se detuvo y soltó el brazo de Artagel. Un poco torpemente —no estaba acostumbrada a tomar decisiones de aquel tipo, con un hombre alto y fuerte sonriéndole interrogadoramente—, explicó:

—Puedo ir sola a partir de aquí. Hasta ahora hemos tenido suerte. No quiero que desees ser visto conmigo.

Él arqueó una ceja, divertido.

—¿De veras, mi dama? —Los acontecimientos de la noche no habían alterado seriamente su confianza en sí mismo—. Bien, admito que no vas tan limpia como

deberías ir. Pero yo no elijo a mis amigos sobre la base de accidentes como ése. — Rió quedamente—. Si lo hiciera, el pobre Geraden estaría al fondo de mi lista.

Su sonrisa era desarmante, pero ella insistió:

—No es eso lo que quiero decir. Los guardias van a darse cuenta —frunció disgustada la boca— de mi aspecto. Y alguien va a pensar inmediatamente que una mujer cubierta de sangre debe tener algo que ver con todos esos hombres muertos. Si eres visto conmigo, te verás implicado.

»Ya sé que eso no te preocupa. Pero debería. ¿Cómo vas a explicárselo al Castellano?

Él no se dejó persuadir. Lebbick no le preocupaba. Y ella no podía pedirle que mintiera, ni por ella ni por el Maestro Eremis. Así que cambió a otro tema.

—¿Sabes lo que le hizo a Geraden la última vez que lo atrapó intentando darme protección independiente?

Ante aquello, Artagel frunció pensativamente el ceño.

—Un punto para ti, mi dama. Intentó explicarme por qué no confía en los guardias, pero no entendí absolutamente nada. ¿Tenía algo que ver con las órdenes que el Rey Joyse le dio al Castellano? ¿O con la forma en que él interpreta esas órdenes? —Se encogió de hombros—. Geraden siempre ha tenido una mente más sutil que la mía. ¿Es cierto que los guardias nunca preguntan dónde vais cuando abandonas tus aposentos con él?

Terisa sintió un nuevo roce de pánico. Así que no lo estaba imaginando: los guardias *trataban* a Geraden de forma distinta que a la otra gente que acudía a por ella. Asintió mudamente.

—Eso no tiene sentido —comentó Artagel. Luego sacudió su fruncimiento de ceño—. Pero estoy seguro de que finalmente lo tendrá. Ése es el único fallo de Geraden. Quiero decir, aparte su torpeza. Es demasiado impaciente. Las cosas siempre terminan teniendo sentido, si no piensas demasiado en ellas.

Sonriendo de nuevo, añadió:

—Pero tienes razón. No quiero meterle en más problemas. Te dejaré aquí. —Por un momento, su expresión se hizo más sobria—. Voy a seguir cuidando de ti. Tomo a mi hermano en serio cuando se muestra tan preocupado. Y esta vez tiene buenas razones. El Monomach del Gran Rey está entrenando a sus Aprs mucho mejor de lo que acostumbraba a hacerlo. Si me necesitas, me encontrarás normalmente cerca.

Esbozó una gallarda sonrisa. La saludó con una graciosa y cortés inclinación de cabeza.

—Descansa bien, mi dama. —Se alejó a largas zancadas.

Ella sonrió a su espalda que se alejaba. Tan pronto como hubo desaparecido, sin embargo, empezó a temblar de nuevo, como si se hubiera subido con ella todo el frío de los niveles inferiores. El shock y la reacción se estaban apoderando de ella.

Estaba sola. No tendría ninguna defensa si más hombres de negro aparecían repentinamente de la nada para atacarla.

Iba a tener que enfrentarse por sí misma al Castellano Lebbick.

Deseó sentarse. Sus rodillas estaban demasiado débiles para sostenerla. Pero apoyó un pie en el primer escalón y obligó a sus piernas a llevarla hacia arriba.

Cuando los guardias delante de su puerta la vieron, se pusieron inmediatamente tensos por la preocupación. Uno de ellos dijo:

—Mi dama, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda?

Ella no pudo enfrentarse a sus ojos. Tan firmemente como pudo, dijo:

—No, gracias. Estoy bien.

Intentando no apresurarse, entró en sus aposentos. Inmediatamente, corrió el cerrojo de la puerta. Luego se aseguró de que la entrada al pasadizo secreto seguía bloqueada.

Después de aquello, se quitó los mocasines de dos patadas y luego el traje, en un acceso de revulsión, alarma y determinación, incapaz de soportar por más tiempo el contacto de la sangre seca contra su piel. Primero tomó un baño, echándose agua helada por encima como si pensara que así podría conseguir que su cuerpo reaccionara lo suficiente y adquiriera el valor necesario para hacer lo que tenía que hacer. Luego frotó sus ropas meticulosamente, casi brutalmente, y las puso a secar delante del fuego.

Quería estar preparada para cuando llegara el Castellano Lebbick.

Pero no podía dejar de temblar.

Vino a la mañana siguiente a primera hora, un intervalo apenas educado después de que ella hubiera terminado de desayunar. Terisa se había puesto el traje gris paloma porque un instinto cobarde le había dicho que la haría parecer más vulnerable, menos merecedora de abusos. Pero lo recibió en su saloncito tan valientemente como pudo.

Como siempre, llevaba los símbolos de su oficio: la banda púrpura en torno a su corto pelo gris, la faja púrpura sobre un hombro cruzando en diagonal su malla. Pero su auténtica autoridad era expresada en el brillo de sus ojos, la rigidez de sus movimientos, el encaje de su mandíbula. Aunque no hubiera tenido ninguna posición en absoluto en Orison, hubiera dominado igualmente la habitación apenas entrar.

—Mi dama. —Su tono era tan sutil como una barra de hierro—. Confío que hayas dormido bien después de tus aventuras de ayer por la noche.

Ella estaba decidida a mentirle. Hubiera sido mejor enfrentarse a él directamente, pero aquel gran despliegue de valor estaba más allá de ella. Después de todo, nunca le había mentido a un hombre furioso en su vida.

—¿Qué aventuras? —Se maldijo a sí misma su voz tan pequeña y débil, pero

quizás en el fondo eso fuera una ventaja para ella.

El Castellano Lebbick, sin embargo, no parecía tener la menor simpatía hacia las mujeres pequeñas y débiles.

—No seas esquiva conmigo, mi dama. Hago mi deber bajo gran número de desventajas, pero la estupidez no es una de ellas.

—No estoy siendo esquiva. —Eso era cierto, al menos. Estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para impedirse echar a correr a la habitación contigua y esconderse debajo de la cama. O por dejar brotar toda la verdad—. Salí con el Maestro Eremis. Volví sola. No tuvimos ninguna aventura. Puedes preguntarle a él. Te dirá lo mismo que yo.

—Mi dama —fingió un cansancio que no se reflejó en sus ojos—, no tengo deseos de comer estiércol esta mañana. Estuvieras lo que estuvieras haciendo, mi noche fue más larga que la tuya y, cuando me fui a la cama, estaba fría. Hazme la cortesía de ser sincera.

Su resolución se estaba desmoronando: podía sentirlo. Las promesas que se había hecho a sí misma estaban muy bien, pero..., ¿qué tenía que ver con ella nada de aquello? Su padre no la había educado para ser fuerte.

—Estoy *siendo* sincera —dijo sin convicción, retrocediendo ya instintivamente en anticipación a su respuesta. Vino con rapidez.

—¡Mierda de perro! No has dicho una sola palabra sincera desde que llegaste. ¡Por las estrellas, mujer, que vas a responderme! El Armigite apareció chillando como una rata desde los abandonados cimientos de Orison, donde en primer lugar nunca hubiera debido meterse, e insistió que se estaba librando una batalla allí. Naturalmente, él no tenía la menor idea de quién se hallaba implicado. Tiene frutas podridas por sesos. Pero era necesaria una investigación, así que se hizo. Hallamos a dos hombres muertos, los guardaespaldas del Príncipe Kragen, por alguna sorprendente coincidencia, y sangre suficiente como para ser el resultado de una pequeña guerra. Pero no hallamos ninguna explicación.

Durante dos o tres latidos de su corazón, la mente de Terisa quedó completamente en blanco. ¿Dos hombres muertos? Hubieran debido ser seis. Cuatro de Cadwal. Estuvo a punto de exclamar: Lo siento yo no lo quería no fue culpa mía *¿qué pasó con los cuatro de Cadwal?*

Afortunadamente, Lebbick no hizo ninguna pausa.

—Interrogué al Príncipe Kragen. Adoptó una actitud de farisaica indignación y acusó a *alguien* de haber asesinado a sus hombres. *Alguien*, dijo, desea provocar una guerra. *Alguien* —la referencia del Castellano al Rey Joyse era inconfundible— desea asegurarse de que regrese a Alend con todas las provocaciones posibles a sus espaldas. Además de todo eso, aquellos guardaespaldas eran *amigos* suyos.

Apretó los puños.

—Mi dama, sé cómo extraer la verdad de hombres como él. Algunos de los antiguos instrumentos de tortura han sido conservados. Desgraciadamente, es un embajador. No puedo tocarle.

»Tú eres otro asunto.

Bruscamente, la cabeza de Terisa se aclaró. No por ello tuvo menos miedo, pero una sensación de urgencia hizo que lo que estaba pensando fuera más nítido y exacto. Faltaban cuatro cuerpos. Alguien los había retirado. Probablemente de la misma forma en que se había desvanecido su atacante. De modo que el Castellano Lebbick desconocía que había hombres de Cadwal en Orison. No tenía el menor indicio de la verdad. El Maestro Eremis estaba a salvo. Artagel estaba a salvo. Si ella no perdía los nervios.

Su voz era casi firme cuando preguntó:

—¿Quieres decir que piensas torturarme?

En vez de responder directamente, él gruñó:

—Después de mi discusión con el Príncipe Kragen, imagina mi sorpresa cuando supe que habías regresado *sola* —su tono era vitriolo puro— de tu cena con el Maestro Eremis y el mediador de la Cofradía..., y cubierta de sangre.

Clavó los puños en sus caderas.

—No querrás que crea que los guardaespaldas del Príncipe Kragen se mataron el uno al otro en un duelo por tus favores. ¿Pretenderás que crea que pasaste *por casualidad* por esa parte de Orison, y encontraste *por casualidad* esos dos cuerpos en todos los kilómetros de corredores que hay ahí abajo, y resbalaste *por casualidad* y caíste mientras su sangre aún estaba fresca..., todo ello dentro de la más monumental coincidencia? No, mi dama. No lo acepto. Regresaste aquí sola y cubierta de sangre. Pero no le dijiste a nadie lo que había ocurrido, cuando incluso el sentido común de un perrito pequeño te hubiera impulsado a informar de todo a los guardias. En consecuencia, deseabas mantener en secreto lo ocurrido. Tienes algo que ocultar. Sabré *qué es*, mi dama.

El latigazo de su indignación extrajo una inesperada furia de entre los secretos del corazón de Terisa. ¿Cuánto sarcasmo se esperaba que aceptara en toda su vida?

—Tus guardias debieron equivocarse —respondió—. Quizá las sombras los engañaron. O tal vez estuvieran medio dormidos. Yo no estaba cubierta de sangre. Nunca he estado ahí abajo. No sé de lo que estás hablando.

Cuando terminó, sintió deseos de lanzar un grito de alegría para anunciarle al mundo lo que había conseguido.

Pero el Castellano Lebbick se comportó como si ella no hubiera dicho nada..., o como si él no lo hubiera oído. Bajó la voz hasta que sonó como las correas de un mayal manejado por dedos ansiosos y dijo:

—Soy el Castellano de Orison y el comandante de las fuerzas del Rey en

Mordant. ¿No te preguntas cómo llegué a esta alta posición? Es simple. A la mitad de sus guerras por la libertad de Mordant, el Rey Joyse me halló prisionero en la empalizada de una guarnición de Alend, cerca de la frontera con el Care de Termigan. Yo apenas era algo más que un muchacho, pero llevaba casado —su garganta se anudó— desde hacía casi diez días. Nuestras familias eran granjeros y campesinos de Termigan, y esa gente se casa pronto. Así que yo era un hombre casado desde hacía diez días..., y de éstos había pasado seis en la empalizada. Había ocurrido que el comandante de la guarnición había pasado a caballo por mi pequeña granja, había observado a mi esposa, y se había encaprichado de ella. Puesto que yo fui tan estúpido como para resistirme, fui detenido.

»Pero no fui maltratado. No me hicieron ningún daño. —Mostró sus dientes en una sonrisa lobuna—. Simplemente fui retenido como espectador, y así tuve que presenciar la gran variedad de cosas que le hacían a mi mujer, tanto por parte del comandante como de la mayor parte de la guarnición.

»El Rey Joyse sorprendió a la guarnición. Fuimos liberados.

La voz del Castellano se fue haciendo más baja a medida que hablaba.

—Cuando observó el celo con el que me vengué del comandante, me dio un trabajo que extrajo una utilidad de ese celo. Y, cuando mostré gran talento por ese trabajo, fui ascendiendo a su servicio.

»Ahora se ha vuelto loco —Lebbick apenas susurraba ahora—, y es mi deber conservar su vida y su poder para el día en que se recupere y necesite todo lo que me enseñó. No me cuentes mentiras, mi dama. Si no me dices la verdad, te la arrancaré por la fuerza.

La garganta de Terisa estaba seca. Tuvo problemas en hallar su voz.

—El Rey Joyse te dijo que me dejaras tranquila.

—Mi dama —un toque de látigo— estoy perdiendo rápidamente mi paciencia con respecto a las instrucciones de un loco. Mi Rey estaba en plena posesión de sus facultades cuando me hizo Castellano y comandante. Ésa es la responsabilidad que pretendo cumplir.

Sorprendentemente, la asustó y emocionó al mismo tiempo. Pero no podía permitirse sentir ni miedo ni simpatía. Tenía que hallar alguna forma de defenderse.

—Estoy segura de que lo harás —dijo, como si el pequeño depósito de ira que había hallado pudiera igualar al de él—. Pero creo que aprendiste más sentido moral de ese comandante de guarnición. Ya te he dicho lo que hice. Antes de que me llames mentirosa, deberías descubrir si te estoy diciendo o no la verdad. Examina mis ropas. Están limpias. Pregúntale al Maestro Eremis. *Pregúntale* a él. ¿O has decidido ya que también es un mentiroso, sin molestarte en comprobar lo que tenga que decir? Quieres hacer tu trabajo de la manera fácil, incriminando a la persona más débil que puedes encontrar. Si trabajaras un poco, tal vez descubrieras algo completamente

distinto.

Se detuvo y contuvo la respiración, mientras su corazón latía precipitadamente.

Una expresión de dolor nubló el brillo de los ojos del Castellano.

—Ya basta, mujer —dijo con voz densa—. Cuando hayas sufrido lo que sufrió mi esposa, te permitiré que me acuses de eso. Hasta entonces, no tienes derecho. Eres un enemigo de Mordant y del Rey Joyse, y no tienes *derecho*.

Ella deseó balbucear: Sé que no debí hablar de este modo. La presión de abandonarlo todo y contarle lo que él deseaba saber era enloquecedora. De alguna forma, sin embargo, consiguió mantener el control. En vez de ello respondió:

—No, eso no es cierto. No soy enemigo de nadie. Ni siquiera tuyo. Tú y yo tenemos una cosa en común. Yo sólo soy una espectadora. No tengo nada que ver con todo esto.

Por un momento las mandíbulas del Castellano se encajaron, sus ojos se oscurecieron, y ella pensó que iba a dejar escapar un estallido que la desgarraría hasta el mismo hueso. Pero no lo hizo. Era más peligroso que eso: sabía qué hacer con su ira.

—Que sea a tu manera, mi dama. Hablaré con el Maestro Eremis,... , comprobaré tu historia. *Persuadiré* —la palabra fue casi un gruñido— a ese sesos de cerdo del Armigite de que vuelva a relatarme paso a paso lo sucedido. Hablaré con todos los guardias de Orison que puedan haberse encontrado con los guardaespaldas del Príncipe Kragen..., o hayan visto dónde ibas tú con el Maestro Eremis. Ya he estudiado el lugar donde murieron esos hombres. No pudieron perder tanta sangre. Al menos cuatro personas pisaron la sangre mientras aún estaba fresca. Una de ellas tenía pies del tamaño de una dama. —Aunque la amenaza ya era de por sí inconfundible, la remarcó alzando una mano y apoyándola ligeramente sobre la mejilla de ella—. Conseguiré la verdad. No me preocupa cómo.

Se volvió secamente y salió a paso vivo de la habitación. La puerta resonó fuertemente a sus espaldas. Era capaz de golpearla de aquel modo. Si el Maestro Eremis no le convencía de algún modo de que ella le decía la verdad, estaría a su merced.

Pero había mantenido las promesas que se había hecho a sí misma. Lo había hecho, lo había *hecho*; había alejado a Lebbick de la verdad. Todavía había esperanzas para Mordant. Gracias a lo que ella había hecho. Ella, Terisa Morgan..., una mujer que nunca había aprendido a creer en sí misma. Había conseguido una *diferencia*. La idea le hizo desear ponerse a cantar. Se imaginó a sí misma dirigiéndose a la ventana, abriendo de par en par los batientes y gritándole al mundo a sus pies, el lodoso patio, los techos cegados por la nieve, las humeantes chimeneas, los guardias patrullando por las almenas:

—¡Lo hice! ¡Le mentí al Castellano!



La visión la golpeó como algo tan ridículo que se echó a reír. Estaba tan alegre consigo misma que la rápida llamada a la puerta no la interrumpió.

—¡Adelante! —exclamó, sin siquiera hacer una pausa para preguntarse quién podía ser.

Era el Maestro Eremis.

Llevaba de nuevo consigo a Geraden.

El Apr exhibía una expresión desconcertada: no sabía por qué estaba allí. Sin embargo, Terisa se alegró de inmediato al verle. Aunque no podía decirle lo que acababa de realizar, era libre de sonreírle, y eso hizo, con un placer poco familiar.

Él le devolvió la sonrisa en medio de su confusión, luego se encogió de hombros en dirección al Maestro Eremis.

El Imagero tenía el ceño fruncido, como si deseara que nadie se diera cuenta de que jamás en su vida había sido tan feliz.

Cerró rápidamente la puerta y avanzó con paso apresurado hacia ella. Parecía emitir una electricidad de excitación y urgencia, de tal modo que simplemente estar en la misma habitación con él hizo que los nervios de Terisa hormiguearan y vibraran, listos para saltar en cualquier dirección.

—El Castellano —preguntó en un medio susurro rápido mientras cruzaba las alfombras de pavo real—. Acaba de estar aquí. ¿Por qué?

La pregunta cerró su garganta como una mano apretada en torno a su tráquea.

Supo inmediatamente detrás de qué iba: Quería saber cuánto de sus actividades nocturnas había sido traicionado a Lebbick. Pero no supo cómo contestar. Geraden la miraba fijamente, perplejo y alarmado por su consternación. Le habían advertido que lo mantuviera todo secreto de él. ¿Cómo podía responder sin poner su vida en peligro..., y sin dejar al descubierto lo que el Maestro estaba intentando hacer?

Eremis llegó junto a ella y la sujetó por los hombros, apretando tan fuerte que casi la alzó del suelo.

—¡Dímelo! —siseó furioso, con los ojos destellando—. ¿Para qué vino Lebbick aquí?

Ella sintió tan fuertemente su poder que por un momento, quizá no más de uno o dos latidos de su corazón, se vio casi abrumada por un deseo irracional de decir: ¿Por qué me dejaste ayer por la noche? Yo deseaba volver a tus aposentos. Pero él necesitaba más que eso de ella. Y Geraden estaba mirando. Él necesitaba algo mejor..., y no merecía ser herido.

Se enfrentó a la extraña mirada del Maestro y dijo, tan claramente con le fue posible:

—No sabe nada.

—¿Nada! —Arqueó una ceja, aflojó la presión sobre sus hombros—. Entonces, ¿por qué estuvo aquí?

Ante aquello, su tensión se elevó al nivel del terror. De pronto, una nueva dimensión de incertidumbre se añadió a la situación. Quizás el Maestro Eremis no supiera lo que había ocurrido después de que él abandonara la reunión. Si no lo sabía, debía decírselo, hacer que comprendiera que los Aprs del Monomach del Gran Rey tenían el poder de aparecer y desaparecer en Orison. Pero tampoco podía hablar de estas cosas delante de Geraden.

Geraden estaba observándola con franca preocupación. Si sentía algún dolor personal ante el hecho de que ella y el Maestro Eremis compartían secretos, era algo secundario ante su preocupación directa por ella.

Tenía que decir menos de lo que pretendía. Buscando un tono intrascendente, respondió:

—Los guardias le dijeron que salí contigo —lanzó una rápida mirada a Geraden — y volví sola. Eso le hizo sentir curiosidad.

El Maestro la estudió durante otro segundo, buscando la verdad detrás de sus palabras. Luego la soltó, se dio la vuelta, y empezó a reír como si estuviera disfrutando de los mejores momentos de su vida.

—¿Curiosidad? —cloqueó—. Ese viejo lascivo. Apostaría doblones de oro contra cobres a que siente algo más que curiosidad. Debe sentirse ávido.

Geraden apartó la vista. Un leve enrojecimiento cubrió su rostro.

Inmediatamente, Terisa se sintió avergonzada de sí misma.

Por fortuna, el regocijo del Maestro Eremis no tardó en calmarse.

—Bien, las estrellas nos han sonreído —dijo, reanudando su precipitación—. Estoy seguro de que el Fayle habló con el Rey Joyse. De ello se deduce que el Rey no le dijo nada a Lebbick. O bien nuestro ilustre soberano ha perdido la capacidad de comprender lo que oye, o no lo cree, o es incapaz de alcanzar una decisión. Debemos actuar mientras aún nos deja tiempo.

Se dirigió inmediatamente hacia la puerta. Dijo, por encima del hombro:

—Los Maestros se están reuniendo. Ven.

Terisa permaneció donde estaba. Aquello era demasiado rápido. Aún se sentía oscuramente avergonzada. Y no le había dicho al Maestro Eremis todas las cosas que necesitaba saber.

Incidentalmente, ¿por qué la Cofradía tenía tanta prisa en reunirse? ¿No la había detenido el Maestro Eremis de llamar al campeón la otra noche? ¿Qué había cambiado desde entonces?

Pero Eremis no estaba preparado para esperar. Restalló desde la puerta:

—¡Geraden, tráela! —y salió rápidamente de la habitación.

Aquello hizo que el Apr volviera su mirada hacia ella. Apresuradamente también, susurró:

—Terisa —como si las palabras le fueran arrancadas una a una—, ¿qué ocurre?

—No puedo decírtelo —replicó ella. Estaba intentando extraer sentido de todo aquello—. Desearía hacerlo. Es demasiado para mí. —Pero lo que realmente deseaba era tranquilizarle—. No sé de qué se estaba riendo. No pasé la noche con él.

Él desvió la vista. Al principio, Terisa pensó que aún estaba dolido. Luego se dio cuenta de que sólo estaba intentando ocultar su alivio. Cuando se volvió hacia ella de nuevo, su expresión era limpia.

—Deberíamos irnos. —Intentó no sonreír—. Me dijo que te llevara. No seré un Apr mucho tiempo más si empiezo a desobedecer órdenes tan simples.

Aquello la hizo sentir mejor.

—De acuerdo —dijo—. Realmente, no sé lo que piensa hacer la Cofradía. Pero será mejor que no nos metamos en problemas.

Disfrutando con su irremediable sonrisa idiota, Terisa se cogió de su brazo. Juntos, fueron tras el Maestro Eremis.

En su camino bajando las escaleras de piedra, echó en falta sus mocasines. Eran más cálidos y protegían mejor sus pies que los delicados borceguíes que Saddith le había recomendado. Pero su incomodidad no era suficiente como para hacerla volver atrás.

Cuando ella y Geraden abandonaron la torre y entraron en los salones principales, alcanzaron al Maestro Eremis: se había detenido para hablar con alguien. Su figura oscureció por unos momentos de quién se trataba: cuando su ángulo de visión cambió, sin embargo, Terisa reconoció a Artagel.

—Es Artagel —susurró rápidamente Geraden—. Ya te he hablado de él. Es uno de mis hermanos. Le pedí que te vigilara..., te diera un poco de protección extra. Te lo presentaré, si no se supone que tenemos prisa.

Sus palabras dejaron un rastro de electricidad en su mente. Así que Artagel no le había contado a Geraden nada de lo ocurrido la noche anterior. Y, si no se lo había dicho a Geraden, lo más probable era que no se lo hubiera dicho a nadie. Había una auténtica posibilidad de que el Maestro Eremis no supiera que ella había sido atacada.

Artagel estaba apoyado casualmente contra la pared, con una sonrisa en los labios y la espada asomando prominentemente en su cadera. Parecía estar riendo educadamente a algo que acababa de decir el Imagero.

El Maestro Eremis sacudió la cabeza.

—Artagel, Artagel —murmuró tristemente—, creí que éramos amigos.

—Yo también. —La sonrisa de Artagel podía ser muy bien un insulto—. Pero Geraden me asegura que tú no eres amigo suyo..., así que yo no soy amigo tuyo.

El Maestro volvió hacia Geraden una mirada que Terisa no pudo interpretar. Luego miró de nuevo a Artagel.

—¿Siempre has dejado que él elija a tus amigos?

Artagel rió intrascendentemente.

—Siempre. Es mi hermano.

Por un momento el Maestro Eremis permaneció inmóvil. Estaba de espaldas a Terisa; el único rostro que ella podía ver era el de Artagel. De alguna forma, la confiada malicia en sus ojos incrementaba su parecido con su hermano. Bruscamente, Eremis se alejó. Mientras lo hacía, dijo:

—Geraden está equivocado. Soy un amigo mucho mejor de lo que él piensa.

Artagel miró más allá de Geraden y Terisa y se encogió elocuentemente de hombros. Como si estuviera hablándole al aire, comentó:

—Quiere contratarme. Cree que necesita protección. En Orison, entre todos los lugares posibles. Me pregunto de qué tiene miedo.

Geraden bufó.

—Probablemente de sus amigos.

Artagel no abandonó su sonrisa.

—Hablando de amigos, ¿sabes que Nyle está aquí?

—No. —Geraden sonó sorprendido.

—Lo encontré por accidente. No pareció muy complacido de verme. Pero le obligué a admitir que lleva aquí ocho o diez días ya. No tengo la menor idea de por qué hizo un viaje así en pleno invierno. Dijo que simplemente deseaba alejarse de Houseldon por un tiempo.

—Suenas como una de tus expediciones —murmuró Geraden. Luego añadió—: Debe estar ocultándose. De otro modo hubiera tropezado con él. ¿Supones que se halla en algún tipo de problema?

—Eso es lo que pensé. —Artagel se apartó de la pared—. Deberías irte. No creo que el Maestro Eremis se sienta paciente hoy.

»Mi dama. —Hizo una inclinación de cabeza hacia Terisa y se alejó en dirección contraria al laborium.

Inmediatamente, Geraden la hizo seguir avanzando.

—Tiene razón. Será mejor que nos apresuremos.

Fue con él tan rápidamente como le permitía su falda, pero su cerebro estaba girando locamente. Al cabo de un momento preguntó:

—Ese Nyle, ¿no es uno de tus hermanos? ¿Por qué ha venido aquí en pleno invierno y luego no ha intentado verte?

Él se encogió de hombros sin mirarla, como si la pregunta le resultara dolorosa.

Ella lo dejó correr. En vez de ello, preguntó:

—¿A qué tipo de «expediciones» se dedica Artagel?

Aquello proporcionó un tema seguro de conversación.

—¿No te he hablado de él? Dice que es demasiado perezoso para ser un soldado regular, pero la verdad es que odia recibir órdenes. Así que se dedica a lo que podrías llamar trabajo independiente para el Castellano Lebbick. Cuando le entran ganas, se

presenta voluntario para algo. El Castellano lo envía por todo Mordant..., y probablemente también a Cadwal y Alend, aunque esto último nadie lo dice en voz alta. Precisamente regresó hace unos días de detener a un contrabandista que estaba vendiendo nuestras cosechas a los proveedores del ejército del Gran Rey Festten.

»Cuando supe que estaba aquí, no pude resistirme a pedirle su ayuda. ¿Te he dicho que es el mejor espadachín de todo Mordant?

Ella le lanzó una mirada de preocupación y simpatía en la que él —afortunadamente— no reparó. Su hermano podía ser el mejor espadachín de todo Mordant, pero el hombre de negro era mejor.

La idea de que Artagel podía ser derrotado por un hombre que aparecía y desaparecía en Orison a voluntad la hizo estremecer.

Poco después, ella y Geraden cruzaban la vacía sala de baile hacia el corredor que daba entrada al laborium y descendían las escaleras hasta las antiguas mazmorras. Pronto recorrían el pasillo que conducía a la sala de reuniones de la Cofradía. Delante de ellos, Eremis y otro Maestro entraban en la sala. Los guardias saludaron correctamente..., no traicionaron ninguna señal de que el Rey Joyse o el Castellano Lebbick supieran lo que los Imageros tenían en mente. De todos modos, Terisa sintió una opresión en el pecho cuando ella y Geraden siguieron al Maestro Eremis.

Dos o tres Maestros más llegaron después de ella y Geraden; luego, todas las puertas fueron cerradas y los cerrojos corridos, y los Imageros se agruparon en torno al curvado círculo de bancos entre las columnas. Terisa reconocía cada vez más de ellos a simple vista. Todos los rostros familiares estaban allí. Excepto el Maestro Quillon. Aquello la sorprendió. Esperaba que... No, ahí estaba, sentado ya a medio camino del círculo de donde estaba ella. Cabeceaba hacia el suelo, como si estuviera medio dormido.

Era el único hombre en la estancia que no miraba a Geraden, Terisa y el Maestro Eremis con un cierto grado de confusión, curiosidad o indignación.

La luz de las lámparas de aceite y las antorchas parpadeaba, haciendo que los Maestros aparecieran con ojos ardientes y mejillas huecas, espectrales.

Entonces la atención de Terisa fue atraída hacia el abierto centro de la cámara. Algunos de los Maestros que estaban delante de ella se sentaron; otros se echaron a un lado para hacerle sitio a Eremis. Pudo ver el alto espejo que había sido preparado en la baja plataforma de piedra.

El espejo del campeón.

La escena en el cristal había cambiado: la espacionave había desaparecido. ¿Pero no le había dicho Geraden que los espejos se enfocaban en *lugares*, no en *personas*? ¿Había despegado la nave? ¿O simplemente estaba fuera de la vista? El paisaje alienígena parecía ciertamente el mismo, pese al cambio de los detalles: era más nítido, rojo y penumbroso, compuesto por viejas rocas irregulares y arena bajo la luz

de un muriente sol.

Las figuras metálicas estaban agrupadas en el centro de la Imagen..., y estaban luchando a vida o muerte.

Unas llamas negras tan líquidas como el agua y tan flexibles como látigos les lamían desde todas direcciones. Tres o cuatro cuerpos estaban tendidos en torno a la escena, con sus maquinarias y su carne humeando aún por grandes y terribles boquetes. Los hombres que quedaban utilizaban tanto como podían las rocas como protección, y respondían a las llamas negras con el fuego incesante de sus armas.

El campeón era claramente visible entre ellos. Sus gestos dirigían el fuego de sus compañeros, y su enorme rifle lanzaba estallidos que devoraban los bordes del paisaje creando nuevas configuraciones.

Daba una impresión de desesperación que Terisa no había visto antes en él. Por primera vez se dio cuenta de que él también era alguien que podía ser derrotado.

Pero el Maestro Eremis veía el asunto desde otro ángulo. Se frotó vigorosamente las manos y dijo:

—¡Excelente! Tanto si existe por derecho propio como si es una creación del cristal, no tendrá motivos de queja de nuestra traslación.

—¡Maestro Eremis, presumes demasiado! —El mediador de la Cofradía estaba de pie al lado del espejo, con los puños apoyados en su amplia cintura y su rostro color pino moteado por la furia. Al parecer, su miedo ante lo que el Maestro Gilbur y los otros proponían se había concentrado en ira—. Tu arrogancia es ofensiva. Nos reúnes a toda prisa, haces traer este espejo delante nuestro y haces venir de nuevo contigo a Geraden sin nuestro permiso..., como si ya estuviera todo decidido. Por supuesto que *no* está decidido. Fuiste delegado para que hablaras por nosotros delante de los señores de los Cares. No nos has dicho el resultado de ese encuentro. No nos has contado qué se dijo..., qué postura tomaron los señores. No podemos decidir nuestra línea de acción hasta que hayamos oído un informe completo, tanto de tus labios como de los del Maestro Gilbur.

»Y la dama tampoco tiene ningún lugar aquí —añadió hoscamente—. Corrige tu presunción enviándolos a ella y al Apr fuera.

—¡Oh, presunción! —gruñó la voz gutural del Maestro Gilbur antes de que Eremis pudiera replicar—. No es presunción. Es supervivencia. Debemos actuar o morir. Deja de intentar hacer más pequeña la situación, Barsonage. La mujer no importa. ¡Pero mira a Geraden! —Hizo un gesto cortante con una poderosa mano. Todos los ojos en la cámara se volvieron hacia el Apr—. Tiene el pie torpe y es desastroso. Pero nunca ha sido estúpido. *Mírale*.

Geraden parecía no darse cuenta de la forma en que era examinado. Estaba mordisqueándose el labio inferior y pensando tan intensamente que el esfuerzo hacía que sus ojos parecieran alocados.

—¿En qué otro lugar lo queréis? Ya le has soltado toda la información que necesita. Dentro de un momento adivinará la importancia de lo que proponemos..., y entonces irá directamente a informar al Rey. Aquí, al menos, no tendrá a nadie a quien decírselo.

Como si quisiera demostrar que Gilbur tenía razón, Geraden se volvió bruscamente hacia Terisa. En aquel momento, nadie más en la habitación parecía existir para él. Lo que estaba pensando lo llenaba de desánimo.

—¿Es eso lo que no podías decirme? —susurró—. ¿Que han decidido llamar al campeón? ¿Y que el Maestro Eremis tenía algún tipo de reunión con los señores de los Cares? —Un instante después prosiguió—: Pero aguardaron hasta después de la reunión. El Maestro Eremis fue a sugerir algún tipo de alianza. ¿La Cofradía y los señores contra el Rey Joyse?

No podía ayudarle. Su corazón latió en su garganta como si de repente sintiera el peligro condensarse a su alrededor, pero no había nada que pudiera hacer.

—Tengo que ir a advertirle.

Tan rápidamente que no tuvo oportunidad de intentar detenerle, Geraden se encaminó hacia la puerta más cercana.

Con una inesperada rapidez, el Maestro Gilbur saltó tras el Apr. En su esfuerzo por alcanzarle, Gilbur le golpeó desde atrás. El golpe hizo que Geraden tropezara y cayera contra una de las columnas; cayó de bruces al suelo.

Inmediatamente, el Maestro Gilbur cerró un gran puño en la parte de atrás del cuello de su chaquetilla de piel y lo alzó en pie.

—No, mozalbete —gruñó—. Has oído demasiado. Ahora vas a oírlo todo.

Un hilillo de sangre goteaba de la sien de Geraden. El impacto de su cabeza había dejado una pequeña mancha roja en la columna. Por un momento, se agitó como si su corazón se estuviera rompiendo en pedazos. Pero no pudo librarse de la poderosa presa de Gilbur..., y su chaquetilla se negaba a desgarrarse. Abandonó la lucha y se rindió.

Terisa sintió deseos de gritarle al Maestro Gilbur. El hecho de que creyera que Geraden estaba equivocado no importaba. Sintiéndose miserable, cruzó sus ojos con los del joven, en velado dolor.

—Lo siento.

—No es culpa tuya —respondió él huecamente—. Alguien te dijo que podían matarme si sabía lo que estaba ocurriendo. Fuera quien fuese, es culpa *suya*.

Terisa miró rápidamente a su alrededor. El Maestro Gilbur no había alzado la cabeza. Pero el rostro del Maestro Eremis mostró un instante de honesta sorpresa.

Sin embargo, se recuperó con rapidez. Frunció el ceño y dijo:

—Lo que le dijeron es verdad, Geraden. No lo creerás..., pero te he traído aquí para salvar tu vida. Ahora que no puedes marcharte, vivirás.

Inmediatamente, se volvió para enfrentarse al resto de los Imageros.

—Maestros, si os sentáis y os componéis lo suficiente para oírme, os diré lo que ocurrió en mi encuentro con los señores de los Cares..., y por qué debemos actuar sin retraso en nuestra decisión de trasladar a nuestro campeón.

Su actitud era imperiosa; emanaba urgencia. Al cabo de un momento, el Maestro Barsonage dijo con los dientes apretados:

—Muy bien, Maestro Eremis. Hasta ahora estoy contigo. Pero hay tanto que espero que expliques.

Con el ceño hoscamente fruncido, abandonó el centro del círculo a Eremis.

Los demás Maestros siguieron su ejemplo. Antes de que pudiera ser separada de él, Terisa sujetó a Geraden por el brazo. La presa de control del Maestro Gilbur obligó a los dos a sentarse en el banco. Al mismo tiempo, el Maestro Eremis se dirigió a la plataforma.

Casi inmediatamente empezó a hablar.

—Maestros, puedo hacer esto muy simple. —Su tono era suave, pero parecía transportar un eco de los más apartados rincones de la estancia—. Nuestro encuentro con los señores de los Cares se vio roto sin ningún resultado concreto porque no confían en nosotros. Creen que servimos al Rey Joyse y sólo deseamos atraparlo. O creen que nos servimos a nosotros mismos y sólo deseamos conseguir que él nos sirva también.

—Y el Maestro Eremis es acusado de arrogancia —dijo uno de los Imageros jóvenes—. ¿Acaso los señores no son arrogantes?

En voz tan baja como le fue posible, Terisa susurró al oído de Geraden:

—No te preocupes. El Rey Joyse ya lo sabe.

Él se la quedó mirando, boquiabierto por la sorpresa.

—Por supuesto —siguió el Maestro Eremis con su engañoso sarcasmo—, la discusión en sí no fue tan simple como eso. Primero debo informaros que fui más «presuntuoso» de lo que imagináis. Cuando supe el resultado de su embajada entre nosotros, invité al Príncipe Kragen de Alend a la reunión.

Varios Maestros se envararon ante aquel anuncio. Eremis había conseguido ahora toda su atención. El mediador le miró furiosamente, pero no interrumpió.

—Honestamente, no puedo decir que confíe en ningún representante del Monarca de Alend. Pero él protesta que desea la paz. Y yo estoy seguro de que desea defendernos de Cadwal. Por esa razón, consideré que su presencia no costaría nada en el peor de los casos, y en el mejor de ellos abriría la posibilidad de una alianza mucho más fuerte que una que uniera solamente a la Cofradía con los señores.

—El Fayle se lo dijo —explicó Terisa a Geraden—. Lo del campeón, al menos. No lo de la reunión.

—Entonces, ¿por qué...? —por un segundo, olvidó hablar en un susurro. Pero las



severas miradas de los maestros y la tensión del puño del Maestro Gilbur en su cuello se lo recordaron—. ¿Por qué no hace algo?

Visiblemente ablandado, el Maestro Barsonage murmuró:

—Te superas a ti mismo, Maestro Eremis. Eres enteramente presuntuoso..., pero no eres torpe. Temí que esa jugada predispusiera en contra a los señores. ¿Estaba equivocado?

Eremis suspiró.

—Ése es el segundo asunto que debo explicar. Los señores se mostraron por supuesto en contra mía, pero no a causa de la presencia del Príncipe Kragen. A decir verdad, creo que le hubieran escuchado si yo no hubiera estado allí. Su odio hacia Alend es menor que su desconfianza hacia los Imageros.

Varios Maestros expresaron su sorpresa. Otros murmuraron furiosas maldiciones. Pero el Maestro Eremis alzó las manos para frenar sus reacciones.

—No quiero ser injusto. El propio Príncipe Kragen estaba muy interesado en nuestra proposición. El Perdon estaba interesado también, incluso ansioso. Pero en cuanto a los demás... —Se encogió de hombros—. El Armigite tiene demasiado poco sentido como para saber lo que quiere. Y el Tor estaba demasiado empapado en vino para saber siquiera si quería algo.

—¿No lo entiendes? —Terisa se volvió hacia Geraden, intentando hacer que éste la comprendiera claramente—. Es por eso que el Maestro Eremis no tiene otra elección.

Los ojos del Apr estaban oscurecidos por el dolor. Al parecer, no deseaba comprenderla tanto como la comprendía realmente.

—Creo que el Termigan hubiera podido ser persuadido, bajo otras circunstancias —prosiguió el Maestro Eremis—. Junto con el Perdon, hubiera sido suficiente: hubiéramos tenido una base sobre la que edificar. Pero todo se derrumbó ante la intensidad de los prejuicios del Fayle contra la Imagería.

—¿El Fayle? —preguntó el Maestro Barsonage—. Tiene la reputación de ser un hombre razonable.

El Maestro Quillon estaba prestando ahora una intensa atención. Sus ojos brillaban ante todo lo que estaba viendo.

—Oh, es *razonable* —intervino Gilbur—, si llamas razonable al hecho de que rechazó todo lo que propusimos simplemente porque tenemos intención de llamar a nuestro campeón sin la aprobación previa del Rey Joyse.

Otro Maestro protestó:

—¿Lo dices en serio? ¿Por qué creía que os estabais reuniendo en secreto? ¿Por qué aceptó tu invitación, si la aprobación del Rey es tan importante para él?

—Para espiarnos —gruñó el Maestro Gilbur—. ¿Para qué otra cosa?

El mediador parecía abrumado.

—¿Es eso cierto?

—Lo es —dijo Eremis con voz firme—. Admitió su intención de informar al Rey Joyse, a fin de que pudiera estar prevenido contra cualquier ejercicio de nuestro propio juicio o voluntad.

Sacada por sorpresa de su concentración sobre Geraden, Terisa pensó: No es así realmente como ocurrió. ¿O sí? Sí. Cuanto más intentaba recordar, más tenía que estar de acuerdo con el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur. Era sólo su reacción personal ante la dignidad del Fayle lo que la había confundido.

—Entonces —inquirió inesperadamente el Maestro Quillon—, ¿por qué no ha hecho nada el Rey para detenernos?

Repentinamente furioso, el Maestro Eremis se volvió para enfrentarse a Quillon.

—¿Me pides que explique *su* decisión? Si yo tuviera *ese* poder, podría salvar Mordant sólo con mis manos.

—No podemos explicar nada —dijo urgentemente un Imagero que no había hablado antes—. Tenemos que actuar..., antes de que Lebbick y sus hombres entren aquí para detenernos.

El rostro de Geraden estaba intensamente fruncido, como si estuviera escuchando con mucha atención.

—Muy bien. —El Maestro Barsonage se puso pesadamente en pie—. He admitido todo lo demás. —Su aire era de derrota; incluso sus cejas parecían caídas—. Admitiré también la necesidad de apresurarnos. Sé llano, Maestro Eremis. ¿Qué es lo que propones?

Eremis se volvió hacia el mediador. La forma como giró, equilibrándose al mismo tiempo, y se enfrentó al Maestro Barsonage, mostraba una energía tan grande que pareció echar chispas. Su expresión era demasiado intensa para que Terisa pudiera interpretarla.

—Traslada a tu campeón —dijo—. Ahora.

El Maestro Barsonage asintió. Por un momento, no dijo nada. Luego preguntó:

—¿Por qué?

El Maestro Eremis estaba preparado.

—Para probar nuestra buena fe. No somos respaldados porque se cree que no nos preocupa nada excepto nosotros mismos. O porque, como instrumentos del Rey que somos, hemos perdido nuestras mentes tanto como él la suya.

Entonces alzó la voz de modo que resonara en toda la cámara, tan aguda y vibrante como el sonido de una trompeta.

—No tenemos ninguna otra forma de convencer a nadie de que no es así excepto emprendiendo una acción desprendida por nuestra cuenta en defensa de Mordant. Sólo oponiéndonos por nosotros mismos al mal podemos demostrar que somos merecedores de confianza y alianza.

Aquello hubiera podido ser suficiente para conseguir lo que deseaba. Lo era al menos para Terisa: la electricidad y la pasión que brotaban de él la arrastraron. Pero el Maestro Gilbur tenía algo más que decir.

—Además —dijo con voz rasposa—, debemos considerar la posibilidad de que el Príncipe Kragen y los señores acudieran a nuestra reunión por una razón completamente distinta. Fuimos creados por Joyse. Estableció un ejemplo para que Cadwal y Alend lo siguieran. Creen que debemos ser usados como ellos creen conveniente, y maniobran unos contra otros a fin de *poseernos*. —Sus manos se cerraron en feroces puños sobre la barandilla que tenía delante—. Quieren tenernos como si fuéramos cosas en vez de hombres.

»Nosotros no tenemos ni espadas ni soldados. —Su voz carecía de resonancia, pero tenía la fuerza suficiente como para sonar terrible—. Nunca podremos protegernos, *¡a menos que demostremos nuestro poder!*

En medio del silencio que siguió a sus palabras, todos pudieron oír el martilleo en la puerta. Sonaba como la empuñadura de una espada o el mango de una pica golpeando contra la madera.

Luego, todos oyeron la orden:

—¡En nombre del Rey, abrid esta puerta! Por una fracción de segundo, Terisa tuvo tiempo de preguntarse por qué el Rey Joyse había cambiado de opinión. Entonces Geraden alzó bruscamente la cabeza.

—*El Castellano*. —Intentó ponerse bruscamente en pie y gritó—: ¡Castellano Lebbick! ¡Derriba la puerta! ¡Detenlos!

Gilbur lo obligó a sentarse de nuevo de un tirón. Con un puño de piedra, el Maestro le golpeó tan fuerte en un lado de la cabeza que todo su cuerpo se derrumbó blandamente de costado. Sus ojos se velaron.

Terisa se inmobilizó. Todo estaba ocurriendo a la vez. El Rey Joyse había adoptado finalmente una decisión. Los planes del Maestro Eremis estaban en peligro. *Geraden había sido herido*.

La mayor parte de los Imageros estaban en pie, gritándose frenéticamente unos a otros; pero el Maestro Barsonage se dejó caer en su banco. Su rostro ya no tenía fuerzas: parecía perdido.

—Entonces, hay que hacerlo —murmuró, a nadie en particular—. O de otro modo dejaremos de existir.

—¡Gilbur! —ladró el Maestro Eremis. Una sonrisa desnudó sus dientes—. ¡Hazlo ahora!

El Maestro Gilbur dejó caer a Geraden y se apresuró hacia el centro de la cámara, hacia el estrado y su espejo.

Varios de los Imageros lo vitorearon. Otros se estremecieron, alarmados. Todos, sin embargo, se apartaron del camino de Gilbur. Se apiñaron más allá de las

columnas, hacia las paredes, tan lejos como era posible del martilleo del Castellano Lebbick y del espejo.

Eremis ocupó el lugar del Maestro Gilbur, alzando a Geraden de las piedras del suelo y sujetándolos tanto a él como a Terisa con una presa que no podían romper.

El espejo les miraba directamente. Geraden, evidentemente, no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo —ni siquiera podía alzar la cabeza—, pero Terisa podía verlo todo perfectamente.

El Maestro Gilbur apoyó su mano en el marco y, diestramente, empezó a ajustar el foco del cristal. Al cabo de un latido de corazón, el campeón estaba centrado en la Imagen. Un segundo más tarde, pareció avanzar a toda velocidad hasta que llenó todo el espejo.

El golpeteo en la puerta se había convertido en un pesado y rítmico resonar. Terisa pudo oír el crujir de la madera. Pero los maderos reforzados con hierro eran demasiado recios para ceder fácilmente. Entre golpe y golpe, el Castellano Lebbick gritó:

—¡Maestro Barsonage! ¡Imageros! ¡Por las estrellas, abriré esta puerta!

El Maestro Gilbur lanzó una rápida mirada al Maestro Eremis.

—¡*Trasládalo!* —siseó Eremis.

Geraden se agitó, sacudió la cabeza. Parpadeó rápidamente e intentó aclarar su visión.

El Maestro Gilbur apretó las manos contra los bordes del espejo, como si se estuviera preparando para tirar del campeón y sacarlo de allí por la fuerza. Su voz gutural jadeaba palabras que Terisa no pudo comprender.

—Tengo que detenerlo. —Geraden sonaba como si se estuviera ahogando. De alguna forma, cayó hacia delante por encima de la barandilla. Se puso vacilantemente en pie y avanzó con paso incierto hacia el Maestro Gilbur.

El Maestro Eremis ya no sujetaba a Terisa. ¿Había intentado agarrar a Geraden y había fallado? ¿Y había perdido al mismo tiempo su presa sobre ella? No tenía la menor idea: no le veía. Su atención estaba centrada en Geraden.

Pasó rápidamente las piernas por encima de la barandilla y fue tras él.

Era demasiado tarde. Si no estuviera tan atontado por el golpe del Maestro Gilbur, se habría dado cuenta de que no podía alcanzar el espejo a tiempo.

Frente a él, la superficie del espejo se volvió oscura mientras el campeón brotaba a su través.

Su armadura le daba una estatura de al menos dos metros. Su cabeza no mostraba ningún rostro, sino sólo una gruesa placa que debía ser un visor. La piel metálica que lo protegía estaba ennegrecida, como chamuscada, en varios puntos; había sido agrietada al menos dos veces en distinto lugares. Un humo acre ascendía en volutas de esas rajadas. Avanzó como si estuviera herido.

Pero su enorme rifle estaba preparado. Apenas recuperó el equilibrio sobre la plataforma, apuntó su cañón directamente hacia el pecho de Geraden.

Terisa pasó sus brazos por los hombros de Geraden. Éste estaba tan aturdido y debilitado que el peso de ella lo derribó con ella al suelo.

El primer disparo pasó por encima de sus cabezas. Los Maestros gritaron. Al menos uno de ellos dejó escapar un alarido.

Mientras intentaba apoyar de nuevo los pies en el suelo para levantarse, Terisa se halló de pronto mirando directamente al cañón del rifle.

Por un período de tiempo tan rápido e intenso como una crisis cardíaca, observó la mano del campeón, enguantada en metal, cerrarse sobre el mecanismo de disparo.

Luego el campeón alzó bruscamente el cañón, y el disparo golpeó contra el techo.

Por toda la cámara empezaron a caer grandes trozos de piedra.

El campeón separó una mano de su rifle, agarró con una tenaza de hierro el cuello de Terisa, y la obligó a permanecer tendida encima de Geraden.

—Quédate aquí. —Su voz sonó como un megáfono, pero apenas fue audible entre el resonar de piedras derrumbándose—. No disparo contra las mujeres.

Al instante siguiente estaba disparando de nuevo.

En medio de un estruendo infernal, todo el techo se derrumbó.

# Los muros de Orison

## Fuera de los escombros

El Castellano Lebbick sospechaba lo que estaba ocurriendo ahí dentro. Por supuesto, la vida en Orison estaba yendo de mal en peor desde hacía cierto tiempo; pero, de pronto, la finalidad de su vida había empezado a mostrar vías de agua en todas direcciones.

Debido a las arriesgadas apuestas de la Cofradía, se veía enfrentado ahora a varias crisis a la vez. Pero sólo eran síntomas; no eran cosas fundamentales. Mientras se dirigía a enfrentarse a ellas sonreía como un halcón; y sólo su esposa —y quizás el Rey Joyse— llegaron a conocerle alguna vez lo bastante bien como para darse cuenta de que aquella sonrisa era una mala señal. Para otras personas, probablemente parecía como si se hallara en su elemento, ansioso por enfrentarse a los conflictos o desastres que podían proporcionar una salida y una justificación a su ira. Sólo su esposa y su más viejo amigo podrían haber comprendido la particular ferocidad de su sonrisa.

Desgraciadamente, su esposa estaba muerta..., miserablemente muerta, vencida por una larga y devoradora enfermedad que había cortado su vida tan lenta y efectivamente como un afilado cuchillo clavado en sus pulmones. Había transcurrido casi un año de ello, y aún la echaba tan agudamente de menos que cada vez que pensaba en ella le temblaban las entrañas.

Y el Rey Joyse lo había echado a un lado.

*Se ha negado a escuchar al Fayle.* De una u otra forma, había bloqueado cada acto vital, había interferido con cada esperanza.

El Castellano crispó apretadamente los dientes, su sonrisa se volvió más apretada, y se negó a pensar en ello. El Rey Joyse era su razón para vivir. Las pasiones que lo habían conducido a fundar Mordant, los ideales que habían inspirado la creación de la Cofradía..., todas esas cosas eran la sangre en sus venas, el aire en sus pulmones. Él era las manos del Rey. El Rey lo había rescatado...

Pero ahora el Rey *se había negado a escuchar al Fayle*. Lo había abandonado todo para que muriera, Mordant y pasión y propósito, lo había abandonado para que muriera miserablemente, acuchillando su vida mientras el Castellano Lebbick la aferraba entre sus brazos y no la dejaba marchar.

No, definitivamente, no iba a pensar en ello. Tenía demasiados otros problemas frente a él.

Esa mujer.

Masticó para sí mismo una larga y acerba maldición. Ella, de algún modo, estaba en todas partes. Las conexiones estaban allí, si podía encontrarlas; ella era la que le estaba haciendo todo aquello a Orison y a Mordant. De algún modo.

Y ella era la que hacía que algo le doliera en lo más profundo de su garganta, con

un deseo que no había experimentado desde los días del máximo esplendor de la belleza de su esposa.

No iba a pensar en eso tampoco. Iba a hacer su trabajo, *aferrarse* a él hasta que recuperara lo que significaba.

Para empezar, iba a averiguar las consecuencias de la última catástrofe perpetrada por aquellos Imageros con cerebro de cerdo.

Su tarea tenía la ventaja de ser a la vez espectacular y sutil. Todas las crisis estaban ligadas de algún modo entre sí.

Lo primero en el tiempo, si no en urgencia, era el asunto de los guardaespaldas muertos del Príncipe Kragen.

Evidentemente, habían sido muertos por *alguna* razón. Y no podían haber derramado, ellos solos, toda aquella sangre. Además, parecía improbable que fueran responsables de arrastrar su propia sangre tan lejos de los lugares donde yacían muertos.

Y aquella mujer había vuelto a sus aposentos empapada en sangre.

Había una pandilla de soldados renegados —o algo peor— suelta por Orison. Eran hábiles y lo bastante numerosos —o algo peor— como para matar a entrenados guardaespaldas y llevarse a sus propios muertos o heridos. Tenían amigos que les ocultaban. Tenían algo que ver con aquella mujer. Y su propósito era instigar la guerra entre Mordant y Alend. O algo peor.

Eso trajo a su mente otros asuntos. ¿Qué le había ocurrido al hombre de negro que había intentado matarla la noche después de su llegada? Había escapado con bastante facilidad. ¿Por qué no había hecho otro intento?

¿Qué vendría a continuación? ¿Un ataque contra el propio Rey?

Y el Rey Joyse *se había negado a escuchar al Fayle*. El viejo señor había intentado advertir al Rey de las intenciones de la Cofradía, y el Rey se había negado a escucharle. El Fayle había hablado directamente con el Castellano porque no tenía otro recurso.

Lo cual planteaba la cuestión de cómo el Fayle había llegado a saber lo que pretendían hacer los Imageros. Se había negado llanamente a contestar cuando Lebbick le exigió una respuesta.

En cuanto al loco desafío de la Cofradía a la prohibición del Rey Joyse de efectuar traslaciones forzadas, el Castellano Lebbick sabía quién era el responsable..., o, más exactamente, sabía a quién podía culpar. Había forzado al Fayle a mencionar uno o dos nombres. Pero eso tendría que aguardar. Los resultados de esa traslación planteaban problemas más inmediatos.

Al parecer para defenderles contra Alend o Cadwal, los Imageros habían elegido a algún guerrero alienígena al que habían descubierto en sus espejos..., un soldado de imperioso poder, armamento y ferocidad. ¿Qué esperaban conseguir después de



arrancar a un luchador así de su propia vida? ¿Un arco dócil? ¿Una humilde oferta de servicios? Tenían suerte de que simplemente hubiera hecho desmoronarse el techo de su sala de reuniones, en vez de asesinarlos individualmente como se merecían.

A juzgar por la forma como había escapado fuera del laborium y a través del grueso muro noroeste de Orison al aire libre, era evidentemente lo bastante poderoso como para haber matado a cualquier número de personas. De hecho, al principio, Lebbick había temido que lanzara su intento a arrasar el propio castillo. Si hubiera ocurrido eso, el Castellano no hubiera tenido más elección que llamar a todos los Imageros que hubiera podido encontrar para organizar la defensa. Completamente desprevenidas, sus propias fuerzas y las máquinas de asedio no estaban en posición para emprender una guerra.

Afortunadamente, el campeón se había marchado..., lejos de Orison, abriéndose camino en la nieve como un animal vagabundo. Algo en sus movimientos sugería a la experimentada observación del Castellano Lebbick que estaba herido.

Eso planteaba dos exigentes dilemas, ninguno de los cuales era el enorme boquete abierto en el muro. Por supuesto, el boquete era un enorme problema, y pronto iba a convertirse en algo urgente..., pero todavía no. Primero había que perseguir al campeón. Eso era evidente. Tenía que ser localizado, a fin de efectuar todos los esfuerzos posibles por controlarlo, por detenerlo. Su actual comportamiento violento podía llevarlo a través de la región más densamente poblada del Demesne, directamente hacia Batten y el corazón del Care de Armigite.

Por otra parte, el Maestro Quillón no dejaba de pisarle los talones al Castellano como un hurón, asomando su rostro lleno de polvo cada vez que Lebbick se detenía y gritándole que la mujer y Geraden estaban enterrados bajo el derrumbe del techo.

El Castellano Lebbick exhibió sus dientes.

—¿Quieres decir que crees que aún están con vida?

—¡No lo sé! —exclamó Quillón—. ¡Pero no lo estarán si no los sacas de allí pronto!.

Lebbick debatió consigo mismo la cuestión. No disponía de los hombres suficientes para perseguir al campeón y rebuscar adecuadamente en los escombros a la vez. Se necesitaría algún tiempo para llamar a los refuerzos de los campamentos instalados a lo largo de las colinas que rodeaban Orison.

Uno de esos campamentos, sin embargo, se hallaba razonablemente cerca del camino que al parecer había tomado el campeón.

Sin vacilar, el Castellano hizo su trabajo. Envío a un ayudante a convocar a todos los guardias del castillo a la cámara de reuniones en ruinas de la Cofradía. Otro corrió hacia el patio para conseguir un caballo, al tiempo que daba instrucciones explícitas a varios destacamentos de las fuerzas del Rey. Luego Lebbick se volvió de nuevo al Maestro Quillón.

—Esto será lento. No podemos mover todas esas piedras en unas pocas horas. — Calculando las posiciones relativas de la cámara y la abertura en el muro, comentó—: Tendrán que ser retiradas hacia arriba. Si esa mujer y Geraden ya no están muertos, se asfixiarán pronto. —Casi sin malicia, añadió—: A menos que, para variar, tú y el resto de la Cofradía podáis pensar en alguna forma de ayudar.

Sin darse cuenta de que estaba sonriendo, se alejó.

Quillón fue en busca del Maestro Barsonage.

Localizó al mediador fuera de una de las puertas de acceso a la cámara. Aquellas puertas habían salvado a la Cofradía. No sabiendo lo que podían esperar del campeón, los Maestros habían retrocedido hacia las paredes, y así habían podido alcanzar las puertas casi al instante. Como resultado de ello, sólo dos Maestros habían muerto: uno alcanzado por el primer disparo del campeón, el otro bajo un bloque de piedra. El resto estaban a salvo..., incluidos el Maestro Gilbur y el Maestro Eremis, aunque nadie sabía cómo habían conseguido alejarse a tiempo.

Pero el Maestro Barsonage no parecía haber escapado particularmente intacto. Estaba cubierto de polvo, fragmentos de piedra y trozos de antiguo mortero —como el propio Quillón—, lo cual le daba el aspecto de que acababa de salir de entre las piedras. Sus ojos estaban orlados de rojo entre el pegado polvo; tenía la boca abierta; permanecía sentado con las manos colgando entre sus rodillas. Tal vez estuviera en estado de shock a causa de alguna herida que no podía verse porque quedaba oculta por el polvo.

—¡Barsonage! —restalló el Maestro Quillón—. ¡Levántate! Tenemos que apresurarnos.

Por un momento el Maestro Barsonage no respondió. Miraba sin ver más allá de Quillón, como si la ruina de la cámara lo hubiera vuelto sordo. Pero cuando el Maestro Quillón empezó a humear de rabia, el mediador alzó la cabeza y parpadeó.

—Quillón —croó al reconocerle, con voz ronca por el polvo y el desánimo—. Sabía que sería un error. Desde un principio. Nunca hubiéramos debido mezclarnos con alguien tan poderoso. Pero no había alternativa. ¿La había? El augurio... Y todo el mundo estaba contra nosotros. Los señores, Cadwal y Alend, el Rey Joyse...

Bajó de nuevo la cabeza.

—Fue un error.

—Ahora ya no importa —cortó impaciente Quillón—. Todos cometemos errores. Ven.

El Maestro Barsonage dirigió al Maestro Quillón una mirada de vacía incompreensión.

—¡Geraden y dama Terisa! —Quillón saltaba prácticamente de uno a otro pie—. ¡Están enterrados bajo todas esas piedras!.

La expresión del mediador no cambió.

—También lo está el espejo de Gilbur. Ya no es más que polvo. No tenemos forma alguna de deshacer lo que hemos hecho. Quedó demostrado que el espejo de Geraden no traslada adecuadamente. Y cualquier otro cristal será una sentencia de muerte, ya sea para nuestro «campeón» o para la Imagen que lo reciba.

—¡Los espejos nos protejan!. ¡*Despierta*, Maestro Barsonage!. Olvida al campeón. ¡Tenemos que rescatar a Geraden y a la dama!. Los hombres del Castellano Lebbick van a intentarlo, pero tardarán demasiado. Todas esas piedras deben ser retiradas. *Será demasiado lento*.

Poco a poco, el Maestro Barsonage empezó a comprender.

—No pueden estar vivos —murmuró—. ¿Bajo todo eso?. Es imposible.

—¡Tienen que estarlo! —gritó el Maestro Quillón, tan fuerte que su voz se convirtió en un chillido—. ¡No tenemos otra esperanza! ¡*Vamos!*

Tendió la mano con urgencia e intentó poner en pie al Imagero, mucho más voluminoso que él.

Por un momento, el mediador pareció incapaz de reunir la resolución suficiente para sostenerse sobre sus piernas. Pero luego murmuró:

—Supongo que debemos hacerlo. Aunque no sirva de nada. Después de este desastre, ¿de qué otro modo podemos demostrar nuestra buena voluntad?

Dispersando polvo por todas partes, consiguió ponerse en pie.

Tan rápido como le fue posible, Quillón llevó al Maestro Barsonage hacia la madriguera de celdas reconvertidas donde se hallaban exhibidos y protegidos los espejos de la Cofradía. Tras una cierta vacilación, el mediador eligió el espejo que el Maestro Quillón había tenido en mente desde un principio..., el alto espejo que reflejaba un insondable paisaje marino, nada excepto agua en todas direcciones. Con la fuerza de sus dimensiones, el Maestro Barsonage cogió el espejo sin ninguna ayuda y lo llevó hasta la cámara de reuniones.

Estaba empezando a moverse más aprisa. Su paso se hacía más firme. Cuando él y el Maestro Quillón encontraron a los demás Imageros —retirándose del desastre, vagando por las estancias—, se puso a dar órdenes con creciente autoridad, llamando al resto de la Cofradía en su ayuda.

Los dos Maestros alcanzaron pronto la cámara.

La puerta más cercana estaba abierta, dejando que el invierno soplara polvo y frío y nieve dentro del corredor.

El montón de cascotes era enorme: llegaba hasta la mitad de donde había estado antes el techo. A las piedras de ese techo se le había añadido una amplia porción del nivel de encima suyo, así como todo el daño que el campeón había dejado tras él en su camino hacia arriba y a través del muro exterior. Gran parte del montón estaba compuesto por granito cortado —enormes losas de los cimientos, masivos monolitos del interior de las paredes y columnas, piezas más pequeñas que los constructores de

Orison habían utilizado como ladrillos—, pero el rifle del campeón había reducido enormes cantidades de roca a polvo y guijarros.

Ahora comprendió mejor el Maestro Quillón el punto de vista del Castellano. La única forma en que los guardias podían limpiar el espacio era transportando de algún modo los cascos hacia arriba y sacarlos por el agujero. Incluso con la ayuda de cualquier espejo adecuado de Orison, el trabajo podía tomar el día entero.

Todo el lugar estaba medio a oscuras, bloqueado de la luz por la masa de Orison y la creciente nevada. Sin embargo, pudo ver el cielo matutino cubierto de nubes, la cortina de polvo en el aire, los guardias y otros servidores del castillo que habían llegado ya y estaban empezando a luchar con el montón con palas, picos y palancas.

Pudo ver a Artagel en la cúspide del montón, luchando como un loco para retirar bloques y trozos de piedra casi tan grandes como él mismo. Sus maldiciones sonaban como gritos.

Inmediatamente, el Maestro Quillón trepó por el lado de la pila hacia el hermano de Geraden. Cargado con el espejo, el mediador le siguió más lentamente.

Cuando llegó al lado de Artagel, Quillón sujetó el brazo del espadachín. Artagel apartó al Maestro a un lado sin siquiera mirarle. El concentrado salvajismo en sus ojos le hacía parecer peligroso.

—¡Haz sitio, Artagel! —ladró el Maestro Quillón—. Podemos hacer esto mejor. No serás de ninguna ayuda a Geraden si te deslomas. Podemos alcanzarle, pero necesitamos cooperación, no terquedad estúpida.

—Es mi hermano —jadeó Artagel, sin dejar de trabajar.

El Maestro escupió una obscenidad que sonó estúpida, procedente de él.

—No me importa si es tu madre, tu padre y la descendencia bastarda de cada acto de fornicación de toda la historia de Mordant. Ayúdanos o apártate.

Los puños de Artagel se crisparon asesinos; se forzó a relajarse.

—Muéstrame, Imagero —jadeó entre dientes—. Muéstrame cómo puedes hacerlo mejor.

Por aquel entonces el Maestro Barsonage había alcanzado ya la parte superior del montón de piedras.

—Entonces hazte a un lado —gruñó el Maestro Quillón, mientras el mediador situaba su espejo al lado del bloque que Artagel había estado intentando mover.

Quillón ayudó a sujetar el espejo. Mientras el mediador murmuraba las invocaciones implicadas en el modelado de aquel espejo, los dos Imageros inclinaron el cristal hacia el bloque...

...y el bloque fue trasladado al rodante mar.

Artagel se quedó unos instantes boquiabierto. Luego empezó a sonreír.

Estaban llegando más Imageros y muchos más guardias. Varios de los Maestros llevaban espejos, entre ellos Eremis. El Maestro Quillón observó la ausencia de

Gilbur; pero no tenía tiempo de preocuparse acerca de eso. Mientras él y el Maestro Barsonage movían su cristal, gritó instrucciones a los guardias. Rápidamente, se organizaron en equipos en torno a cada espejo. Alguien arrojó una pala a Artagel. A un gesto de la cabeza de Maestro Quillón, éste empezó a palear cascotes al espejo, para dejar paso libre a la próxima gran losa de granito.

Polvo y cascotes y trozos de roca lo bastante grandes como para destrozar cualquier cristal pasaron a la Imagen y fueron tragados por el mar. Si el Maestro Quillón se hubiera preocupado por observarlo, hubiera podido ver el chapoteo que producía cada palada de cascotes al golpear el agua.

Observó a su alrededor, reconoció los otros espejos a medida que eran puestos a trabajar. Sólo dos de ellos eran tan grandes como el que sujetaban él y el Maestro Barsonage, pero todos habían sido escogidos inteligentemente: ninguno era plano; ninguno mostraba escenas donde la repentina aparición de enormes trozos de roca pudiera provocar algún daño. La única posible excepción era el cristal que el Maestro Eremis empleaba con la enrojecida ayuda de un joven Apr. Reflejaba una gigantesca y furiosa bestia parecida a una babosa, con colmillos de aspecto venenoso y malignos ojos. Los guardias en torno a Eremis paleaban los cascotes directamente al rostro de la criatura.

Ésta parecía estar rugiendo furiosa.

—¡Quillón! —gritó el Maestro Barsonage—. ¡Presta atención!

Apresuradamente, el Maestro Quillón ayudó al mediador a ajustar su espejo para trasladar otra enorme losa de piedra.

—¿Hay alguna posibilidad? —preguntó Artagel—. ¿Pueden estar realmente vivos ahí abajo?.

—Tienen que estarlo —murmuró Quillón. Esa convicción, sin embargo, resultaba cada vez más y más difícil de sostener.

Terisa sabía que estaba viva.

El escaso aire que era capaz de introducir en sus pulmones era puro polvo: estaban llenos de él, y cada vez que el seco sofoco la forzaba a toser la presión contra los bordes y los filos de piedra que encajonaban su pecho amenazaba con quebrar sus costillas. Cada aliento alzaba polvo y suciedad contra su rostro, haciendo que le escocieran los ojos, cegándola a la oscuridad. Y podía sentir el peso de los cascotes gravitar sobre ella, comprimiéndola lentamente hasta que su débil piel y sus huesos estallarían y se romperían. Además, las rocas ardían, carbonizadas por el rifle del campeón. El aire era tan caliente que dolía.

Sabía que estaba viva. Pero no tenía la menor idea de por qué.

El campeón la había apretado boca abajo encima de Geraden: no había estado en posición de observar la manera en que su forma revestida de metal y su fuego destructivo la escudaban de lo peor de la caída de piedras. Bloques de piedra caían

sobre él y rebotaban a un lado, formando una bolsa en torno a ella; losas de roca eran cortadas en pedazos y reducidas a polvo, que formaba una especie de cojín sobre su cuerpo y el de Geraden. En consecuencia, cuando se alejó para quemar un camino para sí mismo y salir de Orison, los cascos que cayeron inmediatamente sobre ella y Geraden lo hicieron no del techo y el nivel superior, sino de los lados de la bolsa protectora. Y trozos más pequeños hicieron de cuña, reteniendo en su lugar los otros cascos que la ascensión del campeón iba añadiendo a la pila.

Todavía respiraba. Contra toda posibilidad, aún había aire atrapado en el montón de piedras.

No iba a durar mucho.

Con un palpable movimiento, un duro filo de piedra situado en mitad de su espalda apretó hacia abajo otra fracción de centímetro. Se agitó frenéticamente, pero sólo podía mover los dedos. El calor y el polvo le hacían sentir arcadas a cada leve inspiración que efectuaba entre las rocas. El dolor, como la caricia de una llama, se incrementaba en sus pulmones, sus ojos, sus extendidos miembros. Morir así, lentamente, notando momento a momento cómo ocurría, sintiendo el dolor hacerse peor con cada minúsculo cambio en la posición de los cascos...

Algo como aquello le había ocurrido antes. A veces, cuando su madre y su padre se habían enfadado con ella, la habían encerrado en el interior de un armario. Nadie había respondido a sus gritos, sus tímidas o histéricas llamadas, hasta que había permanecido callada el tiempo suficiente para apaciguar a sus padres. Y en una ocasión —por algo que había hecho que podía ser odioso o trivial—, había sido arrojada al fondo del armario y habían echado sobre ella puñados de ropa antes de cerrar la puerta, a fin de que la casa quedara aislada de cualquier protesta que ella pudiera efectuar.

Allá en la oscuridad, había sufrido su primera experiencia de desvanecimiento.

Las ropas la asfixiaban, y la oscuridad era absoluta por todos lados; y de pronto había comprendido que su aflicción y su pánico no significaban nada, que las sensaciones como el miedo y la asfixia no significaban nada..., que la puerta cerrada y las ropas amontonadas y la oscuridad la hacían a ella irreal. Por primera había sentido que perdía realidad, había sentido que su existencia se deslizaba fuera de ella en la oscuridad que la envolvía.

No se había dado cuenta de ello en aquellos momentos —quizá nunca se había dado cuenta—, pero esta respuesta a la crisis la había protegido. Había impedido que la oscuridad y el desamor de sus padres se arrastrara *dentro de ella*.

Esta vez, desgraciadamente, eso no representaba ninguna protección. Su mente iba a saltar. Podía sentir que un loco deseo de gritar trepaba insidiosamente desde el fondo de su estómago. Entonces debería inhalar tanto polvo que el esfuerzo por respirar desgarraría su corazón.

—Geraden. —Su voz era un susurro, tan desesperado como el polvo que ardía en sus pulmones—. Geraden. ¿Puedes oírme?

Pero, por supuesto, él no podía oírla. Ella había estado tendida encima de él, pero no en una posición que le proporcionara protección alguna. Y él estaba boca arriba, cara a la caída de piedras. Su cabeza debía haber sido aplastada inmediatamente. Todavía debía estar debajo de ella, en alguna parte, pero nada allí parecía lo bastante blando como para ser un cuerpo.

—Geraden. —Su mente, definitivamente, iba a saltar—. Geraden.

Había una salida, sin embargo. Le vino a la cabeza sin ninguna espectacularidad, casi sin ninguna sorpresa. Podía, simplemente, desvanecerse. Podía soltar todos sus hilos, olvidar su intensa lucha contra la irrealidad, y dejar que la oscuridad la arrastrara lejos. Entonces estaría a salvo. Viviera o muriera, estaría a salvo porque se habría ido.

Tan pronto como se le ocurrió la idea supo que iba a ser fácil. Ese tipo de fracaso siempre era fácil. La había estado llamando durante toda su vida, ofreciéndose para protegerla..., ofreciéndole la paz.

—¿Terisa?

La palabra fue un agitar de seco dolor, tan lejana que no pudo creer en ella.

—¿Terisa? —Imposiblemente débil, dolida, aplastada..., y terca, decidida a alcanzarla—. ¿Estás bien?

Un repentino sollozo cerró su garganta. Ahora no podía escapar. La seguridad era imposible. Él estaba allí con ella. Se sintió demasiado aliviada al oír su voz. Tenía que quedarse.

—¿Terisa? —Luchó por controlar su alarma—. ¿Estás bien? —Tosió—. ¿Puedes oírme?

—Geraden. —Un áspero nudo apretaba su garganta—. No puedo respirar. No puedo soportarlo.

—No lo intentes tan intensamente. —Su susurro llegó hasta ella desde algún lugar fuera de su alcance—. Respira pausada y superficialmente. Relájate. Estoy recibiendo aire de alguna parte.

Pese a la horrible distancia entre ellos, Terisa pudo captar su aflicción. Él también estaba de alguna forma aplastado.

—Seremos rescatados. Nos sacarán de aquí. Todo lo que tenemos que hacer es aguardar.

—No puedo. No puedo. —La presión de rechazar su única posibilidad de escapar la conducía hacia la histeria—. No puedo moverme. Me está rompiendo la espalda. ¡Geraden!

—No pienses en ello. —Su voz se deslizaba como polvo entre las piedras—. Arrójalo fuera de tu mente.

—No puedo. —Apretó los dientes para no gritar.

—Sí puedes. —De alguna forma, consiguió hablar con más fuerza—. No pienses en ello. Piensa en alguna otra cosa. Cuéntame lo que ocurrió. No recuerdo nada..., después de que el Maestro Gilbur me golpeará. ¿Trasladó al campeón?. ¿Lo detuvo el Castellano?.

Sólo por un momento, aquellas palabras consiguieron alejarla del pánico. ¿Geraden no recordaba...? ¿Había vuelto a la consciencia sin saber nada de dónde estaba o por qué...?.

—Terisa.

Hasta que no oyó el filo de necesidad en su llamada no comprendió cuánto dependía él de ella. Si la perdía ahora, él también podía empezar a gritar.

Muy dentro de sí misma, gimió: No puedo estoy siendo aplastada *¡no puedo resistirlo!* ¡Déjame ir!. Pero luchó por hacer lo que él estaba haciendo, luchó por pensar en él en vez de en ella misma. Él ni siquiera sabía cómo había resultado enterrado vivo.

—Lo intentaré.

Con rápidas y entrecortadas frases, fragmentos de explicación tan agitados como su respiración, le describió el resultado de la traslación del Maestro Gilbur.

Cuando hubo terminado él gruñó, luego guardó silencio. Antes de que el pánico volviera a apoderarse de ella, sin embargo, dijo:

—Eso prueba una cosa. Tú eres definitivamente la que necesitamos. La que salvará Mordant. Nuestro campeón.

—¿Qué? —jadeó Terisa—. ¿Qué estás diciendo?

—Siempre fue posible —las palabras brotaron como si las estuviera vomitando— que no fueras más que un accidente. Que de algún modo yo me hubiera equivocado. Pero eso significaría que el Maestro Gilbur tenía razón. Ahora sabemos que no es así. Su campeón no va a rescatarnos.

»Tú tienes que ser el auténtico campeón.

—Esto es una locura. —Podía sentir los huesos de su espina dorsal a punto de astillarse. El aire era cada vez peor. *Puedes hacerlo. Piensa en alguna otra cosa*—. Nada ha cambiado. No soy una Imagera. No comprendo nada. El Maestro Eremis es el único que puede salvar Mordant.

Las palabras murieron en su boca. Si aún estaba con vida... Se hallaba inmediatamente detrás de ella cuando emergió el campeón, ¿no era así? ¿Y si el derrumbe del techo lo había atrapado?. ¿Y si estaba muerto?. Una punzada de dolor la hizo agitarse bajo la presión de la piedra. El filo que cruzaba su espalda se asentó más cerca de ella.

—El Maestro Eremis. —De alguna forma, Geraden consiguió lanzar un bufido—. ¿Crees que él puede salvar Mordant?. Si puedes hacerme creer eso, no necesitas la



Imagería. Ya serás lo bastante poderosa sin ella.

Terisa se mordió los labios para no gritar. ¡No puedo resistirlo!

Cuando ella no respondió, él cambió su enfoque.

—Quizá debieras contarme todo eso acerca de que se suponía que podían matarme. Quiero comprender —pareció rechinar los dientes— por qué crees al Maestro Eremis.

—De acuerdo. —¡No puedo! *Sí puedes*. Su voz era lo único que impedía que la roca la partiera en dos.

Con un esfuerzo de voluntad, luchó por apartar de su mente el dolor y el polvo, el calor infernal, el peso de piedra que la emparedaba. Para ocupar su lugar, enfocó su atención en imágenes de Geraden: la línea de su mentón, la forma en que se rizaba su pelo encima de su frente (*la sangre que goteaba de su sien, la forma como el Maestro Gilbur le golpeó, aquel atractivo rostro aplastado bajo los cascos...* ¡No! No eso, no debía pensar en cosas así), el rápido potencial para la felicidad y la desdicha en sus ojos. Él era la razón por la que ella no podía fallar, no podía desvanecerse. Imaginarlo la ayudó a recordar las cosas que él deseaba saber.

Su relato fue errático, filtrado y alterado por la presión de las rocas. Sin embargo, se lo contó todo, de la mejor manera que pudo. Le relató lo que él ya había adivinado acerca de la decisión de la Cofradía de trasladar su campeón, así como de enviar al Maestro Eremis y al Maestro Gilbur a un encuentro con los señores de los Cares. El Maestro Eremis había arreglado aquel encuentro, pero se había opuesto a la traslación del campeón. Era el Maestro Quillón quien la había advertido de que no hablara con Geraden. *Sí puedes*. El encuentro y su resultado. Lo que podía recordar del Príncipe Kragen. El ataque del hombre de negro.

Cuando hubo terminado, contuvo por unos instantes el aliento, con la esperanza de que aquello aliviara la presión en su pecho. Pero no lo hizo.

La reacción de Geraden la sorprendió. Con una voz que sonó aún más distante y solitaria, murmuró:

—Así pues, Quillón es un traidor.

—¿Qué quieres decir?

—El te advirtió que no hablaras conmigo porque sabía que yo le contaría al Rey Joyse lo de ese encuentro. Y lo del campeón.

—No. —El polvo se estaba volviendo piedra en sus pulmones. No podía mantener su equilibrio, no podía—. Si lo planteas de esta forma, entonces todos los Maestros son unos traidores. Ellos votaron a favor del campeón y el encuentro. El Maestro Quillón es simplemente más leal a ellos que al Rey Joyse. Y ha intentado mantenerte con vida.

Geraden, ayúdame.

Él meditó aquello por unos instantes.

—Tiene que haber un traidor en la Cofradía. —El dolor en su voz se estaba haciendo más fuerte—. El hombre que te atacó tenía que saber dónde estarías tú. Eso deja fuera a los señores y al Príncipe Kragen.

»¡Ay! —gruñó secamente.

Un momento más tarde, sin embargo, prosiguió, con un tono más agudo:

—Aunque Eremis les hubiera dicho que iba a traerte, ninguno de ellos sabía que tú existías cuando fuiste atacada la primera vez. Sólo la Cofradía. Y, para que ese hombre simplemente desapareciera..., se necesita Imagería. Algún Maestro te quiere muerta. Sabe que eres la única que puede salvar Mordant.

»Si no es Quillón, tiene que ser Eremis.

—No —dijo ella de nuevo. No es eso lo que quiero decir. No lo comprendes. Lo necesito. Los escombros se movieron de nuevo. Creyó sentir que sus costillas empezaban a ceder. Lo necesito para que me enseñe quién soy.

Por otra parte, el aire parecía estarse enfriando. Eso, en cualquier caso, era una bendición.

—Él está intentando *salvar* Mordant. ¿Acaso no puedes verlo?. Está intentando conseguir alianzas. Hallar formas de luchar. Porque el Rey Joyse no va a hacerlo.

—No, no veo eso —replicó Geraden, distante—. ¿No crees que resulta extraño por su parte el que te llevara a ese encuentro?. Tú no sabías que fuera a hacerlo. ¿Cómo pudo saberlo el hombre que te atacó?. ¿Y por qué huyó y te dejó?. Quizá fue a usar los espejos para que ese hombre pudiera aparecer y desaparecer.

—No. No. —No puedes comprender. Presión. Polvo. Me puse las ropas más incitadoras que pude encontrar y fui a sus aposentos por voluntad propia. Vamos..., *piensa* en ello—. No estás siendo justo. Tú estuviste con él esta mañana. Cuando vino a buscarme. Viste la forma como se comportó. No sabía que fui atacada.

»Hubiera debido prepararlo todo por anticipado. ¿Cómo podía saber cómo iba a terminar el encuentro? Él deseaba que tuviera éxito. Seguro que no lo saboté.

—El Fayle estaba allí —murmuró Geraden—. Él nunca querrá tener nada que ver con la ilícita Imagería. Todo el mundo sabe eso.

Ella no escuchaba. Su concentración estaba enfocada en lo que ella misma intentaba decir. Era importante..., sabía que era importante. *Sí puedes*. Si sobrevivía a aquello —y el Maestro Eremis había sobrevivido también—, tenía que hablar inmediatamente con él. El Maestro Eremis necesitaba saber que había un traidor en la Cofradía.

—¿Y cómo podía él saber a qué aposentos me llevaría el Rey Joyse? El primer ataque tuvo que ser planeado también por anticipado. Pero ninguno de los Maestros sabía que tú ibas a encontrarme a mí en vez de al campeón.

Geraden tosió quedamente. Luego le oyó jadear, como presa de irresistibles arcadas.

Al instante, todo lo demás se borró de su mente. ¡Geraden estaba siendo aplastado!

—¡Geraden! ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

Durante un tiempo no respondió. Ella lo vio mentalmente, colgando de la presa del Maestro Gilbur, cayendo, siempre cayendo, la cabeza una informe masa de sangre y astillas de hueso. Se agitó de nuevo locamente, incapaz de moverse en lo más mínimo.

—*Geraden.*

—Lo siento. —Ante su sorprendido alivio, sonaba mejor—. No pretendía asustarte. Las rocas siguen moviéndose. Por un momento sentí una opresión más fuerte en mi garganta. ¿Puedes respirar mejor?

Al principio ella no tuvo idea de lo que él quería decir. Si acaso, el polvo era más denso que nunca. Pero entonces se dio cuenta de que el aire era mucho más frío..., notablemente más frío que los cascotes acumulados a su alrededor. Era casi helado.

—Están acercándose —dijo él—. Van a rescatarnos. Van a sacarnos de aquí.

Incapaz de controlarse, Terisa estalló en sollozos.

Pareció tomar una eternidad. Luego, todo ocurrió simultáneamente. El aire se hizo más y más frío, enfriando las rocas, enfriando la desesperada presión sobre sus pulmones; pero no hubo ningún cambio excepto un incremento en el movimiento de las rocas. Eso casi la sumió en el pánico: cada sutil movimiento amenazaba con romper los huesos de su espalda. No podía retener los sollozos. Afortunadamente, la proximidad de Geraden la ayudaba. Y sabía cómo aferrarse a la realidad cuando cada parte de ella parecía estar desvaneciéndose.

Y, de pronto, el peso sobre ella simplemente desapareció, como si ya no fuera real. Oyó voces; más piedras se desvanecieron. Unas manos hurgaron entre los escombros para sujetar sus brazos con alarmada brusquedad y alzarla.

Todavía estaba llorando, pero las lágrimas eliminaron la suciedad de sus ojos. Recuperó la visión a tiempo para ver a Artagel extraer a Geraden de debajo del lugar donde ella había permanecido tendida.

El Maestro Quillón la sujetó.

—¿Te encuentras bien, mi dama? —Él también parecía estar llorando—. ¿Te encuentras bien? —Su preocupación sonaba tan maravillosa como la presa de sus brazos, y el frío aire lleno de nieve, y la libertad de movimientos.

Geraden se aferró a su hermano y tosió como si sus pulmones estuvieran desgarrados. Pero respiraba. Nada en él parecía aplastado. El polvo ocultaba las huellas de la sangre en su sien.

La nieve que caía hacía que el aire pareciera tan oscuro como en el crepúsculo, pero pudo ver lo que quedaba de la cámara de reuniones de la Cofradía. Más allá de los destrozados muñones de las columnas, las puertas estaban abiertas. Enormes

cantidades de piedras rotas cubrían aún el suelo. Al menos una docena de Maestros —y muchos guardias con palas, picos y palancas— sujetaban espejos entre los escombros.

Captó un atisbo del Maestro Eremis; luego, el hombre se alejó como si tuviera prisa.

Bruscamente, Artagel exclamó:

—¡Lo conseguimos! —y los guardias dejaron caer sus herramientas y lanzaron vítores.

—Fue un terrible error —murmuró el Maestro Barsonage. Tras el polvo que formaba como una máscara sobre su rostro, sus ojos estaban rojos de debilidad. Aferró un alto espejo que Terisa reconoció inmediatamente..., el cristal que reflejaba el paisaje marino. Los hombros del mediador se agitaron, agotados—. Nunca hubiéramos debido correr el riesgo de llamar a ese campeón. Fuimos todos unos locos. El Castellano Lebbick tiene a cincuenta hombres persiguiéndolo, pero dudo que sean suficientes. De todos modos, hemos tenido más suerte de la que merecíamos. Sólo hemos perdido dos Maestros. —Dijo dos nombres que ella no conocía—. Y vosotros estáis vivos.

—Te ruego que me disculpes, mi dama —terminó, con voz incierta—. Fuimos estúpidos..., pero no pretendíamos haceros ningún daño.

Geraden se pasó una mano por el pelo, alzando una nube de polvo.

—Cuéntale eso al Maestro Gilbur. —Estaba sonriendo—. Si me llega a golpear un poco más fuerte, me rompe el cuello. —Pero parecía incapaz de mantener sus ojos enfocados—. Con tu permiso, mi dama —le dijo a Terisa—, creo que voy a echarme por unos momentos.

Suavemente, como si fuera la cosa más graciosamente elegante que hubiera hecho en su vida, se desvaneció en brazos de Artagel.

Había una enorme brecha en el techo de la cámara, y una sección del nivel de arriba se había hundido también; pero los peores daños estaban a un lado, donde el campeón había quemado su camino hacia arriba y a través del muro. La nieve entraba en torbellinos, empujada por un constante viento. Caía lo bastante intensa como para acumularse en el pelo del Maestro Gilbur y formar dos montones sobre los amplios hombros del mediador.

Geraden creía que ella iba a salvar Mordant.

Cuando alzó la vista hacia la nieve, Terisa creyó oír el distante vibrar de cuernos.

## Ideas románticas

Estaba temblando. La temperatura del aire parecía descender rápidamente..., aunque sabía que sólo era una reacción, sólo su cuerpo y su mente sufriendo las consecuencias de lo que habían pasado. Sus ropas grises, que antes le habían parecido tan cálidas y discretas, ahora no le ofrecían ninguna protección. El polvo de granito cubría hasta la última fibra de la tela, cubría hasta el último centímetro cuadrado de su piel, hacía que su pelo tuviera el aspecto de lana sucia.

Por otra parte, era capaz de comprender por qué Geraden se había desvanecido.

Pero alguien metió un tosco vaso de soldado ante su rostro. Lo tomó y lo apuró de un trago, porque pensó que contenía vino.

El líquido resultó ser coñac barato. Un espasmo anudó su pecho. Cuando dejó de toser y jadear, sin embargo, se sintió mejor. Sus ojos se habían liberado de más polvo y sus pulmones se estaban despejando. Se sintió un poco más caliente.

Geraden seguía inconsciente. Artagel lo había depositado tendido sobre los cascotes, y un hombre con un chaleco gris y unos pantalones sueltos de algodón lo estaba examinando. Tras escuchar su pecho y controlar su pulso, el hombre limpió el polvo de su rostro, observó y desinfectó la herida en su sien, luego tomó un frasquito de un maletín de piel y derramó algo de un líquido entre sus labios.

Tras todas estas operaciones, el hombre se puso en pie y anunció con voz tranquila:

—Duerme. —Al parecer, era médico—. No parece seriamente herido. Llévalo a su cama. Dejadle descansar una o dos horas. Luego despertadlo para que tome un baño y coma algo. Si se queja de algo, o si resulta difícil despertarle..., avisadme; acudiré de inmediato.

Artagel asintió, y el hombre se volvió hacia Terisa.

—¿Estás herida, mi dama?

Ella comprobó sus brazos y piernas. Parecían innaturalmente rígidos y no podía dejar de temblar, pero no parecía haber nada dañado.

El médico la escrutó analíticamente.

—Cabe esperar hematomas y dolores de cabeza. Pero si descubres algún dolor profundo o hinchazón más grande de lo normal, si sufres mareos o desvanecimientos prolongados..., haz que me llamen.

Recogió su maletín y abandonó la cámara.

Artagel cogió a Geraden en brazos.

—Cuida de él —murmuró Terisa. Artagel le devolvió una sonrisa y se alejó, cargando a su hermano como si fuera una pluma.

—Ven, mi dama —el Maestro Quillón seguía sosteniéndola—. Regresaremos a

tus aposentos. Tú también necesitas un poco de descanso, un baño y algo que comer.

—Sí —suspiró el Maestro Barsonage—. Todos debemos descansar. Y pensar. Debemos hallar alguna forma de combatir a este campeón. Ahora que su espejo está roto, no tenemos ningún arma utilizable contra él.

Reclinándose en el Maestro Quillón porque sus piernas parecían haber desarrollado ideas propias, Terisa dejó que el hombre la ayudara a salir de la cámara de reuniones.

Tan pronto como alcanzaron la relativa intimidad —y el aire cálido— de los corredores que conducían fuera del laborium, Terisa hizo la pregunta que obcecaba su mente:

—¿Está a salvo ahora Geraden? ¿Todavía tienen sus enemigos alguna razón para matarle?

El Maestro vaciló unos momentos.

—Mi dama, primero déjame explicarte que desconozco lo que esperan ganar los enemigos de Mordant con la presencia de este campeón. Por eso —añadió—, ignoro lo que *nosotros* esperamos ganar. Acepto las decisiones de la Cofradía porque soy un Imagero..., pero no comprendo esa decisión. Parece ser un peligro sin meta, alianza o propósito. Como tal, sus acciones serán aleatorias en sus efectos. Quizás ayuden a nuestros enemigos, quizás a nosotros.

»Sin embargo —prosiguió—, resulta claro que el peligro inmediato para Geraden es ahora menor. Si le contaras todo lo que sabes, ¿qué acción podría tomar él que amenazara a aquellos que no le quieren bien?

»Y, sin embargo, mi dama —dijo significativamente—, la *razón* de su peligro..., nunca he conseguido averiguar cuál es. No sé lo que lo convierte en una amenaza para sus enemigos, así que no puedo afirmar que su malicia contra él haya disminuido. Las razones para este peligro aún subsisten.»

Las palabras del Maestro Quillón hicieron que Terisa se estremeciera; pero las aceptó. Necesitaba mantener su mente funcionando. Puesto que el hombre parecía dispuesto a hablar, preguntó:

—¿Por qué no los detuvo el Rey Joyse? ¿Por qué aguardó tanto antes de enviar al Castellano Lebbick?

El Maestro carraspeó, incómodo.

—Mi dama, el Fayle intentó advertir al Rey Joyse, pero no fue escuchado. El Rey se negó a oírle. El Castellano Lebbick no recibió ninguna orden de intervenir. Actuó por iniciativa propia, después de que el Fayle hablara con él.

—Pero, ¿por qué? —insistió ella—. Creía que el Rey Joyse se oponía a ese tipo de traslación. Pensé que ésa era precisamente una de las razones por las que había creado la Cofradía..., para tener a todos los Imageros en un solo lugar y asegurarse de que no efectuaran más traslaciones involuntarias.

El Maestro Quillón bufó exasperado.

—Si yo me hallara en situación de explicar las acciones e inacciones de nuestro Rey, la necesidad de Mordant sería muy diferente de la que es ahora.

Ésa fue la mejor respuesta que pudo extraerle.

La llevó a través de asustadas, tensas y curiosas multitudes en dirección a su torre. Cuando alcanzaron su suite, hallaron las puertas sin guardias.

—¡Maravilloso! —murmuró con furia el Maestro—. Por las estrellas, esto es perfecto.

La confusión había empezado a infiltrarse como niebla entre las rendijas y grietas del cerebro de Terisa. Su reacción a lo que había ocurrido se iba haciendo más y más fuerte. Como una mujer con la cabeza llena de algodón, preguntó:

—¿Qué es perfecto?

—Los guardias. —El Maestro Quillón se detuvo y clavó los puños en sus caderas; su cabeza efectuó retorcidos movimientos mientras su mirada alanceaba en todas direcciones—. Fueron llamados a cavar entre los escombros. Estás desprotegida. Si ese carnicero que desea tu vida elige este momento para atacar de nuevo, estás perdida.

Evidentemente, lo que estaba diciendo era importante para él. Sin embargo, de alguna forma, había fallado en algo. Cuidadosamente, Terisa preguntó:

—¿Cómo sabes acerca de esto?

Él la miró agudamente, sin dejar de fruncir la nariz.

—Mi dama, necesitas descansar. Y sugiero una cierta cantidad de vino. Pero estás desprotegida.

—Repito. —Era difícil hablar en voz alta. No se lo dije a nadie. Ni Artagel tampoco. Estoy segura de que el Príncipe Kragen y el Perdon tampoco lo han hecho—. ¿Cómo sabes que fui atacada esta última noche?

—¿Esta última noche?. —La sorpresa hizo que su voz se convirtiera en un chillido—. ¿Fuiste atacada esta última noche? ¿Por el mismo hombre?

Ella asintió, entumecidamente.

—¡Ruina y condenación!. Por la más pura arena de los sueños, ¿por qué se molesta Lebbick en entrenar a esa carne muerta que utiliza como guardias?. — Quillón logró controlarse con un esfuerzo. Se enfrentó directamente a ella y preguntó —: Mi dama, ¿cómo sobreviviste?

—Artagel me salvó. Geraden le había pedido que cuidara de mí.

—¡Gracias a las estrellas —jadeó fervientemente el Maestro Quillón— por las interminables interferencias de ese impetuoso cachorrillo! —Casi inmediatamente, preguntó—: ¿Por qué no se lo dijo a nadie?

Ella le miró y parpadeó, incapaz de sondear su inquietud. Aquello se estaba prolongando demasiado. Deseaba echarse y descansar. Para detenerle, preguntó:

—¿En quién esperas que confíe?

Sólo por un momento, el Maestro pareció tan miserable y desamparado como un conejo empapado por la lluvia. Luego agitó la cabeza y frunció el ceño.

—Te comprendo, mi dama. No estás en una posición fácil. Algún día mejorará..., si sobrevives hasta entonces.

»Entra en tus aposentos —siguió bruscamente—. Cierra bien la puerta por dentro. Yo montaré guardia hasta que los hombres de Lebbick regresen a sus puestos.

»Tan pronto como sea posible, haré que tu doncella te traiga comida y vino.

La niebla se estaba haciendo más densa. Ella le miró inexpresivamente.

La expresión de él se suavizó.

—Ve, mi dama. —Tomó su brazo para empujarla hacia la puerta—. Necesitas descansar. Y, si sigues de pie aquí, tu desconfianza se convertirá en algo insoportable para mí.

De alguna forma, su extraña mezcla de preocupación y pesar fue suficiente para hacer que se moviera. Entró en sus aposentos y cerró la puerta a sus espaldas.

Tras lo cual, sin embargo, la capacidad para actuar la abandonó. Olvidó correr por dentro el cerrojo. De pie en el centro de la estancia, contempló las ventanas. Estaban cegadas por la tormenta. La nieve se acumulaba en el repecho fuera de los cristales; la nieve atrapaba la luz de la habitación y la reflejaba de vuelta. Los copos giraban y giraban como destellos de luz, pero detrás de ellos todo estaba oscuro, tan impenetrable como la piedra.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que estaba tendida sobre la alfombra.

Se sentía débil y aturdida, pero con la cabeza más despejada, menos envuelta por la bruma.

Se puso cuidadosamente en pie y localizó la jarra de vino. Había sido llenada de nuevo, un hecho que le proporcionó una sensación de desprendida sorpresa hasta que se dio cuenta también de que su cama estaba hecha, los fuegos encendidos de nuevo, el depósito de leña vuelto a llenar..., hasta que recordó que había transcurrido mucho tiempo desde que había abandonado sus aposentos aquella mañana. El tiempo suficiente como para que Saddith hubiera cumplido con aquella parte de su trabajo.

Puesto que el Maestro Quillón le había dicho que lo hiciera, se sirvió un vaso de vino, lo bebió, se sirvió otro.

El vino pareció incrementar su desprendimiento, al tiempo que la hacía sentirse más segura. Ahora no se sorprendió cuando oyó voces al otro lado de su puerta.

—¿Cómo está? —preguntó una mujer.

—Tranquila, mi dama —respondió el Maestro Quillón.

—No me gusta que esté sola. —La mujer pareció dudar—. Pero, si está descansando, una llamada la molestará.

—Prueba la puerta —sugirió el Maestro. Terisa no pudo evaluar su tono a través



de la madera—. Creo que no la cerró por dentro.

—Gracias, Maestro Quillón.

El picaporte giró, y dama Myste entró en la habitación.

Cerró la puerta por dentro antes de volverse y ver a Terisa.

Iba envuelta en una abultada capa del color de la nieve sucia, demasiado pesada y cálida para ser llevada dentro de Orison. Firmemente apretada por sus brazos en torno a su cuerpo, la cubría desde el cuello hasta el suelo, y le hacía parecer como si estuviera intentado ocultar el azoramiento de haber ganado de pronto quince o veinte kilos. La rojez de sus mejillas y la transpiración de su frente mostraban que de hecho iba vestida de una forma demasiado cálida. Pero sonrió, y sus ojos parecieron destellar atentos, como si por primera vez en años estuviera viendo las cosas bien enfocadas.

—Terisa —dijo, estudiándola rápidamente—, estás bien. Necesitas un baño —hizo una mueca divertida—, pero estás bien. Me encanta. —Su placer era inconfundible—. Todo Orison sabe lo que has sufrido hoy. Tomando eso en consideración, te hallas imposiblemente bien. ¿Te he dicho alguna vez que eres más especial de lo que tú misma te das cuenta?

Aquella reacción dejó a Terisa desconcertada. Estaba segura de no ser especial. Por otra parte, le alegraba ver a Myste. Aunque habían transcurrido varios días desde su última conversación, recordaba que la hija del Rey deseaba ser su amiga.

Torpemente, preguntó:

—¿Quieres un poco de vino?

La sonrisa de la dama se convirtió en risa, luego se desvaneció y volvió a mostrarse seria.

—Me encantaría un poco de vino. Pero primero —dudó, como si un soplo de miedo la hiciera vacilar—, tienes que prometerme que me ocultarás.

El desconcierto de Terisa fue superior a todo lo imaginable.

—¿Ocultarte?

—Sólo hasta esta noche —dijo rápidamente Myste—. Hasta que se haya hecho oscuro. Luego me iré, y nadie sabrá que me has ayudado.

»Si no accedes —siguió—, no tengo tiempo para tomar tu vino. Debo marcharme de inmediato, con la esperanza de poder ocultarme en algún otro lugar.

—Espera un momento. —Terisa empezaba a sentirse débil de nuevo—. Espera un momento. —Hizo un gesto de atención con ambas manos—. ¿Qué quieres decir con que nadie lo sabrá? El Maestro Quillón ya lo sabe. Sabe que estás aquí.

—Sí, pero, ¿a quién se lo dirá? ¿A los guardias? ¿A tu doncella? Los Maestros de la Cofradía no se sienten inclinados a decirle nada a esa gente. Y, si arreglamos adecuadamente las cosas, no se dará cuenta del significado de lo que sabe hasta que yo me haya ido sana y salva.

»Entonces —la expresión de la dama era apenada, pero sostuvo la mirada de Terisa—, te pediré que mientas por mí. Cuando el Maestro Quillón diga lo que sabe, y te pregunten qué ha sido de mí..., diles que volví a marcharme poco después de mi llegada, y que los guardias no se dieron cuenta de ello. O di simplemente que no sabes dónde me he ido.

»Terisa, no te pediría esto si tuviera alguna otra solución.

—No, espera un momento —dijo de nuevo Terisa—. No lo entiendo. ¿Adónde vas?

Myste fue a responder, luego hizo un brusco gesto reclamando silencio.

Terisa oyó la voz de Saddith.

—¿Está bien mi dama? Vine tan pronto como supe que había sido rescatada.

—Está bien —respondió el Maestro Quillón—. Antes de que la veas, ve a llamar a los guardias que se supone que deberían estar aquí. Tengo otras cosas más importantes que hacer que estar de pie delante de esta puerta todo el resto de la tarde. Y trae comida y vino.

—Sí, Maestro.

Mientras Saddith se alejaba, Myste alzó los hombros en un gesto de ya-te-lo-dije.

—Volverá —siseó urgentemente Terisa—. ¿Adónde vas?

La hija del Rey parecía inquieta, un poco triste..., y sin embargo excitada, como ardiendo por dentro con una fiebre personal.

—Si te lo digo, querrás detenerme. Debes prometerme que mantendrás mi secreto y no interferirás.

Terisa dudó. Su mente se había despejado lo suficiente como para captar que se le estaba pidiendo que hiciera algo que no podía evaluar, algo que tendría consecuencias que no podía predecir. Dudó porque no sabía qué decir.

Su silencio profundizó el dolor en el rostro de Myste.

—Perdoname —dijo en voz baja—. No debería pedirte tanto. Tus propias cargas ya son bastante pesadas. Me marcharé ahora mismo.

—¡No! —respondió Terisa, arrancada bruscamente de su incertidumbre—. No lo hagas. No le diré a nadie a dónde vas. Te ocultaré. Sólo deseo una explicación.

»Los Maestros trasladaron a su campeón, y se volvió loco furioso. Geraden y yo fuimos enterrados vivos. Están matando a gente. Aparecen y desaparecen. Todo el mundo traiciona a todo el mundo. —Geraden piensa que yo voy a salvar Mordant—. Tengo la sensación de que me estoy haciendo pedazos. Me gustaría comprender *algo*.

*Para su alivio, Myste le dirigió de inmediato una sonrisa y un asentimiento de cabeza.*

—Te explicaré de buen grado todo lo que pueda. Tranquilizará mi corazón. Si tú fueras Elegia —su sonrisa se convirtió en una irónica mueca—, pensarías que me he vuelto loca. Indudablemente, ésta es otra de lo que ella llama mis «ideas

románticas»..., la peor de un mal lote. Pero espero que tú lo comprendas.

»¿Puedo tomar un poco de vino?

—Por supuesto.

Medio enrojecida y medio complacida, Terisa llenó un segundo vaso y se lo tendió a la dama. Al mismo tiempo, Myste abrió su capa, la hizo caer con un movimiento de sus hombros y la apartó con un pie.

Debajo de la capa llevaba una pesada chaquetilla de piel de corte masculino, unos pantalones cosidos del mismo material, y botas claramente hechas para viajar. La voluminosidad que cubría la capa estaba causada por un cierto número de bolsas — aparentemente llenas de provisiones— que colgaban de su hombro, sujetas a una correa en bandolera. Llevaba armas al cinto..., una larga daga de esgrima y un puñal corto.

Pidió permiso para sentarse. Terisa asintió de inmediato y ocupó aliviada otra silla: sus rodillas parecían volverse cada vez más débiles en vez de más fuertes.

—Terisa —empezó Myste tras un largo sorbo de vino—. Desde un principio creí que estarías dispuesta a ayudarme. Creo que me comprenderás. Pero no quiero imponer a nadie lo que pienso hacer. Aunque realmente no tengo otra elección.

»¿Te das cuenta —preguntó lentamente— de que Orison está cribado de pasadizos secretos?

Tomada por sorpresa, Terisa dijo, antes de tener la oportunidad de pensar:

—Sí. Hay uno en mi dormitorio.

Myste sonrió para sí misma, y el enfoque de sus ojos derivó hacia la distancia.

—Apenas llevas diez días entre nosotros, y ya has aprendido tanto. Yo no lo hubiera hecho tan bien. Siempre he sido una mujer que podría vivir años sin aprender nada de tales cosas. Pero Elega tiene otro espíritu. Cuando tenía doce años, explorar los pasadizos secretos de Orison se había convertido en su pasatiempo favorito.

»No pudo interesar a Torrent en ello, así que a menudo me animaba a mí a que fuera con ella.

»Si tuvieras que caracterizarnos cuando éramos niñas —comentó—, hubieras podido decir que Elega era atrevida; Torrent, tímida; Myste, soñadora. En cierto sentido, yo hallaba los pasadizos secretos más excitantes que Elega. Ella hubiera dicho que yo los encontraba "románticos". Pero, en otro sentido, yo no los necesitaba. Los exploraba con ella simplemente para complacer mi imaginación. Luego me quedaba satisfecha. Finalmente, empecé a ignorar sus peticiones de que la acompañara.

»Pero había aprendido ya lo suficiente para lo que pretendo hacer ahora.

»Terisa, puede que no sepas que todos los pasadizos no se conectan entre sí. Fueron construidos en épocas distintas, para propósitos diferentes. La mayoría dan acceso a sólo unos cuantos puntos de Orison.

»Mi conocimiento de los pasadizos no es extenso. La única entrada que conozco al que necesito, el pasadizo que conduce a donde debo ir, se halla en el armario de tu dormitorio. Por eso no tuve otra elección más que acudir a tí.

Terisa estuvo a punto de preguntar: ¿Quieres decir que desear ir a donde vive el Adepto Havelock? Pero recordó que el pasadizo tenía varios ramales y mantuvo la boca cerrada.

—Si no he olvidado lo que Elegia y yo aprendimos juntas —dijo cuidadosamente Myste—, si no confundo imaginación y memoria, un ramal de este pasadizo conduce hasta el laborium, cerca de la cámara de reuniones de los Maestros.

Terisa no pudo impedir el preguntar:

—¿Por qué deseas ir *allí*?

Firmemente, la dama respondió:

—Desde allí puedo abandonar Orison sin ser vista a través de la brecha en el muro. No conozco ninguna salida privada, y el Castellano Lebbick vigila todas las públicas mucho mejor de lo que la gente cree. Si no consigo salir sin ser vista, seré llevada de vuelta en contra de mi voluntad, y lo que debo hacer se quedará en nada.

»Por supuesto, la brecha estará vigilada. Pero esa vigilancia será nueva para los guardias. Su misión será la de impedir que entren los enemigos, no que salgan los amigos. Y, si esta nevada continúa, me ocultará. Quizá pueda conseguirlo.

La sensación de niebla empezó a llenar de nuevo la cabeza de Terisa. Necesitaba dormir..., un baño, una comida y sueño, por este orden. Lentamente, como si se estuviera volviendo estúpida, preguntó:

—¿Qué es lo que deseas hacer? ¿Qué es tan importante que debes escabullirte fuera con este tiempo?

Articulando con precisión cada palabra, como una mujer controlando el impulso de hablar atropelladamente, Myste dijo:

—Deseo hallar a este pobre y perdido hombre que los Maestros llaman su campeón. Necesita desesperadamente ayuda.

—¿Ayuda? —Terisa casi se atragantó—. ¿Dices que necesita *ayuda*?

Myste hizo un gesto de advertencia, indicando a Terisa que bajara la voz.

—Hubiera podido quemar todo este lugar hasta sus cimientos —susurró intensamente Terisa: Casi me mató—. ¿Y tú crees que necesita *ayuda*?

»Casi me mató. Pese a que dijo: *No disparo contra las mujeres*.

—Hubiera podido —admitió rápidamente la dama—. Hubiera podido matarnos a todos. Pero no lo hizo. ¿Acaso eso no dice algo importante sobre él..., algo crucial para comprenderle, a él y su tremenda dificultad?

—¡Sí! —siseó en respuesta Terisa—. Dice que no desea malgastar su poder hasta saber en qué tipo de lío está metido..., a cuánta gente deberá matar para seguir con vida.

De pronto, Myste se puso furiosa. Se alzó en pie.

—Quizá tengas razón —respondió—. Quizá sólo busque racionalizar su capacidad de matar Pero, ¿crees que los soldados del Castellano Lebbick le enseñarán contención? No. Lo empujarán de asesinato en asesinato, buscando la oportunidad de matarlo a su vez. Si debe ser detenido, debe serlo sólo por alguien que no pueda causarle ningún daño.

La dama hubiera seguido hablando: evidentemente, aún tenía más que decir. Pero se detuvo ante el sonido de voces.

—El Castellano envía sus disculpas, Maestro —el tono de Saddith era animado e insincero: al parecer, no aspiraba al lecho del Maestro Quillón—. Lamenta que hayas sido retenido tanto tiempo de guardia aquí. Serás relevado dentro de muy poco.

Llamó alegremente a la puerta.

—¿Me ocultarás? —jadeó Myste.

—Dije que lo haría —respondió en voz baja Terisa. Luego admitió—: Aunque no sé cómo.

La dama recogió su capa.

—Déjala entrar. Me ocultaré en uno de los armarios. —No olvidó su vaso—. Intenta retenerla aquí por un tiempo..., el suficiente para que los guardias releven al Maestro Quillón. Ellos no sabrán que yo estoy aquí, así que no esperarán verme marchar. —Su excitación había vuelto—. Pero no dejes que te busque ropa nueva del armario. Si me encuentra aquí, seguro que hablará de ello.

Sin un sonido, Myste abandonó la salita.

Saddith llamó de nuevo.

Por un momento Terisa tuvo la sensación como si un carámbano se aposentara en su estómago. Fue incapaz de moverse. Aquello era peor que simplemente decir mentiras: aquello era un activo subterfugio. Tenía que engañar a Saddith. Y se sentía demasiado débil y torpe para resistirlo. El frío la paralizó.

Pero al instante siguiente un salto de su imaginación le dijo lo que le iba a ocurrir si no actuaba. Saddith llamaría de nuevo. Si no había respuesta, se volvería al Maestro Quillón para preguntarle qué debía hacer. Y el Maestro Quillón se preocuparía. Diría algo así como:

—Puede que dama Terisa esté dormida. Pero dama Myste está con ella. Debería responder. —Y entonces Myste estaría perdida.

Aguijoneada por el pánico, Terisa halló la fuerza suficiente en sus piernas para dirigirse apresuradamente hacia la puerta.

Cuando la abrió, Saddith entró en la habitación como un yate de exposición, los botones inferiores de su blusa tensos en su intento de contener sus pechos. Su actitud dejaba muy claro que no tenía en muy buen concepto al Maestro Quillón.

Colocó una cargada bandeja sobre una mesa mientras Terisa cerraba la puerta.

—Ese hombre —dijo, con toda intención de ser oída desde el otro lado— debería ser más educado. Puedo realizar perfectamente mis deberes sin necesidad del beneficio de sus instrucciones.

Tras dejar la bandeja, examinó a Terisa.

Su reacción inmediata fue una mirada divertida y un acceso de risa.

—¡Mi dama, tu aspecto es espantoso! —Inmediatamente, sin embargo, hizo un esfuerzo por disimular su regocijo—. Mi pobre dama, qué terrible tiene que haber sido. Verte sepultada de esta forma. Y ser rescatada en este estado, con todos esos hombres a tu alrededor... —Fruunció el ceño—. Qué lástima que este poco agraciado traje no hubiera sufrido más daños. Unos cuantos desgarrones estratégicos hubieran hecho mucho para hacer tu apariencia más atractiva.

La doncella siguió charlando, al parecer controlando su deseo de echarse a reír al tiempo que decía lo que acudía a su cabeza. Hasta aquel momento, Terisa no había tenido la menor idea de qué hacer. Pero la sensación de debilidad que la hizo desear simplemente doblar las rodillas y olvidarlo todo acudió a su rescate con un ramalazo de inspiración.

—Necesito ayuda —murmuró—. Quiero tomar un baño, pero me desvanezco cada vez que intento desvestirme. —Había dejado suficiente polvo en la alfombra como para hacer creíble aquella afirmación—. Parece que no consigo calentarme.

A través de la niebla en su *cabeza*, se sentía notablemente aguda. Nadie podría decir en realidad que estaba mintiendo. Y ganaría un tiempo precioso mientras Saddith arreglaba las cosas para que trajeran agua caliente a sus aposentos.

Pero su imitación de fragilidad fue quizás un poco demasiado convincente. Con creciente simpatía, Saddith fue hacia ella y tomó su brazo.

—Mi pobre dama, apóyate en mí. Deberías sentarte. —Suavemente, empujó a Terisa hacia una silla—. Sólo necesitaré un momento para calentar un poco de agua. Luego te quitaré estas horribles ropas y te bañaré.

Incapaz de plantear ninguna objeción razonable, Terisa se sentó.

Saddith fue al cuarto de baño. Terisa oyó el ruido del agua al correr; luego la doncella salió con el cubo de estaño, que colocó en la chimenea, tan cerca de la parrilla como le fue posible. Mientras añadía leña al fuego, anunció:

—El cuarto de baño está demasiado frío. Te bañaré aquí.

Apartó la alfombra e hizo sitio delante del fuego. Luego trajo la bañera del cuarto de baño y la situó cerca de la chimenea. Después de eso, empezó a desvestir a Terisa.

Por primera vez desde su infancia, Terisa tuvo la experiencia de ser desvestida y bañada como un inválido. Aquello la hizo sentirse agudamente cohibida.

El resultado, sin embargo, fue innegablemente agradable..., sentada en la bañera delante de un cálido fuego mientras Saddith echaba agua caliente encima de su recién restregado pelo. El alivio de sentirse limpia y cálida compensó el azaramiento de los

comentarios de Saddith sobre su cuerpo. Cuando oyó los inconfundibles sonidos que indicaban que los guardias volvían a ocupar sus puestos al otro lado de su puerta — inconfundibles porque el Maestro Quillón se quejó amargamente del retraso mientras se marchaba—, creyó llegado el momento de iniciar su siguiente truco para librarse de Saddith sin permitir a la doncella que le trajera ninguna ropa.

—Se está maravillosamente aquí —murmuró—. Creo que simplemente me quedaré así un rato —hasta que tú te hayas ido—, y luego me meteré en la cama.

Saddith asintió aprobadoramente.

—Te traeré una bata.

—No, gracias —Terisa apenas consiguió no traicionar su sobresalto—. No necesito ninguna. El fuego es cálido, y hay muchas toallas. —Esperando que aquello ayudara, añadió, con voz ligeramente avergonzada—: Nunca llevo nada en la cama.

—Tonterías, mi dama —respondió la doncella—. ¿Y si cambias de opinión y decides comer algo antes de meterte en la cama?. No debes correr el riesgo de enfriarte.

Antes de que Terisa pudiera detenerla, Saddith entró en el dormitorio.

Terisa estuvo a punto de saltar fuera de la bañera. El agua chapoteó y chisporroteó en la chimenea mientras se ponía bruscamente en pie.

Pero Saddith regresó inmediatamente con la bata de terciopelo color borgoña al brazo y una expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Terisa, sintiendo que su corazón martilleaba.

—Nada, mi dama. —Saddith apartó su perplejidad con un enérgico movimiento de cabeza—. No puedo recordar el haber dejado tu bata sobre la silla cuando limpié la habitación esta mañana.

Terisa se sintió tan aturdida por el alivio que casi se derrumbó. Myste era mucho más rápida y previsoramente de lo que hubiera creído posible.

—La saqué yo —tuvo la impresión de oír su propia voz procedente de muy lejos— cuando pensé que podría desvestirme yo misma.

—Mi dama —dijo Saddith reprobadoramente—, no deberías permanecer así de pie toda mojada.

Tan calmadamente como si estuviera levitando, Terisa alargó una mano hacia una toalla.

Saddith envolvió una segunda toalla en torno a su pelo mientras Terisa se secaba. Cuando hubo terminado, salió de la bañera y dejó que Saddith deslizara la bata sobre sus hombros.

—Gracias —dijo de nuevo—. Ya puedes irte. —Había perdido su capacidad de ser sutil—. Estoy bien.

La doncella la estudió por unos instantes. Luego le guiñó un ojo.

—Creo —dijo, medio en broma, medio en serio— haber reconocido la voz de uno

de tus guardias. Tiene buena reputación en esos asuntos. Puede que halles relajante, y recompensador, si le pides que te caliente un poco tu cama. Si yo hubiera estado tan cerca de la muerte, me sentiría *ansiosa por recordarme* —se pasó sugerentemente las manos por las caderas— que la vida es algo que vale la pena vivir.

»Es el alto de ojos verdes —añadió, riendo alegremente mientras salía de la habitación.

Inmediatamente, Terisa se abalanzó hacia la puerta y corrió por dentro el cerrojo.

Cuando se volvió, halló a Myste de pie en el umbral del dormitorio. El rostro de la dama mostraba una expresión distraída y pensativa.

—Eso estuvo cerca —jadeó Terisa—. No sé cómo pudiste pensar tan rápido.

—¿Hum? —murmuró Myste. Su mente estaba a todas luces en otra parte—. Oh, la bata. —Desechó el tema con un encogimiento de hombros—. Terisa, creo que no es una buena idea dejar esa silla dentro de tu armario.

—¿Por qué no? —La sorpresa y la reacción dieron al tono de Terisa una nota de aspereza—. *No sé* dónde conducen esos pasadizos. Tengo que hacer algo para mantener a la gente fuera de aquí.

Una sonrisa hizo temblar ligeramente los labios de Myste.

—Entiendo tu punto de vista. La precaución es tentadora. La dificultad es que la posición de la silla anuncia a cualquiera que la vea que conoces la existencia del pasadizo. Me gustaría preguntarte cómo llegaste a descubrir...

Terisa contuvo el aliento.

—... pero no me debes ninguna explicación. Esperemos simplemente que tu doncella no transmita lo que sabe a oídos equivocados. Lo que sí puedo asegurarte es que tu vida va a volverse mucho más difícil si el Castellano Lebbick ve esa silla en tu armario.

—Oh. —Terisa dejó escapar el aire de sus pulmones en un suspiro de disgusto consigo misma—. Tienes razón. —¿Por qué no era *capaz* de pensar por sí misma en cosas como aquélla?.

Inmediatamente, el tono de Myste se hizo tranquilizador.

—De todos modos, dudo que tengas ningún motivo para preocuparte. Tu doncella ya debe haberle dicho a todo el mundo todo lo que es capaz de decir. Y el Castellano Lebbick no tiene ninguna razón para registrar tus aposentos.

—Espero que no. —Terisa hizo un esfuerzo por relajarse. Por supuesto, el Castellano no tenía ninguna razón para registrar sus aposentos. Probablemente estaba a salvo. Y la amable negativa de Myste a seguir preguntando acerca de cómo había descubierto el pasadizo fue otro alivio.

Poco a poco, empezó a darse cuenta de que el baño le había hecho un gran bien. Y la aguardaba una bandeja llena de comida. Cuando la olió, descubrió que tenía hambre. Invitó a Myste a unirse a ella y se sentó.



Myste había dejado su capa en el dormitorio. Retiró su bandolera y aceptó la invitación de Terisa.

Mientras comían, Terisa volvió al tema de las intenciones de Myste.

—Me estabas diciendo por qué crees que el campeón necesita tu ayuda. Era eso, ¿no? Al menos, eso era lo que yo no entendía. Tú ni siquiera lo conoces. ¿Qué significa todo eso para ti?.

La dama carraspeó y dio un sorbo a su vino.

—Haces varias preguntas a la vez. Probablemente la verdad no es más profunda que el hecho de que, cuando supe de su situación, sentí que se me encogía el corazón..., y, cuando pensé que podía ayudarle, el dolor se convirtió en *alegría*. Pero intentaré darte mis razones.

»El hecho de que necesita ayuda es evidente. Piensa. —Su mirada estaba fija en *algo más allá de la pared de la habitación*—. Es un hombre de guerra, acostumbrado a la hostilidad por todas partes. Su vida es la subyugación y la destrucción. Y ahora, de pronto, sin ninguna explicación, se encuentra solo en un mundo seguramente más poco familiar para él que cualquiera que haya conquistado nunca.

»Tú eres consciente del gran debate de la Imagería. La gente, los lugares y las criaturas que vemos en los espejos, ¿poseen existencia independiente, o son simplemente como reflejos en un charco de agua, irreales más allá del cristal al que han sido arrojados? ¿Es el campeón un hombre, merecedor de todos los derechos y respeto de un hombre? ¿O en realidad no es más que un animal..., un ser como un caballo que puede ser decentemente, incluso honorablemente, privado de su voluntad?.

»Terisa: en cualquiera de los dos casos, debe ser ayudado.

La excitación de Myste la impulsó a ponerse en pie. Empezó a caminar por la alfombra, arriba y abajo.

—Si es un hombre, como mi padre insistirá seguramente que lo es, entonces lo que han hecho los Maestros es abominable. No podemos juzgar si es o no un buen hombre: Quizá sea un horrible esclavista... Eso es algo que está más allá de nuestro conocimiento. Pero cualquier hombre merece algo mejor que ser arrancado de su vida, de su mundo, de su hogar, familia, propósito y explicación, para servir a lo que son, en esencia, los caprichos de los Imageros. ¡Piensa en él! No conoce a nadie aquí, no comprende nada. No fue invitado a aliarse a nosotros. Para él, nosotros debemos ser simplemente otro enemigo. Luchará contra nosotros hasta que se le agoten armas, comida y esperanza. Entonces morirá.

»Si es un hombre, su muerte será un asesinato...

»Si es menos que un hombre —continuó tras una larga pausa—, un ser comparable a un caballo o un perro de caza, entonces tiene derecho a recibir ayuda. Es una responsabilidad que acompaña al servicio que imponemos a los animales. A

cambio de lo que les exigimos, les proporcionamos comida, refugio, cuidados, quizás incluso afecto. Si no lo hacemos así, pocos nos llamarán admirables. ¿Acaso un campeón con la mente y las necesidades y los deseos de un hombre no merece al menos tanta consideración como un animal? Aunque en realidad no existiera hasta el momento mismo de su traslación, *es real ahora*, y no debería ser conducido a la muerte simplemente porque, como un animal, no comprende lo que queremos de él.

Quizá la reacción a los acontecimientos del día había dejado a Terisa algo aturdida; quizá sus emociones estaban saltando fuera de control. Fuera cual fuese la causa, su corazón se elevó mientras escuchaba a la dama. Se alegraba de haber decidido ayudar a Myste, se alegraba mucho. Aquello valía la pena hacerlo. Simplemente porque deseaba confirmación, dijo: —Quizá todo eso sea cierto. Pero, ¿qué tiene que ver contigo? ¿Por qué crees que debes salir subrepticamente de Orison y perseguirlo a pie con este tiempo?

Myste frunció el ceño por un instante, luego sonrió humildemente.

—Acabas de tocar mi punto más flaco. Soy un puñado de ideas románticas que desafían el sentido común. —Mientras hablaba, no obstante, pareció hacerse más fuerte—. Sin embargo, siempre he creído que los problemas deben ser resueltos por aquellos que los ven..., que, cuando se presenta una dificultad, la persona que es consciente de ella debe enfrentarla en vez de pasarla a alguien. —Su voz lanzó asomos de pasión como destellos de oro a la luz del fuego—. Y esto es más cierto aún para la hija de un rey. ¿Qué es un rey, sino un hombre que acepta la responsabilidad de los problemas cuando los ve? ¿Y no debe hacer su hija lo mismo?

Sus ojos llamearon como los de Elegia cuando miró fijamente a Terisa.

—Pero la verdad —dijo, tan intensamente como si gritara— es que *desea* ir. Estoy cansada de aguardar a que mi vida tenga algún propósito.

Inmediatamente, sin embargo, hizo un esfuerzo para frenar su entusiasmo.

—Romántica, como he dicho. —Rió torpemente—. Pero no puedo afirmar que me haya sentido feliz desde lo del salón de audiencias, desde que mi padre —se agitó incómoda al mencionarlo— te obligó a jugar al brinco contra el Príncipe Kragen. Cuando mi madre y Torrent se fueron, yo me quedé en Orison porque creía tener un propósito. Deseaba que hubiera al menos una persona al lado del Rey que creyera en él si decidía explicarse. Quizá no pudiera ayudarlo a resolver los problemas de Mordant, pero sí podría ofrecerle la compañía y el apoyo de mi voluntad.

»Pero cuando, por un capricho, insultó a un embajador de Alend hasta el punto de desencadenar una guerra, ¡por un *capricho*, Terisa!, yo fui tras él, y se negó a escucharme. —No podía retener su emoción—. "Mi hija y ese Kragen pretenden traicionarme", me dijo. "Ya han empezado a hacerlo. Vete. Estoy cansado de hijas." Luego cerró de un portazo.

De nuevo Myste guardó silencio por un rato. Pero luego se encogió de hombros, y

aquel pequeño gesto pareció restablecer su equilibrio, su excitación.

—Sigo siendo lo suficiente su hija como para desear emprender una acción cuando veo su necesidad. Y *no* deseo que él continúe como lo está haciendo.

Terisa hizo todo lo posible por ayudar. Lentamente, dijo:

—Cuando el campeón apareció, estuvo a punto de matarme. Pero se detuvo. Dijo: «No disparo contra las mujeres».

Myste sonrió como si un rayo de sol atravesara la tormenta que estaba amontonando nieve sobre Orison.

La nevada empezó a menguar poco después del atardecer, Puesto que no quería correr el riesgo de partir de Orison bajo un cielo claro y una luminosa luna, a través de una extensión de nieve virgen donde dejaría claras huellas, Myste abandonó pronto los aposentos de Terisa. Con las provisiones al hombro, bajo su capa, y una pequeña lámpara de aceite en una mano, abrió la puerta oculta y cruzó el armario hacia el pasadizo.

—Ve con cuidado —susurró Terisa tras ella—. Si te pierdes y el Castellano Lebbick tiene que enviar un grupo de búsqueda para encontrarte, las dos vamos a quedar como un par de tontas.

—No dejes que Lebbick te preocupe —respondió la dama casi alegremente—. Hace todo esto sólo porque quiere a mi padre. Te doy las gracias con todo mi corazón. Creo que no he sido tan feliz desde hace años.

Como si se le ocurriera en aquellos momentos, Terisa preguntó:

—¿Qué debo decirle a Elega?

Con la lámpara frente a ella, Myste parecía estar de pie al borde de un pozo de oscuridad.

—No le digas nada. —Su voz tenía un sonido hueco, como un eco—. Obsérvala. Si tiene realmente intención de traicionar al Rey, detenía.

¿Y cómo esperas que lo haga?, preguntó Terisa. Pero no lo dijo en voz alta. Myste ya había desaparecido.

Oh, bueno. Terisa cerró el acceso al pasadizo y salió del armario. Mañana buscaría al Maestro Eremis. Necesitaba saber cómo había sido traicionado. Por alguna razón, la perspectiva de hablar con él no la sedujo. Prefería pensar en Myste.

Deseaba creer que algún día tendría tanto valor como la hija del Rey.

Tan pronto como se metió en la cama se quedó profundamente dormida, y no se despertó en toda la noche.

Fue despertada temprano a la mañana siguiente por el sonido de cuernos.

La arrancó de la cama como si fuera la llamada de sus sueños, el distante y doloroso embrujo de la música o la caza. Con demasiada prisa para darse cuenta de que los fuegos estaban casi apagados y el aire helado, salió desnuda del dormitorio, buscando la fuente de lo que acababa de oír.

Lo oyó de nuevo.

No era la llamada que recordaba. Era el sonido de una trompeta, la misma solitaria fanfarria que había dado la bienvenida a la llegada de los señores de los Cares a Orison.

Ahora se recuperó lo suficiente como para notar el frío. Pese a todo, fue a la ventana y miró al lodoso patio.

La trompeta sonó de nuevo. Al parecer, cada uno de los señores que se marchaban recibía un saludo personal. Vio al Fayle y su séquito emerger por la puerta con el Perdon tras él, mientras el Termigan hacía que su caballo se alejara cabrioleando de los guardias formalmente alineados tras el Castellano Lebbick. Luego llegó el Armigite, acompañado por sus guardias y cortesanos..., y por dos o tres mujeres. Quizá fueran sus amantes o cortesanas.

El último era el Príncipe Kragen.

Así que también se iba. Al parecer, él —como los señores— había decidido permanecer sólo el tiempo suficiente como para evaluar las consecuencias de lo que había hecho la Cofradía. ¿Abandonaban Orison ahora porque ya no era seguro, ya no era una fortaleza a prueba de sitios..., o incluso del tiempo? ¿Tenía intención el Príncipe Kragen de traer la guerra que los señores de los Cares temían?

¿Cuánto iba a costarle a Mordant, al final, la traslación del campeón?

El frío de la piedra contra sus brazos y pechos la hizo estremecer. El ritmo de los acontecimientos se estaba acelerando. Creyó oír una salvaje nota de advertencia en la forma en que el nombre que hacía sonar la trompeta lanzaba su saludo cuando el Príncipe Kragen recibió su brusca despedida de Lebbick y se volvió hacia la puerta, rodeado por sus guardaespaldas.

Estremeciéndose violentamente, abandonó la ventana.

Primero cogió su bata y se envolvió apretadamente en ella; luego trabajó en sus fuegos, agitándolos y añadiéndoles nuevos troncos hasta que las llamas volvieron a brotar altas. Al cabo de un momento empezó a sentir de nuevo un poco más de calor.

Había ido acumulando un hambre sorprendente durante la noche. Pero Saddith no solía traerle su desayuno tan temprano. Cuando dejó de temblar, decidió que primero se vestiría, luego le pediría a uno de sus guardias que avisara a su doncella para que le trajera algo de comer.

Deseaba ponerse sus propias ropas: ya estaba harta de los vestidos de aquel lugar. Ante su sorpresa, sin embargo, no pudo hallar sus mocasines. Aquello era extraño. ¿Cuándo se los había puesto por última vez? Anteayer por la noche, para la reunión con los señores de los Cares. ¿Dónde estaban ahora?

¿Se los había llevado Saddith por alguna razón?

Con el ceño fruncido, terminó de vestirse, se puso de nuevo los delicados borceguíes, luego se dirigió a la puerta y descorrió el cerrojo.

Los guardias al otro lado parecían vagamente familiares: debían haber efectuado aquella misma guardia hacía poco. La saludaron, y uno de ellos le preguntó si necesitaba algo.

—¿Puedes avisar a mi doncella? —preguntó—. Desearía el desayuno.

—Por supuesto, mi dama. —Al cabo de un momento, el hombre añadió—: El Apr Geraden estuvo aquí antes, preguntando si te encontrabas bien. No me sorprendería si le viera de nuevo pronto. —Sonrió—. ¿Debo decirle que recibes visitas?

—Sí, gracias.

Sonriendo porque Geraden debía estar bien si su hermano y el médico le dejaban que se preocupara por los demás, cerró la puerta y regresó a sus ventanas para observar a la gente: guardias de servicio, servidores transportando provisiones, hombres y mujeres que se dirigían hacia las pocas tiendas ya abiertas en el extremo noroeste..., los observó mientras se dirigían a través del frío y el lodo del patio y ella aguardaba a Saddith o el Apr.

Pronto hubo una llamada a la puerta. Antes de que pudiera responder, el Castellano Lebbick entró a largas zancadas en la habitación y cerró fuertemente la puerta tras él.

Se detuvo en el centro de la alfombra para contemplarla fijamente. Tenía un brazo a la espalda, el otro apoyado en su cadera. Sus mandíbulas se agitaban furiosas; sus hombros estaban rígidos.

Sin embargo, sonreía.

—Mi dama —su tono era prácticamente alegre—, me has estado mintiendo.

Ante su propia sorpresa y alivio, Terisa no se encogió sobre sí misma. Ya se había enfrentado a él en una ocasión. Podía hacerlo de nuevo.

—Hubiera venido antes —comentó el Castellano con tono conversacional—, pero he estado ocupado. Estoy seguro de que no querrás saberlo, pero te lo contaré de todos modos.

»Iba ayer en tu busca cuando el Fayle me encontró y me dijo lo que esos mierda de cerdo de Imageros estaban haciendo. Después de todo aquel lío, por supuesto, tuve que organizar a mis hombres para que ayudaran a sacaros a ti y a Geraden de los escombros. Tuve que proporcionar protección a los señores de los Cares y —su boca se crispó en una sonrisa lobuna— al Príncipe Kragen, así como al Rey Joyse, en caso de que ese *campeón* decidiera atacarnos. Tuve que arreglar las cosas para perseguirlo y atraparlo, a fin de que no causara más daños. Puesto que sabía dónde estaba Eremis, no tuve que preocuparme por él. Pero tuve que pasar horas y emplear buenos hombres buscando a Gilbur.

»Sospecho que ya sabes lo demás. Pero te lo diré igualmente.

»Gilbur ha desaparecido. Desvanecido, tan completamente como si estuviera loco y pudiera utilizar cualquier cristal plano que deseara. Los señores se han ido. Puesto

que piensan que los Maestros se han vuelto locos, no están dispuestos a quedarse y apoyar al Rey. Tuve que dejar marcharse también al Príncipe Kragen. Es un *embajador*. —Sonrió como si considerara la perspectiva de hincar los dientes en ella—. Además, el campeón está libre.

—¿Libre? —El Castellano no había hecho ninguna mención de Myste. No estaba diciendo las cosas que esperaba Terisa. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. ¿Por qué deseaba «enfrentarse» a ella? ¿Cómo podía haberse desvanecido el Maestro Gilbur?—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, mi dama —respondió el hombre, con la voz como el filo de un hacha— que mis hombres fracasaron. Por supuesto, sólo envié cincuenta..., pero doscientos no lo hubieran hecho mejor.

»Oh, lo encontraron fácilmente. Esa extraña armadura suya no incluye alas. En cualquier caso, creo que además está herido. Así que hubieran debido ser capaces de retenerle. No les dije que lucharan. No deseaba provocarlo. Lo único que deseaba era mantenerlo quieto en alguna parte hasta que tuviéramos la oportunidad de decidir qué hacíamos con él.

»Pero su traslación había sido bien planeada. Gilbur y Eremis debieron trabajar mucho tiempo en ello. —Ahora la furia en su sonrisa era inconfundible—. Mis hombres tuvieron éxito.

Consiguieron detenerlo. Pero, antes de que pudieran hacer algo más que enviar un jinete a comunicármelo, fueron atacados. El aire frente a ellos se abrió, y un felino del tamaño de una *casa* pequeña saltó de la nada.

De alguna extraña forma, la ira sostenía al Castellano, como si fuera el alimento del que vivía.

—Un animal tan grande que hubiera sido formidable bajo cualquier circunstancia. Pero éste, mi dama..., éste incendiaba todo lo que tocaba. Carne y hierro eran yesca para él, y acabó con mis hombres como si fueran ganado. Sólo dos escaparon. Lo dejaron alimentándose de las carcasas carbonizadas. Tuve suerte de no haber enviado doscientos hombres. No puedo permitirme perder doscientos hombres.

»Desde entonces —siguió, algo más tranquilizado— he estado ahí fuera. La nieve hace fácil ver que el campeón y ese felino de fuego partieron en diferentes direcciones. Evidentemente, no tuvieron la cortesía de destruirse el uno al otro. Ahora tenemos dos abominaciones en nuestras manos, en vez de sólo una.

Terisa se estremeció involuntariamente. ¡Cincuenta hombres! Y hacia ahí era hacia donde había ido Myste... Casi gimió en voz alta: *¡Hacia ahí es hacia donde ha ido Myste!*

Pero todo esto había ocurrido ayer, y Myste no había abandonado Orison hasta esta última noche. Había grandes posibilidades de que tanto el campeón como el felino de fuego se hubieran ido hacía tanto tiempo que nunca pudiera alcanzarlos.

Inspiró profundamente para afirmarse y dijo:

—Eso es terrible. Pero no comprendo qué tiene que ver conmigo.

—Mi dama —respondió Lebbick como una afilada hoja—, en cierta forma, tú eres la responsable.

Ella empezó a protestar, pero él la cortó secamente:

—Ayer por la mañana, inmediatamente después de que te fueras de aquí con Eremis y Geraden, seguí tu consejo. «Trabajé» un poco. Registré tu habitación.

Por alguna razón, Terisa se dio cuenta de que tenía que apoyarse contra la pared para evitar que las rodillas se le doblaran.

—Descubrí una silla en tu armario. —Su satisfacción era tan intensa como su furia—. Y encontré eso.

Adelantó la mano que hasta entonces había mantenido a su espalda y mostró sus mocasines.

Mientras ella los contemplaba fijamente, dijo:

—Conseguiste limpiar toda la sangre de tus ropas. Pero esos mocasines son de piel. No pudiste hacer nada con las manchas de sangre de las suelas.

En aquel momento lo interrumpió una llamada a la puerta.

—¡Adelante! —restalló secamente.

La puerta se abrió, y Geraden entró en la habitación.

La atención de Terisa saltó hacia él como un vuelco de su corazón. Por un instante vio su fácil sonrisa y la luz del placer en sus ojos, y tuvo la sensación de que había sido rescatada, que su mera presencia allí sería suficiente para salvarla. Era leal al Rey Joyse..., y en consecuencia, lógicamente, debería situarse al lado del Castellano contra ella. Pero estaba convencida de que permanecería al lado de ella, ocurriera lo que ocurriese.

Al instante siguiente, sin embargo, su placer se transformó en alarma cuando Geraden se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Cautelosamente, inquirió:

—¿Castellano Lebbick? ¿Mi dama?

Lebbick hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza.

—Geraden. ¿Es esto un accidente, o has entrado a propósito? ¿Estás con ella en esto?

—¿En qué? —preguntó Geraden.

El Castellano lo estudió por un momento. Luego, hoscamente, casi amargamente, como si estuviera decepcionado, dijo:

—No, no lo creo. Eres capaz de casi cualquier cosa, cegado o mal guiado. Pero nunca traicionarías a tu Rey. El Domne te haría pedazos si lo intentaras.

—¿Estás acusando a dama Terisa de traición? —Geraden sonó algo asustado por su propia temeridad, pero decidido pese a todo—. ¿No es eso extraño? Quiero decir, ella ni siquiera es uno de sus súbditos. Él no tiene ninguna fuerza sobre ella. ¿Cómo

puede cometer traición?

El Castellano Lebbick volvió su mirada hacia Terisa. Ésta la sostuvo a fin de no tener que mirar a Geraden, de no permitir que su necesidad de él se reflejara en su rostro.

En voz baja, su acusador gruñó:

—¿Por qué estás aquí, muchacho?

—Esta mañana —respondió rápidamente Geraden—, la Cofradía celebrará un funeral por los dos Maestros que murieron ayer. Se solicita a dama Terisa que asista a la ceremonia.

—En otras palabras —el tono de Lebbick se afiló hasta convertirse en un látigo—, los Maestros necesitan decidir qué hacer respecto a Eremis y Gilbur, y no desean que nadie más lo sepa. —No le concedió a Geraden la oportunidad de responder—. Puedes decirles que dama Terisa no asistirá. Está bajo arresto. Puedes visitarla en su mazmorra cuando haya terminado de interrogarla.

Incapaz de contenerse, Terisa lanzó una muda súplica hacia Geraden. Vio que éste modulaba en silencio las palabras «bajo arresto», como si se sintiera abrumado. Durante el espacio entre dos latidos de su corazón, creyó que iba a protestar a su favor, hacer algo..., que incluso iba a saltar sobre Lebbick e intentar defenderla físicamente.

Pero no hizo nada de eso. Dijo:

—Se lo diré. —Dio media vuelta, salió de la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

¡Geraden! La había abandonado a la furia del Castellano Lebbick. ¡Geraden! Cuando más lo necesitaba, se daba la vuelta y se marchaba.

Sus rodillas amenazaron con fallarle. Pudo sentir el valor fluir fuera de ella como el agua de un frasco roto. Había estado tan *segura* de que él era su amigo...

—Veo que finalmente he conseguido tu atención —comentó maliciosamente el Castellano—. Sí, estás bajo arresto. A falta de nada mejor, eres acusada de participar en el asesinato de los guardaespaldas del Príncipe Kragen.

Realmente, hubiera sido mucho mejor si nunca hubiera ido allí, si no hubiera permitido que la sonrisa y el ansia de Geraden (y su breve, inexplicable autoridad) la persuadieran de ignorar su sentido común. No servía de nada fingir que tenía algo que hacer en aquel lugar, que su presencia allí podía cambiar algo.

—Voy a encerrarte en la celda más profunda y oscura, la que tiene las ratas más grandes..., y dejaré que te pudras allí hasta que me digas la verdad.

Todo el mundo estaba traicionando a todo el mundo; ella no era más que una pequeña anotación en todas las listas. No podía defenderse porque no podía imaginar absolutamente nada de lo que ocurría a su alrededor. Y no tenía a nadie a quien traicionar porque no había nadie de su lado.



—Si te sientes sola, podrás hablar con tu amante. Eremis estará en la celda contigua a la tuya. Si las cosas van como las tengo previstas, lo oirás gritar.

Aquello detuvo la espiral descendente de su desánimo. ¿Eremis? ¿Eremis arrestado? Aquello era malo..., peor que lo que le estaba ocurriendo a ella. El Maestro necesitaba su libertad. Mordant necesitaba que estuviera libre. Especialmente ahora, con la esperanza del campeón convertida en un desastre y los señores de regreso a sus Cares.

—Me gustaría que vieras lo estúpido que suena esto —dijo, como si se dirigiera a un total desconocido—. No he hecho nada. Nunca hago nada.

—¿Es eso un hecho? —el sarcasmo de Lebbick era tan denso como la sangre.

—Estás haciendo realmente un buen trabajo —siguió ella para no detenerse, para no darse cuenta de lo peligroso de su comportamiento—. Probablemente soy la única persona en Orison que es inocente de todo. Y el Maestro Eremis es probablemente la única persona que no merece estar encerrada.

—¡Por las tripas de una oveja! —bufó el Castellano—. Estás agotando mi paciencia, mi dama.

—Cosa que nunca fue el mejor de tus rasgos —respondió ella.

Por un momento el hombre la miró en silencio, quizá sorprendido; y durante ese momento ella fracasó en darse cuenta de que le estaba proporcionando exactamente lo que él deseaba. Entonces su sonrisa la advirtió. Pero, por supuesto, la advertencia llegó demasiado tarde. Su impremeditada incitación había proporcionado a su furia el objeto que deseaba.

—No —dijo, casi suavemente—, nunca fue el mejor de mis rasgos. —Sonreía como una barracuda.

La audacia de Terisa se convirtió en temor. Intentó retirarse instintivamente; pero la pared la retuvo allá donde estaba.

—Por supuesto, como señalaste antes, no tengo muchas pruebas. Ayer estuve demasiado ocupado para interrogar al Fayle o a ese mequetrefe del Armigite. Y hoy insistieron en marcharse. No pude negárselo.

»Pero no soy estúpido.

»Anteayer por la noche, la misma noche que mis guardias encontraron a los hombres del Príncipe Kragen, después de ser avisados por el Armigite..., el Fayle acudió a mí con la noticia de que Eremis y Gilbur intentaban trasladar a su campeón. Aquella misma noche, tú te marchaste de aquí con Eremis..., y volviste sola, cubierta de *sangre*. —Arrojó la palabra contra ella—. Por supuesto, eres inocente. Tu inocencia lavó la sangre de tus ropas, intentando librarse de cualquier cosa que pudiera conectarte con esos guardaespaldas muertos. Tu inocencia me mintió. Pero tu inocencia *olvidó* —blandió sus mocasines— que tu calzado te delataría.

»Por alguna sorprendente coincidencia, todos los señores excepto el Domne

estaban aquí al mismo tiempo. El Príncipe Kragen, el embajador de Alend, estaba también aquí. Al día siguiente la Cofradía realizó precipitadamente su traslación, apresurándose a efectuarla antes de que yo pudiera interferir. Cuando mis hombres intentaron detener a ese campeón, fue rescatado por otro ejercicio de Imagería.

»¿Qué esperas que haga yo de todo esto, mi dama? ¿Esperas que me muestre impresionado por la pureza de tu inocencia, mi dama, o por la sinceridad de los motivos de tu amante, mi dama?

La maldijo con intenso regocijo.

—Te diré lo que saco en claro de todo eso. —Sus maldiciones no le resultaban familiares, pero su pasión la hizo estremecer—. En primer lugar, es evidente que esta traslación estaba planeada desde hacía mucho tiempo. Los espejos no nacen a la existencia de la noche a la mañana. Aunque desconozco cómo lo hicieron —murmuró, medio para sí mismo—. ¿Dónde está el cristal que efectuó la traslación? —Luego prosiguió el ataque—. Puesto que fueron Eremis y Gilbur los que hablaron con el Fayle, y puesto que Gilbur ha desaparecido ahora, es evidente que ellos son los responsables.

»Pero, ¿qué ocurrió para producir dos hombres muertos y bastante sangre como para cinco o seis más?

»Una de dos cosas, mi dama, ambas de ellas traición. O bien Eremis y Gilbur se reunieron con los señores para planear la traición a Mordant por medio de su campeón, y el Príncipe Kragen fue descubierto espíandoles, y sus hombres murieron salvando su vida, o Eremis y Gilbur se reunieron con el Príncipe Kragen, y los señores los descubrieron planeando la traición a Mordant, y sus hombres murieron salvando su vida. En cualquiera de los dos casos, el Fayle me habló porque lo que Eremis y Gilbur pretendían hacer lo abrumó.

»¿Cómo puedo explicar la cantidad de sangre..., o la insuficiencia de cuerpos? La silla en tu armario responde a eso. Los hombres que lucharon por ti y murieron fueron retirados a uno de los pasadizos secretos.

»De hecho, esa silla explica mucho. Me cuenta cómo conseguiste sobrevivir cuando fuiste atacada la primera noche que estuviste aquí. Tus aliados, quiero decir los aliados de Eremis, salieron del pasadizo el tiempo suficiente para salvarte. Luego volvieron a su escondite.

Una sensación de horror trepó por la garganta de Terisa, ahogándola. ¡Estaba tan cerca!

—Además —prosiguió el Castellano—, normalmente, yo hubiera dicho que no llevabas aquí el tiempo suficiente como para implicarte de una forma tan profunda en cualquier traición. Eremis puede ser el más grande fornicador de todo Mordant, pero incluso las mujeres necesitan tiempo para degradarse tanto. Pero tú has tenido más tiempo del que yo había pensado..., has tenido todo el tiempo que yo creí que estabas

encerrada segura en tu habitación.

»¿Qué piensas de todo esto, mi dama? ¿Qué mal compartes? ¿O acaso hay una tercera explicación, un crimen peor?

Se acercó más a ella, apuntó su rabia directamente a su rostro. Ella se encogió, pero fue incapaz de mirar hacia otro lado. La pasión del hombre la dominaba.

—¿Qué es lo que ganas con esto? ¿Es la forma en que Eremis abusa de sus amantes suficiente recompensa para ti? ¿O tienes algún otro propósito? ¿Te envié el archi-Imagero para destruirnos?

Arrojando a un lado los mocasines, la sujetó por los brazos y clavó fuertemente sus dedos en los tríceps de la muchacha.

—¿Quién luchó por el Rey, mi dama? ¿Es *todo el mundo* un traidor?

¡No déjame sola no es culpa mía no sé de qué estás hablando!

La sacudió como si deseara clavar los dientes en su garganta.

—¿*Por qué no usaste tu pasadizo secreto para volver a tus aposentos?* De esa forma, hubieras estado a salvo. Nadie hubiera sabido que habías tenido nada que ver con esos guardaespaldas muertos.

—¡Porque no fueron así las cosas! —exclamó.

Entonces se detuvo y le miró fijamente, mientras la sangre se helaba en su corazón y una expresión de triunfo llenaba el rostro del hombre.

—Eso es un principio, mi dama —murmuró entre encajadas mandíbulas—. ¿Cómo *fueron* las cosas?

No podía contárselo. Si lo hacía, descubriría al Maestro Quillón y al Adepto Havelock, lo mismo que a Myste. Ya había dicho demasiado.

Esta vez desafió deliberadamente al Castellano. Era la propia Terisa, no alguna audaz desconocida, la que dijo:

—No merezco ser tratada así. Si tu esposa estuviera aquí, se sentiría avergonzada de ti.

Tras eso, el pánico hizo que le diera vueltas la cabeza. Vio que los ojos del hombre se abrían enormemente hasta que la locura afloró por ellos, pero no lo supo comprender. Le oyó decir, como si estuviera hablando en algún idioma extranjero:

—Gracias, mi dama. No me había divertido tanto desde que el Rey Joyse me dejó castigar al comandante de aquella guarnición. —A través de un velo de temor, ella observó cómo el hombre soltaba sus brazos, retrocedía ligeramente, y lanzaba el revés de su mano contra su rostro.

Instintivamente, Terisa agachó la cabeza y alzó los brazos.

Pese a ser desviado, el golpe fue aún lo suficientemente duro como para arrojarla al suelo. El dolor empezó a rugir en sus oídos. Tuvo la impresión de que se había quedado ciega: lo único que podía ver era al Castellano contemplando su mano como si perteneciera a alguna otra persona.

El dolor tenía una voz. Dijo, claramente:

—¿Qué estoy haciendo?

Luego oyó a alguien golpear la puerta.

—¡Fuera! —rugió Lebbick.

—Perdon, Castellano. —Era la voz de un guardia—. Son órdenes del Rey.

—¿Del Rey? —el Castellano Lebbick estaba al borde de la apoplejía.

—Desea hablar con dama Terisa. He recibido instrucciones de llevarla a su presencia. —El tono del hombre provocó una contorsión en el furioso rostro del Castellano—. Desea hablar con ella ahora.

—Está bajo arresto. En estos momentos debería estar en las mazmorras.

—Castellano, se me dijo específicamente que asegurara a la dama que no está bajo arresto.

El Castellano emitió un sonido ronco y estrangulado.

Bruscamente, unas manos la sujetaron y la alzaron en pie. Al cabo de un momento, vio que eran las de Lebbick.

—Algún día, mi dama —dijo el Castellano suavemente—, llegará mi oportunidad. Cuando eso ocurra, no escaparás de mí.

La dejó en manos del guardia.

## Quiénes son tus amigos

En conjunto, reflexionó Terisa con socarrona claridad, mientras el dolor resonaba de un lado para otro dentro de su cabeza y el guardia la sostenía, le gustaba ser rescatada. Era mejor que no ser rescatada. Definitivamente.

Pero, ¿qué había inspirado al Rey Joyse a enviar a buscarla en aquellos momentos? ¿Cómo sabía que necesitaba ser rescatada?

¿Y cómo sabía que había sido arrestada?

Considerando la poca información que poseía ella, era realmente sorprendente lo que todos los demás parecían saber.

—¿Te encuentras bien, mi dama? —preguntó el guardia.

Oyó alivio y preocupación en su tono. Por otra parte, nadie había mencionado a Myste. ¿Todavía no había sido echada en falta? Especuló en aquello hasta olvidar la pregunta del guardia.

Éste la sacudió suavemente y repitió:

—¿Te encuentras bien?

Su visión parecía normal. Sin embargo, tenía la extraña impresión de que todo estaba distorsionado. Los ángulos donde las paredes se unían al suelo parecían falsos. La puerta estaba insidiosamente recta, no parecía que pudiera confiar en ella. Estaba loca, por supuesto. Sin embargo, no puso ninguna objeción. Aquel tipo de locura la ayudaba a soportar la forma en que le dolía el corazón.

—¿Mi dama? —La preocupación del guardia se iba haciendo más intensa que su alivio.

—¿Sabes...? —empezó a decir ella, pero ningún sonido brotó de su boca. Hizo un esfuerzo por liberar su garganta, mantuvo la cabeza un poco más erguida—. ¿Sabes por qué me golpeó?

—No, mi dama. —El guardia estaba de pie a su lado, con un brazo rodeando su espalda y la otra mano sobre su hombro. Ella aún no tenía idea de cuál era su aspecto—. Yo no estaba aquí.

—Me golpeó —dijo ella con voz clara— porque yo le insulté. —Repentinamente, sintió deseos de echarse a reír. O a llorar: era difícil señalar la diferencia. Ella le había insultado, ella, Terisa Morgan. Se merecía el golpe. Quizá—. Oh, me duele la cabeza.

—Por aquí, mi dama.

Cuidadosamente, el guardia la guió hasta una silla, luego colocó un vaso de vino entre sus manos. Terisa bebió profundamente; por un momento sintió que toda una sucesión de púas martilleaban contra su cráneo. Después de eso, sin embargo, empezó a sentirse mejor.

—Gracias —dijo con un esfuerzo. Ahora lo que deseaba era dormir un poco. Pero

había alguna razón por la que no debía dormirse. ¿Cuál era? Oh, sí—. ¿Dijiste que el Rey desea verme?

—Sí, mi dama. Cuando estés lo suficientemente recobrada como para caminar.

Ella giró la cabeza para mirarle y sonrió. No recordaba haberle visto nunca antes. Era un hombre relativamente joven, con un rostro delgado y unos ojos ansiosos..., quizá no el candidato más prometedor para llevar un mensaje que podía enfurecer al Castellano Lebbick. Pero había cumplido con sus órdenes. Y ella se sentía agradecida por esta cortesía.

—Podemos intentarlo —dijo—. Quizá andar un poco me haga bien.

El hombre asintió animosamente y la ayudó a ponerse en pie. Luego le ofreció su brazo para que se apoyara. Terisa dio unos cuantos pasos experimentales y descubrió que la condición de su cabeza seguía mejorando. Increíble. A *juzgar por* las apariencias, era realmente posible sobrevivir teniendo delante a un hombre tan furioso como el Castellano. Un hombre como su padre. Apenas podía creerlo.

Avanzando cautelosamente, dejó que su escolta la guiara hasta la torre donde el Rey Joyse y sus hijas tenían sus suites. Cuando llegaron junto a la alta puerta tallada del apartamento del Rey, se sentía ya razonablemente estable..., equilibrada entre el ligero mareo y los efectos residuales de la vehemencia de Lebbick.

Los guardias del Rey abrieron su puerta sin ninguna pregunta: evidentemente, la esperaban. Uno de ellos la anunció mientras el otro le hacía una inclinación con la cabeza para que pasara. Al cabo de un momento se encontró de pie por segunda vez en la ricamente amueblada estancia donde el Rey jugaba al brinco.

La habitación estaba iluminada por velas distribuidas en candelabros y brazos sujetos a la pared, y la gruesa alfombra azul y roja contrastaba cálidamente con los paneles de madera clara decorada de las paredes, haciendo resaltar los grabados y el delicado trabajo de taraceado negro. Una repisa ornamentada enmarcaba la chimenea. Sobre el tablero de brinco había una partida a medio desarrollo. Sin embargo, nadie estaba jugando.

—Mi señor Rey —pronunció firmemente el guardia—, aquí está dama Terisa de Morgan. —Luego se retiró, llevándose consigo a su compañero y escolta de Terisa y cerrando la puerta tras él. Pero el Rey Joyse no reaccionó. Estaba recostado en un sillón de dorados brazos, con las piernas extendidas sobre un grueso almohadón y la cabeza apoyada contra el respaldo. Su manto de terciopelo púrpura lo cubría como un sudario: empezaba a parecer tan viejo y raído como el sobretodo del Adepto Havelock. Una larga hoja de pergamino —un rollo abierto— estaba echado sobre su rostro; sus brazos colgaban a los lados, con los hinchados nudillos rozando casi la alfombra. El suelo en torno a su sillón estaba sembrado con más pergaminos, algunos de ellos abiertos, otros enrollados y atados con cordeles.

Estaba roncando decorosamente. El rígido pergamino se agitaba cada vez que

dejaba escapar el aliento.

El Esbirro del Rey no estaba presente. En su lugar, el Rey Joyse estaba acompañado por Geraden y el Tor.

Involuntariamente, Terisa los miró boquiabierta.

—Mi dama —retumbó el Tor—. Es un placer saludarte de nuevo. —Su grasa rebasaba los límites de su silla, y sus gordezuelas manos aferraban un frasco de vino como si no pudiera funcionar sin él. Su delgado pelo blanco caía desconsoladamente en mechones de su pálido cuero cabelludo. Pero su voluminoso manto negro estaba limpio; sus mejillas decentemente afeitadas. Aunque sus pequeños ojos estaban nublados, parecían marginalmente menos turbios de lo que los recordaba.

Geraden recibió su sorpresa con una sonrisa. Casi inmediatamente, sin embargo, su expresión cambió a aflicción. Saltó de su silla y se acercó a ella. Acarició con suavidad la ardiente piel de su mejilla.

—Ese inescrupuloso bastardo —murmuró—. Te golpeó. —Entonces el pesar lo abrumó—. Lo siento tanto. Es culpa mía. No creí que llegara tan lejos. Pensé ser lo bastante rápido. Corrí todo el camino..., todo el camino...

—Ya basta, joven Geraden —interpuso el Tor, contemplando melancólicamente su frasco—. Eres hijo del Domne. Ten más dignidad.

—No comprendo. —Terisa tuvo la sensación de que se había vuelto repentinamente estúpida—. ¿Qué estás haciendo aquí?.

—Tan poco como puedo —respondió el Tor, como si pensara que ella se había dirigido a él—. El Rey Joyse tiene un buen vino y un excelente fuego. No tengo otras necesidades.

»Fue extraño, lo admito —murmuró, frunciendo el ceño para sí mismo—. Se negó a verme. Después de aquella celda, me sentí tan frío como mi hijo. Deseé calentarme de nuevo. Y pensé que podía compartir un último frasco de vino con mi viejo amigo el Rey de Mordant. ¿He dicho alguna vez que jamás lo abandonaré? Si no, pensaba hacerlo. Pero él se negó de nuevo a verme. Muy extraño.

Inesperadamente, sonrió. Bajo otras circunstancias hubiera sido una sonrisa feliz; pero no eliminó la tristeza de sus ojos.

—Él me subestimó. Me senté fuera de su puerta y me puse a aullar. No un aullido educado y deferente, os lo aseguro, sino un aullido *capaz de* alarmar a los muertos.

—¿Eso hiciste? —Geraden sonrió pese a sí mismo, sorprendido más allá de su contrición.

El Tor asintió.

—Fue una suerte que mi familia no me viera. Claro que no hubieran pensado mejor de mí por ello. Pero tuve éxito. —Miró hacia el Rey Joyse y comentó—: Desde que me admitió, ha descubierto que le resulta imposible hacerme marchar.

Aquello no tenía mucho sentido para Terisa. Agitó la cabeza para aclararla, pero

el movimiento tuvo el efecto opuesto. Necesitaba sentarse. O echarse.

—Pero, ¿por qué? —No podía olvidar el aspecto del Tor de pie en medio del lodo del patio, con su hijo muerto en brazos, o lo que Geraden le había dicho acerca de la reacción del Rey Joyse a la muerte del hijo del Tor—. Todos los demás señores se han ido. ¿Por qué tú quieres quedarte?

El Tor hizo una mueca.

—Venganza.

Geraden se sobresaltó.

—¿Venganza?

—Durante la mayor parte de mi vida —explicó el señor con voz ronca— me he visto atormentado por el conocimiento de que no le había dado al Rey Joyse todo mi apoyo cuando lo necesitaba. Esto hubiera podido ser una política juiciosa..., si hubiera fracasado. Pero tuvo éxito, y eso me convirtió en un ingrato maquinador a los ojos de todo Mordant. Quiero decir que quiero vengarme de eso.

—No comprendo —repitió débilmente Terisa. Quizás el Tor estaba bromeando. Pero, ¿qué tipo de broma era aquélla?

—El Rey necesita un canciller. —El señor no alzó la cabeza—. Alguien que pueda juntar dos órdenes coherentes mejor que ese Imagero loco. Mientras yo me siento aquí —golpeó con una mano el brazo de su silla— y hable como si tuviera autoridad, seré obedecido. Lo quiera él o no, Joyse ya no será un gobernante pasivo. O bien emprenderé acciones en su nombre, o bien él deberá emprender acciones para detenerme.

Los ojos de Geraden brillaron apreciativamente; pero Terisa dijo:

—Espera un momento. —Era demasiado lenta; tenía que resituarse. Había creído que el Apr la había abandonado cuando la dejó en manos de Lebbick.—. Estás dando órdenes en nombre del Rey. —Se volvió hacia Geraden—. Viniste aquí..., corriste hasta aquí, para conseguir que el Rey Joyse detuviera al Castellano Lebbick. —Geraden asintió. Ella miró al Rey—. ¿Desea realmente verme?

Con el exagerado cuidado de demasiado vino, el Tor escrutó la estancia como si buscara oídos indiscretos. Luego dijo:

—No. —Inmediatamente, un gordezuelo dedo saltó a sus labios para acallarlos. En un ronco susurro añadió—: Pero lo hubiera hecho de tener algún sentido. Estaba dormido, así que me tomé la libertad de hablar por él.

»El joven Geraden tiene razón —prosiguió sentenciosamente—. No debería permitirse al buen Castellano tomar decisiones en lo que a mujeres se refiere.

Terisa tuvo la sensación de que dejaba de mirarle con la boca abierta. Deseaba decir varias cosas a la vez. ¿Qué esperáis conseguir? ¡Oh, Geraden, lo siento tanto! ¿Creéis realmente que podréis seguir adelante con esto? Pero ése no era el asunto, por supuesto. El asunto era conseguir que el Rey Joyse hiciera alguna declaración por sí



mismo..., hacer que el soberano de Mordant adoptara una postura que revelara sus auténticas intenciones. Así que no hizo ninguna de sus preguntas. En vez de ello, dijo sinceramente:

—Me alegro que lo hicierais. Necesitaba ser rescatada.

El Tor le guiñó lúgubrementemente un ojo. A Geraden, comentó:

—¿Lo ves? Mi venganza empieza ya a dar sus frutos.

—Mi padre cuenta un montón de historias sobre ti, mi señor —dijo Geraden—. No creo que te hagan justicia.

Pero Terisa no había terminado. Se volvió hacia Geraden. Puesto que había sido lo bastante valiente como para decir mentiras —incluso pronunciar insultos—, ahora fue lo bastante valiente como para decir:

—Lo siento, Geraden. Cuando te fuiste, pensé que huías de mí. Hubiera debido conocerte mejor.

Él clavó firmemente su vista en la de ella, y sus hombros se enderezaron.

—Es cierto —dijo. Su tono era ansioso—. Hubieras debido conocerme mejor. Antes me hubiera cortado las manos que huir de ti.

Casi inmediatamente, sin embargo, se hundió de nuevo en la timidez.

—Me alegro de haber hecho algo correcto. —Su sonrisa era azarada y feliz—. Por favor, no cuentes con ello. No suele ocurrir tan a menudo.

—Ya basta, joven Geraden —interrumpió el Tor—. Echas tierra sobre ti mismo. —Apuró su frasco y lo agitó hasta que el Apr encontró una garrafitita y llenó más vino para él—. Tu dificultad es completamente simple. No has encontrado tus auténticas habilidades. Como canciller del Rey, dispenso libremente consejo a todo el mundo. Los hombres que han nacido para espadachines son unos torpes granjeros, como estoy seguro que estará de acuerdo tu hermano Artagel. Olvida la Imagería. Un hijo del Domne no debería pasar su vida proporcionando chistes a los Imageros.

El rostro de Geraden se ensombreció, no con furia, sino con dolor.

—Lo haría si pudiera. —La rápida aflicción de su voz penetró directamente hasta el corazón de Terisa—. Soy una decepción para toda mi familia. Lo sé. Pero no puedo..., me es imposible abandonarlo.

El Tor estudió su vino con el aspecto de un hombre que no deseaba cruzar su mirada con la de Geraden.

—Al menos eres hijo de tu padre. Consuélate con esto. Él también es testarudo. He oído decir al Rey Joyse que antes se rompería la cabeza contra una pared de piedra que discutir con el Domne.

Para sí misma, Terisa pensó que, si Artagel estuviera presente, hubiera negado sentirse en absoluto decepcionado por su hermano.

Bruscamente, el Rey lanzó una mezcla de bufido y ronquido. Un movimiento de su cabeza hizo caer el pergamino, que se deslizó hacia un lado, enrollándose sobre sí

mismo mientras caía antes de ir a reunirse con los demás sobre la alfombra. Parpadeó, alzó las manos hasta su pecho y las flexionó como si se le hubieran entumecido.

—El Domne —murmuró al techo—. Un hombre testarudo. Antes me rompería la cabeza contra una pared de piedra.

Tanteó en busca de los brazos de su sillón, en un esfuerzo por erguirse, pero parecía demasiado atontado por sus sueños —o demasiado débil— para conseguirlo.

—Mi señor Rey —Geraden avanzó hacia él y le ayudó.

El Rey Joyse intentó borrar el sueño de su rostro con torpes manos. Visto de aquella manera, su vieja piel y sus acuosos ojos tenían una vulnerabilidad que apenó a Terisa. No parecía un gobernante perverso o medio loco que se negaba a defender su reino: parecía más bien un frágil semiinválido, casi impedido por la artritis y la edad, que había perdido a la mayor parte de la gente a la que había querido y ahora apenas podía mantenerse aferrado a la razón.

Pero cuando vio a Terisa —cuando logró enfocar los ojos y vio quién era—, respondió a su no expresada preocupación con una sonrisa de clara y no disimulada alegría.

De ahí había sacado dama Myste su radiante expresión: la había heredado de su padre. Terisa intentó distanciarse de su transparente placer, pero no pudo. Si él simplemente le hubiera sonreído de aquella forma y no hubiera hecho nada por cambiar lo que sentía hacia su persona, ella hubiera hecho cualquier cosa por él.

Desgraciadamente, habló.

—Mi dama, ¿has venido para jugar conmigo? Qué amable por tu parte. Tengo un problema aquí —hizo un gesto hacia la mesa de brinco— que desafía mi pobre cerebro.

Su decepción fue tan aguda que tuvo que volver la cabeza.

Él se alzó de una forma que sugería que sus piernas no eran tan débiles como sus brazos.

—Havelock lo dispuso para mí. Si le entiendo, lo cual no siempre es fácil, él halló en una ocasión la solución. Aquí están sus notas. —El Rey Joyse movió un pergamino cercano con el pie—. Puesto que no he sido capaz de hallar por mí mismo una solución, he estado leyendo sus notas, buscando... —Su voz se apagó, como si hubiera perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Su mirada se desvió hacia el Tor y Geraden como si no pudiera recordar quiénes eran. Luego volvió a mirar a Terisa y prosiguió—: Buscando una respuesta. —Se encogió de hombros—. Sin éxito. Quizá tú puedas proporcionarme alguna idea nueva.

El recuerdo de su partida con el Príncipe Kragen hizo que el estómago de Terisa se retorciera. El Rey Joyse la había metido en aquella situación engatusándola con su sonrisa. No deseaba volver a hallarse en una situación similar. Cautelosamente, dijo:

—Lo siento. No vine para eso. El Tor —esperaba que el señor la perdonara por utilizarlo— hizo que tus guardias me trajeran aquí.

—Ah, mi viejo amigo el Tor. —El Rey Joyse hizo una mueca, como si su boca estuviera llena de bilis—. Es uno de los pocos mimos en esta pantomima que desafía toda predicción. —Parecía derivar entre la dicción coloquial y la más formal, según su humor—. ¿Quién hubiera podido prever que se sentiría impulsado a realizar este servicio por mí, después de todas las indignidades que le he hecho sufrir? —No miró en dirección al viejo señor—. Esto no está en las reglas. Es suficiente como para volverme loco, mi dama.

—Mi señor Rey —la voz del Tor era baja y dura—. Estoy seguro de que comprendes que no me siento motivado por la benevolencia.

El Rey le ignoró.

—Sin embargo —dijo a Terisa, luchando visiblemente por recobrar su ecuanimidad—, todos debemos soportar nuestras cargas de la mejor manera posible. La mía es el brinco. —De nuevo hizo un gesto hacia la mesa—. Este problema me vence. ¿Estás segura de que no quieres echarle una mirada por mí? Realmente es algo demoníaco. —Lentamente, la piel en torno a sus ojos se frunció con regocijado humor—. Y creo que tú sabes algo al respecto.

»¿Por favor?

Sin pretenderlo siquiera, Terisa se volvió hacia la mesa. Después de todo, no era enteramente justo decir que había sido sólo su sonrisa la que la había seducido a jugar su partida con el Príncipe Kragen. Había tenido también sus propias y extrañas razones para hacer lo que había hecho. No era justo echarle toda la culpa al Rey Joyse.

Cuando vio la disposición de los hombres en el tablero, comprendió la idea del Rey de que ella tenía que saber algo al respecto. La posición era virtualmente de tablas: era la misma posición que ella había jugado contra el Príncipe Kragen. ¿Quién jugaba ahora? Si eran las blancas, el juego podía proseguir; si eran las rojas, el único movimiento posible completaría las tablas.

—Juegan las rojas —respondió el Rey, pese a que ella no había preguntado nada.

—Entiendo lo que quieres decir —murmuró Terisa—. No hay ninguna salida a esto. El Adepto Havelock debe estar bromeando.

—Oh, no lo creo. No tiene ese sentido del humor. —El Rey Joyse frunció el ceño hacia el tablero—. Hay una salida. Estoy seguro de ello. Simplemente, no puedo imaginar cuál es.

Terisa agitó la cabeza. El tema del brinco no tenía ningún interés para ella. Para echarlo a un lado, dijo:

—Hace años que no juego a él. Lo único que veo que puede hacerse es retroceder y volver a empezar. Intenta evitar el llegar a esta posición.

Él le lanzó otra de sus radiantes sonrisas.

—Mi dama, desearía que la vida fuese tan simple como eso.

Bajo la influencia de su alegría, Terisa creyó de pronto captar la broma de Havelock.

—En ese caso —dijo—, prueba esto. —Sin pararse a reflexionar, sujetó el borde de la mesa y la inclinó hacia uno y otro lado, sólo lo suficiente para desplazar la mayor parte de los hombres fuera de sus casillas. Al cabo de un instante, las inminentes tablas se habían convertido en un caos.

Sonriendo, se volvió de nuevo hacia el Rey.

Evidentemente, éste no pensaba que lo que acababa de hacer fuera divertido. Con una expresión de náusea en su rostro, se dirigió hacia el tablero. Su fragilidad se apoderó de nuevo de él; sus ojos parecían al borde de las lágrimas.

Rápidamente, ella intentó explicarse:

—Sigo pensando que el Adepto Havelock estaba bromeando. —Señaló el tablero—. ¿Tiene él ese tipo de humor?

El Rey Joyse no pareció oírla.

—Lo siento. No pretendía trastornarte. Sólo es un juego.

Sin advertencia previa, los ojos del Rey llamearon como el acero visto a través del agua.

—Para ti, sólo es un juego. Para mí, es la diferencia entre la vida y la ruina.

Moviéndose tan débilmente que parecía que iba a caer de un momento a otro, regresó a su sillón. La dificultad con que se dejó caer en él hizo que a Terisa le doliera el corazón, como si todo aquello fuera culpa suya.

—Mi señor Rey —preguntó Geraden—, ¿te encuentras bien? ¿Puedo hacer algo por ti?

Lentamente, el Rey Joyse desvió su húmeda mirada hacia el Apr.

—Observo que no has prestado mucha atención a mis órdenes —raspó ácidamente—. Te dije claramente que no vieras a dama Terisa ni hablaras con ella. Te dije que no respondieras a sus preguntas. ¿Puedes llamar obediencia a lo que has hecho? Esperaba una mejor lealtad de un hijo del Domne.

Aquella acusación sorprendió a Geraden. La cabeza del Apr se alzó bruscamente; su preocupación cambió a un fruncimiento de ceño.

—Mi señor Rey —respondió lentamente, conteniendo sus emociones aferradas entre sus crispados dientes—, obedecería tus órdenes si las comprendiera. Pero no tienen ningún sentido para mí.

»Has perdido tu interés en Mordant. Insultaste al Príncipe Kragen lo suficiente como para desencadenar una guerra con Alend. Dejaste que la Cofradía llamara a su campeón, cuando el Fayle hizo todo lo que pudo por advertirte. Necesitamos todos los amigos que podamos reunir. No estoy dispuesto a tratar a dama Terisa como un

enemigo.

El Rey Joyse parecía demasiado cansado y viejo como para mantener alzada la cabeza, pero su mirada no flaqueó.

—¿Has terminado?

Geraden inspiró profundamente.

—No. —Rígido, dijo, como si fuera una confesión formal—: Mi señor Rey, el día después de que me ordenaras no ver ni hablar con dama Terisa, la llevé al espejo que la trajo aquí e intenté devolverla a su propio mundo. —Luego calló y permaneció completamente inmóvil.

Como Geraden, Terisa esperó furia por parte del Rey Joyse. No le hubiera sorprendido en absoluto que mandara llamar al Castellano. Al parecer anticipando la misma reacción, el Tor se adelantó en su silla, fue a hablar.

Pero el Rey se limitó a suspirar. Se reclinó en su sillón y hundió la barbilla en su pecho. Mirando vagamente la alfombra, murmuró:

—Uno se hace viejo demasiado rápido. Esto hubiera debido ocurrir cuando yo era más joven. Era lo bastante fuerte cuando era más joven.

Terisa deseó preguntar-suave, suavemente—: ¿Qué hubiera ocurrido entonces? Pero Geraden se había sentido demasiado trastornado por la acusación del Rey como para abandonar el asunto.

—Intenté trasladarla de vuelta a su propio mundo porque creo en todas las cosas que acostumbrabas a decir respecto a la realidad e integridad de lo que vemos en los espejos. Creo que merece la libertad de marcharse siempre que lo desee. Si hubiera sabido que ibas a dejar que los Maestros trasladaran a su campeón..., si hubiera sabido que ibas a volverte de espaldas a los ideales de los que hablabas cuando creaste la Cofradía..., hubiera intentado con más fuerza sacarla fuera de aquí. —Lo que estaba diciendo no era una recriminación: era una llamada. Terisa pudo oír en ella su corazón—. ¿Por qué lo hiciste? Su campeón casi nos mató. Dejó un agujero del tamaño de una casa pequeña en el muro noroeste. Podríamos haber invitado también a Cadwal y Alend a que nos sitiaran. Y aún está ahí fuera, dispuesto a despedazar a cualquiera que se interponga en su camino.

Y Myste está también ahí fuera, pensó Terisa. Tu hija. Está intentando alcanzarlo.

—Mi señor Rey, el Fayle intentó advertirte. ¿Por qué no le dejaste que lo hiciera?

El Rey Joyse no se molestó en mirar al Apr. Cuando finalmente Geraden guardó silencio, le imitó por un momento. Luego dijo:

—Porque no consideré adecuado hacerlo. —Un temblor de amargura y dolor recorrió su voz—. ¿Te crees cualificado para tomar decisiones por mí? Estaba luchando para construir Mordant y la Cofradía mucho antes de que tú fueras lo bastante mayor como para caerte de bruces en las porquerizas.

Geraden enrojeció ante aquella pulla, pero no podía contestarla.

—Dejé que los Maestros tuvieran su campeón porque decidí no detenerles.

»Además —añadió hoscamente—, Eremis está bajo arresto. Eso debería hacerte feliz. Lebbick arrestará a Gilbur tan pronto como lo encuentre. Los perpetradores van a ser castigados. ¿Qué más deseas?

—Deseo *comprender* —exclamó Geraden.

—Tranquilo, joven Geraden —rugió el Tor inesperadamente—. Dudo que el Domne tenga unos hijos con el cráneo tan denso. Seguro que no eres estúpido. Tiene que resultarte obvio a estas alturas que mi señor Rey no desea que comprendas.

Geraden giró para enfrentarse al Tor.

—Pero, ¿por qué? Sólo soy un Apr. Nunca llegaré a Maestro. ¿Qué daño puede hacer el que comprenda? ¿A quién puede perjudicar?

El Tor alzó sus gordos hombros. Hablándole a medias a su frasco, preguntó:

—¿Cómo conseguí yo una audiencia con el Rey?

Cogido por sorpresa, Geraden parpadeó hacia el viejo señor. Lentamente, dijo:

—Te pusiste a aullar delante de su puerta hasta que te dejó entrar.

El Rey Joyse bufó suavemente.

El Tor hizo una mueca, disgustado.

—No puedes convencerme de que eres estúpido. Insisto en que no lo eres. ¿Cómo conseguí una audiencia con el Rey cuando llegué la primera vez a Orison?

Geraden abrió la boca.

—Yo... —Luego volvió a cerrarla.

—Joven Geraden —el Tor remarcó cada palabra—, el Rey no desea que comprendas. Te sugiero que regreses a tus aposentos y golpees tu cabeza contra la pared hasta que tu cráneo se abra lo suficiente como para dejar entrar un poco de luz.

—Sí, vete —murmuró de inmediato el Rey—. Estoy cansado de que me recuerden cuan poca de mi propia gente respeta a su Rey.

Bruscamente, Geraden se volvió de nuevo hacia el Rey. Ahora Terisa pudo ver algo salvaje en sus ojos, algo lo suficientemente extremo como para ser peligroso. Sin embargo, su equilibrio se había afirmado, como si la urgencia le diera mayor seguridad.

—En realidad —dijo—, debería estar acostumbrado a esto. —Su tono era casi calmado—. Siempre fui el más joven. Mis hermanos nunca tuvieron la paciencia de explicarme las cosas. —Casi calmado..., y casi amenazador—. Probablemente lo haré mejor cuando imagine las cosas por mí mismo.

Sin apartar los ojos del Rey Joyse, preguntó a Terisa:

—Mi dama, ¿vendrás conmigo?

—Ella se queda aquí —respondió por ella el Rey Joyse—. Quiero hablarle.

Así que deseaba hablar con ella después de todo. Terisa no sabía si sentirse aliviada o preocupada. Dirigiéndose a Geraden, dijo:

—Te veré más tarde —intentando tranquilizarle—. Pensaremos en algo. —Luego aguardó mientras él se decidía a marcharse.

Antes de hacerlo, Geraden le lanzó una mirada como una férrea promesa..., una mirada con asomos de pasión y autoridad. Luego desapareció.

Mientras la puerta se cerraba, el Tor suspiró pesadamente. Vació su frasco y acomodó más confortablemente su masa en la silla, como si tuviera intención de dar una cabezada.

Terisa se enfrentó al Rey Joyse.

Instintivamente, estuvo segura de saber por qué el Rey Joyse deseaba hablar con ella. Y pensó en aprovechar la oportunidad. Estaba furiosa. El Castellano Lebbick la había golpeado. El Rey Joyse insistía en causarle dolor a Geraden. El Maestro Eremis había sido arrestado. Estaba más furiosa de lo que ella misma se daba cuenta.

Su voz tembló ligeramente cuando dijo:

—Sabías que el Maestro Eremis había sido arrestado. El Castellano Lebbick te ha estado informando de todo. —Aquello parecía una deducción segura—. Sabes que iba a arrestarme también a mí. Tú le *dejaste* que me atacara de ese modo. Si el Tor no le hubiera detenido, ahora yo estaría en una mazmorra.

»Creo recordar haberte oído decir que yo podía ser una poderosa Imagera, una especie de embajador..., que debía ser tratada con respeto. ¿A eso llamas tú respeto?

Como si tuviera intención de responderle, el Rey alzó la cabeza. Se giró en su sillón para mirarla de frente. Ahora no había malhumor o amargura en su expresión. Parecía grave, con toda la seriedad de sus años, con la mirada tan fijamente clavada en ella como se lo permitían sus acuosos ojos..., y tan apenado que la cogió por sorpresa.

—Mi dama —preguntó en voz baja—, ¿dónde está mi hija?

Así que ella tenía razón. Su pulso latió más fuerte. Al fin tenía algo que alguien deseaba, algo que podía usar. Mientras no traicionara a Myste, aquella era su oportunidad.

La perspectiva la aterró, pero se aferró a ella con ambas manos.

—¿Qué hija? —respondió, pese al temblor en su voz—. Tienes varias.

Esperó indignación y furia —eso era lo que esperaba siempre—, pero el Rey Joyse permaneció tranquilo. Su expresión no cambió. Por un largo momento la estudió a través de la humedad de sus ojos. Luego indicó la silla frente a él, al otro lado de la mesa.

—Mi dama, ¿quieres sentarte?

Al principio, Terisa dudó. Quizá sería más fuerte si permanecía de pie. Pero la tristeza del hombre era tan persuasiva como su sonrisa. Se dirigió a la silla, la apartó de la mesa para disociarse del tablero de brinco y se sentó.

Cuando estuvo sentada, el Rey dijo con el mismo tono blando, pesaroso:

—Mi dama, mi hija Myste ha desaparecido. ¿Dónde está?

De pronto, la lengua de Terisa estuvo tan seca que apenas pudo tragar saliva. Como un niño asustado pero testarudo, preguntó:

—Mi señor Rey, ¿por qué dejaste que el Castellano Lebbick me arrestara?

La estancia parecía incómodamente cálida. Los ojos del Rey reflejaron de nuevo un asomo de acero. Mantuvo la mirada de Terisa hasta que ésta cedió y bajó los ojos. Entonces dejó escapar un suspiro casi inaudible.

—Mi dama, no juegues a este juego conmigo. Es más peligroso de lo que imaginas.

Por unos breves segundos, mientras su corazón martilleaba y su estómago se anudaba, estuvo a punto de ceder. No tenía las fuerzas suficientes para enfrentarse a él. Cualquiera era más fuerte que ella. Como le había sucedido con Saddith, tenía la sensación de que la vulnerabilidad y la debilidad eran su única defensa, su única arma.

Pero ceder ahora no la llevaría a ningún lado. El Rey seguiría queriendo saber acerca de su hija. Seguiría exigiendo respuestas. Si cedía en lo que deseaba, no conseguiría estar segura. Y le resultaría más difícil evitar el traicionar a Myste.

Y estaba demasiado furiosa para ceder. Deliberadamente, alzó los ojos de nuevo hacia el Rey.

—No tengo ninguna otra elección. Geraden intentó llevarme de vuelta a donde pertenezco, pero ese espejo parece que ya no funciona. Tengo que jugar.

»¿Por qué dejaste que el Castellano Lebbick me arrestara?

Algo cambió en lo más profundo de la expresión del Rey Joyse, como nubes moviendo sus sombras sobre un distante paisaje. Sin ningún cambio definido, su atención se hizo más aguda y cautelosa.

—Mi dama —su tono era cáustico de una forma extrañamente impersonal, como si no lo pretendiera—, ¿sabes quiénes son tus amigos?

Ella le miró, sorprendida, y se mordió los labios, y no intentó responder.

—Bien, yo tampoco. Tenerte arrestada hubiera sido una buena forma de averiguarlo. Hubiera sido muy interesante ver quién intentaba ayudarte, o comunicarse contigo, o persuadirme de que te soltara. Pero, por supuesto, Geraden interfirió. Con su habitual instinto para el desastre. Yo ya sabía que *él* era uno de tus amigos.

Aquella respuesta la sobresaltó. Le ofreció un nuevo aspecto del Rey —de la forma en que trabajaba su mente—, completamente distinto del que esperaba: parecía dar a entender que estaba prestando atención *a lo* que ocurría en Orison.

—Espera un momento —protestó, débilmente—. Espera un momento. ¿Quieres decir que *planeaste* el que me arrestaran? ¿Era simplemente un plan?

—No, mi dama. —Agitó un dedo de dolorido nudillo hacia ella—. No estás



jugando al juego. Ahora es mi turno. ¿Dónde está mi hija?

Terisa inspiró profundamente. Por un momento, consideró la posibilidad de intentar extraerle información sin revelar ella nada. Pese a su edad, sin embargo, parecía demasiado fuerte para esa táctica. Y no sería justo. Era el padre de Myste.

Cautelosamente, respondió:

—Vino a verme ayer por la tarde. A mis aposentos. Hablamos largo rato.

Él asintió.

—Sospeché eso. Pero no lo comprendí. ¿Qué tienes tú que ella deseaba? ¿Qué fue lo que te dijo?

—No, mi señor Rey. Ahora es mi turno.

Tenía *tantas* preguntas. Demasiadas para recordarlas todas a la vez. Y no deseaba perder una oportunidad como aquella además de la que había dejado escapar un momento antes. Así que se concentró en el tema que la había traído a la suite del Rey..., el Castellano Lebbick y su comportamiento.

—Cuando abandono mis aposentos con alguien, con el Maestro Eremis por ejemplo, mis guardias siempre quieren saber dónde voy. Pero cuando lo hago con Geraden, no parece importarle a nadie. ¿Por qué?

El Rey Joyse bufó como si ella acabara de hacer un movimiento particularmente malo. De la misma forma cáustica e impersonal, dijo:

—Deberías haberlo imaginado por ti misma. Ya sé que Geraden es tu amigo.

Correcto. Por supuesto. Realmente, *hubiera* debido imaginarlo por sí misma. Una sensación de pánico trepó por su interior. No estaba pensando con la suficiente rapidez.

Impaciente, el Rey prosiguió:

—Estabas hablando de mi hija, mi dama.

—Sí. —Necesitaba ser más lista. Más aguda. Se sintió tentada de volverse hacia el Tor en busca de ayuda. Pero podía oírle respirar profunda y pausadamente, como si estuviera a punto de echarse a roncar. Buscando desesperadamente inspiración, preguntó—: ¿Puedes ser más específico?

—Por supuesto —restalló el Rey Joyse—. ¿Dónde está ella?

Afortunadamente, su tono devolvió a Terisa su irritación. De acuerdo. Si así era como deseaba jugar.

—En realidad no sé dónde está. —Hizo un esfuerzo por sonar dulce—. Pero preguntaste qué tengo que ella deseaba. Hay una entrada a un pasadizo secreto en mi armario. Ella deseaba usarlo.

Él asintió de nuevo. Al parecer, Terisa sólo estaba confirmando sus propias sospechas.

—¿Por qué?

La ira era una gran ayuda. Estaba siendo cruel con él..., pero sólo porque ella

misma había sido tratada tan mal.

—Mi señor Rey —dijo rígidamente—, la primera noche que estuve aquí un hombre intentó matarme. Cuando fue obligado a retirarse, el Castellano Lebbick inició su búsqueda. Pero tú le obligaste a interrumpirla. —Pese a su inexperiencia, consiguió igualar su tono al de él—. ¿Por qué?

Por un instante, el Rey Joyse dudó. Las sombras se movieron tras sus ojos. Lugo dijo con voz cortante:

—Porque no deseaba que fuera atrapado.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No creía que fuera estúpido, así que pensé que no iba a conducir a Lebbick hasta sus aliados. Y tampoco creía que fuera un cobarde, así que pensé que no iba a decirme nada si Lebbick lo atrapaba. La única forma de averiguar algo sobre él era dejarlo libre y ver lo que hacía a continuación. —Su voz se hizo más ronca, pero siguió sonando impersonal, como si su ira fuera calculada antes que real—. ¿Estás satisfecha, mi dama?

»¿Por qué deseaba mi hija utilizar el pasadizo secreto?

—Porque —la furia hizo a Terisa más fuerte de lo que jamás hubiera creído posible— deseaba abandonar Orison.

Aquello le sorprendió, le dolió.

—¿Abandonar Orison?

—Ella sabía que tú la detendrías si podías, de modo que utilizó ese pasadizo para bajar hasta el laborium. Luego salió subrepticamente a través del agujero en el muro.

—¿Abandonar Orison? —repitió él—. ¿Por qué?

—No. —Terisa apretó los puños para obligarse a ignorar su aflicción—. Es mi turno. ¿Por qué me hiciste jugar al brinco contra el Príncipe Kragen? Hiciste todo lo posible por forzar una guerra. No me gusta ser utilizada de ese modo.

Tan bruscamente que no tuvo oportunidad de defenderse, el Rey Joyse se alzó de su silla. Como si nunca hubiera sido viejo o débil en su vida, aferró la parte delantera de su blusa con ambas manos y tiró de ella, obligándola a ponerse en pie.

—¡Esto es intolerable! ¡Ella es mi *hija*! —Parecía como si estuviera llorando—. Su madre y una de sus hermanas me abandonaron. Su otra hermana me mira con desprecio. ¿*Dónde fue*?

Terisa hubiera debido ceder entonces: lo sabía bien. Hubiera debido contarle todo y traicionar a Myste por simple miedo. Su propia furia debería haberse evaporado.

Pero no lo hizo.

—De vuelta con su madre —respondió. Myste era su amiga—. Deseaba ser leal. Deseaba ayudarte. Pero cuando insultaste de aquel modo al Príncipe Kragen, rompiste su corazón. Fue educada para ser la hija de un rey, no de un insignificante tirano al que le gusta la guerra y no se digna molestarse en defender su propio pueblo.

Ella...

Terisa se detuvo. La angustia de él la detuvo. La repentina fuerza del Rey Joyse se derrumbó. Soltó su blusa. Sus manos cayeron. Cerró fuertemente los ojos, pero las lágrimas se derramaron pese a todo más allá de sus viejos párpados.

—Si me mientes... —jadeó, desde lo más profundo de su garganta—. Si te atreves a mentirme... —No era una amenaza: era una súplica. Tanteó tras él, halló el brazo de su sillón, y se sujetó a él mientras se sentaba de nuevo. Su manto lo cubrió como si se perdiera dentro de él—. Hija mía, ¿qué te he hecho?

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Terisa, para que el dolor del hombre no desgarrara la verdad fuera de ella—. ¿Por qué me hiciste jugar al brinco contra el Príncipe Kragen?.

—Para probarle —respondió él, como un hombre que no tuviera idea de lo que estaba diciendo—. Por ninguna otra razón. ¿Cómo podía confiar en él?. Alend ha sido enemiga de Mordant desde hace generaciones. Él tiene una inquina personal contra mí. Si su misión fuera honorable, se hubiera negado a jugar. No hubiera tenido ninguna razón para soportar ese insulto al Monarca de Alend. Pero si pretendía alguna traición, aceptaría, porque no querría correr el riesgo de mi desagrado..., no querría correr el riesgo de ser expulsado de Orison antes de terminar su trabajo. —Se cubrió el rostro con las manos—. Oh, mi hija.

Así que era cierto. El Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo, todo lo que ocurría a su alrededor. El pensamiento pareció helar la sangre de Terisa. ¿De dónde había tomado la idea de que hacía demasiado calor en aquella estancia?. Deseó temblar violentamente. La ignorancia o la senilidad no tenían nada que ver con aquel hombre.

Estaba destruyendo intencionadamente Mordant.

Y, sin embargo, la aflicción del Rey barrió su furia. Podía temerle, pero no podía sentirse furiosa con él.

—Lo siento —dijo, intentando ser amable—. Supongo que este juego ha terminado también en tablas.

Bruscamente, el Rey Joyse retiró sus manos. Temblaron cuando las enlazó apretadamente sobre sus rodillas. No la miró. Con voz baja y clara, dijo:

—Mi dama, sugiero que concedas al asunto un poco más de atención antes de que intentes de nuevo terminar unas tablas agitando el tablero. —Luego señaló la puerta con un gesto de su cabeza, despidiéndola.

Ella se volvió para marcharse como si estuviera huyendo.

El Tor estaba despierto. Contempló al Rey con una expresión que parecía hambrienta. Cuando Terisa pasó junto a su silla, le dirigió un firme asentimiento de aprobación.

Ella había cerrado ya la puerta a sus espaldas antes de que se le ocurriera preguntarse cómo el Rey Joyse había sido capaz de suponer que Myste había acudido

a ella en busca de ayuda.

## Terisa entra en acción

Tuvo la impresión de que estaba corriendo interiormente, a toda velocidad, para mantenerse por delante de sus emociones, por delante de las consecuencias e implicaciones de lo que estaba haciendo. Necesitaba dejar atrás la mentira que le había contado al Rey Joyse. Le había causado demasiado dolor. Las mentiras la envolvían. Ni siquiera el Maestro Eremis confiaba en ella hasta el punto de decirle la verdad. Era posible que el propio Rey le hubiera estado mintiendo. La falsedad era su única arma, la única forma que tenía de defenderse. Deseaba huir de ella.

Había descendido dos tramos de escaleras y estaba a punto de entrar en uno de los salones principales antes de darse cuenta de que no tenía la menor idea de cómo llegar hasta donde deseaba ir.

Intentó maldecirse a sí misma, pero las poco habituales palabras sonaron sin convicción. La visita con Geraden no había incluido la información que necesitaba. Estaba muy lejos de empezar a lo grande.

Escrutó el salón en ambas direcciones. Estaba lleno de gente; concebiblemente podía preguntar a alguien para orientarse. Pero no tenía la menor idea de cómo abordarlos. ¿Qué estaban haciendo allí? Barrenderos y deshollinadores, albañiles, recaderos, doncellas, criadas, modistas, incluso herreros: comprendió que eran los sirvientes del castillo. Pero, ¿dónde estaban el resto de aquellos hombres y mujeres, aquellos señores y damas? Myste había sido muy clara explicando hasta qué punto Mordant y Orison dependían del comercio. ¿Dónde estaba toda aquella gente implicada en el comercio y las finanzas, los almacenistas, los inspectores de abastos, los recaudadores de impuestos, los transportistas, los contables, los distribuidores, los representantes del mercado negro? De estar todos ellos allí, su padre se hubiera sentido como en su casa.

Su padre, creía firmemente, no hubiera vacilado en lo más mínimo en decirle al Rey Joyse cualquier número de mentiras. Creía firmemente en ello, pese al hecho de que nunca le había oído decir algo que no fuera cierto.

Aún corriendo interiormente, divisó a Artagel.

Estaba a una cierta distancia, cruzando el salón. A juzgar por su actitud, probablemente no la había visto. Pero, un momento más tarde de que ella lo divisara —antes de que tuviera tiempo de *alzar* la mano para llamar su atención—, cambió de rumbo y se dirigió hacia ella.

—Mi dama —dijo, con una amistosa inclinación de cabeza—. ¿Te has recuperado ya de tus aventuras? Si yo hubiera sufrido una experiencia similar, estaría en la cama y no me movería de ella en varios días.

—Llámame Terisa —dijo ella, para apartar a un lado el tema de su recuperación.

Tenía prisa. Lo que tenía en mente era menos característico de ella aún que su conversación con el Rey Joyse. Si se detenía o dudaba, se desmoronaría; tal vez ni siquiera fuera capaz de recoger luego los pedazos—. ¿Dónde están las mazmorras?

Él arqueó una ceja.

—No puedo llamarte Terisa. mi dama. Si lo hiciera, correría el peligro de olvidar que Geraden es mi hermano. No soy como Stead..., ¿te ha mencionado alguna vez Geraden que tenemos un hermano que es absolutamente insaciable con las mujeres? Pero tampoco soy inmune a la belleza. ¿Para qué quieres saber dónde están las mazmorras?

Recordando la conversación que había oído entre él y el Maestro Eremis, Terisa dudó. Pero no podía permitirse el lujo de la vacilación.

—El Castellano Lebbick ha arrestado al Maestro Eremis —dijo, intentando sonar como si supiera lo que estaba haciendo—. Necesito hablar con él.

Aquel anuncio hizo que Artagel abriera mucho los ojos. Le vio considerar y luego rechazar una variedad de respuestas en rápida sucesión: sorpresa, desaprobación, curiosidad. Cuando habló de nuevo, su decisión fue un sereno regocijo.

—Si Eremis está a buen recaudo, no creo que Lebbick desee que reciba visitas sociales.

Era un buen punto a tener en cuenta. Examinando una serie de posibilidades que hasta entonces no habían cruzado por su mente, Terisa dijo:

—Pero tú puedes llevarme hasta allí. Si no le pedimos permiso al Castellano. Si vamos simplemente a su celda. Los guardias te dejarán entrar —concluyó torpemente—, siendo quien eres.

La expresión de Artagel se hizo cautelosa.

—Quizá. Pero correrás un riesgo. Aunque Lebbick no te descubra, le dirán que estuviste allí. Supongo que debe existir alguna *razón* por la cual fue arrestado Eremis. Todo esto hará que parezcas su cómplice. Y me hará parecer *a mí* como un cómplice también. ¿Qué bien va a causarnos todo esto?

Por un momento, Terisa se inmovilizó. El asunto era demasiado urgente para ser explicado. El Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo. Lo estaba haciendo a propósito. *Hija mía, ¿qué te he hecho?* El Maestro Eremis necesitaba saberlo. No podía actuar o planear con exactitud a menos que supiera a lo que se enfrentaba. Y era la única esperanza de Mordant.

Desgraciadamente, tampoco podía explicar eso..., a Artagel menos aún que a Geraden. Los hijos del Domne eran demasiado leales.

Impulsada por su sensación de urgencia, intentó otra prevaricación.

—Quizá sea demasiado ingenua, pero creo que lo que realmente funciona mal aquí es que nadie de los que desean defender Mordant está dispuesto a hablar con nadie. La Cofradía no confía en Geraden. El Rey no confía en la Cofradía. Nadie

confía en el Maestro Eremis. El Castellano Lebbick no confía en nadie. Y, mientras tanto, todo el reino se está yendo al infierno. —Se sintió complacida al darse cuenta de que sonaba como si supiera de lo que estaba hablando—. Quiero ver si puedo conseguir que la gente empiece a hablar entre sí.

»Acabo de tener una charla con el Rey Joyse. Ahora quiero hablar con el Maestro Eremis. Creo que él es la clave de todo el asunto.

Artagel la observó detenidamente mientras hablaba, con una sonrisa pensativa en sus labios. Cuando ella terminó, agitó la cabeza, no negativamente, sino con sorpresa.

—Me sorprendes, mi dama. Lo haces todo tan simple. Tiene que haber alguna razón por la que nunca se haya intentado. —Entonces su sonrisa se amplió a una franca risa—. Puede que resulte divertido. Incluso puede que funcione. —Hizo una extravagante inclinación de cabeza, le ofreció su brazo—. ¿Lo intentamos?

Agradecida de inmediato por su aceptación y alarmada por su propio comportamiento, Terisa aceptó su brazo y le dejó que la guiara hacia las mazmorras de Orison.

Las celdas estaban físicamente cerca del laborium. Tras la conversión de las mazmorras originales, el lugar donde el Castellano mantenía a sus prisioneros estaba separado de las salas de trabajo de los Maestros sólo por una pared de mampostería. Artagel condujo a Terisa hasta la no usada sala de baile que tan familiar era ya para ella..., con su vacía desolación como un símbolo de la pérdida del corazón de Orison. Más allá, un corredor que avanzaba paralelo a la entrada del laborium conducía a una escalera. Allá, sin embargo, terminaban las similitudes. La atmósfera de las mazmorras estaba a todo un mundo de distancia del laborium.

Mal iluminado por antorchas que goteaban a largos intervalos en las viejas paredes, el lugar era húmedo y opresivo; pudo sentir el enorme peso de las piedras de Orison gravitar sobre ella. Paja que olía a podredumbre —y quizá, débilmente, a sangre— cubría el suelo. Había sido echada originalmente para empapar todo lo que arrojaran los prisioneros del castillo, pero ahora servía principalmente para controlar la humedad. El corredor era estrecho pero directo: tras una segunda escalera descendente, condujo a Terisa y Artagel a la sala de guardia.

Allá, los hombres que estaban de guardia, o acababan de salir de ella, o se tomaban una pausa, podían calentarse o refrescarse un poco o aliviar sus vejigas; pero la sala de guardia servía también como parte de las defensas de las mazmorras. Aunque la estancia estaba acondicionada como una especie de burda taberna, con mesas de caballete y toscos bancos para los guardias, unos cuantos camastros junto a las paredes, una enorme chimenea en la que el fuego luchaba contra el húmedo helor de la piedra, y una corta barra al otro lado de la cual un camarero proporcionaba cerveza y carne, también era la única entrada a la zona de las celdas: nadie podía entrar o salir de las mazmorras sin pasar por la sala de guardia. Armeros con espadas

y picas a lo largo de las paredes, encima de los camastros, sugerían que se esperaba que los hombres de la sala de guardia estuvieran preparados para luchar al instante mismo de dar la alarma.

La disciplina, sin embargo, era descuidada..., quizá debido a que la mayor parte de los guardias de Orison estaban agotados por el trabajo extra del día anterior, quizá porque las mazmorras no eran la parte más vital o interesante del castillo. Un hombre permanecía sentado afilando su espada con la estudiosa atención de la poca inteligencia; el resto estaba menos dedicado a sus tareas. Tres guardias sentados a una mesa habían consumido evidentemente más cerveza de la que era buena para ellos; otros dos ocupaban sendos camastros, roncando en perfecta sincronía; el resto jugaba a los dados en un rincón de la estancia, con más vehemencia que placer.

Artagel frunció el ceño ante el espectáculo, luego cambió su expresión a una fácil sonrisa. Con ojos chispeantes, dijo a nadie en particular:

—Vaya colección de desharrapados con la cabeza llena de cerveza. Podría hacer cruzar esta habitación, cantando, a todos los prisioneros que tenéis al otro lado, y ni siquiera os daríais cuenta de ello hasta que el Castellano os pusiera los grilletes.

Mirándole con sorpresa, irritación y estupidez, todos los que estaban despiertos se volvieron hacia él.

Cuando los guardias le reconocieron, sin embargo, su hostilidad se desvaneció. Expresiones de hosco humor distendieron sus rostros. Varios rieron estrepitosamente, y uno respondió:

—Eso es cierto. ¿A quién le importan los prisioneros? Pero intenta hacer que esa mujer pase junto a nosotros.

—De todos modos —dijo otro—, el Castellano nunca viene por aquí. Excepto cuando desea interrogar al Maestro Eremis. Y siempre somos advertidos con la suficiente antelación.

—El hecho —explicó un tercero— es que el Maestro Eremis es el único prisionero que tenemos aquí por el momento. Eso ya es de por sí bastante malo..., pero no sabes lo malo que llega a ser hasta que te pasas toda una noche echando a las mujeres que no dejan de venir deseando verle. —Mirando fijamente a Terisa, se sujetó las ingles—. Daría mi mano izquierda para saber cómo lo consigue.

Terisa se dio cuenta de que todos los guardias la estaban mirando ahora a ella.

De pronto, deseó olvidar todo el asunto y regresar a sus habitaciones.

Entonces uno de los que jugaban a los dados se puso en pie. Una banda púrpura anudada en torno a su bíceps derecho lo señalaba como algún tipo de capitán.

—Tomáoslo con calma, patanes —ladró—. A menos que esté confundido en mi vejez, la compañera de Artagel es dama Terisa de Morgan. No es uno de los juguetes del Maestro Ere-mis..., ni vuestro tampoco.

»Mi dama —dirigió a Terisa una decente inclinación de cabeza—, no pongas esa



expresión tan preocupada. No estás en tan gran peligro como crees. Artagel puede liquidar a la mitad de la escoria que hay aquí antes de que puedan echar mano a sus espadas. Y el Castellano Lebbick echaría a la otra mitad como comida a los cerdos sólo por el hecho de que pretendieran tocar a una mujer que no se lo consintiera.

La sonrisa de respuesta de Artagel hizo que el capitán cuadrara los hombros. De una forma más rígida, inquirió:

—¿Qué puedo hacer por ti?

Terisa no tuvo ni idea de cómo responder, pero su compañero respondió por ella con voz suave:

—Dama Terisa está efectuando una visita a Orison. Desea ver las mazmorras.

El guardia con la banda en el brazo dudó; sus ojos se entrecerraron.

—Al Castellano no le va a gustar eso.

La sonrisa de Artagel se hizo más amplia.

—El Castellano no tiene por qué saberlo.

Terisa contuvo la respiración. Sintió, más que vio, cómo los hombres a su alrededor se envaraban.

—Si se entera —observó lentamente el capitán—, no serás tú quien va a servir de alimento a los cerdos. Seré yo.

—Eso es probablemente cierto. —Artagel parecía estar disfrutando más y más a cada momento que pasaba—. Pero hay un consuelo. Estarás a salvo de mí. Quien le diga a Lebbick que estuvimos aquí no tendrá tanta suerte.

Por un momento, Artagel y el capitán de la guardia se midieron mutuamente. A grados, la expresión del guardia cambió, hasta que su sonrisa se equiparó a la amenazadora sonrisa de Artagel. Soltó un manajo de llaves de su cinturón y lo arrojó al compañero de Terisa.

—No tengo la menor idea de lo que queréis hablar con el Maestro Eremis. No quiero saberlo. Simplemente, no le dejéis salir.

—¿Hablar con el Maestro Eremis? —La expresión de Artagel era radiante—. No lo dirás en serio. Antes me echaría a dormir en un nido de serpientes.

—Eso sería un error —cloqueó alguien—. No hay mujeres en un nido de serpientes.

Todos los hombres rieron..., con excepción del guardia que afilaba su hoja, que frunció el ceño como si la gente a su alrededor estuviera hablando en algún idioma desconocido.

Artagel hizo resonar las llaves.

—Volveremos pronto. —Luego le dijo a Terisa—: Ven, mi dama —como si ella no estuviera aferrando apretadamente su brazo. Juntos, cruzaron la estancia en dirección a la puerta que conducía a los corredores y celdas de las mazmorras.

Más allá de la sala de guardia, ella preguntó en voz baja:

—¿Matarías realmente a alguien que nos traicionara?

—Por supuesto que no —respondió él negligentemente—. Por eso estamos seguros. Si realmente me temieran, alguno podría hablar.

Por alguna razón, su tono no sonaba convencido.

Respirando profundamente para aliviar la presión en su pecho, Terisa inhaló el corrompido aire e intentó recordar por qué estaba allí.

Para hablar con el Maestro Eremis. Para contarle lo que había averiguado del Rey. A fin de que el hombre supiera mejor dónde estaba realmente, el auténtico peligro en el que se hallaba Mordant. Para que pudiera decidir qué debía hacer, ahora que sus intentos de unir la Cofradía con los señores de los Cares y el Príncipe Kragen habían fracasado.

Para verle de nuevo, a fin de intentar comprender lo que el hombre significaba para ella, por qué el pensar simplemente en él era suficiente para conseguir que le hormiguearan todos los nervios.

Con el corazón latiendo fuertemente, fue con Artagel más allá de la primera revuelta del corredor, más allá de la segunda, y a la zona de las celdas.

Quizá debido a que la zona de las mazmorras era tan obviamente cerrada, las celdas eran relativamente abiertas. No poseían sólidas puertas que encerraran a sus ocupantes. En vez de ello, cada una era en esencia un profundo nicho cortado en la piedra de los cimientos del castillo, de dos metros y medio a tres de profundidad, y lo bastante ancha como para albergar un catre bajo y un lavamanos contra la pared del fondo. Una pesada reja de hierro asegurada a la piedra servía como pared delantera de cada celda; una puerta asegurada a la reja con un cerrojo proporcionaba entrada y salida.

Todas las celdas más próximas estaban vacías: al parecer, el reciente gobierno del Rey Joyse no había proporcionado al Castellano un número significativo de prisioneros. Sin embargo, el resplandor de una lámpara a una cierta distancia al frente daba a entender que una celda, al menos, estaba ocupada. Terisa y Artagel se dirigieron a ella, con los pies susurrando sobre la paja que cubría el suelo. Mientras avanzaban, la única linterna que proporcionaba la débil iluminación al corredor hizo que fantasmales sombras se agitaran dentro y fuera de las celdas a ambos lados.

Antes de que alcanzaran su celda, el Maestro Eremis dijo con voz aguda y arrastrada:

—Sorpriente. Creí que iba a ser dejado más tiempo a solas. Todavía no es hora de comer. ¿Han sido arrestados otros inocentes? ¿Ha conseguido ya el Castellano permiso del Rey Joyse para torturarme? —Sonaba casi jovial—. ¿Es posible que se me haya concedido alguna visita?

—Estás de buen humor, Maestro Eremis —comentó secamente Artagel cuando ella y Terisa alcanzaron la celda—. Espero que tengas alguna buena razón para ello.

Por lo que recuerdo, la última vez que Lebbick encerró a alguien aquí abajo, el reo fue ejecutado dos días más tarde. Un espía de Cadwal, creo que era. Antes de eso, fue un bandido que perdió sus dos manos por ello.

A la primera mirada, aquella celda parecía tan vacía como todas las demás. Una pequeña lámpara de aceite en equilibrio sobre el lavamanos revelaba que una arrugada manta cubría el sucio colchón del catre; pero la luz no mostraba al Maestro Eremis. En vez de ello, reflejaba delicadamente los finos hilillos de humedad que goteaban por el granito.

Al cabo de un momento, sin embargo, una zona más oscura —un lugar sin reflejos— cobró forma contra la pared.

El Maestro estaba sentado al extremo del catre, tan lejos de la lámpara como era posible, y su capa negra lo fundía con las sombras. Hasta que los ojos de Terisa se ajustaron, vio la pálida piel de su rostro y manos simplemente como otras manchas en la vieja piedra de la pared.

No llevaba su casulla. Se la había quitado..., o le había sido arrancada.

—Mi dama —murmuró. Ahora su voz no era arrastrada: era suave, casi íntima—. Deseaba que vinieras.

Aquella afirmación penetró directamente en el corazón de Terisa. Era aguda hasta un tono que hizo que resonara todo su ser. Nadie más excepto Geraden le había dicho nunca nada como aquello. Y nadie más en el mundo le había hablado con aquella específica vibración magnética, aquella pasión cierta y personal. En un instante, todas sus razones para estar allí cambiaron para encajar con el tono con que él había dicho: *Deseaba que vinieras*.

Sin pensar, le dijo a Artagel:

—Déjame entrar. Necesito hablar con él.

Artagel la miró de una forma extraña. Pero la expresión en el rostro de ella debió convencerle de que no debía discutir. Se encogió de hombros, avanzó hacia la puerta, probó unas cuantas llaves hasta encontrar la correcta, luego abrió la celda del Imagero.

Antes de que el sentido común o la timidez pudieran inspirarla a cuestionarse lo que estaba haciendo, Terisa penetró en la celda.

Inmediatamente, Artagel cerró la puerta. De una forma distante y evasiva, dijo:

—Estaré cerca. Sólo tienes que alzar la voz. Si él intenta hacer algo. Lo mataré tan rápido que no sabrá que está muerto hasta después.

Suavemente, se retiró unos pasos por el corredor.

Terisa no le prestó atención. Su mirada estaba enfocada en el Maestro Eremis.

No había abandonado su asiento al extremo del catre. No dijo nada. Todavía resultaba difícil verle a la escasa luz. Involuntariamente, Terisa retuvo su paso cuando avanzó hacia él.

El catre era muy bajo: pese a la altura del Imagero, su cabeza sólo llegaba hasta los hombros de Terisa. Cuando ella estuvo lo bastante cerca, sin embargo, se adelantó en su asiento, tiró de ella hasta situarla entre sus rodillas abiertas, le hizo bajar la cabeza para tomar su boca en un urgente beso. Terisa captó vino y deseo en su aliento.

La fuerza de su abrazo y la insistencia de su lengua parecieron completar el cambio en ella. Respondió con todo lo que él le había enseñado, intentando hacer que su beso fuera tan íntimo como el de él. Transcurrió un largo momento antes de que recordara que tenía razones para su presencia allí: que sin haberlo planeado se había unido a las filas de los oponentes del Rey Joyse; que el destino de Mordant podía pender de lo que pudiera decirle al Maestro Eremis. Y que no estaban realmente solos.

Deliberadamente, se apartó un poco. Intentó recobrar el aliento y murmuró:

—No es para eso para lo que vine.

—¿No? —Sujetándola aún con las rodillas y un *brazo*, Eremis alzó su mano libre hacia los botones de su blusa—. Para mí sería suficiente.

La besó de nuevo.

Cuando la dejó apartarse de nuevo, sus diestros dedos empezaron a abrir su blusa.

—Artagel nos verá. —Pese a su ansiedad, Terisa mantuvo su protesta en voz baja. Deseaba que el Maestro la acariciara.

—No lo hará si tú no alzas la voz. Artagel es escrupuloso.

Sus manos se deslizaron dentro de su blusa. Sus dedos eran fríos, e hicieron que sus pezones se pusieran rígidos al instante y sus pechos ansiaran un mayor contacto.

El comportamiento del Maestro y sus propias e inesperadas emociones confundieron a Terisa; apenas podía pensar. Sin embargo, hizo un nuevo intento de apartarse.

—Acabo de hablar con el Rey. Vine directamente a ti de esa entrevista.

Con un cierto alivio —y una cierta tristeza—, el Maestro Eremis soltó su presa.

—Una charla con el Rey —murmuró, echando la cabeza hacia atrás para mirarla directamente al rostro—. Ése es un honor que toda la Cofradía y la mitad de Mordant os envidiaría. ¿Qué es lo que deseaba el viejo senil? —Acarició uno de sus pechos—. ¿Todavía le queda vida suficiente para desear mi lugar?

—El Castellano Lebbick vino a arrestarme. —Deseaba explicárselo todo claramente, resaltar la importancia de lo que había averiguado; pero se dio cuenta de que estaba balbuceando—. El Tor y Geraden lo detuvieron. Pero el Rey Joyse deseaba hablar conmigo de todos modos. —Rápidamente furiosa ante su incoherencia, se detuvo, inspiró profundamente, luego dijo con voz clara—: No es un viejo senil. Sabe lo que está haciendo. Lo hace a propósito.

El afilado rostro del Maestro no traicionó ninguna reacción; sin embargo, su

repentina inmovilidad sugirió que Terisa había pulsado una cuerda importante. Lentamente, bajó su mano.

—Mi dama, debes contármelo todo. Empieza por el principio. ¿Por qué decidió Lebbick arrestarte?

Su actitud fue como magia: la hizo sentirse más firme, más fuerte. Su confusión retrocedió de inmediato.

—Creo que por la misma razón por la que te arrestó a ti. Rompiste una de las reglas del Rey, eso lo sé..., pero no creo que sea ésa la auténtica razón. Creo que la verdadera razón es que imaginó que habíamos celebrado una reunión con los señores y el Príncipe Kragen. Cree que todos somos traidores.

Fue su abrazo lo que se lo confirmó, su rostro inexpresivo, la firme presión de sus rodillas. Estaba dispuesta a contárselo todo. Sin embargo, no mencionó ni a Myste ni los pasadizos secretos; no dijo nada acerca del Maestro Quillón. Instintivamente, se centró en el ataque después de la reunión clandestina de Eremis hacía dos noches; en la sangre que había conducido al Castellano Lebbick hasta ella; en las conclusiones del Castellano. Luego explicó cómo el Tor y Geraden la habían rescatado del arresto.

Después de eso, tuvo que ser más cautelosa. Agudamente consciente de que no era una buena mentirosa, dijo:

—Deseaba hablar conmigo acerca de su hija Myste. Ha desaparecido. Pensaba que yo podía saber dónde había ido. Fingí saberlo para hacer que hablara conmigo. —Apresurándose de nuevo para ir más allá de sus falsedades, describió las respuestas que le había dado el Rey Joyse a sus preguntas.

Ahora el Maestro Eremis reaccionó. A la débil luz de la lámpara, Terisa creyó ver sorpresa, furia, excitación, emerger en atisbos de la oscuridad que rodeaban al hombre. En un momento determinado, jadeó, casi involuntariamente:

—Ese viejo carnicero. —En otro momento, susurró—: Astuto. Astuto. Me lo advirtieron, pero no creí... —Cálculos tan rápidos como sus emociones corrieron tras sus ojos.

Cuando Terisa terminó, el Maestro meditó en silencio durante varios momentos. Aun sin soltarla, daba la impresión de que se habían distanciado el uno del otro. Como si aún no la tuviera aferrada en sus brazos, dijo:

—Esto será una confrontación mucho mejor de lo que había anticipado.

Casi inmediatamente, sin embargo, su atención volvió a ella. Apretó su abrazo, estudió su rostro, y dijo, en un tono desprendido:

—Has sido considerablemente amable conmigo, mi dama. Me pregunto por qué. Te he reclamado —la apretó con sus rodillas—, y eres mía. Ninguna mujer me rechaza. Pero no puedo dejar de observar que estás enamorada de ese cachorrillo, Geraden. Y arriesgas más que la ira de Lebbick viniendo aquí. ¿Por qué lo has hecho?

Así que había hecho lo correcto. Le había ayudado. El conocimiento la hizo

sentirse tan débil, tan dispuesta hacia él, que apenas pudo responder a su pregunta. Si hubiera sido más valiente, se hubiera inclinado para besarle de nuevo. Un beso hubiera podido ser una explicación mejor que cualquier racionalización. Pero él necesitaba aquella respuesta tanto como todo lo demás que ella le había dicho.

Desgarrada por conflictivas prioridades, Terisa dijo:

—El Rey Joyse lo está haciendo todo a propósito. No sé por qué..., es una locura. Pero se niega a propósito a defender Mordant. Alguien tiene que resistírsele. Tú eres el único que parece tener la suficiente iniciativa, o inteligencia, o determinación..., para *hacer* algo. Todos los demás están simplemente aguardando a que el Rey Joyse despierte finalmente y se explique.

El Maestro guardó silencio, no impresionado por aquellas palabras.

Por un instante, Terisa vaciló. Luego estalló:

—Tienes enemigos. Hay un traidor en la Cofradía. Fuiste traicionado.

Como respuesta, las arrugas del rostro del Imagero se volvieron piedra. Sus ojos escrutaron el rostro de ella; todo su cuerpo estaba rígido.

—Mi dama... —suavemente, sardónicamente—, no llegaste tú sola a esta conclusión. ¿Quién te lo dijo?

Por favor. Tú puedes hacer que me sienta segura de mí misma. Puedes hacer cualquier cosa conmigo. Apenas se oyó a sí misma decir:

—Geraden.

Aquella fue una respuesta equivocada. Pudo sentir la inmediata furia del Maestro a través de su piel.

—Ahora te comprendo —restalló—. Estás más enamorada de lo que me cuentas. Por supuesto, *Geraden* cree que hay un traidor en la Cofradía. *Hay* un traidor en la Cofradía. —La miró con ojos llameantes—. Pero, ¿por qué te reveló este hecho?

Antes de que ella pudiera responder —antes de que pudiera imaginar qué había hecho para enfurecerle de aquel modo—, su furia cambió a sorpresa.

—Ese astuto hijo de un mestizo —murmuró—. Naturalmente que te habló. Sólo por esa razón, si no por otra, nunca darás crédito a que él sirve a ese traidor.

Ahora, Terisa se sintió demasiado impresionada para responder. ¿*Él* sirve...? Hacía frío en la celda, demasiado frío. Tenía que volver a abrocharse su blusa. No parecía llegarle ningún calor del Maestro. ¿Podía estar oyendo Artagel lo que decían? Probablemente no: de otro modo, ya hubiera hundido su hoja en la garganta de Eremis.

¿*Geraden*?

—Mi dama, debes aprender a pensar con más claridad. —El Imagero sonaba casi compasivo—. Sé que el joven hijo del Domne te atrae. Eso es comprensible, considerando que fue él quien te creó. Si no hubieras acudido a mí por tu propia

voluntad, no te diría estas cosas. Simplemente le daría a tu espléndido cuerpo el amor que anhela, el amor para el que está hecho..., y mantendría mis pensamientos para mí mismo. Pero, si deseas ayudarme, debes utilizar tu mente para algo mejor.

»Ten en cuenta las razones que Geraden puede haber dado para su creencia de que la Cofradía esconde a un traidor, y añade a ello lo que has averiguado desde entonces. Junto con sus preguntas iniciales, Lebbick no puede haber dejado de mencionar que el Maestro Gilbur ha desaparecido. ¿No parece probable, mi dama, que él mismo sea el traidor?

Sí, pensó ella, retenida por los brazos y rodillas del hombre y su intensa mirada. No. ¿Cómo podía él prever que yo iba a asistir a aquella reunión? ¿Cómo podía saber dónde estaría yo tras el encuentro, a fin de poder trasladar aquellos hombres para que me atacaran? (Las traslaciones con espejos planos, ¿no vuelven loca a la gente?) Pero aquellas argumentaciones ya no parecían tener sentido. Gilbur era el que había desaparecido.

—Confieso —siguió suavemente el Maestro Eremis— que no previne esta traición. Estúpidamente, confié en él sólo porque tiene motivos para sentir gratitud hacia mí. Pero cuando Geraden penetró en su cristal, buscando supuestamente a nuestro campeón, y nos trajo a ti en su lugar, mis ojos se abrieron.

»Mi dama, ¿nunca has intentado comprender por qué hago lo que hago? ¿Nunca te has preguntado a ti misma por qué incluí al Maestro Gilbur en mi encuentro con los señores de los Cares, cuando era evidente para toda la Cofradía que él y yo nos hallábamos en lados opuestos? Estaba intentando ponerle al descubierto, dándole los medios y la oportunidad de traicionarse a sí mismo. Y lo conseguí...

»Con un coste mayor del que había anticipado —comentó—. El muro de Orison abierto por una enorme brecha. El campeón desaparecido. Yo mismo arrestado. Y despojado de mi casulla por ese patán legalista de Barsonage para demostrarle al Castellano la buena fe de la Cofradía.

Bufó con disgusto, luego reanudó su razonamiento:

—¿Nunca te has preguntado por qué he dado tanto valor a la vida de Geraden? Lo deseaba vivo a fin de poder ganarme su amistad, insinuarme en sus consejos, estudiar sus extrañas habilidades.

»¿Nunca te has preguntado por qué intenté hacer que fuera admitido en la Cofradía como Maestro? Seguro que eso debió parecer gratuito, incluso a alguien que conocía tan poco de Orison y sus conflictos. En eso no tuve éxito. Oh, conseguí parte de lo que deseaba..., averigüé cómo había reaccionado nuestro buen Rey a su primer encuentro contigo. Esa información hubiera podido ayudarme, si hubiera poseído la llave para comprenderla. —Su voz se hizo más aguda mientras hablaba, más urgente y exigente—. Pero no conseguí mi propósito principal, que era estrechar un lazo en torno a Geraden..., situarlo en una posición en la que pudiera ser vigilado, incluso

por los estúpidos que no le temen, en la que sus secretos pudieran ser puestos al descubierto, y en la que los logros del sueño de toda su vida pudieran ayudar a cegarlos a sus auténticos talentos.

—No. —La protesta de Terisa era demasiado fuerte para ser retenida—. Eso no tiene sentido. —La afirmación del Maestro hacía que le doliera todo en su pecho—. ¿Qué talentos? —Como si estuviera alzándose dentro de sí misma, preguntó—: ¿Qué te hace pensar que él y el Maestro Gilbur tienen algo que ver el uno con el otro?.

—¡Usa tu mente! —respondió Eremis entre dientes—. Fue Gilbur quien modeló el espejo que primero mostró al campeón. Él fue quien enseñó a Geraden a copiar ese espejo, él quien vigiló y verificó cada paso del proceso, desde el refinado del más fino tinte hasta el cernido de la arena adecuada y hasta el pulido del molde exacto. Tuvo que ver lo que estaba mal, lo que había cambiado, para producir el espejo que te trasladó a ti hasta aquí.

»Piensa. Mientras modelaba su espejo, Geraden mostró habilidades que nunca habían sido vistas antes, habilidades que le permitieron retorcer todas las leyes de la Imagería para sus propios propósitos..., habilidades tan grandes a su manera como la habilidad del archi-Imagero de pasar a través de un espejo plano y seguir cuerdo.

»Gilbur debió darse cuenta de eso. Debió ser testigo de ello. Sin embargo, *no dijo nada*. Algo fundamental ocurrió delante de su nariz, y no lo mencionó.

»¿Qué conclusión extraes tú, mi dama? ¿Qué conclusión *puedes* extraer? ¿Eres capaz de insistir en que estoy equivocado?

No. Terisa agitó pesadamente la cabeza, con el corazón alterado. Esta vez no podía contradecirle. En su lógica, y en su magnetismo físico, el Maestro era demasiado para ella. Si aceptaba la proposición de la traición del Maestro Gilbur, entonces todo lo demás encajaba perfectamente. *Él fue quien enseñó a Geraden...* ¿Por qué no había pensado en aquello por sí misma?

Aún era posible, argumentó confusamente, como una mujer a punto de desvanecerse, aún era posible que Geraden fuera su amigo. Que la quisiera bien. Si era tan ignorante y tan propenso a los accidentes como creía todo el mundo...

Aferrándose a aquello, jadeó:

—Quizá. Quizá tengas razón. Viste lo que ocurrió cuando intentó detener al Maestro Gilbur e impedirle que trasladara al campeón. Quizá está siendo utilizado y no lo sabe. —Empezaban a dolerle las sienes—. Quizá fue confundido mientras hacía su espejo..., quizá pensó que *era* una copia exacta. ¿Cómo podría saber si el Maestro Gilbur le estaba mintiendo? Tal vez esas «habilidades» sean del Maestro Gilbur, no de Geraden.

El Maestro Eremis agitó la cabeza.

—Es concebible. —Su rostro parecía estarse ensombreciendo—. ¿Por qué imaginas que he confiado en el subterfugio antes que en la acción directa? No he



querido poner en peligro a nadie que pudiera ser inocente. Pero recuerda dos cosas, mi dama.

»La primera es un hecho. Es Geraden quien aparece de forma prominente en el augurio, no Gilbur. Eso tiene que tener un significado.

»La segunda es una posibilidad. Del mismo modo que es concebible que Geraden esté siendo manipulado, también es concebible que él y Gilbur fingieran su conflicto a fin de disimular su relación, dejando así a Geraden libre para proseguir su trabajo cuando Gilbur se viera obligado a huir.

Inmediatamente, Terisa contraatacó:

—¡Eso es una locura! —con tanta fuerza que se sorprendió a sí misma. Ella y Geraden habían permanecido sepultados vivos juntos—. ¡El Maestro Gilbur casi consiguió que Geraden resultara muerto!

—¡Puaf! —Bruscamente, el Maestro se mostró furioso de nuevo—. Gilbur no pudo prever eso..., o causarlo. Estaba atareado con su traslación. —La presión de sus rodillas se incrementó—. No insultes mi inteligencia.

Tan rápidamente como había aparecido, su resistencia se evaporó.

—Lo siento —dijo, como si retrocediera. No me hagas daño. El rostro de Eremis estaba ahora completamente en las sombras: no podía ver nada excepto su silueta contra la pared—. No estoy acostumbrada a pensar así.

Desgraciadamente, no era eso lo que él deseaba oír. Su presa era como roca contra su piel. Sumida en un creciente pánico, preguntó:

—¿Qué quieres que haga?

Él no soltó la tenaza de sus rodillas ni la presa de su abrazo, pero la vehemencia de su postura se relajó.

—Bajo otras circunstancias —murmuró roncamente—, no pediría a una carne como la tuya que sirviera para ningún propósito más allá del que está destinado. Pero necesito tu ayuda.

—Eso es lo que quiero que hagas. —Soltó los últimos botones y abrió su blusa—. Quiero que finjas amistad hacia el joven Geraden. —Sus pechos quedaron expuestos al frío aire y a su húmedo aliento—. Quiero que lo vigiles por mí, lo estudies en busca de algún signo de traición o talento, lo escrutes intentando detectar alguna palabra o acción o implicación que puedan revelarme sus secretos.

»Y no le digas nada. No le digas que has hablado conmigo. Haz jurar a Artagel que guardará también silencio si es necesario. No le des a nadie ninguna insinuación de que somos aliados.

Moviendo su cabeza de lado a lado, acarició con su húmeda lengua sus pezones, haciendo que se endurecieran de nuevo, haciendo que exigieran más. Luego puso a trabajar su boca, chupando y besando sus pechos.

Ella no pudo resistirse. Sintió que perdía el equilibrio, se reclinó contra él, de

modo que su mano y sus labios pudieran acariciarla más intensamente. Él hizo imaginable que ella le rodeara el cuello con sus brazos y se apretara fuertemente contra él.

Y, sin embargo, él le estaba pidiendo que fingiera..., que vigilara. El concepto en sí estrujó su estómago. Le estaba pidiendo que traicionara a Geraden, *¡a Geraden!* Ya había dudado una vez de él hoy, y él le había demostrado casi inmediatamente su fidelidad. Él la había mantenido cuerda y real bajo los cascotes de la cámara de reuniones. Admitir simplemente la posibilidad intelectual de que él pudiera ser deshonesto parecía una injusticia esencial. Él era mucho más leal que eso. ¿Acaso no merecía también más lealtad?

¿Cómo podía traicionarle?

¿Cómo podía ignorar las razones del Maestro Eremis para lo que había hecho, su dedicación a la supervivencia de Mordant, su ardor?

Tanto él como Geraden estaba intentando decirle a ella quién era.

Sin alzar la cabeza —sin detener sus besos y caricias, que parecían empujar su corazón hacia la superficie de su piel e inspirarlo a cada contacto—, el Maestro dijo con voz firme:

—Tú eres mía. Te he reclamado. Cada vez que pienses en otro hombre, cada vez que te sientas tentada a dudar de mí, recordarás mis labios sobre tus pechos y te aferrarás a mí. Harás con Geraden lo que te pido.

—Sí. —Se sentía impotente de decir nada más. Cualquier recelo que hubiera sentido había desaparecido ahora; retiró sus brazos del cuello de él, se sometió pasiva a su abrazo. Hubiera sido mejor ceder su inexperimentada pasión, pensó, y dejar que hiciera con ella lo que quisiese. Pero se sentía demasiado profundamente alterada para esa sumisión.

—Harás lo que te pido —repitió él, como una letanía.

—Haré lo que me pides.

—Cuando sea liberado de esta celda..., porque seré liberado. Nunca dudes de que seré liberado. Si Lebbick no reconoce mi inocencia, me liberaré yo mismo pese a él. Y, cuando esté libre, acudiré a ti. Entonces consumaremos estos besos, y yo tomaré completa posesión de tu hermosa belleza. No habrá ninguna parte de tu femineidad que yo no haya reclamado..., y ninguna porción de mi masculinidad que tú no hayas aceptado.

—Sí —dijo ella de nuevo. Por un momento, deseó lo que él deseaba, pese a su náusea—. Sí. —Como si supiera lo que su admisión significaba.

—En ese caso —él se echó hacia atrás sin advertencia previa, dejó caer sus brazos, aflojó sus rodillas—, ahora debes marcharte. No me serás de ninguna ayuda si Lebbick te encuentra aquí. Si no ejerce su autoridad al punto de encerrarte, seguro que hará todo lo posible para asegurarse de que no podamos reunirnos y hablar de

nuevo. Abróchate la blusa y llama a Artagel.

Su cambio de humor y actitud fue tan brusca que ella enrojeció de vergüenza.

—Sí. —¿Por qué seguía repitiendo aquello, ofreciendo su asentimiento una y otra vez, como una niña idiota?—. Sí. —Los humores de su padre habían sido aguda e inexplicablemente cambiantes, llameando de la tolerancia a la ira por razones que ella nunca había llegado a comprender. Debido al dolor en su estómago y el ardor en su rostro, no miró de nuevo al Maestro Eremis. Se volvió; sus manos temblaron mientras se apresuraba a abrocharse la blusa y se la metía de nuevo en los pantalones.

Por un momento, su garganta se negó a emitir ningún sonido. Luego susurró:

—Artagel.

—Habla más alto, mi dama —sugirió el Maestro Eremis con frío regocijo—. Dudo que pueda oírte.

Más fuerte:

—Artagel. Ya he terminado. —Un puro croar en la parte de atrás de su garganta.

Desea que traicione a Geraden.

Como una fluyente sombra, Artagel apareció desde más allá del borde de la celda y abrió la puerta.

—Mi dama —murmuró, ofreciéndole su mano, su brazo.

Con el silencio del Maestro tras ella como una pared, avanzó para aceptar el apoyo de Artagel.

La condujo fuera de la celda, se detuvo sólo un instante para volver a cerrar la puerta, luego la llevó por el corredor, fuera de la vista de la prisión del Maestro Eremis.

—Mi dama —gruñó tan pronto como estuvieron más allá del alcance del oído del Imagero—, ¿te encuentras bien? ¿Qué te dijo?

La preocupación en su voz era tan intensa y sincera —como la de su hermano— que sus rodillas cedieron y se derrumbó.

Mareo y vergüenza. Deseo y desánimo. El Maestro Eremis tenía razón: nunca podría olvidar el contacto de sus labios y su lengua; era suya; podría hacer lo que quisiera con ella. ¡Pero lo que quería...!. Espiar a la persona en la que más necesitaba confiar, el hombre cuya sonrisa elevaba su corazón. Traicionar...

Artagel la sujetó.

—*Terisa*. —Sus ojos eran muy brillantes e intensos—. *¿Qué te dijo ese bastardo?*

Aquellas palabras le dolieron. Hubiera debido gritar en simple protesta. Pero eso lo hubiera estropeado todo. Era el hermano de Geraden. Pese a su preocupación, la luz en sus ojos y la semisonrisa asesina en sus labios, no podía decirle lo que ocurría. Si lo hacía, él se lo diría a Geraden. Comprendía claramente eso. Él podía mantener en secreto una o dos cosas al Castellano Lebbick en bien de ella, pero nunca mantendría secretos con Geraden.

Contárselo todo ahora sería la forma más cobarde de traicionar al Maestro Eremis, de retirar su alianza y su ayuda, su nueva pasión, sin tener el valor de enfrentarse a Geraden y admitir que había elegido su bando por abandono, que prefería su amistad al amor de Eremis por la simple razón de que no era lo bastante valiente como para hacer otra cosa.

Recuperó su equilibrio con un esfuerzo y apoyó su peso sobre sus piernas, aflojando la urgencia de las manos de Artagel que la sujetaban.

—Lo siento —dijo. Cuando él soltó sus brazos, se pasó las manos por el pelo—. Creo que aún no me he recuperado del todo de ayer.

—¿Estás segura de que es eso? —La preocupación hizo que la voz de Artagel sonara ronca—. Estabas mejor antes de entrar ahí. Parece como si Eremis simplemente hubiera intentado violarte.

Aquello estaba tan lejos de la verdad que dejó escapar una risita.

Eso, sin embargo, no tranquilizó a Artagel. Su risita sonaba ominosamente histérica. Y tuvo problemas para detenerla.

Tendría que darle una explicación más plausible si quería desviar su alarma.

—Lo siento —repitió. Aún riendo..., y luchando contra ello—. No sé lo que me pasó. Simplemente he recibido una lección de humildad.

»Te dije que deseaba ver si podía conseguir que la gente empezara a hablar entre sí. —Bruscamente, la risa artificial se alejó de ella, y descubrió que estaba a punto de echarse a llorar—. Eso va a ser mucho más difícil de lo que había pensado.

Por un momento, Artagel la estudió con ojos inquisitivos. Luego tomó su mano, la apoyó en su brazo para confortarla, y echaron a andar de nuevo en dirección a la sala de guardia.

—No te preocupes por ello, mi dama. Valía la pena intentarlo. Todavía sigue valiendo la pena. Simplemente, el Maestro Eremis —su sonrisa era quizá un poco demasiado feroz para ofrecer mucho consuelo— no es un material muy prometedor con el que trabajar.

En un esfuerzo por distraerle, ella inquirió:

—¿Es cierto que tú y el erais amigos? ¿Antes de que Geraden te volviera contra él?

Artagel se encogió de hombros.

—Algo así. No realmente. En realidad nunca conseguí gustarme, pero no tenía ninguna razón que justificara como me sentía, así que lo guardaba para mí mismo. —La miró—. Geraden comprende esas cosas mejor que yo. Y también conoce a Eremis mucho mejor. Deberías hablar con él acerca de eso.

Ella no sostuvo su mirada.

—Confías plenamente en Geraden, ¿verdad?

—Es mi hermano —respondió él, sin vacilar.

—¿Es ésa la única *razón*?

Su pregunta le hizo reír.

—No, mi dama, ésa no es la única *razón*. Es al menos dos razones: experiencia y sangre. Tenemos otros cinco hermanos, ¿sabes? Lo he observado con todos los demás. —Entonces su rostro se ensombreció, y la hizo volverse de modo que le mirara directamente—. Mi dama, ¿cree Eremis que no deberías confiar en Geraden?

Pateándose interiormente a sí misma, Terisa contraatacó:

—No es eso lo que quiero decir. No sé si te das cuenta de la extraña posición en que te hallas. Por todo lo que puedo decir, tú eres la única persona en Orison en la que todo el mundo confía. Incluso el Maestro Eremis te desea a su lado. —Su inesperada facilidad para las mentiras, para usar partes de la verdad para ocultar otras partes, la sorprendió y la asustó—. Quiero saber por qué confías en Geraden simplemente porque estoy intentando *comprenderte*.

Al parecer, él creyó en su explicación; pero seguía sin saber cómo responder. Tras un incómodo momento dijo, con tono de deliberada estupidez, como si la pregunta de ella lo azarara:

—Es el vivir decentemente, mi dama. Nadie confía en nadie que se dedica a vivir decentemente. Yo soy más disoluto que prácticamente cualquiera, así que es más fácil confiar en mí.

Su respuesta pretendía ser claramente una broma, pero ella la aceptó simplemente porque se sintió aliviada de que él abandonara su seriedad.

—Nunca había pensado en ello de esa forma —murmuró, mientras dejaba que él la guiara por el corredor hacia la sala de guardia.

De la sala de guardia, regresaron al salón de baile y a los salones principales de Orison. Ahora Terisa deseaba que él la dejara; no podía seguir hablando con él y mantener ocultas sus emociones. Sin embargo, con una frustrante galantería, él insistió en escoltarla la mayor parte del camino hasta sus aposentos. Ella no consiguió desprenderse de su compañía hasta que alcanzaron la torre donde estaban sus habitaciones. Tras darle bruscamente las gracias, Terisa se apresuró escaleras arriba como si estuviera huyendo de él.

Pero, por supuesto, de lo que realmente huía era del peligro que él representaba..., el peligro de que ella pudiera traicionar la elección que tenía que hacer antes de estar segura de ella. Le había dicho *sí* al Maestro Eremis, y de nuevo *sí*, pero el dolor en su estómago era cada vez peor. Artagel se parecía demasiado a Geraden —y ella había sido lo suficientemente deshonesta con él— como para hacer que lo que el Imagero deseaba brillara vivido y abrumador.

*Fingir amistad.*

*Observarle.*

*No decirle nada.*

Temió que iba a vomitar antes de alcanzar la seguridad de sus aposentos.

Cuando se acercó a su puerta, sin embargo, uno de los guardias avanzó un paso, hizo una rígida inclinación de cabeza y dijo con tosca cortesía:

—Mi dama, tienes un visitante.

Por un segundo, Terisa creyó que las rodillas iban a fallarle de nuevo. Un visitante. ¿Ahora? Oh, por favor. Pero estaba cansada de sentirse tan débil. Su náusea emocional actuó como una especie de fuerza y le permitió mantener sus piernas firmes bajo su cuerpo, la cabeza alta, la voz tranquila.

—¿De quién se trata?

El guardia pareció desconcertado.

—No pudimos negarle la entrada, mi dama. Tú nunca nos dijiste que mantuviéramos a tus visitantes fuera de tus habitaciones.

Su autodefensa no tenía sentido, pero Terisa no intentó comprenderla.

—¿De quién se trata? —repitió.

—De dama Elega. —Inmediatamente, el guardia añadió—: No podíamos negarle la entrada. Es la hija del Rey.

Desde una distancia inconmensurable, Terisa se oyó a sí misma responder:

—Por supuesto que no. Hicisteis lo correcto. —Pero no le prestaba demasiada atención. Dama Elega..., la impaciente y descontenta hermana de Myste. Terisa no había hablado con ella desde su extraño y decepcionante almuerzo. En aquella ocasión. Elega había protestado: *Somos mujeres como tú, no hombres egoístas hambrientos de poder. Puede confiarse en nosotras. No es necesario fingir con nosotras.* Cuando Terisa se había negado a ceder en su pretensión de ser una mujer normal, dama Elega había mostrado el mismo aspecto que ahora sentía Terisa que debía tener ella.

¿Qué es lo que desea esta vez?, se preguntó confusamente Terisa.

Luego se le ocurrió, y un flujo de adrenalina corrió por sus venas.

Myste.

Con una punzada de embarazo, se dio cuenta de que estaba de pie con el rostro flácido en medio del pasillo, mientras uno de los guardias mantenía la puerta abierta y los dos hombres hacían evidentes esfuerzos por parecer que no se daban cuenta de su distracción. Se obligó a ponerse en movimiento y entró en su salita de estar como si aún tuviera prisa.

Elega estaba de pie delante de una de las ventanas, casi igual a como había estado la otra vez. Y, como Myste, era hermosa. Pero su belleza parecía ser un reflejo de la luz de las lámparas y el fuego en la habitación, un contraste al oscureciente gris del invierno al otro lado del cristal. A su propia manera, su piel era tan pálida como su corto pelo rubio; y ambas realzaban el sorprendente destello violeta de sus ojos. Aunque iba vestida y enojada como una reina, su actitud era demasiado directa,

demasiado asertiva para los adornos. Sin embargo, poseía el espíritu de una reina, los instintos de una reina.

Abandonó de inmediato la ventana. Mientras la puerta se cerraba, avanzó unos pasos hacia Terisa; luego se detuvo. Su mirada recordó a Terisa otro contraste entre las hijas del Rey. Al contrario que Myste, las miradas de Elegia eran tan inmediatas e intensas que ponían de relieve al instante lo que veían. Ambas, sin embargo, eran capaces de arrastrar consigo una impresión de excitación, una sensación de posibilidades.

—Mi dama —dijo en voz baja—. Terisa. Espero que disculpes esta intrusión. No sabía cuándo volverías..., y no deseaba aguardar en el pasillo.

Terisa no se sentía capaz de enfrentarse a la situación. Todo lo que deseaba hacer era acurrucarse cerca del fuego para expulsar el frío de sus huesos y beber vino hasta que su estómago se calmara o se librara de lo que le molestaba. Pero tenía que enfrentarse a Elegia en bien de Myste. Respondiendo casi automáticamente, agitó una mano hacia los vasos y la jarra de vino, que Saddith, afortunadamente, había vuelto a llenar.

—¿Quieres? Voy a tomar un poco de vino.

—Gracias. —Evidentemente, Elegia no sentía ningún interés hacia el vino. Sin embargo, aceptó el vaso que Terisa le tendió como si apreciara el gesto.

Terisa tomó un sorbo tan largo como sugerían los buenos modales o el buen juicio, y volvió a llenar su vaso. Sin pensar en ofrecer asiento a Elegia, se sentó en la silla más cercana al fuego. Las llamas la atraían de una forma extraña. No se había dado cuenta del frío que sentía en su cuerpo. ¿Cuánto tiempo había permanecido de pie en la celda del Maestro Eremis, con su blusa abierta...?

—¿Terisa? —Oyó a Elegia tan claramente como una voz en medio de la fiebre—. ¿Estás bien?

Con un esfuerzo, consiguió extraer su atención del fuego.

—Están ocurriendo demasiadas cosas. —Al contrario que la de Elegia, su voz sonó ahogada—. No lo comprendo en absoluto. —En un esfuerzo por ser educada, añadió—: ¿Por qué no te sientas y me cuentas lo que pasa por tu mente?

Por un momento, Elegia dudó. Sus dudas se reflejaron claramente en su rostro. Debo tener un aspecto horrible, pensó vagamente Terisa. De pronto, sin embargo, la dama pareció reunir toda su resolución. Primero aceptó una silla. Luego preguntó suavemente, firmemente:

—Terisa, ¿dónde está Myste?

Era sintomático de la condición de Terisa que saltara de la pregunta a la conclusión de que el Rey Joyse había visto de algún modo a través de su mentira. Con un encogimiento interior, respondió suspicazmente:

—¿Te envió tu padre a hablar conmigo?

Elega alzó sorprendida las cejas.

—No. ¿Por qué debería hacerlo? —Gradualmente, su tono adquirió un matiz despectivo—. Dudo que sepa siquiera que se ha ido. Y si lo sabe, y si cree que debe pedirme que haga por él las preguntas que debería hacer un padre..., no obtendrá más que una negativa por mi parte. Soy su hija, pero él ha roto este deber por mi parte rompiendo él con todos sus demás deberes.

»No —repitió, echando a un lado el tema de su padre—, pregunto porque tengo miedo. Mi hermana no es la mujer más lista ni más práctica de Orison. A menudo sus sueños no contienen el suficiente lastre de sentido común. Me temo que haya hecho algo muy, muy estúpido.

»Terisa, ¿dónde está?

Terisa se volvió de nuevo hacia el fuego para evitar la vivida mirada de Elega. Así que su mentira al Rey no había sido captada. Eso era un alivio. Desgraciadamente, la pregunta de Elega aún debía ser respondida.

Contemplando las llamas como si pudieran hipnotizarla, y en consecuencia hacerla más fuerte, Terisa murmuró:

—¿Qué es lo que temes que haya hecho?

—No lo sé exactamente. —La incertidumbre de la dama sonaba sincera—. Admito que no la comprendo, Terisa. Prefiere los sueños a las realidades. Sé que se siente dolida, como lo estoy yo, por lo que ha hecho nuestro padre, y especialmente por su forma de humillar al Príncipe Kragen. Que el Rey de Mordant —olvidó su preocupación en un momento de ira— busque activamente la guerra con Alend es abominable. —Se controló—. Pero lo que pudo hacer Myste movida por su dolor no puedo imaginarlo. Quizá haya abandonado Orison por algún loco motivo, —su tono se tensó—. Quizá haya ido tras el Príncipe Kragen, con la esperanza de persuadirle de que ignore la extensión de sus insultos.

Elega había llegado lo bastante cerca de la verdad como para aterrar a Terisa. Débilmente, preguntó:

—¿Qué te hace pensar que sé dónde está?

Elega dudó de nuevo. Cuando habló, su tono era cuidadosamente neutro, claro pero no acusador.

—En primer lugar, porque dudo de que nadie más en Orison pueda ayudarle en algo tan enormemente estúpido. Es la hija del Rey. La gente de Orison la valora demasiado alto para ayudarla a meterse en problemas.

»Pero sobre todo —añadió—, porque he visto cómo responde a tu insistencia de que tú eres solamente una mujer normal.

Terisa miró con ojos vacíos al suelo y aguardó.

—Fue una sorpresa para mí —admitió francamente Elega—. Considero que la gente es tan normal o excepcional como ella misma decide ser. Oh, sé muy bien que



nadie puede concebir un talento para la Imagería o las labores de estado por el simple esfuerzo de su voluntad —no sonó enteramente convencida—, y ciertamente está más allá de toda discusión que cualquiera que tiene la desgracia de nacer mujer debe enfrentarse a los prejuicios de todo el mundo a fin de demostrar su valía. Sin embargo, creo que en definitiva estoy limitada tan sólo por las fronteras de mi determinación, no por las accidentales del talento o las preconcepciones del sexo.

»Myste —suspiró— piensa de otro modo. No desea abrir puertas. Sueña que las puertas se abrirán para ella. Y te ve a ti, Terisa, como una prueba de que en *cualquier* vida, por insulsa y gris que sea, puede abrirse una puerta de magia y misterio, ofreciendo al menos una oportunidad hacia la grandeza. —Su tono sugería antes frustración que desdén—. Mientras tanto, nos corresponde a nosotras sentirnos satisfechas con lo que tenemos mientras esperamos.

»No tengo ninguna razón para creer que tú sepas dónde está. Sin embargo, creo que, si alguien lo sabe, eres tú. Eres una llama ante la que ella es demasiado polilla para resistirse.

Su visión de Myste golpeó a Terisa como tan impactante —y tan errónea— que no supo cómo responder. Si acaso, las ideas de Elega parecían menos realistas que las de Myste, antes que más. Y Terisa tenía preguntas propias acerca de la hija mayor del Rey. Pero ése no era el punto focal del asunto, por supuesto. Lo que ella pensara no importaba. En esta situación, sólo su promesa a Myste importaba.

Corno si estuviera leyendo su respuesta en las llamas y los carbones al rojo, murmuró:

—Vino aquí ayer porque deseaba utilizar el pasadizo que hay al fondo de mi armario. —Sintió, antes que vio, a Elega ponerse rígida—. Lo utilizó para salir subrepticamente de Orison sin ser detenida. —Detrás del suave restallar del fuego y el distante suspirar del viento más allá de la torre, el silencio en la habitación era intenso—. Volvió junto a su madre.

Por un momento, Elega permaneció inmóvil..., tan inmóvil que Terisa no pudo imaginar qué estaba haciendo. Luego, en un tono suave por la sorpresa, como si acabara de recibir una revelación, la dama jadeó:

—Eso no puede ser cierto.

La ansiedad retorció las entrañas de Terisa. Medio involuntariamente, se volvió para mirar a Elega.

La dama se había puesto en pie. Sus ojos llameaban como si sus profundidades violetas estuvieran iluminadas por rayos. Sin embargo, su actitud siguió siendo tranquila, casi perfectamente serena.

—Creo que Myste ha abandonado Orison. Gracias por decirme cómo lo hizo. Pero su intención no era ir al Care de Fayle, a Romish..., a la Reina Madin, nuestra madre.

Puesto que estaba mintiendo, Terisa deseó protestar y asegurar que no lo estaba haciendo: deseaba utilizar toda su inquietud y su miedo para fingir tanta furia como le fuera posible. Pero se veía restringida por el ansia de Elega. Se parecía tan poco a la reacción que había esperado.

Con lenta cautela, dijo:

—Estaba disgustada por lo que el rey le hizo al Príncipe Kragen. No podía soportar seguir viéndole destruirse, así que decidió volver con el resto de su familia.

—Terisa... —Los brazos de la dama hicieron un gesto de llamada, que controló bruscamente—. No sigas. Eso no es importante ahora. Una mentira es un ejercicio de poder, y me regocijo viéndolo. No eres una mujer pasiva..., ya no te contentas ocultándote tras la máscara de la mujer normal. Has decidido tomar parte en la necesidad de Mordant. Eso es un gran paso, un paso que sólo espero que Myste haya tomado también..., y te honro por ello.

Abrumada hasta el punto del pesar, Terisa observó a su visitante. Simplemente porque debía decir algo, murmuró:

—No estoy mintiendo.

Elega agitó con decisión la *cabeza*.

—Intentaré persuadirte de que esta comedia no es necesaria conmigo. —Pero entonces hizo una pausa. Sus ojos escrutaron la habitación como si buscara la mejor línea de argumentación. De una forma abstracta, como una mujer en momentánea disgresión mientras preparaba sus pensamientos, preguntó:

—Terisa, ¿cuál consideras que es la mayor debilidad interna de Orison?

Cogida completamente por sorpresa, Terisa dijo sin pensar:

—El abastecimiento de agua.

La dama no parecía estar prestando atención.

—¿En qué forma?

—Si alguien envenenara el depósito, todo el castillo estaría impotente. —No de forma permanente, por supuesto. El pequeño arroyo bajo los muros proporcionaba algo de agua. El techo abierto y las tuberías recolectoras podían proporcionarla en grandes cantidades durante cualquier nevada o lluvia intensa. Pero, durante unos cuantos días, al menos...

¿Por qué estaban teniendo ella y Elega aquella conversación?

Sonriendo, dama Elega regresó a su silla, se sentó, se alisó la falda. La electricidad de su mirada hizo estremecer a Terisa. Sin transición, dijo, en un tono relajado, conversacional:

—Llevas ya algún tiempo en Orison. Me temo que has visto aún poco de nosotros, pero sí has podido formarte ya alguna impresión, quizá incluso sacar conclusiones.

»¿Qué es lo que piensas de nosotros?. ¿Hay alguna esperanza para Orison y

Mordant?. ¿Cuál es tu opinión del Rey Joyse?.

Desconcertada e irritada, Terisa estuvo a punto de responder: No, no creo que haya ninguna esperanza. No mientras sigáis insistiendo en comportaros de este modo. Pero podía sentir peligro a su alrededor. Cualquiera cosa que dijera podía traer consecuencias. Cuidadosamente, respondió:

—Creo que él sabe lo que está haciendo.

La sonrisa de Elegia pareció hacerse un poco más brillante.

—¿Y la Cofradía?. ¿Qué piensas de los Imageros?. Nos han puesto en un grave peligro. ¿Son honestos?. O quizá debería preguntar: ¿Son honorables?.

Terisa se encogió de hombros. No sentía ningún deseo de empezar a discutir las ideas ni del Maestro Eremis ni de Geraden con la extraña hija del Rey.

—Algunos parecen serlo. Otros no. —Luego añadió—: No creo que muchos de ellos esperaran que el campeón se volviera loco como lo hizo.

La respuesta dejó a Elegia poco satisfecha, pero no insistió en ello.

—¿Y los señores de los Cares? ¿Cuál es tu opinión sobre ellos?

Como reacción, la alarma enrojeció las mejillas de Terisa. ¿Cómo...? Intentando cubrir su temor, se puso bruscamente en pie, fue hacia el frasco de vino y volvió a llenarse el vaso. ¿Cómo sabía Elegia que se había reunido con los señores de los Cares? De pronto, toda la estancia adquirió un aspecto amenazador, como si las paredes fueran transparentes y el suelo abriera una bostezante boca. Elegia lo sabía porque alguien se lo había dicho. Eso era lo bastante simple. O porque había tenido algo que ver con el ataque contra Terisa. Eso no era tan simple. Pero, de todos modos, alguien tenía que haberle hablado de la reunión. ¿Quién hubiera podido tener alguna razón para hacer eso?.

Inesperadamente, Terisa se dio cuenta de que había alcanzado su límite. Ya estaba profundamente perturbada..., y lo que decía Elegia no tenía ningún sentido. Al parecer, estaba intentando sondear a Terisa, probarla de alguna manera. Pero, ¿para qué?

Vació su vaso, se enfrentó directamente a la hija del Rey y dijo:

—El Príncipe Kragen y yo hablamos de ti. Has hecho una conquista. Está realmente impresionado. ¿Qué es lo que dijo acerca de ti? —se preguntó retóricamente a sí misma—. Dijo que si tú estuvieras en Alend, estarías muy arriba entre los poderes del Reino. —Luego se detuvo para dejar que Elegia extrajera todas las conclusiones que quisiera.

La dama se puso inmediatamente en pie para enfrentar sus ojos con los de Terisa. Su sonrisa era como las luces en el comedor del apartamento lleno de espejos de Terisa: disponía de un reostato que la hacía más brillante por momentos.

—Terisa —dijo con voz suave—, me has dejado sin aliento. ¿Es eso lo que significa ser una mujer normal en tu mundo? Ese lugar tiene que ser valiente más allá

de toda imaginación. Has empezado a trabajar para modelar con creces los acontecimientos.

»Te comprendo —afirmó—. ¿Me comprendes tú a mí?

Terisa no respondió. Temía abrir la boca.

—Terisa —animó Eremis con un susurro—, te he dicho que este fingimiento no era necesario conmigo. No puedes seguir pretendiendo pasividad..., y no necesitas fingir ignorancia.

Terisa siguió sin responder.

Lentamente, el brillo de la sonrisa de Elegia disminuyó. No cedió, sin embargo.

—Puesto que has mencionado al Príncipe Kragen, quizá puedas contarme la impresión que te ha producido.

Con un esfuerzo, Terisa recobró su voz.

—¿Sabes que la monarquía de Alend no es hereditaria? Tiene que ser ganada. Eso es lo que estaba haciendo él aquí. Estaba intentando ganarse el derecho a convertirse en el próximo Monarca de Alend. —Estudió atentamente a Elegia, pero la expresión de la dama no traicionaba nada excepto su intensidad subyacente—. Creo que eso es más importante para él que la paz.

Aquel contragolpe fue recompensado con una ligera expresión de sorpresa en los ojos de Elegia, una lenta congelación de su sonrisa. La forma en que su placer se coaguló le recordó a Terisa que ella no tenía una auténtica idea de lo que estaba sucediendo. Evidentemente, Elegia comprendía mejor lo que estaba diciendo Terisa que la propia Terisa.

Con una voz escasamente más alta que un susurro, la dama inquirió:

—¿No crees que puedes confiar en mí? Somos mujeres, tú y yo..., despreciadas en un mundo de hombres. No hay nadie aquí en quien *puedas* confiar excepto yo. Nadie más desea tanto bien para Mordant y para ti. ¿Qué puedo hacer para convencerte?.

Eso, al menos, era una pregunta. Terisa podía enfrentarse a ella. Sin vacilar, dijo:

—Cuéntame lo que ocurre. Antes me pediste que confiara en ti, empieza ahora a confiar tú en mí.

Lentamente, Elegia asintió, en un gesto de comprensión. Ya no miraba a Terisa, y su sonrisa había desaparecido.

—Eres mejor en eso de lo que había sospechado. No puedo confiar en ti hasta que tú hayas confiado primero en mí. Tengo mucho que perder.

Tristemente, se volvió para irse.

En su confusión y frustración, Terisa deseó preguntar: ¿Qué es *eso*, exactamente? ¿Qué tienes que perder que sea más que lo que pueda perder cualquier otro en toda esta confusión? Pero no lo dijo. En vez de ello dijo, antes de que Elegia alcanzara la puerta:

—Sólo dime una cosa. ¿Qué te hace pensar que estoy mintiendo acerca de Myste?

La dama hizo una pausa con su mano en el picaporte. Una sonrisa diferente rozó sus labios, una sonrisa como la afectuosa y débilmente condescendiente que había visto en alguna ocasión dirigirle a su hermana.

—Como te he dicho, lo haces bien, Terisa. Pero no conoces lo suficiente Mordant como para ejercer un poder sin riesgos. Evidentemente, no sabes que lo que has dicho de Myste es imposible. Romish está demasiado lejos. En este invierno, le sería más fácil a una mujer sola reconstruir el agujero de nuestro muro que cruzar el Demesne y el Armigite a pie. —Una sugerencia de triunfo—. Dudo que tu intención sea hacerme creer que mi hermana ha decidido suicidarse.

Aún sonriendo, abandonó la habitación.

Terisa apenas se dio cuenta de su partida. Estaba recordando la forma en que el Rey Joyse había permanecido de pie ante ella, con los ojos apretadamente cerrados y las lágrimas resbalando por sus mejillas, presa de la angustia ante la idea de que Myste había ido de vuelta junto a su madre. *Si me mientes*, había dicho como una súplica. *Si te atreves a mentirme...* Pero debió sospechar incluso entonces que ella no le estaba diciendo la verdad.

Su estómago se agitó. Desgraciadamente, todas las mentiras y complots y el dolor que había tragado se negaban a ser vomitados. Al cabo de un momento, fue a la puerta y la abrió el tiempo suficiente para decirles a los guardias que no deseaba más visitas hoy. Luego volvió a cerrar la puerta y corrió el cerrojo, se sentó de nuevo frente al fuego, y bebió más vino del que había bebido nunca en su vida.

## Una pequeña conversación

A la mañana siguiente, tenía la clase de dolor de cabeza que hacía que los hombres más fuertes juraran dejar definitivamente la bebida. La presión interna parecía estar machacando los huesos de su cráneo, y su cerebro parecía un puro hematoma. Además, su garganta había sido tratada con algo semejante al papel de lija, y su estómago daba la impresión de chapotear de lado a lado en su abdomen.

Sin embargo, ya no se sentía tan frustrada por su charla con Elega.

La dama y el Príncipe Kragen debían haber formado algún tipo de alianza. Elega estaba enterada de la reunión de Terisa con los señores de los Cares porque el Príncipe se lo había dicho. Terisa no estaba segura de lo que esperaban conseguir; pero sí estaba segura de que, fuera lo que fuese, no iba a hacer que el Rey Joyse se sintiera tranquilo o feliz.

Y esperaban incluirla a ella en sus planes, por alguna razón.

En algún momento, durante su cuarto o quinto vaso de vino, había descubierto — no sin cierta sorpresa— que no le gustaba lo que Elega estaba haciendo. El Rey Joyse se negaba persistentemente a recordarle su propio padre. Quizás había sacrificado las exigencias más normales de lealtad de su pueblo, pero no merecía ser traicionado por su propia hija.

Así que la cuestión que le quedaba —la cuestión sobre la que ni el mucho vino ni una noche densa de malos sueños habían arrojado ninguna luz en particular— era la que la había puesto enferma desde un principio. ¿Qué iba a hacer con Geraden? ¿O con el Maestro Eremis?

Debido a la resaca, las caricias del Maestro ya no le parecían enteramente inevitables o convincentes. Sin embargo, sus argumentos seguían siendo importantes. De hecho, sus razones para desconfiar de Geraden tenían más sentido que las de Geraden para creer lo peor de él. Por otra parte, la idea de que Geraden era un traidor sonaba absurda.

Gruñendo, más para persuadirse a sí misma de que estaba viva que porque le aliviara el dolor, se extirpó débilmente del retorcido caos en que sus sueños habían convertido la cama. Las habitaciones estaban frías: al correr el cerrojo de la puerta, había encerrado a Saddith fuera; y no podía recordar haber echado ella misma madera a los fuegos más que una o dos veces. Pero el frío la obligó a dominar mejor la situación. Se echó la bata por encima y se dirigió deliberadamente al cuarto de baño para beber tanta agua como su estómago pudiera resistir. Luego regresó a la chimenea de su salita de estar y empezó a intentar hacer brotar una pequeña llama de las aún calientes brasas.

En su condición, soplar para avivar el fuego era tan doloroso como darse

cabezazos contra la pared. Sin embargo, perseveró, porque estaba decidida a no dejar que nadie entrara en su suite para ayudarla. No deseaba público mientras sufría las consecuencias de su estupidez. Así que consiguió prender el fuego pese a la fuerte presión en su cerebro. Tomó un baño, incluso se lavó el pelo por pura testarudez. Y se vistió sola, consiguiendo enfundarse en uno de los trajes relativamente difíciles de Myste, una cálida confección de terciopelo amarillo. Sólo entonces se permitió descorrer el cerrojo de la puerta para ver si Saddith había dejado una bandeja para ella.

Eso era lo que había hecho la doncella. Y, gracias a Dios, no había nadie aguardando para hablar con ella. En paz, consiguió comer unas gachas y beber una gran cantidad de un brebaje caliente que pensó que debía ser té —aunque sabía más como canela y pétalos de rosa—, antes de que una llamada a la puerta anunciara que tenía un visitante.

No confiaba en su voz, así que se dirigió cuidadosamente a la puerta y la abrió.

Al otro lado estaba Geraden.

Oh, magnífico. Eso era precisamente lo que necesitaba.

—Espero no molestarte —dijo de inmediato el joven—. No tuvimos oportunidad de hablar ayer. Quería decirte... —Entonces su sonrisa se desvaneció—. ¿Te encuentras bien? Pareces como un poco mareada.

Gracias al Maestro Eremis, la vista del Apr hizo que la ansiedad pulsara en sus venas..., lo cual a su vez amenazó con hendir su cabeza.

—Es el traje. —Su voz brotó como un croar—. El amarillo no es mi color. —Obstinadamente, le ofreció una sonrisa que parecía una grieta en un jarrón de porcelana y le invitó a entrar.

Geraden la estudió y, tan pronto como la puerta se hubo cerrado, dijo:

—Intenté verte ayer, pero los guardias me dijeron que te dejara a solas. No pude evitar el preocuparme. —Tras su preocupación, parecía cohibido—. ¿Cómo fue tu charla con el Maestro Eremis?.

Ella se concentró en impedir gruñir o cerrar los ojos.

—Artagel te lo dijo.

Él asintió.

—Lo hubiera hecho de todos modos. Pero parecías tan alterada cuando saliste de la celda, que creyó que no tenía otra elección.

—Entonces debió decirte también lo que ocurrió. —La brusca amargura que la invadió la sorprendió. ¿Cuándo había empezado a creer que tenía derecho a resentirse por la forma en que era tratada?—. Pensé que podría conseguir algo..., creí que iba a poder cambiar algunas cosas. Estaba dispuesta a persuadirte de que empezarais a cooperar el uno con el otro. —En vez de ello, se supone que debo espiarte, pese a que tú eres el único amigo que me queda, ahora que Myste se ha ido. Pese a que tú eres el

único que se preocupa lo suficiente por mí como para *hacer* algo—. En vez de ello, todo lo que conseguí es portarme como una estúpida.

No, no lo haría. No podía hacerlo. La promesa de unos cuantos besos íntimos no era suficiente. Geraden era demasiado importante para ella. Le vigilaría, sí. Pero no le diría a nadie lo que averiguara. No a menos que él hiciera algo que la obligara a creer que el Maestro Eremis tenía razón respecto a él. Y tomaría la decisión por sí misma. No importaba lo que el Maestro le ofreciera.

Inesperadamente, se sintió mejor. Pese a su resolución, se descubrió diciendo:

—Ayer bebí demasiado —para que Geraden no se sintiera herido en sus sentimientos—. Supongo que estaba intentando ahogar mis penas. Tengo la *cabeza* que parece una pelota de fútbol.

Esta vez hubo un asomo de alivio en la sonrisa del Apr.

—Yo he hecho lo mismo unas cuantas veces —admitió, fingiendo arrepentimiento—. Todavía sigo sin saber qué me hizo pensar que era una buena idea. Sospecho que simplemente me mostré más torpe de lo que era *capaz* de soportar.

»De todos modos, lamento que te ocurriera a ti —añadió, de una forma que sugería que no era su principal pesar—. Por tu bien, espero que él te escuchara.

»Terisa, yo...

Se detuvo bruscamente, y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. De pronto, a ella se le ocurrió el pensamiento de que había venido a decirle algo terrible. Instintivamente a la defensiva, fue a la puerta y corrió el cerrojo. Luego se enfrentó de nuevo a sus turbados ojos castaños.

—¿Qué ocurre, Geraden?

—Nada —dijo rápidamente él—. Nada. —Demasiado rápidamente—. Quiero decir, sobreviviste, ¿no? Al final todo fue bien.

Sin embargo, no podía seguir fingiendo.

—Lo siento —murmuró. Su voz jadeó, pero no se volvió para ocultar sus sentimientos—. Lo siento de veras. Después de *que* fuéramos rescatados, después de que nos sacaran de debajo de todas aquellas rocas, Artagel me llevó de vuelta a mi habitación. Yo también bebí más vino del necesario. Pero cuando me dormí no dejé de tener el mismo sueño una y otra vez, exactamente el mismo. —Su expresión se crispó—. Durante largo tiempo pensé que era una pesadilla. Fue la *peor*...

Inspiró profundamente para serenarse.

—Pero finalmente me di cuenta de que no era una pesadilla. No estaba soñando. Simplemente, recordaba. —Rechinó los entes para obligarse a decir—: Estaba recordando que estuviste a punto de morir.

Oh, *¿eso era todo?* Intentó no dejar traslucir su alivio. Lo que estaba diciendo no era tan terrible al fin y al cabo.

—Y todo ocurrió por culpa *mía*.



*Ahora, ella le miró.*

—*Yo te traje aquí*—explicó él, *con voz miserable*—. No sé cómo devolvarte al lugar donde perteneces. La gente te quiere muerta. Quieren manipularte. Y el campeón...

»Pasaste por todas esas pruebas..., fuiste enterrada viva y estuviste a punto de verte aplastada hasta morir..., por culpa mía.

»Cuando vi al Castellano Lebbick atosigarte de aquel modo, deseé estrellarle una silla en la cabeza. Lo siento. Eso es lo que hubiera debido hacer. Sólo para *detenerle*. Es culpa mía que te golpeará.

»Si te ocurre algo, se me partirá el corazón.

Si ella se hubiera sentido mejor, se habría echado a reír. En vez de ello, apoyó una mano sobre el brazo de Geraden, acarició los músculos agarrotados a lo largo de sus huesos.

—Geraden —protestó—, te hubiera partido en dos. Desea a alguien que le desafíe para poder aplastarlo.

Él la miró, apenado; y ella reconoció que necesitaba una respuesta mejor que aquella. Nadie más había declarado nunca tanta preocupación por ella. En realidad era extraño..., y cautivador. ¿Había tenido pesadillas por causa suya?.

Hizo lo mejor que pudo.

—Tú me mantuviste *cuerta*. Estabas en el mismo apuro que yo. Peor aún. El Maestro Gilbur casi te arrancó la cabeza de un golpe. Pero fuiste *capaz* de mantenerme en mis cabales. Si no me hubieras ayudado, cuando nos hubieran rescatado haría ya horas que habría perdido la cabeza.

Hubiera debido seguir..., hubiera debido decir: Tú y Myste sois los únicos amigos que he tenido nunca. Nadie ha sido tan bueno conmigo como vosotros. Me alegro de estar aquí. Pero eso era demasiado para su retraimiento, su frágil sentido de sí misma. Torpemente, dejó caer su mano.

Y, sin embargo, tenía que *hacer* algo por él que pudiera significar tanto como un contacto. Antes que intentar ponerse a la altura de su declaración, intentó bromear con él.

—Esto tiene que terminar. Voy a empezar a racionarte. Si te disculpas conmigo más de una vez al día, te daré una patada.

Él la miró dubitativo, inseguro de cómo tomar sus palabras.

—¿Lo dices en serio? Sé que me *disculpo mucho*. Si tú causarás tantos problemas como yo causo, también lo harías. Hasta ahora, tú eres lo único en lo que no me he equivocado. No deberías soportar el peso de todos mis desastres.

No había discusión al respecto: merecía algo mejor que ella.

Intentando proporcionárselo, le miró directamente a los ojos y dijo:

—No me has puesto en ningún problema. Me salvaste. Orison está lleno de

desastres, pero en lo que a mí respecta tú no has causado ninguno de ellos. Eres una de las pocas personas que desea hacer algo sobre eso.

»No tienes nada de lo que disculparte.

Él siguió estudiándola cautelosamente. Cuando ella no bajó la mirada, sin embargo, empezó a relajarse. Sus hombros se alzaron; el pesar abandonó su rostro; sus ojos brillaron como si una mano invisible los hubiera secado. Al cabo de un momento, dijo en voz muy baja:

—Gracias.

Ahora el corazón de Terisa se sintió aligerado. Estaba dispuesta a luchar contra el dolor de su cabeza si eso le permitía hacerle a él más feliz. Sonriendo con más éxito, se sentó en una de las sillas cercanas al fuego, luego hizo un gesto hacia la bandeja:

—¿Has desayunado? Me han traído más de lo que soy capaz de comer.

Él negó con la cabeza. Parecía estar reprimiendo un estallido de exuberancia, un deseo de gritar o cantar o abrazarla. Moviéndose con cómico cuidado para no tropezar o perder el equilibrio, dio la vuelta a una silla para colocarla delante de la de ella y se sentó. Luego, su rostro se iluminó con alegre triunfo, como si dijera: Y tú creíste que no podría hacerlo.

Lo que en realidad dijo, sin embargo, fue:

—¿De qué quería hablar el Rey Joyse contigo?

Ella esperó sin demasiado optimismo que su repentino brotar de ansiedad no se reflejara en su rostro. Bajo la presión de los acontecimientos más recientes, había olvidado la cuestión de qué decirle acerca de su conversación con el Rey. Él podía sentirse abrumado por lo que ella había descubierto, profundamente apenado de saber que el viejo amigo *de* su padre y el héroe de su infancia estaba embarcado deliberadamente en la destrucción de Mordant. Y el Maestro Quillón había insistido mucho en explicar que Geraden se hallaba aún en peligro de sus ignotos enemigos, todavía podía pagar un gran precio por saber demasiado. ¿O había llegado el Maestro Quillón a la conclusión del Maestro Eremis de que el propio Geraden era peligroso, y por lo tanto no debía confiarse en él? ¿Tan buenas eran las razones de Eremis para su desconfianza?

Cuando ella no respondió inmediatamente, Geraden prosiguió:

—Ser arrojado de aquel modo de sus aposentos no fue exactamente el momento cumbre de mi vida. —Sonaba incongruentemente alegre, como si deseara animarla—. No creo que el Tor se pusiera de su lado. —Se encogió de hombros—. Por otro lado, no tengo ninguna razón para creer que alguna vez podré llegar a saber lo que hará el Tor. Sólo deseo comprender. Deseo que el Rey Joyse diga algo que tenga sentido.

Terisa no estaba escuchando. La pregunta frente a ella era demasiado compleja para ser respondida de una forma casual. Necesitaba más tiempo para pensar. Más tiempo para observar. Sin darse cuenta de su propia brusquedad, dijo:

—Quería hablar un poco más del brinco. —Su dolor de cabeza estaba yendo por delante de ella. Movida por un impulso, añadió—: Elegia estuvo aquí.

Geraden aguardó, expectante. Cuando ella no siguió hablando, preguntó:

—¿Dama Elegia? ¿Mi antigua prometida? ¿Cuándo fue eso?

Ella intentó aclarar sus pensamientos. En realidad, había un cierto número de cosas que deseaba decirle a Geraden. Elegia podía ser un buen punto seguro por dónde empezar. Si conseguía controlar su resaca.

—Me estaba aguardando aquí. Cuando volví de ver al Maestro Eremis.

—¿Qué es lo que quería?

Terisa dudó unos instantes. ¿Estaba segura de que deseaba decirle aquello a Geraden?

Sí. Ya estaba arrastrando a solas demasiadas preguntas.

Con una ira inesperada, articuló claramente:

—Dama Elegia deseaba alistarme en un complot contra su padre.

Geraden se quedó helado.

—¿Qué tipo de complot?

—No tengo la menor idea. —Tan completamente como pudo, le contó lo que se había dicho..., y lo que ella había supuesto. Los ojos de Geraden se entrecerraron ante el nombre del Príncipe Kragen, pero escuchó sin interrumpir. Amargamente, ella concluyó—: Por eso no quise más visitas ayer. No deseaba correr el riesgo de oír algo más como aquello.

Él frunció el ceño por unos instantes, sin hablar..., el tiempo suficiente como para que ella empezara a preguntarse si la había creído. Deseaba que la creyera. Cuantos más secretos mantenía, cuantas más mentiras contaba, más grande se hacía su necesidad de ser creída, especialmente cuando estaba siendo honesta. Afortunadamente, él empezó a asentir.

—Siempre me preocupó —murmuró, pensativo—. Siempre tuve la sensación de que estaba más interesada en lo que son los reyes que en lo que hacen. Más interesada en el poder que en para qué sirve el poder. Puede ser capaz de algunas decisiones más bien poco escrupulosas.

—Así, ¿no crees que estoy saltando a conclusiones precipitadas?

—No. —Su rostro estaba tenso por los pensamientos—. No después de tu conversación con el Príncipe Kragen. Por aquel entonces, ellos ya habían decidido probablemente abordarte.

—Me gustaría saber qué es lo que ellos piensan que puedo hacer —se quejó, simplemente porque sentía deseos de quejarse—. Es el mismo problema que tengo con todo el mundo. Incluso contigo. Todos pensáis que puedo hacer algo. —Pero sus padres nunca le habían permitido lamentarse, y descubrió que no le importaba la forma como sonaban sus palabras—. Pero todavía no he tenido muchos indicios de

ello —terminó.

Geraden siguió meditando.

—¿Qué *deberíamos* hacer? —preguntó—. ¿Decírselo al Rey Joyse?

Cuidando de no revelar demasiado, ella contraatacó:

—Si pudiéramos conseguir que escuchara, ¿crees que nos prestaría alguna atención?

Él dejó escapar un suspiro de desánimo.

—*Probablemente no*. —Luego preguntó—: ¿Qué hay del Castellano Lebbick?

Terisa se encogió de hombros.

—No me gustaría decirle nada. No me gusta la forma como me trata.

»Él *haría* ciertamente algo. Puede o no ser *capaz* de detenerla..., pero, haga lo que haga, pondrá al descubierto el hecho de que nosotros se lo dijimos. Ella sabrá que no puede confiar en mí. Ése será el fin de nuestras posibilidades de descubrir qué es lo que está haciendo.

El Apr le dirigió una mirada y una rápida sonrisa.

—Para ser alguien que no puede hacer nada, pareces muy decidida a intentarlo. ¿Qué es lo que sugieres?

Estuvo a punto de decir: No tengo la menor idea, cuando tuvo lo que parecía una inspiración.

—Podrías pedirles a Argus y Ribuld que la mantuvieran vigilada.

Él parpadeó ante aquella inesperada idea.

—No les gustó precisamente lo que les ocurrió la última vez que me hicieron un favor —recordó, pensando en voz alta—. Pero esta vez Artagel está aquí para respaldarme. Puede que acepten..., en especial si piensan en una forma de hacerlo sin despertar las sospechas del Castellano Lebbick. —Sus ojos se cruzaron con los de Terisa cuando añadió—: Puede que valga la pena. Si sólo pudiéramos averiguar cómo tiene intención de comunicarse con el Príncipe Kragen, ganaríamos mucho.

»Se lo pediré. —La decisión le devolvió su sentido del humor. Con tono irónico, comentó—: Si lo haces tú, pueden intentar pedirte que les pagues el favor. Ya sabes lo que quiero decir. Lo peor que pueden hacer conmigo es decirme no.

Sonreírle se estaba haciendo más fácil cada vez. Su dolor de cabeza había empezado a disminuir. Y su ansiedad se había convertido de nuevo en alivio. La sensación de que allí, al menos, había un tema en el cual no estaba sola —y en el que Geraden estaba de acuerdo con ella— era un placer positivo. Cuando él le devolvió la sonrisa, se sintió lo suficientemente bien como para abordar otra de sus muchas áreas de incompreensión.

—Esa conversación que tuve con el Príncipe Kragen me recuerda: ¿Qué es un archi-Imagero?

Su pregunta hizo que Geraden se envarara en su silla. —¿*Te* recuerda...? ¿Qué

conexión...? —Casi inmediatamente, sin embargo, apartó a un lado su confusión, no deseoso de dar a sus preguntas precedencia sobre las de ella—. Un archi-Imagero es alguien que ha dominado lo que nosotros consideramos la cumbre de la traslación..., la habilidad de pasar sano y salvo a través de un cristal plano. Por todo lo que sabemos, sólo un hombre lo ha conseguido nunca..., el archi-Imagero Vagel.

»En teoría, la dificultad es que esa traslación cambia todo lo que toca. Cuando la traslación implica un paso entre mundos separados..., o, si el Maestro Eremis tiene razón —hizo una mueca—, entre nuestro mundo y las Imágenes que se sabe que no existen en nuestro mundo..., los cambios son adecuados. Por ejemplo, resuelven el problema del lenguaje y de la respiración. Pero, cuando pasas a través de un cristal plano, en realidad no vas a ninguna parte. Quiero decir, te mueves de lugar a lugar, pero permaneces en el mismo mundo. Así que no necesitas ser cambiado. Pero lo eres de todos modos. —Se miró las manos—. Eso es lo que volvió loco al Adepto Havelock.

»Teóricamente, si miraras a un espejo plano que te mostrara a ti mismo..., en otras palabras, un espejo que estuviera enfocado en el punto exacto donde tú permaneces, entrarías en una especie de ciclo continuo de traslación, pasando simultáneamente de un lado a otro entre tú y tu Imagen, cambiando literalmente sin ir a ninguna parte. Probablemente, nadie que te mirara fuera *capaz* de ver la diferencia. Pero tu mente habría desaparecido. No simplemente vuelto loca. Desaparecido.

»Sigo sin saber cómo sobreviví a verme a mí mismo en los espejos de aquella estancia donde te encontré. Tengo que creer que los espejos *son* distintos en tu mundo. O que tú eres la Imagera más poderosa de la que nunca haya oído hablar.

»De todos modos, el otro punto importante es que la capacidad para ser un archi-Imagero parece ser simplemente eso..., una capacidad. Si no es una habilidad que puedas aprender, es un talento con el que has nacido. Si fuera una habilidad, Havelock hubiera podido dominarla de algún modo. "Adepto" no es ningún título honorífico. Lo ganó siendo mejor en las traslaciones que cualquier otro. En particular, era mejor efectuando traslaciones con espejos que no había hecho él. Yo ni siquiera puedo efectuarlas con los espejos que yo hice.

»¿Responde eso a tu pregunta?

Terisa asintió. Estaba intentando conseguir que lo que él acababa de decirle encajara con su experiencia.

—Entonces, responde tú a la mía. ¿Qué tiene que ver todo esto con tu conversación con el Príncipe Kragen?

—Oh, eso. Lo siento. No estaba intentando ser crítica. Simplemente, parece que es algo crucial..., de algún modo. Yo estaba hablando con él justo antes de que fuéramos atacados. Por eso lo recordé ahora.

Luego pasó al punto clave de la cuestión:

—Cuando Artagel examinó a los hombres muertos, los que luego se desvanecieron, dijo haber encontrado una insignia, un "sello", que indicaba que eran de Cadwal. Eran Aprs del Monomach del Gran Rey. Pero, cuando atacaron, parecieron surgir de la nada. Y, cuando todos los demás estuvieron muertos, su líder no tuvo que escapar corriendo. Simplemente desapareció.

»Él y sus hombres debieron llegar e irse a través de un espejo plano. Pero, ¿no es eso imposible? El Perdon y el Príncipe Kragen decidieron que Vagel debía estar implicado en el asunto, pero eso no lo explica tampoco. Si pasar sano y salvo a través de un cristal plano es asunto de talento antes que de entrenamiento, entonces todos esos hombres deberían ser archi-Imageros.

Y, ahora que pensaba en ello, ¿cómo había conseguido el Maestro Gilbur eludir al Castellano? Si era concebible que el hombre de negro y el Maestro Gilbur eran aliados, entonces también era concebible que el Maestro hubiera desaparecido de la misma forma que el otro.

Geraden la contempló pensativo por un largo momento.

—¿Sabes? —dijo con una seca risita—, hace toda una vida, cuando yo era aún un Apr nuevo y creía que iba a realizar proezas gloriosas, acostumbraba a permanecer despierto por la noche pensando en cosas como ésa. Y elaboré una idea que puede que funcione.

»Primero modelas un espejo plano que esté enfocado exactamente allá donde lo quieres. —Se encogió humorísticamente de hombros—. Un problema trivial para el Imagero que yo pretendía ser por aquel entonces. Luego elaboras otro espejo, uno normal esta vez, que simplemente muestre un mundo que sea esencialmente inerte. Ni gente ni animales, y preferentemente ningún clima, que interfiera con lo que estás haciendo. Luego trasladas el primer espejo al interior del segundo, y lo sitúas de tal modo que llene tanto de la Imagen como sea posible. Y entonces, si el primer espejo no ha cambiado..., y si es realmente factible efectuar dos traslaciones casi simultáneamente, es posible que seas *capaz* de cruzarlos y mantener tu mente de una sola pieza.

Sonrió.

—Ingenioso, ¿no crees?

—Sí. —En realidad, creía que era más que ingenioso: pensaba que era brillante. Pero algunas de las implicaciones...

—Podría llevar a dos personas, ¿no? Una para trasladar a la otra.

—No para ir. Pero sí para volver. Eso es cierto para cualquier traslación.

En consecuencia, si el Maestro Gilbur había escapado a través del mismo artilugio que había salvado al hombre de negro, entonces Geraden era inocente. Cualquiera en Orison era inocente (en especial Geraden, pero también el Maestro Eremis, que estaba encerrado en las mazmorras y no tenía acceso a los espejos),

porque ellos estaban *aquí* antes que en el lugar donde estaban situados los espejos. No podían haberse llevado al Maestro Gilbur.

Casi estremeciéndose, dijo:

—Desearía que hubiera alguna forma de descubrir lo que ocurrió en realidad. Si tu idea es correcta, entonces el Maestro Gilbur abandonó probablemente Orison de la misma forma que entraron los hombres que me atacaron.

—Pero, ¿quién efectuó la traslación?

—¿No pudo haber sido Vagel? Eso tiene sentido ahora..., o lo tiene en tanto haya realmente alguna forma de trasladar gente en torno a Mordant por medio de la Imagería sin hacer que pierdan sus mentes.

El Apr alzó las manos.

—No lo sé. Durante años, todo el mundo pensó que el archi-Imagero estaba muerto. Ahora todos piensan que está vivo.

»Pero tú sabes —prosiguió, mirándola evaluadoramente, con un asomo de ansiedad en su voz— que puede haber una forma de verificar si hubo Imagería cuando fuiste atacada. Incluso es posible —se inclinó hacia delante— que hubiera una forma de comprobar mi idea.

Ella le estudió atentamente mientras se explicaba. La excitación animó su rostro, haciéndolo más y más atractivo a sus ojos.

—Evidentemente, hay mucho que no sabemos de la Imagería. Algunas cosas parece que deberían ser teóricamente posibles, pero nunca hemos tenido ninguna forma de comprobarlas. Por ejemplo, es teóricamente posible que un Imagero con un cierto tipo de talento pueda ser sensible a los espejos del otro lado. Quiero decir: Si tuviera que ir a un lugar que tú pudieras ver en algún espejo de alguna otra parte, debería ser *capaz* de sentirlo. Debería saber que estaba en una Imagen.

»Por supuesto, tienes que suponer que la Imagen existe realmente. De otro modo, lo que ves en un espejo plano es sólo una copia de algo real, y no habría nada que sentir.

»Pero si él pudiera *sentirlo* —Geraden se puso en pie, incapaz de seguir sentado—, entonces *también* es teóricamente posible que pudiera ser capaz de efectuar la traslación desde el otro lado. ¿Ves lo que quiero decir? Podría simplemente salir de la Imagen al lugar donde estuviera el espejo.

Mientras él hablaba, el corazón de Terisa empezó a latir más aprisa. La excitación de Geraden la arrastraba.

—Si tienes razón —dijo ella lentamente—, entonces no serían necesarias dos personas. El Maestro Gilbur podría ir solo. Podría entrar y salir de Orison siempre que deseara.

—¡Sí! —exclamó Geraden impacientemente—. Pero no es ése el asunto. El asunto es que sería *posible*. —En su entusiasmo, aferró los brazos de la silla de ella

para poder mirarla fijamente a los ojos—. Sería posible *para ti*.

Desgraciadamente, calculó mal la distancia. Sus frentes golpearon con un sordo sonido de crujir de huesos.

—¡Oh, Terisa, lo siento! —gimió—. Lo siento, lo siento. —Se llevó una mano a la cabeza, tendió la otra hacia ella—. ¿Estás bien? Lo siento tanto.

Sólo por un instante, toda la habitación pareció arder. Luego las intensas llamas rojas y naranjas se resolvieron en destellos de dolor que cruzaron su visión, y su cráneo empezó a resonar como si hubiera sido utilizado como un gong.

Pero el golpe no había sido tan fuerte como eso: su resaca acentuaba los efectos. Cuando estuvo segura de que su frente no estaba machacada ni sangraba, rechazó la disculpante mano de Geraden. Se levantó decididamente en pie, pese a tener todo un carillón resonando entre sus oídos, e hizo todo lo posible por darle una patada en la espinilla.

Primero él se la quedó mirando con la boca abierta, como si creyera que había perdido la cabeza. Luego dejó escapar una carcajada.

—Te lo advertí —murmuró ella, en medio del dolor. Éste empezaba a disminuir ya. Casi era *capaz* de oírse a sí misma—. Una disculpa al día. Eso es todo lo que te concedo. —Incapaz de contenerse, ella también estaba riendo—. No soy ningún señor o Maestro con el que puedas jugar.

Oleadas de risa brotaron de Geraden.

—Por favor, no me hagas reír. —Débilmente, Terisa volvió a sentarse en su silla—. Parece como si mi cabeza quisiera partirse en dos.

Geraden inspiró profundamente para controlarse. Cuando fue capaz de dejar de reír, se dirigió a ella. Sujetando sus mejillas con las palmas de sus manos, besó tiernamente su lastimada frente.

Por un momento, Terisa pensó que iba a hacer descender su boca hasta la de ella. De haber podido, habría reprimido el pulsar en su cráneo y habría inclinado la cabeza hacia atrás para recorrer la mitad del camino. Pero el dolor no se alejaba con la suficiente rapidez. No supo si sentirse aliviada o irritada cuando él retrocedió de nuevo hasta su silla.

—Terisa —repitió suavemente—, tal vez fuera posible para ti.

Ella suspiró y cerró los ojos. Se masajeó la nuca con ambas manos.

—Tienes que haberte roto algo en la cabeza. Ésa es la idea más loca que has tenido hasta ahora.

—No, de veras —respondió él de buen grado—. Es sólo una idea, por supuesto. Pero tú quieres saber por qué estás aquí..., lo que puedes hacer. Bien, no podemos enseñarte lo suficiente acerca de hacer espejos como para descubrir si puedes ser una Imagera normal. Los Maestros han dejado bien claro que no van a permitirlo, y ellos controlan el laborium. Pero quizá poseas un tipo distinto de talento. Quizá por eso fui



atraído hasta ti cuando todas las reglas de la Imagería hubieran debido llevarme hasta el campeón.

»Podemos intentar averiguarlo. ¿Qué tenemos que perder?

Ella abrió los ojos y le miró con fijeza.

—Hablas en serio, ¿verdad? —No tenía el aspecto de un hombre que acabara de volverse peligrosamente loco—. ¿Crees que puede haber alguna forma de probar lo que estás diciendo? ¿De verificar...?

Él asintió enérgicamente.

*Quizá poseas un tipo distinto de talento.* Inesperadamente, su dolor de cabeza, se hizo menos importante.

—Casi temo preguntar cómo.

La excitación se acumuló de nuevo en él, y su mirada brilló. Haciendo un esfuerzo por ser razonable, dijo:

—Espero que comprendas que realmente no sé más de esto que tú. Es sólo una teoría. Y la mayoría de los Maestros ni siquiera estarían interesados. Modelar espejos ocupa demasiada investigación práctica y esfuerzos. —Entonces su entusiasmo le ganó de nuevo, y se puso en pie—. Pero todo lo que tenemos que hacer es volver al lugar donde fuiste atacada. Una vez estemos en las inmediaciones correctas, todo lo que tienes que hacer tú es moverte lentamente por allí y concentrarte en lo que sientes.

Las respuestas que despertó en ella eran tan poco familiares que no supo cómo definir las. ¿Eran miedo o ansiedad? Su pregunta era más compleja de como sonó cuando dijo:

—¿Qué se espera que debo sentir?

—¿Quién sabe? —respondió él, sin darse cuenta de la extensión de la confusión de Terisa—. Pero probablemente será algo sutil. ¿Una ligera sensación como de tironeo? ¿La impresión de que algo delante de ti parece confuso? ¿Esa sensación de mareo que sienten algunas personas cuando miran hacia abajo desde lo alto de un risco?

»Si no sientes nada, eso no probará nada tampoco. Puedes o no puedes tener el talento. Puede o no puede estar implicada la Imagería. —Rió quedamente—. Podemos o no podemos hallarnos en el lugar correcto. Pero si *sientes* algo —hizo un visible esfuerzo por parecer calmado—, *eso* será interesante.

»¿Quieres intentarlo? ¿Debemos ir?

Por un momento, ella no pudo responder. Con los ojos clavados en el fuego, casi pudo oír una voz interior decir: Ésa es la cosa más estúpida que has dicho hoy. Deja de hacerme perder el tiempo. Sonaba como la voz de su padre. Y sabía lo que hubiera dicho su madre. Las niñas pequeñas no hacen esas cosas.

*Esas cosas.*

¿Y si Geraden tuviera razón?

Si estaba equivocado, no habría problema. Nada cambiaría en su vida. Pero, si tenía razón..., nunca volvería a ser la misma.

—No es tan sencillo —murmuró—. No creo que pueda encontrar de nuevo el lugar. Estuve allí sólo una vez. Y..., y mi mente estaba en otras cosas.

La breve vacilación de Geraden antes de hablar sugirió que ahora le estaba prestando una estricta atención, y que se daba cuenta de la importancia del tema que había planteado.

—Podemos resolver ese problema —dijo cuidadosamente—. Podemos pedirle a Artagel que nos ayude. Él recordará el lugar exacto. —Luego, suavemente, repitió la pregunta anterior—: Terisa, ¿qué tienes que perder?

Ella deseó decir: Mi yo. Lo que soy. Pero aquello parecía imposiblemente melodramático. ¿Por qué se estaba tomando en serio todo aquello? Como tratamiento contra el dolor de cabeza, funcionaba admirablemente: su cabeza aún le dolía, pero ahora era capaz de olvidarlo. Por otra parte, el peligro que ella aparentemente temía era tan improbable que debería considerarlo una estupidez. Realmente, debería de tener más sentido común.

Con una observación ligera en la punta de la lengua, miró fijamente a Geraden.

Su intensa actitud la detuvo: la estaba mirando como lo haría a alguien que estaba a punto de arriesgar su vida. Había dado un salto de empatía que lo había situado en el centro de su miedo. Con voz ronca, como si estuviera lleno de piedad, dijo:

—Te llevaría de vuelta a tu mundo si supiera cómo. Tú lo sabes.

Por un instante, algo parecido al pesar ascendió por la garganta de Terisa. Los ojos del Apr reflejaban una aguda consciencia de lo que ella había perdido. Él le había costado ya su vida anterior. Ahora le pedía que arriesgara su sentido de sí mismo, lo poco que aún comprendía de lo que era.

Dominó una sonrisa y dijo:

—Sí, lo sé. No te atrevas a disculparte. —Y se puso en pie. Ocurriera lo que ocurriera, no tenía intención de malgastar su amistad—. Quizás el ejercicio me haga bien.

El placer en el rostro de Geraden era tan brillante que ella casi se echó a reír de nuevo.

Encontraron a Artagel en una de las salas cercanas a su torre. Por aquel entonces, Terisa había descubierto que el ejercicio hacía que al principio le doliera aún más la cabeza, pero la circulación de la sangre parecía ir limpiando gradualmente su cerebro, y empezó a sentirse mejor. Mientras pensaba en el hermano de Geraden, se preguntó si tendría algún sistema para mantenerla vigilada. El salón donde lo encontraron no parecía un lugar especialmente lógico para un guardaespaldas. Por otra parte, sin embargo, no tuvieron ningún problema en localizarle.

Les saludó con una alegre inclinación de cabeza y un amistoso comentario acerca del cuestionable aspecto de Terisa. Geraden la defendió con burlona indignación, y recibió por sus penas y trabajos un amistoso puñetazo en el hombro que no le causó ningún daño apreciable. Luego explicó lo que tenían en mente —dejando a un lado, observó ella, la mayor parte de los detalles más sobresalientes—, y le pidió a Artagel su ayuda.

Artagel se tomó todo aquello menos entusiásticamente de lo que Terisa había esperado.

—Gracias a tu buena fortuna —restalló—, dama Terisa no recuerda cómo hallar ese lugar. ¿Acaso te dejaste los sesos bajo aquel montón de escombros? O quizá simplemente has *olvidado* que ella fue atacada ahí abajo por Aprs del Monomach del Gran Rey. Incluso es posible que el propio Gart estuviera entre ellos. —Hizo una momentánea disgresión—: Odio pensar que alguien menor que él me hubiera causado tantos problemas. —Luego reanudó—: ¿Qué planeáis hacer si ella resulta atacada de nuevo? ¿Pedirles educadamente que se marchen?

—No exactamente. —Era evidente que la furia de su hermano no preocupaba a Geraden—. Pensé que simplemente podría pedirles que aguardaran hasta que tú te reunieras con nosotros.

»En realidad —explicó—, lo más probable es no pueden atacarnos. No estarán preparados para nosotros. No tienen ninguna forma de saber lo que estamos haciendo..., y estoy seguro de que no pasarán *todo* su tiempo agachados delante de su espejo, aguardando a que una probable víctima aparezca por pura coincidencia. Deberíamos estar a salvo.

Pese a sí mismo, Artagel se ablandó.

—Eres demasiado listo para tu propio bien. Pero resulta que esta mañana no tengo nada mejor que hacer. —Sin aparente dificultad, olvidó su irritación y sonrió a Terisa—. Mi dama —dijo formalmente, ofreciéndole su brazo—, ¿nos vamos?

Cuando ella aceptó, Artagel lanzó a Geraden una sonrisa de bienhumorada malicia y la llevó consigo, dejando que su hermano les pisara los talones.

Mientras les seguía, el rostro de Geraden exhibía una expresión de retorcido cariño. Después de todo, reflexionó Terisa, tenía seis hermanos mayores..., y probablemente todos ellos disfrutaban incordiándolo. El aspecto que tenía ahora volvió a levantar su espíritu. Él y Artagel hacían fácil para ella pensar que estaba haciendo lo correcto.

Mientras regresaba a los húmedos y apenas usados corredores que minaban los cimientos de Orison, sin embargo, Terisa empezó a reconsiderar sus pensamientos. No tenía recuerdos agradables de aquel lugar. El interminable gotear del agua prometía peligro. Aunque había suficientes linternas como para permitir a Artagel hallar su camino, sus dispersos y distantes reflejos en los charcos y manchas de agua

en el suelo proporcionaban a la piedra un aspecto malsano, como si tras sus brillos se escondieran ocultos secretos. El eco de sus tacones hacía huir el silencio por los corredores laterales y los recodos, hasta que se sintió irracionalmente segura de estar siendo seguida. El calor del día nunca alcanzaba hasta tan lejos, y el aire era mucho más frío de lo que ella recordaba: ciertamente, parte de la humedad se había convertido en hielo. Allá donde ella o sus compañeros rompían la superficie de un charco helado, el hielo crujía como fuego.

Y, si Geraden tenía *razón*..., si por alguna extraña casualidad ella poseía aquella especie de talento que él había descrito...

Se aferraba al brazo de Artagel más fuertemente de lo que se daba cuenta. Como si pensara que tenía frío, el hermano de Geraden pasó el borde de su capa gris por encima de los hombros de ella.

—Quienquiera que haya hecho ese espejo —comentó Geraden mientras se deslizaban en la oscuridad—, o fue muy bueno o fue muy afortunado. Resulta difícil imaginar a nadie modelando *accidentalmente* un espejo que muestra esta parte de Orison. Por otra parte, no resulta exactamente fácil imaginar cómo pudo hacerlo deliberadamente. Incluso los mejores Maestros deben dedicar décadas de investigación antes de conseguir lo que desean.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —murmuró Terisa nerviosamente—. Esto no me gusta en lo más mínimo.

Artagel le dio un ligero apretón.

—Probablemente sí lo sepa. Las únicas ocasiones en las que realmente tengo que preocuparme por él es cuando parece como si lo tuviera todo bajo control.

Terisa deseó que Geraden respondiera a aquello, pero no lo hizo. Al cabo de un momento, por decir algo, preguntó:

—¿Quién mantiene encendidas las linternas?

Su escolta se encogió de hombros.

—Los sirvientes.

—Pero, ¿por qué? —prosiguió ella—. ¿Acaso esta zona no ha sido totalmente abandonada?

—Bueno, no completamente *abandonada*. He oído decir que muchas de las húmedas y frías estancias de aquí abajo son usadas para almacenar vino. Si supiéramos exactamente cuáles, podríamos morir felices. Y sé seguro que el Castellano utiliza secciones de este lugar para entrenar a sus guardias, en especial en invierno.

»Además —añadió irónicamente—, creo que aborrece la oscuridad. Es posible que hiciera instalar linternas aquí aunque nadie excepto los encargados de mantenerlas encendidas viniera a este lugar de un año al siguiente.

El pensamiento del Castellano Lebbick no era muy confortable para Terisa.

—¿Cuánto falta todavía? —preguntó.

—Ya casi hemos llegado. —Artagel sonaba intrascendente, pero cuando ella le miró vio cautela en el parpadeo de sus ojos, en los movimientos de su cabeza—. Lebbick debió hacer limpiar el suelo. De otro modo, ya podríamos ver la sangre.

Tenía razón. Tras otra docena de pasos, el aspecto del corredor empezó a encajar con el recuerdo que tenía de él, pese a la ausencia de sangre.

—Aquí —dijo de pronto en voz muy baja. Aunque sabía que el sonido no pasaba a través de los espejos, estaba visceralmente temerosa de ser oída por oídos no amistosos. Aquél era el lugar. Casi podía detectar el temblor residual de su propio miedo, vibraciones dejadas tras el asalto del hombre de negro—. Fue aquí.

—Sí. —Artagel se detuvo, se dio la vuelta. Luego la hizo avanzar hasta que su espalda tocó una pared—. Tú estabas aquí. —Con un gesto, señaló el corredor—. Nosotros luchamos ahí. —La oscura iluminación hacía que su rostro pareciera tan hosco como su voz—. El Perdon y el Príncipe Kragen vinieron desde el otro lado. Ellos nos rescataron. —Bruscamente, se enfrentó a su hermano—. No estoy seguro de que te des cuenta —dijo entre dientes encajados— de que ese bastardo me ganó..., fuera quien fuese. La última vez que ocurrió algo así, yo era mucho más joven que tú ahora.

La luz brillaba débilmente en la frente de Geraden, como si estuviera sudando pese al frío.

—De alguna forma —murmuró—, estoy seguro de que tendrás la oportunidad de batirte de nuevo con él. Sólo espero que no sea hoy. Yo no sería muy bueno en rescatarte.

»Pero no es eso lo que hemos venido a buscar. —Avanzó junto a su hermano y observó a Terisa en la penumbra—. Necesitamos hallar el punto exacto de traslación. Si existe.

»¿De dónde surgieron?

Terisa cerró los ojos. Había estado andando con el Príncipe Kragen. Hablaban de Elega. Un guardaespaldas iba delante de ellos; el otro, detrás. Oyó un suave sonido como de cuero..., ¿una espada abandonando su vaina? Entonces los hombres cargaron hacia delante. El negro cuero de sus armaduras los hacía difíciles de ver. Sus desnudas espadas eran más claras, brillando a la luz de las linternas...

—Aquí —jadeó, y abrió los ojos. Señalaba lo que parecía ser un oscuro corredor lateral que desembocaba diagonalmente en el corredor donde ellos estaban—. Vinieron de aquí.

—Bien. —Geraden susurraba, como si él también temiera ser oído—. Echemos una ojeada.

Su aliento dejó un leve rastro de vapor en el aire mientras se alejaba.

Artagel había desenvainado su espada. Pareció flexionarse al compás del

movimiento de su muñeca. Cogió a Terisa del brazo con su mano libre, y juntos fueron tras Geraden.

El camino ante ellos estaba oscuro. Si había un corredor lateral, era demasiado corto como para merecer una linterna. La iluminación que se reflejaba en él procedente del corredor principal menguaba rápidamente. Al cabo de un momento, Artagel preguntó:

—¿Quieres esperar mientras buscamos una luz?

—No —siseó Geraden—. Si hay un espejo enfocado aquí, la luz hará más fácil que nos vean.

Artagel asintió. Mantenía a Terisa entre él y la pared, para reducir el número de direcciones desde las cuales podía ser amenazada.

—Concéntrate —dijo Geraden a Terisa por encima del hombro—. El punto de traslación puede estar en cualquier parte.

Intenta sentirlo. Olvida todo lo demás y simplemente intenta sentirlo.

—Concéntrate tú también —respondió ella. Su susurro era ronco—. Yo no soy la única que no sabe cuáles son sus talentos.

Geraden hizo una momentánea pausa.

—Un punto a tu favor.

Artagel exhibió una sonrisa que apenas fue visible en la creciente oscuridad.

Esto es estúpido, pensó Terisa para sí misma. Se suponía que los tres eran adultos..., y sin embargo ahí estaban, tanteando su camino hacia el interior de un corredor aparentemente sin salida en busca de algún lugar donde el aire o la piedra o quién sabía qué hiciera hormigear sus pieles. Debemos estar fuera de nuestros cabales. Si alguien saltara ante ella y exclamara: ¡Buuu!, hubiera gritado.

Esa idea le dio deseos de reír.

Eso la distrajo. No se dio cuenta de lo que ocurría hasta que un soplo frío tan tenue como una pluma y tan afilado como el acero se deslizó directamente por el centro de su abdomen.

Antes de que pudiera reaccionar —antes de que pudiera gritar una advertencia—, un hombre brotó de la pared. Su cuerpo parecía un bloque de piedra cuando impactó pesadamente contra ella, empujándola hacia Artagel.

Artagel sujetó con fuerza su brazo.

—¡Atrás! —restalló—. ¡Atrás, a la luz! —Y tiró de ella, alejándola del intruso.

De inmediato, la sensación de frío se desvaneció.

No se dio cuenta de la diferencia.

Se tambaleó, perdió el equilibrio. ¿Dónde estaba Geraden? Cada músculo de su cuerpo deseaba echar a correr, pero se volvió a tiempo para ver a Artagel tirar de Geraden tras ella mientras amenazaba a la sombría figura con su hoja.

Corrió urgentemente hacia el corredor principal y las linternas.

Geraden era más rápido. Estaba ya junto a ella cuando alcanzaron el corredor. La empujó hacia la derecha, hacia la linterna más cercana. Su impulso los llevó hasta la pared contraria, hasta el lugar donde ella había caído la otra vez y había aguardado a que el hombre de negro la matara. Allá, los dos se volvieron para ver lo que ocurría con Artagel.

Éste salió a la luz con la espada aún preparada entre él y la oscura figura. No, no era una figura: Terisa vio dos. Tres. Cuatro. Avanzaban lentamente, masivamente; la amenaza de la hoja de Artagel no les detenía.

Cuatro. Eso era malo. Pero al menos no eran más. Cuando alcanzaron la luz, vio que de hecho su aspecto era el de hombres. Tenían las cabezas y los rostros y los miembros de hombres. Su desnudez mostraba que tenían cuerpos de hombres. Sus brazos estaban extendidos como para abrazar.

Pero sus ojos estaban muertos. Y bajo su piel se movían visiblemente bultos del tamaño de manos..., bultos que no podían ser músculos.

No llevaban armas, sin embargo. Y sus movimientos eran tan pesados que seguro que Artagel podía ocuparse de ellos.

Artagel retrocedió en la otra dirección, intentando alejarlos de ellos. Su sonrisa de lucha era ausente. Tras su perplejidad, sus ojos tenían un asomo de horror.

Los cuatro hombres le ignoraron. Tras emerger del corredor lateral, se encaminaron directamente hacia Terisa y Geraden.

Artagel gritó para distraerles. También ignoraron eso. Puede que fueran sordos. Avanzando torpemente, como muñecos de madera, se encaminaron hacia su objetivo elegido.

En un esfuerzo por desviarles, Artagel atacó. Su espada giró y llameó y cayó sobre la muñeca de la figura que tenía más cerca, con tanta fuerza que Terisa retrocedió, esperando ver la mano caer cercenada al suelo.

Pero la mano no cayó. No hubo ninguna sangre. En vez de ello, la piel de la muñeca se peló hacia atrás desde el punto del impacto, revelando un insecto como una monstruosa cucaracha allá donde deberían estar los huesos de la mano.

La piel se secó y se marchitó; el insecto cayó del muñón de la muñeca al suelo.

Por un segundo tanteó el aire con sus antenas, agitó sus mandíbulas, luego se escurrió hacia Terisa y Geraden.

Al mismo tiempo, un segundo insecto empezó a emerger, contorsionándose, fuera de la muñeca de la torpe figura. La piel de la muñeca se marchitó, como si la cucaracha en su interior fuera todo lo que la conservaba como un tejido vivo.

Terisa hubiera gritado de haber hallado su voz. Pero el insecto era mucho más rápido que el pesado cuerpo o huésped que lo había contenido; y Geraden le había gritado, había aferrado su brazo, intentando apartarla; y algún residuo del incisivo frío que había presagiado este asalto parecía aferrarse aún en su pecho, de modo que

apenas era capaz de hablar.

Mientras el segundo insecto se dejaba caer al suelo desde la marchita carne de la muñeca de la figura, un tercero asomó a la vista desde su antebrazo.

Terisa no podía apartar sus ojos de lo que estaba ocurriendo. Geraden tuvo que arrastrarla hacia atrás. Vio la alocada revulsión en los ojos de Artagel mientras saltaba al ataque.

Un enorme y violento golpe de su espada golpeó en el hombro a la figura más cercana, en la base del cuello, produciendo un profundo corte a través del pecho del hombre. Otro golpe —tan rápido que pareció formar parte del primero— atacó por el otro lado, hundiéndose mortalmente entre las costillas.

Pero no hubo sangre. La figura no cayó.

Como un cascarón podrido, su torso se hendió. Su cabeza siguió mirando fijamente al frente; sus piernas continuaron caminando rígida, pesadamente, a lo largo del corredor, tras sus compañeros..., y docenas y docenas de cucarachas cayeron rodando de sus abiertos pecho y abdomen.

Por un instante se agitaron en un revoltijo, buscando algún olor. Luego echaron a correr como un flujo de sangre tras Terisa y Geraden.

Bruscamente, la cabeza del hombre estalló, esparciendo otro montón de insectos entre los demás. Después de eso, sus piernas parecieron perder toda su firmeza. Se inclinaron hacia un lado, golpeó la pared y cayó, mientras más y más enormes cucarachas hormigueaban entre los desmoronantes restos de su cintura y caderas y muslos.

Pronto no quedaba de él más que una gran cantidad de apresurados insectos.

Terisa oyó a Artagel maldecir desesperadamente, como si estuviera a punto de vomitar.

—¡Terisa! —Geraden tiró urgentemente de su brazo—. ¡Corre!

Alucinada por el ataque de Artagel y su resultado, no se había dado cuenta de lo atrás de Geraden que se había quedado..., de lo rápido que se movían los insectos. El más cercano ya casi había alcanzado el dobladillo de su traje.

Jadeante, se dio la vuelta y echó a correr.

Durante unos pasos corrió, corrió con todo su aliento. Pero luego tuvo que detenerse y mirar hacia atrás, ver...

Artagel había abandonado su espada. Con el rostro contorsionado y pálido, el labio inferior profundamente enterrado entre sus dientes, corrió tras una de las figuras restantes, se inclinó rápidamente, aferró con sus manos los agitantes tobillos y tiró con todas las fuerzas que pudo.

El hombre cayó de bruces, con la lenta y pasiva violencia de un tronco derribado.

Cuando golpeó el suelo, el impacto despedazó su cuerpo. Todos los insectos que habían permanecido amasados dentro de su carne fueron liberados al instante.



Llenaron el corredor de pared a pared. La luz de las linternas resplandecía en sus oscuros lomos; formaban una corriente que fluía rápida hacia delante, mientras hacían chasquear sus mandíbulas en busca de la carne de sus víctimas.

Terisa echó a correr de nuevo.

Geraden corrió con ella.

—Podemos mantenernos por delante de ellas —jadeó. Su pecho subía y bajaba espasmódicamente, en busca de aire—. No te detengas. Podemos escapar de ellas.

—¿Hasta dónde? —El corazón de Terisa ardía, como si ya hubiera corrido incontables kilómetros. El miedo y el frío parecían estarla sofocando—. ¿Durante cuánto tiempo podremos correr?

—Lo suficiente —prometió él, con voz lúgubre. Sonaba como si cada aliento le doliera en lo más profundo de sus pulmones.

Terisa se detuvo cerca de una linterna y miró hacia atrás. Ella y Geraden estaban a unos ocho o diez metros por delante de las primeras cucarachas. Desde aquel ángulo, todo el suelo del corredor parecía hervir con amenaza mientras los insectos se apresuraban hacia delante. Tras ellos, la figura que Artagel había golpeado primero recién acababa de derrumbarse, liberando a las últimas de sus ocupantes en medio del bullicio. Los restantes hombres incrementaron su paso para mantenerse al ritmo del torrente perseguidor.

Artagel lo seguía frenéticamente.

—¡Geraden! —Su llamada resonó como un lamento en el corredor—. ¿Qué puedo hacer? ¡Dime lo que debo hacer!

—No —jadeó Terisa. Luchó en busca de aire, pero estaba demasiado asustada para conseguirlo—. No puedo seguir corriendo. No sabemos adónde vamos. Si salimos de aquí, lo único que conseguiremos será conducir a esas cosas al interior de Orison.

Como respuesta, Geraden le lanzó una mirada de pura angustia.

—Tenemos que luchar de algún modo —dijo ella, como si quien hablara fuese una completa desconocida, alguien que no tenía nada que ver con el pánico que martilleaba en su corazón, el temor y la revulsión que retorcían su estómago—. Tenemos que luchar.

Por un momento, mientras las cucarachas se acercaban inconteniblemente, él la miró como si estuviera a punto de echarse a llorar. Luego dejó escapar una exclamación inarticulada como un grito de batalla y saltó hacia la linterna.

La arrancó de su soporte, sin importarle la forma en que el ardiente hierro quemaba sus manos, y la arrojó contra los insectos.

Golpeó el suelo con un estallido de aceite hirviendo, y una docena o más de las horribles criaturas ardieron.

Se consumieron casi al instante, alzando llamas tan brillantes como antorchas: de

alguna forma, eran incendiarias. Tras dos o tres latidos de corazón, no quedaba de ellas nada excepto pequeños fragmentos de abrasado caparazón...

...nada excepto un negro vapor que se elevó en el aire y se dispersó rápidamente.

Olía como una fuerte combinación de formaldehído y carne parcialmente digerida, y se aferró a la garganta y a los pulmones de Terisa como ácido. Se dobló sobre sí misma, presa de incontenibles arcadas: el espasmo que se apoderó de su pecho era demasiado fuerte para permitirle toser.

El corredor había quedado casi a oscuras sin la linterna, pero Terisa estaba lo suficientemente cerca del suelo como para ver a las cucarachas más cercanas avanzar rápidamente, despreocupadas de unas cuantas muertes. Tenía que correr, tenía que...

No podía. Era imposible. No podía romper la presa del negro vapor dentro de su pecho.

Dominado por unas náuseas tan intensas que parecían querer quebrarle las costillas, Geraden la rodeó con sus brazos y de alguna forma halló las fuerzas suficientes para alzarla en vilo. Con su convulsionado peso sujeto en un torpe abrazo, echó a correr de nuevo torpemente, intentando mantener la distancia entre ellos y los insectos.

Al cabo de unos pocos pasos, la volvió a depositar en el suelo para ver si podía caminar otra vez por sí misma. Terisa consiguió liberar ruidosamente su aliento, y los espasmos empezaron a aflojarse. Aferrada aún a él en busca de apoyo, echó a correr de nuevo antes de volverse para mirar atrás.

Lo hizo a tiempo para ver a Artagel correr con una linterna que debía haber cogido de la dirección opuesta y arrojarla como un loco a la cabeza del último atacante que aún permanecía en pie.

No sabía el peligro: estaba demasiado lejos como para haber visto exactamente lo que les había ocurrido a Geraden y a ella. Pero no pudo gritar ninguna advertencia. Su garganta en carne viva apenas pudo susurrar su nombre mientras la linterna golpeaba y se rompía..., y la imponente figura estallaba en llamas, ardiendo con una furia repentina que parecía incandescente..., y las negras exhalaciones de tantos insectos envolvían a Artagel, haciendo que se derrumbara de una forma tan efectiva como si le hubieran atravesado el estómago con una espada.

—Artagel —croó Geraden—. *Artagel*.

Terisa observó a Artagel y a los insectos mientras su miedo se convertía en una fría y oscura rabia. Esta vez, fue ella la que cogió el brazo de Geraden y tiró de él.

—Vamos. —Su voz era sólo un doloroso raspar en su garganta, pero ahora el frío parecía estar haciéndole algún bien, entorpeciendo lentamente el vapor negro—. *Vamos*.

Delante de ella vio que el corredor formaba una T, inclinándose a izquierda y derecha. Parecía emanar más luz de la derecha que de la izquierda.

Cuando alcanzó la T, escrutó los dos corredores para asegurarse de que había efectivamente una linterna a la derecha. Entonces soltó a Geraden. Las cucarachas iban a por ella. Habían brotado del mismo espejo que había utilizado el hombre de negro para atacarla. Ella era la única persona que sabía que tenía enemigos activos.

—Coge la linterna —dijo con voz ahogada—. Yo las alejaré.

Él la miró con la boca abierta, como si la caída de su hermano le hubiera hecho perder todos los sentidos.

Con urgencia, ella lo puso en movimiento.

—¡Ve! Yo las alejaré. Tú sigue tras ellas. Con cada linterna que pasemos, podrás matar unas cuantas más. Únicamente no respirese ese vapor.

Finalmente, él pareció comprender. Se dirigió hacia el corredor de la derecha, unos pasos por delante de las cucarachas.

Retirándose de espaldas para poder ver lo que hacía Geraden, Terisa se dirigió hacia la izquierda.

Desgraciadamente, sus suposiciones estaban equivocadas. Todas las criaturas fueron tras Geraden, ignorándola a ella por completo.

*¡Geraden!*

Su furia se desmoronó en horror e incomprensión. Las fuerzas la abandonaron: casi cayó de rodillas. Lentamente, se llevó las manos a la boca, con los ojos inundados de miedo.

Geraden no se dio cuenta del peligro hasta que hubo alcanzado la linterna, la descolgó y se volvió. Entonces vio la multitud que se le acercaba. Por un segundo se quedó paralizado. El desánimo borró toda la combativa testarudez de su rostro. Sus manos bajaron la linterna: pareció a punto de caer.

Una de las rodillas de Terisa falló. Perdió el equilibrio y se derrumbó al suelo, rompiendo el hielo de un amplio charco. El agua empapó sus ropas. Todavía no había conseguido volver a ponerse en pie cuando le oyó aullar:

—¡Terisa! ¡Busca ayuda!

Pero ella le miraba a él, le miraba con todo lo que quedaba de sus sentidos, deseando gritarle en una muda desesperación, cuando el Adepto Havelock apareció al lado del Apr y alzó un rayo de luz contra los insectos asaltantes.

Al parecer, el viejo Imagero loco había estado aguardando en el salón sólo con aquel propósito. Los reflejos de sus ojos bailaban alocadamente, pero sus movimientos no traicionaban nada del errático frenesí, la histeria de intenciones, que había visto en el pasado: eran hábiles y seguros, casi tranquilos.

Una mano sujetó a Geraden por el cuello de sus ropas y tiró de él hacia atrás; la otra dirigió su rayo hacia las hormigueantes cucarachas.

Terisa estaba más allá de toda sorpresa, así que observó como si fuera algo normal que el arma del Adepto era la misma pequeña pieza de cristal que había

utilizado la otra vez para iluminar su camino y salvar su vida. Ahora, sin embargo, el espejo brillaba de una forma mucho más ardiente: su luz era tan intensa como el fuego. Más poderosamente que el aceite ardiendo, prendió en los insectos. Ardieron en brillantes llamas y quedaron incinerados casi al instante, estallando como petardos mientras morían.

El torbellineante vapor negro llenó tan densamente el corredor que la iluminación de la linterna de Geraden quedó oscurecida. Sólo el fuego del Adepto Havelock era lo bastante brillante como para mostrarse a través de la repentina medianoche mientras su rayo barría el suelo y las cucarachas ardían a centenares.

En el último momento, Terisa recordó contener la respiración.

Durante lo que pareció un largo tiempo —una docena de latidos del corazón, dos docenas quizá—, la luz del Adepto se movió rápida y metódicamente sobre las piedras, convirtiendo la humedad en vapor hasta llevar la muerte al último de los insectos. Por supuesto, las criaturas simplificaron este proceso avanzando con automática determinación en dirección a Geraden. El Adepto Havelock no necesitó preocuparse de que alguna de ellas se escurriera más allá de él a lo largo de las paredes, o diera la vuelta y huyera. Sin embargo, fue cuidadoso, y así la limpieza del corredor tomó su tiempo. Terisa sintió que su mente se tambaleaba mientras pensaba si el Adepto tendría el suficiente sentido común —y Geraden la suficiente consciencia— como para retener el aliento.

Luego el vapor se volvió lo bastante denso como para bloquear incluso el rayo del Adepto Havelock. El aire empezó a escocerle en los ojos. Inclino la frente hacia el suelo. El dolor de su hematoma contra la fría piedra le proporcionó un punto focal para su concentración, y se aferró a ella a fin de no respirar.

Inesperadamente, algo rozó su hombro.

Creando, presa del pánico, que había sido alcanzada por una de las cucarachas, se echó hacia un lado e inspiró profundamente para gritar.

El Adepto Havelock estaba junto a ella, vestido como de costumbre con su ajado sobretodo y su deshinchada casulla. Su luz iluminaba el techo, llenando el corredor.

Parecía un peligroso lunático. Sus ojos desenfocados sobresalían de sus órbitas; los pocos mechones de pelo que le quedaban asomaban alocadamente de su cráneo. Su carnosa sonrisa era alegre y lasciva. Tras los sucios y ralos pelos que poblaban sus mejillas, su piel parecía volverse púrpura.

Cuando ella empezó a toser, sin embargo, él dejó escapar su propio aliento con un estallido y empezó a respirar de nuevo. El aire le hizo toser también, y unas cuantas lágrimas asomaron a sus ojos; pero sus ojos volvieron a hundirse en sus órbitas casi de inmediato, y su piel perdió su intensidad púrpura.

—Veo —dijo roncamente— que el aire vuelve a ser tolerable. Fue muy amable por tu parte probarlo para mí.

Geraden apareció tambaleante en su radio de visión. Sus ojos estaban inyectados en sangre, y la dificultad de respirar se mostraba en su rostro. Sin embargo, estaba en pie. Tan pronto como vio que ella también había sobrevivido, gruñó:

—Artagel —y echó a correr, tosiendo, hacia su hermano.

—¿Artagel? —Aunque uno de los ojos de Havelock parecía extraviado, el otro se mostraba cuerdo y serio. Su nariz, tan fiera y ascética como el pico de un halcón, hacía que cada una de sus palabras adquiriera importancia—. ¿También se ha visto atrapado en esta trampa?

—Ahí atrás. —Un espasmo de náusea retorció las entrañas de Terisa. Después de eso, sin embargo, el dolor de sus pulmones disminuyó, y fue capaz de respirar más normalmente. Con un esfuerzo, se apoyó en el suelo con manos y rodillas, luego consiguió ponerse en pie—. Intentó salvarnos. Ese vapor lo alcanzó.

—¡Por los testículos de un macho cabrío! —restalló el Adepto. Se alejó de inmediato.

Luchando por no quedarse atrás, Terisa le siguió.

Lentamente, su equilibrio fue mejorando mientras se desvanecían los efectos del vapor. Casi se sentía firme de nuevo cuando ella y el Adepto Havelock alcanzaron a Geraden.

Éste no pareció darse cuenta de su presencia. Estaba sentado en el suelo, acunando la cabeza de Artagel entre sus brazos.

El rostro de Artagel estaba moteado por el esfuerzo y el dolor, y sus ojos miraban muy abiertos al cielo, como si se hubiera quedado ciego. Pero respiraba.

El alivio de Terisa fue tan agudo que sus ojos se llenaron de lágrimas.

El Adepto Havelock se inclinó hacia Geraden y le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Ven conmigo, Geraden. Carga con él si es necesario. No me gusta permanecer tan cerca de ese punto de traslación. Quién sabe qué otras sorpresas tiene Vagel para nosotros. Os llevaré a un lugar más seguro.

Geraden abrazó más fuertemente a su hermano y no se movió. Terisa no estuvo segura de que hubiera oído al Adepto.

Como si estuviera haciendo una concesión, el viejo Imagero dijo:

—Tengo un poco de vino. Creo que le ayudará. —Luego perdió la paciencia—. ¡Horror y cojones, muchacho! ¡Si sois atacados de nuevo, es posible que no consiga salvaros!

Geraden siguió sin moverse. Pero Artagel agitó la cabeza en un gesto de asentimiento, como si comprendiera. Cuando Terisa sujetó su brazo e intentó ponerle en pie, él hizo un débil esfuerzo por colaborar.

Bruscamente, Geraden se frotó los ojos con el dorso de su mano. Luego ayudó a Terisa a alzar a su hermano sobre las piedras.

—Vamos —repitió Havelock. Echó a andar con paso brusco.

Sosteniendo a Artagel entre los dos, Terisa y Geraden le siguieron. Artagel era incapaz de andar, pero se apreciaba una mejoría en su respiración. Estaba empezando a sonar como si fuera a vivir de nuevo.

Terisa descubrió que estaba completamente desorientada: no tenía la menor idea de adonde los estaba llevando el Adepto Havelock. Tras una corta distancia, entraron en un corredor lateral que condujo de inmediato a una recia puerta de madera que parecía como la entrada a un almacén. De hecho, era la entrada a un almacén. El almacén, sin embargo, no parecía estar lleno más que de cajas vacías en diversos estadios de deterioro. El Adepto Havelock les ignoró mientras se dirigía hacia otra puerta oculta en un nicho al fondo de la estancia.

Esta puerta parecía bastante ordinaria desde fuera, pero dentro tenía los suficientes cerrojos y barras como para asegurar una mazmorra. Havelock la cerró detrás de Terisa, Geraden y Artagel, luego los condujo por un pasadizo que se abría casi inmediatamente a una habitación llena de un desorden de espejos.

—El Rey Joyse confiscó la mayor parte de éstos durante sus guerras —explicó el Adepto como sin darle importancia, mientras cruzaba la habitación hacia otro corredor—. Después de crear la Cofradía, devolvió unos cuantos de ellos a los Maestros. Pero conservó más que los que devolvió.

Aquella visión pareció sacar a Geraden de su aturdimiento, al menos por un momento. El Adepto Havelock tenía la única luz, sin embargo, y abandonó rápidamente la estancia. Terisa y Geraden le siguieron con Artagel.

Tras dos o tres revueltas y otros tantos cortos pasadizos y otra puerta, se hallaron de pronto en la amplia habitación cuadrada donde Terisa había escuchado al Maestro Quillón explicar la historia de la necesidad de Mordant.

El lugar no parecía haber sufrido el menor cambio: seguía amueblado y atestado como el estudio de un hombre que ha perdido la razón. Las lámparas colocadas en las paredes y en la columna central arrojaban torrentes de luz hacia las puertas que se alineaban en las paredes, dando acceso a los pasadizos secretos de Orison.

Quizá debido a que sufría los efectos de la reacción, Terisa se sintió asaltada por el extraño pensamiento de que el Adepto Havelock se parecía a una araña. Esta habitación era el centro de su tela; los pasadizos secretos eran sus hilos. Ahora, ella y Geraden y Artagel habían sido atrapados.

Se preguntó qué estaba complotando el Adepto.

Éste desapareció tras la columna. Mientras estaba fuera de la vista, Terisa y Geraden ayudaron a Artagel a sentarse en una de las sillas junto a la mesa con el tablero de brinco. La respiración de Artagel aún tenía un fuerte resonar tuberculoso que resultaba doloroso de oír, pero estaba ya lo bastante repuesto como para darse cuenta de lo que le rodeaba. Con un esfuerzo, dijo:

—¿Vive aquí?

—Así parece —respondió vagamente Terisa. Aún no estaba preparada para decirle a nadie que había estado allí antes.

—Me gustaría saber qué ha estado haciendo con todos esos espejos —murmuró Geraden. El miedo y la tensión y el desconcierto le daban una expresión febril.

El Adepto Havelock regresó con un enorme frasco.

Finalmente, Terisa tuvo la oportunidad de observarle más de cerca. Daba una impresión de reprimido apresuramiento, como si estuviera intentando resistirse a la aceleración de algún proceso interno. Sus movimientos eran deliberados, tensamente controlados; pero sus ojos iban de lado a lado con un ritmo discernible, como los latidos de un corazón acelerados gradualmente por la adrenalina.

Tendió el frasco directamente a Artagel.

—Bébetelo todo. Te sabrá horrible. Puse un poco de bálsamo en él para sanar tu garganta. —Bruscamente, se dirigió a Geraden—: Asegúrate de que lo bebe todo. Si se recupera, hazle jugar al brinco contigo. —Señaló la vacía mesa con el tablero—. Necesitáis practicar. Yo deseo hablar con la dama.

Sin aguardar ninguna reacción, tomó a Terisa del brazo y la condujo a un aparte, en torno a la columna, hasta que ésta ya no pudo ver a Geraden y Artagel.

Cuando se detuvo, sin embargo, no habló. Sus ojos la miraban y se alejaban alternativamente, parpadeando... Su ritmo y el sabor residual del vapor negro hicieron que el estómago de Terisa se agitara. Una mueca crispó la sibarítica boca del Adepto, como si hubiera tornado el voto de no permitirse sonreír. Lentamente, alzó sus viejos y delgados brazos y los dobló sobre su pecho.

Desde detrás de la columna les llegó el sonido de violentas arcadas. El vino debía ser peor que terrible. Afortunadamente, el sonido cesó pronto.

Enfrentada a solas con el Adepto, Terisa sintió un fuerte deseo de volverse histérica. Eso hubiera resuelto un cierto número de problemas. Le hubiera dado una escapatoria a la alocada mirada del hombre. Le hubiera proporcionado un muy necesario descanso. La hubiera liberado de la responsabilidad de intentar imaginar lo que estaba ocurriendo. Pero él le había salvado la vida. Había salvado a Geraden. Y, evidentemente, tenía algún tipo ciego propósito al traerla hasta allí. A cambio, ella debía hacer algún tipo de esfuerzo para situarse a la altura de las circunstancias.

Tragando fuertemente saliva para despejar su garganta, dijo:

—No estás realmente tan loco como la gente cree.

Como respuesta, él dejó oír el ladrido de una carcajada.

—Oh, sí lo estoy. Éste sólo es uno de mis momentos lúcidos. Quillón te dijo que tengo momentos lúcidos. Éste es uno de ellos.

Bruscamente, descruzó una mano manchada por la edad de encima de su pecho para apuntar en su dirección con un dedo índice como una lanza.

—Lo más importante —susurró intensamente— es: No me hagas ninguna pregunta. *No lo hagas*. Las cosas ya son bastante difíciles como son.

Recuperó de inmediato su actitud anterior y siguió mirándola en rápidas ráfagas, a un lado y a otro, con un elocuente ritmo de creciente presión, quizás incluso de violencia.

Terisa se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró. Al parecer, necesitaba que ella lo ayudara de alguna manera. Pero sin hacerle preguntas. ¿Deseaba que supusiera algo? ¿O importaba lo que ella dijera?

Quizá no importara nada. Cautelosamente, aventuró:

—No te he dado las gracias por salvarnos. No sé cómo el archi-Imagero o quien fuese consiguió desencadenar esa trampa contra nosotros. No puedo pensar en ninguna forma en que él supiera lo que íbamos a hacer. Pero, si tú no hubieras aparecido, nosotros... —Se estremeció, incapaz de completar su pensamiento.

Sin advertencia previa, el Adepto restalló:

—¡Vagel! —Sonó hoscamente furioso; sin embargo, su expresión mostraba gratitud—. Si tan sólo pudiera ponerle una mano encima, le arrancaría el corazón. Pero no es bueno para mí perder el control. —Fueran cuales fuesen las emociones que aparecían en su rostro o en su voz, no tenían ningún efecto en su postura o en los movimientos de sus ojos—. Eso fue sólo una coincidencia. El primer asomo de buena suerte que he tenido desde hace mucho tiempo. Había visto a esas criaturas antes..., sólo una vez, cuando estaba en una cábala de Imageros que montó el Gran Rey Festten en torno a Vagel en Carmag. Vi lo que hacen. Pero nunca vi realmente el cristal.

»Se nos dijo que eran como perros de caza. Si trasladas algo con el olor del hombre al que deseas perseguir a su mundo, esos insectos se vuelven locos. Pero, al parecer, no pueden ser trasladados directamente. Si lo hacen, olvidan el olor y simplemente atacan lo primero que encuentran. Así que tienes que proporcionarles cuerpos vivos para que les sirvan de anfitriones.

Mientras él hablaba, los bordes de la visión de Terisa se hicieron más confusos, como si estuviera a punto de desvanecerse.

—Se abren camino al interior de esos cuerpos, devorándolos y reproduciéndose en ellos, y entonces pueden ser trasladadas sin perder el olor.

—Eso es lo que le hubieran hecho a Geraden —murmuró débilmente ella. Se llevó una mano a la boca, luchando por retener sus náuseas.

—Y a cualquier otro que se hubiera cruzado en su camino —añadió el Adepto. Parecía irse calmando poco a poco—. Es por eso por lo que dije que fuimos afortunados. Si él no hubiera estado cerca del punto de traslación cuando esas criaturas cruzaron el espejo, hubieran tenido que buscarle. Hubiéramos tenido que luchar contra ellas en los salones públicos de Orison. Quién sabe cuánta gente



hubiera resultado muerta.

Luchando por apartar de su mente la idea de Geraden como anfitrión de los monstruosos insectos, Terisa empezó a formular una pregunta. Afortunadamente, consiguió frenarse a tiempo para replantearla.

—Fue una gran cosa que tú estuvieras allí para rescatarnos —dijo.

Sintió un inesperado e imperioso deseo de decir también: Vi los jinetes de mi sueño en el augurio. Geraden cree que soy una Imagera.

—Dije que estoy loco —replicó el Adepto con cierta aspereza—. No dije que fuera un estúpido. —Luego, ante su sorpresa, sonrió, dejando al descubierto sus retorcidos y amarillentos dientes—. Es evidente que Vagel tiene planes para ese punto de traslación. Después de tomarse todas las molestias de crearlo, no es probable que lo deje sin utilizar. He estado observándolo, más o menos asiduamente, desde que tú le hablaste de él a Quillón..., el día después de que Gart lo cruzara y estuviera a punto de matarte.

No pudo evitarlo; estalló:

—¿Gart? ¿El Monomach del Gran...?

Inmediatamente, un espasmo de furia retorció el rostro del hombre. Cerró fuertemente los ojos. Como si no estuvieran bajo su control, sus manos se alzaron, convertidas en puños, y empezó a golpearse las sienes. Terisa vio que contenía el aliento.

—Lo siento —murmuró fervientemente, asustada sin saber por qué—. Lo siento. No pretendía decir eso. Sólo que no sabía que había sido Gart... —Dudó, guardó silencio.

Ferozmente, él inspiró muy profundo por la nariz y abrió los ojos.

—Por supuesto que era Gart. —Músculo tras músculo, como por un supremo acto de voluntad, recuperó el control. Su boca se crispó de nuevo en una mueca. Parecía estar otra vez al control de sí mismo—. La alianza entre Vagel y Festten aún subsiste. Cadwal te desea más muerta aún que Alend y ese traidor Príncipe. —El ritmo de sus ojos era más rápido, sin embargo, como el batir del tambor de su locura.

Intentó sonreír de nuevo..., esta vez sin conseguirlo. Sin transición, dijo:

—Probablemente te estarás preguntando por qué te traje aquí. Bien, no puedo decirte eso. Si yo mismo supiera la respuesta, probablemente no tendría sentido. Pero deseo decirte algo acerca del Rey Joyse.

Terisa engulló como pudo el cambio de tema y aguardó a que prosiguiera.

—Como sabes, las relaciones entre Imagería, augurio y destino son una cuestión filosófica interesante. —Su tono era pacífico ahora, pero sus ojos contradecían sus palabras. Su actitud trajo de nuevo la idea de una acechante araña—. Antes de que Joyse naciera, yo era lo que alguna gente llamaba el "Imagero preferido" del príncipe de Cadwal que gobernaba Orison y el Demesne. Era un tirano insignificante, pero

imaginativo en sus crueldades, y mis esperanzas empezaban a desesperar. Así que intenté efectuar un augurio para el inminente nacimiento.

»Desgraciadamente, fui incapaz de modelar un cristal plano que mostrara la habitación donde debía nacer. Lo mejor que pude crear fue una Imagen de una colina justo en las afueras de Orison..., una colina —añadió como incidentalmente— que ahora está *dentro* del castillo. De hecho, forma los cimientos de la torre donde él tiene sus aposentos.

»Pero por aquel entonces —prosiguió—, el foco de mi espejo se negaba a ajustarse más allá de los establos donde nuestro príncipe nos permitía guardar nuestros sarnosos caballos.

»Por supuesto, hubiera podido aguardar hasta que naciera el niño y hubiera crecido lo suficiente para ir por sí mismo a los establos. Pero, como he dicho, estaba cada vez más desesperado. Así que, una negra noche, poco después de que hubiera nacido, robé al pequeño Joyse de su cuna y lo llevé a los establos, y corrí el riesgo de dejarlo allí a solas sobre un montón de paja mientras yo corría de vuelta a mi pequeño laborium para elaborar el augurio.

»Se enfrió y estuvo a punto de morir..., pero yo conseguí lo que deseaba.

Desde donde estaba, Havelock no pudo ver a Geraden y Artagel arrastrarse más allá del borde de la columna. Terisa les miró para tranquilizarse respecto al estado de Artagel..., y para intentar advertirles de que no interfirieran. Luego volvió su atención al Adepto.

—Fue un augurio notable, desacostumbradamente distinto en algunos aspectos, enloquecedoramente vago en otros. Por una parte, mostraba claramente a Joyse convirtiéndose en rey. Por la otra, probaba no tener casi nada que ver con el proceso por el cual se convertía realmente en Rey. No mostraba las batallas que realmente luchó, las victorias que realmente venció, las decisiones que realmente tomó. Así que no nos fue de ninguna ayuda a todo lo largo del camino. Lo mejor que nos proporcionó fue un ocasional atisbo de confirmación, cuando los resultados de algo que él hizo, como la creación de la Cofradía, encajaban inesperadamente con las Imágenes del augurio.

»Déjame darte un ejemplo —dijo blandamente, mientras el ritmo de su mirada se incrementaba—. Según mi augurio, se convertía en Rey ya viejo. En algún momento *después* de que un enorme e inexplicable agujero fuera desgarrado en uno de los costados de Orison.

Mientras Terisa miraba —y Geraden y Artagel luchaban por reprimir su sorpresa —, Havelock se permitió un rígido encogimiento de hombros. Terisa estaba segura de que el hombre estaba intentando decirle algo urgente, algo que ella no podía comprender.

—Por aquel entonces, la idea de que yo tendría que aguardar hasta que él fuera

viejo me pareció deprimente..., así que casi no me molesté en ir a rescatarlo de los establos. Pero desde entonces he tenido mucho tiempo para preguntarme a mí mismo qué fue mal. ¿Falsifiqué mi augurio no permitiendo que sus condiciones se produjeran de forma natural? El mismo acto de lanzar un augurio, ¿cambia los acontecimientos reflejados en él? ¿O hay otras posibilidades? ¿Ha cambiado su propio destino el Rey Joyse siendo más fuerte, o más débil, de lo que hubiera sido si no se hubiera enfriado tanto aquella noche y hubiera estado a punto de morir?

»Todos nos sentiríamos mucho mejor si pudiéramos responder a ese tipo de preguntas.

Como si estuviera haciendo una pausa para convertirse por unos momentos en una persona completamente distinta, relajó su rígida postura y se rascó sin ninguna ceremonia. Cualquier dignidad y mando que poseyera se desvaneció al instante. Su sobretodo parecía lo bastante viejo y sucio como para tener piojos: quizá los picores fueran insoportables. Luego volvió a adoptar su tensa actitud.

—Te diré algo más que había en mi augurio. Si me prometes no contárselo nunca a nadie. Nunca nunca nunca. —Habló al ritmo de sus ojos—. Nunca nunca nunca. —La tensión de mantener su lucidez trajo sudor a su frente, pese a la frialdad de la estancia—. Sus hijas estaban en él.

»Por supuesto, entonces yo no sabía que eran sus hijas. Pero ahora resulta obvio.

Una astuta mirada hendió sus facciones.

—Nunca adivinarás lo que vi hacer a Myste.

Terisa tuvo que clavarse las uñas en sus palmas para mantenerse inmóvil. En los límites de su atención pudo ver la agitación de Geraden, pero no tenía tiempo para dedicarlo a él.

Con un visible esfuerzo, el Adepto Havelock devolvió su expresión a una profunda seriedad.

—Por supuesto que nunca lo adivinarás —restalló, como si ella acabara de decir algo insultante—. ¿Cómo podrías? Por eso voy a decírtelo.

»La vi —dijo sarcásticamente— con una figura que tenía un sorprendente parecido al campeón de Gilbur. Parecía como si le estuviera suplicando que no la matara.

Terisa debía ser mucho más fuerte, mucho más resistente, de lo que ella misma creía. ¿De qué otro modo podía sentir aquel pánico, después de todo lo que había pasado hasta entonces? Havelock sabía dónde había ido Myste. Quizás el Rey Joyse también lo supiera. Tal vez lo hubiera sabido desde un principio. *Suplicando que no la matara. ¡Myste!*

Aterida por el terror, preguntó:

—¿La mató? ¿Pasó por todo eso sólo para conseguir que la matara?

Pero era probable que el Adepto Havelock no la estuviera escuchando. Mientras

jadeaba su pregunta, Geraden avanzó hacia ellos, exigiendo:

—¿Myste está con ese campeón? ¿Es por eso por lo que nadie la ha visto recientemente? ¿Sabe eso el Rey Joyse?

Con furia en su rostro, Havelock giró como si tuviera la intención de derribar a Geraden de un golpe. Al instante, sin embargo, su giro se convirtió en una pirueta, y trazó círculos sobre sí mismo, agitando los brazos como un viejo cuervo. Cuando se detuvo, pareció como si deseara lanzarle una andanada a Geraden; pero estaba riendo quedamente, y su voz era risueña.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un Apr y un Adepto?.

Inmovilizado por el pesar, Geraden miró boquiabierto al loco Imagero.

Lúgubrementesolemne, el Adepto Havelock alzó los dedos a sus gruesos labios y los agitó, emitiendo un sonido como *de-de-de-de*. Luego chasqueó apreciativamente la lengua ante su propio humor y se volvió hacia Terisa.

—¿Lo has captado? *De-de-de-de. D-e. A-d-e-p-1-o.* —Pero dejó de reír tan pronto como vio el desánimo en el rostro de ella—. ¡Mujeres! —bufó—. Quien fuera que inventó las mujeres, les dio tetas en vez de cerebro. ¡Por el venerable macho cabrío del archi-Imagero! No es extraño que Mordant se halle en este apuro.

Bruscamente, la garganta de Terisa se llenó de dolor. Era tan valioso..., y estaba tan perdido.

—Lo siento —murmuró ella—. Pobre hombre. Lo siento tanto.

Pero ninguna cantidad de pesar podía traer de vuelta su mente. La miró con ojos lascivos, hizo chasquear los labios y pronunció, con un tono de finalidad:

—Mierda de oveja.

Cuando Artagel se hubo recuperado lo suficiente, él y sus compañeros hallaron su camino de vuelta a los salones públicos de Orison.

—Será mejor contarle todo esto al Castellano Lebbick —dijo Geraden lúgubrementes, mientras andaban—. Necesita saber dónde está ese punto de traslación. Y, si hay alguna posibilidad de que Myste esté viva, necesitaba saber que se halla con el campeón. O que se hallará tan pronto como lo encuentre. Probablemente ya sea demasiado tarde, pero los hombres que lo persiguen deben ser advertidos de buscarla también a ella.

Artagel asintió con la cabeza y se fue. Aún se movía rígidamente, como si sus pulmones estuvieran resentidos, pero todo lo que necesitaba ahora era descansar.

La perspectiva de quedarse sola hizo que a Terisa se le pusiera la piel de gallina, así que le pidió a Geraden que le hiciera compañía en sus aposentos. Una innata consideración pareció advertir al Apr de que debía eludir ciertos temas: deliberadamente casual, pasó parte de la tarde charlando acerca de su familia, proporcionándole breves descripciones de sus hermanos y su vida en el Care de Domne. Relajada por su gentil charla y sus afectuosos recuerdos, Terisa empezó a

sentirse lo bastante restablecida como para considerar las implicaciones de los acontecimientos del día.

Desgraciadamente, Geraden fue llamado en aquel momento: uno de los Aprs más jóvenes lo encontró y le recordó sus olvidadas tareas.

El resto de la tarde fue malo. Y la noche amenazaba con ser peor, hasta que Terisa descubrió —ante su sorpresa y alivio— que estaba demasiado agotada para mantener los ojos abiertos. Agradecida por aquella pequeña bendición, se fue a la cama.

A la mañana siguiente, tras una noche llena de sueños de los que despertó como si hubiera estado gritando, Saddith entró con gran revuelo en su habitación y anunció alegremente que el Maestro Eremis había sido liberado.

—¿De veras? ¿Estás segura? —Terisa intentó ocultar sus emociones, pero su corazón latía alocadamente. El Maestro había dicho: *Cuando esté libre, vendré a ti*. Como por arte de magia, los acontecimientos del día anterior pasaron a ser menos importantes. *No habrá parte de tu femineidad que yo no haya reclamado*—. ¿Por qué lo liberaría el Castellano Lebbick?

El aspecto de Saddith era positivamente exultante.

—No sé toda la historia, mi dama. Al parecer, el Castellano está enseñando a sus hombres a mantener la boca cerrada. Pero se rumorea —bajó dramáticamente la voz— que Orison fue atacado ayer por la Imagería. El Maestro Eremis fue encerrado porque se creía que él era el responsable de tales cosas. —El recuerdo la hizo adoptar una actitud indignada—. Pero, por supuesto, él no pudo haber atacado Orison por medio de la Imagería mientras estaba encerrado en las mazmorras del Castellano. No se ha podido hallar ninguna prueba de que fuera culpable. —Rió quedamente—. Ni siquiera nuestro duro Castellano puede justificar la prisión de un hombre inocente.

Terisa hizo un esfuerzo consciente por no especular acerca del significado de la alegría de Saddith. Sus propias expectativas eran ya demasiado confusas: no deseaba complicarlas más con recuerdos de la forma en que Saddith había gemido y se había aferrado a él mientras el Maestro Eremis bombeaba dentro de ella. En su lugar, recordaba el contacto de los labios y la lengua del Imagero en sus pechos, la forma en que él le había dado instrucciones de traicionar a Geraden..., y aguardaba impacientemente a que la doncella se marchara.

Deseaba al Maestro..., y temía enfrentarse a él con su negativa a ponerse de su lado contra Geraden. Los deseos contrapuestos hacían que le doliera la cabeza. Tan pronto como Saddith cerró la puerta, se apresuró a darse un baño rápido e intenso, intentando prepararse. Pero luego se obligó a sí misma a ponerse el traje menos atractivo que encontró, como si deseara mostrarse lo menos hermosa posible. El Maestro Eremis. Geraden. Los anhelaba a ambos de dos formas distintas, y no tenía la menor idea de qué hacer ante aquella contradicción.

Pero el Maestro Eremis no se presentó.

Había pensado que iba a descubrir al fin quién era ella. Pero ninguno de los hombres que intentaban reclamarla le había dado una respuesta. Se había arriesgado a acompañar a Geraden hasta el punto de traslación de Vagel para nada más que para la sensación de un momentáneo y agudo frío..., una sensación que no había significado ninguna diferencia. Y, desde un principio, había sabido que el Maestro Eremis podía conseguir cualquier mujer que deseara.

Al parecer, no la deseaba a ella.

Quizá por esa razón —quizá simplemente porque ella no podía tenerlo—, descubrió que lo deseaba enormemente.

## Las ventajas de un deshielo prematuro

Cuatro días más tarde, el tiempo cambió.

Por aquel entonces, Terisa había logrado superar el dolor del rechazo implícito del Maestro Eremis. Seguía funcionando, lo cual significaba que pasaba tanto tiempo como le era posible con Geraden..., hablando, intentando comprender. Sin embargo, el conocimiento de que no tenía nada mejor que hacer, nada más constructivo que ofrecer, la abrumaba constantemente. No podía librarse de la gris depresión que asomaba en todo lo que pensaba y sentía; su comportamiento se parecía a su existencia anterior más que ninguna otra cosa que hubiera hecho desde su llegada a Orison. Como resultado de ello, sus conversaciones con Geraden eran como muchas de las sesiones que había tenido con el Reverendo Thatcher. Pero ahora la futilidad subyacente estaba de su lado en vez del de los demás.

Había perdido su frágil sentido de propósito, de dirección. Las conclusiones que se sentía tentada a extraer ocasionalmente de la aparición en el augurio de la Cofradía de los jinetes de su sueño nunca habían parecido tan estúpidas. No tenía razón para estar donde estaba. Y no parecía capaz de inventar ninguna. El auténtico punto focal de su larga conversación con Geraden no era arrojar ninguna luz en los rincones oscuros de su situación, sino más bien mantenerlo a él junto a ella, a fin de que no se desvaneciera de su vida como lo había hecho el Maestro Eremis.

Así, mientras una nieve tan aguda y quebradiza como el hielo golpeteaba contra sus ventanas y el viento aullaba más allá de la torre, y todo Orison parecía sumirse en una especie de calma estática, helado no por la paz sino por la espera, no hizo esencialmente nada excepto comer, dormir y sentarse en sus aposentos, hablando con el Apr cada vez que éste se veía libre de sus obligaciones.

Le traía noticias de Orison. Los Maestros estaban sumidos en un feroz y al parecer interminable debate, intentando decidir qué hacer respecto a su campeón..., y respecto a su propia vulnerabilidad. Los guardias del Castellano Lebbick y todos los albañiles disponibles estaban atareados utilizando los cascotes dejados por el campeón tras su partida para construir un muro que cubriera la brecha en el flanco de Orison. Y Argus y Ribuld estaban haciendo todo lo que podían para mantener vigilada a dama Elega.

El resto del tiempo, Terisa y Geraden hablaban de sus circunstancias.

Por un lado, esto significaba mantener un firme aunque sordo, casi invisible, debatirse para alzar sus espíritus. Como si supiera que cualquier abatimiento en él podía herirle a ella, Geraden practicaba el buen humor. Como si supiera que los puntos doloridos de ella aún no estaban dispuestos a ser tocados, mantenía una distancia emocional llena de tacto. Como si supiera que ella no estaba todavía lo

bastante fuerte como para ser empujada, no la animaba a nada. Con una delicada gentileza que hacía que sus torpezas físicas parecieran pertenecer a otra persona completamente distinta, se preocupaba por ella.

Pese a que necesitaba también preocuparse por sí mismo y no lo estaba obteniendo. Sus enemigos eran tan salvajes como los de ella, deseaban con la misma intensidad su muerte..., y por las mismas pequeñas razones. Pero, si tenía miedo, se guardaba sus miedos para sí mismo.

En un momento determinado, preguntó, pensativo:

—¿Sentiste algo en el punto de traslación? ¿Pudiste decir que estaba allí?

*Un soplo de frío tan suave como una pluma y tan afilado como el acero.* Eso era algo de lo que no deseaba hablar; la asustaba demasiado.

—Hacía frío ahí abajo, y estaba tan asustada. Justo antes de que esos... —se estremeció involuntariamente—, esos hombres aparecieran, tuve la impresión de que hacía más frío y de que estaba más asustada. —Ya sabía que nunca iba a ser capaz de mencionarle aquello al Maestro Eremis—. Eso fue probablemente todo.

Él la miró fijamente unos instantes antes de desviar la vista.

—¿Y qué hay contigo? —contraatacó ella—. Eso podría explicar mucho. Si posees ese tipo de talento, y el Maestro Gilbur tuvo un atisbo de ello mientras te estaba enseñando, al menos tendríamos una explicación de por qué fuiste atacado.

Él desvió los ojos hacia el cielo.

—¿No sería eso curioso? Me encantaría una explicación. Pero todo lo que puedo recordar es que pensaba que era una idea estúpida. Os estaba arrastrando a ti y a Artagel por aquel lugar húmedo y frío en aras de una teoría vacía. Ni siquiera vi iniciarse la traslación.

Ella suspiró, malhumorada.

Varias veces, ambos volvieron al asunto de su extraña sesión con el Adepto Havelock.

—¿Imaginas de qué iba todo aquello? —preguntó él, casi para sí mismo—. ¿Por qué deseaba hablar contigo? ¿Por qué todos aquellos detalles específicos?

Ella no tenía la menor idea.

—Está loco. Quizá lo que él llama «lucidez» signifique sólo que es capaz de poner unas cuantas frases juntas, más o menos en orden.

Pero aquella explicación no satisfacía a ninguno de los dos. Finalmente, una vieja resolución se derrumbó, y Terisa se descubrió a sí misma hablándole de su primera noche en Orison. Le describió como el Adepto Havelock la había ido a buscar a sus aposentos, lo que el Maestro Quillón le había contado de la historia de Mordant, y cómo el Adepto la había salvado del hombre de negro.

Él escuchó con una mezcla de asombro e incomprensión. Cuando Terisa hubo terminado, jadeó:



—Ellos ya lo sabían. La primera noche que permaneciste aquí, ya sabían que estabas en peligro. El Maestro Quillón ha estado atareado. —Frunció irónicamente el ceño—. Si le contaras esto al resto de la Cofradía, no te creerían. ¿El Maestro Quillón? ¿Intentando cambiar lo que le ocurre a todo el mundo? —Luego dijo, más seriamente—: Al menos ahora sabemos quiénes son mis enemigos. El Maestro Gilbur y el archi-Imagero Vagel.

Ella asintió. Se daba cuenta de que se estaba hundiendo cada vez más en el abatimiento.

Él, sin embargo, no dejó que la idea de sus enemigos le desanimara. Sonriendo, dijo:

—De todos modos, hay una ventaja en todo esto. Ahora sé cómo te sientes. Tú no comprendes qué es lo que todo el mundo piensa que puedes hacer. Yo no comprendo por qué esos hombres me tienen en tan alta consideración como para desear mi muerte.

Ella estaba demasiado desanimada como para sentirse divertida por ello.

—Me gustaría saber de qué lado están el Maestro Quillón y el Adepto Havelock. No del lado del Rey. Ni de la Cofradía. Ni del Maestro Gilbur. —Podría haber dicho también: ni del Maestro Eremis.

¿Cuántos lados *había*?

Pero eso les trajo de vuelta a su encuentro con el Adepto..., y a los presuntos indicios ocultos en lo que había dicho. Finalmente, ella decidió desvelar otro de los pocos secretos que le quedaban. Estaba comprometida con él..., no porque supiera lo que estaba haciendo, sino porque era su amiga. Y el Maestro Eremis no la deseaba. No causaría ningún daño si le contaba a Geraden lo de Myste.

El Apr escuchó en atento silencio. Mientras le explicaba las razones de Myste para ir tras el campeón, Geraden mantuvo la cabeza alta como en un saludo, y las lágrimas afloraron a sus ojos. Cuando Terisa terminó, permaneció en silencio durante un largo momento antes de murmurar ásperamente:

—Siempre me gustó esa muchacha.

»Por supuesto —añadió—, conozco mejor a Elega. Y Torrent es tan dulce que te hace desear tenderte en el suelo para que ella pueda ponerse de pie encima tuyo y no se le enfríen los pies. El Rey Joyse no tiene ninguna hija que no sea atractiva. Pero Myste... —Su voz murió.

*Suplicándole que no la matara.* Terisa sintió deseos de llorar.

A primera hora de la mañana del quinto día, sin embargo, fue despertada de un ligero y poco reparador sueño por el sonido de la lluvia.

Atontada por el sueño y la sorpresa, saltó de la cama y fue a la ventana más próxima.

Por un momento, se sintió desconcertada porque no podía ver ninguna lluvia. De

hecho, el cielo estaba completamente libre de nubes. El sol matutino lanzaba una suave luz sobre los muros y las almenas, y el cielo tenía un vital color azul, ensombrecido más hacia el púrpura que hacia el azul. Las distantes colinas parecían más suaves bajo su denso manto de nieve, y la retorcida masa de Orison parecía considerablemente más pintoresca que el día anterior, más como el gran castillo de un cuento de hadas.

Entonces se dio cuenta de que el sonido procedía de la nieve fundiéndose.

El agua caía densa de los techos y las torres, goteaba de los aleros como una lluvia veraniega. El patio parecía ya un lodazal: su pisoteado lodo quedaba oculto bajo marrones charcos tan enormes como estanques. Los guardias y la gente que entraban y salían de él, procedentes de y en dirección al apelonado laberinto de tiendas y tenderetes, tenían que llevar capas contra el agua que caía sobre ellos y botas altas contra el agua que encharcaba el suelo; pero, bajo cielo abierto, se echaban hacia atrás las capas o se las quitaban completamente para *gozar* del nuevo calor.

El deshielo había empezado.

Un ligero estremecimiento la recorrió ante el pensamiento de que iba a poder salir fuera. Tal vez fuera posible dejar de sentirse deprimida por un tiempo.

Apresuradamente, fue a lavarse la cara y a vestirse.

No se sorprendió cuando Geraden llegó antes que Saddith le trajera el desayuno. Sus mejillas estaban enrojecidas por el ejercicio, y jadeaba. Debía haber subido corriendo las escaleras. A la primera mirada Terisa pensó que simplemente estaba ansioso, atrapado por una versión más fuerte de su propia reacción. Pero la forma en que brillaban sus ojos era más compleja que eso.

—¿Lo has visto? —jadeó tan pronto como ella hubo cerrado la puerta.

—Sí.

Fueron juntos a las ventanas, atraídos por la perspectiva del sol y el calor y el tiempo primaveral tras el largo y tenso invierno.

—Cristal y astillas —murmuró él mientras recuperaba el aliento—, esto es horrible.

Ella le miró, parpadeando como un búho asustado.

—¿Horrible?

Inmediatamente, él se echó a reír.

—¿No es estúpido? Siento esta misma ansiedad cada primavera. Como si todo el mundo volviera a la vida. El primer deshielo siempre me hace desear salir y ponerme a jugar como un chiquillo.

»Pero sigue siendo horrible. Aunque me encante. —Intentó sonar sombrío—. Terisa, esto son *muy* malas noticias.

Su risa extrajo de ella una sonrisa.

—Es una buena cosa que haga todo este tiempo que te conozco. Si fueras un desconocido, tendría que suponer que habías perdido la cabeza. ¿*Por qué* esto son malas noticias?

—¿Quieres decir que, puesto que me conoces, no tienes que *suponer* que he perdido la cabeza? ¿Puedes darme por sentado? —Desechó su protesta con una risa ahogada—. Porque es muy pronto. Demasiado pronto. En este mismo momento, el invierno es la única cosa que nos protege. Si se funde demasiada nieve, no tendremos nada que impida a Cadwal e incluso a Alend avanzar contra nosotros *hoy mismo*.

»Ya oíste lo que dijo el Perdon. El Gran Rey Festten ya ha reunido un ejército. Puede hacerlo porque Cadwal recibe mucha menos nieve que nosotros. Y puedes estar segura de que el Monarca de Alend no enviaría a su hijo a una misión tan peligrosa como una visita a Orison sin tener un ejército preparado para sostenerlo o rescatarlo. O vengarlo.

»Nosotros somos los únicos que no estamos preparados —prosiguió—. Oh, estoy seguro de que el Castellano Lebbick ha hecho todo lo que ha podido. Pero no estábamos preparados para la guerra el pasado otoño porque el Rey Joyse se negó a ordenarlo —ahora Geraden consiguió sonar hosco—, y no estamos preparados ahora porque no ha estado prestando atención a ello durante todo el invierno. Nuestra única esperanza era que la nieve durara hasta que él recuperara la razón.

Terisa frunció el ceño en un esfuerzo por concentrarse.

—Si inician la marcha hoy, ¿quién llegará primero aquí?

Incapaz de mantener una expresión apropiadamente lúgubre, Geraden dejó escapar una sonrisa.

—Eso es complicado. Cadwal está más cerca, especialmente si avanzan a través de Perdon desde el sudeste. La mejor ruta desde Alend avanza casi directamente al sur a través del Care de Armigite. Eso es casi dos veces más lejos.

»Pero la parte sur de Perdon es en su mayor parte colinas, algunas de ellas escabrosas. Armigite es casi todo tierras bajas. Para alcanzarnos, el ejército del Gran Rey tiene que cruzar dos ríos, el Vertigon y el Broadwine. Los de Alend sólo tienen que vadear el Pestil. Y el Perdon luchará contra Cadwal a cada paso del camino. El Armigite, en cambio... —Geraden suspiró—. Supongo que tendremos suerte si dispara oficiosamente unas cuantas catapultas contra el ejército de Margonal mientras cruza sus tierras.

Aunque fuera el aire era evidentemente mucho más cálido de lo que había sido hasta entonces, no era suave; cuando Geraden se acercó a la ventana, sus palabras dejaron pequeños y breves óvalos de condensación sobre el cristal.

—Pero es mucho más complicado aún que eso. ¿Cuánto tiempo hace que se fue el Príncipe Kragen? ¿Seis días? Supongo que habrá cabalgado duro, pero no puede haber llegado muy lejos. Ni siquiera hoy. Tanta nieve necesitará días para fundirse.

Así que aún le queda un largo camino hasta casa. ¿Hará algo el Monarca de Alend sin él? No lo sé.

»Ofreciéndote lo mejor de mi sabiduría-hizo una mueca—, te diría que a partir de este momento todo puede ocurrir. Con nuestra suerte, probablemente ocurrirá.

—Bien, eso es cierto —murmuró ella—. «Todo» es lo que ha estado ocurriendo desde que yo llegué aquí.

Él respondió con una risita y una inclinación de cabeza.

—Mi dama, tienes un don envidiable para no comprender las cosas. —Luego añadió—: Probablemente somos afortunados. Si dejara de ocurrir, podríamos sentirnos confusos.

—Habla por ti mismo —replicó ella—. La confusión es mi estado natural. —Fingió desconcierto—. O eso *creo*, al menos.

Él se echó a reír.

—Un espíritu afín. No me sorprende que me gustes.

Contempló el deshielo, y suspiró con alegría.

—Esto es realmente terrible.

Algún tiempo más tarde, hubo una llamada a la puerta.

—Lamento llegar tarde, mi dama —dijo Saddith mientras entraba en la habitación, cargada con una enorme bandeja con el desayuno—. Los guardias me dijeron que el Apr Geraden estaba contigo... ya. —Guiñó un ojo—. Así que fui a buscar más comida.

Sintiendo la cabeza ligera y obtusa hasta la incomodidad debido al deshielo, Terisa preguntó estúpidamente:

—¿Cómo está el Maestro Eremis esta mañana?

Saddith bajó la vista hacia sus ajustados pechos.

—Está muy ocupado. O eso se rumorea. Pero está bien. —Cuando alzó de nuevo la vista, su rostro mostraba un deliberado velo de blandura, pero las comisuras de su boca temblaron ligeramente—. O eso se rumorea.

Terisa se dio cuenta de que no se sentía tan alegre como parecía.

Geraden la observó con expresión analítica; sin embargo, no hizo ningún comentario. Al parecer había decidido que no deseaba saber cuál era la relación actual de Terisa con el Maestro.

Cuando la doncella se hubo marchado, Terisa intentó recobrar su buen humor comiendo un abundante desayuno. Sin embargo, su actitud se había vuelto inquieta. Deseaba *hacer* algo, deseaba irse tan lejos de aquella habitación —y de ella misma— como le fuera posible. Bruscamente, pidió:

—Salgamos de aquí. Hoy. Esta mañana.

Él la miró con la boca llena.

—¿Salir? Ya sabes que no puedo...

—No quería decir eso. Quería decir fuera de esta habitación. Fuera de Orison. Fuera. —Intentando dar sentido a sus palabras, animó—: Quizá pudiéramos alquilar unos caballos. No sé cabalgar, pero tú podrías enseñarme. Cualquier cosa. Simplemente deseo *estar fuera* por un tiempo.

Él luchó por comprender.

—Haré todo lo que desees. ¿Qué significa «alquilar»?

Sin ninguna razón concreta, Terisa pensó que tal vez fuera divertido gritarle. O quizá no *divertido* exactamente. ¿Más bien *satisfactorio*?

Fortuitamente, alguien eligió aquel momento para llamar a su puerta.

Tragando sus impulsos más bajos, Terisa dijo:

—Adelante.

A su orden, un guardia abrió formalmente la puerta y anunció:

—Dama Elega. —Luego se echó a un lado e inclinó la cabeza mientras la hija mayor del Rey entraba en la habitación.

Iba vestida como para una excursión, con un cálido vestido de piel de pelo de cuello alto y unas adornadas botas de cuero.

Geraden saltó en pie. Instintivamente, Terisa hizo lo mismo.

Elega los estudió a ambos.

—Lo siento —dijo con una sonrisa irónica—. No pretendía asustaros.

—Secretos culpables —respondió inmediatamente Geraden—. Me conoces, mi dama. —Su sonrisa no era más inocente que la de ella—. Siempre estoy completando algo.

La dama lo midió con una mirada. Luego se volvió a Terisa.

—Sea lo que sea lo que completa, Terisa —dijo—, espero que no le dejes que te estrangule con ello. No sé lo que tiene en mente, por supuesto. Pero seguro que complota de la misma forma que hace todo lo demás. —Sonrió en torno a la palabra —: *Notoriamente*.

Como respuesta, Geraden hizo una inclinación de cabeza.

—Eres demasiado amable, mi dama.

En vez de gritar: ¡Dejad esto!, Terisa preguntó a Elega:

—¿Te apetece desayunar algo?

—Gracias, no. —La hija del Rey aceptó el cambio de tema. Se comportaba como si estuviera dispuesta a cualquier cosa—. Ya he desayunado. Lo que querría, si te apetece..., es llevarte de compras.

¿*De compras*? Terisa no pudo evitar quedarse boquiabierta, sorprendida tanto por la familiaridad de la palabra como por lo extraño que resultaba oírla de labios de Elega.

—Me temo que no será una experiencia muy elegante. Debido al barro —explicó la dama—. Pero este deshielo es maravilloso. Si dura tanto como uno o dos días,

abrirá lo suficiente los caminos en torno a Orison como para permitir a los comerciantes volver a llenar sus almacenes. A finales del invierno, las tiendas están siempre tan vacías de género que no vale la pena visitarlas. Ahora pueden verse reabastecidas.

»Terisa, me gustaría llevarte a comprar ropa y buscar un modisto que pueda hacerte algunos vestidos —dudó casi imperceptiblemente— de tus medidas y a tu gusto.

—¿Vestidos?

—Los que a ti te gusten. Por supuesto —dijo firmemente Elega—, te ofreceré si lo deseas mi consejo en lo relativo al tiempo y las costumbres. Pero lo que deseo es ayudarte a que elijas lo que realmente te guste.

—Pero —ése fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza—, no tengo dinero.

La dama alzó sorprendida una delicada ceja.

—Eres una amiga de la hija del Rey. ¿Para qué necesitas dinero?

Terisa no pudo hallar las palabras adecuadas para protestar. Afortunadamente, Geraden era sensible al carácter particular de su ignorancia.

—Dama Elega tiene razón —dijo, proporcionando más seguridad de la que la situación requería superficialmente—. Mientras estés con ella, cualquier comerciante o artesano de Mordant te proporcionará todo lo que pidas sin que tengas que pagar por ello. Ese es uno de los privilegios de la familia gobernante.

»En realidad, no es justo. —Su tono le recordó que la mayoría de sus amistades se hallaban entre los trabajadores de Orison, antes que entre los señores y damas—. Pero la forma en que el Rey Joyse gobierna el país proporciona a éste más riqueza de la que le exige, así que estos privilegios no producen ningún daño. —Parecía estar animándola a aceptar la oferta de Elega.

Terisa hizo un esfuerzo por reunir sus sentidos. En realidad, a aquellas alturas ya debería estar acostumbrada a las sorpresas. Se estaban convirtiendo en la historia de su vida. Y, cuando pensó en ello, descubrió que se sentía excitada.

—Gracias —dijo a la dama—. Suena divertido. Precisamente le estaba diciendo a Geraden que deseaba salir de estos aposentos. Estoy a punto de ponerme a gritar.

Elega sonrió.

—Sé exactamente lo que quieres decir. Yo me he sentido muchas veces así a lo largo de los años. ¿Cuándo te apetecería ir?

Terisa miró a Geraden, pero los rasgos de éste se habían convertido en una máscara neutra.

—¿Qué te parece ahora mismo?

—Me parece admirable. —Elega parecía complacida.

»Si quieres mi consejo desde un principio, sin embargo —prosiguió—, será mejor

que te cambies de ropa antes de irnos. Los modistos que sirven a las damas de Orison están acostumbrados a otro tipo de atuendo. Sospecho que no están familiarizados con —buscó una descripción graciosa— los estilos de tu mundo. Si te pones uno de los otros trajes y llevas tus ropas contigo, podrás dejárselos al modisto para que las use como patrón. Así podrá hacer que te encaje lo que te cosan.

Aunque Terisa no estaba en absoluto segura de desear blusas y pantalones en vez de faldas y túnicas, el consejo de Elega parecía demasiado razonable para ignorarlo.

—Dame sólo un minuto. —Del armario del dormitorio eligió rápidamente el púdico traje gris que ya se había puesto una vez. Luego se retiró al cuarto de baño para cambiarse.

—Elige algo cálido —dijo Elega—. Y ve preparada para el barro.

Tan pronto como se hubo metido el traje, Terisa localizó el grueso chaquetón de piel de oveja y las botas que Geraden le *había* proporcionado para su visita a las almenas de Orison. Al cabo de unos momentos estaba preparada para salir. Llevaba sus viejas ropas bajo el chaquetón. Su corazón latía como el de una escolar.

—¿Nos acompañas, Geraden? —indicó Elega—. Dudo que elegir telas y estudiar estilos sea de mucho interés para ti. Pero no es juicioso que un par de damas vayan sin escolta a las tiendas. —A Terisa, explicó—: Pese a todos los esfuerzos del Castellano Lebbick, el bazar atrae a todo tipo de tipos rudos: rateros, gitanas, payasos y rufianes. Los guardias mantienen el orden, pero no pueden impedir todos los pequeños delitos. —Luego se dirigió de nuevo a Geraden—: Si quieres escapar de tus rutinas diarias, me sentiré feliz de decir que te he ordenado que nos escoltes.

—De nuevo eres demasiado amable, mi dama. —Tras su deferencia, Geraden estaba riendo—. Pero los deseos de la hija del Rey son probablemente tan buenos como una orden. Iré con vosotras, por supuesto.

Elega le sonrió como si fuera un niño deseoso de complacer.

—Entonces, quizá debieras procurarte algo cálido que echarte por encima.

Geraden fue cogido por sorpresa: pareció casi suspicaz, como si creyera que la dama podía tener algún motivo oculto. Sin embargo, se tragó su preocupación.

—Es una buena idea. ¿Qué puerta usaréis? Os alcanzaré allí.

Elega se lo dijo.

Tras una inclinación de cabeza a Terisa, Geraden se marchó.

—¿Nos vamos? —dijo alegremente Elega.

Terisa no estaba segura de lo que hacía cuando siguió a la hija del Rey fuera de la habitación.

Charlando alegremente de temas triviales, Elega la condujo a través de Orison hacia el extremo noroeste del castillo. A lo largo del camino, Terisa divisó a Ribuld y Argus. Los dos guardias estaban haraganeando en el salón como si estuvieran fuera de servicio y no tuvieran nada mejor que hacer con su tiempo.

Su ansiedad empezó a cambiar de color. Lo que había empezado como un simple caso de fiebre de primavera se estaba convirtiendo en otra maniobra de los complots y esquemas que rodeaban la necesidad de Mordant.

Lo aceptó. Por el momento, todo lo que realmente deseaba era salir fuera de su reciente depresión.

Luego ella y Elega alcanzaron la puerta que daba acceso al patio. Con sus enormes maderos y sus gruesos cerrojos de hierro, estaba hecha para ser firmemente cerrada; pero estaba abierta, y sus guardias permanecían fuera, observando la multitud que se derramaba fuera de Orison para pasear y curiosear en torno a las tiendas y tenderetes.

Geraden estaba ya allí: había corrido de nuevo. Ahora, sin embargo, llevaba puesto también un chaquetón para mantener su calor.

Sólo por un instante, su rostro reflejó un alivio que no pudo ocultar. Al parecer, uno de sus temores había demostrado ser sin fundamento. Luego saludó a las dos mujeres con una sonrisa.

Terisa inspiró profundamente el aire casi primaveral y se sumergió con sus compañeros por entre las gotas que caían de los aleros hacia el lodo.

Una vez más, se sintió sorprendida por el tamaño del patio. Oculto en su propia sombra, el edificio oriental del castillo era oscuro contra el inmaculado cielo azul; pero hacia el oeste toda la cara interna de Orison retenía el sol y reflejaba los marrones y grises de sus piedras, haciendo la atmósfera a su alrededor más cálida que el clima. A aquella luz, la errática masa del castillo parecía protectora,alzada por todos lados para mantener a salvo lo que encerraba en su centro. Las ventanas captaban la luz del sol y la reflejaban; de los miradores y palos y proyecciones entre los balcones y pasarelas colgaban tendederos, y la ropa puesta a secar decoraba las paredes en un espectáculo multicolor; arriba en las torres, los estandartes, pequeños en la distancia, brillaban y se agitaban.

El lodo no era tan malo como había esperado. En aquel extremo del patio, lejos de la zona donde los guardias ejercitaban sus caballos, habían arrojado grava sobre la tierra. Eso no resolvía el problema, pero hacía que el inevitable lodo fuera mucho menos profundo y pegajoso. El borde de su vestido quedó inmediatamente empapado y manchado, pero pudo caminar con una no anticipada facilidad.

Indudablemente inspirada por su propia fiebre de primavera, la gente del patio había abierto de par en par los frentes de madera de sus tiendas, adornado sus tenderetes con cintas, traído carros cargados con refrescos que nadie se hubiera atrevido a desafiar el frío para acudir a tomar el día antes. Todo el mundo se había puesto sus ropas más alegres y declarado el día como un espontáneo festival. Terisa oyó música de flautas y laúdes, puntuada por panderetas. En alguna parte seguramente estaban bailando. Olores a cocina y especias se mezclaban con el aroma



del humo de madera que derivaba en la ligera brisa desde las chimeneas de estaño en los techos de las estructuras de madera, de los humeros en la parte superior de los tenderetes, y de los fuegos al aire libre que crujían con frecuencia en los huecos entre los edificios.

Sin ninguna otra razón excepto que de pronto se sentía maravillosamente bien, Terisa se echó a reír.

Geraden compartía su mismo humor. Y Elegia sonrió, aunque la firme cualidad de su mirada sugería que su placer era más complejo. Terisa les sonrió a ambos e hizo un esfuerzo por no apresurarse.

—¡Tomad! —Pasando por entre las tiendas y la gente, Geraden presumió de su evidente posición como *un amigo de la hija del rey* para inclinarse sobre un carromato y tomar algunos de sus artículos, dorados trozos de carne clavados al extremo de largas cañas—. Ésta es mi comida favorita en el mundo. —El vendedor hizo una reverencia tras otra, como un corcho flotante, mientras Geraden llevaba triunfante su botín junto a Terisa y Elegia—. Lo llaman «el tesoro del Domne». La carne es simplemente cordero, pero está untada con una salsa que hará que se os funda el corazón. —Con un floreo, ofreció una caña a cada una de sus acompañantes—. ¡Comed! Y lamentaos de no haber nacido en el Care de Domne.

—Creo —murmuró Terisa sin malicia— que es más probable que nos lamentáramos si hubiéramos nacido en el Care de Domne.

El jugo resbaló por la barbilla de Terisa cuando dio un mordisco a la tierna y jugosa carne. Estaba especiada de una manera como nunca había probado antes. ¿Cilantro rancio? ¿Comino que no había sido almacenado adecuadamente? En honor a Geraden, terminó el bocado que se había metido en la boca, luego pensó en alguna excusa para no comer el resto. Afortunadamente, él estaba saboreando su ración con tanto entusiasmo que permanecía temporalmente sordo y ciego a sus compañeras. Elegia pasó diestramente su caña al transeúnte más cercano. Tras una momentánea vacilación, Terisa hizo lo mismo. Casi sin darse cuenta, se secó la barbilla.

Ella y Elegia siguieron caminando. La multitud era demasiado ruidosa para una conversación tranquila. La gente reía alegremente, gritándose toscos ánimos e insultos, saludando a los amigos y voceando sus mercancías. Pero Terisa no deseaba hablar..., deseaba verlo todo y absorberlo todo. La ruidosa agitación parecía completamente distinta a la frenética actividad de las calles de la ciudad a la que estaba acostumbrada. Aquella gente no pensaba en hacer fortunas o perder sus trabajos o luchar contra los asaltantes o ser arrojada de sus casas. Y tampoco pensaban en la guerra con Cadwal y Alend, la ética de la Imagería o el inexplicable declive de su Rey. Sus mentes estaban centradas en cosas más importantes.

Geraden se reunió con ellas, sonriendo un poco estúpidamente. Junto con Elegia, tomaron el camino de menor resistencia por entre la multitud.

Todo allí había sido instalado o construido de una forma absolutamente no sistemática, sin pensar en cuestiones tales como la facilidad de los accesos o la forma más ventajosa de exhibir los artículos..., y con muy poca preocupación hacia las medidas sanitarias. Al parecer, la autoridad del Castellano Lebbick no gobernaba por completo aquel pequeño poblado que había brotado para servir a las demandas de Orison. Cochambrosas construcciones de madera que parecían demasiado altas para sus puntales, y martilleadas demasiado apresuradamente para ser algo más que semipermanentes, se reclinaban las unas contra las otras, a menudo haciendo difícil a los clientes en potencia encontrar las entradas a las tiendas. Algunos de los tenderetes llenaban por completo el espacio disponible, con el resultado de que uno no podía pasar excepto agachándose por debajo o saltando por encima de las cuerdas que los sustentaban. Los fuegos donde se cocinaba lanzaban hacia arriba sus chispas peligrosamente cerca de las planchas reseca por el tiempo o las lonas. Terisa fue empujada tan frecuentemente que empezó a alegrarse de no llevar dinero encima.

Tras doblar una esquina, ella y sus dos acompañantes tropezaron con un charlatán de feria que vendía panaceas desde un carromato de brillantes colores. Su camisa era varias tallas demasiado pequeña para él; sus pantalones, demasiado grandes. Y ambas prendas estaban reducidas a puros jirones. Pero había hecho de la necesidad virtud tiñéndose desde el cuello hasta los tobillos con franjas de todos los colores, de modo que sus harapos parecían como una parte deliberada de su atuendo. Su bigote estaba tan enmarañado como su pelo, al que había añadido el atractivo de estriarlo con ceniza. Más ceniza manchaba su morena piel; sus ojos giraban febrilmente en sus órbitas.

Sus panaceas estaban contenidas en pequeñas y retorcidas botellas de cristal, anchos y desiguales potes de arcilla, y cestos de caña trenzada. Proclamaba sus virtudes con agudos gritos que se parecían al aullido de un simplón. Si se hubiera puesto en torno al cuello un cartel rojo que dijera CHARLATÁN, no hubiera parecido menos digno de confianza que ahora. Gran número de gente demostraba interés en sus artículos, pero no parecía tener demasiados compradores.

—¿De dónde *procede* alguien así? —preguntó Terisa a Elega—. No puedo creer que venda lo suficiente como para sobrevivir.

—Tú nunca has estado más allá de los muros de Orison. —El tono y expresión de la dama eran fríos: evidentemente, no compartía la curiosidad de Terisa—. No dejes que tus experiencias entre nosotros te pinten un falso cuadro. Lejos del Demesne y, en menor extensión, de las principales ciudades de los Cares, la gente de Mordant incluye un número predecible de simplones y tontos. Tipos como éste a menudo viven mucho mejor de lo que podrías llegar a sospechar.

De todos modos, Terisa pensó que el hombre era fascinante. De hecho, lo halló más fascinante de lo que podía explicar. Algo en la forma en que hacía girar sus ojos

y reía le hizo sospechar que sabía lo que estaba haciendo..., que había astucia y habilidad en su actuación. ¿Era todo una actuación? ¿Desarmaba las sospechas presentándose de una forma tan claramente poco digna de confianza?

Sus dos compañeros deseaban seguir. Al cabo de un momento, dejó que la arrastraran lejos de allí.

Poco después, Elegía alzó la voz y señaló.

—Todas las tiendas de telas y los talleres de sastrería están aquí. Amontonados casi uno encima de otro. Normalmente, no es un lugar tranquilo. Creo que a menudo están más interesados en robarse la moda los unos a los otros que en atraer a los compradores. Pero se contendrán mientras yo esté contigo.

Terisa se sintió tentada a responder: Pareces causar este efecto en todo el mundo. Se mordió la lengua, sin embargo, y no dijo nada.

Pasaron junto a una carreta donde vendían lo que parecía pan frito. Otra ofrecía el tipo de chucherías que un guardia compraría a una sirvienta. En una zona al aire libre donde nadie había levantado todavía una tienda o clavado un tenderete, un juglar enfundado en voluminosas ropas negras manejaba afiladas piezas plateadas de metal con forma de estrella como si fueran platos o bolos. Su atuendo chasqueaba y giraba en torno a él como un torbellino de medianoche. Luego Terisa y sus acompañantes se acercaron lo suficiente a los sastres, modistos y comerciantes de telas como para ver hileras de sus artículos envueltos invitadoramente en torno a ventanas y sobre puertas, y oír a los hombres con cintas de medir en torno a sus cuellos y agujas clavadas en sus ropas intentar atraer a los transeúntes.

De pronto, Geraden dejó escapar un grito de sorpresa y placer y echó a correr, chapoteando lodo.

Terisa y Elegía miraron tras él.

—Te juro, Terisa —dijo la dama—, que este hombre se vuelve cada vez más niño a medida que pasan los años. —Pese a su tono, parecía perpleja..., quizás incluso un poco preocupada—. ¿Seguro que se da cuenta de que no es ni cortés ni juicioso abandonarnos?

Terisa lo observó abrirse camino entre la multitud y contuvo el aliento, temerosa de que pudiera caer. Pero no lo hizo. En vez de ello, se detuvo tan bruscamente como había echado a correr.

—Vayamos a ver lo que está haciendo. —Sin aguardar al asentimiento de Elegía, echó a andar en aquella dirección.

Elegía suspiró audiblemente y la siguió.

Geraden no había ido muy lejos. Lo encontraron con otro hombre, que parecía considerablemente menos alegre que él por el hecho de que Geraden le hubiera visto.

—Terisa —anunció el Apr cuando ella y Elegía llegaron a su lado—, éste es mi hermano Nyle.

Luego empezó a balbucear.

—Artagel me dijo que estabas aquí, pero casi no le creí. No conseguí encontrarte. ¿Dónde te has estado escondiendo? Es estupendo verte. ¿Por qué estás aquí? Lo último que supe de ti era que estabas en Houseldon pasando el invierno. Estabas intentando salirte de..., bueno, no importa eso. ¿Todo va bien? ¿Cómo está nuestro padre? ¿Y Tholden? ¿Qué hay de...?

—Déjale responder, Geraden —le recriminó firmemente Elega—. Estoy segura de que no ha salido de ningún «escondite», como tú lo llamas, para que tú lo atosigues de este modo.

Con un esfuerzo, Geraden cortó su chorro de palabras.

Desvergonzadamente curiosa, Terisa estudió a Nyle. Lo hubiera conocido como hermano de Geraden en cualquier parte. Tenía el mismo pelo y el mismo color de tez que Geraden, la misma complexión, sólo un par de centímetros más bajo. Y hubiera tenido el mismo rostro que Geraden, si sus rasgos no fueran meditativos en vez de abiertos. Parecía como una versión descontenta de su hermano menor, un hombre cuya naturaleza básicamente sería había cuajado en su cuerpo.

Resultaba claro que el encuentro con Geraden no le hacía ninguna gracia.

Hizo una rígida inclinación de cabeza a las dos mujeres.

—Mi dama Elega. —Él y Elega no se cruzaron ninguna mirada—. Mi dama Terisa. Me alegra encontraros —Terisa no captó ningún placer en su voz—, pese a que mi hermano no se ha molestado en presentarnos.

Geraden empezó a disculparse, pero Nyle le cortó:

—No has podido encontrarme porque he estado atareado con mis asuntos particulares. —Miraba con ojos llameantes a Geraden, y su tono era ácido—. No tienen nada que ver contigo, así que no hay ninguna razón por la que debieras implicarte en ellos.

—¿Qué quieres decir con «asuntos particulares»? —bufó Geraden—. Soy tu *hermano*. No *tienes* asuntos particulares. Ni siquiera Stead —rió secamente— tiene asuntos particulares, y los necesita más que tú. La mitad de los maridos de Domne se sobresaltan cada vez que entra en la habitación. ¿Qué es posible que estés haciendo que no implique a nuestra propia familia?

Un músculo en la mejilla de Nyle se crispó; sin embargo, mantuvo inmóvil el resto de su rostro. Apartándose de Geraden, hizo una nueva inclinación de cabeza hacia Terisa y Elega.

—Mis damas, espero que disfrutéis de vuestra salida. Nos sentimos afortunados de tener este clima.

Con los hombros encajados y la espalda rígida, se alejó entre las tiendas.

Terisa miró a Geraden. Su rostro estaba crispado; por un instante, pareció a punto de ir tras su hermano, gritándole algo. Luego se volvió hacia Elega.

—Mi dama —se mordió los labios para mantener su voz firme—, ¿es eso cosa tuya?

Ella no pareció sorprendida por la acusación. Mientras observaba atentamente la figura de Nyle que se alejaba, murmuró:

—Puede que tenga algo que ver conmigo. Debo hablar con él. Disculpadme.

Se subió la falda y se apresuró tras Nyle.

Geraden fue a seguirla. Instintivamente, Terisa apoyó una mano en su brazo. ¿No había oído a Elega mencionar a Nyle en una ocasión? ¿Cuándo había sido eso? Oh, sí. Cuando Elega la llevó por primera vez a ver a Myste. *Nyle es más de mi gusto*. Geraden la miró para ver por qué lo había detenido; ella preguntó:

—¿Cómo puede ser cosa suya?

Elega alcanzó a Nyle y lo detuvo. No podían ver claramente sus rostros: había demasiada gente por medio, moviéndose en ambas direcciones. Y, por supuesto, lo que dijeron era inaudible.

De una forma distante, Geraden replicó:

—Él ha estado alimentando una pasión hacia ella desde hace años, pero piensa que es una mujer inalcanzable. Piensa... —Frunció el ceño, irritado—. No lo comprendo. Piensa que él no es lo suficientemente grande o especial para ella. No ha hecho nada espectacular en el mundo. Sabe que ella es ambiciosa, y está seguro de que no querrá saber nada de él. Creo que le escuece el que yo fuera el elegido para comprometerme con ella..., y luego la dejara.

»Nos dijo que iba a permanecer en Houseldon todo el invierno para decidirse a pedir su mano.

—¿Así que crees que ha venido a Orison para ver si ella se la concede?

Geraden asintió con la cabeza. Su rostro estaba tenso por la simpatía hacia su hermano.

—Pero sospecho que aún no se lo ha pedido. Si lo hizo, y ella lo rechazó, entonces no seguiría aquí. De modo que ella debe de haber hecho algo que le ha dolido antes de que él consiguiera reunir el valor suficiente para hacerle la proposición. No puede marcharse porque no ha hecho lo que vino a hacer. Pero siente demasiado dolor como para hacerlo.

»Maldita sea ella. —Miró a Terisa—. Todo esto sólo lo supongo, por supuesto. Pero mírales. Sea lo que sea, ella sabe que lo está carcomiendo.

Los atisbos de los dos que conseguía Terisa a través de la multitud parecían confirmar la opinión de Geraden. Elega estaba hablando con Nyle, ¿discutiendo con él?, como si supiera lo que debía decir. Y las respuestas de él, pese a lo bruscas que parecían, sugerían comprensión, incluso aprobación.

Puesto que no sabía cómo consolar a Geraden, Terisa cambió de tema.

—¿Qué piensas de ese charlatán? El hombre de los harapos.

Al principio, Nyle y Elega centraban toda la atención de Geraden. Con un esfuerzo, sin embargo, consiguió volver la vista hacia Terisa.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

—El charlatán junto al que pasamos hace un momento. ¿Qué piensas de él?

—¿Pensar de él? Nada en especial. ¿Por qué?

Ella pudo ver la diferencia de cuando la *miraba* realmente.

—Simple curiosidad —dijo de forma casual—. Algo respecto a él...

Otra característica de Geraden que le gustaba era su voluntad en aceptar sus caprichos. El Apr rebuscó en sus recuerdos, luego dijo:

—No lo había visto nunca antes. Me pregunto por qué. No parece tan joven como para ser nuevo en esto.

—Bueno, tampoco es exactamente viejo —empezó ella—. Él...

Un momento más tarde, la realidad la golpeó.

—Parece familiar. —Era por eso por lo que lo había encontrado tan interesante—.

Lo he visto antes.

Geraden la miró.

—¿Tú qué?

—Lo he *visto* en alguna otra parte —insistió ella—. Estoy segura de ello. Pero no así. Esto es un disfraz.

—¿Dónde fue eso? —Geraden se mostró de inmediato dispuesto a creerla—. ¿Es el hombre que te atacó?

¿Gart?

—No. —Cerró los ojos e intentó calmar su excitación—. No es él. —Pero los indicios y las piezas no acababan de encajar—. No sé. En alguna parte. —Cuanto más imaginaba al charlatán, menos familiar le parecía—. No puedo recordarlo.

—No intentes forzar la memoria. Cuanto más rápido lo olvides, más rápido volverá a ti. —Luego añadió—: Y gracias.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Gracias por qué?

Él señaló hacia Elega y Nyle.

—Necesitaba la distracción.

Cuando Terisa miró hacia allá, Nyle se alejaba ya entre la multitud, y Elega regresaba hacia ellos.

Su decidida sonrisa y su velada mirada dejaban claro de inmediato que no tenía intención de revelar lo que había pasado entre ella y Nyle.

—Lamento haberos hecho esperar —dijo, antes de que Terisa o Geraden pudieran hablar—. Lo mejor de las tiendas de ropa está justo ahí delante. ¿Vamos?

Dando por sentada su conformidad, echó a andar hacia ellas.

Geraden cruzó su mirada con la de Terisa a espaldas de Elega y se encogió de

hombros. El rictus de su boca sugería pesar antes que furia. Después de todo, aquella no era su primera experiencia con la hija mayor del Rey. Parecía conocer el truco de no sentirse ofendido por lo que ella hiciera.

Los dos la siguieron, juntos.

Mientras se acercaban a las tiendas de telas y sastrerías, el ruido ascendió hasta un auténtico estrépito. Los comerciantes allí luchaban tan agresivamente con los posibles compradores que Terisa nunca hubiera pensado en acercarse a ellos si hubiera ido sola. Dama Elega, sin embargo, no estaba en absoluto desconcertada. Sonriendo con buen humor, caminó por entre los tenderos y dijo sin alzar la voz:

—Buenos señores, no necesitáis este estridente despliegue. Sabéis que no me persuadiréis con él. —Su tono era suave y seguro—. Quizá me concedáis un poco más de moderación.

Casi inmediatamente, el silencio se difundió a su alrededor a medida que la gente veía quién era y avisaba con ligeros codazos a los que estaban a su lado.

Como respuesta, Elega inclinó graciosamente la cabeza..., un gesto que consiguió que Geraden hiciera girar los ojos. De todos modos, Terisa vio que la deferencia de los tenderos era perfectamente seria. El patronazgo de la hija del Rey debía valer bien aquello.

Elega eligió una tienda y se dirigió hacia ella, como si estuviera comandando una ilota. Como muchas de las estructuras de madera, estaba edificada un poco por encima del nivel del suelo a fin de que su piso no descansara en el lodo. Unos escalones aparentemente de poca confianza conducían a un estrecho porche que inspiraba menos confianza todavía; luego, una puerta abierta daba entrada a la pequeña estancia donde el comerciante mostraba sus artículos.

La mayor parte de la luz de la estancia procedía de las ventanas sin cristales con los postigos echados a un lado, pero un brasero en medio del suelo proporcionaba algo de calor. El tendero se escurrió delante de Elega y se detuvo tras un mostrador y empezó a murmurar su obsequioso entusiasmo por su presencia.

Aparte el brasero y el mostrador, la estancia estaba vacía. Planchas desnudas de toda estantería formaban las paredes. De hecho, no se veía ninguna tela en toda la estancia, aparte las muestras que colgaban en las ventanas y sobre el porche.

Elega reconoció aquel hecho con ecuanimidad.

—Veo que he entrado en el lugar correcto.

El tendero se mostró lo bastante atrevido como para decir:

—Lo has hecho, mi dama. He vendido todo mi stock del invierno. No me queda nada excepto las muestras.

—Tomo eso como testimonio de la calidad de tus productos.

El hombre inclinó la cabeza con humilde orgullo.

—Pero tendré todo lo que desees tan pronto como se abran los caminos —añadió

rápidamente.

—Muy bien. Veamos tus muestras. —Elega señaló a sus compañeros—. Dama Terisa de Morgan necesita mejorar su guardarropa.

—Inmediatamente, mi dama.

El hombre empezó a sacar de detrás del mostrador largas y estrechas tiras de tela, que extendió para su inspección.

Geraden carraspeó.

—Con tu permiso, mi dama —dijo a Elega—, me retiraré un momento. Mis opiniones no os serán de mucha ayuda. Y, si alguien os molesta mientras estáis eligiendo telas o hablando con los modistos, cualquier comerciante de la zona saltará en vuestra defensa.

—Deja a Nyle tranquilo —respondió Elega con voz firme—. No creo que esté de humor para ser incordiado por su familia hoy. —Luego eligió dos o tres de las tiras de tela y se las mostró a Terisa—. ¿Qué opinas de éstas?

Sólo Terisa observó la inclinación de cabeza del Apr mientras abandonaba la tienda.

Intentando sonar casual, aprovechó la oportunidad para preguntar a Elega:

—¿Sabías que Nyle estaba en Orison? Geraden se sorprendió al saberlo.

—No. ¿Por qué? —El desinterés de Elega era casi intachable—. Me sorprendió tanto como a él. No sabía que Nyle estaba aquí hasta que lo vi. Pero me temo que estoy perdiendo la habilidad de sorprenderme ante lo que haga cualquiera de los hijos del Domne.

Terisa se encogió de hombros.

—Simplemente pensé que tal vez lo hubieras visto por aquí. Me lo mencionaste una vez. Tuve la impresión de que te gustaba.

—Y me gusta. —Elega era mejor que Terisa adoptando un tono intrascendente—. Lo considero un amigo. Y lo respeto. Posee una..., ¿seriedad de mente?; no, una seriedad de *deseo* de la que al parecer carecen sus hermanos. Es inconcebible, por ejemplo, que Geraden se pase años intentando y fracasando convertirse en un Imagero. Y también es inconcebible que aprenda las habilidades de Artagel y luego se niegue a utilizarlas, como se ha negado el propio Artagel, poniéndose al mando de los guardias del Rey.

»Hubo un tiempo —admitió— en el que, si él hubiera expresado un interés por mi mano, yo le hubiera tomado tan en serio como él me tomaba a mí. —Hablaba sin ninguna aparente preocupación por la presencia del tendero—. Sin embargo, no sabía que hubiera venido a Orison. Sus "asuntos privados", sean los que sean, no tienen nada que ver conmigo.

—Sólo era simple curiosidad. —Terisa volvió ostentosamente su atención a las telas.



Elega demostró tener buen ojo. Los materiales que seleccionó para tomar en consideración eran excelentes: algunas cálidas sargas y ligeros popelines para diario, algunas sedas finas y terciopelos para las ocasiones formales..., y los colores que aconsejó encajaban con el pelo de Terisa y el color de sus ojos y su piel. Pronto Terisa tuvo las diez muestras que más le gustaban alineadas frente a ella. Estaba intentando elegir una o dos (¿o tres?), cuando Elega dijo al tendero:

—Éstas serán suficientes por ahora. Tan pronto como llegue el material, envíalo a Mindlin el modisto. Él te dirá cuánto necesita.

—Por supuesto, mi dama. Con placer. —La perspectiva de proporcionar tela gratis para hacer diez vestidos no parecía preocuparle en lo más mínimo.

La propia Terisa estaba demasiado asombrada para protestar. ¿Diez trajes nuevos? ¿Qué iba a hacer con *diez* trajes nuevos?

Elega pareció disfrutar contemplando el rostro de Terisa.

—Ven —le dijo con una sonrisa—. Mindlin siempre me ha hecho toda mi ropa. Estoy segura de que se sentirá feliz de hacer lo mismo contigo.

—Sin duda, mi dama —intervino el tendero—, sin la menor duda. Una magnífica elección, si me permites decirlo. El trabajo de Mindlin es soberbio. Le enviaré estas telas en el instante mismo en que las reciba.

Con un asentimiento de cabeza, la dama tiró de Terisa fuera de la tienda.

El establecimiento de Mindlin estaba cerca. Si acaso, aún era menos elaborado o pretencioso que la tienda de telas. El propio Mindlin era un hombre alto, de chupadas mejillas grises y modales austeros, y hablaba con un tono altanero que parecía brotar de una boca distinta de la que pronunciaba las obsequiosas palabras que les dirigía. De hecho, el contenido de su habla era tan lisonjero que incluso Elega se sintió *azarada*.

—Desgraciadamente —explicó ésta a Terisa—, se ha hecho enormemente rico gracias a la reputación de ser mi modisto.

Terisa fue incapaz de reprimir una sonrisa.

El azaramiento, sin embargo, no privó a Elega de su dominio sobre la situación. Secamente, le dijo a Mindlin los materiales que le serían entregados, y por quién. Luego preguntó a Terisa:

—¿Qué es lo que te gustaría?

Por un momento, la imaginación de Terisa se vio paralizada.

—Nunca antes me han hecho ropa a la medida.

—Entonces la experiencia será buena para ti —respondió Elega con satisfacción. Pensó brevemente, luego informó a Mindlin de que dama Terisa necesitaba dos trajes formales, otros dos más cálidos para el invierno, dos más ligeros para la primavera y, le entregó el bulto de las viejas ropas de Terisa, cuatro atuendos hechos según aquel poco familiar esquema, de nuevo dos para el invierno y dos para la primavera.

Especificó también qué telas debían ser empleadas para cada caso..., una prueba de memoria que hubiera derrotado a Terisa.

—Pero tú debes escoger los detalles —le dijo a Terisa—, a menos que desees dejarlos al gusto de Mindlin. No hay prisa, sin embargo, si no estás segura. Él te traerá su trabajo mucho antes de que esté completo, a fin de que encaje adecuadamente. Tendrás oportunidad de discutir con él la caída de tus faldas, o la cantidad de bordados y adornos que desees lucir, o incluso —señaló una irónica tolerancia hacia las debilidades de la mujer— la altura del escote que más te convenga.

—Eso sería estupendo —dijo Terisa, sintiéndose a la vez cohibida y excitada.

—Entonces te dejo en sus manos —anunció Elega suavemente. Parecía haber un asomo de anticipación en la forma en que se dirigió hacia la puerta.

Ante la idea de tener que enfrentarse por sí misma a la situación, Terisa se vio sumida en un pánico de colegiala.

—¿Adónde vas? ¿No te quedas conmigo?

La dama irradió calma y tranquilidad.

—Debo hacer algunos pequeños encargos para mí misma. Y va he intentado tomar demasiadas de tus decisiones. Volveré..., casi de inmediato. Si no lo hago, espérame aquí. Estaré de nuevo contigo pronto.

Antes de que Terisa pudiera protestar más, Elega se había ido.

Terisa deseó echar a correr tras la dama. De repente se sintió sola en medio de un mundo hostil. Tenía tantas preguntas. ¿Cómo iba Mindlin a tomarle las medidas? ¿Se esperaba que se desnudara allí mismo, en aquella tienda? ¿Cómo podía hacerlo?

Para hacer peor las cosas, la actitud del modisto cambió inmediatamente. Sus modales se hicieron menos austeros: incluso llegó hasta tan lejos como intentar una sonrisa desagradable. Al mismo tiempo, el servilismo desapareció de su habla. Alzando desdeñosamente sus ropas, preguntó:

—¿Pretende seriamente mi dama llevar ese tipo de ropas?

Reducida por la alarma —y por los ecos de los sarcasmos de su padre— a sentirse como una niña, estuvo a punto de contestar: No, por supuesto que no, no si tú crees que no es una buena idea; ¿qué me recomiendas? Afortunadamente, se contuvo a tiempo. En realidad, debería sentirse avergonzada de sí misma. ¿Acaso no le había plantado cara al Castellano Lebbick más de una vez? ¿Cómo iba a dejarse intimidar ahora por un *modisto*?

Con un esfuerzo consciente, alzó los ojos para clavarlos en los de él, y mientras lo hacía su espíritu se alzó también. Sonriendo, preguntó:

—¿Qué hay de malo en ellas?

El hombre adoptó una expresión sospechosamente burlona.

—No son halagadoras, mi dama. No son femeninas.

—¿De veras lo crees así? Allá de donde vengo, son consideradas —hizo rodar la palabra en su boca, y se dio cuenta de que resultaba divertido hacerlo— deliciosas.

Mindlin pareció impresionado. Terisa sospechó que de pronto temía haber juzgado mal su docilidad. La altivez de su rostro surgió de nuevo, al tiempo que desaparecía la seguridad en su voz.

—Como mi dama desee. Evidentemente, haré todo lo posible dentro de mis humildes habilidades para complacerte.

No había duda al respecto: podía resultar divertido hacer aquello. Sin embargo, no deseaba pasarse.

—Pero es probable que tengas razón —dijo, como si él la hubiera persuadido—. No necesito cuatro atuendos como éste. Dos serán suficientes. —En un destello de inspiración, añadió—: ¿Por qué no utilizas el resto del material para hacerme dos trajes de monta?

—¿Trajes de monta? —Una reprimida apoplejía constriñó su tono—. ¿Tiene mi dama intención de montar? ¿A lomos de un caballo?

—Por supuesto —respondió dulcemente Terisa—. Allá de donde vengo, todas las damas montan a caballo. ¿No sabes cómo hacer un traje de ese tipo?

El hombre bajó su mirada.

—No estoy acostumbrado a hacer este tipo de atuendos para las mujeres de rango. Pero haré lo que mi dama desee.

—Bien. —Estaba empezando a sentirse desacostumbradamente orgullosa de sí misma.

Estudiando aún el suelo en vez de su rostro, el hombre dijo:

—Si complace a mi dama, tomaré las medidas de éstos —sus dedos se retorcieron hacia su blusa y pantalones—, y te los devolveré no más tarde de esta tarde. Luego, desgraciadamente, tendré que aguardar a la llegada de las telas para servirte. Como ha dicho dama Elega, mi ilustre patrocinadora, los detalles pueden discutirse cuando el trabajo esté listo para la primera prueba.

—Estupendo —dijo Terisa. Luego, puesto que sabía que nunca sería capaz de aguardar allí donde estaba y mantener su compostura, se dio la vuelta para marcharse. Intentando emular el porte regio de Elega, salió de la tienda, a la multitud y la luz del sol.

Si Geraden hubiera estado allí, hubiera estallado en risas: todo lo que necesitaba era alguien con quien compartir su humor. Pero no se le veía por ninguna parte. Y Elega tampoco aparecía. El clamor de los comerciantes había ascendido a su anterior nivel. Si alguien pronunciaba su nombre, lo más probable es que no lo oyera. El flujo de la multitud hacía más fácil moverse que permanecer quieta, así que se dejó arrastrar y empujar lentamente lejos de la tienda de Mindlin.

Antes de que hubiera ido lo bastante lejos como para tomar en consideración el

regresar, tuvo un atisbo de Nyle.

Avanzaba decididamente a través de la multitud..., sin apresurarse, pero sin perder tampoco el tiempo. Su camino lo llevó fuera de su vista casi inmediatamente; pero un momento más tarde fue de nuevo brevemente visible por entre las tiendas, encaminándose aún en la misma dirección.

Movida por un impulso, Terisa echó a andar tras él.

Le hubiera resultado difícil explicar por qué estaba haciendo aquello. Era un rostro familiar, por supuesto, y no le gustaba estar sola entre toda aquella gente. Su curiosidad hacia él como hermano de Geraden era probablemente una explicación más fundamental, sin embargo. Y más fundamental aún era su interés instintivo hacia su propósito. Fuese cual fuese, era suficiente como para hacerle rechazar a Geraden. Pero no a Elega.

¿No sabía que Elega planeaba traicionar al mejor amigo de su padre?

Caminó rápidamente hacia las tiendas por entre las cuales acababa de verle. Tomó el estrecho sendero, y desembocó en la plaza por la que habían pasado antes. Casi de inmediato lo vio de nuevo.

Parecía estar ya muy lejos.

No deseaba llamar la atención sobre ella echando a correr. Al mismo tiempo, no deseaba tampoco perderle. Tras un instante de vacilación, decidió correr.

Fue una decisión afortunada, pese al hecho de que le hacía tropezar con la gente y hacer que los desconocidos le lanzaran maldiciones: le permitió ganar el terreno suficiente como para evitar perderle cuando giró junto a una hilera de tenderetes de comidas y luego giró de nuevo. Alcanzó la hilera de tenderetes apenas a tiempo de verle saltar por encima de unas cuerdas y desaparecer tras una tienda de lona que había sido montada demasiado cerca de los edificios vecinos.

Terisa llegó hasta la tienda; entonces tuvo que detenerse. ¿Podía seguirle? Su traje y su chaquetón le harían difícil caminar por entre las cuerdas. Y no parecía haber otra salida del lugar donde Nyle se había metido, excepto por un lado o el otro de la tienda. Si él conocía otra, entonces ya lo había perdido. Y si volvía atrás mientras ella intentaba ir tras él, la atraparía.

Finalmente, se dirigió hacia la parte frontal de la tienda e hizo un esfuerzo por aguardar allí sin hacerse demasiado llamativa, mientras vigilaba ambos lados.

La tienda parecía ser del tamaño de una cabaña confortable. En un anillo en torno a su poste central habían sido instaladas toscas mesas encima mismo del lodo (no había ninguna cubierta en el suelo), y sobre estas mesas un cierto número de hombres y mujeres vendían cuentas y lentejuelas, chales y baratijas. Ninguna de las personas detrás de las mesas parecía particularmente atareada; un hombre llamó a Terisa, invitándola a entrar. Ella le ignoró y permaneció en su puesto.

Unos momentos más tarde empezó a sentirse un poco estúpida, pero un minuto o

dos antes de que su testarudez empezara a desmoronarse un ligero estremecimiento agitó la tienda mientras Nyle regresaba, abriéndose camino por encima de las cuerdas.

Con el corazón latiéndole fuertemente, Terisa se agachó a medias tras la tienda para evitar ser vista, luego se volvió para observarle, con una mano apoyada en la lona para sostenerse.

El rostro de Nyle era concentrado, intenso. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, no parecía proporcionarle ningún placer: su ceño estaba tan fuertemente fruncido que parecía clavarse en los huesos de debajo. Sin embargo, no era evidentemente un hombre que vacilara sólo porque no estaba disfrutando con lo que hacía. Quizá no esperaba ninguna alegría de la vida.

Sin reparar en la presencia de Terisa, Nyle se alejó por el mismo camino por el que había venido.

Estaba ya a punto de ir tras él, cuando otro estremecimiento de la lona le advirtió de que alguien más estaba cruzando las cuerdas de la tienda.

Se inmovilizó a tiempo para ver claramente al hombre que emergió por el mismo lugar por el que había aparecido Nyle hacía unos momentos.

Era el charlatán, con sus harapos agitándose extravagantemente.

¿El *charlatán*? Aquello era sorprendente. Sólo por el hecho en sí se hubiera sentido abrumada. Pero lo que la paralizó a una boquiabierta inmovilidad fue que ahora lo reconoció sin lugar a dudas. Pasó tan cerca de ella que fue capaz de identificarlo.

Tras la forma extravagante en que vestía, bajo las cenizas que tiznaban su rostro y su pelo, era el Príncipe Kragen. El pretendiente de Alend.

Todo pareció oscilar a su alrededor. Los significados cambiaron por todas partes. No *puede* ser, protestó. Le vi *marcharse*. Le vi cabalgar alejándose de Orison con todos sus hombres.

Pero, si deseaba volver en secreto, ¿de qué otro modo podría hacerlo? La presión llenó su garganta, creciendo y creciendo hasta que creyó que iba a asfixiarse. ¿De qué otro modo podrían él y Elega comunicarse? ¿De qué otro modo podrían hacer planes juntos?

Y Nyle estaba implicado con ellos. Elega había mentido. Por supuesto que había mentido. Sus «asuntos privados» lo tenían todo que ver con ella. No era extraño que no deseara encontrarse con su hermano.

Estaba complotando con Elega y el Príncipe Kragen contra el Rey de Mordant.

Y la invitación de Elega a Terisa de ir allí con ella no había sido en absoluto inocente. No tenía nada que ver con ningún deseo de una simple salida entre amigas. El ir de compras no había sido más que una excusa. Elega aún seguía intentando engañarla de alguna forma.

Terisa estaba tan desconcertada que no observó al juglar vestido de negro, con las afiladas estrellas de plata, hasta que empezó a actuar directamente delante de ella, a menos de seis metros de distancia.

El torbellino como de medianoche de su capa llamó su atención. Sus estrellas empezaron a danzar en sus manos. Lanzaban un reflejo de luz solar, hipnóticamente atractivo, mientras trazaban sus arcos en el aire, pasando entre sus dedos como copos de luz. Pronto se vio rodeada de lentejuelas.

El juglar no miraba lo que estaba haciendo. No necesitaba mirar: sus manos conocían bien su trabajo. En vez de ello, estudiaba atentamente a Terisa.

Las estrellas parecían sumirla cada vez más en un trance. Por un momento, como si fuera el roce de un sueño, lo vio todo.

Allá en medio del bazar, a una buena distancia de los torrentes de agua que caían de los tejados y aleros de Orison, el lodo estaba empezando a secarse bajo el calor del sol y el paso de muchos pies. Las botas de los hombres estaban manchadas, por supuesto, y las faldas de las mujeres sucias; pero el lodazal ya no frenaba el andar.

Nyle había desaparecido entre la multitud en una dirección; el Príncipe Kragen pronto lo haría en otra. Como si quisieran equilibrar la escena, sin embargo, Geraden y Elega se acercaban desde lugares opuestos, siguiendo la hilera de tenderetes de comidas.

La luz del sol parecía hacer que los olores de los tenderetes resultaran más fuertes. Pasteles, fritos, especias, carnes..., todo formaba parte de la arqueada danza de las estrellas.

Al parecer, Elega estaba buscando a alguien..., quizás a la propia Terisa. La forma en que fruncía los ojos le recordó a Terisa que la luz del sol no era el elemento natural de la dama, no el tipo de iluminación que hacía resaltar su belleza.

Geraden, por su parte, había divisado ya a Terisa. Agitó un brazo y avanzó sonriente hacia ella.

El cielo sobre sus cabezas era tan azul como en un sueño, azul y perfecto, el fondo ideal para el torbellino plata.

Pero el juglar *tenía una nariz como la hoja de una hachuela; sus dientes estaban al descubierto en una sonrisa feral. Tuvo la indistinta impresión de que había cicatrices en sus mejillas.* Sus ardientes ojos amarillos estaban fijos en ella...

Entonces, aquel momento de lucidez terminó, y no supo cómo ocurrieron las cosas.

Sin advertencia previa, las estrellas cambiaron su danza. De manos del juglar, empezaron a notar directamente en dirección a la cabeza de Terisa, como brillantes hojas de metal impulsadas por una fuerte brisa.

Apenas consciente de lo que hacía, Terisa apartó el rostro de la primera estrella. La segunda lamió su mejilla.

El resto de ellas hubieran debido alcanzarla de lleno. Pero fueron desviadas de su blanco cuando Geraden se lanzó contra el juglar y aferró fuertemente su brazo.

El juglar lanzó un golpe con su codo que derribó a Geraden al suelo. Luego, sus ropas flotaron hacia un lado, y una larga espada apareció como un tajo de acerado fuego en sus manos.

Saltó hacia Terisa.

En aquellos momentos ella caía de espaldas, tras tropezar con la tienda.

Todo pareció hacerse oscuro. La gente gritó, maldijo. Terisa chocó contra una de las mesas que exhibían sus chucherías y la volcó. Alguien chilló, mordido por la hoja del juglar. En un revoloteo de baratijas, Terisa cayó más allá de la mesa y golpeó el palo central de la tienda.

Entonces fue capaz de ver de nuevo.

Tan negro e irresistible como la medianoche, el juglar fue tras ella, agitando su espada como un látigo para alejar a los aterrorizados comerciantes y vendedores, apartándolos de su camino.

De alguna forma, Terisa recuperó sus piernas y puso el palo de la tienda entre ella y su atacante. Luego, perdió pie y cayó de nuevo.

—¡Gart! —ladró un hombre.

El grito hizo que el juglar se apartara de ella.

—No me digas —dijo Artagel, arrastrando las palabras mientras saltaba hacia delante, sonriendo secamente— que el Monomach del Gran Rey no puede hallar un oponente más digno de su valía que una mujer desarmada. Ya te advertí al respecto.

—¿Crees que tú tienes la valía suficiente? —siseó como seda el hombre de negro—. Yo ya sé que no.

Artagel apartó una mesa de una patada. Casi con el mismo movimiento, se lanzó al ataque.

Gart se volvió y lanzó un golpe como un hachazo contra Terisa.

La violencia de su movimiento era tan grande que hubiera podido partirla en dos. Afortunadamente, Artagel se anticipó al movimiento de Gart. Apareció por el otro lado del palo de la tienda a tiempo para detener el golpe y salvarla.

Luego, se situó entre ella y el Monomach del Gran Rey.

La tienda estaba vacía ahora excepto Terisa y los dos combatientes. Sus botas pisoteaban cuentas y encajes, hundiéndolos en el lodo, mientras atacaban, paraban y respondían. Sus hojas lanzaban chispas a cada uno de los golpes, una oscurecida y ominosa versión de la danza de las estrellas iluminada por el sol. Terisa podía oír la afanosa respiración de Artagel: sonaba como si aún no se hubiera recuperado por completo del daño en sus pulmones. La respiración de Gart era tan firme y regular que no producía ningún sonido.

Ataque. Parada. El resonar del acero.

Artagel tenía problemas con las mesas. Impedían sus golpes, interferían con sus paradas: se enredaban en sus pies de tal modo que estuvo a punto de caer. Sus movimientos eran tensos. Gart, por su parte, parecía flotar entre los obstáculos, como si él mismo los hubiera situado donde estaban para encajar con su entrenamiento y experiencia.

Sujetándose al palo de la tienda, Terisa se puso en pie. Sus manos eran resbaladizas a causa de la sangre. ¿De dónde procedía? Probablemente de su mejilla. Artagel iba a morir por culpa de ella. Por culpa de ella. Deseó echar a correr. Era la única cosa que podía hacer. Si distraía a Gart alejándose, Artagel tal vez tuviera una oportunidad. Pero el Monomach del Gran Rey permanecía tan cerca de la abertura de la tienda que no podía escapar.

Sintió deseos de gritar; pero el resonante entrec chocar del acero y el ronco jadear de la respiración de Artagel hacían imposible cualquier otro sonido.

Tal como fueron las cosas, no necesitó gritar. Rugiendo como toros enloquecidos, Argus y Ribuld cargaron procedentes de la luz del sol hacia la penumbra de la tienda.

Aunque hubiera sabido qué debía mirar, tal vez no hubiera visto cómo consiguió salvarse Gart. Fue todo demasiado rápido. Quizás aprovechó el momento en que sus ojos necesitaron ajustarse. Todo lo que supo fue que lo oyó bufar intensamente mientras se giraba para enfrentarse a Argus y Ribuld con un golpe que, de alguna forma, les obligó a retroceder separadamente, alejándolos el uno del otro.

Artagel saltó tras él.

Demasiado intenso, demasiado desesperado. Desequilibrado.

Gart paró también aquel ataque, atrapó y retuvo la hoja de Artagel con la suya, luego se deslizó hacia un lado y barrió con su propia hoja, en un cortante movimiento lateral que abrió un profundo tajo en el costado de Artagel e hizo que la sangre brotara abundante entre sus costillas.

Jadeante, Artagel se dejó caer sobre una rodilla.

Aquél era todo el tiempo que necesitaban Ribuld y Argus para recuperarse y atacar de nuevo. De todos modos, Gart seguía siendo demasiado rápido para ellos. Antes de que pudieran alcanzarle, saltó hacia el palo de la tienda —y por encima del golpe que Artagel lanzó desesperadamente contra sus piernas— y cortó en lo alto la cuerda que sostenía la lona a la parte superior del palo.

Luego se inclinó y rodó hacia la salida, deslizándose tan suave como el aceite entre Argus y Ribuld, mientras la tienda se desplomaba sobre sus cabezas.

La húmeda y pesada lona empujó a Terisa de nuevo contra el lodo. Se agitó en él, intentando liberarse. En su mente, la hoja de Gart mordía profundamente el costado de Artagel, y la negra sangre fluía. Apenas oyó el clamor de los espectadores mientras el Monomach del Gran Rey huía impunemente.

Alertados por el tumulto, un cierto número de guardias llegó al lugar de los



hechos casi inmediatamente. Liberaron a Terisa y Artagel, Argus y Ribuld. Improvisaron unas parihuelas y llevaron a toda prisa a Artagel hasta el médico más próximo. Recogieron a Geraden y le hicieron volver en sí. Iniciaron una búsqueda. El Castellano Lebbick llegó pronto a la escena de los hechos con refuerzos, organización y reprensiones severas. Fue registrado todo el bazar.

Pero nadie encontró a Gart.

## La importancia de la familia

Terisa deseó ir tras Artagel con Geraden. Ella era la que había visto a Artagel ser herido, la que lo había visto caer. Luchando por salvarla. Pero, aunque no hubiera sido testigo de ello, además de la causa —de hecho, aunque ni siquiera conociera a Artagel—, hubiera sentido lo mismo. Atontado por el golpe de Gart, Geraden dejó que su angustia se reflejara desnuda en su rostro. Su concentración sobre su hermano era tan urgente que estaba ciego a todo lo demás. Torpemente, luchó por librarse de los guardias y preguntas y asombrados espectadores a fin de poder ir tras Artagel. Verle de aquel modo hizo que Terisa creyera que la necesitaba. Pese a su propia impresión y su miedo, deseaba ir con él.

Elega no se lo permitió.

La dama llegó al lado de Terisa tan pronto como los guardias hubieron iniciado su búsqueda del Monomach del Gran Rey. Mientras sujetaba el brazo de Terisa y limpiaba la sangre de su mejilla, emitió suaves sonidos reconfortantes que sonaban un poco artificiales, procedentes de ella. Terisa hubiera tenido que rechazarla vehementemente a fin de poder apartarse de ella.

No podía hacerlo. No ahora: no mientras cada músculo de sus brazos y piernas temblaba, y su estómago se retorció con violencia, y ella intentaba decidir qué hacer ante la vista de la sangre de Artagel. Así que se quedó inmóvil allí donde estaba mientras Geraden se alejaba torpemente por entre la multitud, siguiendo las parihuelas que transportaban a su hermano.

Tocado por algo que tal vez fuera piedad, el Castellano lo dejó marchar.

Por otra parte, Lebbick no pareció sentir nada parecido a la piedad cuando se volvió para interrogar a Terisa.

Elega, sin embargo, la escudó.

—Castellano —dijo firmemente—, no pareces sorprendido de saber que dama Terisa tiene un enemigo que desea su muerte. Sólo estás sorprendido de que su enemigo sea un hombre tan importante y peligroso como el Monomach del Gran Rey. Y estás sorprendido de que tenga tanta libertad de movimientos en Orison, pese al hecho de que tú eres el responsable de tales asuntos.

Un músculo en la mandíbula del Castellano se tensó.

—Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo —prosiguió Elega— de que dama Terisa es la última persona en situación de aclarar tus sorpresas. ¿Qué sabe ella de los secretos de Cadwal..., o de las defensas de Orison? Si debes interrogarla, hazlo en sus propios aposentos, cuando se haya recobrado un poco.

Como respuesta, Lebbick lanzó a Terisa una mirada que hizo que su corazón diera un vuelco. Luego hizo una rígida inclinación de cabeza, ordenó una escolta para las

dos mujeres y se alejó.

Elega llevó a Terisa de vuelta a los aposentos pavo real.

Al principio no sintió dolor en la mejilla. Con ese extraño desprendimiento fruto de la impresión, se preguntó si el frío que la invadía no era lo suficientemente intenso como para que no sintiera nada. Luego se preguntó si Gart no habría puesto veneno en las puntas de sus armas.

Al cabo de un rato, sin embargo, el relativo calor de Orison y el ejercicio de caminar trajo de vuelta la sensación del brillante metal mientras lamía su mejilla. El corte era demasiado fino como para doler. Lo que sentía ahora no era dolor. Era como un rastro de humedad, un largo y húmedo toque como el lamer de una lengua.

En una ocasión, mientras intentaba explicar la forma en que venir hasta aquí había alterado su vida, le había dicho a Myste: *Fue como morir sin ningún dolor. No duele.* Aquella idea volvió ahora de nuevo a ella, con un asomo de pánico. Si su mejilla le hubiera dolido, hubiera sabido qué hacer al respecto. De pronto deseó un espejo, cualquier cristal donde poder mirarse y que le dijera si había resultado o no desfigurada.

No se dio cuenta de que Elega estaba hablando hasta que la dama la detuvo, la tomó por los hombros e insistió:

—Terisa, sé que estás asustada. Sin embargo, tienes que escucharme. Puede parecer que tus razones para tener miedo son menores si no piensas en ello, pero te aseguro que no es así. Lo cierto es lo contrario. Sólo puedes disminuir el peligro que te acecha comprendiéndolo y actuando contra él.

En aquel momento, Elega no parecía ser una mujer que sintiera mucha simpatía hacia el miedo.

Estaban de pie en las escaleras que conducían a los aposentos de Terisa. Elega parecía no darse cuenta de los guardias que las escoltaban, quizá pensaba que la urgencia de sus preguntas superaba toda cautela. Pero Terisa no deseaba hablar: ciertamente, no deseaba hablar delante de dos hombres a los que no conocía. En alguna parte de Orison, un médico estaba intentando salvar la vida de Artagel. Y Geraden estaba allí... Se sorprendió al descubrir furia en su voz cuando preguntó:

—¿Qué crees que puedo hacer?

—Echa tu miedo a un lado e intenta aferrar la verdad —respondió inmediatamente Elega—. Tiene que haber alguna razón por la cual el Monomach del Gran Rey arriesga su propia vida para amenazar la tuya.

Terisa contempló a la dama y pensó: Sigue creyendo que soy alguna especie de Imagera. Por eso me desea a su lado. Con el Príncipe Kragen. Y Nyle. Un momento más tarde, sin embargo, se dio cuenta de que los pensamientos de Elega eran mucho más complejos que eso. La dama estaba considerando también la idea de que Terisa se había implicado ya en las maquinaciones de alguien..., un complot tan amplio e

insidioso que el Gran Rey Festten lo consideraba como una amenaza personal. Un complot del que Elega no sabía absolutamente nada; un complot que podía deshacer todo lo que ella estaba intentando conseguir.

Con no fingido cansancio, Terisa preguntó:

—¿Deseas realmente hablar de ello aquí?

Elega alzó una ceja y miró a su alrededor. Un ligero enrojecimiento tino sus mejillas. ¿Se sentía *azarada* ante su propio descuido? Bruscamente, echó a andar escaleras arriba.

Reprimiendo su tentación de dar media vuelta y huir en dirección opuesta, Terisa la siguió.

Cuando alcanzaron la seguridad de los aposentos pavo real y hubieron cerrado la puerta tras ellas, Elega sirvió un vaso de vino para cada una. Por entonces ya había recobrado su compostura. Observando a Terisa por encima del borde de su vaso, bebió unos cuantos sorbos. Luego, con aire decidido, dejó el vaso a un lado.

—Debes perdonarme por hablar de tales cosas en estos momentos. Comprendo que estás terriblemente asustada. Y estoy segura de que también estás preocupada por Artagel. Pero debes comprender que es una locura ignorar mis preguntas. Terisa —sus ojos eran vividos en su pálido rostro—, seguramente tienes alguna idea de por qué Gart está aquí para matarte. Es inconcebible que representes una amenaza tan grande para el Gran Rey sin que seas consciente de ello.

Terisa suspiró. No deseaba tratar con Elega. Deseaba echarse y dormir unos cuantos años. Al mismo tiempo, deseaba ir al encuentro de Artagel. La aguda sensación húmeda del corte en su mejilla estaba empezando a parecerse al dolor. Cuando bebió, el vino pareció hacer que el corte empeorara. Llevó cuidadosamente una mano a su mejilla. Sus dedos volvieron a bajar marcados con sangre seca. Su rostro debía ser horrible. Temerosa del daño, preguntó, incierta:

—¿Es muy malo?

Elega frunció el ceño, irritada, pero suavizó rápidamente su expresión. Con un gesto que le pedía a Terisa que aguardara, fue al cuarto de baño y regresó con una toalla mojada. Luego hizo señas a Terisa de que se sentara en el diván. Cuando Terisa estuvo instalada, Elega empezó a frotar suavemente el corte con la toalla, lavando toda la sangre y suciedad de la herida.

Tras estudiar por un momento el corte, la dama dictaminó:

—Es limpio. Todavía sangra un poco —apretó la toalla contra la mejilla de Terisa—, pero eso servirá para mantenerlo limpio. Podemos llamar a un médico si lo deseas, pero dudo que necesite muchos cuidados. Sólo es largo como mi dedo —en aquel momento, sus dedos parecieron excepcionalmente largos—, y poco profundo. Cuando sane, te quedará una cicatriz recta y muy fina que nadie será capaz de ver excepto bajo una luz muy particular. —Se retiró unos pasos para considerar el asunto

desde más lejos—. Y nadie la verá en absoluto excepto si se acerca mucho a ti.

Con tono neutro, concluyó:

—Cuando sane, espero que la mayoría de los hombres consideren que tu belleza se ha visto realzada en vez de disminuida.

—Me gustaría poder verlo —admitió sinceramente Terisa—. Allá de donde vengo, para eso es para lo que usamos los espejos. Para vernos a nosotros mismos.

Con un tono aún neutro, Elegia respondió:

—Por esa razón nosotras tenemos doncellas, a fin de que las mujeres que desean cuidar la decoración de su apariencia no se comporten de forma estúpida. —Sin embargo, no podía contener sus auténticos intereses. Más rápidamente, preguntó—: Entonces, ¿todos los espejos en tu mundo son planos?

Terisa intentó refrenar otro suspiro.

—Sí.

—¿Y no sois trasladados por ellos?

—No.

La dama se puso en pie. Se volvió hacia la chimenea y colocó sus manos formando copa debajo de sus codos, con los brazos cruzados sobre su pecho, como para refrenar un estallido de emoción.

—Insistes en que eres una mujer normal. Quizás esto sea cierto en tu mundo. Pero, ¿no es posible que allí seas trasladada y no te des cuenta de ello..., o lo des por sentado? Aquí, se nos dice que todo hombre que se enfrenta a un espejo plano en el que se ve a sí mismo cara a cara se pierde en una traslación que no tiene fin. Pero, ¿y si tú, y si toda la gente de tu mundo, poseyeras un poder del que nosotros carecemos? ¿El poder de dominar la más peligrosa manifestación de la Imagería? Tal vez no fueras consciente de ello..., y, sin embargo, sería lo bastante fundamental como para alterar todas nuestras preconcepciones.

—No. —Terisa negó aquella idea como lo había negado todo respecto a ello desde el principio—. Allá de donde vengo, los espejos son sólo cosas. No poseen magia. —En un esfuerzo por acortar la discusión, se enfrentó a lo que consideraba el punto focal de Elegia—. Realmente *no sé* por qué el Monomach del Gran Rey desea mi muerte.

Con ojos llameantes, Elegia se volvió del fuego.

—Eso no es posible.

Terisa alzó la toalla hasta su mejilla para ocultar su furia.

—Pero sigue siendo cierto.

Por un instante, Elegia estuvo a punto de gritar.

—Entonces... —Pero se dominó inmediatamente; el cálculo pasó tan claramente por detrás de sus ojos que fue casi legible—. Entonces, debes ser protegida.

—¿Protegida?

—El Rey no lo hará. No comprenderá la necesidad. Y, puesto que el Rey no comprenderá la necesidad, el Castellano *no podrá* hacerlo. Está demasiado atado de pies y manos. Ha demostrado que ni siquiera puede limitar el acceso de Gart a Orison.

»Los señores de los Cares son inútiles. El Tor se ha convertido en un viejo borracho. La afectación del Armigite avergüenza la memoria de su padre. El Fayle no sabe dónde están sus lealtades. Y ni el Perdon ni el Termigan están *aquí*.

»En cuanto a la Cofradía —hizo un gesto despectivo—, los Maestros están demasiado divididos como para proteger a nadie. Todos se parecen al Maestro Quillón, que es demasiado tímido como para correr riesgos..., o al Maestro Barsonage, que está demasiado preocupado por la reputación de la Cofradía como para emprender ninguna acción..., o al Maestro Eremis, que está demasiado absorto en sus propias ideas como para interesarse en nada.

»Terisa... —Elega pareció vacilar, como si dudara de si debía terminar lo que había empezado a decir. Pero la vacilación no era un rasgo dominante en su naturaleza. Claramente, como si hiciera una profesión de fe, dijo—: Debes permitir que yo te proteja.

Terisa se sintió tan sobresaltada que no pudo hacer otra cosa más que quedarse mirándola fijamente.

—Por el momento, lo admito —se apresuró a decir Elega—, puedo hacer poco más que ocultarte. Pero eso puedo hacerlo muy bien. Mi conocimiento de los secretos de Orison es extenso. Pronto, sin embargo, seré capaz de proteger a cualquiera que desee.

»Puedo proporcionarte seguridad, si estás dispuesta a confiarte a mí.

Aunque deseaba pensar claramente —era importante pensar con claridad—, la cabeza de Terisa parecía dar vueltas. Creía comprender a Elega. Por otra parte, conseguiría más información si fingía ignorancia. Al mismo tiempo, sin embargo, le dolía la mejilla, y estaba preocupada por Artagel y Geraden, y temía que Elega fuera demasiado astuta para ella. Y todavía se sentía furiosa.

Con dificultad, consiguió preguntar, en vez de perder el control:

—¿Cómo? Te he oído quejarte de lo abandonada que estás. De lo poco que puedes hacer respecto a lo que está ocurriendo. ¿Cómo vas a protegerme?

Elega sostuvo con firmeza la mirada de Terisa.

—Puedo proporcionarte seguridad —repitió—, si tú te confías a mí. —Luego añadió—: Terisa, no te he demostrado nada excepto amistad. Sólo deseo tu bienestar, y la conservación de Mordant..., y terminar con todo el mal que hay en el reino. Pero, si tú no confías en mí, no puedo hacer nada.

*Seguro que tú tienes alguna idea de por qué Gart está aquí para matarte.*

Aquello era demasiado.

—Vas a conseguir poder —respondió duramente Terisa—. ¿De dónde piensas obtenerlo? Sólo puedo pensar en un lugar. De tu padre. Pero él simplemente no va a proporcionártelo. No es ésa la forma como hace las cosas. Vas a traicionarle. Vas a retirar el trono de debajo de sus pies, de alguna forma. Tú y el Príncipe Kragen. — Apenas pudo contenerse de decir: Y Nyle. Incluso has vuelto al hermano de Geraden contra él. Pero la impresionada expresión en el rostro de Elega le advirtió que había ido demasiado lejos—. No quiero tener nada que ver con eso.

—¿Y por qué no? —La ira ascendió por encima de la sorpresa de la dama—. ¿Tienes alguna otra alternativa? ¿Eres tan pura que puedes concebir alguna respuesta a la necesidad de Mordant que no requiera la traición?

—Es tu padre. Eso debería significar alguna diferencia.

Elega echó los hombros hacia atrás, enderezó su espina dorsal. El llamear violeta de sus ojos la hizo parecer regia y segura de sí misma, como una mujer que está dentro de sus derechos.

—Te aseguro, mi dama —dijo con voz austera— que significa una diferencia. Me comprendes tan bien que lamento descubrir que me comprendes tan poco.

Dirigió a Terisa una inclinación de cabeza tan correcta y desafiante como la aceptación de un duelo, y abandonó la habitación.

Terisa se quedó contemplando la puerta hasta mucho rato después de que se hubiera cerrado. Había cometido un serio error: acababa de echar a perder su única oportunidad de averiguar *cómo* Elega y el Príncipe Kragen pretendían arrebatar Mordant de manos del Rey Joyse. Disgustada, intentó maldecirse a sí misma. Su corazón, sin embargo, no estaba en ello. Después de todo, lo que Elega le había ofrecido no tenía sentido.

Mantenerla oculta. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Hasta el fin del invierno? ¿Hasta que llegara el ejército de Alend? ¿Hasta que Orison fuera sitiada? ¿Veinte o treinta o cuarenta días?

No tenía sentido.

No deseaba pensar en tales cosas. O eran irrelevantes, o eran imposibles. Deseaba saber lo que les estaba ocurriendo a Artagel y Geraden.

Y deseaba saber lo que la hacía tan valiosa que la gente estaba dispuesta a arriesgar su vida por ella. ¿Qué había en su persona que la hacía valer el odio de Gart y la sangre de Artagel?

Fuera, el sol brillaba cálido, como si estuviera inmensamente complacido consigo mismo.

Si hubiera debido permanecer largo tiempo sola, quizás hubiera hecho algo estúpido. Es decir, quizás hubiera hecho *algo*; y tenía la sensación de que cualquier cosa que decidiera hacer sería estúpida. Afortunadamente, mientras aún seguía incapaz de ordenar correctamente sus pensamientos, Geraden llegó a su puerta.

Mostraba una gran mancha de color en cada mejilla y una expresión ligeramente velada en sus ojos; mantenía el ceño profundamente fruncido, como si sufriera un terrible dolor; sus dedos efectuaban pequeños movimientos retorcientes, aunque sus manos estaban apretadas a sus costados. Sin embargo, había acudido a ella.

Puesto que había sido educada en una casa donde raras veces le había sido ofrecido consuelo —y nunca le había sido pedido que lo ofreciera—, no lo abrazó, ni en bien de él ni en el de ella misma. Le invitó a entrar rápidamente, sin embargo, y cerró la puerta, y tragó la congestión en su garganta para preguntar:

—¿Cómo está?

Geraden hizo un esfuerzo por mirarla, por extraerse de su aflicción y *mirarla*. Alargó suavemente una mano y acarició el corte en su mejilla con las yemas de sus dedos. De alguna manera, consiguió fruncir su boca en una sonrisa.

—¿Duele? No parece demasiado malo. Me alegra que estés bien.

—*Geraden*. ¿Cómo está?

Un espasmo quebró su control. Su sonrisa se hizo pedazos, y sus ojos brillaron con lágrimas.

—El médico está haciendo todo lo que pueda. No sabe qué va a ocurrir. Artagel perdió mucha sangre. Puede que muera.

Lentamente inclinó los hombros hacia delante, y sus brazos se alzaron hacia su pecho, como si estuviera hundiéndose hacia dentro, colapsándose sobre sí mismo.

Por un instante, Terisa permaneció inmóvil. Luego, como si volviera la espalda a todo lo que le habían enseñado acerca de la gente y el dolor, avanzó hacia él y lo abrazó tan fuerte como pudo.

Permanecieron así, juntos, durante largo rato.

Cuando finalmente lo soltó, él no la miró al principio. Se frotó el rostro y murmuró:

—No creo habértelo dicho nunca. Mi madre murió cuando yo sólo era un niño. Unas fiebres de algún tipo..., nunca supimos qué fue, pero duró mucho tiempo. Yo al menos pensé que fue mucho tiempo. Tenía sólo cinco años..., y era su niño, ella siempre quería que estuviese a su lado..., y mientras la veía morir pensé que iba a hacerme pedazos. *Juré...* —Alzó lentamente la cabeza, dejando que Terisa viera su dolor—. Sólo tenía cinco años, pero juré que nunca iba a permitir que nadie a quien quería muriese.

Luego suspiró, y su expresión se fue aclarando paulatinamente.

—Espero que Artagel no me lo eche en cara, porque no hay nada que yo pueda hacer por salvarle.

—Lo siento. —Terisa no sabía qué otra cosa decir—. De algún modo, todo es culpa mía. Yo soy a quien quiere matar Gart. Aunque no comprendo por qué.

Él resopló para despejar su nariz.



—No seas tonta. Es culpa de Gart, no tuya. —Su frente volvió a fruncirse mientras intentaba tranquilizarla—. O puedes decir que es culpa *mía*, puesto que yo fracasé en detenerle. O, si quieres mirarlo de ese modo, es culpa del Gran Rey Festten. Después de todo, Gart es el Monomach del Gran Rey. Simplemente sigue órdenes. —Sus rasgos se crisparon—. Incluso podrías decir que es culpa del Rey Joyse. Si no se comportara como se comporta, el Gran Rey no se hubiera atrevido a enviar a Gart aquí.

»De hecho —intentó sonreír a Terisa, sin éxito—, si lo examinas atentamente, tú eres la única que no es culpable de eso.

La había entendido mal. Lo que ella sentía hacia la herida de Artagel no era culpabilidad, sino más bien un pesar tan afilado como una hoja de acero. La distinción, sin embargo, no era importante en aquellos momentos. En vez de intentar explicárselo, dijo, como si aún estuviera hablando del mismo tema:

—No estoy tan segura. Creo que he hecho algo completamente estúpido.

Su propia incompreensión pareció advertir a Geraden de que debía escucharla más atentamente.

—Espera un momento. ¿Quieres decir que piensas que Gart te atacó porque hiciste algo estúpido?

Ella agitó la cabeza.

—Elega me trajo de vuelta aquí. Se ofreció a protegerme.

Él le miró con el ceño fruncido; su mandíbula se encajó. Inesperadamente, se dio cuenta de que tal vez fuera posible sentir miedo de él: la intensidad que enfocaba hacia ella era abrumadora. Como si estuviera reteniendo una erupción, Geraden dijo:

—Quizá será mejor que me cuentes toda la historia.

Tan simplemente como le fue posible, le describió su conversación con Elega, y observó cómo su ira iba en aumento. Luego terminó:

—Tan pronto como mencioné al Príncipe Kragen, arruiné la posibilidad de que ella me dijera qué estaba haciendo. Nunca volverá a confiar en mí.

Geraden se volvió hacia un lado para ocultar su rostro.

—¡Cristales y astillas! —murmuró fieramente—. Ahora está advertida. Será más cautelosa. No pasará mucho tiempo antes de que se dé cuenta de Argus y Ribuld. Tan pronto como eso ocurra, ya no podrán seguirla más. Habremos perdido antes incluso de empezar.

Esta vez, Terisa hubiera podido decir: Lo siento, sin ser malinterpretada. Pero la disculpa que le debía ahora no era nada comparado con la que le debería pronto. Por un momento, vaciló. ¿Por qué no mantener eso también en secreto? Al menos hasta que su poco familiar ira declinara. ¿Quién podía resultar herido por ello?

Sin embargo, conocía la respuesta. La había aprendido en su lugar de secretos. Cuando descubriera la verdad, fuese más pronto o más tarde, resultaría igualmente

herido. Y el hecho de que ella le ocultara la verdad podía perjudicar su amistad.

Inspirando profundamente para reunir todo su valor, dijo:

—Quizá todavía no hayamos perdido.

Él se volvió de nuevo para enfrentarse a ella.

Parecía tan extremadamente vulnerable que Terisa apenas pudo hablar.

—Me dejó a solas con su modisto. Yo terminé antes de que ella volviera, así que abandoné la tienda. —Recordando lo que había ocurrido, una momentánea debilidad la invadió—. Vi a Nyle.

Sin transición, la furia de Geraden desapareció.

—Le seguí..., no sé por qué. Supongo que deseaba saber por qué te había eludido. —Una sensación de desesperación creció en ella. Geraden iba a odiarla por eso—. Se encontró con alguien detrás de aquella tienda. El otro no me vio, pero yo sí le vi a él. Vi quién era.

Vaciló. Geraden parecía presa de náuseas por la anticipación.

—Era ese charlatán. Ése del que hablamos antes. Esta vez lo reconocí. Sé quién es. Estoy segura de ello. —Rápidamente, antes de que le fallara la voz, dijo—: Es el Príncipe Kragen. Se reunió con Nyle detrás de aquella tienda.

Por un segundo, Geraden pareció tan sorprendido y herido como ella había temido. Su amor por su familia era una de sus pasiones soberanas..., y ella acababa de acusar a su hermano de complotar una traición. El rígido e íntimo desánimo en su rostro fue más de lo que podía soportar.

Tras aquel primer segundo, sin embargo, toda su postura varió. Los huesos de su espina dorsal y de sus hombros se envararon, haciéndolo más alto. Su expresión se volvió al mismo tiempo más débil y más fuerte, como si todas las líneas de sus mejillas y mandíbula adquirieran una nueva dimensión. Sus ojos lanzaron destellos de autoridad.

—Eso lo explica todo —dijo llanamente—. No es extraño que desee permanecer alejado de Artagel y de mí.

Luego añadió:

—Elega lo metió en eso.

Terisa sabía, a un cierto nivel, que su crisis no había sido superada —que quizás apenas había empezado—, pero su reacción inmediata la alivió tanto que casi le besó.

—Así que no hemos perdido necesariamente —dijo, con un hilo de voz—. Puedes decirles a Argus y Ribuld que olviden a Elega. Pueden seguir a Nyle.

Geraden no parecía estar escuchando: parecía más bien como si se estuviera concentrando ardientemente en sus propios pensamientos. Pero respondió en un murmullo:

—Si pueden encontrarle. Ésa va a ser la parte difícil. Si pueden encontrarle, quizá puedan detenerle antes de que haga algo que incluso el Rey Joyse tenga que castigar.

Bruscamente, se puso en movimiento.

—Ven conmigo. Tenemos que hablarle a alguien de esto.

Estaba ya en la puerta. Terisa echó a andar tras él y preguntó:

—¿Hablar con quién? ¿Por qué?

—No con el Rey Joyse —respondió él, como si ella estuviera pensando tan rápido como él—. Probablemente no escucharía. Y el Castellano Lebbick probablemente reaccionaría excesivamente. Puede que incluso tenga vigilado a Nyle. El Tor será mejor. —La forma como sujetaba la puerta para ella parecía casi una orden de que se apresurara—. Es lo único que podemos hacer en estos momentos para proteger a Nyle. Si no conseguimos detenerle y es atrapado, tendrá menos posibilidades de ser ejecutado si lo que está haciendo no aparece como una sorpresa.

Dijo aquello con tal convicción que ella le creyó. Pese a sus ropas manchadas de barro y su piel marcada con sangre, mantuvo su paso.

Geraden se apresuró todo el camino hasta los apartamentos del Rey, sin tropezar ni una sola vez.

Fueron admitidos inmediatamente a la suite porque el Rey Joyse no estaba allí.

—Ha salido a alguna parte con su Imagero, supongo —murmuró el Tor como explicación—. Su cortesía nunca falla, pero me dice tan poco como puede para impedir que me ponga a aullarle cosas.

Su voz era un gorgotear subterráneo, como si emergiera de alguna parte en las profundidades de su enorme grasa, y los pasajes que conducían al exterior estuvieran llenos de vino. Los días de uso estaban claramente marcados en sus ropas, cuyo verde estaba cubierto de manchas de vino y comida. Sus mejillas sin afeitar y su grasiento pelo mostraban que había olvidado también su aseo personal.

—Soy un hombre paciente, joven Geraden —confió por encima de su frasco—. He pasado un número no pequeño de años en el mundo, y he aprendido que la grasa es más permanente que la piedra. Pero la verdad es que mi presencia aquí no ha conseguido nada de lo que esperaba. —Agitó una mano en un gesto que hizo que Terisa se diera cuenta de la ausencia de la mesa de brinco del Rey—. Simplemente ha trasladado su juego a otro lugar.

Suspiró lúgubrementemente, con ojos húmedos.

—Es una triste cosa ser dejado de lado a mi edad.

Escuchando al Tor, Terisa empezó a perder confianza. Sin embargo, Geraden estaba demasiado decidido para dejar que aquello lo desviara.

—Tú mismo te nombraste canciller, mi señor —le recordó al Tor—. Dijiste que podías emprender acciones en nombre del Rey. Eso debería ser fácil, si él no está aquí para contradecirte.

El Tor dirigió a Geraden una dolida mirada.

—Eres demasiado joven para comprender. Si deseo cordero en vez de pato para

mi próxima comida, sólo tengo que decirlo. Si decido establecer unas vacaciones y dejar que todas las damas de Orison se las apañen sin sus doncellas, puedo hacerlo sin necesidad de alzar la voz. ¿Quién aquí siente el menor deseo de oponerse a la voluntad del más antiguo amigo del Rey? —Remarcó sus palabras con puñetazos a medida que su ira aumentaba—. Si decido por mí mismo declarar la guerra mañana, no tengo la menor duda de que seré obedecido.

»¡Pero el Rey, joven Geraden! —Alzó su cuerpo para dar mayor fuerza a lo que decía—. ¿Dónde está el Rey? ¿Dónde está el hombre que debería responsabilizarse de cada orden que doy en su nombre? En algún lado, jugando al *brinco* con el Adepto Havelock, mientras su reino *se desmorona*.

Lentamente, el Tor recuperó la calma.

—En cuanto al Castellano Lebbick —suspiró—, en estos momentos retiene el poco poder efectivo que queda en Orison. Pero incluso él halla difícil ignorarme; y no desea someter sus decisiones a mi opinión, así que me evita. Sospecho que pasa secretamente juicio de todas mis órdenes antes de ponerlas en práctica.

»Parece que he elegido una forma estúpida de llorar a mi hijo.

Terisa intentó captar la mirada de Geraden; deseaba enviarle un mensaje mental, urgirle a que no dijera nada al Tor respecto a Nyle y Elega. El viejo señor estaba empezando a recordarle al Reverendo Thatcher.

Geraden, sin embargo, se negó a recibir su señal. Su mirada estaba clavada en el Tor, y su expresión se había suavizado, aunque su actitud seguía siendo hosca.

—Lo siento, mi señor —dijo secamente—. No tengo tiempo para tu pesar.

Bajo su grasa, los músculos del rostro del Tor se tensaron peligrosamente, pero Geraden siguió sin hacer ninguna pausa:

—Necesito hablar con el Rey Joyse. Puesto que no está aquí, hablaré contigo. No puedo comunicarle esto al Castellano. No voy a decírselo a nadie que no sea amigo de mi padre.

Había captado la atención del Tor.

—Considero al Domne mi amigo —retumbó lentamente el señor—. Y tu pasada cortesía supera tu actual rudeza. —Parpadeó, apartando el velo del vino de sus ojos: su mirada era dura ahora—. Estoy interesado en lo que necesitas decirle al Rey.

Terisa se sintió de pronto avergonzada de sí misma. Antes que desconfiar del abatimiento del Tor, Geraden estaba intentando ayudar.

Aquella percepción la hizo estremecer. Ella nunca había hecho nada para ayudar al Reverendo Thatcher. Lo había escuchado durante horas, pero nunca había intentado ayudar.

—Probablemente habrás oído el rumor de que el Rey Joyse cree que dama Elega se ha vuelto contra él. —Geraden no necesitaba fingir dureza; la débil fuerza que lo había traído hasta allí raspaba en su voz—. Bien: es cierto.

Tan suavemente como el morder de una sierra, Geraden le contó al Tor lo que sabía de Elega y el Príncipe Kragen y Nyle. Cuando hubo terminado con los hechos básicos, añadió:

—Dos de mis amigos, dos guardias, la están siguiendo por todas partes. Pero ahora sabe que sospechamos de ella. Será más cautelosa. Voy a decirles a mis amigos que la olviden y se concentren en Nyle. —Pronunció el nombre de su hermano con un tono de forzada impersonalidad—. Quizás él nos conduzca a las respuestas.

El Tor sostuvo su mirada: sus ojos parecían como cuentas de cristal encajadas en masa de harina.

—He oído gran cantidad de rumores —comentó cuando Geraden hubo terminado—. El deber fuera de esta puerta es aburrido, y muchos de los guardias viven de la conversación. He oído un rumor de que tu hermano Artagel, que tiene la reputación de ser el mejor espadachín de Mordant, se enfrentó al Monomach del Gran Rey y cayó. —Su tono no se hizo claro hasta que preguntó—: ¿Está seriamente herido?

Geraden tragó saliva convulsivamente.

—Sí.

Sin parpadear, el Tor estudió por un momento a Geraden. Luego dijo:

—He perdido un hijo. No quiero tener que decirle al Domne que me quedé sentado borracho sobre mis posaderas mientras uno de sus hijos era muerto por el Monomach del Gran Rey y otro se vendía al Monarca de Alend. ¿Qué quieres que haga?

Inmediatamente, Geraden respondió:

—No dejes que el Castellano Lebbick interfiera. Haz que deje a Nyle tranquilo. —Se sentía claramente aliviado de abandonar el tema de Artagel—. Y dile que asigne a Argus y Ribuld a mí. Dile que te estoy haciendo algún tipo de favor y necesito su ayuda. —Su voz sonó clara, casi autoritaria, como si hubiera estado envuelto en situaciones como aquélla toda su vida—. La última vez que intentaron ayudarme, los censuró severamente por ello. Harán un mejor trabajo si no tienen que eludirle constantemente.

Sonaba tan seguro de lo que estaba haciendo que Terisa deseó aplaudirle.

Sin embargo, no dejaba de sudar mientras hablaba.

El Tor le miró gravemente por unos instantes. Luego volvió la cabeza y dejó escapar un fuerte aullido que hizo que Terisa diera un salto y trajo inmediatamente a los guardias al interior de la estancia.

—¿Sí, mi señor Tor? —preguntó uno de ellos. Estaba en buenas relaciones con el autonombrado canciller—. ¿Aullaste?.

—¡Patán! —bufó el Tor—. Eso no fue un aullido. Eso fue una educada petición de atención. —Su risita sonó como un eructo—. Si alguna vez tienes la desventura de oírme aullar, no hablarás tan tranquilamente de ello.

»Pero, ya que estás aquí... —Hizo girar los ojos al techo, como si estuviera contemplando toda una letanía de deseos—. Quiero salsa de arándanos con ese pato que el cocinero está tardando ya demasiado en traerme. Quiero más vino. Quiero paz o guerra con nuestros enemigos, lo que les cause más consternación. —Se frotó una gorda mano por sus mejillas—. Creo que quiero un barbero. Pero, sobre todo —repentinamente, su voz pareció dejar asomar un cuchillo oculto hasta entonces en alguna parte— quiero al Castellano.

Secamente ahora, añadió:

—Sé tan amable de informarle que requiero unos pocos momentos de su tiempo..., casi inmediatamente.

—Como deseas, mi señor Tor. —Sonriendo, los guardias se retiraron.

El Tor miró a Geraden y se encogió de hombros.

—Puede que no venga inmediatamente, pero no dejaré de insistir hasta que lo haga.

—Gracias, mi señor Tor —el Apr sonaba sincero—. Eso hará las cosas más fáciles.

Con un aleteo de su mano libre, el Tor echó a un lado la gratitud. Tras pensarlo unos instantes, dijo severamente:

—Joven Geraden, tu reputación para los desastres es enteramente engañosa. Me has mostrado que mi Rey necesita este canciller de una forma que no había sospechado. Creo que empezaré a sentirme más seguro de mí mismo.

Apuntando al Apr con un rollizo dedo, añadió, en un ominoso retumbar:

—Mientras tanto, te aconsejo que detengas a Nyle antes de que vaya demasiado lejos. La unión de los Cares es más frágil cada vez. Una ruptura abierta ahora entre el Rey Joyse y el Care de Domne puede traernos pesar a todos.

Vació rápidamente su frasco. Luego ladró alegremente:

—Mientras tú estás ocupado con otras cosas, yo me encargaré de enseñarle a mi dama Elega el temor a ser descubierta.

Por un extraño momento, Terisa sintió deseos de echarse a reír. La idea de una confrontación entre el enorme y viejo señor y la princesa real tenía muchas posibilidades. Pero su regocijo fue primariamente una reacción a la tensión: tan pronto como miró a Geraden, se evaporó. La sonrisa del Apr era casi una febril imitación de la sonrisa que exhibía Artagel en el combate.

Afortunadamente, el Tor observó también su expresión.

—Ya puedes irte, joven Geraden —dijo firmemente—, a menos que tengas más traiciones que revelar. No tengo intención de compartir mi pato con nadie. Házmelo saber tan pronto como tengas nuevas noticias de Artagel.

—Gracias, mi señor. —Geraden se encaminó inmediatamente hacia la puerta.

Terisa deseaba darle las gracias más detenidamente, hacerle saber lo mucho que

hacía por Geraden. Pero no podía hacerlo y seguir al mismo tiempo al Apr.

El viejo señor, sin embargo, pareció comprender.

—Cuida de él, mi dama —murmuró, despidiéndola con un gesto—. Te necesita.

Dedicándole su mejor sonrisa, Terisa abandonó el apartamento y siguió a Geraden escaleras abajo.

El Apr redujo su paso tras un tramo o dos para que ella pudiera alcanzarle.

—¿Me disculpas? Me gustaría llevarte conmigo, pero el médico no te dejará entrar. Yo prácticamente tuve que amenazar su vida para poder ver a Artagel. Puedes hallar el camino de vuelta a tus aposentos, ¿no? ¿Estarás bien?

—Geraden... —Terisa apoyó una mano en su brazo para que le escuchara—. Hiciste lo correcto con el Tor. Le diste lo que necesitaba. —No acostumbrada a decir aquellas cosas, sonó para sí misma terriblemente forzada..., y se odió por ello. Pero no cedió—. Estoy orgullosa de ti.

Aquello le llegó a Geraden a lo más profundo. Los músculos en torno a sus ojos se relajaron, y algo que parecía una sonrisa flotó en las comisuras de su boca.

—Le aprecio —explicó simplemente.

—Estaré bien —prometió ella—. Ve a ver a Artagel. Hazme saber inmediatamente cómo está.

Él asintió y partió corriendo.

Ella volvió sola a sus aposentos y pasó el resto del día intentando no pensar.

A la mañana siguiente, el médico de Artagel aventuró la opinión de que su paciente podía sobrevivir a su herida.

Torpe por el agotamiento y mareado por el alivio, Geraden acudió inmediatamente a darle la noticia a Terisa antes de ir a sus propios aposentos para descansar un poco.

—Ahora sólo es cuestión de la infección —informó—. Si puede superar eso, lo logrará.

Como si se le ocurriera de pronto, añadió:

—El Tor hizo lo que le pedí. Argus y Ribuld trabajan ahora para mí. Al Castellano Lebbick no le gusta, pero supongo que el Tor le dijo que yo tenía algunas ideas respecto a cómo protegerte de Gart. Hasta ahora, no han conseguido localizar a Nyle.

Terisa deseaba que se quedara con ella. Estaba perdiendo toda la habilidad de hubiera podido tener de resistir estar sola. Cuando estaba sola, el Monomach del Gran Rey y el Castellano Lebbick y el Maestro Eremis parecían estar agazapados escondiéndose a su alrededor, aguardando su momento más vulnerable. Y no se sentía mucho más confortada cuando lograba concentrarse en Elegá, Nyle y el pretendiente de Alend, o se preocupaba acerca de Myste y el campeón, o intentaba analizar las relaciones entre el Maestro Quillón, el Adepto Havelock y el Rey Joyse,

o se preguntaba qué oculto talento para la Imagería podían tener ella o Geraden. Cada cuestión era peligrosa.

Pero Geraden parecía tan cansado —tan emocionalmente vacío como físicamente débil— que sintió piedad por él. Tan firmemente como pudo, lo envió a sus aposentos, ordenándole que no regresara hasta que se hubiera recuperado con un buen sueño.

A solas, se volvió para enfrentarse al día con el mismo espíritu con el que demasiado a menudo se había enfrentado a sus noches en su antiguo apartamento: como si la única cosa que pudiera esperar hacer con su tiempo fuera aferrarse a un tenue pero necesario sentido de su propia existencia.

La vista desde sus ventanas la interesó por un rato. El temprano deshielo estaba instalándose para una larga estancia. La luz del sol se derramaba sobre el apilado montón de piedras de Orison, fundiendo más nieve, creando más lodo. Las multitudes hormigueaban en el *bazar*, tan ansiosas como el día anterior. Carros y carretas llegaban por el camino hasta la puerta del castillo, con sus ruedas de madera ceñidas con hierro cortando a la vez nieve y lodo. De nuevo deseó salir. Pero no podía..., no sola.

Se sentía perdida en su propia compañía.

Al cabo de poco rato, Mindlin el modisto llegó para devolverle sus viejas ropas y anunciarle que mañana, o pasado mañana como máximo, esperaba recibir el material que necesitaba para ella, a menos que ocurriera algo espectacular con el tiempo. Como amiga de dama Elegia, ella tenía su primera y mayor atención, así que creía poder prometerle con confianza que sus nuevos vestidos estarían dispuestos para la primera prueba dentro de seis días como máximo.

Desgraciadamente, la cuestión de cuál sería el aspecto de esos nuevos vestidos no consiguió apartarla de sus pensamientos. Tenía otras cosas en mente.

¿Dónde estaba el Maestro Eremis?

¿Qué estaba haciendo ella allí?

¿Cómo podía saber nada acerca de sí misma sin un espejo?

¿Por qué las únicas veces que era capaz de llegar hasta Geraden era cuando él estaba dolido? ¿Por qué seguía guardándole secretos como si no confiara en él?

Si seguía pensando en todo aquello, podía acabar volviéndose loca. Aquellas cuestiones imposibles no hacían más que recordarle de lo que carecía. Ignoraban lo que tenía: la amistad de Geraden, y la de Artagel; el respeto del Tor; quizás incluso la gratitud de Myste, si aún estaba con vida. Así que se sintió feliz por la distracción cuando una llamada a la puerta anunció que tenía un visitante. Podía ser el Maestro Eremis. E incluso el Castellano Lebbick sería algo mejor que su propia compañía.

Era el Maestro Barsonage.

El mediador de la Cofradía era una visita tan inesperada que al primer momento



no notó el cambio en su apariencia. Pero la forma vaga en que eludió su mirada mientras la saludaba la hizo mirar más allá de su sorpresa y ver su aflicción.

—Maestro Barsonage. Entra.

—Gracias, mi dama. —Con aire incierto, como si no supiera dónde iba, penetró en la habitación arrastrando los pies.

Parecía *deshinchado*..., ésa era la única descripción en la que podía pensar que encajara con él. Cuando lo había conocido por primera vez, su amplitud casi le había parecido igual que su altura. Sus cejas brotaban densas, como cerdas. Su piel tenía el color y la textura del pino recién cortado. Ahora, sin embargo, aquel tono amarillo se había vuelto enfermizo, y su piel parecía colgar flácida bajo su pelado cráneo. Sus cejas colgaban también; las arrugas descendían por sus mejillas. Sus movimientos y su diámetro corrían parejos: eran flácidos, como vejigas a medio llenar.

—Es un honor. —Lo dijo sin sarcasmo, porque el Maestro parecía tan abatido..., y tan inconsciente de ello—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Los ojos del hombre siguieron evitando los de ella.

—La verdad es que no lo sé, mi dama.

Bien, no podía dejarle allí de pie en medio de la alfombra con el dibujo de plumas de pavo real.

—¿Por qué no te sientas? —Hizo un gesto hacia una de las sillas—. ¿Un poco de vino?

Aceptó la silla. Un leve movimiento de sus manos rechazó el vino. Cuando habló, su tono era tan incierto como su apariencia.

—Fuiste atacada, mi dama.

Ella gruñó para sí misma ante aquello. Ya había sostenido aquella misma conversación más veces de las deseadas. Pero luego reflexionó que no era culpa de ella si él se sentía desgraciado. Con más aspereza de la pretendida, respondió:

—Otra vez. Y ya es la tercera.

Él parpadeó vagamente en su dirección.

—¿La tercera?

—¿No te habló el Maestro Eremis de la segunda? Fue inmediatamente después de la reunión con los señores. El Príncipe Kragen y el Perdon casi resultaron muertos.

—No —jadeó. Su voz sonaba también deshinchada—. El Maestro Eremis no mencionó... Ha abandonado Orison. Para regresar a Esmerel, dijo. Ayer..., cuando se inició el deshielo. Tuve que devolverle su casulla, por supuesto. No hay ninguna prueba contra él. No podía soportar nuestros debates, dijo. —Inconsciente de las reacciones de ella, preguntó con sencillez, como si ambos fueran niños—: ¿Por qué fuiste atacada, mi dama?

Aquello hizo que su corazón golpeará contra sus costillas. Así que había una razón por la que el Maestro Eremis no había acudido a verla desde el ataque de Gart.

Probablemente había abandonado Orison antes de que ocurriera. Por otra parte, no se había despedido de ella...

Dolorosamente confusa, intentó concentrarse en el mediador.

—Todo el mundo desea saber por qué fui atacada. —Su madre la habría enviado a su habitación por emplear aquel tono—. Tú, el Castellano Lebbick, Geraden y Artagel, el Príncipe Kragen —con un esfuerzo, se obligó a no mencionar el nombre de Elega—, incluso el Rey Joyse. Hasta yo deseo saber por qué fui atacada. ¿Qué importancia tiene eso para ti, Maestro Barsonage?

Los ojos del maestro seguían sin cruzarse con los de ella. Toda la furia parecía haberle abandonado. Con aquella misma voz simple, respondió:

—He dedicado a ella toda mi vida. La Cofradía está arruinada, mi dama.

—¿Arruinada? —Lo que acababa de oír era más inesperado que su aparición—. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Nos hemos disuelto.

Ella le miró fijamente.

—Espera un momento. Dilo de nuevo. ¿Habéis *disuelto* la Cofradía?

—El nombre aún existe, por supuesto. El Rey Joyse no quiere que terminemos. En consecuencia, seguimos. Pero ahora ya no tiene ningún significado. Hemos acabado con todo..., acabado con los imposibles ideales de nuestro Rey y la forma en que nos ha abandonado. Cada uno de nosotros seguirá su propio camino.

»A menos que tú me digas por qué fuiste atacada.

La sangre de Terisa parecía como sebo en torno a su corazón, coagulada y pegajosa.

—Mi dama, hemos discutido y discutido hasta perder nuestras voces..., y nuestros corazones. No te molestaré con las argumentaciones. Sin propósito, no somos nada. O bien el Maestro Gilbur es un traidor, o no lo es. En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer. Está más allá de nuestro alcance. O bien la traslación del campeón fue un error, o no lo fue. En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer. No tenemos cristal para devolverlo a su propia vida. Y no podemos alcanzarle para efectuar ninguna otra traslación.

»O bien la traslación que te trajo a ti entre nosotros fue un error, o no lo fue. En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer. A menos que sepamos.

—¿Saber qué?

Sus flácidas manos hicieron un gesto hacia ningún sitio.

—Podemos servirte, mi dama. Si tienes alguna razón para estar aquí. El Monomach del Gran Rey arriesga su vida para terminar con la tuya. ¿No eres una amenaza? ¿No eres una Imagera? Entonces vuélvete hacia nosotros, mi dama. Danos un propósito. Deja que te sirvamos.

No. Aquello era demasiado. No. Se apartó de ello.

—¿No tenéis miedo de que pueda ser un enemigo?

Encogió unos vacíos hombros.

—El Monomach del Gran Rey arriesga su vida para terminar con la tuya —repitió—. No eres una amiga de Cadwal. Eso es más seguro que cualquier otra cosa que tengamos. Confiaremos en ello..., si nos das un propósito.

Él no podía *hacer* eso. No podía hacerla responsable de la Cofradía..., de todos aquellos Maestros que la despreciaban, que despreciaban a Geraden. Aquél era el mismo hombre que le había prohibido recibir información apenas llegar. Amargamente, dijo:

—No habéis obtenido ninguna respuesta aceptable, así que finalmente habéis decidido abandonar. ¿Le habéis dicho ya algo de eso a Geraden?

Suavemente, el Maestro Barsonage admitió:

—No he tenido el valor. —Luego añadió—: Ninguno de los Aprs ha sido informado. De modo que continúan atendiendo los ¡Liegos y el laborium a fin de que podamos hacer nuestro trabajo..., si somos capaces de hallar algún propósito para él.

Sólo por un momento, Terisa consideró la posibilidad de decirle lo que nunca le había dicho a Geraden ni a nadie: que ella habla visto los tres jinetes de su sueño en el augurio de la Cofradía. Pero el pensamiento de lo que él podía hacer con aquel conocimiento la detuvo.

Podía depositar toda la responsabilidad de la Cofradía sobre sus hombros, haciendo demandas que ella no sabría cómo atender o rechazar.

—Maestro Barsonage —dijo, mientras la presión se incrementaba en sus venas—, ¿no crees que estás pidiendo demasiado? Apenas has sido *educado* conmigo desde que llegué aquí. Ciertamente, no has sido *decente*. Has ignorado mi ignorancia..., y lo que me ha costado. Y sigues ignorándola. Me ignoras a mí. No sé por qué Gart desea matarme. Allá de donde vengo, los espejos solamente reflejan. No *hacen* nada. *No soy una Imagera*.

Pese a su vehemencia, él siguió sin enfrentarse a sus ojos. En vez de ello, inspiró profundamente varias veces, como si estuviera bombeándose interiormente, y sus manos se cerraron hasta formar puños.

—Mi dama, esto está equivocado. La Cofradía es peligrosa, pese a lo que piense el Rey Joyse ahora de ella. Se alza entre nosotros y el sangriento caos..., entre Mordant y el horror. La guerra es sólo guerra. Los hombres resultan muertos. Las mujeres maltratadas. Luego la lucha cambia a otro lugar, y aquí hay paz por un tiempo. Pero, sin la Cofradía para controlarla, la Imagería puede desencadenar un mal tan enorme sobre los inocentes...

»Lo haré, mi dama. Debo hacerlo. Aunque cada Imagero vivo sea un hombre de buen corazón, con intención de hacer sólo lo que es beneficioso, su Imagería puede convertirse en último término en una abominación. Porque irá a parar a manos del

Gran Rey Festten, o del Monarca de Alend, o de quien tome el poder en Orison..., y esos gobernantes exigirán que su Imagería se dedique a la destrucción. Deben hacerlo, porque están en guerra. Sin embargo, no serán ellos quienes sufrirán. Sus soldados pagarán su precio..., y el resto recaerá sobre todos los inocentes del mundo.

»Puesto que el Rey Joyse nos ha vuelto la espalda, no hay otra esperanza. Sólo la Cofradía puede impedir esto. Si es fuerte y segura..., y si tiene un propósito que la una.

»Tú eres la respuesta, mi dama. No debes abandonarnos a la ruina.

La emocionó. Pese a su furia, a su rechazo instintivo, la emocionó. Quizá su creencia de que ella podía ayudarles fuera una ilusión. Sin embargo, el miedo que lo impulsaba era real.

—Maestro Barsonage —dijo suavemente—, el hecho honesto es que no sé lo que está ocurriendo. No comprendo nada de esto. Pero soy como tú. No creo que la Imagería deba ser utilizada para la destrucción.

»Te diré la verdad acerca de mí..., tan pronto como descubra cuál es. Si resulta ser una respuesta, nos ayudará a los dos.

No pudo decir si él captó lo que acababa de decirle. De hecho, no pudo decir siquiera si la había oído. Sus ojos permanecían lejos de los de ella, y su rostro colgó bajo su cráneo como si ella hubiera rechazado completamente su llamada.

Al cabo de un momento, se levantó de su silla y se alejó cansadamente.

Terisa se quedó con otra terrible cosa más que debía decirle a Geraden.

La ventaja era que ya no tenía que seguir preocupándose de su asidero a la sustancialidad. Estaba demasiado preocupada por él como para correr algún peligro de desvanecerse.

Hacia mediodía del día siguiente, Geraden acudió a sus aposentos para llevarla a ver a Artagel.

Terisa había pasado toda la noche reuniendo su valor. Pero no había ninguna forma amable de decir lo que necesitaba decir, de modo que simplemente le describió su conversación con el mediador. Luego se mordió los labios y contuvo el aliento, aguardando a ver cómo tomaba él la noticia.

Para su desánimo, se la tomó a carcajadas.

Rió tan fuerte que tuvo que apoyarse en la pared..., una extraña y silenciosa risa que sacudió todo su cuerpo pero no produjo ningún ruido. Frunció el rostro como si estuviera llorando; de hecho, las lágrimas inundaron su rostro. Pero estaba evidentemente riéndose, tan abrumado por el regocijo que parecía casi histérico. Golpeó sus manos una contra otra como si estuviera aplaudiendo.

—Bien, tienes que admitir —exclamó en medio de su ataque de risa— que es lógico.

Ella no tenía idea de qué hacer. ¿Se había vuelto realmente histérico? Tenía

derecho a estarlo: estaba sometido a suficiente tensión. ¿Significaba eso que debía abofetearle?

Se suponía que debía contarle lo de los jinetes de su sueño. Lo sabía. Sin embargo, no podía hacerlo. Tenía miedo.

—Todo vuelve a ti. —Intentando contenerse, hincó los dientes en uno de sus nudillos, lo bastante fuerte como para hacer brotar unas gotas de sangre. El dolor le ayudó a recuperar un cierto control—. Aunque no tengas nada que ver con ello. Aunque estés aquí sólo porque yo poseo algún sorprendente nuevo talento del que nadie había oído hablar nunca antes. Pero tiene que haber una razón. Una razón por la que yo te trasladé a ti en vez de a alguien distinto. De otro modo, sólo fue un accidente. No significa nada. De una u otra forma, ésta es la cuestión fundamental de la Imagería.

»Tú *eres* la respuesta.

Como el Maestro Barsonage, él tampoco pudo enfrentarse a su mirada.

—La Cofradía disuelta. Toda mi vida..., desde que llegué a Orison...

»Oh, Terisa.

Pero no dejó que ella le tocara.

—Probablemente es justo así —dijo, en un galante y miserable intento por sonar alegre—. Pasé la mayor parte de mi tiempo intentando conseguir algo de mi trabajo. Ahora puedo concentrarme en cosas más importantes.

Bruscamente, insistió en escoltarla a visitar a Artagel.

Durante el camino, anduvo como un hombre que tuviera algo roto en el pecho y no supiera lo que era. Sin embargo, siguió andando. Su autocontrol daba la impresión de que no tenía ninguna idea de hasta qué punto había sido herido.

Los aposentos de Artagel estaban en una parte de Orison que Terisa sólo había visitado una vez, durante el recorrido con Geraden..., una enorme madriguera de habitaciones construidas de cualquier manera una alrededor de otra y una encima de otra. Las hubiera identificado como el equivalente de los barracones en el castillo, si ella y Geraden no se hubieran encontrado con tantos guardias, y si ella no hubiera visto intercaladas entre las habitaciones las inconfundiblemente militares salas donde se reunían los guardias. Por la apariencia del lugar, supuso que cada hombre tenía como máximo una habitación para él; las habitaciones más grandes eran probablemente compartidas. Artagel, sin embargo, disponía de una modesta suite para él solo..., un dormitorio, un saloncito, una cocina y un lavabo, que en su conjunto ocupaban menos espacio que el dormitorio de los aposentos de ella.

La mayor parte de la suite carecía de todo adorno y apenas estaba amueblada: al parecer, su ocupante no pasaba el tiempo suficiente en Orison como para preocuparse por sus habitaciones. O quizá su sentido del *hogar* estaba enfocado exclusivamente en Houseldon. Fuera cual fuese la razón, sus aposentos contenían sólo una pieza de

decoración: un largo armero, que ocupaba dos paredes del saloncito, y del que colgaba un auténtico enjambre de las más variadas espadas, todas rotas o melladas.

—Son hojas que le han fallado —susurró Geraden como explicación, mientras conducía a Terisa hacia el dormitorio.

Allá estaba Artagel tendido en una austera cama, una simple armazón de madera con tiras de tela entrelazadas formando un fondo sobre el que reposaba un colchón. No había chimenea, y el aire era frío. Además, estaba desnudo hasta la cintura, excepto los vendajes que envolvían su torso. Pese a todo, el sudor perlaba su piel, y sus ojos brillaban oscuros, como si contuvieran fuegos secretos.

Geraden había advertido a Terisa que estaba febril; pero ella se sintió abrumada de todos modos al verle sonreír como si estuviera a punto de lanzarse de nuevo al ataque contra Gart.

Había ensayado un discurso para él, en el que le daba las gracias, pero no pudo pronunciarlo. No había grasa en él: todos los músculos quedaban claramente señalados bajo la piel. Y el sudor realzaba sus cicatrices, haciendo que captaran la luz de una forma distinta, de modo que no podía ignorarlas. Había recibido cortes y cortes... Parte de su pecho parecía como si alguien hubiera hundido una vez un poste en él y, de alguna forma, él hubiera sido capaz de desarrollar el suficiente tejido para regenerar la herida. Y bajo sus vendajes había otra herida.

Sus ojos derramaron lágrimas, convirtiendo la imagen de Artagel en una confusión de luz reflejada de las lámparas.

—Lo siento. No sé por qué él desea matarme. Juro que no sé por qué desea matarme.

—Mi dama. —Los ojos de Artagel brillaron en la confusa imagen, y su voz sonó como sus ojos—. Tu mejilla está casi curada. Eso está bien. Cuando te alcanzó, pude ver lo malo que era el asunto. Pensé que llegaba demasiado tarde. Luego este idiota —se refería a Geraden— saltó contra él y casi consiguió que le partiera el cuello. Pensé que os había perdido a los dos. Me alegro de que tuvieras rápidos reflejos.

Mientras Terisa parpadeaba para aclarar su vista, añadió:

—He estado practicando ese contraataque que utilizó contra mí. Creo que ahora ya sé qué hacer al respecto.

—Si alguna vez tienes la oportunidad de encontrarle —intervino hoscamente Geraden—. Voy a atarte a esta cama hasta que todo haya terminado. De esa forma, no tendremos que averiguar si puede vencerte tres veces consecutivas. No puedo soportar la inquietud.

La sonrisa de Artagel parecía como el fuego en su mirada.

—Ése es el problema contigo. No tienes ninguna confianza en mí.

Geraden no tenía un buen día. Por un momento, Terisa temió que pudiera perder su control sobre sí mismo. Pero, de alguna forma, consiguió devolverle la sonrisa a su

hermano.

—Oh, cállate —murmuró con un denso gruñido—. Me estás rompiendo el corazón.

—Ya lo has oído, mi dama. —Inesperadamente, Artagel empezó a quedarse dormido—. Si despiertas una mañana y te encuentras muerta, conmigo hecho un ovillo en el suelo a tu lado, ya sabrás lo que ha ocurrido. Tranquila. —Cerró los ojos, y una sutil tensión desapareció de él.

Terisa y Geraden lo dejaron descansar.

Durante otros dos días no ocurrió nada. El deshielo se frenó, pero no se interrumpió. Mindlin envió aviso de que el material había llegado. Argus y Ribuld no encontraron ninguna huella de Nyle. Para pasar el tiempo, Terisa daba largos paseos sin rumbo fijo por Orison; incluso visitó de nuevo el bazar, porque deseaba un poco de aire fresco. Ahora, cada vez que abandonaba sus aposentos a solas, al menos uno de sus guardias la acompañaba: el Castellano Lebbick había dado órdenes estrictas relativas a su protección. Pero Terisa no vio por parte alguna ningún signo del Príncipe Kragen ni del Monomach del Gran Rey.

Poco después del desayuno del tercer día, sin embargo, Geraden acudió a sus aposentos.

—Acabo de tener una charla con el Tor —anunció, intentando sonar alegre. Sin embargo, su tensión era demasiada para conseguirlo.

Ella formuló la pregunta natural:

—¿Qué quería?

—Deseaba hablarme de su conversación con Elega.

—¿Y cómo fue?

—No muy bien. Creo que él la subestimó. —Geraden agitó la cabeza. No le gustaba lo que estaba pensando—. Recuerdas que dijo que deseaba enseñarle "el temor a ser descubierta".

Desgraciadamente, ella no parece temer ser descubierta. "Declina ser enseñada", me dijo. De hecho, le desafió a que presentara alguna prueba, por pequeña que fuera, de que estaba en comunicación con el Príncipe Kragen.

»Lo cual pone las cosas bastante mal —comentó—. Sean cuales sean sus planes, ya están en marcha. Y ella está segura de que no podemos detenerla. Pero... —Hizo una mueca y miró hoscamente a Terisa—. Fue tan convincente que el Tor no está seguro de seguir creyéndonos.

Terisa se sobresaltó.

—Hizo todo un discurso al respecto. Me dijo que antes de que lanzara más acusaciones contra mi propio hermano y la hija mayor del Rey, debía de hacer un esfuerzo y presentar uno o dos testigos, en vez de confiar en meras sospechas.

—Pero yo vi al Príncipe Kragen y a Nyle encontrarse —protestó ella.

Él agitó de nuevo la cabeza.

—Ambos salieron de detrás de la misma tienda. Quizá simplemente coincidió que fueron allá al mismo tiempo para orinar un poco.

—¿Crees que estoy equivocada?

—No —respondió él de inmediato—. Se está comportando de una forma demasiado extraña. Tiene que haber una explicación. —Un momento más tarde, sin embargo, añadió con tono apenado—: Pero no me gustaría que el Castellano Lebbick lo arrojara a las mazmorras por razones tan tenues como las que tenemos nosotros.

Aquella expresión de certidumbre hizo muy poco para hacer sentir a Terisa mejor.

Geraden regresó para pasar la tarde con ella. Estaban juntos cuando un guardia trajo un mensaje de Argus y Ribuld.

Era críptico:

«Encontrado Nyle. Ver Artagel.»

Así pues, Terisa y Geraden fueron a ver a Artagel.

Estaba medio sentado en la cama, con varias almohadas colocadas a la espalda, y sus ojos parecían más claros y fríos, menos febriles. Su sonrisa era distante y un poco fría, antes que feroz.

—Vino a verme —explicó—. Lo localizaron cuando se iba.

—No lo entiendo —murmuró Geraden—. Ha estado ocultándose durante días. ¿Por qué repentinamente decide venir a verte?

Artagel intentó encogerse de hombros; su torso se resintió.

—Si *tú* no lo entiendes, no esperes que *yo* lo imagine. —No estaba siendo sarcástico—. No lo entiendo más de lo que te entiendo a ti.

Geraden ignoró aquella observación.

—¿Qué deseaba hablar contigo? ¿Qué dijo?

El recuerdo intensificó la poco habitual tristeza de Artagel. Con un hilo de voz, dijo:

—No pareció feliz de verme. Supongo que porque estoy herido. Pero me ha visto herido otras veces. Al menos no estoy muerto. Si estaba preocupado por mí, ¿no hubiera debido alegrarse de ver que me voy recuperando?

»Sea como sea, me preguntó si tenía alguna noticia de Houseldon. Pero él ha estado allí más recientemente que yo. Me preguntó —los ojos de Artagel evitaron los de Geraden— cuándo ibas a dejar de molestar a la familia aquí y regresar a casa, que es donde perteneces. No intenté responder a eso.

Geraden permaneció inmóvil y en silencio.

—Luego me preguntó qué le ocurriría a Orison en un asedio, ahora que teníamos esa brecha en el muro. La última vez que la vi, el muro que estaba construyendo Lebbick en ella para tajarla no era muy impresionante. Me preguntó si disponíamos



de alguna defensa. Me preguntó cuánto tiempo creía que pasaría antes de que el Rey Joyse nos metiera en una guerra con *alguien*. Pero no escuchaba mis respuestas.

»Luego... —Artagel miró al techo, mientras las líneas en su rostro se hacían más profundas, talladas por sus recuerdos—. Luego me dijo cómo me admiraba. Yo era su héroe..., *siempre* había sido su héroe. Lo primero que podía recordar acerca de su propia vida era desear ser como yo. Pero simplemente no tenía el equilibrio, ni los reflejos. Y sus músculos se negaban a desarrollar el tipo de fuerza correcta para una espada.

»Y todo el mundo en la familia parecía estar contento con él de la forma que era, cuando la forma que él era no era la que él deseaba. Tener a sus padres y sus hermanos contentos con él no conseguía nada excepto que le doliera el corazón. Se sentían orgullosos de mí. Y tenían ambiciones hacia ti. Deseaban que te casaras con Elega y te convirtieras en un gran Imagero. Pero nadie deseaba nada para él. O de él.

Artagel se detuvo y tragó dificultosamente saliva.

—¿Eso es todo? —preguntó Geraden en voz baja—. ¿No dijo nada más?

—Ya te lo dije —bufó Artagel—. No esperes que yo te lo explique. —Pero su furia no iba dirigida a Geraden—. Lo mejor que pude pensar fue preguntarle cómo había conseguido admirarme, cuando yo ni siquiera tenía casa propia ni mujer que cuidara de mí, sin mencionar hijos, y estaba tendido aquí con un estúpido *agujero* en mis costillas después que el Monomach del Gran Rey me hubiera vencido ya otras dos veces.

Geraden apoyó una mano en el hombro de su hermano.

—No te preocupes por ello. No había nada que pudieras decir que hubiera significado alguna diferencia para él. Ya se ha comprometido. —Su tono era más tranquilizador que su expresión—. Simplemente estaba intentando disculparse.

—¿Disculparse? ¿Por qué?

—Por elegir el otro bando. —Geraden sonó como si lo comprendiera perfectamente—. Si todo lo que él y el Príncipe Kragen están planeando funciona, y tú y yo no volvemos nuestras espaldas al Rey Joyse..., puede que él termine siendo el responsable de nuestras muertes. —Una nota de amargura asomó a su voz—. Es por eso que debemos detenerle. Difícilmente podrá soportar el resto de su vida si nos tiene a los dos sobre su conciencia. Encima de todo lo demás.

Terisa observó a los dos hermanos estudiarse mutuamente. Al fin, Artagel consiguió esbozar una retorcida sonrisa.

—Bueno, yo no voy a poder ser de mucha ayuda. Ese médico jura que me clavará a la cama si intento levantarme demasiado pronto. Pero probablemente no hay ningún guardia en todo Orison que no sepa que Ribuld y Argus están intentando hacerte un favor por mí. Deberías conseguir todo el apoyo que necesites.

De alguna forma, Geraden dejó escapar una risita.

—Preferiría tenerte a ti. Pero supongo que deberé conformarme con uno o dos mil de los mejores hombres del Castellano Lebbick. —Luego suspiró—. Espero que no nos tenga esperando mucho más tiempo. Quiero saber lo que está ocurriendo.

Terisa era de la misma opinión.

Tal como fueron las cosas, Nyle no los tuvo aguardando mucho más tiempo. De hecho, si Argus y Ribuld no lo hubieran encontrado cuando lo hicieron, probablemente ya no lo hubieran encontrado. Antes del amanecer del día siguiente, cuando Terisa aún estaba en la cama, enredada entre sudadas sábanas y soñando que podía ver la hoja de Gart mientras descendía sobre ella como el filo de una estrella, fue despertada por unos fuertes golpes sobre madera y la voz de Geraden.

—Terisa. *Terisa*.

Naturalmente, decidió que el ruido tenía que proceder de la puerta del pasadizo secreto. Retiró la sábana de su desnuda espalda y saltó de la cama, estremeciéndose al instante, para dejar entrar al Maestro Quillón o al Adepto Havelock. Pero aquello no tenía ningún sentido. ¿Por qué llamaban tan ruidosamente, cuando ella había olvidado colocar una silla en el armario para bloquear la puerta?

Con un estremecimiento, sus percepciones corrigieron su orientación. ¿Hacía realmente tanto *frío*, o estaba simplemente helada por efecto de sus sueños? Su bata estaba sobre la silla que hubiera debido estar en el armario. La tomó, metió los brazos en sus mangas, ató el cinturón en torno al suave terciopelo. ¿Geraden? Temblando tan fuertemente que casi perdió el equilibrio, fue al saloncito y descorrió el cerrojo de la puerta.

La luz de las lámparas del otro lado penetró por la abertura, barriendo a Geraden con ella.

—Ven —susurró el Apr de inmediato—. Tenemos que apresurarnos. Se marcha.

—¿Se marcha? —Su voz tembló incontroladamente—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué hora es?

—Está a punto de amanecer. —Geraden respiraba afanosamente: había estado corriendo—. Se trata de Nyle. Ésta es nuestra oportunidad de descubrir qué está haciendo. Quizá sea nuestra oportunidad de detenerle.

—¿Se marcha? —repitió ella. Su bata no parecía proporcionarle ningún calor—. ¿Cómo puede marcharse? ¿Adónde puede ir?

—Eso es lo que debemos descubrir —siseó Geraden—. Simplemente *prepárate*. Estaba en los establos cuando Argus y Ribuld imaginaron finalmente lo que estaba haciendo. Probablemente ahora esté ya en el patio. Habrá cruzado la puerta cuando te hayas vestido. Debemos *apresurarnos*.

Algo de su tensión la alcanzó. Se volvió para buscar algunas ropas. ¿Qué ropas? Su vieja blusa y sus pantalones. Y el chaquetón de piel de oveja. Las cálidas botas. Aún había un pequeño fuego en la chimenea. ¿Por qué tenía tanto *frío*?

—¿Cómo podemos seguirle? —preguntó, intentando mantenerse bajo control—. Prácticamente ya se ha ido.

Geraden se permitió un gruñido de exasperación.

—Argus nos está aguardando. Ribuld seguirá a Nyle. Nos dejará un rastro. *Vamos.*

Consiguió moverse e intentó apresurarse.

Violentos temblores hacían torpes sus manos. Pese a lo familiares que eran aquellas ropas, tuvo problemas para ponérselas. Desde la intimidad del cuarto de baño, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido con el tiempo? Me estoy helando.

—Hace frío, ¿no? —murmuró él—. El deshielo se ha detenido..., al menos por un tiempo. Pero no hay nieve nueva. Sería mejor para nosotros si la hubiera. Frenaría a cualquiera que estuviera avanzando en esta dirección. Y nos haría más fácil seguir a Nyle.

Una parte de ella se alegraba de que hiciera tanto trío, y se apresuró a pensar en lo que estaba haciendo. Si pensaba en ello, evitaría volverse loca. Sus aposentos estaban llenos aún de pesadillas. Sería bueno escapar de ellas.

Un momento más tarde, se puso su chaquetón y abandonó el cuarto de baño.

—Estoy lista —dijo, aunque aquello era probablemente una tontería—. Vámonos. Él sujetó su mano, y salieron.

Bajaron las escaleras casi corriendo. Sujetar la mano de Geraden le proporcionó la ilusión de que podía impedir que él cayera, pero no tropezó ni una sola vez. Todo lo que recordaba de los establos era que estaban en alguna parte cerca de la madriguera de habitaciones donde se acuartelaban los guardias. Y nunca había montado en un caballo. El camino que escogió Geraden parecía retorcido porque pasaba por un cierto número de largos y rectos corredores que avanzaban en dirección equivocada. El ejercicio estaba apenas empezando a generar algo de calor humano dentro de su chaquetón cuando llegaron al lugar donde Orison guardaba sus caballos en invierno.

El guardia en la entrada lateral asintió soñoliento y dijo:

—Argus está aguardando. No hagáis ruido. Se supone que nadie viene por aquí tan temprano. Inquieta a los caballos. —Luego les dejó entrar.

El bajo techo estaba sostenido por un gran número de columnas de piedra, así como gruesos postes de madera que anclaban también los laterales y las puertas de los establos individuales. Además, muchos de los establos habían sido construidos al azar, con el resultado de que los pasillos entre ellos eran retorcidos. En consecuencia, las auténticas dimensiones del lugar eran difíciles de apreciar. Su tamaño resultaba evidente tan sólo desde uno de los pasillos principales, que se unían como caminos en el centro de los establos.

Durante su anterior visita, Geraden había llevado a Terisa a ese centro y le había mostrado cómo los establos se extendían cavernosamente a lo largo de un centenar de metros en cada dirección.

El techo multiplicaba los ruidos; pero el lugar era mucho más tranquilo ahora de lo que recordaba. Sin embargo, un constante murmullo susurrante, puntuado con el staccato de los golpes de los cascos y los resoplidos, llenaba el aire mientras los caballos se agitaban en su sueño, piafaban, pateaban y golpeaban los laterales de los establos. Tantos animales desprendían el suficiente calor como para mantener la temperatura del lugar, uno de cuyos efectos más apreciables era notar el dulzón y denso olor de los excrementos y la orina de caballo fermentando en la empapada paja. Todo aquello junto, el ruido y el calor y el olor, era extrañamente reconfortante, como un regreso a un seno primitivo. Y la atmósfera como de seno se veía incrementada por el hecho de que por la noche los establos sólo estaban iluminados por unas pocas lanternas situadas a intervalos considerables en los pasillos. Sin embargo, el aire hizo que Terisa tuviera la impresión de que le estaban creciendo hongos en los pulmones.

Geraden se llevó innecesariamente el dedo a los labios y la condujo hacia delante.

Terisa prestó tanta atención como pudo a mantener los pies fuera de los amarrados montones que salpicaban los pasillos, pero tenía un cierto número de otras cosas en las que pensar. Ahora que estaba más despierta, se sentía a la vez excitada y temerosa. Iba a *salir*. Por primera vez desde que se iniciara toda su experiencia, iba a ver el exterior de Orison. Por otra parte, creía instintivamente que algo iba a ir mal.

Geraden divisó a Argus. El guardia permanecía cerca de una linterna con tres caballos, ya ensillados. Pateaban y bufaban suavemente, quejándose de haber sido puestos a trabajar tan temprano por la mañana. Geraden hizo un gesto con la mano y se apresuró hacia el canoso veterano.

Preparándose para soportar el crudo sentido del humor de Argus, Terisa le siguió.

Sobre sus ropas de cuero, Argus llevaba una cota de malla y polainas; sobre su malla, una capa que parecía de piel de oso. Llevaba su casco de hierro encasquetado en la cabeza. Una daga colgaba de su cinturón en el lado opuesto a su espada, pero había dejado atrás su pica. Cuando Geraden y Terisa llegaron a su lado, sonrió, mostrando los huecos donde varios de sus dientes habían sido rotos.

—Bien —dijo—. Tengo los caballos. También tengo coñac. —Señaló una pequeña bolsa atada a la parte de atrás de una silla—. Tú tienes una mujer. Esto va a ser más divertido que un turno de guardia.

Geraden ignoró aquella observación.

—¿Cuánta delantera crees que nos lleva?

—Ella me debe algo, ¿no crees? —insistió Argus—. No me importa lo fina dama que sea. Cuanto más fina, mejor. He arriesgado mi vida por ella dos veces ya. Me

debe un poco de gratitud. —Tendió una callosa mano hacia la mejilla de Terisa.

—Argus. —Bruscamente, Geraden sujetó férreamente la muñeca del guardia. Aunque Argus era mucho más robusto, Geraden hizo bajar su mano. —No bromees conmigo—. Había ecos de fuerza en su voz..., una fuerza que Terisa no había oído desde hacía tiempo—. Nyle es mi hermano. ¿Qué delantera nos lleva?

Involuntariamente, Argus retrocedió un par de pasos.

—Tiene su propio caballo —respondió, como si se sorprendiera de haber retrocedido—. No tuvo que pedir permiso para tomarlo e irse. Y no tuvo que estar perdiendo el tiempo por ahí aguardándote. Pero Ribuld va tras él. Tendríamos que poder atraparlo.

—Entonces marchemos —dijo Geraden, impaciente. El eco había desaparecido—. ¿Cuál es el caballo de quién?

—Éste es el mío. —Con una palmada en sus ancas, Argus apartó de su camino un enjuto garañón—. Tú coge la yegua —señaló hacia un caballo más pequeño, del color de la grasa fresca para ejes—. Le gusta patear, pero podrás dominarla. Al menos es resistente.

»La dama puede coger el capón.

Terisa se encontró mirando a un caballo de ojos rancios, pelaje moteado y expresión de sublime estupidez.

Con un esfuerzo, carraspeó. Su voz sonó pequeña y perdida.

—En realidad, no he montado nunca a caballo.

Argus le lanzó una mirada que tanto podía ser de irritación como de regocijo.

—Geraden mencionó eso. No explicó por qué tienes que venir con nosotros. Quiero decir, si no sabes montar, y crees que eres demasiado buena para abrirte de piernas para un hombre que te salvó la vida, entonces, ¿para qué molestarse? —Se encogió enormemente de hombros—. Pero al menos me advirtió.

»La única forma en que este capón puede hacerte algún daño es si te pisotea. Sólo tiene sesos para seguir la cosa más cercana que reconozca..., y la única cosa que reconoce es otro caballo. Simplemente agárrate al pomo de la silla y deja que él haga lo demás.

De todos modos, Terisa vaciló. Geraden y Argus la miraron. Bruscamente, Geraden avanzó y la llevó al lado de su montura. Sujetando el estribo, dijo:

—Pon tu pie izquierdo aquí, agarra el pomo de la silla, y pasa tu pierna derecha por encima. Deja las riendas donde están. Ajustaremos los estribos cuando estés en la silla.

Ella le miró fijamente y vio que sus ojos eran sombríos con reprimida urgencia. Tragó un nudo de alarma y asintió con la cabeza. Luego, antes de que el pánico tuviera tiempo de dominarla, puso su pie en el estribo y pasó la otra pierna por encima de la silla.

Argus la sujetó al otro lado y la estabilizó en la silla. El techo parecía peligrosamente cerca. Argus y Geraden ajustaron los estribos sin consultarla. El capón se agitó. Terisa se agarró al pomo de la silla hasta que le dolieron los nudillos. A nadie en particular, dijo:

—¿Por qué estoy haciendo esto?

—Porque —Argus exhibió los dientes que le quedaban— has oído decir que unas cuantas horas montada en un caballo hacen a una mujer desesperada por un hombre.

Geraden estaba ya sobre la yegua.

—Si no dejas de molestarla —murmuró—, aguardaré a que estemos a varios kilómetros de distancia, y entonces te partiré las dos piernas y dejaré que vuelvas a Orison a pie.

Argus dejó escapar una risotada que hizo que varios de los caballos más cercanos piafaran en protesta y trajo un furioso insulto de un caballerizo de guardia en el que Terisa no había reparado antes. Argus no se preocupó, sin embargo. Riendo para sí mismo, sujetó las riendas del garañón e hizo avanzar al animal tras él.

Terisa se aferró a la silla mientras Argus les conducía a ella y a Geraden hasta uno de los pasillos principales y a lo largo de él hacia el cerrado paso que iba en dirección al patio.

Los guardias en la entrada principal alzaron la puerta sin una palabra: al parecer, Argus ya había hablado con ellos. Pero, cuando él y su compañero alcanzaron la puerta que daba al patio —con Terisa temblando de nuevo ante el repentino descenso de temperatura—, tuvo que detenerse varios minutos para hablar con los centinelas. Le vio señalar a Geraden, le oyó mencionar a Artagel. Finalmente, la puerta se abrió, y los caballos salieron al patio, haciendo crujir el helado lodo.

—Una puerta más —le dijo Geraden suavemente—, y luego ya podremos apresurarnos.

El cielo estaba despejado sobre los altos y oscuros muros de Orison, pero la mayor parte de las estrellas habían desaparecido, lavadas por el gris fluir del amanecer. El aire era tan cortante que le dolía en la garganta: podía notarlo en el fondo de sus pulmones, pinchando como agujas. Desde el lomo del caballo, el suelo tenía un aspecto lejano y peligroso. El frío parecía hacer resbaladizo el cuero de la silla; puesto que no podía aferrarse a él, tenía problemas en mantener el equilibrio ante el rígido bamboleo del paso del capón. Geraden parecía una sombra a su lado. Argus era casi invisible contra la oscuridad del muro de delante.

Otras personas se movían en el patio, despertando, preparándose para otro día. Pequeñas luces parpadeaban en los balcones interiores. Se veían unas pocas más en el bazar. Habían sido encendidos uno o dos fuegos para preparar los desayunos. Terisa apenas se dio cuenta de ellos.

La luz de antes del amanecer y la sombra del muro ocultaban la puerta, pero la

recordaba: un enorme rastrillo alzado o bajado mediante poleas. Puesto que Mordant se decía que estaba en paz, la puerta permanecía abierta durante todo el día. De noche era bajada.

Cuando los caballos la alcanzaron, Argus desmontó y fue a hablar con los guardias. Por alguna razón —quizá debido a que estaba de espaldas—, su voz era un murmullo indeterminado, pero el centinela podía ser oído claramente.

—Estás loco, Argus.

Argus respondió algo.

—*Teníamos* que dejarle salir. Es un hijo del Domne. No tenemos ninguna orden de retenerle.

Otra respuesta.

—Intenta explicarle *eso* al Castellano.

Geraden se agitó en su silla, nervioso. Terisa pudo ver su rostro inmovilizarse rígidamente.

Luego:

—De acuerdo. Él también es un hijo del Domne. Y tú estás asignado a él. Y suponemos que la que va con vosotros es una simple meretriz. Eso es lo que diremos. Si no nos respaldas en ello, yo personalmente me ocuparé de que nunca tengas un hijo en todo lo que te quede de vida.

Se oyó una débil llamada. Geraden dejó escapar un suspiro de triunfo entre sus apretados dientes cuando Argus regresó junto a su caballo. Sus botas en el lodo sonaban como si estuviera caminando sobre cristales rotos. Al cabo de un momento, Terisa oyó un largo sonido crujiente mientras una cuerda empezaba a tensarse entre las guías de la puerta.

Vio la puerta alzarse lentamente, y una oscuridad más profunda dejó paso a la oscuridad más ligera del camino.

—Vamos —murmuró Argus. Tomando de nuevo las riendas de Terisa, clavó los talones en el garañón y avanzó tan bruscamente que ella dejó escapar una exclamación y estuvo a punto de caer de su silla.

Cuando estuvieron fuera, Geraden se situó a la altura de Argus.

—Bien hecho —gruñó sarcásticamente—. ¿Quieres que se caiga?

—No seas tan melindroso —respondió el guardia—. No *sabía* que fuera una chillona. —Terisa tuvo la impresión de que estaba sonriendo.

Destensó sus músculos, aflojó su presa sobre el pomo de la silla, y empezó a hacer un esfuerzo consciente por hallar el punto de equilibrio sobre el lomo del capón.

Sobre sus cabezas, el cielo, que iba palideciendo por momentos, parecía imposiblemente abierto. Las suaves colinas que rodeaban el castillo estaban desnudas de árboles, mantenidas así para que el Castellano Lebbick pudiera observar la

aproximación de sus enemigos; a la media luz del amanecer, la desnudez de las laderas las hacía parecer tan expansivas como el cielo, amplias e inconmensurables hasta el extremo horizonte tras la relativa constricción de Orison. Pese a su precaria percha, sintió que la excitación crecía en ella.

Si acaso, el aire era aún más frío ahí fuera. La mayor parte del camino estaba pisoteado y lleno de roderas por días de cascos de caballos y ruedas de carros, pero allá donde los cascos de sus caballos golpeaban nieve, el claro resonar de los cascos contra la endurecida tierra cambiaba a un extraño sonido como de hundimiento, un crujido-y-eco, cuando los cascos golpeaban el suelo tras perforar la helada superficie de la nieve fundida por el deshielo y luego congelada de nuevo. El gris del cielo se hacía cada vez más extenso, permitiéndole ver los negros árboles que flanqueaban la carretera a partir del lugar donde se bifurcaba. Un ramal, recordó, iba hacia el sur; otro, hacia el noroeste; el tercero seguía hacia el nordeste, hacia el Care de Perdon: caminos que avanzaban hacia secretos y sorpresas en todas direcciones. El mundo era algo que apenas había empezado a descubrir.

Aunque la primavera se estaba acercando, el sol aún estaba demasiado lejos al sur como para que ella pudiera divisar la fuente del amanecer más allá de la masa de Orison hasta que hubieron cabalgado casi hasta la bifurcación del camino. Por aquel entonces, las copas de los árboles estaban iluminadas como si se estuvieran incendiando. El sol brillaba frío sobre las torres y almenas tras ella, haciendo que Orison pareciera menos deprimente..., pero de algún modo más grande, como si la sensación de su auténtico tamaño fuera imposible desde dentro. Su piedra gris parecía más fuerte y duradera de lo que había esperado.

Desde la bifurcación, observó alzarse el sol, y deseó que hiciera un poco menos de frío para poder sentir su contacto sobre su rostro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Geraden a Argus. Su mente estaba aferrada a lo que estaba haciendo—. ¿Cómo sabremos qué camino debemos tomar?

—Eso es trabajo de Ribuld. —Argus escrutó la zona—. Se supone que dejó señales. Probablemente en la nieve al lado del camino. —Arrojó las riendas a Terisa y avanzó hacia el borde izquierdo del camino—. Empieza a mirar.

Geraden fue al otro lado. Los dos hombres empezaron a mirar entre las ramas. Experimentalmente, Terisa cogió sus riendas, las sujetó como vio que hacían sus compañeros, y dio al capón un tentativo apretón de talones, intentando hacer que siguiera a Geraden. Pero en vez de ello fue detrás de Argus.

Cuando Argus estalló en una carcajada, Terisa miró hacia donde señalaba el hombre y vio una marcha en forma de flecha en la nieve. Había sido trazada, bastante irregularmente, con un líquido amarillo y caliente.

Hacia el noroeste.

Geraden acudió a ver la señal y sonrió pese a sí mismo.



—Eso es muy propio de él.

—Bien. Ahora podremos ir más rápidos. —El guardia miró a Terisa como si anticipara diversión—. Pero tendremos que ir con cuidado. Pueden dar media vuelta.

Geraden asintió y desvió su yegua hacia el lado norte del camino. Aunque no parecía especialmente hábil sobre la silla —agitaba constantemente los codos, y su cuerpo rebotaba al paso del caballo—, su experiencia era evidente. Sabía montar lo suficiente como para hacerlo sin necesidad de tener que pensar en ello.

Argus no volvió a coger las riendas de Terisa.

—Vamos. Alguna vez tendrás que aprender. —Mirándola por encima del hombro, empezó a alejarse, igualando el paso de Geraden a lo largo del margen occidental del camino.

Terisa estaba todavía decidiendo lo duro que tenía que espolear a su montura con los talones cuando ésta echó a andar por sí misma, siguiendo al garañón.

Por un momento que pareció durar una eternidad, porque estaba helada por el pánico y el frío, Terisa soltó las riendas y se aferró al pomo de la silla, pero el balanceo del paso del capón la golpeó tan duramente que sus manos resbalaron y empezó a caer.

Cuando no acabó de caer, no pudo comprender inmediatamente por qué. Gradualmente, sin embargo, la tensión de sus piernas le hizo comprender que se estaba aferrando al animal con las rodillas.

Aquel desarrollo la sorprendió tan completamente que sólo volvió a poner una mano sobre el pomo de la silla. Con la otra recuperó las riendas. Luego, animada por un estallido de excitación, clavó los talones en el capón para hacerle atrapar a Argus.

El guardia le dirigió un asentimiento de decepcionada aprobación y volvió su atención al camino.

La espina dorsal de su montura la empujaba hacia arriba y hacia abajo. Las sacudidas de su paso eran tan fuertes, y sus patas traseras se bamboleaban de tal modo, que Terisa deseó gritar: ¿Tenemos que ir tan aprisa? Pero un residuo de sentido común le dijo que, por ella, Argus y Geraden debían ir ya más lentamente de lo que desearían. Cerró la boca para no morderse la lengua y resistió.

Orison parecía sorprendentemente lejano. Tenía que mirar hacia atrás por encima del hombro izquierdo para ver el castillo. Una bandera púrpura se agitaba ahora sobre la torre del Rey, izada al despuntar el día. Luego el camino coronó una colina, descendió por el otro lado, y Orison desapareció.

Una corta distancia más tarde, un desvío de la carretera corría hacia el norte, hacia un poblado pintorescamente anidado en un pequeño valle. La mayor parte de sus veinte o treinta casas eran de madera, pero unas cuantas habían sido evidentemente construidas de piedra. La nieve se había ruidido de sus tejados de pizarra; el humo se alzaba en volutas de sus chimeneas a medida que se encendían los

fuegos para calentarse y preparar el desayuno. El ángulo de la luz del sol le permitió divisar el ganado en sus corrales, al abrigo de las colinas. Aquella gente criaba carne para el castillo.

En una guerra, en un asedio, tendrían que evacuar sus hogares y vivir en Orison.

Geraden no halló ninguna indicación de que Ribuld hubiera tomado el desvío. Los tres jinetes siguieron adelante.

Las manos de Terisa estaban enrojecidas y medio congeladas, pese al esfuerzo de sujetarse al lomo de su montura. Su rostro estaba tan rígido que parecía que fuera a quebrarse en cualquier momento. Cada vez que una ráfaga de viento atrapaba sus ojos, las lágrimas se convertían en hielo en sus mejillas. Gradualmente, comprendió que le sería más fácil mantenerse en su silla si el caballo avanzaba un poco más aprisa. Pero Argus y Geraden parecían ir ahora tan rápido como se atrevían. Tenían que observar las señales de Ribuld.

Sobre la cresta de otra colina, tropezaron repentinamente con un carro cargado — Terisa hubiera dicho más bien sobrecargado— con barriles de todos los tamaños. Aunque estaba orientado hacia Orison, se hallaba parado a un lado del camino, sin ninguna razón aparente. Tras una primera mirada, Terisa no pudo decir quién parecía más miserable, si el famélico caballo de tiro de mirada triste entre las varas o el conductor sentado en el banco del carro, aferrando las riendas con manos que apenas asomaban del montón de mantas de lana que lo envolvían. Un momento más tarde, sin embargo, el conductor dijo con voz crujiente:

—¿Argus? ¿Uno de vosotros es Argus?

El garañón pateó brevemente y se detuvo al lado del carro.

—Yo soy Argus —dijo el guardia, estudiando al carretero.

—Un guardia como tú me dio un doblón de plata para que aguardara aquí. —El conductor sonaba como si el peso de sus mantas lo estuviera estrangulando—. Demasiado frío para eso. Casi estuve a punto de dejarlo.

—Bien, ¿por qué hizo Ribuld eso? —ladró Argus.

Los ojos del hombre brillaron taimadamente.

—Demasiado frío. Un doblón de plata... —Su caballo bufó vapor—. No es suficiente.

Argus soltó una carcajada ante aquello.

—¡Mierda de cerdo! Llevar esta carga hasta Orison no te hará ganar más que media docena de cobres. Ya has triplicado tus ganancias. No tientes tu suerte.

El montón de mantas se agitó en un encogimiento de hombros. El conductor emitió un sonido como una risita, y su caballo alzó las orejas. Cuando retorció las riendas, el animal se agitó en sus arneses y el carro empezó a moverse.

Geraden maldijo para sí mismo. Argus, sin embargo, se mostró imperturbable. Por encima del gruñir de los ejes del carro, comentó con tono amigable:

—Tengo sed. Antes de que te vayas, creo que les haré unos cuantos agujeros en algunos de estos barriles. —Extrajo su larga espada—. Probablemente la mayoría contendrán bazofia, pero puede que encuentre alguno con algo bebible, quizás entre los últimos.

El conductor dio un tirón a sus riendas y el caballo se detuvo. Meditó por unos instantes, luego dijo:

—Me encantará ayudar a los guardias del Rey. El guardia como tú abandonó el camino aquí. Me pidió que señalara el lugar.

—¿En qué dirección? —preguntó Geraden.

—Hacia el norte.

El Apr hizo girar su yegua hacia el norte al lado de la carretera. Casi inmediatamente exclamó:

—Tengo sus huellas. Parece como si al menos dos jinetes hubieran ido en esta dirección.

Argus volvió a envainar su espada y dedicó al carretero una elaborada inclinación de cabeza. Con tono de gratitud, dijo:

—Estoy seguro de que *todo* lo que llevas es bazofia —y se reunió con Geraden.

El capón de Terisa le siguió con un aire de lúgubre resignación.

Tan pronto como ella y sus compañeros abandonaron el camino, se sintió sorprendida por el ruido que hacían. Quebrando la helada costra blanca y golpeando el suelo que había debajo, los cascos de los caballos sonaban lo suficientemente fuertes como para ser oídos a un kilómetro de distancia..., un sonido como un cruce entre cristales rotos y un distante cañonazo. Sin embargo, Argus estableció un paso más rápido. Al cabo de un momento, Terisa se dio cuenta de que estaba intentando igualar el paso del garañón a las huellas dejadas por Ribuld, cabalgando tanto como era posible sobre la nieve ya pisada. Cuando Geraden fue tras él, y el capón transfirió sus afectos del ganado a la yegua, su avance se hizo notablemente menos ruidoso.

El rastro de Ribuld avanzaba a lo largo de un poco profundo valle entre pequeñas colinas, luego cruzaba una cresta y empezaba a descender una serie de laderas marcadas con quebradizos arbustos y negros matorrales. Un pliegue del terreno allá delante estaba cubierto de bosque, y el pliegue se hacía más profundo a medida que el terreno a su alrededor se alzaba formando colinas más elevadas. Argus siguió directamente el rastro hacia el interior del bosque.

Allá tuvo que disminuir su marcha. El suelo entre los troncos no estaba particularmente enmarañado; los propios árboles no eran densos. Pero muchas de las ramas eran lo bastante bajas como para azotar los rostros de los jinetes.

Avanzando a paso lento ahora, escuchando la forma en que el metálico sonido de las herraduras parecía resonar delicadamente en cada árbol debido a las empinadas colinas de ambos lados, y preguntándose por qué parecía estar conteniendo el aliento,

Terisa siguió a Geraden a una cañada que se convirtió en el rocoso lecho de un río con el fondo lleno hasta menos de la mitad de hielo y encostrada agua. Los árboles de las laderas crecían más densos, apuntando sus oscuras ramas como dedos los unos a los otros; pero el lecho estaba despejado. Ahora, cuando los caballos rompieron la costra del agua, sus cascos cliquetearon y resonaron sobre piedra.

Le dolían las piernas. Sentía las manos como si estuvieran recubiertas de áspero hielo. Tenía la impresión de que el frío había empezado a pelar su rostro a capas hasta llegar casi al hueso. ¿De qué otra forma podía explicar la sensación de aterido dolor en sus mejillas y barbilla y nariz? Debería sentirse tan miserable como el carrero y su caballo de tiro.

Pero no era así.

Por alguna razón, esperaba oír cuernos.

Luego el lecho del río desembocó en un valle, donde sus aguas se unían a las de un río mayor que había cortado una garganta propia entre las colinas. La garganta avanzaba aproximadamente de este a oeste, y su pared septentrional era empinada pero practicable. Tan pronto como Argus siseó una advertencia y señaló, Terisa vio el caballo atado en la baja extensión plana formada por la unión de las dos corrientes de agua.

Ribuld permanecía agachado en la cresta de la pared norte, mirando por encima del borde: su capa lo hacía parecer como una roca colgando en precario equilibrio. Volvió la cabeza, miró hacia abajo y agitó una mano.

—Ya hemos llegado —murmuró Geraden—. Probablemente este risco bloquea el sonido. Pero debemos permanecer en silencio.

—Correcto. —Argus desmontó, y Terisa hizo lo mismo. Mientras ataba su garañón, como había hecho Ribuld, a un tronco muerto que brotaba de la nieve, casi estuvo a punto de caer debido a que sus piernas se vieron bruscamente agarrotadas por los calambres. Había olvidado lo fríos que estaban sus pies. Y sus pies habían olvidado el suelo: esperaban que se balanceara como el capón.

Sus compañeros estaban trepando ya trabajosamente por el lado de la garganta.

Decidida a no ser dejada detrás, se esforzó tras ellos.

La subida fue más fácil de lo esperado. Había suficientes rocas bajo la nieve y tierra y la capa de hojas caídas del otoño como para permitir una firme presa de los pies; y sus piernas se alegraron de hacer casi cualquier cosa que no implicara aferrarse al lomo de un caballo. Alcanzó a Ribuld sólo un momento después que Geraden y Argus.

—Buena sincronización —murmuró Ribuld, sonriendo en torno a la vieja cicatriz que descendía desde su pelo y por entre sus ojos hasta casi su boca—. Él lleva un cierto tiempo aquí. Los otros acaban de llegar.

Terisa se arrodilló en la nieve al lado de Geraden y observó, más allá del borde

del risco, hacia otra garganta parecida a la que tenía detrás. Directamente debajo de ella, un caballo pateaba a causa del frío. Cerca de él, un hombre vuelto de espaldas a ella permanecía de pie al lado de un pequeño fuego que ardía casi sin humo. Supuso que era Nyle. Su fuego le pareció tan maravilloso que prácticamente creyó poder saborear su calor.

Al otro lado del fondo del barranco, cuatro hombres estaban atareados atando sus caballos. Tres de ellos parecían guardaespaldas.

El cuarto era el Príncipe Kragen.

## Al menos un complot descubierto

—Nyle —dijo el Príncipe.

El hermano de Geraden devolvió el saludo.

—Mi señor Príncipe.

Terisa podía oírles perfectamente. Era sorprendente lo bien que el frío y el barranco transmitían el sonido hacia arriba hasta ella.

—Espero que no llevaras mucho tiempo aguardando.

—Sólo el suficiente para encender un fuego.

Como sus hombres, el Príncipe Kragen iba vestido de blanco, con botas de piel de pelo también blancas en los pies y un gorro de piel de pelo sobre su cabeza, utilizando así el propio invierno como camuflaje. A la primera mirada, el atuendo blanco y marrón de Nyle, su media capa y sus polainas parecían una mala elección en comparación. Pero sus ropas eran indistinguibles de la maleza del barranco y de los oscuros troncos de los árboles. Si permanecía inmóvil, nadie repararía en él.

—¿Qué nuevas traes de Orison?

—¿Cuáles son las nuevas de Alend, mi señor Príncipe?

Una orla de negro pelo asomaba por el borde del gorro del Príncipe Kragen, un pelo tan negro como sus ojos. Estudió a Nyle por un momento, luego se volvió hacia sus hombres y les hizo gesto de que se pusieran en movimiento. Dos de ellos fueron en direcciones opuestas para montar guardia en ambos extremos del barranco. El tercero empezó a desempaquetar una serie de bultos atados a la parte de atrás de su silla.

Un poco tristemente, el Príncipe Kragen comentó:

—Todavía no acabas de confiar en mí, ¿no es así, Nyle?

—Sí y no, mi señor Príncipe. —La voz de Nyle brotó de una constreñida garganta—. Me he comprometido contigo. Pero somos enemigos tradicionales. Eso resulta difícil de olvidar.

Al lado de Terisa, Geraden cogió un puñado de nieve y se la frotó por el rostro para enfriar un irreprimible fuego interior.

—Comprendo —respondió el Príncipe con voz llana—. Pero yo corro más riesgos que tú aquí. Tú puedes cabalgar de vuelta a Orison y reanudar allí tu vida. Tan pronto como nos separemos, tú eres inocente. Si yo soy atrapado, el Castellano Lebbick puede hacerme ejecutar antes de que nadie pueda explicarle que matar a un príncipe extranjero raras veces resulta juicioso.

»¿Qué noticias tienes de Orison?

Argus se dio la vuelta. Ribuld le siseó pidiendo silencio; ignoró la advertencia y empezó a alejarse ladera abajo. Afortunadamente, la misma pared bloqueó el ruido

que hacía.

A regañadientes, Nyle respondió:

—Elega tiene problemas.

Los ojos del Príncipe Kragen llamearon.

—¿Qué problemas?

—Por alguna *razón*, no sé cuál, esa mujer, Terisa de Morgan, decidió que tú y Elega estabais complotando contra el Rey. Convenció a mi hermano Geraden. Y éste convenció al Tor.

»Ya te dije que el Tor se ha erigido en una especie de canciller. Da órdenes como si tuviera tras él la autoridad del Rey, y nadie lo cuestiona. Puede que sea cierto. Después de todo, es el Tor..., el señor que dio al Rey Joyse su primer impulso.

—También es un estúpido borracho —indicó el Príncipe.

—Lo es. Por eso probablemente creyó a Geraden. Ya no queda mucha gente que pueda mostrar tanto optimismo.

Geraden oyó aquello con una mueca que recordó a Terisa la sonrisa de lucha de Artagel.

—¿Y qué problemas ha causado este estúpido borracho a dama Elega? —siguió el Príncipe Kragen.

—Le dije que sabe lo que está haciendo. Luego se lanzó a una larga perorata acerca de la lealtad que deben los hijos a sus padres. —Nyle se encogió de hombros—. Ella le respondió que no mucha. Le dije buena parte de lo que pensaba y le dejó con una expresión..., dijo que parecía encogido. Y *dice* que no podrá volver a interferir con su parte de tu plan. Yo no estoy tan seguro. Todo lo que él tiene que hacer es dejar caer unas cuantas insinuaciones a Lebbick, y ella no será capaz de dar un paso sin la mitad de los guardias de Orison vigilándola.

—Entiendo. —El Príncipe Kragen pensó por unos instantes—. Lamento que sea un azar. Pero ella me aseguró muchas veces que su papel es seguro..., y es una mujer que transmite convicción. —Con tono decidido, concluyó—: Debemos confiar en que hará lo que dice.

La voz de Nyle sonó como si tuviera los dos puños apretados contra su boca.

—Todavía sigo aguardando saber exactamente de qué se trata.

El Príncipe se envaró. Con engañosa intrascendencia, dijo:

—Mi señor Príncipe.

—Mi señor Príncipe.

El asentimiento del Príncipe Kragen advirtió: Recuérdalo. Su boca comentó:

—La seguridad y el éxito de dama Elega dependen del secreto.

—Entonces, quizá me contarás las noticias de Alend. Mi señor Príncipe. —La furia de Nyle era controlada, pero inconfundible—. Quizá me contarás por qué hemos tenido que reunimos hoy. No antes. No después. Todo lo que he obtenido hasta ahora

han sido seguridades y retórica. Quizá me contarás qué es lo que ocurre.

Geraden asintió aprobadoramente con la cabeza.

—Bien —murmuró—. Haz que te diga lo que está pasando.

Ribuld miró furiosamente al Apr por hablar.

—Dentro de un momento. —La actitud del Príncipe Kragen se correspondía con la ocasión—. Responderé a un cierto número de tus preguntas dentro de un momento. Primero, sin embargo, prefiero decirte lo que deseo que hagas.

Nygel seguía dando la espalda a sus subrepticios oyentes: Terisa no podía ver su rostro. Pero sus hombros se encajaron como si estuviera estrangulando pensamientos dentro de sí mismo.

—Te pedí que te reunieras conmigo aquí en este día en particular —dijo firmemente el Príncipe—, y te pedí que te prepararas para abandonar Orison, porque deseo que cabalgues hasta Perdon. Quiero que encuentres al Perdon y le ofrezcas el reino de Mordant.

Jadeando demasiado audiblemente, Argus regresó colina arriba cargado con su pellejo de coñac. Sus compañeros no le prestaron atención. Ante el anuncio del Príncipe Kragen, todo el cuerpo de Geraden se crispó. Terisa miró. Al menos temporalmente, incluso Ribuld estaba demasiado interesado en lo que escuchaba como para ser interrumpido por el licor.

La sorpresa de Nyle se reflejó claramente en toda su actitud.

—¿Por qué?

—¿Por qué el Perdon? —El Príncipe Kragen disimuló un rastro de regocijo bajo su negro bigote—. ¿Por qué el reino? ¿O por qué tú?

Nyle pareció incapaz de hacer nada excepto asentir.

—El Perdon es mi única elección razonable. ¿Sabes?, aproveché mi reunión con los señores, pese a que no obtuvo el resultado que deseaba. El Fayle es demasiado viejo..., y demasiado leal. El Tor se ha convertido en un estúpido borracho. El Domne se *negaría*. El Armigite... —El Príncipe Kragen bufó—. En cuanto al Termigan, está demasiado lejos. También está preocupado únicamente por la suerte de su propio Care.

»Hay que ofrecerle al Perdon el reino como prueba de nuestra buena fe.

Furiosamente, Geraden susurró:

—Sin mencionar el hecho de que el Perdon es el único señor con un ejército lo bastante próximo como para constituir una amenaza para ti, mi señor Príncipe.

—Pese a lo que creen el Rey Joyse y el Castellano Lebbick —prosiguió razonablemente el Príncipe Kragen—, nunca ha sido intención del Monarca de Alend conquistar para sí mismo Mordant. Su primera prioridad, su único y vital compromiso, es llenar el vacío de poder en Mordant a fin de que la Cofradía de Imageros no caiga en manos de Cadwal. Para conseguir eso, conquistará Mordant,



porque no tiene otra alternativa. ¿Qué otra cosa podemos hacer? El Rey insultó mi misión. Los señores rechazaron la unión que el Maestro Eremis y yo les propusimos.

»Pero no tomaremos Mordant para nosotros mismos si podemos persuadir al Perdon de que sea Rey. Ése será tu trabajo. Puede que no escuche una proposición así procedente de mí. Somos enemigos tradicionales, como tú has dicho. Pero un hijo del Domne, un amigo de toda la vida de dama Elegia..., quizá pueda persuadirle. Por el bien de todos los que se oponen a Festten y Cadwal.

»¿Lo harás, Nyle?

Nyle guardó silencio durante largo rato. Cuando habló, sonó a la vez sorprendido y aliviado.

—Sí. —Pese a su suavidad, la palabra brotó con demasiada fuerza, como si estallara dentro de él—. Sí, mi señor Príncipe. Lo haré.

Geraden se cubrió la cabeza con las manos, manchándose sin darse cuenta todo el pelo con nieve.

—Bien. —El Príncipe Kragen se acercó al fuego para calentarse las manos—. Entonces necesitas saber qué es lo que ocurre, a fin de transmitirle esa información al Perdon.

Argus tendió su pellejo de coñac a Terisa. Al observarlo, ésta se dio cuenta de que se sentía miserablemente fría. Con un estremecimiento, desenroscó el tapón de la boca del pellejo y lo alzó hacia su boca. Como sus mejillas, sus labios estaban demasiado ateridos como para percibir lo que estaban haciendo, pero su lengua verificó que el coñac penetraba en su boca en vez de resbalar por su barbilla. Sabía horriblemente a líquido quitabarnices ligeramente perfumado, pero hizo lo que se suponía que debía hacer: elevó la temperatura de su sangre varios grados.

Pasó el pellejo a Geraden.

Abajo en el barranco, el Príncipe Kragen hizo un gesto con un dedo al guardaespaldas que había desempaquetado los bultos. El hombre se acercó y le tendió un estilo y una pequeña tablilla para escribir. De pie junto al fuego, el Príncipe Kragen se puso a escribir. Sus dedos sujetaban el estilo como si no supieran nada de espadas y jamás hubieran ayudado a salvar la vida de Terisa.

—¿Es eso un mensaje para el Perdon, mi señor Príncipe? —El tono de Nyle sugería impaciencia.

El Príncipe negó con la cabeza.

—Para mi padre. El Monarca de Alend necesita saber que has aceptado contactar al Perdon por nosotros.

—¿Qué es lo que hará?

—Lo que ya está haciendo. —La mente del Príncipe Kragen estaba enfocada en su mensaje—. En el bazar de Orison, durante la primera mañana del deshielo, me trajiste la noticia de que dama Elegia había hallado una forma de cumplir con su parte

de nuestros planes. Supongo que observaste que me sentí complacido por la noticia.

»Me sentí complacido debido a que mucho depende de su papel. Mientras tú y yo hablábamos, mientras elegíamos el día y el lugar para este encuentro..., mi padre y sus ejércitos estaban cruzando ya el Pestil hacia Armigite.

Argus, Ribuld y Geraden parecieron congelarse: todo movimiento desapareció de ellos. No parpadearon o miraron a su alrededor; ni siquiera parecían respirar. Cada parte de ellos —sus brazos y piernas, los ángulos de sus espaldas, la disposición de sus hombros— se concentró en lo que estaban oyendo.

Así que todo era una mentira, pensó Terisa. Su misión *de paz*. Su reunión con los señores. Una mentira. El Monarca de Alend había iniciado ya su marcha antes incluso de tener noticia del resultado de la misión de su hijo. Nunca había pretendido hacer nada excepto invadir Mordant.

Como un eco de sus impresionados pensamientos, Nyle articuló suavemente:

—Nunca deseaste la paz. Nunca pretendiste que el Rey Joyse se tomara en serio tu misión. Simplemente viniste a Orison en busca de gente que te ayudara a traicionarle. —Sus dos brazos saltaron hacia delante, en un gesto lleno de violencia, ferozmente reprimido—. Esto es lo que tú llamas buena fe.

Clara y sibilante en el frío, una espada brotó de su vaina. El guardaespaldas del Príncipe Kragen avanzó unos pasos, apuntando el extremo de su hoja a la garganta de Nyle.

Ribuld llevó su propia mano a la empuñadura de su arma.

Pero un rápido gesto del Príncipe detuvo al guardaespaldas. El hombre se encogió rígidamente de hombros y volvió a enfundar su espada.

—Comprendo tu furia, Nyle —dijo calmadamente, casi casualmente, el Príncipe Kragen, pero su tono advirtió a Nyle de que no le empujara demasiado—. Sin embargo, me has comprendido mal. El problema es de comunicación, ¿no crees? Sabiendo que he pasado casi treinta días en medio de lo peor de este invierno en mi camino desde la sede del Monarca de Alend en Scarab hasta Orison, crees que no hemos tenido tiempo de intercambiar mensajes desde mi llegada aquí. En consecuencia, has llegado a la conclusión de que he venido únicamente para servir los planes que él hizo antes de que yo me fuera de su lado.

Nyle no se movió.

Con una débil sonrisa, el Príncipe continuó:

—Esos indóciles barones, los Feudos de Alend, han estado siempre luchando por conseguir ventaja los unos sobre los otros. Al final, sus mezquinas disputas han producido algo útil. —Otro gesto a su guardaespaldas hizo que el hombre avanzara, de nuevo, con un bulto que parecía ser un trozo de tela envuelto en torno a una estructura rígida.

El Príncipe Kragen enrolló apretadamente su mensaje y lo ató con un trozo de

cuerda. Cuando hubo terminado, su guardaespaldas destapó el bulto, revelando un pájaro en una jaula cuadrada.

—Una paloma mensajera —jadeó Terisa, sorprendida—. Están utilizando *palomas mensajeras*.

Argus, Ribuld y Geraden la miraron por un instante, luego volvieron su atención al fondo de la garganta.

El ave era inconfundiblemente una paloma. Dejó escapar un suave arrullo cuando el guardaespaldas la sacó de la caja y la tendió para que el Príncipe pudiera atar el mensaje a su pata.

—Uno de los Feudos —explicó el Príncipe— descubrió que estas aves poseen la habilidad de hallar su camino a través de cualquier distancia hasta el lugar que han sido entrenadas a reconocer como su hogar. Ésta ha aprendido a identificar la combinación de tiendas, estandartes y carros que invariablemente se produce en los campamentos de mi padre. Volará directamente hasta él cuando sea soltada.

»¿Comprendes ahora? —El tono del Príncipe Kragen era duro, con una amenaza tras su amistosa actitud—. Traje conmigo un cierto número de ellas desde Alend. Llevan mensajes a mi padre en un solo día..., quizás en menos. De esta forma, yo tomo decisiones por él.

»Vine a Orison cargado con la responsabilidad de resolver el dilema de la Cofradía, Cadwal y la guerra..., el dilema de la extraña debilidad de vuestro Rey. Soy el Pretendiente de Alend. Deseo intensamente conseguir el trono. Por esa razón, mi misión de paz era sincera, te lo aseguro. Pero cuando el Rey Joyse la rechazó, empecé a pensar en la guerra. Envié mis mensajes de acuerdo con ello. Luego, sin embargo, tanto el Maestro Ere-mis como dama Elega me ofrecieron la seguridad de que la paz era mucho más preferible que la guerra. Envié de nuevo mensajes. Cuando los señores de los Cares rechazaron el pacto que el Maestro Eremis les sugirió..., y muy especialmente cuando experimenté en mi propia carne lo vulnerable que era Orison, y en consecuencia la Cofradía, a un ataque de Cadwal..., entonces decidí actuar según las posibilidades que dama Elega y yo habíamos discutido.

»El Monarca de Alend está haciendo lo que yo le he pedido. Y se lo he pedido porque creo que es la respuesta menos sangrienta y más efectiva a un peligro intolerable. *El Gran Rey Festten no debe conseguir el control de la Cofradía*. La brecha en el muro de Orison es una oportunidad que *no puedo* ignorar.

Firmente, el Príncipe concluyó:

—¿Cuál es tu respuesta ahora?

Nyle parecía como si estuviera intentando tragar dificultosamente saliva, intentando ajustar sus preconcepciones para que encajaran con la nueva situación. En aquel momento, Geraden no parecía tener ninguna opinión acerca de lo que su hermano debería hacer. Parecía estar luchando por captar todas las implicaciones de

lo que acababa de oír. Tanto Argus como Ribuld observaban el encuentro con trastornados ojos.

—Mi señor Príncipe —empezó a decir Nyle con voz densa—, probablemente debería disculparme. No sabía que esto fuera posible—. Sus manos se agitaron impotentes a sus costados—. Por supuesto que iré a Perdon. Persuadiré al Perdon de algún modo.

El Príncipe Kragen estudió a Nyle por un momento. Luego asintió.

Su guardaespaldas soltó la paloma.

Alzó el vuelo en un destello gris, un asomo de azul y verde. Terisa la observó alejarse, agitando fácilmente las alas contra el helado cielo..., observó mientras seguía su camino para traer el derramamiento de sangre sobre Orison. Tras trazar un breve círculo, se encaminó hacia el norte.

Ribuld la miró con ojos llameantes.

—Tú sabías acerca de estos pájaros.

—Allá de donde vengo los utilizamos. —Defensivamente, añadió—: También tenemos caballos, pero nunca antes había montado en uno.

Geraden dio un codazo al guardia para que guardara silencio.

Nyle estaba luchando aún por conseguir aprehender toda la situación.

—Pero, ¿estamos todavía a tiempo? —preguntó tras pensar un poco—. ¿Cuándo crees que llegará el Monarca de Alend a Orison? No sé dónde está el Perdon. Puede que no se halle en Scarping. Puede estar en cualquier parte a lo largo del Vertigon, luchando contra Cadwal.

—He elegido con sumo cuidado el momento —respondió el Príncipe Kragen, como si quisiera tranquilizar a Nyle—. Es importante que no alcances al Perdon demasiado pronto. Si lo haces, y no se deja persuadir, y lanza sus fuerzas contra nosotros, puede conseguir bloquear nuestro camino hacia Orison. Por esa razón no nos hemos reunido hasta hoy. He calculado que si lo encuentras de inmediato, y él rechaza tu propuesta y acude contra nosotros en furiosa prisa, no alcanzará Orison hasta después de que lo hayamos dominado.

Geraden sacudió la cabeza.

—No es tan fácil —susurró.

—¿Crees que va a ser fácil? —La idea pareció incendiar a Nyle—. Poner sitio a Orison puede tomar toda la primavera. Incluso con esa brecha en el muro. No puedes simplemente...

—Nyle —interrumpió el Príncipe—, no soy ningún niño. No me des arengas sobre sitios. Los he estudiado profundamente. Y te aseguro que seremos capaces de dominar Orison.

Nyle recibió aquella afirmación como un hombre luchando por no dejar que lo que había oído lo aturdiera.

—De todos modos, mi señor Príncipe —dijo lentamente—, me parece que estás intentando controlar demasiado delicadamente los acontecimientos. ¿Y si el clima se vuelve contra ti? Casi seguro que vamos a tener otra tormenta.

El Príncipe Kragen se encogió de hombros. Su paciencia se estaba agotando.

—Entonces, tú y el Perdon estaréis tan comprometidos como nosotros.

—¿Y qué hay del Armigite? —Nyle parecía incapaz de mantener controlada su furia—. ¿Va a permitir que cruces con tu ejército su Care, y lo va a aprovisionar, sin hacer al menos un esfuerzo para frenarlo?

Ante aquello, el Príncipe Kragen lanzó una corta risa.

—Dudo que necesite preocuparme por el Armigite. —Su risa tenía una nota de desdén que hizo que Terisa sintiera repentinamente mucho más frío—. De todos modos, ya me he ocupado de ello. Él y yo negociamos un pacto.

»Sin dejar de sudar ni un momento, me ofreció el libre paso a través de su Care de todos los ejércitos que yo le nombrara. ¿Y qué pidió a cambio? ¿Que no ejerciera violencia contra la gente de sus ciudades y pueblos? ¿Que dejáramos sin tocar los corrales de sus rebaños y los almacenes que alimentan su Care? No. Pidió solamente que él pudiera seguir a salvo e ignorante..., *ignorante*, Nyle, mientras era decidido el destino de Mordant.

Argus maldijo para sí mismo. Pero Terisa había conocido al Armigite: no le sorprendió.

—Personalmente —siguió el Príncipe con voz intrascendente—, me gustaría dañar un poco su ignorancia. Su Care merece algo mejor que él. Pero respetaremos el pacto. Y no causaremos ningún daño ni a su gente ni a su ganado ni a sus almacenes. Nuestro objetivo es hallar una respuesta a la debilidad de vuestro Rey y oponernos a Cadwal..., no empeorar la antigua enemistad entre Mordant y Alend.

»¿He satisfecho tus preguntas, Nyle?

De espaldas, Nyle no parecía satisfecho: había demasiada tensión en su actitud. Terisa hubiera esperado que se mostrara agradecido al Príncipe Kragen por proporcionarle tan pocas causas de desconfianza, tantas razones para creer que estaba haciendo lo correcto. ¿Por qué seguía furioso? ¿Por qué sonaba casi lívido por la furia cuando respondió?:

—Sí, mi señor Príncipe.

Por un momento, el Príncipe Kragen contempló a su aliado como si tampoco él comprendiera la actitud de Nyle. Pero, al parecer, lo que vio en el rostro de Nyle le tranquilizó.

—Bien —dijo, bruscamente activo—. El Perdon te escuchará. Empecemos.

Hizo seña de inmediato a sus guardaespaldas.

Los hombres que vigilaban los dos extremos de la garganta regresaron a sus caballos. Moviéndose rígidamente, Nyle preparó su propia montura. Finalmente,

Terisa vio su rostro. Sus rasgos estaban encajados y parecían implacables, como si nada —ni siquiera su propia pasión— pudiera disuadirle del rumbo que había elegido.

Argus se puso de rodillas y desenvainó su espada.

—Saltaremos sobre ellos antes de que hayan salido de la garganta. Quizá podamos detenerles. —La mueca que puso al descubierto los dientes que le faltaban no mostró ningún miedo. Luchar era su oficio; él y Ribuld parecían dar aquello por sentado.

Pero Geraden los detuvo.

—No seáis estúpidos. Son cuatro. Y si el Príncipe tiene algo de sentido común, tendrá más hombres cerca.

»Tú —dijo rápidamente, apuntando con un dedo a Argus, para que los guardias no tuvieran oportunidad de discutir con él—, sigue al Príncipe. Averigua dónde está acampado. Mantén-lo vigilado. Y deja un rastro.

»Ribuld, tú vuelve a Orison. —Las líneas del rostro de Geraden eran tan intensas como el frío. La escarcha en sus cejas y la nieve en su pelo le hacían parecer extrañamente feral—. Dile al Castellano Lebbick lo que has oído. Condúcelo hasta aquí. Dile que si captura al Príncipe podremos utilizarlo como rehén. Tendremos una posibilidad de salirnos de este embrollo.

»*Marchad*. —Dio un brusco empujón a los dos guardias.

Ribuld miró una vez a Argus y luego de nuevo a Geraden, frunciendo su cicatriz en pura concentración. Luego echó a andar ladera abajo, casi corriendo.

El Príncipe Kragen y sus guardaespaldas montaron en sus sillas. Nyle apagó el fuego con puñados de encostrada nieve.

—Muchas gracias —susurró sarcásticamente Argus a Geraden—. Me has dado *a mí* el trabajo difícil. Si van hacia el oeste, donde se unen las dos gargantas, podré encontrar su rastro allí. Pero si van hacia el este —señaló con el pulgar hacia atrás—, nuestra garganta termina ahí. La otra se abre hacia esas colinas. No podré pasar el risco a caballo. Tendré que seguirles a pie.

—Entonces tienes suerte. —Geraden señaló hacia abajo.

A sus pies, Nyle montaba en su caballo. El hijo del Domne y el hijo del Monarca de Alend se miraron el uno al otro, y el Príncipe Kragen alzó una mano en un saludo. Juntos, los de Alend se volvieron hacia la izquierda y emprendieron la marcha a lo largo del helado riachuelo.

Argus dio un ligero puñetazo en el brazo a Geraden y se marchó, siguiendo el risco, hacia su montura.

Terisa siguió observando a Nyle. Oyó, por encima de su hombro, alejarse el caballo de Ribuld.

Nyle permaneció unos instantes donde estaba, quizá considerando la mejor ruta

hacia Perdon, quizá preguntándose qué podía decir para persuadir al señor de Perdon..., quizá simplemente dudando. Luego espoleó su montura con los talones y se encaminó hacia el este.

Geraden cogió a Terisa de la mano.

—Vámonos. Tenemos que detenerle. —Casi la hizo perder el equilibrio mientras seguía a Argus hacia los caballos.

Y, en aquel mismo momento, tropezó. Afortunadamente, algún instinto le inspiró a soltar la mano de ella mientras lo hacía. Y pudo retenerse a tiempo, antes de romperse algún hueso contra las rocas. Alcanzó el fondo de la garganta varias zancadas por delante de ella.

Torpe con la precipitación, saltó a la silla de su yegua. Ribuld había desaparecido por el bajo valle donde se unían los dos cursos de agua, en dirección a Orison. Con un paso más cauteloso, Argus se dirigía hacia el oeste, hacia la unión de las dos gargantas. Golpeando con sus botas los costados de la yegua, Geraden la hizo emprender un galope hacia el este.

Terisa tendió una mano hacia él, llamó tan fuerte como se atrevió:

—¡Espera!

Él no la vio ni la oyó.

Cuando consiguió llegar a su capón, había decidido ya olvidarlo todo y simplemente seguir a Ribuld a casa. Estaba helada hasta el tuétano; no sabía cuánto más frío podría soportar. Tenía miedo de todo lo que había oído.

Ignorando su propia decisión, siguió apresurándose, tan rápido como pudo. De alguna forma, desató al capón; de alguna forma, puso el pie izquierdo en el estribo, pasó la pierna derecha por encima de su lomo. Con las riendas, hizo girar su *cabeza hacia* el este.

Rechinando los dientes, golpeó sus flancos con los talones.

Casi se vio abrumada por el pánico cuando el capón cambió del paso al trote y luego al galope, intentando, por razones propias, alcanzar a la yegua de Geraden.

Su velocidad parecía tremenda. Y el fondo de la garganta era traicionero. Tenía que controlar de algún modo su montura..., frenar su marcha, hacerla adoptar un paso más pausado. Por supuesto. Y, mientras se ocupaba de ello, debía derrotar al ejército del Monarca de Alend, ocuparse del Maestro Gilbur y del archi-Imagero Vagel, y traer la paz sobre la Tierra. Mientras componía una gran partitura con su mano libre. En vez de hacer todo aquello, sin embargo, se concentró, con una intensidad tan puramente blanca que parecía terror, a mantenerse simplemente en la silla.

La pared septentrional de la garganta se convirtió en pura piedra gris, luego relajó un poco su inclinación. A lo largo de la parte superior, la maleza era densa. El lado sur era mucho más gradual, retenido por recios árboles negros con las raíces profundamente enterradas en el suelo. Pero pronto los árboles empezaron a

retroceder, y la pared se hizo más empinada.

Mientras el capón seguía su frenética marcha, se prometió a sí misma y se volvió a prometer que, si alguna vez salía con vida de aquello, nunca volvería a montar a caballo, nunca mientras viviera, nunca.

Inmediatamente, como si el propio terreno se hubiera apiadado de ella, las paredes del barranco saltaron hacia arriba y se juntaron, dando fin al curso de agua. En algún momento debió continuar hacia el este, pero al parecer sus paredes se habían hundido hacia dentro, forzando al agua a encontrar otro canal. Los caballos no tenían ningún lugar donde ir.

Bruscamente, Geraden hizo detenerse a su yegua con un tirón de las riendas y saltó de su lomo. Golpeó el suelo con demasiada fuerza: cayó de nuevo, impactando con todo su cuerpo contra la nieve. Parecía como loco cuando volvió a ponerse en pie y cargó contra la ladera norte.

A Terisa no le quedaba aliento para gritarle, para llamarle que volviera, así que tuvo que imaginar por sí misma cómo conseguir que su capón se detuviera.

Inintencionadamente amable, el animal se ocupó por ella de ese detalle. Habiendo alcanzado la yegua, se sintió repentinamente contento con esto. Al lado de la yegua, se detuvo, le dio al otro animal un ligero golpe con el hocico, luego bajó la cabeza y se sumió en un estado de impenetrable estupidez.

Terisa estaba aún de una sola pieza. Sorprendente.

Hubiera sido agradable permanecer sentada allí y gozar de su supervivencia por un momento. Pero Geraden estaba trepando frenéticamente por la ladera. Al principio, la ascensión pareció demasiado empinada para él. Luego Terisa vio que iba a conseguirlo. Pronto estaría fuera de su vista.

Consiguió bajar de su montura, dio unos cuantos pasos tentativos para comprobar la solidez del mundo, luego echó a correr.

La ladera del risco era realmente empinada. Sin embargo, estaba bien provista de rocas encajadas en el suelo y raíces sobresalientes. Y la ascensión de Geraden había limpiado una notable cantidad de nieve. Descubrió que si no se apresuraba —y no miraba hacia abajo—, podía ascender con bastante facilidad.

Por el camino, intentó no pensar en lo lejos que estaba él por delante de ella. O en lo que intentaba hacer.

Jadeando en el helado aire, alcanzó la cresta.

La espina dorsal que separaba las dos gargantas era muy parecida allí que donde ella y Geraden habían escuchado a Nyle y el Príncipe Kragen: un poco más suave su descenso por su cara norte; señalada con matorrales, montones de rocas, unos cuantos árboles; pero empinada pese a todo. El río que había abierto la garganta se deslizaba por la base de la espina, en lentos meandros, hasta desaparecer de la vista hacia el este. La garganta en sí, sin embargo, había desaparecido. Su lado norte se abría a un



bosque que ocupaba el terreno bajo entre aquella espina y otra sucesión de colinas. El risco podía verse claramente a través de las desnudas copas de los árboles, aunque parecía estar a una cierta distancia.

Geraden, por su parte, no era visible en ningún lado.

Hubiera debido sumirse en el pánico, pero no tenía tiempo. Casi de inmediato, divisó a Nyle.

Cabalgaba al trote a lo largo del lecho del río. Estaba aún a su izquierda, avanzando hacia el este; pero dentro de un momento estaría directamente debajo de ella. Si fuera el tipo de persona que hacía esas cosas, hubiera podido golpearle con una roca.

Más debido a que los movimientos de Nyle atrajeron su atención hacia allá que porque hubiera recobrado su sentido común, miró hacia la ladera que tenía ante ella, y vio las huellas del descenso de Geraden. Iban directamente hacia un denso grupo de arbustos situados encima del lecho del río.

Imaginó lo que estaba ocurriendo justo a tiempo de controlar su sorpresa cuando Geraden saltó de entre los arbustos hacia su hermano.

Su elevación y la proximidad le proporcionaban una clara ventaja: no podía fallar. Y saltó enérgicamente. Su impulso arrastró a Nyle fuera de su silla y los derribó a ambos contra la nieve al otro lado del caballo, con un sonido que hizo pensar a Terisa en brazos y espinazos rotos.

Empezó a bajar la ladera, con un grito encallado en su garganta.

La experiencia de Geraden con las caídas le proporcionó una gran ventaja. Estaba de nuevo en pie casi instantáneamente. Levantando surtidores de nieve, corrió hacia el sorprendido caballo y le dio una fuerte palmada en la grupa, enviándolo lejos al galope, fuera de alcance. Luego se volvió hacia su hermano.

Nyle alzó la cabeza. Por un momento, no pareció darse cuenta de que estaba ciego porque tenía el rostro lleno de nieve. Cuando se la apartó a manotazos, sin embargo, pudo ver.

—¿Estás bien? —preguntó Geraden—. No tenía intención de hacerte daño. Sólo quería detenerte.

Parpadeando furiosamente, Nyle agitó la cabeza. Con una serie de sacudidas, movió los brazos, luego las piernas. Se quitó la nieve de su media capa. Inmediatamente, saltó en pie como el abrirse de la hoja de una navaja.

—Si crees que es una broma —dijo entre dientes apretados—, no tiene ninguna gracia.

Las agotadas piernas de Terisa estuvieron a punto de fallarle; tropezó, y tuvo que sostenerse en un árbol. Pero ya casi había llegado.

—No es ninguna broma. —Geraden estaba tan blanco por la nieve que lo cubría que parecía un muñeco de nieve hecho por niños. Sin embargo, no había nada infantil

en su actitud—. No voy a permitir que lo hagas.

Terisa alcanzó el lecho del río y avanzó por la helada superficie hacia los dos hermanos.

—¿Hacer *qué*? —restalló Nyle—. Has perdido la cabeza. Simplemente estaba *cabalgando*. Sobre un *caballo*. ¿Recuerdas los caballos? Actúas como si eso fuera un crimen contra la humanidad.

—Nyle. —Geraden permanecía completamente inmóvil. Incluso su voz parecía inmóvil—. Te oí. Yo estaba ahí. —Incluyó a Terisa—. Los dos estábamos ahí. Oímos todo lo que dijiste. Y lo que dijo el Príncipe Kragen.

Sólo por un segundo, Nyle miró boquiabierto a su hermano, luego a Terisa.

Mudamente, ella asintió con la cabeza.

Nyle enderezó los hombros, y la furia cerró su rostro como unas contraventanas.

—Así que has decidido detenerme. Lleno de superioridad moral, has decidido detenerme porque te aferras a la sorprendente creencia de que el Rey Joyse y el caos y la terrible Imagería y un nuevo empezar de las guerras que afligieron Mordant durante generaciones son algo *preferible a* poner al Perdon en el trono y salvar todo el reino. Tú...

—No. —Geraden sacudió la cabeza, reprimiendo la violencia—. Eso no funcionará. El Perdon nunca aceptará la oferta del Príncipe Kragen..., y él lo sabe. Te está enviando ahí para confundir las cosas, para que el Perdon no tenga una posibilidad de luchar por Orison cuando Alend ataque.

—Estás equivocado, Geraden. —Terisa se sorprendió de oírse a sí misma hablar. Su voz era como un pequeño animal acurrucado contra el frío, apenas vivo—. Lo siento. He conocido al Perdon. Los he visto a él y al Príncipe Kragen juntos. Está desesperado. No rechazará al Príncipe.

Geraden le lanzó una rápida mirada de desánimo; pero Nyle no apartó los ojos de su hermano.

—Aunque no fuera cierto —continuó—, sigues actuando como un niño. El Príncipe Kragen tiene razón. El Monarca de Alend tiene razón. Lo *peor* que puede ocurrirnos es que el Gran Rey Festten ponga sus manos sobre la Cofradía.

»Ya nos estamos viendo desgarrados por un Imagero al que nadie puede descubrir o detener. Cadwal conseguirá diezmarlo todo al oeste del Vertigon si la Cofradía fracasa. Sobre la tumba de nuestra madre, Geraden, deberíamos *suplicarle* a Margonal que nos invadiera.

»En vez de interferir, ¿por qué no imaginas lo que les dirás a todas las familias que van a ser masacradas, a todos los niños que van a quedar huérfanos, a todos los hombres y mujeres que van a resultar mutilados y muertos cuando el Rey Joyse se desmorone finalmente y ningún poder lo suficientemente fuerte como para mantener unido el reino ocupe su lugar?

»Mientras tanto, apártate de mi camino.

Pasó entre Geraden y Terisa, y echó a andar a largas zancadas hacia su caballo.

El desánimo en el rostro de Geraden se hizo peor. Por un momento, pareció incapaz de moverse. Confusa y alarmada, Terisa tendió una mano hacia él.

—¿Geraden?

Bruscamente, los rasgos del Apr se crisparon, y se puso en movimiento.

Mientras perseguía a Nyle, gritó:

—¡Estupendo! ¡Maravilloso! Tienes razón, por supuesto. Estás siendo perfectamente razonable. Nuestro padre va a sentirse terriblemente orgulloso de ti.

Nyle se estremeció, pero siguió andando.

—Sólo hay una cosa. ¿Qué hay acerca de la lealtad? El Rey Joyse es el amigo de nuestro padre. ¿Qué hay acerca del respeto hacia uno mismo? Estás traicionando a tu Rey, al hombre que creó Mordant y la paz de la nada, del constante derramamiento de sangre. ¿Cómo piensas vivir el resto de tu vida sin lealtad ni respeto hacia ti mismo?

—¿Lealtad a *quién*? —Aunque el paso de Nyle no vaciló, su grito fue como un lamento—. ¿Al Rey Joyse? ¿Cuándo ha sido él alguna vez leal *a mí*?

»Nos ha conocido a todos nosotros. Tuvo que verme muriendo de deseos de conseguir su atención, su aprobación. Pero fuiste *tú* el invitado a Orison. Cuando decidió comprometer a Elegá, te eligió *a ti*. Y fue una brillante elección. Seguro que has reclamado su buen juicio, ¿no es así? Perdoname, pero hallo un poco difícil sentir calor y sentimiento hacia ese hombre.

»¡Y está consiguiendo que nos *maten* a todos! —Pequeños fragmentos de su aflicción resonaron en los troncos de los árboles—. ¿No lo comprendes? ¿Cuánto *respeto hacia ti mismo* vas a extraer de vivir tu vida para un hombre que te sacrificó simplemente porque *no podía molestarse* en mantener unido su reino? Si deseas hablar de respeto hacia uno mismo, pregúntate por qué das tan poco valor a tu propia sangre. Y ni siquiera voy a mencionar la sangre de toda la gente que afirma preocuparse.

—Entonces, ¿por qué...?

Geraden alcanzó a Nyle y lo sujetó del brazo. Nyle se soltó. Los dos hermanos se miraron frente a frente, su aliento lanzando furiosas nubecillas al aire.

—Entonces, ¿por qué —repitió Geraden— estás tan furioso al respecto? —Ya no gritaba. Su voz se redujo a un susurro—. Estás haciendo lo que sabes que es correcto. ¿No te hace sentir bien esto? Y estás haciendo lo que Elegá desea. Ella te querrá por eso. No podrá hacer otra cosa. ¿No te hace sentir bien eso?

—No. —Como Geraden, Nyle bajó la voz, como si no deseara que los árboles o la nieve le oyeran—. No, no me hace sentir bien. —Cada palabra parecía dolerle—. Así es como me metí en esto, pero no me ayuda en nada. Ella no me quiere. Nunca me ha querido. Quiere al Príncipe Kragen.

El bosque permanecía en silencio a su alrededor. El único ruido procedía de las botas de Terisa mientras se acercaba a los dos hermanos. La luz del sol que descendía del plomizo cielo no parecía tener peso, ningún efecto contra el frío.

Geraden abrió las manos en un gesto de apelación.

—Entonces abandona. Por favor. Todo esto es una locura. No hay forma alguna de que el Monarca de Alend pueda apoderarse de Orison sin un terrible asedio..., sin matar a gran cantidad de gente. No me importa lo que diga el Príncipe Kragen. El Tor y el Castellano Lebbick no cederán. Las únicas vidas que salvarás serán las de Alend, no las nuestras. No arrojes a un lado todo esto por una mujer que desea traicionar a su propio padre.

Terisa vio de inmediato que Geraden había cometido un error. Hubiera debido dejar que el pesar de Nyle lo devorara por sí mismo..., no hubiera debido mencionar a Elega de nuevo. Pero ahora ya era demasiado tarde: el daño estaba hecho. Como si los huesos de su cráneo se movieran, el rostro de Nyle adoptó la implacable actitud que había persuadido al Príncipe Kragen de que podía confiar en él. Sus ojos eran tan opacos como una piedra a la intemperie.

—Si deseas mi consejo —sus nudillos estaban blancos mientras se aferraba sus propios brazos—, vuelve a casa mientras aún puedas. Y llévate a Artagel contigo. No va a gozar perdiendo su famosa independencia.

—*Nyle* —protestó Geraden.

Nyle miró por encima de su hombro.

—Ya veo mi caballo. Me dejaré atraparlo..., aunque lo asustaste demasiado. —Volvió su mirada a Geraden—. Te quedarás aquí mientras voy a buscarlo. Luego me alejaré. Si tu mente es tan débil como tu talento para la Imagería, volverás a Orison y le contarás a Lebbick toda la historia. No le gustará en absoluto, pero al menos tendrá algo de lo que preocuparse durante unos cuantos días. Pero, si tienes algo de sentido común, mantendrás la boca cerrada.

Suavemente, Geraden respondió:

—No. —Cubierto aún de nieve, parecía blanco y estúpido al lado de su hermano vestido de oscuro. El dolor brotaba de él en bocanadas de vapor, pero su voz y sus ojos y sus manos permanecían firmes—. No, Nyle. No te dejaré ir.

Brevemente, los rasgos de Nyle se retorcieron como si estuviera intentando sonreír. Luego sus hombros y sus brazos se relajaron.

—Supongo que sabía ya que ibas a decir eso. —Hizo un esfuerzo por sonar casual, sin éxito—. Siempre has sido más bien testarudo.

Terisa luchó por lanzar una advertencia, pero su voz le falló. Impotente, contempló cómo Nyle giraba en redondo en un movimiento que pareció alzarle del suelo, con una bota a la altura de la cabeza de Geraden.

La patada derribó a su hermano al suelo.

Por un momento, Geraden arqueó la espalda y sus manos se engarfiaron en la encostrada nieve. Luego quedó tendido, inmóvil, como con el cuello roto.

Rápidamente, Nyle se inclinó para examinar a su hermano.

Cuando se sintió satisfecho, se volvió para enfrentarse a Terisa. Ahora no podía contener su furia. Sus manos se abrían y cerraban espasmódicamente a sus lados. Los músculos de su mandíbula estaban tensos.

—Ocúpate de él. Si lo dejas morir aquí fuera, volveré para estrangularte con mis propias manos.

Se encaminó corriendo hacia su caballo, como si tuviera todas las jaurías del reino tras sus talones.

Terisa no lo vio partir. Sus manos estaban demasiado frías; no podía notar ninguna sensación en sus dedos. Estaba llorando de miedo y frustración cuando finalmente localizó el pulso en la garganta de Geraden y comprendió que todavía no estaba muerto.

Pareció transcurrir largo tiempo antes de que se diera cuenta de que aquel entorno le parecía familiar.

A través de los negros troncos de los árboles, vio una hilera de colinas. Las había visto antes sin prestarles ninguna atención, pero ahora su configuración contra el cielo invernal golpeó su memoria. ¿Dónde...? Había sido algo diferente. ¿Cuál era la diferencia? La nieve. La nieve era diferente. Recordaba unos secos y ligeros copos girando como vapor, arremolinados por la velocidad de los jinetes. Recordó el crujir del cuero, el sordo resonar de los cascos. Y recordó...

Recordó cuernos.

Su sueño. Aquel lugar estaba en su sueño, el sueño que había acudido a ella la noche antes de que su vida cambiara..., había acudido como para prepararla para la llegada de Geraden. Los árboles y el frío eran los mismos. El risco era el mismo. Y Geraden estaba allí, el joven de su sueño que había aparecido, sin abrigo ni armas, para salvar su vida. Todo lo que faltaba eran los tres jinetes que la odiaban y conducían sus monturas hacia ella por la nieve con la esperanza de matarla. Y el sonido de los cuernos, llegándole a través del helado aire y los árboles como la llamada que aguardaba su corazón.

No oyó cuernos. Aunque los anhelaba y tendía el oído para escucharlos, no podía conjurar que la música de caza saliera de su cabeza y llenara el aire.

Sin embargo, oyó ruido de caballos en la distancia, golpeando la dura costra de la nieve. El frío traía todo sonido procedente del risco hasta el bosque, tan claro como el quebrarse de un cristal.

La sensación de haber penetrado en su sueño hizo que todo se volviera más nítido y lento: tenía tiempo de ver claramente, tiempo de oír cada sonido excepto los cuernos que deseaba. Estaban allí, donde sabía que estarían: tres hombres a lomos de

sus caballos, cargando a lo largo del borde del risco. Los vio a través de los enormes huecos entre los árboles. Vio el vapor brotar furiosamente de los ollares de sus monturas. Cada golpear de sus cascos, cada resonar a través del hielo y de la nieve, llegaba hasta sus oídos.

Sin ser precedidos por la aguda y aleteante llamada que hubiera hecho el sueño completo, los tres jinetes surgieron bruscamente de las colinas y orientaron sus monturas en su dirección.

Ella estaba observando tan concentradamente que no se dio cuenta de que Geraden estaba consciente hasta que se puso en pie a su lado, frotándose la cabeza.

Atrapada en la doble experiencia de lo que estaba ocurriendo y lo que había soñado, fue incapaz de hablar, incapaz de apartar su concentración de los jinetes. Como la suya, sin embargo, la atención del Apr estaba fija en ellos.

—¿Los reconoces? —Su voz sonaba opaca con los efectos residuales del golpe de su hermano.

Los jinetes estaban aún demasiado lejos para ser reconocidos, aunque ella ya conocía la expresión de su odio. Agitó la cabeza.

—Probablemente van tras de ti. —Geraden no necesitaba hablar rápido; no había prisa, tenía todo el tiempo necesario—. No resultaría imposible a alguien encontrarnos. Si hicieron las preguntas correctas en los establos y las puertas. Y encontraron al conductor del carro. —Se volvió hacia un lado, luego de nuevo hacia ella—. No sirve de nada intentar echar a correr. Nuestros caballos están demasiado lejos.

Las espadas aparecieron en las manos de los jinetes..., hojas tan largas como sables, pero malignamente curvadas, como cimitarras. Iban a ensartarla contra la nieve allá mismo, donde estaba de pie. Tenía que moverse. Ella y Geraden tenían que hacer algo. Por el momento, sin embargo, estaba más interesada en el extraño recuerdo de que las espadas alzadas contra ella en su sueño habían sido rectas, no curvadas.

Geraden parecía igualmente fuera de contacto con la realidad. Estaba demasiado tranquilo. Por alguna razón, eligió aquel momento para patear los bultos que la nieve formaba en el suelo. Luego su comportamiento empezó a tener sentido. Fue poniendo al descubierto las ramas caídas. Eran retorcidas y muertas; pero dos de ellas eran recias, tan gruesas como su brazo, lo bastante largas como para resultar útiles.

Aquello no estaba bien. No era así como había ocurrido en su sueño.

Pero aún tenían mucho tiempo. Geraden le entregó una de las ramas, conservó la otra.

—Cuando alcancen ese árbol —lo señaló—, nos separaremos. Si se dividen, tendremos más posibilidades contra ellos. Si no lo hacen, podré atacarles desde un lado cuando ellos te ataquen a ti.

Terisa tuvo la impresión de que si *realmente* lo miraba, se daría cuenta de que estaba aterrorizado. Sin embargo, sus oídos insistían en escucharle como si estuviera completamente tranquilo.

—No te preocupes por los jinetes. Ve a por los caballos. Intenta golpear a uno de ellos en la cara. Si tenemos suerte, el jinete caerá y él mismo se hará daño.

Ella no respondió. Su atención estaba fija en los jinetes, mientras aguardaba a oír los cuernos.

Entonces sus rostros se enfocaron hacia ella, y en ese momento vio lo que no estaba bien en ellos. No eran los jinetes de su sueño.

No eran en absoluto hombres.

Tenían ojos en lugares equivocados. Largos bigotes como los de un gato brotaban de sus órbitas. Largos hocicos ocultaban sus bocas, pero no sus colmillos. Pudo ver claramente sus cabezas porque las capuchas de sus capas de monta habían sido echadas hacia atrás. Sus cabezas estaban cubiertas con un moteado pelaje rojo.

Parecían tener más brazos de los necesarios. Cada uno de ellos parecía agitar dos espadas.

No. No había sido así.

Sin embargo, la sensación de que estaba reviviendo su sueño se hizo más fuerte.

Permaneció inmóvil, aguardando. El aire era afiladamente frío, tan cortante como una bofetada y tan penetrante como astillas. Podía oír separadamente el sonido que hacía cada uno de los golpeantes cascos.

Cuando los jinetes alcanzaron el árbol que Geraden había indicado, el Apr siseó:

—¡Ahora! —y echó a correr, alejándose, como si en el último momento hubiera decidido huir. Corrió alzando mucho los pies, para librarlos de la helada superficie. Pero ella no se movió.

Sin vacilar, los tres jinetes hicieron girar sus monturas y se lanzaron tras él. Ninguno de sus extraños ojos la miró siquiera.

Surgido de la nada, un lanzazo de dolor la atravesó de parte a parte.

¿Geraden? ¿Geraden?

Tan repentinamente que estuvo a punto de caer, se volvió y vio el peligro que corría el Apr. Geraden lanzó una mirada como un grito en dirección a ella, luego alzó su maza. Los jinetes estaban ya casi sobre él.

Agarrando su rama con ambas manos, la rompió contra la frente del primer caballo.

La montura lanzó un relincho de dolor, intentó demasiado tarde echarse a un lado. Perdido el equilibrio, el jinete cayó a la nieve delante del segundo atacante.

Intentando evitar frenéticamente la colisión, el segundo caballo y su jinete cayeron también.

Geraden golpeó al jinete caído con los restos de su maza, luego hizo una finta en

torno al caballo que se debatía en el suelo para eludir a su tercer atacante..., y tropezó. Cayó de bruces sobre una extensión de nieve virgen.

Mientras caía, el primer jinete le lanzó un golpe con su arma desde el suelo. Pero la helada nieve impedía sus movimientos: el golpe falló. Geraden y su atacante lucharon por ponerse en pie al mismo tiempo, mientras el tercer jinete daba la vuelta para iniciar otra carga.

Torpemente, Geraden consiguió tambalearse lo suficientemente fuera del alcance del otro como para arrancarle la espada al jinete que había atontado. Evidentemente, sin embargo, no sabía cómo usarla. Aferrándola como si fuera una cachiporra, se volvió para enfrentarse a su atacante.

La criatura dejó escapar un bufido de desdén y empezó a manejar sus armas.

Geraden bloqueó el primer golpe.

Fue incapaz de parar el segundo.

En su sueño, Terisa había observado a un hombre arriesgar su vida para salvarla. Pese a su evidente falta de experiencia con las armas, había derribado por ella a uno de sus asaltantes. Luego a otro. Y ella había mirado. Nada más. Había visto al tercer jinete avanzar tras él. Con la espada en alto, el tercer jinete se había situado para derribar de un golpe a su defensor. Y ella no había hecho ningún esfuerzo por ayudarlo. Se había despertado sobresaltada con el grito que había lanzado para advertirle.

Pero ahora era Geraden quien estaba siendo atacado. Geraden quien necesitaba ser rescatado. Y ella aún sostenía la rama que él le había dado. Tuvo la sensación de que corría durante largo tiempo, de que la distancia era demasiado grande, de que nunca podría alcanzarle a tiempo; pero corrió más intensamente de lo que jamás había corrido en su vida, y antes de que su atacante pudiera matarlo dejó caer con todas sus fuerzas su maza contra el lado de aquella cabeza velluda.

Varias cosas parecieron ocurrir simultáneamente. Sin embargo, las vio todas.

Vio una mancha plana aparecer en el moteado pelaje rojo. Mientras el atacante se derrumbaba de rodillas, la mancha empezó a sangrar, primero lentamente, luego en un repulsivo chorro. La criatura golpeó la nieve, y su vida dejó una horrible mancha roja negruzca en la blanca nieve. Nunca más volvería a moverse.

Geraden la miró boquiabierto, momentáneamente desconcertado.

Al mismo tiempo, Terisa vio al tercer jinete acercarse a él por detrás, a lomos de su montura. Con las espadas muy alzadas, se situó convenientemente para derribar a Geraden de un golpe.

Geraden la miraba a ella. Había olvidado completamente al tercer jinete.

No había tiempo para ninguna advertencia ni para moverse, no había tiempo para que se agachara o hiciera una finta.

Sin embargo, sí hubo tiempo para que ella viera a otro jinete alcanzar por detrás a



la criatura y clavar un largo puñal, como una pica, en el centro de su espalda. Vio a la criatura escupir sangre a los hombros de Geraden y desplomarse de su caballo, casi derribando a Geraden en su caída.

Nyle hizo detener su montura y saltó de su silla.

—¿Estás bien? —Sin esperar a una respuesta, empezó a comprobar los jinetes caídos—. ¿Dónde has conseguido enemigos como éstos? —Entonces descubrió que el primer atacante aún estaba vivo; extrajo un trozo de cuerda de una de las bolsas de detrás de su silla, y ató juntas las muñecas y los tobillos de la criatura—. Los vi dirigirse en esta dirección. Puesto que parecían tener tanta prisa por alcanzar el lugar donde acababa de dejaros, decidí que debía seguirles.

Geraden y Terisa le contemplaron como si acabara de llegar de la Luna.

—¿Estás bien? —repitió Nyle. Había preocupación en sus ojos, pero también había una chispa de humor, un asomo de orgullo; por un momento se pareció tanto a Artagel y Geraden que la semejanza puso un nudo en la garganta de Terisa—. Tuve la impresión de que no estáis acostumbrados a luchar contra enemigos así.

—Gracias —dijo Geraden, como si sintiera lo mismo que ella. Una expresión de náusea distorsionó sus rasgos. Con un estremecimiento de disgusto, dejó caer la espada que sujetaba—. Gracias por volver.

Con el mismo movimiento, recogió del suelo otra recia rama, y golpeó a su hermano con ella, dejándolo inconsciente.

Luego permaneció inclinado sobre Nyle, con la barbilla echada hacia delante y el rostro como el invierno, respirando grandes bocanadas de aire que parecían dolerle en lo más profundo del pecho.

Terisa tendió el oído intentando captar la distante llamada de los cuernos. Pero todo estaba en su mente.

## Cuestiones acerca de ser sitiados

Finalmente, Terisa y Geraden fueron hallados por un pelotón de guardias del Castellano Lebbick.

Por aquel entonces, tanto Nyle como el atacante estaban conscientes. Nyle no se mostró particularmente alegre al descubrir que había sido atado con su propia cuerda; pero, después de unos minutos de amargas maldiciones —que no hicieron nada por calentar la lúgubre frialdad de la expresión de Geraden—, guardó silencio.

El atacante bufaba periódicamente y retorció sus extraños rasgos. Sin embargo, no malgastó sus fuerzas en fútiles esfuerzos por librarse de sus ligaduras.

Los guardias trajeron la yegua de Geraden y el capón de Terisa junto con el suficiente de su áspero coñac como para eliminar lo peor del frío de sus órganos vitales..., y suficientes preguntas como para hacer a Terisa ansiar echarse a dormir. Afortunadamente, Geraden se hizo cargo de las cosas antes de que nadie —incluido el propio Apr— se diera cuenta de que lo estaba haciendo; estableció con rapidez que las preguntas de los guardias eran menos importantes que la necesidad de ir tras las huellas de Argus en persecución del Príncipe Kragen.

Todo lo que Terisa deseaba era escapar de aquel frío y tenderse en algún lugar cálido, donde le fuera posible olvidar la forma en que la mancha plana en el moteado pelaje rojo había empezado a escupir sangre..., o la forma en que Geraden había derribado a Nyle de un golpe. Ir tras de Argus y el Príncipe lo único que haría sería prolongar su desgracia.

Pero al menos nadie tenía tiempo para insistir en hacer preguntas.

Aunque había prometido que nunca volvería a montar un caballo, pronto se halló de nuevo sobre el capón. Ignorando las riendas, se aferró al pomo de la silla y dejó que el animal la guiara.

Una vez Nyle y el atacante de Geraden fueron asegurados sobre sus propias monturas, y los guardias estuvieron montados de nuevo, su caballo llevó a Terisa, con los demás, de vuelta por el camino que habían seguido.

Ansioso por ir más rápido, Geraden se puso a la cabeza.

—Tranquilo —le aconsejó uno de los guardias—. Al menos hay una docena de hombres tras ese rastro. Lo atraparán. No ocurrirá más pronto sólo porque tú te apresures.

Terisa captó la mirada que Geraden lanzó al guardia. Era salvaje y mareada; y comprendió, casi automáticamente, por qué deseaba ir más aprisa. No deseaba ayudar a capturar al Príncipe Kragen. Deseaba alejarse de lo que le había hecho a su hermano.

Instintivamente, Terisa enderezó su espalda e intentó mejorar su equilibrio, como

si aquello pudiera permitir al capón y a todos los demás caballos ir más aprisa.

Los guardias giraron hacia el este y no cruzaron el arroyo hasta que un repliegue en la pared sur les proporcionó acceso a aquellas colinas. Su ruta de vuelta a la garganta sur fue serpenteante, pero más rápido que a pie..., y mucho más rápido que perderse, como le hubiera ocurrido a Terisa si hubiera intentado hallar por sí misma el camino. De todos modos, tomó el tiempo suficiente como para que volviera a sentirse aterida. Permanecía ciega a sí misma, y al paso de los oscuros troncos de los árboles a ambos lados, y al tenso humor de los jinetes a su alrededor cuando alcanzaron la unión de los dos cursos de agua, allá donde Ribuld había cabalgado hacia el sur para llegar a Orison y Argus había ido hacia el oeste tras el Príncipe Kragen..., lo suficientemente ciega como para sorprenderse por el hecho de que el valle estaba lleno de guardias.

Aunque iban montados, no parecían hacer nada excepto esperar.

Todos sus ojos estaban clavados en Geraden y en ella. Ninguno habló.

Ribuld permanecía sentado erguido sobre su caballo, con la cabeza muy alta, blandiendo su cicatriz como si estuviera a punto de lanzar un grito.

Involuntariamente, Geraden detuvo su yegua. Los hombres que iban con él se detuvieron también. El capón de Terisa chocó contra las ancas de la yegua y se detuvo también.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no están...? —la voz de Geraden se cortó.

Junto a Ribuld había un caballo sin jinete. Pero no sin carga: el hombre en su lomo estaba tendido de través, boca abajo; sus muñecas y tobillos habían sido atados a fin de que no pudiera caer. Su espalda estaba empapada. Parpadeando estúpidamente, Terisa reconoció el garañón de Argus antes de reconocer al propio Argus.

—Lo siento —dijo con voz ronca un guardia con la banda púrpura de capitán anudada a su bíceps—. Sé que era amigo tuyo.

—¿Qué...? —intentó decir de nuevo Geraden, pero no pudo conseguir que las palabras brotaran de su garganta—. ¿Qué...?

El capitán era un hombre recio, de mediana edad, con un rostro que sugería más decencia que imaginación.

—Lo encontramos a algo más de un kilómetro garganta abajo. Supongo que no fue lo bastante cauteloso. Ni siquiera hubo lucha. Estaba simplemente allí en el suelo, con un agujero en la espalda. Probablemente hecho por una flecha.

El capitán escupió una maldición a la nieve, luego prosiguió:

—Después de eso, el rastro se vuelve confuso. Cuando ese carnicero de Alend descubrió que estaba siendo seguido, supo lo que tenía que hacer. Él y sus hombres fueron buenos en ello, eso tengo que admitírselo. He tenido trabajando a mis mejores rastreadores, pero creo que es inútil. Cuando conseguimos localizar finalmente su

rastro, había llegado a un camino o un río y desaparecido.

Geraden no estaba escuchando. Miraba fijamente el cuerpo que colgaba del garañón. Terisa pudo ver cómo los contornos de su rostro parecían envejecer.

—Argus —dijo con voz espesa—. Yo te maté.

—Muy bien —le gruñó Nyle—. Maravilloso. Ahora tienes todo lo peor de ambos lados. Sin el Príncipe Kragen, no puedes detener el ejército de Margonal. Pero insististe en detenerme a mí. De esta forma, el Monarca de Alend no tendrá otra elección. Una vez entre en Orison, deberá mantenerlo para sí mismo.

Geraden se estremeció; pero no respondió a su hermano. Clavó los talones en su montura para que avanzara, y se detuvo delante de Ribuld.

—Lo siento —dijo—. Es culpa mía. Hubiera debido enviarte con él.

Ribuld bajó la cabeza. Por un momento, Terisa temió que fuera a golpear a Geraden; parecía lo bastante alterado como para ello. Sin pensarlo, Terisa espoleó su montura para que se acercara más a la de Geraden.

—Nyle tiene razón —siguió Geraden—. Hubiera debido dejarle marchar. Hubiéramos debido concentrarnos en atrapar al Príncipe.

Ribuld crispó los puños.

—¿Parezco el tipo de hombre que recibe órdenes de un cachorrillo sin experiencia? —gruñó—. Creí que él era lo bastante listo como para vigilar su espalda.

Geraden inclinó la cabeza y no dijo nada.

Los únicos sonidos en el valle eran el patear de los caballos, el resonar de los correajes. Luego, uno de los guardias señaló hacia la criatura atada y preguntó con desánimo:

—¿Qué clase de cosa es eso?

El Apr se volvió. Terisa apenas pudo reconocerle: parecía más peligroso de lo que Artagel había sido nunca.

—Intento descubrirlo.

—Vámonos de aquí —ordenó el capitán—. El Castellano va a ponerse bueno cuando sepa esto. Cuanto más le hagamos esperar, peor va a ponerse. A formar.

Empleó unos momentos en disponer más apoyo para los rastreadores, asignando hombres como mensajeros. Los guardias se dispusieron en formación al lado del agua. Terisa se halló al lado de Geraden entre dos hileras de jinetes que, entre otras cosas, deseaban claramente saber qué estaba haciendo ella allí.

Miró a Nyle, detrás de ella; su rostro estaba cerrado sobre sí mismo. Cualquier parecido entre él y su hermano que la hubiera sorprendido antes había desaparecido con el golpe de Geraden.

Su atacante tenía ojos en lugares equivocados, rodeados por largos bigotes como de gato; tenía hocico y colmillos. Pero ella no se dio cuenta de todas esas cosas. En

vez de ello, vio sangre brotando a borbotones de un pelaje rojo moteado, sangre y muerte derramándose sobre la blanca nieve.

Apenas se daba cuenta de cómo le dolían las piernas y las posaderas cuando el capón emprendió un trote corto, siguiendo al resto de los caballos.

La vuelta a Orison fue fría y taciturna; muy bien hubiera podido ser interminable. Terisa perdió todo rastro de sí misma, y no se recuperó hasta que se dio cuenta de que las huestes de jinetes de pelaje rojo que se lanzaban contra ella blandiendo cimitarras cada vez que volvía la cabeza eran sólo una alucinación, el producto de demasiada luz grisácea del sol reflejándose engañosamente en demasiada nieve. Orison no estaba tan lejos como su condición física parecía indicar. Finalmente, los jinetes entraron en el patio del castillo y se detuvieron.

Bajó deslizándose del lomo de su montura, plantó los pies en el pisoteado lodo y se mantuvo erguida, temblando.

Los guardias desmontaron. Por un momento se vio rodeada de confusión: hombres moviéndose aquí y allá, murmurando entre sí. Por razones propias, más hombres salieron de Orison, apresurándose en grupos. Todo el patio parecía lleno de guardias que corrían en una u otra dirección. Campesinos y comerciantes empujaban sus carros. No supo qué hacer con su caballo. El calor ya estaba cerca: estaba en algún lugar al otro lado de las altas paredes que parecían dominarla a todo su alrededor. No conseguía imaginar cómo llegar hasta él.

Luego el capitán ladró una orden. Su pelotón se alineó en medio del desconcierto, luego se puso firmes.

El Castellano Lebbick avanzó a largas zancadas hacia ellos.

Desdeñando las ropas de invierno, llevaba solamente su característica cota de malla y cuero, con su faja púrpura atada diagonalmente sobre su pecho y su banda púrpura encima de sus cejas. El frío formaba una ligera nubecilla de vapor que brotaba de su piel, pero no parecía darse cuenta de ella. Aunque era más bajo que Terisa, la dominó, a ella y a los hombres e incluso a los caballos, como si fuera mucho más alto. La ira brillaba en sus ojos.

Devolvió bruscamente el saludo del capitán, pero no habló. En vez de ello, examinó a los hombres que tenía delante. Cuando divisó a Ribuld con el cuerpo de Argus, se dirigió bruscamente en aquella dirección.

Geraden apoyó una mano en el brazo de Terisa como para sujetarla o confortarla. Pero su expresión era demasiado dura para ser convincente.

Silenciosamente rígidos, los guardias aguardaron mientras el Castellano Lebbick pasaba entre ellos hasta situarse al lado de Argus. Brutalmente, agarro un puñado de cabellos de Argus y alzó la cabeza del hombre muerto como para comprobar su rostro, verificar su identidad. La mirada que lanzó el Castellano a Ribuld fue suficiente para hacer que el veterano volviera la cabeza.

Lebbick clavó unos ardientes ojos en la sellada beligerancia de Nyle. Luego estudió a) inhumano atacante. Por un momento, ambos se midieron mutuamente a través del abismo de su antagonismo y diferencia. Sin volver la cabeza, preguntó inesperadamente:

—¿Éste es su caballo?

—Sí —respondió Geraden, con los dientes apretados—. Eran tres. Uno fue muerto. Terisa y yo hubiéramos muerto también, pero Nyle mató al otro.

El Castellano, sin embargo, no estaba interesado en cuántas criaturas de pelaje rojo habían resultado muertas.

—¿Este caballo? —insistió—. ¿Estos arreos?

—Sí.

El Castellano Lebbick avanzó hacia Geraden. Con voz suave, apenas más alta que un susurro, que sin embargo sonó como si pudiera ser oída desde las más altas almenas, dijo:

—No me gusta perder hombres. ¿Me comprendes, muchacho? No me gusta.

Geraden no intentó responder. De todos modos, el Castellano se dio la vuelta sin aguardar ninguna respuesta. Dirigiéndose al capitán, restalló:

—Lleva a Nyle y a ese monstruo de la Imagería a las mazmorras. Geraden, te veré, a ti y —hizo sonar el nombre con un tono despectivo— a dama Terisa de Morgan, en la sala de guardia sur.

Arrastrando pequeñas nubecillas de vapor de sus hombros, se alejó a grandes zancadas.

—Las mazmorras —gruñó Geraden para sí mismo. Se llevó las manos al rostro—. Oh, Nyle. ¿Qué te estoy haciendo?

Nyle alzó secamente la voz.

—No te preocupes por ello, hermanito. Esto no es en nada diferente de lo que has estado haciendo durante el resto de tu vida. Y probablemente Lebbick no ha tenido a nadie a quien torturar desde hace mucho tiempo. Para él, será más una diversión que un trabajo.

Los hombros de Geraden se tensaron. Terisa miró aterida a Nyle. Pero fue Ribuld quien habló.

—Te aconsejo que mantengas la boca cerrada. —Intentó sonar casual pese a la forma en que le temblaba la voz—. A nadie le importa lo que te ocurra. Si no fueras un hijo del Domne, y si tus hermanos no fueran hombres mucho mejores que tú, te hubiéramos dejado que siguieras tu camino y te convirtieras en un puñadito de mierda delante del Perdon. Y tú hablas de diversión.

—Ribuld —advirtió el capitán—, ya basta.

Pero Ribuld no podía detenerse.

—Estoy seguro que el Perdon hubiera encontrado divertido que le ofrecieran el

reino de Mordant —estaba ventilando un maligno dolor— si hubiéramos capturado a ese Príncipe fornicador, y todo el ejército de Alend se hubiera hallado impotente contra nosotros. Geraden te hizo un *favor*.

Nyle evitó la mirada del guardia.

—*Argus* te hizo un favor, podrido...

—*¡Ribuld!* —La voz del capitán era cortante como un látigo—. He dicho que ya basta.

Ribuld hizo rodar el blanco de sus ojos, con la expresión de un predador herido. Su cicatriz llameaba como sangre. Sin embargo, la orden del capitán lo retuvo. Se volvió de espaldas a Nyle y empezó a desatar las muñecas de Argus.

—No tiene familia. Alguien ha de enterrarlo.

Alzó el cuerpo entre sus brazos y se alejó con su amigo, fuera del patio.

Terisa temió que si no entraba pronto iba a echarse a llorar.

Hoscamente, el capitán empezó a dar instrucciones a sus hombres. Nyle y el atacante de Geraden fueron escoltados con cierta urgencia en dirección a las mazmorras. Los demás guardias se hicieron cargo de los caballos, mientras el capitán en persona guiaba a Geraden y Terisa hacia el puesto de guardia sur.

Terisa tenía el convencimiento de que ya no le quedaba ninguna sensación. Lo que estaba ocurriendo no tenía sentido, y temía al Castellano. ¿Cómo había conseguido sobrevivir con tanto frío? Probablemente era una mentira que hubiera algo de calor en Orison. Temía al Castellano Lebbick debido a su constante furia. ¿O era porque ella le había mentado?

¿Cuándo le había mentado? ¿Cuántas veces? Había matado a uno de los atacantes de Geraden, y todas esas falsedades iban a destruirla.

Pese a las mentiras y al frío, sin embargo, una puerta se abrió y se cerró, y repentinamente algo benditamente cálido rozó su rostro. Estaba dentro del castillo; todavía sentía frío; helada hasta casi la médula, arrastraba su miseria con ella como un capullo de hielo; pero el aire era cálido, cálido. Podía respirarlo. Podía extender los dedos hacia él. Intentó despejar su garganta, y de ella brotó un sonido como un sollozo apagado.

—Espera. —Geraden la detuvo y desabrochó la parte delantera de su chaquetón para dejar que la *alcanzara* más calor—. No estás acostumbrada a esto. —Tomó sus manos y las palmeó con las suyas, firmemente pero no con demasiada dureza, luego frotó sus muñecas—. Lo siento. No me había dado cuenta de que tuvieras tanto frío.

Ella empezó a temblar de nuevo.

Él la rodeó con su brazo y la ayudó a dirigirse hacia la sala de guardia.

Resultó ser una estancia de techo bajo con un desnudo suelo de piedra y todas sus paredes sin adornar excepto una, que sostenía una amplia pizarra. La mayor parte del espacio estaba ocupado por hileras de bancos de madera situados frente a la pizarra:

al parecer, allí era donde el Castellano Lebbick explicaba sus órdenes a sus capitanes y hombres. El calor era más intenso allí; la hizo temblar aún más.

El Castellano llegó un momento después de que ella entrara en la sala de guardia. Cerró la puerta a sus espaldas, y se enfrentó a ella y Geraden. Por alguna razón, ella observó que sus manos estaban como retorcidas. Al principio pensó que era porque estaba furioso. Luego se dio cuenta de que había pasado tanta parte de su vida con una pesada espada en su mano que ya no podía extender completamente los dedos.

La estaba examinando atentamente, y algo extraño le ocurrió a su rostro. Su expresión se suavizó; su constante rabia latente pareció abandonar sus rasgos.

Tan bruscamente como había entrado en la sala de guardia, la abandonó.

Desconcertados, Terisa y Geraden se volvieron hacia el capitán. Éste se encogió de hombros e intentó evitar que se reflejara su propia sorpresa.

Aguardaron. Geraden miró furiosamente al techo. Terisa se estremeció.

Cuando el Castellano Lebbick volvió, iba seguido por una doncella con una bandeja. Había tres vasos de latón en la bandeja. Fuera lo que fuese lo que había en ellos, dejaba escapar un dulce y denso vapor.

—Vino caliente con especias y azúcar —anunció, sin mirar a nadie. Su actitud sugería que estaba avergonzado de sí mismo—. Parece que lo necesitáis.

La doncella entregó los vasos a Terisa, Geraden y el capitán, luego se retiró.

Tensándose para ocultar su sorpresa, el capitán vació su vaso con poca ceremoniosa rapidez. Luego se lo quedó mirando como si deseara tener más vino en el vaso para ocupar su atención hasta que alguien hablara.

Geraden contempló suspicazmente su bebida, como preguntándose si no estaría drogada.

Terisa no pudo aguardar a que se decidiera. Rodeando con sus manos el caliente metal, dio un sorbo al oscuro líquido como si estuviera probando néctar.

Vino caliente con especias y azúcar. Bebió un poco más. Nunca antes lo había probado. De hecho, nunca antes había bebido vino caliente. Era estupendo. Dio un largo sorbo. Penetró en ella, tan delicadamente como áspero había sido el coñac de los guardias; y aferró sus temblores en un apretado nudo, y luego los soltó, de modo que toda la tensión pareció alejarse bruscamente de sus músculos. Se sentía caliente de nuevo, en lugares donde había perdido ya toda esperanza. Vino caliente con especias y azúcar. El vaso no contenía mucho, pero lo apuró hasta la última gota.

Con una repentina resolución, Geraden dio varios sorbos seguidos, demasiado rápidamente, con el resultado de que inhaló algo del especiado líquido y se sumió en un espasmo de toses. Intentando ayudar, el capitán le palmeó discretamente entre los hombros.

—Gracias —dijo Terisa al Castellano Lebbick mientras bajaba el vaso—. Gracias.



—No me des las gracias. —La voz del Castellano sonó amarga, pero su expresión era aún suave y avergonzada—. Deberías ser más como Geraden. Él cree que os puse algo para haceros hablar.

Ella suspiró..., y se sintió aliviada al no oír ningún temblor en su suspiro.

—Está bien. No lo trajiste para él. Lo trajiste para mí. Mi agradecimiento.

Con el ceño fruncido, el Castellano Lebbick se volvió hacia el capitán.

—¿Tu informe?

De vuelta a un terreno familiar, el capitán recuperó su pose. Sin perder tiempo, comunicó todo lo que sabía, describió lo que había hecho, y señaló —más bien innecesariamente— que no tenía la menor idea de lo que les había ocurrido a Geraden y dama Terisa después de que Ribuld los dejara.

El Castellano absorbió los detalles, asintió una sola vez.

—De acuerdo. Reúne un pelotón. Envíalo de vuelta al lugar donde tus hombres encontraron a Geraden y a ella. Quiero que rastreen a esas tres criaturas. Tanto como sea posible. Quiero saber de dónde salieron. Quiero saber cómo esas criaturas de la Imagería iban montadas en caballos y sillas como las que montaban.

»Mientras te ocupas de ello, envía provisiones y relevos para tus rastreadores. El Príncipe Kragen no va a cometer ningún error..., pero, si comete alguno, quiero que pague por él.

»Y —concluyó—, búscame un halconero. Quiero saber más acerca de esas —bufó las palabras, mirando a Terisa— palomas mensajeras.

El capitán saludó. Con un inconfundible aire de alivio, abandonó la sala de guardia.

Durante largo tiempo, el Castellano Lebbick no dijo nada. Al principio, no miró a Terisa y Geraden: actuaba como un hombre perdido en sus pensamientos. Luego empezó a estudiarlos cuidadosamente, escrutándolos por turno mientras su cólera montaba. Parecía estar aguardando a que uno de ellos hablara primero, estallara algo que él pudiera usar. O quizá se estaba dando una oportunidad de recobrar de su inhabitual caridad.

La expresión con la que Geraden se enfrentó al escrutinio del Castellano no fue beligerante, pero sí tensa y cautelosa, y no abrió la boca.

Terisa, por su parte, no tenía nada que decir. El odio en los extraños rostros de sus atacantes la mantenía prisionera.

Finalmente, el Castellano tomó una silla para él y se sentó, con los brazos cruzados sobre su pecho. Su actitud no invitó a Terisa y Geraden a hacer lo mismo.

—Bien —dijo. Su mirada estaba clavada en algún punto entre los dos, dispuesta a atacar en cualquier dirección—. De nuevo ocurre algo extraño, y de nuevo dama Terisa de Morgan está implicada en ello. —Articuló cada palabra con afiladas consonantes y romas vocales, a fin de que tuvieran un tangible impacto—. Esta vez,

al menos un misterio queda resuelto. No sé con quién está complotando. No sé por qué. Pero finalmente sé cómo.

—¿Complotando? —se encendió Geraden instantáneamente—. ¿Terisa? ¿De qué estás hablando?

El Castellano Lebbick miró al Apr. Una luz ominosa crecía en sus ojos.

—Estoy hablando de palomas mensajeras.

—¡Pero eso es una locura! Ella no tiene palomas mensajeras. ¿Dónde las guardaría?

—Quizá primero le traen mensajes, y luego se llevan sus respuestas. Todo lo que ella tiene que hacer es abrir su ventana para maquinara traición con cualquiera, en cualquier parte del mundo.

—No —insistió Geraden—. No, eso sigue siendo una locura. Tendrían que ser entrenadas. ¿Cuándo ha tenido ella la posibilidad de hacerlo?

—No sabemos cuánto entrenamiento necesitan. —El rostro de Lebbick estaba forjado en hierro y necesidad. Parecía sordo a la imposibilidad de lo que estaba diciendo—. Pero, en realidad, eso no es importante. ¿Acaso no surgió de un espejo? ¿Un espejo que no podía tener nada que ver con ella? Es una Imagera de algún tipo. —Su tono rechazó toda contradicción—. ¿Cómo sabes las posibilidades que ha tenido? Por todo lo que conoces, puede haber pasado años aquí en secreto, preparándose para traicionar al Rey Joyse.

Terisa agitó la cabeza.

—No comprendes. —No podía tomarse la acusación de Lebbick como algo personal. Era algo demasiado alocado. Y ella estaba demasiado cansada—. Las palomas mensajeras sólo funcionan en un sentido. Las llevas lejos de casa, y vuelven a ella. Eso es todo. El Príncipe Kragen sólo puede enviar mensajes a su padre. No puede recibirlos. —Se detuvo, porque el esfuerzo de explicarle que debía concentrarse en Elega estaba más allá de ella.

—¿Lo ves? —indicó Geraden—. Es una locura. El Monarca de Alend avanza con un ejército a través de Armigite *en estos momentos*, y tú pierdes el tiempo con acusaciones imposibles. Vamos a ser *sitiados*. ¿Acaso no comprendes eso?

Sólo por un momento, los músculos del cuello del Castellano Lebbick se tensaron como cuerdas, y sus manos se apretaron fuertemente sobre su pecho. Estaba al borde de su autocontrol. Sin embargo, desvió deliberadamente sus ojos hacia Terisa, como si Geraden no hubiera dicho nada.

—Un halconero podrá decirme si estás diciendo la verdad. Si es así, tendré que suponer que tus palomas están siendo cuidadas para ti por un aliado aquí en Orison.

Geraden alzó las manos, desesperado, pero el Castellano lo ignoró.

—¿Cómo te comunicas con un aliado, cuando estás razonablemente bien vigilada por mis hombres? A través del pasadizo secreto en tu armario. Un niño podría

hacerlo.

»Pero dejemos esto por el momento. Mientras tanto, mi dama, ¿por qué no me cuentas cómo sabías que Nyle iba a encontrarse con el Príncipe Kragen esta mañana?

Terisa le miró con un parpadeo, y su corazón sufrió un sobresalto.

—Para alguien tan inocente como tú, diría que es notable que consiguieras estar en el lugar preciso para espiar esa reunión. ¿Puedo dar por sentado que la gente con la que estás completando no es la de Alend? ¿O estás exponiendo a tus propios aliados para ocultar tus auténticos planes?

Agotada por la exposición al frío y atontada por el vino, Terisa fue incapaz de mantener su mirada. Quizá fuera tan culpable como él pensaba. Eso parecía posible. Comprendía el secreto de la recriminación: era merecida porque era recibida; las acusaciones instilaban la sensación de culpabilidad que las justificaba. Puesto que el Castellano la miraba tan duramente, la miraba tan acusatoriamente que lo merecía. No había defensa.

Pero Geraden estaba hablando ya por ella.

—Escúchame. —Su voz carecía de la tensa y practicada capacidad para la violencia de la del Castellano—. Voy a explicarte algunas cosas. —Sin embargo, consiguió que el Castellano desviara su atención hacia él.

»El primer día del deshielo, Terisa y yo fuimos al bazar con dama Elega. Tú lo sabes. —Y, cuanto más hablaba, más parecía empujar hacia atrás el acoso que el Castellano Lebbick había lanzado sobre ella—. Mientras estábamos allí, vimos a un charlatán. Terisa lo reconoció. Era el Príncipe Kragen.

Terisa sintió más que vio la mirada del Castellano desviarse hacia Geraden.

—Puramente por casualidad —siguió el Apr—, vimos al charlatán salir junto con Nyle —pronunció el nombre como si no le doliera— de detrás de una tienda, como si acabaran de celebrar una conversación privada. Eso fue antes de que Gart la atacara.

»Decidí que la mejor forma de descubrir qué estaba ocurriendo era hacer seguir a Nyle. Así que pedí al Tor que liberara a Argus y Ribuld de sus deberes y los pusiera tras el rastro de Nyle.

La mandíbula de Lebbick se adelantó ominosamente.

—Es así de simple. —Geraden mantuvo su terreno como si fuera el igual del Castellano en valor y determinación—. Ella no está completando con nadie. Si estuviera usando palomas mensajeras, sería increíblemente estúpido por su parte dejarnos saber que conocía algo sobre ellas.

Terisa inclinó la cabeza y permaneció inmóvil.

—Muy interesante, muchacho. —El tono de Lebbick era como el golpe de una daga—. Te dijo a ti lo que vio, y tú decidiste lo que había que hacer. Pero yo soy el Castellano de Orison. Defender al Rey de todos sus enemigos es mi trabajo. Si hay algún peligro en el Demesne o en Orison, necesito saberlo. —Era como un muelle

tensado, a punto de romperse—. ¿Por qué no me lo contaste *a mí*?

—Porque, buen Castellano —retumbó una voz familiar—, tú eres propenso a los excesos.

Terisa alzó sorprendida la vista mientras el Tor entraba en la sala de guardia.

Parecía estar de un humor afable..., un poco inseguro sobre sus pies quizá, pero lleno de buena voluntad. Entró en la habitación exhibiendo una carnosita sonrisa que parecía no tener nada detrás excepto más grasa. Su forma de caminar sugería que había llenado cada caverna y hendidura de su masa con vino antes de aventurarse fuera de la suite del Rey.

—Mi señor Tor —dijo el Castellano Lebbick con los dientes apretados. No se levantó—. Me sorprende que te molestes en reunirte con nosotros. Hoy es un buen día para que los hombres que no tienen nada mejor que hacer se queden en la cama.

—Oh, cierto —respondió amigablemente el señor—. Muy cierto. Es una desgracia para mí el que siempre haya una voz que me trae las noticias de este montón de piedras..., que me las traiga implacablemente. Su costumbre es susurrar, pero cuanto más cerca estoy de dormirme, más fuerte susurra. Esta mañana creí que incluso el propio Rey Joyse iba a despertarse.

»Bien —prosiguió—, el rey parece poco dispuesto a tomarse algún interés en los grandes acontecimientos del día. En consecuencia, el peso recae sobre su canciller.

Se inclinó sobre el más cercano banco y se dejó caer en él con un suspiro. La recia plancha gruñó bajo su peso.

—Eso es muy diligente por tu parte, mi señor Tor —gruñó Lebbick—. Pero también resulta innecesario. Soy perfectamente capaz de manejar yo mismo «los grandes acontecimientos del día».

—Por supuesto que lo eres. —El Tor era como una gran masa de harina, inmune al sarcasmo..., e inmune a todo argumento—. Indudablemente comprendes los asedios tan bien como la mayoría de hombres comprenden a sus esposas. Estoy seguro de que harás todo lo que debe hacerse para prepararnos para la llegada del Monarca de Alend. Sin embargo, buen Castellano, debo señalarte —sonaba amable, casi avuncular— que, si el asunto hubiera sido dejado en tus manos, aún seguirías sin saber nada del avance de Margonal. Como he dicho, eres propenso a los excesos.

Los ojos del Castellano Lebbick se desorbitaron ligeramente.

—¿En qué forma, mi señor?

El Tor abrió sus gordezuelas manos.

—Supongamos que el joven Geraden hubiera acudido a ti con sus sospechas acerca de su hermano. ¿Qué hubieras hecho? Oh, sí, hubieras arrestado a Nyle, por supuesto. En vez de seguirle hasta su cita de hoy y oír sus planes, hubieras intentado arrancárselos por medio de la persuasión o la fuerza. Y, si hubiera resistido tanto a la persuasión como a la fuerza... —El señor agitó sus enormes hombros.

»O supongamos que el joven Geraden te hubiera dado sus razones para sospechar de su hermano. Supongamos que hubiera mencionado que algunos indicios dejados caer por la hija del Rey, Elega, habían conducido a dama Terisa a sospechar que estaba aliada con el Príncipe Kragen. —Ahora el señor ya no era una masa de harina hablando. Su voz se había convertido en el rechinar de pesadas piedras unas contra otras—. Supongamos que hubiera revelado que los guardias Argus y Ribuld estaban siguiendo a Elega..., que de hecho no tenían otra razón de estar cerca que la de salvar la vida de Artagel cuando el Monomach del Gran Rey asaltara a dama Terisa. —Sus manos descansaban flácidas sobre sus gruesos muslos, pero sus ojos eran cada vez más duros—. Supongamos que te hubiera informado de que dama Terisa había rechazado los esfuerzos de Elega por conseguir su apoyo para el Príncipe..., y que, advertida por su rechazo, Elega había hecho que los esfuerzos de Argus y Ribuld por seguirla hubieran resultado infructuosos. ¿Qué hubieras hecho entonces, buen Castellano?

»¿Hubieras alzado un grito contra ella? —Finalmente, ya no era un viejo borracho obeso: era el señor del Care de Tor, el primer aliado del Rey Joyse en la campaña que había creado Mordant—. ¿Hubieras enviado a tus hombres a arrestarla para poder arrastrarla ante su padre y acusarla públicamente de traición?

El rostro del Castellano estaba enrojecido por el aflujo de sangre, pero no desencajó los dientes.

—Eso ya está hecho —dijo.

Por un momento, pareció que el Tor iba a levantarse de su asiento y a gritar algo. En vez de ello, sin embargo, sonrió tristemente y se desmoronó de nuevo en su blandura.

—Eso temía. ¿Y cuál ha sido el resultado?

—No podemos encontrarla.

—Por supuesto que no puedes. Se ha ocultado. Y puede jactarse, buen Castellano, de que conoce los secretos de Orison lo bastante bien como para permanecer oculta mucho tiempo. Y, así, se ha perdido la oportunidad de averiguar sus intenciones..., las intenciones en las que se basan los planes del Príncipe Kragen, las intenciones que le entregarán Orison al Monarca de Alend sin necesidad de un prolongado asedio.

»Buen Castellano, me necesitas mucho más de lo que te das cuenta.

Geraden parecía a punto de aplaudir.

Los músculos de la mandíbula del Castellano Lebbick se hincharon. Sus ojos escrutaron la sala de guardia como si estuviera buscando la perfecta extensión de pared desnuda donde salpicar la sangre del Tor. Pero no se alzó de su silla.

Lentamente, dijo:

—Geraden, mi dama Terisa..., no nos habéis dicho dónde conseguisteis esas criaturas de la Imagería. De hecho, no nos habéis dicho cómo conseguisteis atrapar a

Nyle. Es tu hermano, Geraden. Te conoce. Seguro que no os dejó simplemente seguirle y caer sobre él. Habéis estado contándole al Tor tantas historias. ¿Por qué no le contáis ésta?

—¿Criaturas de la Imagería? —El señor sonrió agradablemente a Geraden—. Sí, joven Geraden. Cuéntanoslo.

Geraden miró de uno al otro hombre, evaluando dónde estaba con respecto a ellos, antes de encogerse de hombros y decir:

—De acuerdo.

Hacía sólo unos minutos, Terisa hubiera jurado que era imposible, pero ahora descubrió que sentía demasiado calor. Se aflojó un poco más su chaquetón, lo apartó de su cuello.

—No pensé correctamente —admitió rígidamente Geraden—. Nyle no era el auténtico peligro. Hubiera debido dejar que se marchara para poder concentrarnos en intentar atrapar al Príncipe Kragen. Pero eso nunca cruzó por mi mente. Detener a Nyle era demasiado importante para mí... —Torpemente, pareció pedir comprensión—. Es mi hermano. No podía dejar que se convirtiera en un traidor.

El Tor asintió ausentemente; su atención parecía estar en otro ludo. Hoscamente, el Castellano Lebbick murmuró:

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Geraden enrojeció. Sin embargo, no se permitió reaccionar.

—Pero también me equivoqué en eso. Escapó, y nosotros nos quedamos allí, sin nuestros caballos.

»Fue entonces cuando atacaron esas "criaturas de la Imagería". Aparecieron por el este, pero eso pudo ser simplemente a causa del terreno. Pensé que iban tras dama Terisa, así que no estaba preparado cuando se lanzaron contra mí.

—¿Contra ti? —preguntó el Castellano—. ¿Fueron a por ti, muchacho?

Hasta entonces, Terisa no había recordado que el Castellano Lebbick probablemente no sabía nada acerca del intento anterior contra la vida de Geraden, cuando había sido salvado por el Adepto Havelock.

—Eso es lo que pareció. —Con un visible esfuerzo, Geraden se mantuvo firme—. Nos separamos. La ignoraron. Los tres fueron en mi persecución.

Aunque todavía parecía no estar prestando atención, la expresión del Tor era beatífica, como si acabara de recibir una muy buena noticia.

—Joven Geraden, eres una caja de sorpresas. He mencionado, creo haberlo hecho, que te subestimas a ti mismo. Ni siquiera dama Terisa tiene esos enemigos.

—Oh, sí —gruñó Lebbick—. Eso parece especialmente plausible, puesto que aún estás con vida. Así que te quedaste solo frente a ellos tres. ¿Qué hiciste entonces? ¿Los mataste con un accidente?

De alguna forma, Geraden retuvo el control de sí mismo. Cuidadosamente, dijo:

—Usé una gruesa rama como maza contra sus caballos. Dos de ellos cayeron. Uno fue muerto. El otro es tu prisionero.

—No —jadeó Terisa.

El Castellano Lebbick la ignoró.

—¿Y el tercero?

—Nyle se ocupó de él. Los vio a los tres dirigirse hacia nosotros, así que regresó. Ahora Terisa y yo podríamos estar muertos de no haber sido por él. Mientras aún estaba pensando en eso, lo derribé de un golpe. Le pegué con una rama. Así es como lo atrapé.

—No —repitió Terisa. No podía impedirlo: todo volvía de nuevo a ella. Era tan vivido frente a ella como un sueño—. Él estaba luchando por su vida —susurró—. Tenía que ayudarlo. Tenía que hacerlo. No puedo pasar toda mi vida simplemente sentada con las manos cruzadas y preguntándome cuándo voy a desvanecerme. No puedo. Eso es peor que hacer algo malo, ¿no?

»Él derribó a dos de ellos de sus caballos. Golpeó a uno y lo dejó sin sentido. El otro fue tras él con esas espadas. —Se estremeció como si volviera a tener frío, pero la verdad era que apenas podía soportar el peso de su chaquetón—. Tenía que ayudarlo. Yo lo maté..., con una rama, como si fuera una maza. Le golpeé desde atrás y le partí el cráneo. —Una pequeña mancha de pelaje rojo en la parte de atrás de su cráneo se había empapado y había empezado a derramar sangre—. Entonces llegó Nyle.

»Geraden no mató a nadie.

Se quedó sin palabras y guardó silencio.

Los hombres la miraron. La garganta de Geraden se agitó como si se estuviera ahogando con su nombre. Al cabo de un momento, el Tor retumbó gentilmente:

—Mi querida dama, por supuesto que tenías que ayudarlo. No te hubieras perdonado nunca a ti misma si no lo hubieras hecho. Y quizás ahora ambos estaríais muertos.

El Castellano Lebbick desvió la mirada.

—Mujeres. —Su actitud era tensa y amarga—. Siempre mujeres. Esto es indecente. Si alguna vez soy salvado por una mujer, yo...

Se detuvo. Luego gruñó:

—Pero los caballos. Eso es lo importante. Las sillas y los *arreos*, mi señor Tor. Háblale de los caballos y las sillas y los *arreos*, Geraden.

Geraden, inseguro, miró al Castellano mientras le hablaba al Tor.

—Nuestros atacantes eran evidentemente criaturas de la Imagería. Pero sus caballos me parecieron normales. No noté nada más.

Bruscamente, Lebbick saltó en pie.

—Caballos *normales*, mi señor Tor. Sillas y *arreos normales*. ¿Qué opinas de eso?

El señor frunció los labios.

—Esas criaturas fueron montadas en sus caballos después de su traslación. O bien robaron las monturas por sí mismas, o fueron equipadas por sus trasladadores. Equipadas e instruidas.

—Exacto. —El Castellano Lebbick se volvió hacia el señor como una mecha ardiendo peligrosamente cerca de la pólvora—. Los caballos eran normales. Las sillas, definitivamente, no procedían de Cadwal, en Cadwal utilizan estribos barbados, pero podían proceder de cualquier parte de Mordant o Alend.

—¿Y los arreos? —preguntó obsequiosamente el Tor.

—Los arreos... —Lebbick reprimió un gesto furioso apretando los puños contra sus muslos—. Los arreos incluyen un ronزال que no podrás encontrar en ninguna parte en Cadwal o Alend o Mordant..., en ninguna parte excepto en el Care de Tor. —Su mirada era lo bastante dura como para arrancar chispas de un pedernal—. Sólo tu gente lo utiliza, mi señor Tor.

El Tor le devolvió la mirada al Castellano como si pensara que Lebbick era un curioso espécimen clavado en una tabla.

—Quizá —rechinó el Castellano— pienses que es simplemente otro de mis excesos.

Tomó a Terisa tan completamente por sorpresa que transcurrió un momento antes de que captara lo serio que estaba. ¿El *Tor*? ¿Coaligado con Vagel contra Geraden y el Rey Joyse y Mordant?. Sus piernas eran más débiles de lo que se daba cuenta: tenía que sentarse. Cabalgar no resultaba fácil. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, fue hacia el banco más próximo y se sentó al lado del señor.

Geraden estaba desconcertado.

—No puedes hablar en serio —protestó—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Sin advertencia previa, el Castellano Lebbick sonrió. Sus dientes brillaron ferozmente.

—Oh, estoy seguro de que nuestro buen Castellano sabe exactamente lo que dice. —El Tor había recuperado su aspecto de masa de harina, inmune a cualquier afrenta—. Uno de los mayores problemas de Mordant ha sido siempre que los viles ataques de la Imagería que nos afligen proceden de una fuente desconocida. Mi hijo fue muerto por un enemigo que podía estar oculto en cualquier parte en Alend o en Cadwal..., o en Mordant.

—Si realmente tu hijo fue muerto —interrumpió el Castellano—. Sólo tengo tu palabra sobre esto..., y la palabra de tus hombres. El cadáver que nos mostraste podía haber sido de cualquiera.

Geraden se puso blanco ante aquel insulto al señor. El Tor, sin embargo, no le concedió ninguna importancia.

—Pero ahora —insistió— hemos dado un gran paso adelante. Ahora sabemos



dónde mirar.

—En el Care de Tor. —Lebbick era implacable—. En tu dominio, mi señor.

El Tor se permitió un sutil llamear de ira.

—Sorprendente, ¿verdad?

—Incuestionablemente —gruñó el Castellano con placer.

—Por desgracia —la ira del Tor había desaparecido al instante—, es imposible una búsqueda en estos momentos. Estamos ocupados con otras cosas. Por favor, dime lo que estás haciendo para preparar Orison contra el sitio. Se me ha informado que el Príncipe Kragen deposita una gran fe en la habilidad del Monarca de Alend para dominarnos casi sin ninguna dificultad. Eso parece absurdo..., y sin embargo dudo que el Príncipe Kragen sea propenso a confiar en lo absurdo. Es una lástima que no podamos interrogar, u observar, a dama Elega. Sobre esto, sin embargo, no podemos hacer nada. Debemos estar muy preparados, buen Castellano.

—Yo estaré preparado —respondió secamente el Castellano Lebbick—. Según mis estimaciones, aún nos quedan algunos días, pero he enviado a nuestros exploradores a asegurarse. El hecho de que el Armigite sea un traidor probablemente tenga una ventaja para nosotros. —Mientras hablaba, pareció caer inconscientemente en la actitud de un viejo soldado presentando su informe—. Podemos suponer que Margonal utilizará los caminos principales para cruzar Armigite. Son la ruta más fácil y rápida. Así que su ejército no deberá ser difícil de localizar.

»También he enviado mensajeros a los Cares que deben ayudarnos. Fayle, Perdon. —Mirando furiosamente a Geraden, comentó—: Lo que el Perdon va a oír no tendrá nada que ver con lo que tenía en mente tu querido hermano. —Luego prosiguió su informe—: He enviado hombres al Termigan, pero está demasiado lejos para que nos sirva de mucho.

»No he tenido tiempo de hablar todavía con la Cofradía, pero lo haré pronto. Quizá finalmente pueda conseguir asustarles y meter algo de sentido común en esos Imageros.

Al parecer, ninguno de los Maestros había considerado prudente anunciar públicamente su intención de disolver la Cofradía.

—Mientras tanto, estoy llamando a mis tropas de guarnición a Orison. La mayoría de los hombres que persiguen al *campeón* de la Cofradía —sonrió irónicamente— han vuelto, y no voy a enviarlos de nuevo. Los únicos hombres que me arriesgaré a mantener fuera son los que aún tienen una posibilidad de localizar al Príncipe Kragen antes de que se reúna con su padre, y aquellos que intentan rastrear a esas criaturas. Tendré todas mis fuerzas aquí y organizadas mañana al amanecer.

El Tor asintió, pero no interrumpió.

—Puesto que nos hallamos a finales del invierno, nuestras reservas son escasas. Eso es un problema. Pero hay unos cuantos comerciantes y pueblos a los que

podemos recurrir para aprovisionarnos. Eso no va a causarles un injusto trastorno: con una guerra a punto de empezar, la mayoría de ellos desearán de todos modos protegerse en Orison, así que lo mejor que pueden hacer es pagar su seguridad con comida. Si Margonal nos da tres días, podemos estar tan bien provistos como es posible.

»Pero nuestro mayor problema es esa brecha en el muro.

El Tor asintió de nuevo. Esta vez, sin embargo, sus ojos estaban cerrados. Parecía a punto de quedarse dormido.

—Sin eso —dijo con voz dura el Castellano—, podría defender Orison contra cualquiera. Mucho antes de que nuestras reservas se agotaran, al menos a uno de los señores de los Cares se le ocurriría venir a rescatarnos. Pero esa brecha cambia las cosas. Tengo ya a todos los albañiles que pude encontrar trabajando para construir un tosco muro cortina en la abertura. Sirve, pero no resistirá el tipo de ataque que Margonal le va a dedicar.

»¿Te estoy aburriendo, mi señor Tor?

El señor abrió un ojo.

—En absoluto, buen Castellano. Simplemente estoy descansando mi mente para la tarea de intentar imaginar la fuente de la confianza del Príncipe Kragen.

La mención del campeón por parte del Castellano le recordó a Terisa que deseaba hacer una pregunta. Tenía la sensación de que volvía a ser ella misma, que recuperaba alguna presencia de mente y atención. Pero ésta no era su oportunidad de hablar.

—Joven Geraden —prosiguió el Tor—, ¿puedes recordar exactamente lo que se dijeron Nyle y el Príncipe el uno al otro?

—Casi exactamente —respondió Geraden—. El Príncipe Kragen estaba preocupado por Elegá. Nyle le contó lo de tu conversación con ella. Eso muestra que Elegá sabía que tú sospechabas de ella. Y prueba que ella y Nyle estaban en comunicación antes de que él se marchara esta mañana. Luego él dijo que ella había dicho que tú no podrías interferir con su parte del plan.

El Castellano Lebbick gruñó. El Tor alzó una ceja.

—Nyle tuvo problemas en creer eso. Pero..., déjame intentar expresarlo exactamente. —Geraden miró hacia el techo mientras escrutaba su memoria—. El Príncipe Kragen dijo: «Lamento que sea un azar. Pero ella me aseguró muchas veces que su papel es seguro. Debemos confiar en que hará lo que dice».

—¿Eso es todo? —preguntó el Castellano.

Geraden se encogió de hombros.

—Nyle aún no estaba convencido. Pero el Príncipe Kragen dijo: «La seguridad y el éxito de dama Elegá dependen del secreto». Fue muy cauteloso. No estoy seguro de que Nyle se diera cuenta de cuántas de sus preguntas quedaron sin responder.

—Pobre Nyle —se burló el Castellano.

—Desgraciado —contribuyó con tono pensativo el Tor—. ¿Qué puede ocultar una mujer en Orison para asegurarse el éxito, el éxito instantáneo, del sitio del Monarca de Alend? Confieso que estoy desconcertado. Necesito vino.

Con un esfuerzo, se puso en pie. El banco debajo de Terisa se flexionó aliviado hacia arriba.

—Buen Castellano —murmuró el Tor—, te sugiero que interrogues a tus prisioneros. Pero intenta no hacerles ningún daño. Realmente, debes dominar tus instintos hacia el exceso. Sospecho que Nyle será mucho más manejable por la persuasión que por la fuerza. Quizás hable francamente si se le puede hacer creer que Elega ha sido detenida también..., que la única forma de ahorrarle sufrimientos innecesarios es revelar lo que él sabe. Y la criatura de la Imagería puede dejar escapar también algo útil.

—Gracias por el consejo, mi señor Tor —respondió el Castellano Lebbick—. Interrogar a los prisioneros. Nunca se me hubiera ocurrido.

»Mientras esperas a que te comunique lo que he descubierto, ¿qué harás? —Su pregunta era una obvia referencia a la pasión del señor por la bebida.

El Tor suspiró. Por un momento, su gruesa carne cayó en pliegues de pesar.

—Buen Castellano, confío en ti más de lo que piensas. Estoy seguro de que has hecho todo lo que estaba en tu poder. Sin embargo, no me siento contento con los asuntos tal como están ahora. Voy a efectuar otro intento de interesar al Rey Joyse en el destino de su reino.

Con esto, se dirigió con paso lento a la salida de la sala de guardia.

Inmediatamente, Lebbick volvió una mirada como el filo de un hacha hacia Terisa y Geraden.

—Me *gusta* esto. He estado luchando con este problema desde hace años, y un viejo gordo cree que puede resolverlo aullando fuera de la puerta del Rey.

Ahí viene, pensó lúgubrementemente Terisa. Ahora va a hacernos pedazos.

Estaba equivocada: el Castellano tenía más imaginación que eso. Había malicia y anticipación en su tono cuando dijo:

—Vosotros dos aún no me habéis dicho lo que quiero saber. Pero no voy a ser acusado de *excesos*. Y vosotros no vais a abandonar Orison de inmediato. Tendréis todo el tiempo que necesitéis para contarme la verdad.

»Mientras tanto, quiero que me ayudéis a interrogar a los prisioneros. Supongo que os gustará.

Ella y Geraden se miraron. La habitación no estaba tan caliente después de todo: Terisa ya no deseaba quitarse su chaquetón. El rostro de Geraden mostraba una expresión de alarma que la preocupó. Estaba tan llena con sus propios problemas que tendía a olvidar lo que él estaba sufriendo. *Quiero que me ayudéis a interrogar...* ¿Pretendía realmente el Castellano utilizarlo contra su hermano? ¿Después de lo que

ya había hecho?

Puesto que creía que Geraden la necesitaba, se puso en pie y se enfrentó al fruncido ceño del Castellano Lebbick.

—Estás buscando a Elega. —Todavía le tenía miedo. Sin embargo, se había enfrentado a él en el pasado; podía hacerlo de nuevo—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de encontrarla?

Las mandíbulas del Castellano masticaron hierro. Sin embargo, pese a su ira, le respondió. Parecía extrañamente impotente, como si no tuviera ninguna otra posibilidad.

—Eso depende de cuántos pasadizos secretos conozca. No puedo disponer de los hombres suficientes para registrarlos todos a la vez.

—Comprendo. —Había esperado aquello. No era importante, sin embargo. La siguiente pregunta era la que importaba. Como si no estuviera apuntando en una dirección completamente distinta, quiso saber—: ¿Es cierto que tus hombres no han encontrado al campeón?

¿Es cierto que tus hombres no han encontrado a Myste?

—Esos jodidos Imageros —gruñó Lebbick—. No, mis hombres no han encontrado al *campeón*. Y eso no tiene sentido. Tiene que haber dejado un rastro. Necesita comer, ¿no? Tiene que haber hecho incursiones en algunos poblados en busca de comida. Y eso no es el tipo de cosas que un granjero o un campesino olviden. Aunque fuera directamente hacia Cadwal, deberíamos poderlo seguir al menos hasta allí. Pero mis hombres ni siquiera han hallado *rumores* de él.

»O bien está muerto bajo un ventisquero en alguna parte, o Gilbur y Vagel lo trasladaron a un lugar seguro. O le brotaron alas y se marchó volando. Dímelo tú.

»En cuanto al felino de fuego —Lebbick se encogió lúgubrementemente de hombros—, simplemente desapareció. Deben de haberlo enviado de vuelta al lugar de donde vino.

Pero, ¿y Myste? ¿Qué le había ocurrido a Myste?

Si el hombre por el que había arriesgado su vida había desaparecido, ¿qué había hecho ella?

—Castellano —intervino Geraden. Terisa le había dado tiempo suficiente para recobrar el control de sí mismo—. Si estás planeando contarle a Nyle mentiras acerca de Elega, no me querrás contigo. Él me conoce demasiado bien. Leerá la verdad en mi rostro. No seré capaz de ocultársela.

Lebbick miró al Apr. Por segunda vez, su rostro sufrió una extraña transformación. Terisa esperaba que estuviera lívido, pero no lo estaba. Tomado por sorpresa, se mostró abierto, accesible al dolor: Geraden había herido sus sentimientos.

—No tengo intención de mentirle a nadie —dijo severamente, pero su severidad no era furia—. Yo no digo mentiras.

—Lo siento —dijo de inmediato Geraden, abrumado por el cambio en el Castellano—. Ya sabía eso. No estoy pensando correctamente.

—Tampoco importaría aunque lo hicieras. —El tono del Castellano Lebbick era rudo, pero su intención podía haber sido amable—. Por importante que el Tor piense que eres, tú no causaste todo este embrollo. El Príncipe Kragen le dijo a tu hermano una sarta de estupideces. Conozco a Margonal. No se ha convertido de pronto a la benevolencia y a la paz. Ha estado planeando invadir Mordant desde que supo lo del Rey Joyse.

»Venid.

Echando a un lado la disculpa de Geraden junto con su propia y extraña vulnerabilidad, el Castellano se dirigió a buen paso hacia la puerta.

La sala de guardia que daba acceso a las mazmorras de Orison parecía igual que la otra vez que Terisa la cruzó con Artagel para hablar con el Maestro Eremis. Pese a su semejanza con una tosca taberna —sus mesas de caballete y burdos bancos, sus camastros y su chimenea, su barra—, su función defensiva era inconfundible. Los armeros alineados en las paredes contenían suficientes picas y espadas como para equipar a cuarenta o cincuenta hombres. Y la propia sala era el único camino de entrada y salida a los corredores que conducían a las celdas.

Recordar al Maestro Eremis hizo que el corazón de Terisa vacilara. Había abandonado Orison sin acudir a ella, sin cumplir su promesa. El deseo la invadió.

Si la sala no había cambiado, los hombres en cambio sí lo habían hecho. No eran apáticos e indisciplinados: se pusieron en pie y firmes apenas vieron llegar al Castellano.

Saludó a su capitán y cruzó la sala sin decir nada.

Geraden se encogió de hombros e hizo una mueca de compañerismo a los guardias mientras él y Terisa seguían al Castellano. Uno o dos de ellos le devolvieron ligeramente el saludo con la *cabeza*, pequeños signos de que comprendían sus circunstancias.

El aire más allá de la sala de guardia seguía siendo húmedo e invadido por el olor de la paja putrefacta y recuerdos de torturas, con un asomo de sangre vieja. Las poco frecuentes linternas parecían crear más penumbra que iluminación; el corredor se curvaba una y otra vez, como si condujera a los lugares más tenebrosos del alma de Orison. El Castellano Lebbick tomó uno de aquellos giros, luego otro, y alcanzó la zona de las celdas.

Por encima de los hombros de sus dos acompañantes, Terisa vio dos guardias que avanzaban hacia ellos por el corredor. Caminaban en fila india, al parecer sosteniendo algo pesado entre ellos.

Un instante más tarde, se dio cuenta de que llevaban unas parihuelas.

El pánico ascendió al rostro de Terisa.

Pensó torpemente: ¿Nyle?

Cuando el Castellano Lebbick se apartó hacia un lado del corredor, sin embargo, y los guardias hacia el otro, vio que el hombre tendido en las parihuelas no era Nyle.

—¡Artagel! —exclamó Geraden, con alivio y consternación—. Se supone que debes permanecer en la cama.

Los guardias se detuvieron, y Artagel se alzó sobre un codo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —restalló el Castellano—. Esto no es asunto tuyo. Ya he perdido un hombre hoy, junto con mi mejor oportunidad de atrapar al maldito hijo de Margonal. No necesito que te desangres, además de mis otros problemas.

—¿Estás bien? —interrumpió Geraden. De pronto, todo lo que tenía que decir se atropello en su boca—. No había otra forma de detenerle. No pude convencerle. Él nos salvó. Hubiera podido dejar que nos mataran, pero no lo hizo. Esto me hace sentirme enfermo. Le golpeé... —Su voz se quebró; no pudo seguir. Todo su rostro ardió en busca del perdón de Artagel.

Pero Artagel no miró a Geraden.

—Es mi hermano —respondió al Castellano, con una voz como un cascarón vacío. Parecía como si hubiera tenido una recaída febril; su boca había perdido su rictus de humor, y sus ojos brillaban como piedras pulidas—. Tenía que verle.

Uno de los guardias se encogió de hombros, sin dejar de sostener las parihuelas.

—No pudimos convencerle, Castellano. Si no lo llevábamos, hubiera venido andando.

El Castellano Lebbick ignoró a los guardias. Miró fijamente a Artagel y preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

Con una sorprendente fuerza, Artagel tendió una mano, sujetó la banda del Castellano y tiró de ella para hacer que se le acercara.

—Me dijo la verdad. Se metió en esto porque ama a esa loca mujer. Y porque cree que es lo correcto. Alguien tiene que salvar Mordant. Cree que Margonal es nuestra única esperanza. —Mirándole, Terisa comprendió que no estaba furioso. Cuando estaba furioso, sonreía. No, lo que sentía ahora era algo cerca-no a la desesperación—. Ella le habló de todo excepto de su parte en los planes de Kragen. No sabe dónde está ni lo que está haciendo.

Por su parte, el Castellano Lebbick estaba furioso por los dos.

—¿Esperas que me crea esto?

—¿Artagel? —insistió Geraden—. ¿Artagel?

Artagel sostuvo la mirada del Castellano. Lentamente, soltó la banda y se dejó caer en las parihuelas.

—No me importa si me crees o no. Ni siquiera me importa si lo torturas. Es un hijo del Domne. No importa lo que hagas, esto va a matar a mi padre.

Geraden alzó una mano y la aplastó contra su boca, como para ahogar un grito.

El Castellano se irguió. Su rostro no mostró ningún relajamiento. Sin embargo, dijo:

—De acuerdo. Intentaré creerle por un tiempo y ver qué pasa.

Por primera vez, Artagel volvió sus ojos hacia Geraden. El ángulo de la luz de una de las linternas llenó su rostro de sombras.

Geraden se estremeció. Terisa nunca lo había visto parecerse más a un cachorrillo acurrucándose porque había ofendido a alguien a quien quería y no sabía qué hacer al respecto. Necesitaba comprensión si no perdón, necesitaba algún tipo de consuelo de su hermano.

No lo obtuvo.

—Tú eres el listo de la familia. —La voz de Artagel seguía tan seca como la fiebre—. Encuentra a esa mujer y deténla. Si no lo haces, y si ella nos traiciona..., te juro que no voy a dejar que los hombres de Margonal entren aquí, no importa quién me diga que me rinda. Lucharé contra todos ellos si debo hacerlo.

Como respuesta, el rostro de Geraden se crispó como si estuviera a punto de vomitar.

—Oh, sacadlo de aquí —gruñó el Castellano Lebbick a los guardias—. Volved a meterlo en la cama. Atadlo a ella si es necesario. Luego llamad a su médico. Este aire lo está volviendo loco. En estos momentos es incapaz de luchar incluso contra una mujer tullida y embarazada.

—Sí, Castellano. —Los guardias encajaron los hombros y llevaron a Artagel en dirección a la sala de guardia.

—¿Geraden? —Terisa apoyó una mano en el brazo del Apr y notó la presión que anudaba sus músculos—. No hablaba en serio. Todavía tiene fiebre. No hubiera debido salir de la cama. —Estaba tan dolido que sintió deseos de abrazarlo, pero la presencia del Castellano Lebbick se lo impidió—. Escúchame. No pretendía echarle la culpa.

El Apr se volvió hacia ella. La penumbra ocultó sus ojos. Estaba de espaldas a la linterna; las líneas de su rostro eran oscuras. No respondió a lo que ella había dicho. Pero siguió mirándola cuando se dirigió al Castellano:

—Eso sólo deja a la criatura que nos atacó. —Su tono era tan vacío como una de las celdas—. ¿Qué crees que puedes averiguar de ella?

—Eso depende —respondió Lebbick—. Tú eres el estudiante de la Imagería. Dímelo tú. ¿Hay alguna posibilidad de que hable algún lenguaje que podamos comprender?

Geraden había hablado una vez de este tema con Terisa; ahora no lo hizo.

—Probémoslo.

Él y Lebbick siguieron andando por el corredor..., y una oscura figura pasó junto a ellos, apresurándose hacia la celda de la criatura.

—Nadie me dice nunca nada —murmuró el hombre al aire, mientras pasaba.

Terisa captó un atisbo de su rostro y reconoció al Adepto Havelock.

¿El Adepto Havelock?

Automáticamente, el Castellano sujetó su espada; luego volvió a encajarla en su vaina. Con Geraden, siguió al viejo loco.

Saltando a repentinas conclusiones, Terisa corrió tras ellos.

Se movían demasiado rápido; no podría alcanzarlos a tiempo. Aferrada por una repentina alarma, exclamó:

—¡No le hagáis ninguna pregunta!

El Castellano Lebbick se volvió hacia ella tan inesperadamente que Geraden chocó contra él. Su colisión envió al Apr tambaleándose contra los barrotes de una celda. Maldiciendo fuertemente, Lebbick sujetó a Terisa del chaquetón y la acercó a él de un tirón.

—¿Que no le hagamos ninguna pregunta?

—Eso es. Las preguntas todavía lo pondrán peor. —El aliento del Castellano era seco e intenso. Deseó poder explicarse claramente, pero todo estaba ocurriendo demasiado rápido—. Puede decirnos algo. Pero no si le hacemos alguna pregunta.

—Mi dama —susurró el Castellano Lebbick entre dientes—, ¿cómo sabes eso?

—Él me lo dijo.

—¿Él te lo *dijo*?

Afortunadamente, Terisa no tuvo oportunidad de pensar en lo que iba a decir. Una oportunidad de pensar hubiera sido también una oportunidad de cometer un error, de revelar accidentalmente algo. Casi sin vacilar, repitió:

—Él me lo dijo. Supongo que deseaba hablar conmigo. Pero yo no comprendí. Cuando no obedecí, casi tuvo un ataque.

El Castellano hizo más firme su presa sobre ella. Su sonrisa le hizo parecer loco, casi fuera de control. Un segundo más tarde, sin embargo, dejó caer las manos y fue de nuevo tras el Adepto Havelock.

Geraden había llegado ya al lado del Adepto. Permanecían juntos de pie delante de la celda. La luz de una lámpara iluminaba desde dentro la reja.

Un gruñido resonó en el corredor. Cuatro peludos brazos con garras en los dedos saltaron por entre los barrotes, intentando alcanzar a Geraden. Éste saltó hacia atrás justo a tiempo.

Vehementemente, el Adepto Havelock se llevó los pulgares a sus fosas nasales y agitó el resto de sus dedos hacia la criatura, como un niño intentando hacer que su rostro pareciera lo más horrible posible.

El Castellano Lebbick agarró a Havelock por la parte posterior de su sobretodo y tiró de él hasta situarlo a una distancia segura de los barrotes. Cuando Terisa se reunió con los tres hombres, la criatura estaba aferrada a la reja con cuatro manos. Su



pecho subía y bajaba agitadamente, y los bigotes de gato que rodeaban sus ojos se contorsionaban como si fueran armas. Quizá estuvieran envenenados, pensó, mientras lo miraba. Aunque sus rasgos eran completamente alienígenas, prometían claramente violencia.

Barrida más allá de la racionalidad por lo extraño de la criatura, la inesperada aparición del Adepto, la presencia de demasiadas preguntas sin respuesta, Terisa observó, con un tono de lunática calma:

—Seguro que hoy hará más frío.

Intentando atraer a Havelock para que hablara con ella.

Éste no miró en su dirección. Primero se pellizcó los labios con los dedos y los separó, exhibiendo una loca sonrisa. Luego comentó:

—He oído hablar de éstos, pero nunca había visto ninguno antes.

El Castellano empezó a estallar. Geraden colocó una mano sobre su pecho para detenerle.

Inmediatamente, la garganta de Terisa se volvió seca. Tuvo que tragar saliva varias veces antes de ser capaz de decir:

—Hoy salimos a cabalgar. Casi me morí de frío.

Havelock experimentó con otra monstruosa cara, pero no produjo ningún impacto discernible en la criatura.

—Un par de los Imageros de Vagel hablaron de ellos —murmuró—. No el propio Vagel. Pero estaba ansioso. En el espejo, todo lo que hacían era perseguir cosas para matarlas. Y parecían capaces de encontrar lo que perseguían sin necesidad de verlo. Pasaban por el espejo en enjambres. Pero eran obviamente inteligentes. Habían domesticado animales que usaban como monturas. Vagel deseaba todo un ejército de ellos.

En un esfuerzo por mantener al Adepto hablando, Terisa dijo las primeras palabras que pasaron por su cabeza:

—Estábamos siguiendo al hermano de Geraden, Nyle. Fue a encontrarse con el Príncipe Kragen.

Geraden se estremeció.

—Correcto —respondió Havelock, como si estuviera completamente de acuerdo—. Festten siempre interfiriendo. —Exhibió sus dientes en una sonrisa carente de humor, luego se llevó los pulgares a las orejas y estiró sus ojos hasta convertirlos en rendijas con los demás dedos—. Si Vagel tuviera su propio ejército, no necesitaría al Gran Rey. Festten encontró formas de interrumpir la investigación antes de que esos dos Imageros pudieran terminarla. Finalmente, uno de ellos desapareció. Creo que fue muerto.

Terisa hizo todo lo posible por mantener unidos sus pensamientos. Su concentración estaba hecha pedazos. Había matado...

¿Qué estaban investigando los Imageros? ¿Qué les impedía trasladar el ejército que el archi-Imagero deseaba?

¿Era el lenguaje?

Dirigiendo una muda disculpa al Apr, dijo:

—Intentamos detener a Nyle. Entonces fue cuando nos atacaron. Iban tras de Geraden, no de mí.

El Adepto le dirigió una risita tan aguda e inesperada como un gorjeo.

—Sé exactamente lo que quieres decir. —La luz de la lámpara hacía que sus ojos parecieran lechosos, como si se estuviera volviendo ciego.

De una de sus mangas extrajo el trozo de espejo del tamaño de una palma que Terisa le había visto usar dos veces como un arma.

Por un momento que pareció no tener duración mensurable, le miró boquiabierta mientras el Adepto murmuraba algo al cristal y pasaba la mano sobre él. Luego, un hormigueo de intuición la advirtió, y se lanzó hacia delante, intentando sujetar su muñeca.

Falló. Havelock ya se había vuelto.

Benditamente ignorante de ella, enfocó su cristal y lanzó un rayo tan ardiente que la criatura estalló en llamas como un puñado de astillas.

Con un aullido de inarticulada frustración y rabia, el Castellano empujó a Havelock a un lado. Instantáneamente, el rayo se detuvo cuando el Adepto Havelock chocó contra la pared y cayó al suelo.

Pero la criatura ardió como una antorcha. Ningún sonido brotó de ella; no retrocedió ni agitó los brazos ni soltó su presa sobre los barrotes. Lentamente, lentamente, se derrumbó contra la reja.

Como al ralenti, Terisa sintió un estallido de calor. El hedor del pelaje abrasado y de la siseante carne llenó el aire.

Incapaz de controlar sus reacciones, se dejó caer de rodillas. Allá, más cerca del suelo, el aire era aún frío. El olor a podrido de la paja, sin embargo, fue demasiado para ella. El Adepto Havelock se había levantado apoyado sobre manos y rodillas para observar a la criatura. Cuando vio que ella le estaba mirando, le dirigió un enorme guiño conspirador.

Luego la oscuridad cayó sobre ella, y se derrumbó como si se estuviera desvaneciendo hacia dentro.

## Anticipando el desastre

Tuvo la clara impresión de que había permanecido largo tiempo sin conocimiento.

Un hombre inclinado sobre ella: recordaba eso. Pero, ¿quién era? ¿El Maestro Eremis? La idea le causó una sensación líquida en la boca del estómago. No quería permanecer inconsciente. Si él tenía que tocarla de alguna forma, no deseaba perderse.

Ahora, sin embargo, la figura que estaba con ella se parecía más a una mujer. Gradualmente, se dio cuenta de que no estaba tendida en el suelo de las mazmorras. Por una parte, se sentía caliente, realmente caliente..., hasta la punta de los dedos de los pies. Debía haber una cama bajo ella; ninguna piedra era tan blanda. Y mantas...

Con un esfuerzo, abrió los ojos.

Sobre ella colgaba el familiar dosel de plumas de pavo real de su cama.

Saddith cruzó su mirada con la de ella y llamó suavemente:

—Geraden, creo que está despertando.

De inmediato, Geraden estuvo a su lado. Su rostro estaba tenso por la fatiga y la preocupación, y su expresión era desolada; pero, cuando la miró a los ojos, sonrió como si ella consiguiera que todas las cosas del mundo volvieran a estar bien.

—Gracias a las estrellas —murmuró con voz ronca—. Me alegra verte de nuevo consciente.

Ella tosió, con la garganta llena de pegajoso algodón.

—¿Cuánto tiempo he estado sin sentido?

—Bastante.

Saddith dejó escapar una risa líquida.

—Mi dama, el Apr está borracho por ti. Cada momento que tus ojos no están abiertos es para él «bastante» como para alarmarlo. Necesitabas terriblemente descansar. Cuando hayas comido y —frunció la nariz— te hayas bañado, te sentirás lo bastante bien como para reírte de su preocupación.

Terisa captó el débil olor a paja podrida. Parecía estar en su pelo. Y en... Su chaquetón estaba colgado del respaldo de otra silla, pero ella seguía llevando sus ropas bajo las mantas. El olor estaba también en su camisa y pantalones. Cuando alzó las mantas, recibió una suave bocanada en su rostro.

Echó las mantas a un lado y dejó que Saddith y Geraden la ayudaran a sentarse en el borde de la cama. Un brillante fuego crepitaba en la chimenea, y la criatura había ardido...

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

La sonrisa de Geraden se crispó.

—No mucho. Perdiste el sentido. El Adepto Havelock se fue. El Castellano

maldijo a todo el mundo. Uno de los médicos y yo te trajimos aquí. Dijo que te pondrías bien, pero yo no le creí. —Desvió la mirada—. Saddith me ha estado contando la historia de su vida para impedir que gritara mientras tú dormías.

—¿Por qué...? —Terisa se pasó los dedos por su pelo, luego hizo una mueca ante el olor apesado en él. Tuvo que inspirar profundamente para conseguir que su cabeza dejara de girar—. ¿Por qué mató el Adepto Havelock a esa pobre...?

Ante aquello, la expresión de Geraden se volvió dura.

—Está loco. Incluso aunque supiéramos por qué hace las cosas, tampoco tendrían sentido.

—Yo puedo explicarlo —dijo Saddith con tono provocativo—. Si los rumores son ciertos, el Adepto no ha tenido ninguna mujer desde que regresó de Cadwal. —Dio un codazo a Geraden en las costillas—. Todos los hombres acaban locos si no se acuestan con una mujer con la frecuencia necesaria.

Por ninguna clara razón, Geraden pareció enrojecer.

Terisa tenía que apartar de su mente la inmolación de la criatura. Tenía que apartar de sus ropas y de su pelo aquel olor. Ignorando a Saddith, le dijo a Geraden:

—No lo comprendo. ¿Por qué esos Imageros que trabajaban con Vagel no trasladaron el ejército que éste deseaba? ¿Qué investigaciones tenían que hacer?

Rápidamente, como si se sintiera aliviado por su pregunta, Geraden respondió:

—No tengo ninguna forma de saberlo, por supuesto..., pero estoy seguro de poder adivinarlo. Hemos hablado de lenguaje. —Observó intensamente el rostro de Terisa—. Cuando la cábala del archi-Imagero tropezó con una Imagen de lo que les parecía el guerrero ideal, no tenían ninguna forma de saber si r podrían hablar con él. No sabían que la cuestión del lenguaje era resuelta por la propia traslación. Eso era lo que necesitaban investigar.

Dejó escapar una hosca risa.

—En cierto sentido, es divertido. Tanto el Gran Rey Festten como el archi-Imagero hubieran podido tener a su disposición todo un ejército de esas criaturas, si simplemente hubieran creído lo mismo que cree el Rey Joyse. Hubieran podido derrotarle.

»Ahora nunca sabremos la respuesta —concluyó amargamente.

Terisa asintió, dejando que Geraden empujara hacia atrás los recuerdos de los que deseaba escapar. Por su parte, sin embargo, Saddith no parecía particularmente complacida con aquel giro de la conversación. Tan pronto como Geraden se detuvo, dijo:

—Mi dama, no tengo ni comida ni agua para el baño preparadas para ti. No sabía cuándo despertarías. Pero ambas cosas pueden serte proporcionadas casi inmediatamente. Con tu permiso, iré a buscar lo que necesitas.

—Gracias. —Como de costumbre, los ojos de Terisa fueron atraídos hacia la

abierta blusa de Saddith, tensa sobre sus pechos. Hizo un esfuerzo por alzar la cabeza a fin de que no pareciera que le hablara al pecho de la doncella—. Te lo agradezco.

Como respuesta, Saddith lanzó una picante mirada a Geraden.

—Te lo advierto —le dijo taimadamente al Apr—. Volveré demasiado pronto para lo que deseas. Incluso los jóvenes más calientes necesitan una cierta cantidad de tiempo.

Riendo, abandonó los aposentos.

Terisa se puso experimentalmente en pie.

En su prisa por ayudarla, Geraden se lanzó hacia delante. Desgraciadamente, perdió el equilibrio y casi cayó sobre la cama. Terisa tuvo que sujetarle a él en vez de ser sujeta por él.

Maldiciendo contra sí mismo, Geraden se apartó. Al parecer, había perdido el equilibrio en más de un sentido. Ahora parecía como si estuviera al borde de las lágrimas.

¿Geraden? ¿Qué ocurre? No estaba segura de lo que estaba viendo. O no estaba segura de sí misma. No se sentía particularmente en buena forma. De hecho, se sentía horriblemente. ¿Dónde estaba el Geraden que siempre cuidaba de ella como si fuera la persona más importante de su vida?

Tontamente, dijo las primeras palabras en las que pudo pensar que no tenían nada que ver con lo que sentía:

—Creí verte enrojecer. ¿Qué estabais haciendo realmente tú y ella mientras yo dormía?

Él se envaró. Mientras se retiraba a su silla, se permitió desviar el rostro por un momento. Cuando se sentó, sus rasgos estaban encajados en duras líneas, como si estuviera furioso. Sin embargo, ella sabía que no estaba furioso. Sus ojos ardían con pesar.

—No comprendo a esa mujer —murmuró, sin cruzar su mirada con la de ella—. Quiero decir, sí la comprendo. No soy tan ignorante como ella piensa. Simplemente, no tiene sentido para mí. —Frunció el ceño ante su propia confusión—. Mientras estabas dormida, ella no me contaba la historia de su vida. Estaba persuadiéndome de que me acostara con ella aquí mismo, en el suelo.

Por alguna razón, Terisa no encontró aquello divertido. De inmediato, los músculos en torno a su corazón se contrajeron.

—Dijo que no había tenido ningún hombre desde hacía tiempo. Hablaba de ello como si simplemente se estuviera rascando algún tipo complicado de prurito. Por supuesto, en estos momentos hay probablemente doscientos hombres a tiro de piedra de nosotros que se sentirían muy contentos de complacerla. Pero ella no desea hacer nada que pueda alejar al hombre en quien realmente está interesada. Tengo la impresión de que ahora está lejos. Sea quien sea. —Suspiró, pero aún no consiguió

mirar a Terisa—. Dijo que yo no tenía por qué preocuparme porque mi corazón estaba puesto en ti, no en ella. Y que ella me haría un favor enseñándome lo que debía hacer con tu cuerpo cuando finalmente pusiera mis manos en él.

»No pude meterle en la cabeza que si seguía hablando de esa forma me haría vomitar.

—¿Por qué? —Terisa intentó sonar casual, pero no lo consiguió—. ¿No la consideras atractiva?

El rostro de Geraden era frío cuando lo volvió hacia ella.

—Por supuesto que es atractiva. Una pared de piedra sería atractiva si tuviera su apariencia. Es su actitud lo que no me gusta. Hay más cosas en el amor que simplemente rascar tus pruritos.

»Dime una cosa. —Ahora estaba furioso—. Hace algún tiempo, creo que fue la primera mañana del deshielo..., yo estaba aquí contigo, y Saddith entró. Tú le preguntaste dónde estaba el Maestro Eremis.

El nudo en torno al corazón de Terisa se apretó más.

—En aquel momento, pensé que era una pregunta extraña. No quise ser curioso. Pero, cuanto más pienso en ello, más extraño me parece. ¿Por qué se lo preguntaste a ella? ¿Qué sabe ella del Maestro Eremis?

Saddith había intentado seducir a Geraden. Terisa se sentó en la cama para ocultar el hecho de que estaba temblando..., y controlarlo. Con voz débil, manteniendo sus emociones a distancia porque las temía, dijo:

—Tiene una aventura con él. Me ha hablado de ello. —Nunca sería capaz de admitir que había visto al Maestro Eremis y a Saddith juntos—. Creo que piensa que, si se acuesta con los suficientes hombres, terminará siendo la reina de Mordant.

Al cabo de un momento, él murmuró:

—Eso lo explica. —Ya no parecía furioso. Sonaba decaído y solo.

Bruscamente, se puso en pie.

—Recibí un mensaje antes, Artagel ha sufrido una recaída. Su médico dice que es algo temporal. Se pondrá bien. Pero tengo que ir a verle. Saddith volverá pronto. Puede que esto no te alegre, pero al menos tendrás algo de comida y un buen baño.

Incapaz de impedir que se reflejara su aflicción, se volvió para marcharse.

—Geraden, espera. —La visión de su espalda alejándose pareció empujarlo todo dentro de ella en una dirección distinta. Se puso en pie de un salto, tendió hacia él una mano que Geraden no pudo ver—. No te vayas.

Él se detuvo en el umbral. Su voz se negaba a salir de su garganta, sus hombros estaban hundidos como si los estuviera encogiendo sobre el dolor en su pecho.

—Tengo que hacerlo.

—Por favor —dijo ella—. He sido muy egoísta. Has sido siempre tan bueno conmigo que he olvidado que tú también tienes problemas personales. Por favor,

cuéntame qué ocurre.

Él no se movió. Lentamente, adelantó una mano para sostenerse en el marco de la puerta.

—Terisa —dijo, con voz dolida—. Todo este embrollo es culpa mía.

—No, no lo es. —Estaba dispuesta a defenderle de inmediato—. Tú no eres el Príncipe Kragen. Tú no eres Elega.

Él alzó su mano libre hacia el rostro de ella.

—Nyle tenía razón. He sido un estúpido en todo. Él estaba haciendo lo que creía que era correcto. Pero también estaba haciendo algo que no causaría ningún daño serio si resultaba estar equivocado. Eso es importante. No era necesario preocuparse por él. No representaba ninguna amenaza. Tú y yo hubiéramos debido volver a Orison de modo que Ribuld pudiera seguir con Argus. Hubiéramos debido contarle al Castellano Lebbick todo lo de Elega.

Lentamente, su voz fue adquiriendo toques férreos, como los golpes de un cincel. Cortaba las palabras como fragmentos de piedras.

—Tú no estarías aquí si yo no me hubiera equivocado con aquella traslación. El campeón estaría aquí en tu lugar. O se hubiera negado, en cuyo caso no hubiera sido trasladado contra su voluntad. Los muros de Orison estarían intactos. Y Myste seguiría aquí. Si alguien puede detener a Elega, es ella.

—Geraden. —Terisa avanzó hacia él; tentativamente, apoyó las manos en su espalda. Parecía como si estuviera atado con cuerdas para evitar que estallara. El lado adolescente de él estaba muriendo. Se estaba viendo despedazado pieza a pieza, privado de las cosas que amaba, las cosas que lo sostenían—. Por favor, Geraden.

Hubiera debido decírselo.

Él había ido demasiado lejos para detenerse.

—El Monarca de Alend va a tomar Orison. Es imposible, *tendría* que ser imposible,... , pero va a hacerlo. Y es culpa mía. Estuve *prometido* a esa mujer. Quizá no tengamos mucho en común, pero creía conocerla mejor que eso. Primero Nyle. Ahora ella. Todo lo que quiero...

Su garganta se cerró. Terisa lo notó luchar para volver a abrirla. Luego dijo:

—Artagel tiene razón. Esto va a matar a mi padre.

Hubiera debido decírselo hacía mucho tiempo.

—Geraden, no te hagas esto a ti mismo.

Sin advertencia, él se volvió para enfrentarse a ella. Sus mejillas estaban llenas de lágrimas, pero no parecía estar llorando: su aspecto era flagrantemente infeliz, casi enloquecido por el desprecio hacia sí mismo y sus errores.

—Artagel piensa que es culpa mía. —Habló suavemente..., tan suavemente que parecía inalcanzable—. Esperaba eso de Nyle. Pero Artagel piensa que es culpa mía también.

—*Geraden*. —Terisa había rebasado el límite de lo que podía soportar. Para afirmarse, porque tenía miedo, se sujetó a la pechera de él con ambas manos—. No estás equivocado. No sé por qué..., o cómo. Pero no estás equivocado.

«¿Recuerdas el augurio? ¿Recuerdas haber visto jinetes? —*Tres jinetes. Avanzando a lomos de sus monturas, directamente fuera del cristal, cabalgando duro, de tal modo que la tensión en los hombros de sus caballos era tan clara como el odio en los filos de sus alzadas espadas*—. Yo los vi..., soñé con ellos antes incluso de ver el augurio. Antes incluso de conocerte a ti. Tuve un sueño que era exactamente igual a una imagen del augurio.

Escrutó su rostro, y vio sorpresa y desconcierto, con un asomo de alegría.

—Entonces, *hay* una razón —jadeó, maravillado—. No estaba equivocado. Tú eres el campeón.

—No sé por qué —repitió, insistió, ella. Era el único regalo que podía hacerle, el único consuelo que podía darle—. No sé cómo. Pero hay una razón. No te equivocaste.

Como respuesta, el rostro de él se fue iluminando cada vez más, como si estuviera ardiendo. Sus brazos se cerraron en torno a ella; su boca descendió hacia la de ella.

Ardientemente, ella rodeó el cuello con sus manos y le besó.

Permanecieron abrazados hasta que Saddith regresó con una bandeja llena de comida y acompañada de un hombre que llevaba agua para el baño.

Después de comer, hicieron lo que pudieron para prepararse para el inminente sitio.

A mediodía del día siguiente, el Castellano Lebbick había desplegado virtualmente todos los guardias del Rey en Orison, eligiéndolos según sus responsabilidades para la defensa y mantenimiento del castillo, y acantonándolos allí donde podía encontrarles sitio. Cuando los barracones estuvieron ya abarrotados, fueron puestos nuevamente en uso algunos de los corredores y zonas abandonados. Los cocineros se quejaron del trabajo extra. Los sirvientes y sirvientas cuyos trabajos incluían la limpieza se quejaron también vehementemente. Pese a todo, Orison engulló las tropas adicionales.

El trabajo de cerrar la brecha con un muro cortina prosiguió.

Al mismo tiempo, los exploradores cruzaron el Demesne hacia el Care de Armigite. Aunque les hubiera sorprendido encontrar tan pronto al ejército del Monarca de Alend, empezaron a moverse con cautela.

Durante la noche habían regresado los hombres que rastreaban al Príncipe Kragen. El Pretendiente de Alend había despistado a sus perseguidores de la manera más simple posible: cabalgando por los hollados caminos, donde su rastro era indistinguible del de todos los demás. Este informe hizo que el Castellano maldijera extensamente, pero no había nada que pudiera hacer para cambiar la situación.



Nada se supo de los guardias que estaban intentando descubrir de dónde habían procedido los atacantes alienígenas de Geraden.

La mayoría de los granjeros y comerciantes de las inmediaciones del castillo habían empezado a vaciar sus corrales, graneros y almacenes y trasladarlos a Orison. Mucha de la gente que aún vivía en los pueblos recordaba cómo había sido la vida antes de que el Rey Joyse tomara el poder sobre Mordant y creara la paz por la fuerza de su buena mano derecha. Animaron a la gente a su alrededor a que se pusiera en movimiento.

Las abuelas y los rebaños de cabras no se movían rápidamente..., pero se pusieron en camino.

Como resultado de todo ello, el patio hervía de actividad, y una atmósfera ajetreada permeaba los pasillos. La situación hubiera podido degenerar fácilmente en el caos y la cólera. El Castellano Lebbick, sin embargo, conocía su trabajo..., y sus hombres conocían sus órdenes. La mayor parte de la población recién llegada encontró un lugar y se instaló sin darse cuenta de lo cerca que eran supervisados. Y aquellos que se dieron cuenta probablemente no sospecharon que la principal prioridad de los guardias no era mantener el orden, sino más bien asegurarse de que los espías o la gente de Alend no se deslizara subrepticamente dentro de Orison.

Satisfecho con los progresos de sus preparativos, el Castellano Lebbick hizo una visita al Maestro Barsonage.

El resultado de aquella visita fue menos satisfactorio. Puesto que los Maestros habían considerado adecuado interferir en los asuntos de Mordant trasladando a su campeón, el Castellano argumentó que ahora no podían pretender quedarse al margen de lo que estaba ocurriendo. En consecuencia, era responsabilidad suya ayudar en la defensa de Orison y de su Rey. Eso parecía bastante claro.

Pero el Maestro Barsonage replicó con la más traicionera información de que la Cofradía había sido disuelta. Paralizados por los mismos ideales que los habían unido, los Maestros no podían ponerse de acuerdo en nada. No tenían propósitos creíbles. El Castellano Lebbick era libre de acudir individualmente a los Imageros que considerara adecuados —al contrario que el Maestro Eremis, la mayoría se habían quedado en Orison—, pero no podía esperar una decisión o acción concertada. El abandono de la Cofradía por parte del Rey Joyse había llegado finalmente a su conclusión lógica.

Echando humo, el Castellano Lebbick se marchó.

Por su parte, el Tor habló con el Rey Joyse. O, más exactamente, habló *al* Rey Joyse. Suplicó y exigió; murmuró y gritó. Adoptó una actitud lúgubre, e intentó sinceramente adoptar una actitud noble. Desgraciadamente, no recibió nada a cambio de sus esfuerzos excepto una sonrisa más bien tensa y la ausente afirmación de que el Rey estaba seguro de que su viejo amigo el Tor haría lo que él, el Tor, creyera lo

mejor. El Rey Joyse estaba demasiado ocupado intentando resolver el último rompecabezas de brinco que el Adepto Havelock le había planteado para ser distraído por el simple hecho de que el ejército de Alend fuera a poner sitio al castillo. Sin embargo, se mostró irracionalmente furioso cuando el Tor se arriesgó a mencionar a dama Elega. Finalmente, el Tor renunció y se retiró al solaz de su frasco de canciller.

En cuanto a Elega, dos pelotones de guardias habían registrado lo que llamaban cuarenta kilómetros de pasadizos secretos de Orison sin encontrarla. El Castellano los devolvió al principio para que empezaran de nuevo.

Paseando arriba y abajo por la alfombra con el dibujo de plumas de pavo real del saloncito de Terisa, Geraden preguntó:

—Pero, ¿qué puede *hacer* ella? —Terisa había olvidado ya cuántas veces había hecho la misma pregunta, pero al menos Geraden tenía la decencia de no esperar una respuesta—. Quiero decir, párate a pensar en ello. Ha prometido esencialmente que le entregará Orison al Príncipe Kragen de su propia mano. Y él lo ha creído. Pero él sabe lo que es sitiar un castillo. Y ha visto Orison. ¿Qué puede haberle dicho además para que él la crea?

Terisa suspiró y miró melancólicamente por la ventana.

Tal como había prometido, Mindlin trajo sus nuevos vestidos para una prueba preliminar. Terisa tomó algunas decisiones arbitrarias, aceptó unos cuantos ajustes; el modisto se fue.

Ella regresó a la ventana. Aunque le encantaba la luz del sol casi primaveral, que hacía que las colinas brillaran y los caminos fueran traicioneros, deseaba más nieve.

De hecho, la mayor parte de la hormigueante población de Orison deseaba más nieve. Pero la mañana siguiente no trajo nubes, sino una tendencia a temperaturas más elevadas. Al parecer, el clima estaba del lado de Alend.

El Castellano Lebbick, sin embargo, no perdió tiempo maldiciendo al clima. Tenía otras cosas que maldecir.

La llegada de gente y ganado y provisiones estaba yendo realmente muy bien. Por supuesto, la vida en el patio apenas era algo mejor que un caos ligeramente estructurado; y la gente que era alojada en las antiguamente no usadas profundidades del castillo tenía que enfrentarse a una humedad que no hizo más que empeorar cuando las paredes fueron calentadas por fuegos y cuerpos. Pero había sitio en alguna parte para todo el mundo. Y las nuevas provisiones y ganado compensaban el creciente número de gente que tenía que ser alimentada.

Las causas de la comprimida furia del Castellano Lebbick estaban en otra parte.

No había sabido nada de sus exploradores..., pero eso significaba buenas noticias, no malas. Por otra parte, tampoco había sabido nada de los hombres que seguían el rastro de los atacantes de Geraden. Como noticia, eso era incontestablemente malo. Dejaba abierta la ominosa posibilidad de que toda una horda de criaturas como

aquéllas estuviera reuniéndose en alguna parte para barrer Orison en el peor momento posible.

Desgraciadamente, el Castellano tenía también otras provocaciones. Una era que el Tor se negaba a dejarlo solo. Tras su fracaso en sacar al Rey Joyse de su apatía, el viejo y gordo señor insistía ahora en saberlo todo sobre las defensas de Orison. No estaba contento con generalidades: deseaba cosas específicas..., los nombres de los oficiales que habían recibido determinadas órdenes; la cantidad y disposición de algunos almacenamientos de provisiones; las rutas importantes para mover hombres y armas (y agua..., ¿estaba preparado el Castellano en caso de fuego?) a través del castillo. Las interferencias del señor eran suficientes para volver salvaje al hombre más considerado.

Como otra provocación, el Rey Joyse se negó a tomar en serio el informe de Lebbick respecto al Maestro Barsonage.

—¿Disuelta? —bufó—. Tonterías. Barsonage ha perdido los nervios, eso es todo. Encuentra al Maestro Quillón. —El Rey movió una pieza de su tablero y estudió la posición resultante—. Dile que él es el nuevo mediador. Necesito a esos Imageros.

Aunque el Castellano Lebbick royó un ultraje que empezaba a saber como la desesperación, el Rey Joyse se negó a decir nada más.

Y dama Elegía parecía haberse desvanecido sin dejar la menor huella. Los guardias no sólo no conseguían encontrarla, sino que tampoco conseguían hallar ningún rastro de ella..., ni pequeños almacenamientos de comida y agua; ni ropas; ni lámparas o velas; ni (los guardias eran concienzudos) palomas mensajeras. Todo lo que encontraban era al Adepto Havelock, que aparecía en los momentos más insospechados y los rociaba con tratados de sabiduría y decoro que hubieran hecho enrojecer a una pandilla de rufianes en un carnaval. El Adepto parecía estar pasando el mejor tiempo de su vida. Sin embargo, el Castellano Lebbick no se mostraba en absoluto divertido.

Tras su ira, y su concentración en su deber, y su decidida creencia de que ninguna mujer podía entregarlo a él y a Orison a los enemigos del Rey, estaba empezando a sudar.

—¿Crees —preguntó Geraden a Terisa— que puede tratarse de algo tan estúpido y obvio como sobornar a los guardias? Eso podría funcionar si nadie sospechara de ella. Al menos, es imaginable que pudiera arreglar las cosas para hacer que se abrieran las puertas en mitad de la noche.

Hoy estaba más calmado, lo cual aliviaba el sentido de responsabilidad hacia él de Terisa y la liberaba para sentirse peor ella. Quizá la obsesión de Geraden estaba empezando a empaparla, a volverla tensa e irritable sin ninguna razón en particular. O quizás había algo... Rechinó los dientes ante la idea. ¿Algo que sabía y que no podía recordar? ¿Algo que debía comprender?

Maldita sea.

Le frunció el ceño al Apr como si todo fuera culpa suya, e intentó extraer algo de sentido a lo poco que sabía.

—Dime una cosa. ¿Por qué Alend o Cadwal, o ambos, no han atacado Mordant mucho antes que eso?

—Temían al Rey Joyse. Temían lo que podía hacer con la Cofradía.

Ella asintió.

—¿Y por qué ataca ahora Margonal? ¿Por qué ya no tiene miedo?

—Porque ha oído —aquello resultaba doloroso de decir para Geraden—, de boca del Príncipe Kragen y probablemente de unas cuantas docenas de otras fuentes, que al Rey Joyse ya no le importa nada.

—No. —Terisa tenía la sensación de que estaba martilleando contra algo—. Eso no es suficiente. ¿Y qué si al Rey Joyse no le importa? ¿Por qué Margonal no sigue temiendo a la Cofradía? ¿Por qué no teme que los Maestros se defiendan por sí mismos, no importa lo que haga el Rey Joyse?

—Porque la Cofradía se ha disuelto.

—Él no lo sabe. *Ella* probablemente tampoco lo sepa.

Ante aquello, Geraden la miró con una nueva luz en sus ojos, como si ella se hubiera vuelto de pronto más hermosa o brillante.

—En ese caso, ella ha prometido hacer algo que impedirá que los Maestros luchen.

—Sí. —Aquello tenía sentido para ella. Por un momento se sintió recompensada, agudamente triunfante.

Pero se estaba engañando a sí misma, por supuesto. Tras examinar atentamente lo que ella había sugerido, Geraden preguntó:

—Pero, ¿qué, exactamente? ¿Qué *puede* hacer ella? ¿Qué poder tiene sobre la Cofradía?

Terisa no tenía la menor idea.

Esta vez, fue Geraden quien miró melancólicamente por la ventana.

—Te dije que un deshielo temprano era peligroso —murmuró, sin ninguna razón en particular.

El día siguiente fue nublado y triste, lleno de frío viento: parecía prometer un regreso del invierno. El Castellano Lebbick mantenía un ojo fijo en el cielo mientras se preocupaba por la persistente atención del Tor y por el hecho de que sus exploradores no habían regresado. Sin darse cuenta de ello, cayó en el esquema de anunciar, cuando no tenía nada más directo o amenazador que decir, que tenía intención de arrasar Armigite a la primera oportunidad que tuviera.

Desde un punto de vista superficial, Orison exigía mucho de él. El castillo estaba superpoblado..., y la superpoblación traía consigo tanto peleas como plagas de

bichos. La gente estaba furiosa porque se había visto obligada a abandonar sus hogares. Algunos comerciantes estaban furiosos porque todo lo que poseían les había sido requisado; otros estaban furiosos porque casi nadie podía permitirse pagar los exorbitantes precios dictados por la escasez. Los guardias estaban furiosos porque se veían confinados, o se les exigía demasiado, o se les asignaban tareas que no les gustaban. Señores y damas estaban furiosos porque la furia estaba en el aire. Todo el mundo estaba furioso porque todo el mundo estaba furioso. Y el miedo hacía que la furia fuera más urgente, justa y justificada.

La verdad, sin embargo, era que el Castellano Lebbick tenía ahora el castillo organizado de modo que funcionara casi enteramente sin él. Sus hombres sabían qué hacer; sus oficiales sabían qué hacer. Todo el mundo estaba furioso, pero virtualmente nadie sufría daño. En realidad, el Castellano no tenía nada que hacer excepto preocuparse y preocuparse..., y mantener los ojos fijos en el tiempo.

Aquella noche, lo que quedaba del pelotón que había seguido el rastro de los atacantes de Geraden regresó a Orison: dos curtidos veteranos con heridas que aún sangraban, y que la dura cabalgata había mantenido abiertas. El pelotón había sido emboscado por un número indeterminado de aquellas mismas criaturas. Y la emboscada se había producido no muy al sur del Broadwine..., no lejos dentro del Care de Tor.

Para conmemorar la ocasión, el Tor dio cuenta de un nuevo tonel de vino. Pero el Castellano Lebbick se concentraba en la nieve. Si volvía a nevar, los hombres que había enviado al Perdon, el Fayle e incluso al Termigan tal vez tuvieran tiempo de conseguirlo.

Por la mañana, el tiempo fue primaveral.

La luz del sol penetraba por las ventanas, derramando su dorada largueza sobre los suelos de piedra y las gruesas alfombras. Una brisa como un heraldo de flores soplaba a través del patio. Unas cuantas extensiones de suelo aparecieron libres de nieve en las colinas, y algunos de los distantes árboles parecían como si pretendieran brotar. Inesperadas bandadas de pájaros revolotearon sobre los tejados del castillo, se posaron en gran número en las tejas y canalones, y cantaron.

Poco después del mediodía, los exploradores del Castellano volvieron para informar que el ejército de Alend estaba ya en el Demesne. Excepto un desastre cataclísmico o una milagrosa retirada, Orison estaría bajo sitio no más tarde que el mediodía del día siguiente.

Los exploradores evaluaron que Margonal disponía de diez mil hombres —dos mil montados, ocho mil a pie—, y suficientes máquinas de guerra como para echar abajo el castillo piedra a piedra. Por lo que parecía, muchas de las máquinas eran de diseño Armigite. Al parecer, los tratos del Príncipe Kragen con el Armigite no habían sido tan simples como la historia que le había contado a Nyle.

Desgraciadamente, éstas no eran las únicas malas noticias.

Poco antes del atardecer, una trompeta anunció la llegada de jinetes. Cerca de un centenar de soldados avanzaban por el camino procedentes del Care de Perdon. Parecían viejos y cansados, como si llevaran viajando un indecente período de tiempo. Enarbolaban el estandarte del Perdon y llevaban la insignia del Perdon, y avanzaban lentamente. Todos ellos estaban heridos: faltaban miembros; se veían cabezas y pechos vendados; los rostros estaban desencajados. Muchos de los caballos cargaban con hombres muertos.

Cuando se dio cuenta de quiénes eran los jinetes, el que tocaba la trompeta cambió su nota por una endecha.

—Oh, no —gimió Terisa, mirando desde su ventana cómo se aproximaba la procesión—. Dijo que iba a hacer esto.

—Cadwal está avanzando —murmuró lúgubrementemente Geraden—. El Perdon no va a venir en nuestra ayuda. Ya está en guerra.

Luego se mordió los labios.

—Tenemos que detenerla. Si nos traiciona ahora, no nos quedará ninguna esperanza.

El Castellano Lebbick y el Tor acudieron al encuentro de los jinetes en la puerta. El Tor hizo un corto discurso. El Castellano no sabía cómo expresar su dolor o su compasión, así que guardó silencio.

A la bienvenida de Orison y las palabras del Tor, el capitán de los jinetes respondió simplemente:

—Estamos muriendo todos. El Perdon nos ordenó que viniéramos.

El atardecer de aquel día fue especialmente glorioso.

Terisa apartó su cena sin probarla. Geraden tomó un trozo de pan, hizo bolitas de miga y las fue arrojando a la chimenea. El humor en la habitación era tan sombrío como la noche al otro lado de la ventana. Ninguno de los dos había hablado desde hacía largo rato.

Finalmente, él murmuró:

—No es suficiente.

—¿Hum? —preguntó vagamente ella.

Por ninguna razón en especial, ambos habían olvidado encender las lámparas. La única iluminación procedía de la chimenea. La parpadeante luz arrojaba reflejos anaranjados y sombras al rostro del Apr; chispas de llamas prendían intermitentemente en sus ojos.

—No es suficiente —repitió—. Supongamos que Elegia conoce alguna forma de neutralizar a los Maestros. Por ejemplo, supongamos, sólo por suponer, que posee algún tipo de ácido que corroe el cristal. Y que conoce una forma de deslizarse al laborium donde se guardan los espejos. Y sabe dónde guardan todos los Maestros sus

espejos particulares. Supongamos que tiene tiempo de destruir todos los espejos en Orison. Eso es mucho..., pero no es suficiente.

Mientras hablaba, Terisa se dio cuenta con sorpresa de que el rostro de Geraden había cambiado. La luz del fuego parecía realzar una alteración en la línea de su mandíbula, los planos de sus mejillas, la forma de su ceño fruncido. La presión de los últimos días había desalojado de él al cachorrillo. Ya no parecía un hombre que tropezaba con sus propios pies y sonreía torcidamente a los resultados.

—Eso no derrotaría Orison —murmuró al fuego, hablando casi para sí mismo—. El Castellano Lebbick no se rendiría por una razón como ésa. Tiene que haber alguna otra respuesta.

Sí, se dijo ella. Tiene que haber alguna otra respuesta. Pero no estaba de acuerdo con él. Se sentía consciente y explícitamente furiosa. Se sentía furiosa con Artagel y el Castellano Lebbick y Nyle. Se sentía furiosa con el Rey Joyse, que sabía lo que le estaba haciendo a la gente que durante toda su vida había confiado en él. Estaba furiosa con los Maestros por su desdén, su nula voluntad en comprender. A ella siempre le había *gustado* la expresión como de cachorrillo de Geraden. Le había *gustado* su habilidad de tropezar consigo mismo sin tener la sensación de que la culpa de la destrucción de todo lo que amaba era suya.

¿Por qué somos *nosotros* responsables de Elegá? ¿Por qué es culpa *nuestra* el que ella vaya a traicionar probablemente a todo el mundo?

Un momento más tarde, sin embargo, sus recuerdos le trajeron otra imagen, tan vivida como el rostro de Geraden..., una imagen de dama Myste. Sentada en aquella misma habitación, Myste le había explicado a Terisa que deseaba ir tras el campeón. *Siempre he creído*, había dicho, *que los problemas deben ser resueltos por aquellos que los ven. Y esto es más cierto para la hija de un rey.*

¡Myste!, murmuró Terisa con un silencioso dolor. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde estás?

¿Qué está haciendo Elegá?

Sin pensarlo, dijo en voz alta:

—Agua.

El rostro de Geraden derivó entre manchas de luz y oscuridad hasta mirarla.

—¿Agua?

—¿De dónde obtenemos el agua?

Las cejas de Geraden se anudaron, perplejas.

—Te hablé de ello durante nuestra visita. Orison está edificado sobre un arroyo. Pero, por supuesto, el castillo ha crecido mucho. Y utilizamos mucha agua. Creo haberte mencionado que el Castellano Lebbick tiene ideas muy enérgicas acerca de la higiene. El arroyo ha sido insuficiente desde hace mucho tiempo. Así que almacenamos el agua de lluvia y la nieve fundida. Las canalizaciones que orillan

todos los tejados llevan el agua hasta el depósito..., te mostré el depósito.

—Y ahora —dijo ella lentamente, mientras un intenso pulso empezaba a latir en su sien, y una mano de tensión se cerraba alrededor de su corazón—, tenemos a toda esa gente extra. Y no hemos tenido más nieve.

—Ése es uno de los peligros de un deshielo temprano. —La estaba examinando atentamente—. Hasta que empiecen las lluvias, no tendremos nada excepto el arroyo para mantenernos.

Ella inspiró profundamente, y contuvo el aliento para impedir que su cabeza diera vueltas. Cuando pudo hablar firmemente, preguntó:

—¿Qué pasaría si le ocurriera algo al depósito?

Él siguió sin comprender.

—¿Ocurrirle? ¿Qué puede ocurrirle?

—¿Está protegido?

—No. ¿Por qué debería estar protegido?

Incapaz de reprimir la excitación del miedo que la invadía, Terisa se puso en pie de un salto. Recordaba su conversación con Elega. Sujetó el brazo de Geraden con ambas manos y lo obligó a ponerse en pie.

—¿Y si ella lo *envenena*?

La idea le golpeó como si acabara de abrir una ventana y se hubiera encontrado con un mundo absolutamente extraño al otro lado. Sus labios modularon las palabras lo *envenena* mientras intentaba captarlas en toda su profundidad. Con tono estrangulado, argumentó:

—Siempre está el arroyo.

—¿Y qué significa eso? Su agua no nos ayudará. Todos estaremos *envenenados*. Cuando alguien se dé cuenta del peligro, todos estaremos ya *envenenados*. No quedará nadie para luchar. Aunque el veneno no nos matara, aunque sólo los enfermará durante unas horas..., Margonal podría tomar Orison sin apenas lucha.

—Eso es cierto. —El rostro de Geraden se crispó mientras sus pensamientos corrían velozmente—. Tenemos que advertir al Castellano Lebbick.

—*Geraden*. —Sólo por un segundo, sintió deseos de gritarle. Era tan obtuso.

Casi de inmediato, sin embargo, su humor cambió, como si deseara echarse a reír. No estaba acostumbrada a ir por delante de él. Cuidadosamente, dijo:

—¿No crees que sería mejor si nosotros la *detuviéramos*?

Él la miró por unos momentos, boquiabierto. Luego dejó escapar un aullido que sonó como una carcajada. La luz del mego era tan brillante como la risa en sus ojos.

—Disculpa, mi dama. —Se aferró los costados y agitó la cabeza—. Creo que se me ha metido cera en las orejas. No estoy seguro de haberte oído bien. —Pero alegría y alivio no eran las únicas emociones que se reflejaban en su mirada. Las llamas eran cálidas y alegres..., y también eran intensas, ardían fieramente—. ¿Dijiste: No crees



que sería mejor que salváramos Orison nosotros mismos? ¿Tú y yo solos?

Ella asintió.

—¿Por qué deberíamos decírselo a Lebbick? Simplemente estamos haciendo suposiciones. Puede que él no nos crea. Y, aunque nos crea, puede que estemos equivocados. Pero, si estamos en lo cierto, ésta es nuestra oportunidad de demostrar que eres inocente..., que no estás complotando secretamente la destrucción de Orison.

Ella asintió de nuevo, más debido a que le gustaba la vida en el rostro de él que porque creyera que el Castellano creería alguna demostración de su inocencia.

—¡Todo el cristal hecho astillas! —Geraden siseó las palabras entre sus dientes, sonriendo como Artagel—. Coge tu chaquetón. Va a hacer frío ahí arriba.

Terisa cogió su chaquetón.

Hacía frío ahí arriba.

El depósito había sido construido en la parte más alta del cuerpo principal de Orison..., una labor de construcción que estaba justificada por la cantidad de trabajo ahorrado por el hecho de poder distribuir agua por todo el castillo mediante la gravedad en vez de con bombas. Las torres, por supuesto, necesitaban bombas; y el agua del arroyo debía ser bombeada al depósito. Pero éstos eran trabajos relativamente simples comparados con la tarea de proporcionar agua a todo Orison.

Terisa tuvo que llenar muchos de los detalles de memoria. El lugar era oscuro: la única luz procedía de las aberturas protegidas por pantallas que dejaban pasar la nieve y la lluvia y el aire nocturno al depósito mientras mantenían fuera a los pájaros; y la brillante luna, fuera, no hacía más que arrojar una vaga luminosidad plateada sobre la superficie del agua. Pero recordó que el depósito había sido construido como una piscina, profundo y rectangular, con un pasadizo de lisa piedra en sus cuatro costados.

En torno a ese pasadizo se alzaban pesados maderos, que se entrecruzaban hacia el techo para sujetar la red de tuberías que transportaban el agua de lluvia y la nieve fundida e incluso el rocío de los tejados de Orison..., y para sostener también el andamiaje que hacía posible la limpieza y reparación de las pantallas. Debido a esos maderos, el depósito parecía una catedral. Contra el débil, húmedo y chapoteante susurro, el silencio dominante parecía lleno de maravilla. En la oscuridad, la cantidad de agua daba la impresión de ser inmensa.

Parecía absorber cualquier calor almacenado tras la caída de la noche. El depósito era lo bastante frío como para hacer que Terisa se estremeciera pese a su chaquetón.

—Necesitamos una luz —susurró, insegura.

—Ella nos verá —respondió Geraden, acercando su boca al oído de Terisa para que no pudieran ser oídos.

Terisa asintió. Había esperado no tener que volver a pasar frío otra vez en su vida.

—¿Dónde podemos ocultarnos?

Por un momento, él no se movió.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que esperar?

—¿Cómo puedo saberlo? Todo esto no son más que suposiciones.

—Bien, entonces supongamos un poco más.

Ella hizo un esfuerzo por controlar sus temblores.

—De acuerdo. Sea lo que sea lo que ponga en el agua, necesitará tiempo para disolverse, o para dispersarse, o para lo que sea que haga. Pero, si lo hace demasiado pronto, la gente empezará a ponerse enferma, o a morir, demasiado pronto. El Castellano o alguien puede tener tiempo de imaginar lo que está ocurriendo. Antes de que Margonal esté preparado.

»Si yo fuera ella, aguardaría hasta que se iniciara el sitio. —No más tarde que el mediodía del día siguiente—. Puede que tengamos que pasarnos aquí toda la noche.

—No. —Geraden estaba pensando demasiado intensamente para ser educado—. Si hace eso, prácticamente todas nuestras fuerzas estarán ya de servicio. Atrapará a los granjeros y a las sirvientas y a los cocineros, pero eso lo único que conseguirá será advertir a Lebbick. Necesita golpear esta noche, de modo que el agua sea mala cuando los guardias se levanten de la cama mañana por la mañana. Mañana por la mañana a primera hora.

Aquello tenía sentido.

—¿Dónde podemos ocultarnos? —repitió ella.

Él la tomó del brazo y la hizo ponerse lentamente en movimiento.

—Hay un número enorme de caminos aquí dentro. El suelo está cubierto de tuberías. Quizá esté cubierto de pasadizos también. Pero no podemos hacer nada al respecto. Y realmente no hay ningún lugar donde ocultarse. Simplemente nos situaremos donde podamos vigilar las entradas, aquella por la que vinimos y la otra —señaló al otro lado del depósito—, y esperaremos a tener suerte.

—Eso será divertido —respondió ella, simplemente porque necesitaba decir algo—. Somos famosos por nuestra buena suerte.

Él dejó escapar una risita reprimida.

—Muy cierto.

Reprimida como era, su risa la hizo sentirse mejor.

Terisa deseaba comprobar su camino con los pies para asegurarse de no caer al agua, pero él tiró de ella hacia delante como si no tuviera miedo a nada. No la condujo hacia el agua, sin embargo. En vez de ello, la guió a un lugar donde un par de tableros se unían en el suelo. Estaban situados aproximadamente a medio camino entre las entradas del depósito, y el hueco entre ellos era justo lo bastante ancho como para dos personas. En aquella oscuridad, ella y Geraden serían efectivamente invisibles en tanto permanecieran cerca de los tableros.

Lado a lado en el agujero, estaban un poco apretados a la altura de los hombros y

las caderas. Inicialmente, ella intentó apartarse de él, a fin de que él no notara sus temblores. Pero retendría más su calor si permanecían juntos. Retendría más su calor aún si él la rodeaba con su brazo. Al cabo de un momento, descubrió que no le importaba dejar que él supiera el frío que sentía.

Volviendo la cabeza, él susurró su nombre junto a su pelo y le dio un ligero abrazo de compañerismo. Casi inmediatamente, la presión que la hacía estremecer pareció disminuir.

Pronto empezó a cansarse de tensar sus ojos hacia la profunda oscuridad del depósito, de intentar ver la diferencia entre el ligero chapoteo del agua y el posible sonido de pasos. Apretándose más hacia Geraden para encajarse mejor contra su costado, susurró:

—¿Qué haremos cuando aparezca?

—Detenerla.

Ella le dio un ligero codazo en las costillas a través del chaquetón.

—Eso ya lo sé, idiota. ¿Cómo vamos a detenerla?

—No tan fuerte —advirtió él—. El agua transmite los sonidos.

Ella deseó poder ver su rostro. Sonaba tenso y lejano, atrapado en su responsabilidad por lo que le ocurría a Orison. Detener a Elega era como detener a Nyle para él: ella era la hija de su Rey, una amiga de su infancia y su antigua prometida. Precisamente porque la situación era tan dolorosa para él, no podía permitirse fracasar.

Casi pese a sí misma, Terisa comprendió su devoción al Rey Joyse y a Mordant.

—Traerá alguna luz —siguió él suavemente—. No espera ser atrapada. Y necesita ver lo que está haciendo. —Como su atención, su voz parecía apuntar a la oscuridad—. Cuando veamos su luz, intentaremos deslizarnos hasta ella.

Terisa asintió, pero su mente estaba en otra parte. Su cabeza descansaba contra el hombro de él; el chaquetón de Geraden calentaba su mejilla. ¿Era realmente mejor para él permanecer leal a la gente y a las ideas que quería? ¿Era eso preferible a enfrentarse a la verdad cuando esa gente e ideas le fallaban a uno? ¿Era preferible a hacer lo que estaban haciendo Nyle y Elega..., lo que el Maestro Eremis había estado intentando hacer durante todo el tiempo? *¿Cómo planeas vivir el resto de tu vida sin lealtad o autorrespeto?* Por supuesto, siempre era mejor enfrentarse a la verdad. Pero no podía sacudirse la extraña impresión de que lo que Geraden estaba intentando hacer era lo más duro.

Por esa razón, era una buena cosa que no hubiera podido devolverla a su antigua vida. Quizá la sensación de irrealidad que la había atormentado durante tanto tiempo era el resultado de vivir en el mundo equivocado: quizás ella nunca había sido realmente un ser sólido hasta que llegó aquí. O quizá su evanescencia era el resultado de luchar por las cosas equivocadas —pese a lo que podía haberle enseñado el

Reverendo Thatcher—, de no comprender lo que Geraden comprendía tan bien. Incluso era posible...

A través del agua vio el parpadeo de una luz.

Geraden se envaró.

No era más grande o más brillante que la llama de una vela..., parpadeaba como la llama de una vela. Pero parpadeaba porque se movía, pasando por detrás de los tablones del lado opuesto del depósito. Cuando se detuvo, Terisa vio que era una pequeña linterna.

La mano que la sujetaba la depositó en la plana piedra al lado del borde del depósito. La luz brilló sobre unos rasgos femeninos. Parecía estar envuelta en medianoche: nada de ella era visible excepto sus manos y su rostro.

Elega.

Escrutó el depósito por unos instantes, y Terisa se encogió; pero la lámpara de la dama era demasiado débil para alcanzar hasta tan lejos. Casi inmediatamente, Elega retrocedió a la oscuridad.

Geraden dejó escapar un sibilante jadeo.

—Ahora. —Salió de entre los tablones. Con la boca junto al oído de Terisa, susurró—: Tú ve por ese lado. —Le dio un ligero empujón en la dirección indicada—. Cuando estés lo bastante cerca, distráela. Yo me acercaré por detrás.

»Ve.

Ella lo sintió más que vio desaparecer en la oscuridad.

Ve. Sí. Buena idea. Pero, ¿cómo? Un paso en falso la arrojaría al agua. Arrastrada hacia abajo por su grueso chaquetón, se ahogaría. Nunca sabría si estaba en lo cierto respecto a Elega.

Cautelosamente, se volvió y apoyó una mano en el tablón más cercano.

Los tablones estaban todos a la misma distancia del borde del depósito. Si seguía su camino a lo largo de ellos, estaría a salvo. Y tenía otra señal para orientarse: el reflejo de la lámpara en el agua. Ese brillo era pequeño, pero ayudaba a mantener su rumbo.

Esperando que el suave chapoteo del agua en el depósito cubriera el sonido de sus pasos, concentró toda su atención en los tablones y el reflejo y empezó a moverse.

Elega seguía sin verse por ninguna parte.

Geraden había desaparecido por completo.

Más rápidamente de lo que hubiera creído posible, Terisa alcanzó la esquina del depósito. Hacia este lado; otra esquina; una marcha en línea recta hasta la lámpara. Estaba helada, pero no tenía tiempo para eso. No era consciente de estar temblando.

Elega regresó a la luz.

Instintivamente, Terisa se inmovilizó.

La dama llevaba con ella un saco de aproximadamente el tamaño de un bolso

grande. Lo sujetaba con ambas manos, como si fuera pesado. En contraste, sin embargo, su caminar y su postura no traicionaban mucho esfuerzo. Al parecer, temía que el material del saco pudiera rasgarse, derramando su contenido. Su cuidado fue obvio cuando depositó el saco junto a la lámpara.

Voy a llegar demasiado tarde. Con un esfuerzo de voluntad, Terisa se obligó a ponerse de nuevo en movimiento.

Pero no era demasiado tarde. En vez de abrir el saco, Elega retrocedió de nuevo a la oscuridad.

Hacia este lado; otra esquina. ¿Cuánto tiempo estaría Elega lejos de la lámpara? ¿Hasta dónde alcanzaba la luz?

¿Dónde estaba Geraden?

La lámpara hacía que todo lo que había más allá fuera vacío, impenetrable.

Se daba cuenta de que respiraba más intensamente que el sonido del agua; el esfuerzo de retener la respiración le hizo sentir deseos de jadear. Ahora no necesitaba guiarse por los maderos: la lámpara le mostraba el borde del depósito. Pero tenía que ir con cuidado, *con cuidado*. Ningún sonido de sus botas sobre la piedra; ninguno de su corazón; ninguno del tenso miedo que constreñía su pecho.

¿Cuánto tiempo estaría fuera Elega?

No lo suficiente. Cuando Terisa estaba aún demasiado lejos, la dama volvió a entrar en el círculo de luz.

Llevaba un segundo saco. Era exactamente igual al primero. Lo sujetaba con ambas manos.

Terisa deseó inmovilizarse de nuevo.

En vez de ello, echó a correr.

Ante el ruido de las botas de Terisa, Elega se volvió en redondo. La capucha de una capa cayó hacia atrás de su cabeza, y sus ojos parecieron recoger toda la luz, brillando como gemas violetas. Su rostro era afilado e intenso.

—¡Terisa, *alto!*

Terisa se detuvo en seco.

—¡No te acerques más! —advirtió la dama—. No puedes impedirme que arroje mi saco al agua. Ésa no es la mejor manera de distribuir ese polvo..., pero será suficiente. —A la luz de la lámpara, con un brillo tan extremo en sus ojos, su belleza era sorprendente. Parecía tan segura de sí misma como una reina—. Y un saco será suficiente, aunque he traído dos para mayor seguridad. No interfieras conmigo.

—Elega... —Terisa tuvo que jadear fuerte para aclarar su garganta, despejar su pecho—. No hagas esto. Es una locura. Tú...

—¿Quién está contigo? —preguntó Elega.

—Vas a matar a miles de personas. Algunas de ellas son amigos tuyos. Muchas de ellas te conocen y te respetan.

—¡Terisa! ¿Quién está contigo? ¡Respóndeme!

—Vas a matar a tu padre.

Deliberadamente, Elegia ajustó su presa sobre el saco y empezó a hacerlo oscilar hacia el agua. El saco parecía estar hecho de algún tipo de piel anormalmente suave.

Geraden no había aparecido. No había nada más allá de la lámpara excepto la noche ligeramente plateada del depósito.

—¡Estoy sola! —exclamó Terisa con urgencia.

La dama retuvo la oscilación de sus brazos.

—No hay nadie conmigo. He venido sola.

Los ojos de Elegia ardían.

—¿Cómo puedo creerlo?

Incapaz de hacer ninguna otra cosa, Terisa respondió amargamente:

—Nadie confía en mí. ¿Quién me creería si les dijera que tú ibas a hacer esto?

—Geraden confía en ti. Juntos persuadisteis al Tor de que sospechara de mí.

—Lo sé —respondió Terisa, desesperada—. Pero tú le hiciste desechar la idea. —¿Dónde estaba Geraden?—. Y Geraden *no puede* creer que tú seas capaz de hacer algo así. Eres la hija del Rey.

Por un momento, Elegia estudió a Terisa. Lentamente, enderezó su espalda; miró regiamente a Terisa. Sin embargo, no dejó su saco.

—Si nadie más creería eso, ¿cómo lo has creído tú? ¿Cómo has venido hasta aquí?

Terisa resistió el escrutinio de la dama lo mejor que pudo y luchó por retener su pánico.

—Lo sospeché. Recuérdalo: tú y yo hablamos acerca de las reservas de agua. Creo que fui yo quien lo sugirió. —Su autocontrol se estaba haciendo pedazos. Dentro de otro momento iba a ponerse a balbucear—. Elegia, ¿por qué? Éste es tu hogar. Eres la hija del Rey. Vas a matar...

—Voy a matar —cortó impacientemente Elegia— a unos cuantos de los habitantes más viejos y enfermos de Orison. Eso es lamentable. Quizá mi padre sea uno de ellos. —Hizo una mueca—. También eso es lamentable. Pero nadie más que beba esta agua contaminada morirá. Simplemente se pondrán demasiado enfermos para poder luchar.

»Orison caerá con pocas pérdidas de vidas. —Su voz se elevó—. A un pequeño coste para el reino, mi padre será depuesto y un nuevo poder ocupará su lugar. Entonces Mordant será *defendido* —tuvo que gritarlo a fin de retener un estallido de pasión—, ¡defendido contra Cadwal y la Imagería, y los sueños con los que el Rey Joyse educó a sus hijas serán restaurados! —Su grito fue fuerte..., pero resonó como un lamento en el intenso silencio del depósito—. Para conseguir esto, estoy dispuesta a causar unas cuantas muertes.

Hubiera podido continuar: la fuerza de lo que sentía podía impulsarla a decir más.

Pero no tuvo oportunidad. Toda la iluminación tras ella se condensó en un momento, transformándose en Geraden, surgido de pronto de la oscuridad; cargó alocadamente.

De hecho, cargó tan alocadamente que uno de sus pies quedó atrapado en el extremo de uno de los tablones.

El sonido alertó a Elegia. Rápida como un pájaro, saltó a un lado mientras él se estrellaba de bruces contra las piedras en el lugar donde unos momentos antes había estado ella de pie.

—¡Geraden!

El impacto pareció aturdirle: como si se hubiera hecho daño. Aunque saltó casi al instante sobre sus manos y rodillas, en una pose agachada, preparado para saltar, su equilibrio oscilaba como si la plana piedra bajo él se estuviera moviendo, y su *cabeza* se tambaleaba sobre su cuello.

Sin embargo, estaba entre Elegia y el agua.

Terisa se apresuró a situarse a su lado. Deseaba ayudarle a levantarse, descubrir hasta qué punto se había herido. Pero no podía apartar sus ojos de la dama.

Las dos mujeres se estudiaron mutuamente a través de un espacio de no más de tres metros. El rostro de Elegia era oscuro en torno al ardor violeta de sus ojos; aferraba su saco con ambas manos. Pese al miedo que resonaba en su cabeza, Terisa se preparó para bloquear la aproximación de Elegia al agua.

Las comisuras de la boca de la dama se curvaron en una sonrisa. Con un tono formal, como si deseara que el depósito la oyera, dijo:

—Mi dama Terisa, lamento no haber podido persuadirte de que te unieras a mí. Te creí cuando dijiste que estabas sola. Evidentemente, eres una mejor jugadora en este juego de lo que había supuesto.

Nada en ella daba la impresión de que estaba atrapada o vencida.

¡Geraden, ponte en pie!

Bruscamente, el Apr se levantó, se tambaleó ligeramente hacia un lado, luego se recobró. Su mirada parecía extrañamente desenfocada, como si sus ojos apuntaran en direcciones ligeramente distintas. Respiraba pesadamente cuando se inclinó para apoyar sus manos en sus rodillas a fin de sostener el peso de su dolorida cabeza.

—Escucha, Elegia —jadeó—, ¿sabes que atrapamos a Nyle? El Castellano Lebbick lo tiene. No espero que te preocupe lo que le ocurra a nadie tan menor como un hijo del Domne, pero sí deberías preocuparte por el hecho de que él no llegó al Perdon.

»Hiciste un bonito discurso acerca de defender el reino y restaurar los sueños. Pero no puedes seguir fingiendo eso. No haces esto por Mordant. Lo haces por Alend.

Los ojos de la dama llamearon.

—O lo estás haciendo por el Príncipe Kragen, que viene a ser lo mismo. Cuando hayas acabado con tus planes, todos seremos gobernados por el Monarca de Alend.

Entonces no serás tú quien decida lo que les ocurrirá a tus sueños. Ni siquiera será tu Príncipe personal. Será Margonal. Una vez Orison caiga, no serás nada excepto la hija mayor del peor enemigo del Monarca de Alend.

»Desiste antes de que resultes herida.

Como si algo le doliera en algún lugar muy profundo, Elega bajó los ojos.

—Quizá tengas razón —murmuró—. Me habéis atrapado. Fui una estúpida creyendo la palabra de alguien de Alend. —Alzó el saco que sostenía.

Terisa gritó una advertencia —demasiado tarde, como de costumbre—, mientras la dama lanzaba el saco por encima de la cabeza de Geraden.

Trazó un arco hacia la oscura agua, en el borde del círculo de luz.

Geraden saltó hacia él.

Lo mismo hizo Terisa.

Antes de que chocaran el uno contra el otro, sus tendidos dedos aferraron la suave piel y la desviaron.

Cayeron enredados al suelo. Los brazos y las piernas de Geraden la rodeaban: no pudo desembarazarse de ellas.

Tras un instante interminable, Terisa se halló en el suelo mientras él luchaba por volver a ponerse en pie. Sus ojos estaban clavados en la lisa piedra y el saco. Éste había aterrizado justo en el borde del depósito..., tan cerca que hubiera podido apoyar una mano sobre él.

Pero al golpear contra el suelo se había reventado. Un extraño polvo verde estaba derramándose ya en el agua. Mientras Terisa lo contemplaba, el saco se vació.

Entonces la luz se apagó.

Un fuerte chapoteo lanzó un silbante aplauso por todo el depósito cuando el otro saco se hundió en el agua.

En la oscuridad, Elega dijo:

—El Príncipe Kragen es mucho más hombre que tú, Geraden pies torpes. Él no será falso conmigo.

Pequeñas olitas siguieron lanzando sus ecos contra los lados del depósito después de que la hija del Rey se hubiera ido.



## El principio del fin

Más tarde aquella misma noche, un pequeño grupo de hombres a caballo desencadenó un ataque que nadie comprendió en aquel momento contra las recias puertas de Orison. Con grandes gritos y aullidos, los hombres cargaron, lanzaron flechas incendiarias contra la madera y por encima de los parapetos, luego blandieron sus espadas y desafiaron a los defensores a salir y luchar en vez de ampararse tras los muros como muchachitas.

Sus flechas no causaron ningún desperfecto en las puertas: algunos guardias del Castellano Lebbick habían pasado los últimos 4 días empapando la madera con agua. Y los propios atacantes parecían más borrachos que peligrosos. Sin embargo, hicieron el suficiente ruido como para ser oídos por todos los hombres de guardia tras los muros.

Mientras el capitán al mando de la guardia organizaba una salida, los jinetes escaparon. Pudieron ser oídos riéndose despectivamente durante unos momentos después de que la noche se tragara su retirada.

Cuando el Castellano fue informado de aquello, tuvo menos que decir al respecto de lo que nadie hubiera esperado. Por aquel entonces, había pasado de su habitual ultraje fulminante a una tensamente enroscada furia que parecía ecuanimidad. Casi pareció alegre cuando se enfrascó en su trabajo, preparando Orison para enfrentarse a un asedio de Alend con una provisión totalmente inadecuada de agua potable.

Poco antes, Terisa y Geraden habían tenido la desconcertante experiencia de mejorar su humor contándole su encuentro con dama Elega.

Cuando le explicaron lo ocurrido, actuó como un hombre que se hubiera vuelto salvaje por la falta de sueño. Sus ojos tenían una expresión extraviada, y algunos de sus gestos parecían erráticos, como si no fuera consciente de estarlos haciendo. Su personalidad, sin embargo, cambiaba tensión y fatiga por ira. Su problema era que no podía hacer nada más: Orison estaba tan preparado como era posible para una lucha que no tenía esperanzas de ganar. Puesto que era incapaz de descansar, corría el peligro de empujar a sus propias fuerzas al agotamiento antes de que se iniciara la auténtica prueba de su resistencia.

Nunca había sido muy bueno en el descanso. La estricta urgencia dentro de él lo mantenía en pie. Ahora, sin embargo, no podía descansar porque el descanso significaba dormir..., y dormir significaba sueños.

Sus sueños eran atormentados.

Cuando joven, había tenido ocasionalmente pesadillas acerca de su venganza contra el comandante de guarnición de Alend que había violado y torturado a su esposa durante cuatro días con tanto deleite como variedad. Pero, a lo largo de los

años, la estable dulzura de su compañía —y la clara valía del trabajo que realizaba para su Rey— habían quitado mordiente a aquellos sueños.

Pero ahora ella estaba muerta. Él estaba solo..., abandonado incluso por el Rey Joyse. Y, cuando soñaba, no soñaba en la venganza.

Soñaba que él era un comandante de guarnición de Alend, con la joven esposa núbil de un estúpido de Termigan atada impotente frente a él. Soñaba con todas las cosas que podía hacerle para que ella gritara, y así volver loco a su esposo.

Soñaba en deleites.

Y despertaba temblando..., *él*, el Castellano Lebbick, *temblando*, un hombre que se había reído ante cualquier dificultad o peligro desde el día en que el Rey Joyse lo había liberado y le había permitido tomarse su venganza.

Ante la visión de la rígida determinación de Geraden y la testarudamente controlada de la mujer Terisa —alarma que él deseó instintivamente justificar—, algo saltó dentro de él como fuego en un montón de maleza seca.

Cuando Geraden hubo terminado de describir lo que Elega había hecho, el Castellano Lebbick estaba sonriendo.

—Mis felicitaciones —dijo, casi alegremente—. He aquí otro triunfo para ti. Dama Terisa —habló como si ella no estuviera presente— te dio la perfecta oportunidad de hacer algo bien para variar..., ¿y tú qué hiciste? Decidiste ser un héroe y salvar Orison tú solo. Debes sentirte particularmente orgulloso de ti mismo.

—Eso no es justo —dijo inesperadamente la mujer. Pese a su alarma y su mirada baja, tenía valor—. Tú hiciste imposible que nadie te dijera nada. Si resultara que yo estaba equivocada, si Elega hubiera hecho algo distinto mientras tú protegías el depósito..., nos hubieras acusado de conspirar para distraerte.

Sí, reconoció para sí mismo el Castellano, era una mujer interesante. Y su turno se acercaba. Pronto, algún día, la tendría en su poder. Entonces ella aprendería lo que significaba realmente ser acusada. Él se encargaría de enseñárselo concienzudamente.

Seguía hallando difícil desconfiar del Apr: como hijo del Domne y hermano de Artagel, Geraden obtenía automáticamente una buena opinión por parte del Castellano Lebbick. Y había detenido a Nyle. Eso tal vez había sido estúpido, pero nadie podía negar que había sido honorable.

La mujer, por su parte...

Curioso, ¿no?, cómo había sido ella la que había sospechado de Elega..., cómo había sido ella la que había imaginado lo que Elega estaba haciendo. Todo lo que Lebbick sabía de ella era que se trataba de una Imagera. Y que actuaba como un enemigo de Alend. Y que el Gran Rey Festten la deseaba muerta. Y que le había mentado a él cuando la verdad le hubiera ayudado a servir a su Rey. El resto era inferencia, especulación, sueño.

La sonrisa con la que la miró hubiera podido cuajar leche. Aún dirigiéndose a

Geraden, preguntó:

—¿Sabes lo que voy a tener que hacer ahora?

—Sí, Castellano. —El Apr suspiró como si anticipara un mayor insulto—. Vas a tener que enfrentarte a este sitio con sólo el agua del arroyo.

—Correcto. Hemos doblado nuestra población. Ese arroyo no proporciona ni una décima parte del agua que necesitamos. Vamos a tener que racionarla severamente. Voy a tener que racionarla a las mujeres embarazadas y a los viejos y a los niños, que sufrirán sed. Porque tú pensaste que sería divertido convertirte en un héroe, para variar. Y eso no es todo.

—No, no lo es.

Independientemente de lo que sintiera, Geraden contemplaba a Lebbick sin encogerse. Al Castellano le gustó aquello. No hacía mucho tiempo, el Apr se hubiera encogido.

—También vas a tener que vaciar el depósito y todas las tuberías. Si no lo haces, y lo haces pronto, la sed hará que la gente no pueda soportarlo y empiece a beber de ella. Si están lo bastante débiles, morirán.

»Lavarlo todo concienzudamente necesitará agua también. No va a quedarte mucho para racionar.

El Castellano asintió. No importaba lo estúpidamente que se comportara, el Apr no era estúpido. De hecho, considerando su obvia inteligencia, era sorprendente lo consistentemente que conseguía hacer las cosas mal.

—¿Estáis seguros de que envenenó el agua?

Geraden frunció el ceño.

—¿Quieres decir si estoy seguro de que ella sabía lo que estaba haciendo? No. Y no lo he comprobado. Pero, fuera lo que fuese lo que había en aquellos sacos, era polvo, y era verde. Sólo conozco un tipo de polvo verde. Es un tinte que utilizan los Maestros. Lo llaman «ortical»..., fue utilizado por primera vez por un Imagero llamado Ortic. Debe haber un quintal de él almacenado en el laborium. —No apartó la vista—. Esta materia te pone enfermo con tan sólo que te quede un poco de él en las manos.

—¿Hay algún antídoto?

—¿Quién sabe? Los Imageros no *comen* tinte. Y no pierden el tiempo intentando curar a la gente que lo hace.

—Si se lo pregunto a tu Maestro Barsonage, ¿podrá decirme si falta algo de ortical?

—No. Nadie supervisa a los Maestros cuando están trabajando. A muchos de ellos aún les gusta mantener en secreto los ingredientes que utilizan. Pero uno de los Aprs más jóvenes puede haber notado un repentino descenso en la cantidad de ortical en los estantes.

El Castellano asintió de nuevo. Sin advertencia previa, se dirigió a Terisa por primera vez.

—¿Cómo sabías lo que iba a hacer dama Elegia?

En voz muy baja, ella replicó:

—Lo supuse.

—¿Lo *supusiste*?

—Uní algunas cosas que ella había dicho. —Empezó a sentirse más fuerte a medida que hablaba—. Ni siquiera era lo suficiente como para llamarlo intuiciones. Las uní, y simplemente saqué conclusiones.

—Mi dama —anunció el Castellano Lebbick con voz contenida—, no me creo eso. —Luego los despidió a ella y a Geraden.

No necesitaba planear lo que debía de hacerse. Estaba bastante claro para él, paso a paso. Era el Castellano de Orison; sabía cómo servir a su Rey. Al final, no significaba ninguna diferencia el que las posibilidades estuvieran contra él. Lo muy dañado que estuviera Orison. Lo muy escasos que fueran sus hombres. Lo mucho que le fallara el Rey Joyse. El Castellano Lebbick se había convertido más en una espada que en un hombre..., y una espada no sabía nada de rendirse.

Mientras tanto, había algo que tenía que considerar. El turno de aquella mujer se estaba acercando.

Geraden llevó a Terisa de vuelta a la suite pavo real, luego fue a sus propios aposentos para intentar dormir un poco. Pero ninguno de ellos durmió mucho.

Nadie en Orison durmió mucho aquella noche.

Por supuesto, muchos de los habitantes del castillo estaban despiertos porque se sentían demasiado tensos como para dormir. Un gran número de gente, sin embargo, no tenía ese problema. Eran guardias que o bien tenían demasiada experiencia o estaban demasiado cansados para permanecer despiertos; padres cuyos excitados niños los habían agotado; comerciantes que sabían que su propia supervivencia —e incluso sus beneficios— serían probablemente más valiosos que menos después del sitio, independientemente de quien ganara. Había sirvientes que estaban tan abrumados por el trabajo que no podían permitirse no dormir; Maestros que carecían de imaginación; señores que no comprendían y damas filosóficas.

Aquella gente no pudo dormir mucho porque el Castellano Lebbick y sus hombres hicieron que todo el mundo se levantara temprano.

Pese a su rapidez, el Castellano llegó demasiado tarde para salvar a dos viejos que estaban acostumbrados a hacer varios viajes a los sanitarios durante la noche, a un puñado de guardias que salieron de guardia y se refrescaron antes de ser advertidos, y a varios niños que despertaron a sus padres durante la noche llorando y pidiendo agua. Pero esos desafortunados incidentes sirvieron al menos para confirmar que Elegia había envenenado el depósito..., que las duras medidas que Lebbick impuso al

castillo eran necesarias. Los niños se pusieron desesperadamente enfermos, pero nadie murió excepto uno de los viejos.

Y, por la mañana, casi todo el mundo intentó apiñarse en las almenas o en torno a las ventanas para observar la llegada del ejército de Alend.

En ese aspecto, Terisa y Geraden fueron afortunados. No tuvieron problemas en conseguir el acceso a la parte superior de la torre donde estaban situados los aposentos de ella.

Durante la noche volvió a hacer frío. Una enorme nube, gris e informe, se había cerrado encima de Mordant, bañando el castillo y el paisaje con un color lúgubre; soplaban un viento helado como una guadaña, segando todo signo de una temprana primavera. Las colinas más próximas perdieron profundidad; las más alejadas parecían más altas, más peligrosas. Los negros árboles tendían sus ramas como si fueran estremecidos miembros. Una nieve corrompida se aferraba aún a la mayoría de las laderas, haciendo que el suelo desnudo pareciera enfermo. Al principio, Terisa apenas pudo ver nada: el frío parecía como una bofetada, y el viento en su rostro hacía que sus ojos lagrimearan. Gradualmente, sin embargo, su visión mejoró, hasta que fue capaz de escrutar el horizonte en dirección al Armigite y Alend, del mismo modo que lo estaba haciendo la multitud reunida en las almenas más bajas y la gente de las otras torres.

No había nada que ver.

Durante largo tiempo, no hubo nada que ver. Gradualmente, la multitud fue disminuyendo. Dos veces, Terisa y Geraden rompieron su vigilia y regresaron a sus aposentos para calentarse.

—¿Cuándo van a llegar? —preguntó ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió él, con poco característica aspereza. Estaba empleando su fracaso para detener en seco a Elega.

Ella sabía cómo se sentía y no le culpó.

—¿Desde qué dirección van a venir?

Él reprimió su irritación.

—Siguiendo el camino. Es más largo, pero debería ser más rápido. Y es la única forma en que pueden traer consigo sus provisiones. O las «máquinas de guerra» de las que no dejamos de oír hablar.

Cuando salieron de nuevo fuera, ella supo que él tenía razón. Advertida por un indefinible envaramiento de la atención a su alrededor, miró más atentamente en medio del fuerte viento, y vio acercarse la vanguardia del ejército de Alend.

Estaba en el camino noroccidental, procedente del Care de Armigite.

Las banderas del Monarca de Alend se agitaban en manos de los portaestandartes. La grisácea luz y la distancia hacían que parecieran negras.

Lentamente, el ejército avanzó hacia Orison..., un cuerpo de hombres que parecía

enorme más allá de toda cuenta. Soldados a caballo. Soldados a pie. Docenas de conductores tirando de las muías que arrastraban los carros de los pertrechos. Enjambres de sirvientes, transformados e impresionados campesinos que atendían y mantenían el equilibrio de las enormes máquinas de asedio. Y un segundo ejército de porteadores y seguidores de campo.

Todos acudían a arrancar Orison de manos del Rey de Mordant.

Atrapada por una especie de maravilla, Terisa miró desde la torre e intentó imaginar la cantidad de sangre que las acciones del Rey Joyse amenazaban con derramar.

Quizá Geraden estaba imaginando lo mismo. Tocó su brazo y señaló hacia la torre norte. Terisa frunció los ojos en aquella dirección y vio al Rey Joyse de pie ante los parapetos, con el Castellano Lebbick.

Parecía pequeño al otro lado de la extensión de Orison, pese a su pesada capa de piel. Tanto él como su Castellano estudiaban el avance de Alend sin moverse. Quizá no había nada que pudieran hacer. Las banderas de Mordant habían sido alzadas sobre las almenas, pero el estandarte personal del Rey se agitaba dolorosamente al extremo del astil sobre la torre donde se hallaba él. Era una bandera púrpura sin adornos, nos, que tal vez pareciera gallarda y valiente a la brillante luz del sol. Ahora parecía como si estuviera a punto de ser desgarrada por el viento.

Al cabo de un momento, él y el Castellano Lebbick abandonaron la torre.

Sin ninguna razón que Terisa pudiera ver, el trompetero de Orison hizo sonar su instrumento. Tal vez estuviera llamando a las armas; sonó más bien como un lamento.

Con poderosa precisión, como un despliegue de inevitabilidad, el ejército de Alend puso sitio al castillo.

Diez mil soldados rodearon los muros y presentaron sus armas. Las máquinas de asedio fueron instaladas en sus sitios. Luego, los de Alend hicieron una señal, y un grupo de jinetes formó en torno al portaestandarte del Monarca de Alend. El portaestandarte añadió una bandera de tregua a la agresiva verde y roja de Margonal. Juntos, banderas y jinetes se acercaron a las puertas de Orison.

El trompetero de Orison respondió. Las puertas se alzaron.

Con seis hombres tras él, el Castellano Lebbick cabalgó al exterior para ir al encuentro del grupo de Alend.

No le sorprendió ver que los de Alend iban capitaneados por el Príncipe Kragen. Ni, después de su conversación con el Rey Joyse, le sorprendió el hecho de que uno de los jinetes fuera dama Elega.

Los dos grupos se detuvieron y se estudiaron mutuamente a corta distancia. El Príncipe permanecía firme, pero Elega evitó la furiosa mirada del Castellano.

Al cabo de un largo silencio, el Príncipe Kragen dijo:

—Saludos, Castellano. La locura de tu Rey nos ha llevado hasta esto.

El Castellano sujetaba su caballo con unas riendas demasiado tensas: el animal no podía permanecer quieto. Mientras se agitaba de lado a lado, Lebbick gruñó:

—Di lo que hayas venido a decir y terminemos con esto, mi señor Príncipe. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.

La mirada del Príncipe Kragen se ensombreció.

—Muy bien —restalló—. Escucha atentamente, Castellano.

En tono formal, anunció:

—Margonal, Monarca de Alend y Señor de los Feudos de Alend envía sus saludos a Joyse, Señor del Demesne y Rey de Mordant. El Monarca de Alend le pide al Rey Joyse que se reúna con él bajo bandera de tregua, a fin de que juntos puedan hallar alguna forma de evitar este conflicto. El Rey Joyse se ha negado a oír las peticiones de paz del embajador del Monarca de Alend. Sin embargo, es la paz lo que el Monarca de Alend desea, y perseguirá abierta y honestamente este deseo con el Rey Joyse, si el Rey acepta reunirse con él.

—Un hermoso discurso —dijo sin vacilar el Castellano Lebbick—. ¿Por qué deberíamos creerte?

—Porque —respondió de inmediato el príncipe— no necesito hacer hermosos discursos. Vuestro muro está roto..., y no bien reparado, observo. No tenéis reservas de agua potable. Vuestros hombres son demasiado pocos. No podéis resistir un sitio, Castellano. El Monarca de Alend no tiene razón alguna para ofreceros la paz..., excepto la sinceridad de su deseo.

—La sinceridad de su deseo. —Lebbick dio un tirón a su montura—. Me gusta esto..., de boca de un Alend.

»Está bien. He aquí tu respuesta.

»El Rey Joyse me pide que te señale, y a tu ilustre padre también, que ninguno de los dos entendéis el brinco. No hubieras podido llegar hasta tan lejos como unas tablas sin ayuda. En vez de agitar vuestras espadas contra nosotros, deberíais recordar lo que ocurrió la última vez que entrasteis en guerra con Mordant.

El viento soplaba entre los caballos.

—Por las estrellas, Lebbick —exclamó dama Elega—, ¿todavía *sigue* jugando al brinco? ¡Dile que se *rinda*!

El Castellano no apartó los ojos del rostro del Príncipe Kragen.

—La hija del Rey —observó—. Ese ataque de la última noche fue sólo una diversión, para que ella pudiera salir de Orison. —Tan pronto como el Rey Joyse le dijo aquello, Lebbick se había maldecido a sí mismo por no haberse dado cuenta de inmediato de la verdad—. ¿Qué planeas hacer con ella ahora? ¿Es un rehén?

El Príncipe Kragen escupió una maldición. Con un esfuerzo, recobró su tono formal.

—El Monarca de Alend ha dado la bienvenida a dama Elega como una amiga. No

tiene intención de causar ningún daño ni a ella, ni a su padre en su persona. Esta cortesía proporciona también una demostración de su deseo de paz.

—Tengo respuesta para eso también. —Por primera vez, el Castellano Lebbick utilizó las palabras exactas que le habían sido dadas—. El Rey Joyse responde: «Estoy seguro de que mi hija Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva consigo mi orgullo allá donde vaya. Por su bien, al igual que por el mío, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados».

Dama Elega miró fijamente al Castellano Lebbick, como si éste acabara de decir algo terrible.

—¿*Esto* es una *respuesta*? —preguntó el Príncipe.

—Tómala y queda satisfecho con ella —respondió el Castellano—. Debería gustarte más que la denuncia que ella merece. Pregúntale —el Rey Joyse le había prohibido específicamente decir aquello— si desea saber cuánta gente murió esta mañana.

El Príncipe Kragen ignoró aquello.

—Me has entendido deliberadamente mal, Castellano. ¿Me has dado la respuesta de tu Rey al deseo de tregua del Monarca de Alend? ¿Está tan loco como eso?.

Sosteniéndose en la fuerza del hecho de que el Rey Joyse había hablado realmente con él —aunque de una forma extraña—, el Castellano Lebbick no tuvo problemas en hallar una respuesta.

—No te aconsejo que lo pongas a prueba.

—Entonces escúchame. Escúchame bien, Castellano. —La furia del Príncipe Kragen era feroz—. Ésta es mi última palabra.

»Tu Rey no nos deja elección. No *podemos* "sentirnos satisfechos". Cadwal está avanzando. Tú sabes que Cadwal está avanzando. En nuestra situación, somos más vulnerables que vosotros a la enorme fuerza del Gran Rey. No podemos defenderos a vosotros, ni a vuestro pueblo, ni a la Cofradía...

—Ni a vosotros mismos.

—... ni a *nosotros*, si no tomamos Orison. El Rey Joyse nos lanza a todos a una guerra que no puede ganar, independientemente de lo que nos cueste. Debe ofrecer la paz. Por la paz o por la sangre, *debemos* obtener Orison.

El Castellano luchó por inmovilizar su caballo.

—¿*Ésta* es tu *última palabra*? —Estaba sonriendo.

—¡Sí!

—Entonces ésta es la mía. —Lebbick sabía lo que tenía que decir, aunque no lo comprendía—. El Rey Joyse asegura al Monarca de Alend que hay más elecciones de las que él se da cuenta. El Rey Joyse os sugiere que os retiréis al oeste del Demesne y aguardéis el desarrollo de los acontecimientos. Si hacéis esto, se sentirá contento de reunirse con el Monarca de Alend bajo una bandera de tregua y ofrecer más



sugerencias.

»Si no lo hacéis —el Castellano apenas pudo ocultar su propia sorpresa ante la amenaza que tenía instrucciones de formular—, ¡el Rey Joyse pretende liberar toda la fuerza de la Cofradía contra vosotros y barreros de la faz de la tierra!

En aquel momento, no le importaba en absoluto si la estratagema del Rey iba o no a tener éxito. Simplemente le alegraba que se le hubiera permitido decir estas palabras.

El silencio pareció apoderarse de la reunión. Por un momento, nadie pudo responder. Pese a sí mismo, el Príncipe Kragen jadeó, con furia y desánimo.

Entonces, dama Elegia susurró intensamente:

—Castellano Lebbick, estás mintiendo. —Su rostro estaba pálido al fuerte viento—. Mi padre nunca haría una cosa así.

Como si ella se lo hubiera ordenado, el Príncipe arrancó la bandera de tregua de manos del portaestandarte, partió su astil contra su rodilla, y arrojó los trozos al suelo. Luego hizo girar su montura y condujo a su grupo de vuelta a las líneas de Alend.

El Castellano Lebbick y sus hombres regresaron a Orison. Las puertas se cerraron fuertemente tras ellos.

El corneta de Alend hizo sonar otra llamada. A todo alrededor del castillo, los seguidores de campo y los sirvientes empezaron a descargar los carros y a clavar las tiendas. El sitio de Orison había empezado.

—Iré a ver a Artagel —dijo Geraden, como si estuviera proponiendo que le partieran las piernas—. Querrá saber lo ocurrido. —El frío hacía que le goteara la nariz; sonaba congestionado y miserable—. Si no puede perdonarme por haber dejado escapar al Príncipe Kragen, al menos no hay nada peor que pueda hacerme por haber permitido a Elegia envenenar el agua.

Terisa se ofreció a ir con él, pero Geraden declinó su compañía. Deseaba enfrentarse a solas a su aflicción.

Cuando se hubo marchado, Terisa regresó a sus aposentos.

Tenía mucho en que pensar. Necesitaba decidir dónde se hallaba en relación con lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Necesitaba definir sus propias lealtades. Necesitaba definir hasta qué punto estaba dispuesta —o era capaz— de mantener el compromiso que al parecer había adquirido con Geraden hablándole de la conexión entre su sueño y el augurio.

En vez de ello, se descubrió pensando en el Reverendo Thatcher.

Había trabajado para él durante casi un año..., el tiempo suficiente como para olvidar que originalmente había aceptado el trabajo como secretaria de su misión. Desde entonces, lo que más tendía a recordar de él era su obstinada ineficacia. Pero no lo había visto así al principio. No, al principio había buscado un trabajo en una misión para librarse del vacío y el bienestar económico de su entorno, la inutilidad

que erosionaba su sentido de sí misma. Y había aceptado el trabajo ofrecido por el Reverendo Thatcher debido a su dedicación contra la imposible pobreza y la inhumana desatención.

En aquel momento, por supuesto, no se había dado cuenta de su ineficacia. Ahora, sin embargo, empezó a preguntarse si aquella percepción era exacta. En su lugar, ¿había hecho Geraden exactamente lo mismo que él?. ¿Se hubiera mantenido Geraden firme frente a todos los fracasos? ¿Acaso el auténtico fracaso en la misión de ella no la estaba minando? ¿Un fracaso en lo más profundo de su corazón?

¿No era posible vivir como si pudiera oír cuernos?

Lo que pensaba no resolvía nada. Pero era necesario, y se aferró a ello. Al menos la enseñaba a comprender que le debía al Reverendo Thatcher una disculpa.

Más tarde, se dio cuenta de que estaba lo bastante cansada como para dormirse sin problemas.

La idea de dormir un poco resultó inesperadamente atractiva. No había dormido bien la noche antes. Y el cansancio y el insomnio no le iban a hacer ningún bien a Orison. Canturreando para sí misma, añadió madera a los dos fuegos para mantener calientes las habitaciones. Luego se quitó toda la ropa, la echó encima de una silla, y se metió en la cama.

Por unos momentos escuchó el hambriento viento arañar con sus garras las ventanas, aferrarse en las esquinas de la torre. Pero, tan pronto como las frías sábanas se calentaron al contacto con su piel, se quedó dormida.

Profundamente sumida en sueños, recibió la deliciosa impresión de que la besaban.

Una fuerte boca cubrió la suya. Una lengua acarició sus labios, sondeando delicadamente entre ellos. Notó el sabor a clavo.

Bajo las sábanas, una mano acarició su vientre, luego ascendió hacia sus pechos. Su contacto era lo suficientemente frío como para hacer que sus pezones se endurecieran.

Cuando se dio cuenta de que no estaba soñando, abrió los ojos.

El Maestro Eremis estaba inclinado sobre ella; su pálida mirada se cruzó con la suya. Su padre tenía unos ojos como aquéllos. Pero las pequeñas arrugas en torno a ellos sugerían que estaba sonriendo.

La sobresaltó tanto que se aferró a las mantas y apartó bruscamente la cabeza de él.

El Maestro Eremis retrocedió un poco y retiró la mano de su cuerpo. Los extremos de su casulla colgaron descuidadamente contra la parte delantera de su habitual manto negro. Estaba definitivamente sonriendo. De hecho, parecía hallarse de un excelente humor.

—Mi dama —dijo—, temo que te he asustado. Discúlpame.

Mirándole a la grisácea luz de las ventanas, pensó que era más feo de lo que recordaba: su rostro era demasiado parecido a una cuña; su pelo brotaba demasiado hacia atrás en su cráneo. Sin embargo, eso únicamente hacía más magnética la vivaz inteligencia de su expresión.

Terisa apretó fuertemente las mantas contra sus hombros y parpadeó hacia él, confusa.

—¿Cómo...?

—El armario. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Estaba explorando pasadizos ocultos, y tuve la buena fortuna de hallar tu habitación.

—¿Dónde...? —Se sentó ligeramente. Su mente se negaba a funcionar. Había estado más profundamente dormida de lo que creía. ¿Cómo había olvidado su costumbre de colocar una silla en aquel armario?—. ¿Dónde estabas? Pensé que volvería a verte.

Él se sentó en el borde de la cama, luego adelantó una mano y recorrió con las yemas de sus dedos la línea de su cuello, desde su oreja hasta su hombro.

—Mi presencia fue reclamada en mi casa. Creo haberte mencionado ya Esmerel. —Su contacto parecía como una signatura sobre su piel—. Mi abuelo lo llamaba nuestra «sede ancestral», aunque Esmerel no es en realidad tan grande como eso. Mi padre aún es menos grande, sin embargo, y no utiliza ese lenguaje.

Los dedos del Maestro Eremis tiraron delicadamente de las mantas que ella mantenía tan apretadamente contra su cuerpo.

—A su directa manera, reclamó mi presencia. Parece que uno de mis hermanos mató al otro..., aunque con ese par la verdad es a menudo muy difícil de determinar. Mi padre me deseaba ante él mientras decidía si desheredar al superviviente en mi favor.

»Esmerel se halla en el Care de Tor..., afortunadamente a sólo dos días a caballo, más allá del Broadwine. Acabo de regresar.

Terisa apenas pudo tragar saliva. Si seguía mirándola de aquel modo, iba a olvidar todo lo que había ocurrido mientras él estaba fuera. Sus dedos estaban cerrados suavemente sobre el borde de las mantas que la cubrían. Pronto empezaría a tirar de ellas hacia abajo, y ella no sería capaz de resistirse. No sabía que deseara resistirse. Su cabeza parecía estar llena de sueños olvidados. Era imposible pensar.

Con un esfuerzo, preguntó:

—¿Qué decidió él?

El Imagero se encogió de hombros para mostrar su desinterés.

—Mi padre me odia. Como odia, u odiaba, a mis dos hermanos. Así que es notable que ellos hayan hecho siempre lo que yo he deseado. En estos momentos Esmerel no tiene ninguna utilidad para mí. En consecuencia, mi hermano lo heredará. Si mi padre tiene el buen sentido de morirse pronto.

Se inclinó hacia Terisa, y su boca se apoderó de la de ella. El aroma a clavo pareció llenar sus sentidos. La mano del Maestro tiró de las mantas hacia abajo, y su lengua exigía una respuesta. No, no podía resistirse. La palma de él frotó su pezón hasta que Terisa se estremeció ante el contacto; luego aferró posesivamente sus dos pechos. Era suya...

De alguna forma, ella lo empujó hacia atrás. Con las mejillas enrojecidas, y respirando entrecortadamente, se enfrentó a él de la mejor manera que pudo.

—¿Por qué te odia tu familia?

La sonrisa del hombre había desaparecido; sus ojos ardían con una intensidad que hizo que Terisa se fundiera.

—Mi dama, no vine aquí para hablar de mi familia. Vine a reclamarte finalmente.

Sin pensar, ella se *apartó de él* y saltó de la *cama*. Desafiando momentáneamente su desnudez, fue a la silla donde había dejado sus ropas. Sus manos temblaban cuando dejó caer el terciopelo de su bata sobre sus hombros y anudó el cinturón; su voz tembló cuando dijo:

—Has estado fuera mucho tiempo. Te aguardé. Deseaba ayudarte. Estaba preparada... —Preparada para hacer casi cualquier cosa—. Pero tú no viniste. No supe nada de ti.

Pese a su resistencia, estaba al borde del pánico ante el pensamiento de que él pudiera ofenderse e irse, que haciéndole retirarse de ella sacrificara su oportunidad de ser acariciada y besada. Sin embargo, no pareció ofendido. Su sonrisa era demasiado aguda para ser afectuosa; pero la miró con una nueva ansia, como si ella se hubiera convertido en un desafío.

—Mi dama —dijo pensativamente—, lamento que no supieras nada de mí. No fue ésa mi intención. Te envié noticias más varias veces. Pero *quizá* mis mensajes fueron interceptados.

Ella empezó a preguntar: ¿Quién intercep...?, antes de comprender lo que él estaba diciendo. Eso lo cambiaba todo, ¿no? Casi balbuceando, dijo:

—Enviaste tus mensajes con Saddith. Pero ella es tu amante. Te quiere para sí, así que no me transmitió ninguno de ellos.

Por un instante, los ojos del Maestro se abrieron mucho, como si ella lo hubiera sorprendido. Una sonrisa, sin embargo, alteró rápidamente su expresión. Ahora su excitación era inconfundible. Su tono era a la vez cauteloso y jocosos cuando dijo:

—Mi dama, no puedes estar celosa de una doncella como Saddith. Casi todos los hombres que ha conocido han estado entre sus piernas. Puedo creer que no te entregara mis mensajes. Pero no puedo creer que te importe el que yo me haya aprovechado de sus vulgares encantos.

Las emociones de Terisa se hallaban alarmantemente confusas. Su alivio de que él hubiera intentado enviarle mensajes duró sólo un momento. Fue reemplazado casi

inmediatamente por la sensación de que la información llegaba demasiado tarde. Después de todo, no cambiaba nada. Ella había aceptado su compromiso sin él..., se había puesto del lado de Geraden. Y no sólo por defecto: no sólo porque el Apr estaba presente y el Maestro Eremis estaba ausente. Había elegido a Geraden porque desconfiar de él —o espiarle, o traicionarle, como el Maestro había exigido— era intolerable. Si sólo Eremis hubiera acudido antes a ella. Se mordió los labios para intentar impedir que su zozobra se reflejara en su rostro.

Aún sonriendo, él la estudió con los ojos entrecerrados. Al cabo de un momento dijo:

—Saddith no tiene importancia, sin embargo. Prescindiré de ella para complacerte. Preguntaste acerca de mi familia.

Ella asintió en silencio, aferrándose a cada palabra dicha por él mientras su corazón sangraba.

—Es una familia pequeña. Esmerel es un lugar pequeño, aunque encantador. Mi abuelo fue un hombre de gran inteligencia..., y mayor refinamiento aún. Poseía una comprensión excepcional tanto del conocimiento como del placer. Y se ocupaba ocasionalmente de la Imagería. En realidad, una de las leyendas de nuestra familia es que conoció al archi-Imagero Vogel. Por supuesto, eso fue antes de las guerras de Mordant, en las que el archi-Imagero se pasó al servicio del Gran Rey Festten.

»Desgraciadamente, mi abuelo sólo tuvo un hijo, y ese hijo era un patán. No comprendía nada excepto la violencia..., y los placeres de la violencia. Cuando entró en posesión de Esmerel, pasó años pervirtiendo a todas sus bellezas y a sí mismo. Luego se convirtió en un mezquino bribón para conservar algo parecido a la riqueza en su "sede ancestral".

»El resultado accidental de sus perversiones fue que tuvo tres hijos. El primero fue un duplicado exacto de sí mismo..., y en consecuencia muy querido. El segundo fue un poco más pequeño, un poco menos musculoso y un poco más ladino..., en consecuencia tolerable.

»El tercero fui yo.

La voz del Maestro formaba parte de su embrujo. Terisa esperaba que avanzara hacia ella. La forma como la estudiaba la hacía sentir que estaba realmente avanzando hacia ella. Su propio dolor parecía hipnotizarla. Pero el hombre permaneció inmóvil al lado de la cama.

—Afortunadamente —observó—, yo era mucho más fuerte de lo que parecía. Según todas las apariencias, yo era el débil de la carnada, y en consecuencia mi padre me despreciaba. Por esa razón, mis hermanos buscaban conseguir su aprobación atormentándome. —Hablaba calmadamente, pero el brillo de sus ojos era tan calmado como el filo de una hachuela—. En una ocasión, recuerdo, me encerraron en un cobertizo de madera y le prendieron fuego para ver qué haría yo.

Jadeando entre sus entreabiertos labios, como si estuviera hechizada, o asombrada, Terisa preguntó:

—¿Y qué hiciste?

Él rió suavemente.

—Les engañé. Yo no era el heredero de Esmerel, pero sí era el heredero de mi abuelo en inteligencia. Antes de ser lo suficientemente mayor como para tener miedo, ya era lo suficientemente listo como para protegerme. Y pronto aprendí que la protección más segura era volverlos el uno en contra del otro. Así que me ocupé de enseñar a cada uno de ellos que necesitaban mi ayuda contra los demás. Con un poco de juiciosa insistencia, conseguí hacer de ellos lo que yo quería.

Atraída por lo que el Maestro estaba describiendo —cosas que debían haber sido agudamente dolorosas, cosas que le recordaban períodos de tiempo encerrada en armarios y sensación de desvanecerse, Terisa dio un paso hacia él.

—¿Qué les hiciste hacer?

Él traicionó un destello de anticipación.

—Los convertí a todos en buenos ciudadanos del Care de Tor. Domé a mis hermanos. Privé a mi padre de sus perversiones. E hice que restauraran los recursos de conocimiento de los que Esmerel había alardeado en su tiempo, a fin de que yo pudiera reclamar la auténtica herencia de mi abuelo. Fueron su interés y sus investigaciones los que me condujeron a la Imagería.

»Desde que abandoné Esmerel he hecho lo que he podido para mantener a mi familia fuera de la bestialidad. Pero una distancia de dos días a caballo parece como un mundo para hombres como ellos. Lamento que no hubiera nada que yo pudiera hacer para impedir el altercado que mató al primogénito de mi padre. —Su actitud sugería que su pesar no era especialmente profundo.

Ella dio otro paso. La pálida mirada de Eremis parecía estar devorándola.

—Viniste a reclamarme. ¿Qué quieres que haga?

Él abrió las manos como si quisiera mostrarle su fuerza.

—Quítate la ropa.

Ella tocó su cinturón, al tiempo que una turbadora obediencia barría todo su cuerpo. Pero se refrenó.

—Quiero decir después de eso. ¿Qué deseas que haga por Mordant?

—¿Por qué tiene que haber un «después de eso»? —respondió él—. Satisfaré tu femineidad de formas en las que nunca has soñado.

Con voz muy baja, ella insistió:

—Deseo ayudarte. Deseo ayudar a Mordant.

—Muy bien. —Como si tuviera confianza de que ella ya conocía y había aceptado la respuesta, respondió—: Juntos, persuadiremos al Castellano Lebbick y a la Cofradía de que Geraden nos ha traicionado.

Cuando dijo eso, el corazón de Terisa dio un vuelco..., y luego todo su valor desapareció, como si él hubiera lanzado una patada contra lo más profundo de su espíritu. ¿Geraden? ¿Volvía a Geraden? ¿Seguía argumentando que Geraden estaba coaligado con Gilbur y Vagel? ¿O tenía alguna nueva acusación que formular contra su único amigo? Apenas tuvo la fortaleza necesaria para preguntar:

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Hecho? ¿Qué es lo que no ha hecho? ¿Acaso no te ha convencido de que yo soy un traidor?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces es más astuto de lo que creí. Hubieras empezado a sospechar de él si hubiera intentado volverte contra mí.

El Maestro la estudió por unos instantes, luego dijo:

—Puesto que ha sido astuto, probablemente no creerás que arregló las cosas para dejarte sola en el *bazar*, a fin de que Gart pudiera atacarte. Probablemente no creerás que su fracaso en detener a Elega no fue un accidente.

Ella le miró con franco horror.

—Ésos son puntos sutiles —prosiguió él—. Admito que es difícil acreditarle tales sutilezas. Pero te diré algo que debes creer. Cadwal está avanzando. ¿Te has preguntado alguna vez a ti misma *por qué* avanza Cadwal? ¿Te has preguntado por qué el Gran Rey Festten cree que debe *atacar ahora*?

Terisa no respondió. Su mente estaba en blanco por el desánimo. Una nueva acusación. Nuevas razones para creer que el único hombre que se preocupaba por ella y la animaba y permanecía con ella era un traidor.

—En el curso normal de los acontecimientos —explicó Eremis—, los espías del Gran Rey le hubieran dicho que Alend avanzaba hacia Orison. ¿Qué hubiera hecho él entonces? —Su voz era como el viento, cada vez más dura a medida que llenaba la habitación. La luz de la chimenea hacía que su rostro pareciera innaturalmente enrojecido—. Por una parte, está el riesgo de que Orison pueda caer, poniendo a la Cofradía en manos del Monarca de Alend. Pero, con el Castellano Lebbick, si no nuestro buen Rey, defendiendo el castillo, eso es improbable. Por otro lado, está la certeza de que las fuerzas de Perdon serán atraídas en apoyo de Orison. Alend y Mordant pueden mutilarse fácilmente unos a otros en esta batalla..., y entonces todo lo que desea el Gran Rey podrá ser tomado casi sin ningún coste. ¿*Por qué* no aguardó a que sus enemigos se destruyeran mutuamente?

»Yo te diré por qué, mi dama. —El Maestro hizo un corto y brutal gesto con ambas manos—. No aguardó porque conocía las intenciones de Elega. Sabía que nuestro peligro se veía enormemente incrementado por el hecho de que Orison sería traicionado desde dentro por los aliados del Príncipe Kragen.

»Piensa, mujer. ¿Cómo hubiera podido saber el Gran Rey Festten que Orison

sería traicionado a Alend? Gracias a la Imagería, su Monomach puede entrar o abandonar el castillo a voluntad..., aunque cómo lo hace sigue siendo un misterio. Pero el acceso a nuestras dependencias no le da acceso a nuestros secretos. ¿Quién sino un traidor le diría a Gart que Elegia pensaba envenenar el depósito, privándonos de agua y exponiéndonos a una derrota sumaria?

—No —murmuró Terisa. Sentía deseos de derrumbarse sobre una silla—. No.

El Maestro Eremis ignoró su protesta.

—¿Y quién si no Geraden conocía el peligro?

—Pero fue atacado —objetó ella—. Por la Imagería. Dos veces. Intentaron matarle: Gilbur, Vagel...

—¡El muy cachorro de una zorra! —Eremis sonaba furioso—. Eso fueron planes, mujer. Trucos. Lo único que muestran es que Gilbur y Vagel están desesperados para que tú no te vuelvas contra su aliado. Atacando a Geraden, lo hacen parecer inocente. La verdad es que fingen querer su muerte por la misma razón que desean activamente la tuya..., para que no les descubras.

»Si no hubiera sido rescatado como lo fue, te aseguro que hubieran hecho retirarse a sus insectos antes de que acabaran con él.

Ella ya no miraba al Imagero. No miraba nada. Las lágrimas resbalaban abundantes por sus mejillas.

—¿Cómo puedo ponerle al descubierto?

—Has estado con él varios días. Lo has observado, has hablado con él, lo has estudiado. Y os encontrasteis en privado en tu propio mundo, antes de que te trasladara aquí. Sólo tú posees el conocimiento, la experiencia, que persuadirá a la Cofradía de su traición.

—No —repitió ella en voz muy baja. Sin embargo, no le estaba hablando a él. Estaba hablando para sí misma. Apenas oía lo que él decía: sólo oía su voz, su furia, la amenaza de perderle. Geraden no era un traidor. Por supuesto que no. Sabía eso precisamente a causa de haber pasado tanto tiempo con él. Pero se estaba viendo forzada a una elección. No, más que eso. Se estaba viendo forzada a hacer algo acerca de sus creencias. No podía defender a Geraden sin volver las espaldas al Maestro Eremis y todo lo que éste representaba.

—Has dicho que deseabas ayudar a Mordant. —El Maestro Eremis habló con un tono intimidante que le recordó a su padre—. Mientras tú proteges al hombre que nos traiciona, nosotros estamos condenados.

¿Qué podía hacer? No podía argumentar con él. Nunca había sido capaz de argumentar con su padre. Sólo podía ponerse de su lado o rechazarlo. Eso estaba suficientemente claro.

En voz muy baja, preguntó:

—¿Qué vas a hacerme?.



—Quítate la ropa —restalló él—. Tu cuerpo, al menos, no me decepcionará.

Ahora, finalmente, comprendió Terisa la furia y el secreto triunfo que ella había oído tan a menudo en la voz de su padre, el deseo de infligir dolor. Por esa razón, lo que tenía que hacer apareció finalmente claro para ella —claro y simple—, y tan difícil que era casi imposible.

Sus manos estaban en el cinturón de su bata. Deliberadamente, lo apretó más.

—No —le dijo al Maestro.

Creó que iba a gritarle o golpearla. Avanzó hacia ella, y su expresión se afiló en una sonrisa de violencia. En vez de gritar, sin embargo, susurró intensamente:

—Mi dama, te he reclamado. He situado mis manos y mis besos allá donde nunca podrás olvidarlos. —Estaba lo bastante cerca como para aferrar sus hombros. Haciendo eco a la luz del fuego, su ardiente mirada se clavó en ella—. Cada curva de tu carne y cada latido de tu feminidad me desean, y no seré rechazado.

La atrajo hacia sí y la besó con fuerza. De alguna forma, su bata había desaparecido entre ellos. Lo notó tan duro como el hierro contra su no experimentado vientre.

No se debatió: se sentía demasiado débil para debatirse. Pero su cuerpo se había vuelto frío; sus nervios y su dolorido corazón ya no respondían a él. Sus besos eran sólo presión contra su rostro, nada más. Su dureza había perdido su fascinación.

*No*, protestó. He dicho *no*.

Alguien llamó tan fuertemente a su puerta que todos los hierros resonaron.

Maldiciendo viciosamente, el Maestro Eremis la apartó de un empujón. Por un instante, midió la distancia hasta el armario.

—¡No respondas! —siseó.

Ella estaba a punto de perder el sentido.

—Olvidé echar el cerrojo por dentro.

Sin aguardar a ser admitido, Geraden entró en la habitación y cerró la puerta tras él.

Pero, cuando vio a Terisa de pie cerca de la entrada al dormitorio, con su bata abierta, y al Maestro Eremis cerca de ella, se detuvo como si se hubiera convertido en piedra.

Convulsivamente, Terisa cerró la bata y ató el cinturón. La sorpresa y la mortificación la hacían sentirse como una lunática. Sonó como una lunática cuando preguntó:

—¿Cómo está Artagel?

Los ojos del Maestro eran salvajes.

Geraden miró a Terisa con aire abrumado.

—No fui a verle.

—Entonces, ¿qué *hiciste*, muchacho? —inquirió el Imagero—. Tiene que haber

sido muy interesante, si te impulsa a entrar en el dormitorio de una dama de una forma tan descortés.

—Terisa. —Con la luz de la chimenea a sus espaldas, los rasgos de Geraden eran oscuros. Su mirada brilló hacia ella, surgiendo de las sombras—. Dile que se marche.

El Maestro Eremis emitió un ruido burlón desde lo más profundo de su garganta. Miraba de frente a Geraden: Terisa no se había dado cuenta de que el Maestro se había movido hasta que lo sintió a su lado. Rodeó su cintura con un brazo. Con el otro, deslizó la mano al interior de su bata y empezó a acariciar uno de sus pechos.

—Dama Terisa —dijo— no desea que me marche.

La vergüenza hizo que todo el cuerpo de Terisa enrojeciera.

—Por favor —jadeó, a Eremis, a Geraden, al borde de las lágrimas. No me hagáis esto. No es lo que pensáis—. Por favor.

—De hecho, *fue* interesante —respondió Geraden con voz densa como la sangre—. Tuve una charla con Saddith.

Terisa notó que el Maestro Eremis se envaraba. Retiró lentamente su mano, aunque no la soltó.

—Una cosa realmente extraña de hacer. Casi tan extraña como la urgencia de mencionarlo aquí. ¿Estás completamente seguro de que te encuentras bien, muchacho?

Con un esfuerzo, Terisa se tragó la desazón que aferraba su garganta. Se dio cuenta de que estaba luchando por su vida.

—¿Qué es lo que dijo Saddith?

Sin mirar al Imagero, Geraden explicó:

—Tus guardias me dijeron que estabas sola. ¿Cómo entró él?

Ella supo de inmediato que el Maestro Eremis no deseaba que contestara a aquello. Pudo sentir su voluntad en la dura presa de su mano.

—El armario —dijo con un hilo de voz—. El pasadizo secreto.

Geraden asintió una sola vez, bruscamente.

—¿Y cómo sabía que estaba ahí?

Con un tono llano, como si corriera el peligro de aburrirse, Eremis contestó con voz lenta:

—No tenía la menor idea de que estuviera ahí. Me hallaba explorando un nuevo pasadizo, y hallé los aposentos de dama Terisa por casualidad.

El Apr volvió una mirada corno piedra al Maestro. Las sombras se agitaron a lo largo de su mandíbula.

—En realidad, eso no es cierto. —Luego se dirigió de nuevo a Terisa—. ¿Cómo se convirtió Saddith en tu doncella?

Terisa tenía dificultad en respirar: la presión que crecía en su pecho parecía estar estrujando sus pulmones.

—El Rey Joyse le dijo que se ocupara de mí.

—¿La eligió él mismo?

Fue sorprendente cómo los recuerdos acudieron vívidamente a ella. El Rey había dicho: *Saddith te atenderá como tu doncella*. Incluso la había saludado diciendo: *Exactamente la que deseaba*. Pero no había parecido complacido.

—No lo creo. Él no la pidió. Simplemente, le dijo al guardia que yo necesitaba una doncella.

—Empiezo a ver por qué encuentras esto tan interesante —comentó el Maestro Eremis. Parecía estar riendo para sí mismo—. Los asuntos triviales siempre interesan a los hombres que fracasan en todo lo demás.

—Terisa —ahora el tono de Geraden tenía asomos de autoridad, como si se creciera bajo el peso del desdén del Maestro—, ¿recuerdas lo que hablamos después de la primera vez que Gart intentó matarte?

Torpemente, ella negó con la cabeza. No podía pensar. Ese recuerdo había desaparecido de su cabeza, estaba tan en blanco como el otro era nítido. La débil luz grisácea de las ventanas parecía estar menguando.

—Hablamos acerca de cómo él pudo encontrarte.

De cómo él pudo encontrarme.

—Era evidente que tenía un aliado en Orison. Alguien debía haberle dicho dónde estabas.

—Esto es muy interesante, Geraden —se burló el Maestro Eremis—. Una prodigiosa exhibición de razonamiento. Evidentemente, alguien debió decírselo. Quizá fuiste tú. Tú sabías dónde estaba ella. He oído que sus aposentos fueron vigilados a petición tuya.

Terisa no apartó la vista de Geraden.

Él mantenía sus ojos fijos en ella, con exclusión de todo lo demás.

—Saddith no me dijo todo lo que deseaba. Pero me dijo lo suficiente como para que yo pudiera adivinar el resto. Ella se presentó voluntaria a ser tu doncella.

¿Voluntaria?

—Me sorprendió eso. ¿Por qué se presentaría voluntaria, cuando las únicas personas que sabían que tú estabas aquí, y sabían que eras importante, eran el Rey Joyse y los Maestros?

Tras un poco de insistencia, me lo dijo. Lo hizo para complacer a uno de sus amantes. O más bien a alguien al que deseaba como amante. Uno de los Maestros. Él le pidió que se ocupara de ti por él, y ella lo hizo para conseguir su agradecimiento.

Un tronco cayó en la chimenea; las llamas brotaron más altas por unos momentos. Suavemente, el Maestro Eremis envolvió la nuca de Terisa con sus largos dedos.

—Así es también como descubrió lo del pasadizo secreto que conducía a tu habitación —siguió Geraden—. Gracias a ella. Saddith no podía dejar de notar que tú

tenías una silla apoyada contra el fondo de tu armario.

—Esto es ultrajante, muchacho. —La presa del Maestro en el cuello de Terisa se hizo más fuerte—. ¿Has perdido el juicio? ¿Pretendes seriamente acusarme, *a mí*, de estar confabulado con el Monomach del Gran Rey? —Tras su desdén había una corriente subterránea de regocijo.

Geraden seguía manteniendo su mirada fija en Terisa, lejos de la del Maestro Eremis.

—Él es una de las pocas personas que sabían dónde estabas la primera noche. Él es uno de los pocos que conocen este pasadizo secreto. Y él es el único que pudo preparar esa emboscada para ti después de que los señores se reunieran con el Príncipe Kragen. Él es el único que sabía que tú estarías allí. Él te *empujó*.

»Te puso directamente frente al campeón, a fin de que éste te disparara. Estabais juntos..., pero *él* escapó. Hubiera podido llevarte con él. Hubiera podido detenerme. ¿Por qué no lo hizo?

Los fuegos parecían estar muriendo. La estancia se estaba llenando de penumbra.

Geraden, ayúdame. Va a romperme el cuello.

—Geraden —dijo casualmente el Maestro—, esto es inexcusable. Has ido más allá del insulto. —La presión de sus dedos empezó a hacer que Terisa sintiera la cabeza ligera—. No puedes echar la culpa de tus propios crímenes sobre mis hombros. No lo acepto.

Geraden desvió sus ardientes ojos hacia Eremis.

—Todo esto no son más que estúpidas suposiciones, excepto la cuestión del intento de Gart contra su vida después de la reunión de los señores. Y eso también pudiste prepararlo tú. Tu hermano Artagel la estaba siguiendo. Tú sabías en todo momento dónde estaba. Sólo gracias a la buena suerte Gart no apareció ante todos los señores reunidos. Algunos de ellos hubieran muerto seguramente.

—Suéltala —dijo el Apr, con una voz como un bloque de granito—. Si quieres un rehén, tómame a mí. Soy mucho más peligroso que ella.

El Maestro Eremis rió ante aquello como si escupiera ácido.

—Oh, te halagas a ti mismo, muchacho. Te halagas a ti mismo.

Antes de que ella pudiera liberarse, oyó el sonido de alguien abriéndose camino entre las ropas de su armario. Con una repentina agitación, el armario escupió la mayor parte de su contenido, y un hombre brotó precipitadamente del pasadizo oculto.

Su capa y su armadura de cuero eran tan negras que parecía la encarnación de la oscuridad que tenía a sus espaldas; avanzó como una sombra. Pero el largo acero de su espada captó reflejos del fuego y los dispersó frente a él. Su nariz se proyectaba entre sus ojos amarillos como el filo de una hachuela.

Saltó a la habitación, ansioso de sangre.

Sin embargo, se mostró inconfundiblemente sorprendido al encontrar al Maestro Eremis, Terisa y Geraden frente a él. Pese a todo, reevaluó su ataque. El objetivo de su espada vaciló.

—¡Gart! —exclamó el Maestro Eremis—. ¡Cachorro de perro! ¡Tu oportunismo es milagroso!

Tan rápidamente que su movimiento la hizo tambalear, soltó a Terisa y saltó hacia la cama. Mientras Gart se ponía en movimiento, el Maestro Eremis arrancó el dosel de plumas de pavo real y lo arrojó sobre la cabeza de Gart.

Al mismo momento, Geraden aferró a Terisa y la apartó de un tirón, la arrojó a la salita tras él. Terisa se tambaleó hacia el fuego, luchando por mantener el equilibrio.

Con un sonido líquido, como el acero caliente hundiéndose en el agua, la espada de Gart barrió el dosel, haciéndolo pedazos. Las plumas volaron hacia el suelo en todas direcciones: sus ojos lo observaban todo.

El Maestro Eremis saltó encima de la cama.

Mientras se enfrentaba al Monomach, la luz del fuego brilló en sus rasgos. El destello rojizo le proporcionó una expresión de regocijo casi sobrenatural mientras arrojaba una almohada contra Gart.

Con una mueca, Gart separó la almohada de su contenido con la punta de su espada, de una forma tan violenta que la almohada pareció estallar. Las plumas revolotearon hacia el techo y empezaron a caer de nuevo como nieve sobre él.

Al instante, una segunda almohada siguió a la primera.

Ésta, sin embargo, la atrapó con la parte plana de su espada. Haciéndola girar como si fuera un murciélago, la devolvió al Maestro Eremis.

Le golpeó en el pecho con la suficiente violencia como para lanzarlo contra la pared.

Gart se volvió hacia Geraden y Terisa.

—¡Guardias! —rugió el Maestro Eremis antes de que el Monomach del Gran Rey pudiera atacar—. ¡Guardias!

Por segunda vez, Gart se sobresaltó lo suficiente como para vacilar. Interrumpió el girante movimiento de su arma con que acompañó su avance hacia la salita de estar..., el girante movimiento que hubiera separado la cabeza de Geraden de su cuerpo. Rápidamente, el Monomach calculó la distancia más allá de Geraden que lo separaba de Terisa; observó la puerta mientras ésta, empezaba a abrirse; miró por encima del hombro a Eremis.

Llevó la mano izquierda a su cinturón y extrajo una afilada daga de hierro.

Mientras la puerta acababa de abrirse de golpe y el primer guardia entraba en la habitación, Gart curvó su brazo.

Una tercera almohada golpeó contra su hombro y desvió su puntería. La daga falló a Terisa.

El Maestro Eremis dejó escapar una carcajada que sonó como un croar.

Ahora el Monomach no tenía tiempo para las vacilaciones. Maldiciendo vehementemente, paró el golpe del primer guardia con su espada, luego le dio una patada a las piernas, haciéndole perder el equilibrio. Mientras el segundo intentaba no pisotear a su camarada, Gart se retiró al dormitorio.

Sin mirar siquiera al Maestro Eremis, se metió en el armario.

—¡Tras él! —aulló Eremis a los guardias—. ¡Ese pasadizo conduce a los aposentos de Havelock! ¡Id! ¡Pediré refuerzos!

Terisa vio a los guardias dudar ostensiblemente antes de lanzarse hacia el armario. Quizá no deseaban enfrentarse al Monomach del Gran Rey en un lugar tan angosto. O quizá dudaban de entrometerse en los dominios privados del Adepto Havelock..., especialmente si, como el Maestro Eremis parecía sugerir, el Adepto estaba confabulado con Gart.

Con un largo salto, el Maestro Eremis abandonó la cama y se dirigió a la salita de estar. El resplandor del fuego y su propio regocijo iluminaban su rostro, pero Terisa pensó que nunca había parecido más peligroso. Bruscamente, se acercó a Geraden y clavó un dedo en el pecho del Apr.

—Tengo intención de convocar una reunión de la Cofradía.

—Pese a su alegre expresión, su tono era salvaje—. Responderás de esto frente a los Maestros, muchacho.

—No, no lo haré —respondió Geraden, inseguro—. Se han disuelto.

El Maestro Eremis bufó.

—Estás de nuevo equivocado. Quillón los mantiene unidos con la autoridad del Rey.

Haciendo un floreo con su casulla, como si fuera una amenaza, ante las narices de Geraden, abandonó la habitación.

El rostro de Geraden se contrajo como si acabara de ser pateado en el estómago.

Terisa se sentó, entumecida, en el suelo. El sonido de las botas de los guardias resonaba apagadamente en el armario, pero no oyó nada que se pareciera al entrechocar de espadas.

## El Maestro Eremis en acción

—¿Estás bien? —preguntó Geraden. Su tono no reflejaba una buena disposición de ánimo.

Sentada sobre la alfombra con las piernas cruzadas, Terisa se llevó las manos a los lados de su cabeza para impedir que su mente volara. No comprendía: nada de aquello tenía sentido. El Maestro Eremis. Gart. ¿Qué le estaban naciendo?.

—¿Terisa?

¿Y por qué estaba Geraden tan furioso con ella? Era su amigo. ¿Por qué se mostraba de pronto ciego a su dolor?

—¿Te hizo daño?

Era su amigo. Debía tener una buena razón para mirarla con aquella mueca en el rostro, como si ella le hubiera roto el corazón. Luchó por concentrarse. La habitación estaba llena de desastre. Tenía que *pensar*.

Unas pesadas botas martillaron la piedra. Tres guardias penetraron en la habitación, con las espadas desnudas. El Maestro Eremis había llamado ciertamente su atención. Una vez en ella, sin embargo, vacilaron, agitando inciertos sus hojas, hasta que Geraden restalló:

—Hay un armario en el dormitorio con un pasadizo en su fondo. —Entonces partieron a la carga hacia allá. Las tablas del armario resonaron cuando lo cruzaron.

¿Cuántas clases distintas de dolor había allí? Estaba el dolor sordo en su nuca, allá donde el Maestro Eremis había apretado fuertemente. Estaba el dolor que parecía pulsar en los lugares secretos de su corazón. Estaba la aguda tensión en torno a su pecho, que se hacía más fuerte cada vez que Geraden le hablaba con aquel tono crispado y amargo. Estaba aquella elaborada sensación dentro de su cráneo, como si su mente hubiera sido golpeada con mazas.

Y, en algún otro lugar —en algún lugar indefinible—, estaba una nueva certidumbre tan pura como un cuchillo. Necesitaba un nombre para ella. Quizá era aquello lo que le dolía tanto: porque no tenía un nombre que darle.

Dijo, con voz sorda:

—Al menos ahora sabemos que él y Gart no están trabajando juntos.

—*Tensa*. —Aquella palabra hubiera sonado como un grito si Geraden no la hubiera susurrado en voz tan baja.

Antes de que ella pudiera responder, otra voz intervino.

—No te tortures, Geraden —dijo el Castellano Lebbick desde el umbral. Otros cuatro guardias pasaron haciendo resonar sus botas a su lado, en dirección al armario—. No lo merece.

Terisa se puso trabajosamente en pie a fin de no parecer tan derrotada delante del

Castellano.

Geraden permanecía de pie de espaldas a la pared, los brazos cruzados como grilletos sobre su pecho. Su rostro parecía una máscara de piedra de la que un cincel hubiera borrado toda alegría. La luz del fuego se reflejaba en sus ojos, tan secos como febriles.

—Ahórrate tus insultos, Castellano —gruñó suavemente—. No los necesitamos.  
El Castellano Lebbick enarcó una ceja.

—De acuerdo. Seré educado. Tú sé cooperativo. Para variar. ¿Qué ocurrió?

Geraden pareció encogerse ligeramente, como si estuviera siendo compactado por la presión de sus propios brazos..., como si se estuviera exprimiendo hasta su propia esencia.

—Fuimos atacados. El Monomach del Gran Rey intentó matarla de nuevo.  
Una sonrisa tiró de los labios del Castellano, separándolos de sus dientes.

—¿Y aún estáis con vida? ¿Cómo lo conseguisteis?

—El Maestro Eremis nos salvó. Luchó contra Gart hasta que entraron los guardias.

—¿El Maestro Eremis? ¿Qué estaba haciendo *él* aquí?

Amargamente, Geraden no miró a Terisa.

Con un esfuerzo, ella se enfrentó a los ojos de Lebbick.

—Vino a verme.

—¿Y tú siempre lo recibes vestida así?

Avergonzada, ella se mordió los labios. La vergüenza era otro tipo de dolor. De algún modo, consiguió murmurar:

—Vino mientras yo dormía.

El Castellano se volvió de nuevo a Geraden.

—Al parecer, el Maestro Eremis fue bien recibido. En ese caso, ¿qué estabas haciendo *tú* aquí? Dudo que ninguno de ellos te invitara.

—Cuando llegué —dijo Geraden como si fuera la pared contra la que se apoyaba—, sus guardias me dijeron que estaba sola. ¿No deseas saber cómo entró él? ¿No deseas saber cómo entró Gart?

—Adelante. Dímelo.

—Ambos utilizaron el pasadizo secreto detrás de su armario.

Ante aquello, el Castellano Lebbick dejó escapar el aliento, casi silbando, a través de sus dientes.

—¡Por los testículos de un toro! ¿Cómo lo conocían?

—Saddith y el Maestro Eremis son amantes. De hecho, ella se presentó voluntaria para ser la doncella de Terisa a fin de complacerle a él. Observó la silla en el armario y le habló de ella. Supongo que él se lo dijo a Gart.

—Espera un momento. Has dicho que el Maestro Eremis os salvó. ¿Y ahora dices



que está aliado con Gart?

—¿De qué otra forma pudo saber Gart la existencia del pasadizo? —respondió el Apr—. ¿Quién otro sabía lo suficiente al respecto como para decírselo? Sólo yo y Terisa. Saddith y el Maestro Eremis. Y tú, Castellano. Ni siquiera Artagel lo sabe.

Involuntariamente, Terisa recordó que Myste también lo sabía.

Apretando los puños contra sus caderas, el Castellano gruñó:

—De acuerdo. Si Gart lo sabía, ¿por qué no lo usó para matarla antes?

—Al principio —dijo Geraden— no lo sabía. Saddith le dijo al Maestro Eremis dónde estaba Terisa, pero no sabía más que eso. Desconozco cuándo descubrió ella el pasadizo. Y no sé tampoco cuándo le habló al Maestro Eremis de él. Y, por supuesto, ignoro lo atareado que está Gart. Pero creo que el Maestro Eremis decidió que deseaba dejarla vivir porque la quería para él. No le habló a Gart del pasadizo hasta que llegó el ejército de Alend y ambos vieron que se les acababa el tiempo.

Bruscamente, el Castellano Lebbick se volvió hacia Terisa.

—¿Es esto cierto? ¿Te has hecho valer ante el Maestro Eremis para seguir con vida cuando él realmente desea tu muerte?

Su tono la hizo retroceder. Estaba empezando a comprender el dolor de Geraden, y sus razones la desanimaron. Sin embargo, se enfrentó al Castellano.

—Él nos salvó. —Y su seguridad era firme, aunque no pudiera aplicarle un nombre—. Dijo que va a hacer que Geraden responda de esto delante de la Cofradía.

No estaba preparada para la virulencia con la que Lebbick gruñó, como para sí mismo:

—¡Putá! —Afortunadamente, se volvió demasiado pronto hacia Geraden para verla estremecerse.

»Yo también tengo unas cuantas preguntas. Deseo saber cómo te convertiste tan repentinamente en un experto en lo que Saddith dice o no dice a sus amantes. Y deseo saber algunas de las cosas que todavía no me has dicho.

»Pero resulta que tú no eres mi único problema en estos momentos. Tengo todo el resto de Orison del que ocuparme. Aguardaré hasta que se reúna la Cofradía.

«Cuando mis hombres regresen de no encontrar a Gart, díles que me informen.

Bruscamente, el Castellano Lebbick dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta y salió.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Terisa se volvió hacia el fuego para no tener que mirar a Geraden. Temía mirarle. Estaba tan dolido..., y casi todo lo que creía de ella era cierto. La había salvado de su propia debilidad. El Maestro Eremis la había reclamado para sí..., y ella se le había resistido tan poco. Incluso aunque se había decidido en contra de él, había sido incapaz de luchar. La vergüenza pareció desmoralizarla; no podía enfrentarse a la acusación de su dolor.

Sin embargo, su cobardía la disgustó. Él nunca había permitido que el miedo le

impidiera hacer nada por ella. Finalmente, se obligó a sí misma a volverse de nuevo y enfrentarse a su aflicción.

—Geraden, yo...

Él no había cambiado en absoluto su actitud. La débil y grisácea luz de las ventanas y el apagado rojo de la chimenea se reflejaban en las líneas pétreas de sus mejillas y mandíbula, su recta nariz, su recia frente. No se movía ni un músculo de su rostro. Su pelo se rizaba en la oscuridad.

Pero sus ojos estaban cerrados.

Todo era culpa suya: el dolor que él sufría era causado por ella. Porque la había encontrado casi desnuda con el Maestro Eremis. Porque había visto al Maestro acariciarla tan íntimamente. Impotente, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

Él no abrió los ojos. Quizá el verla a ella le resultaba intolerable. Cuando habló, no pudo reprimir su voz. Se estremeció como si se estuviera helando.

—Necesito saber de qué lado estás. No tienes que decirme ninguna otra cosa. Eres libre de hacer tus propias elecciones. No puedo decirte a quién debes amar. Pero voy a presentarme ante los Maestros, y les diré todo lo que creo que sé. No van a desear creerme. He pasado demasiados años cometiendo demasiados errores.

»Tú eres mi único testigo. Tú eres la única que puede decirles que estoy diciendo la verdad. Si planeas llamarme mentiroso... —No pudo seguir.

Ella deseó responder de inmediato, pero la aflicción de Geraden puso un nudo en su garganta. ¿Qué podía decir? Nada era adecuado. Él había puesto el dedo en la llaga de su certidumbre, pero aún seguía sin saber cómo llamarla.

Sin embargo, era incapaz de soportar su rígido silencio. De alguna manera, consiguió esbozar una respuesta.

—Yo no invité al Maestro Eremis aquí. Se presentó mientras yo dormía. Por eso voy vestida así.

»Él deseaba que escogiera entre vosotros dos.

Un músculo se crispó en la mejilla de Geraden, un nudo de dolor.

—Creo que probablemente él es el único hombre en Orison que tiene una posibilidad de salvar Mordant. Posee la habilidad de hacer que las cosas ocurran. —Esto era el límite de su honestidad—. Pero te elegí a ti.

Los ojos de Geraden se abrieron de repente. Una sutil alteración en los planos y líneas de su expresión le hicieron aparecer a la vez sorprendido y suspicaz. Su voz siguió temblando.

—Tu bata estaba abierta.

—Él lo hizo. No yo.

Por un largo momento, él permaneció inmóvil..., y sin embargo, pese al hecho de que no se movía, ella creyó ver cómo la entera estructura de su rostro se

transfiguraba, todo el paisaje detrás de sus ojos y emociones se reformaba. No sonrió: no estaba preparado para esto. Pero el potencial para una sonrisa se vio restablecido.

Lentamente, descruzó los brazos de su pecho. Lentamente, tendió su mano y acarició la mejilla de ella, como si deseara secar las lágrimas que ella no tenía.

Incapaz de contenerse, ella lo abrazó y se apretó desesperadamente contra él, como si él pudiera sanar su vergüenza.

El abrazo con que él respondió era tan fuerte y lleno de necesidad como el de ella, tan hambriento de alivio. Y, de algún modo, porque él deseaba tanto de ella, le dio lo que ella necesitaba.

Un poco más tarde, nueve guardias salieron en tropel del pasadizo detrás de su armario. No tenían nada que informar.

La tarde gris derivó hacia el ocaso. Alrededor de Orison los fuegos de campaña brillaban contra el viento. Por todas partes las tiendas formaban una ondulación de pequeñas colinas sobre el desnudo terreno. Incluso las máquinas de asedio parecían pequeñas bajo aquella luz, a aquella distancia. El viento golpeaba implacable los cristales de las ventanas de los aposentos de Terisa, hasta que la atmósfera pareció atestada y amarga, llena de amenazas.

El anochecer trajo hasta ella un visitante incongruente: el modisto, Mindlin, para entregarle los nuevos vestidos. Deseaba efectuar una segunda prueba, para asegurarse de que ella estaba satisfecha —quizá pensaba que su aprobación tendría algún valor una vez terminara el sitio—, pero ella los aceptó sin más y lo despidió.

Por cuarta o quinta vez, dijo:

—Tenemos que *hacer* algo.

Geraden suspiró.

—Yo tengo la misma sensación. Pero no estoy precisamente lleno de ideas.

Ella necesitaba expresar su certidumbre en palabras, a fin de que sirviera para algo. Lograría hacerlo, se dijo a sí misma, si dejaba de pensar en ello. O si pensaba en ello en la dirección correcta. Bruscamente, echó a un lado sus vacilaciones.

—Deseabas hablar con Artagel, pero no tuviste oportunidad. ¿Por qué no lo haces ahora?

La sugerencia sorprendió al Apr.

—¿Qué voy a conseguir con ello?

—Puede hacer que te sientas mejor.

—¿Y piensas que no voy a tener otra oportunidad? ¿Crees que puedo tener problemas en conseguir que mi hermano me perdone después de que me metan en las mazmorras por traición?

Ella no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—Yo no dije eso.

—No era necesario que lo dijeras. —Pese a sí mismo, captó el talante de ella—.

Yo lo dije por ti.

—Sí, lo hiciste. Si crees que es una idea tan terrible —ahora sonrió ampliamente—, me temo que voy a tener que disculparme por suscitar el tema.

De inmediato, él agitó defensivamente las manos.

—No, no. Cualquier cosa menos eso. Lo haré. —Su animación, sin embargo, se desvaneció casi al momento—. ¿Quieres venir conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer tú?

Firmente, como si estuviera segura de sí misma, dijo:

—Voy a extraerle algún sentido a todo esto. De algún modo.

Él permaneció unos instantes estudiándola. Luego, con un tono deliberadamente sentencioso, dijo:

—Mi dama, tengo la más firme sensación de que lo conseguirás.

—Oh, márchate —respondió ella.

Sin embargo, esperaba que él tuviera razón. Tan pronto como se hubo ido, se vistió, poniéndose uno de sus nuevos y cálidos trajes de montar y sus botas de invierno, porque no deseaba verse obstaculizada por sus trajes más elegantes. Luego fue a ver al Rey.

No tenía ningún plan concreto en mente. Simplemente, deseaba que interviniera en favor de Geraden.

Mientras subía las escaleras hacia la suite real, sin embargo, recordó más y más vívidamente que le había mentido al Rey la última vez que había hablado con él. Y aún no tenía la menor idea de cómo él había supuesto que había ayudado a su hija Myste a deslizarse subrepticamente fuera de Orison. Antes de alcanzar su puerta, estuvo tentada de dar media vuelta.

La prueba a la que se enfrentaba Geraden la decidió a seguir adelante. Necesitaba respuestas. Necesitaba respuestas para poder ayudarle. Si el Rey Joyse no hacía nada más por ella, o por el hijo del Domne, o por Mordant, al menos podría proporcionarle unas cuantas respuestas. La oportunidad valía lo que pudiera costarle.

Y si el Rey se negaba a verla, siempre podía hablar con el Tor.

Los guardias fuera de la suite la saludaron. Manteniéndose firme, les preguntó si era admitida. Uno de ellos permaneció en la puerta mientras el otro penetraba en la suite. Un momento más tarde, recibió permiso para entrar.

Su pulso latía tan fuerte como para hacer que lamentara su temeridad. Ciega a la lujosa decoración de la estancia, sólo tuvo ojos para los tres viejos sentados como compañeros del alma ante la adornada chimenea.

El Rey Joyse estaba más tendido que sentado en el sillón de brazos, con las piernas apoyadas en un almohadón ante el fuego. Su atuendo de terciopelo púrpura mostraba los beneficios de una reciente limpieza, y sus mejillas estaban recién

afeitadas: su apariencia, si no su postura, sugería que estaba preparado.

Como contraste, el Tor estaba desmoronado como si su esqueleto ya no pudiera soportar su grasa. Como su carne, sus ropas se derramaban sobre los brazos de su silla; la tela verde estaba manchada de vino. Demasiado gordo para parecer ojoso, su rostro colgaba como ropa empapada tendida a secar. Daba la impresión de que se había ocupado tanto de los preparativos de defensa de Orison que había dejado de preocuparse de sí mismo.

Entre los dos viejos amigos se sentaba el Esbirro del Rey, el Adepto Havelock, con un aspecto más hosco y loco que nunca en su viejo sobretodo, con sus despeinados mechones de pelo y sus ojos desenfocados.

Los tres sostenían grandes y elegantes vasos.

Los tres volvieron sus cabezas hacia Terisa cuando fue anunciada. El Tor la miró a través de una neblina de agotamiento y vino. El Adepto Havelock se lamió salazmente los labios. El Rey Joyse hizo una inclinación de cabeza pero no sonrió.

Había esperado que sonriera. Le hubiera hecho bien ver de nuevo su luminosa sonrisa.

La saludó casualmente; su tono implicaba que era el más afectado por la bebida de los tres.

—Mi dama, únete a nosotros. —Sus mejillas estaban enrojecidas, algo irritadas por el afeitado, pero detrás del color su piel parecía pálida—. Sírvete un poco de vino. —Hizo un gesto con la cabeza hacia una jarra y un surtido extra de vasos sobre una mesa apoyada contra la panelada pared—. Es bueno..., un excelente vino de... —Una expresión de perplejidad cruzó su rostro—. ¿De dónde dijiste que era este vino? —preguntó al Tor.

El Tor se agitó como si estuviera en peligro de quedarse dormido.

—De Rostrum. Un pequeño pueblo cerca de la frontera de Termigan y Domne, donde los bebés toman vino en vez de leche de los pechos de sus madres, e incluso los niños pueden hacer cosas exquisitas con las vides. Vino de Rostrum.

El Rey Joyse asintió de nuevo.

—Vino de Rostrum —le dijo a Terisa—. Toma un poco. Estamos celebrándolo.

Ella se detuvo en el centro de la gruesa alfombra azul y roja e intentó observar simultáneamente a los tres hombres.

—¿Celebrando qué?

El Adepto Havelock dejó escapar una risita.

—¿Estamos celebrando algo? —La voz del Tor sonaba espesa—. Creí que estábamos lamentándonos.

—¿Lamentándonos? —El Rey Joyse miró afectuosamente al Tor—. Mi viejo amigo, ¿por qué? Esto es una celebración, te lo dije.

—Oh, por supuesto, mi señor Rey. —El Tor agitó una mano—. Una celebración.

Me equivoqué. —Su fatiga era evidente—. Orison ha sido sitiado por el Monarca de Alend. Tu hija ha envenenado nuestra agua. Mientras permanecemos sentados aquí, los hombres del Perdon mueren, luchando sin esperanzas contra Cadwal. Y el Imagero real, el Adepto Havelock —inclinó cortésmente la cabeza en dirección a Havelock— ha reducido a cenizas nuestro único indicio de quién, o qué, es exactamente nuestro principal enemigo. Hacemos bien en celebrarlo, puesto que no conseguiremos nada lamentándonos.

—Tonterías —respondió inmediatamente el Rey. Aunque su expresión era grave, parecía estar de buen humor—. Las cosas no son tan malas como piensas. Lebbick conoce uno o dos trucos respecto a sitios. Todavía nos queda mucho vino de Rostrum, así que no necesitamos demasiada agua. Tan pronto como se dé cuenta de que no podemos reforzarlo, el Perdon va a retroceder y dejará pasar a Festten. Eso detendrá las muertes.

Parecía no darse cuenta de que lo que estaba diciendo no aportaba mucha tranquilidad.

—¿Y la muerte del prisionero? —inquirió lúgubrementemente el Tor.

El Rey Joyse desechó la pregunta.

—También tenemos otra razón que celebrar. Dama Terisa está aquí. ¿No estás aquí, mi dama? —preguntó a Terisa, luego siguió hablándole al Tor—. A menos que me haya equivocado completamente, ella está aquí para decirnos que ha hallado una nueva cura para las tablas.

El Adepto Havelock rió de nuevo.

Por un segundo, Terisa casi perdió la cabeza. ¿Una *cura*? ¿Una cura para las *tablas*? Sintió deseos de reír febrilmente. ¿Creía realmente el Rey Joyse que todo aquello no era más que un enorme juego de brinco? Entonces, todos estaban condenados.

Afortunadamente, se aferró a la razón de su venida aquí antes de que sus pensamientos derivaran hacia el pánico. Geraden. Eso era lo importante. Geraden.

—No sé nada acerca de tablas. Ni de curas. —Su tono fue demasiado seco. Hizo un esfuerzo por moderarlo—. Mi señor Rey. Vine porque estoy preocupada por Geraden. El Maestro Eremis va a intentar arruinarle frente a la Cofradía.

El Rey le dedicó su educada atención.

—¿Arruinarle, mi dama?

—Él y el Maestro Eremis van a acusarse mutuamente de traicionar Mordant.

—Entiendo. ¿Y tú no llamas a eso unas tablas?

—No. —No estaba consiguiendo nada. Tenía que hacerlo mejor—. No, mi señor Rey. La Cofradía creerá al Maestro Eremis. —Y, sin embargo, estaba segura...—. Pero el Maestro Eremis miente.

El Tor se retorció en su asiento para estudiarla más atentamente. Con un visible

esfuerzo, el Adepto Havelock cogió su silla, le dio la vuelta, y se dejó caer de nuevo en ella a fin de sentarse mirándola.

El Rey Joyse, sin embargo, siguió contemplando el fuego.

—¿El Maestro Eremis? —preguntó, como si estuviera perdiendo interés—. ¿Mintiendo? Eso puede ser arriesgado. Puede verse atrapado. Sólo los hombres inocentes pueden permitirse decir mentiras.

—Mi dama —dijo suavemente el Tor—, estas acusaciones son serias. El Maestro Eremis es un hombre de probada estatura. Puede que la Cofradía tenga alguna justificación para aceptar la palabra de uno de los suyos contra las acusaciones de un mero Apr fracasado. ¿Cómo sabes que el Maestro Eremis está mintiendo?

Ella abrió la boca, luego volvió a cerrarla. ¿Qué podía decir? La información alojada en su cerebro se negaba a mostrarse claramente. Algo que el Maestro Eremis había dicho, o revelado... ¿O era Geraden? Al cabo de un momento, admitió:

—Todavía no lo tengo claro.

—Entiendo, mi dama. —El viejo señor volvió su atención al fuego—. Tú simplemente confías en Geraden. Eso es comprensible. Yo mismo confío en él. Sin embargo, no puedo prestarte ninguna ayuda. Ya no soy el canciller de mi señor Rey.

¿Qué?

El Adepto Havelock la miró y sonrió.

El Rey Joyse suspiró y apoyó la cabeza contra el respaldo de su sillón.

—Mi viejo amigo estaba andando a grandes pasos hacia la tumba con todo este asunto de Orison. No quiere admitir que ya no es joven. Cosa que, desgraciadamente, es cierta.

—Mi señor Rey —explicó el Tor— ha dado instrucciones explícitas de que ya no debo ser obedecido, excepto en asuntos de mi confort personal. Con la llegada del ejército de Alend, mi poder ha terminado. —Bufó para sí mismo—. Ya puedes imaginar la alegría del Castellano Lebbick. Recuerda: él cree que es posible que yo mismo sea un traidor. No le gustó mi interés en nuestras defensas. Aunque mi señor Rey no lo dice, creo que me ha retirado de mi posición para protegerse en caso de que las sospechas del buen Castellano demuestren ser correctas.

Ante aquello, el Rey Joyse alzó la cabeza. Sus acuosos ojos se volvieron bruscamente agudos, y su boca se crispó. Sin embargo, no respondió al Tor. Mirando a Terisa, preguntó:

—¿Qué es exactamente lo que deseas, mi dama?

Terisa se sobresaltó: por un momento se había perdido en su simpatía hacia el viejo señor. Casi tartamudeando, dijo:

—Geraden no tiene ninguna posibilidad delante de los Maestros. El Maestro Eremis lo hará pedazos. Debes detenerlos. No debes permitir que le hagan esto.

—Pero si el Maestro Eremis dice la verdad —respondió el Rey con voz raspante

—, Geraden merece ser detenido y castigado.

—No. —No podía pensar. Estaba enloqueciendo—. No debes creer eso.

El Rey Joyse apuntó su mirada hacia ella como si fuera un clavo, y habló como si lo estuviera remachando a martillazos.

—No es ése el asunto, mi dama. Por el momento, no es de él de quien dudo. Es de ti.

Ella parpadeó. Su corazón empezó a latir de nuevo alocadamente, lanzando alarma en todas direcciones.

—¿Por qué?

—¿Te sorprende? Me subestimas. Te advertí que este juego es peligroso.

»Después de que habláramos, hice registrar las habitaciones de Myste. No se llevó nada personal con ella..., ninguno de sus pequeños recuerdos de la infancia, ninguno de sus regalos favoritos. ¿Te parece lógico eso? Si volvió junto a su madre, se hubiera llevado todo lo que hubiera podido.

»Me mentiste, mi dama. Me mentiste respecto a mi hija.

Dentro de su pecho, una fría mano se cerró en un puño. Tanto el Tor como el Adepto Havelock la miraron de reojo, como si se estuviera transformando en algo horrible ante ellos.

—¿Adónde fue realmente?

Esto era lo que Terisa había temido: el Rey Joyse la había descubierto. Había aprendido el peligro de las mentiras cuando aún era una niña. La falsedad había sido algo exquisitamente tentador para ella; su temor a ser castigada la había hecho desear el desviar toda manifestación de irritación, descontento o desaprobación paternas. Sin embargo, había aprendido que el castigo era peor cuando era descubierta.

Por pura defensa, intentó contraatacar como si tuviera causa de queja.

—¿Cómo supiste que ella vino a verme? ¿Hacías espiar a tu propia hija?

El Adepto Havelock volvió a girar su silla para situarse frente al fuego, se sentó de nuevo y empezó a trenzar sus dedos.

El Rey siguió observándola durante unos instantes. Ella sostuvo su mirada, porque temía hacer alguna otra cosa. Luego, bruscamente, él también se volvió hacia el fuego.

—Fuiste advertida —murmuró—. Recuérdalo. Fuiste advertida.

»Mi señor Tor, ten la bondad de avisar a los guardias. Deseo que esta mujer sea encerrada en las mazmorras hasta que condescienda a decirme la verdad acerca de mi hija.

—¡No! —El grito brotó de ella antes de que pudiera detenerlo—. Te lo diré. Te diré todo lo que quieras. Geraden me necesita. Si no estoy aquí, tendrá que enfrentarse a la Cofradía solo.

Ninguno de los tres hombres la miraba. El Tor vació su vaso, pero no se molestó



en volver a llenarlo.

Terisa inspiró profundamente, cerró con fuerza los ojos por un segundo.

—Fue tras el campeón. Creía que necesitaba ayuda. —Tragó saliva dificultosamente—. Lo siento.

Ante la sorpresa de Terisa, el perfil del Rey Joyse se agitó hacia una sonrisa. Pero, casi inmediatamente, su expresión se volvió apenada, e inclinó morosamente la cabeza hacia atrás hasta descansarla de nuevo contra su sillón.

—Un poco más de vino iría bien, ¿no creéis? —comentó en dirección al techo.

El Tor pareció hundirse más en su asiento.

Con una risita estrangulada, el Adepto Havelock arrojó su vino al fuego. Mientras el vino siseaba y ardía, arrojó su vaso hacia atrás, no alcanzando a Terisa por poco.

—La fornicación —pronunció— es algo difícil de hacer bien a solas.

—Mi dama —murmuró el rey, como si se preparara para dormir—, no *sabía* que Myste había acudido a verte. Lo *razoné*. Si fueras más honesta, tendría menos problemas en creerte. Deberías intentar usar tú también un poco de razonamiento.

Terisa había esperado que se mostrara abrumado y furioso. Evidentemente, no lo estaba. Las preconcepciones habían sido retiradas de un tirón de debajo de sus pies. Esta nueva sorpresa pareció derribar el último ápice de sentido de la situación. Myste estaba haciendo algo que había sido previsto en el augurio de Havelock del Rey Joyse. ¿Era por eso por lo que una mentira había puesto furioso al Rey, y la verdad había estado a punto de hacerle sonreír?

—No lo entiendo —murmuró débilmente—. ¿No te importa?

El Rey Joyse tendió una hinchada e insegura mano y sacudió al Adepto Havelock, el cual a su vez sacudió al Tor.

—Mi señor, he dicho: «Un poco más de vino iría bien».

Con un suspiro, el Tor extrajo su masa de su silla y se dirigió en busca de la jarra.

—Quieres que utilice un poco de *razonamiento*. —Terisa tenía dificultades en mantener controlada su voz—. ¿Qué hay acerca de que me des un poco de información con la que *razonar*? Probablemente Myste esté muerta. Si el frío no la ha matado, y el campeón no la ha matado..., entonces lo habrá hecho ese felino de fuego. ¡Actúas como si la única cosa que te importe sea el que no ha ido a ver a su madre!

—No. —El Rey sonó triste, pero respondió sin rencor—. Lo que me importa es que hizo algo de lo que puedo sentirme orgulloso.

Como un eco, Terisa creyó oír al Castellano Lebbick citar al Rey Joyse delante del Príncipe Kragen: *Lleva consigo mi orgullo allá donde vaya. Por su bien, al igual que por el mío, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados.*

Sintió deseos de gritar: ¡Pero eso no tiene ningún *sentido*! ¡Elega te ha

traicionado! ¡Myste está probablemente muerta! Sin embargo, las palabras murieron en su garganta: no servirían de nada. El pensamiento de que iba a tener que apoyar a Geraden sin nada excepto más confusión la hizo sentirse enferma.

El Tor volvió a llenar el vaso del Rey y el suyo, luego se acomodó de nuevo en su silla.

—Dama Terisa está inquieta —observó distanciamiento—. Creo que sería amable por tu parte, mi señor Rey, que le concedieras lo que pide.

El Rey Joyse alzó la cabeza una vez más y miró con el ceño hoscamente fruncido, como si tuviera intención de decirle algo ácido al Tor.

Pero no lo hizo. En vez de ello, gruñó:

—Oh, muy bien.

Por encima del hombro, se dirigió a Terisa:

—La razón por la que le dije a Geraden que no hablara contigo cuando fuiste traída aquí la primera vez es la misma razón por la que no intervine cuando los Maestros decidieron trasladar a su campeón. Es la misma razón por la que no voy a intervenir ahora. Estoy intentando protegeros. A ambos.

—¡Protegernos! —Estaba demasiado sorprendida para contenerse—. ¿Cómo me protege el mantenerme en la ignorancia? ¿Cómo nos protege permitir que el campeón sea trasladado? Resultamos enterrados vivos. —Casi me volví loca—. ¿Cómo le protege a él dejar que el Maestro Eremis lo destruya? Todo lo que consigues es hacernos parecer unos estúpidos.

El Rey desvió la cabeza hacia un lado e hizo un frágil gesto con ambas manos.

—¿Lo ves? —observó al Tor—. No *razona*.

Entonces su tono se hizo más amargo.

—Todavía sigues con vida, ¿no? ¿Tienes alguna idea de lo poco probable que era eso cuando llegaste? Mejores mentes que la tuya estaban seguras de que ninguno de los dos duraríais tres días. Un poco de estupidez es un precio muy pequeño que pagar a cambio de vuestras vidas.

Terisa contempló la nuca del Rey con la boca abierta, como si él se hubiera llevado todo el aire de la habitación.

—¡Mejores mentes! —croó el Adepto Havelock, como un hombre que se dirigiera a una multitud de admiradores—. Se refiere a mí. *Se refiere a mí*.

—Si te hubiera dado la bienvenida con los brazos abiertos —prosiguió el Rey Joyse—, mis enemigos se hubieran formado una impresión mayor de lo peligrosa que eres. Hubieran puesto mayores esfuerzos en matarte. —Sonaba irascible y viejo, quisquillosamente incapaz de las cosas que se atribuía a sí mismo—. Mientras creyeran que yo no tenía ningún interés en ti, que era demasiado estúpido o senil para sentir interés hacia ti..., podían permitirse tener paciencia. Esperar y ver. Gart te atacó aquella primera noche porque mis enemigos no habían tenido tiempo de

descubrir que yo no te había recibido bien. Pero, tan pronto la gente supo que yo no te estaba tratando como una aliada, Gart se retiró por un tiempo.

»¿Estás satisfecha?

Su pregunta la tomó por sorpresa. Consiguió formular:

—¿Quieres decir que la razón de que no puedas ayudar a Geraden ahora es que si lo haces tus enemigos sabrán que eres su amigo y empezarán a intentar más intensamente matarle?

—Quiero decir mucho más que eso —restalló él—. Quiero decir que, si le hubiera dado permiso para decirte lo que deseabas saber, os hubiera condenado a ambos. Mis enemigos hubieran tomado cualquier cosa así como un signo de que tú estabas de mi lado.

»¿Estás satisfecha *ahora*?

—¿Pero qué...? —Aquello era demasiado: la explicación no hacía más que incrementar su confusión. Todo había sido una elaborada comedia—. ¿Quiénes *son* tus enemigos? ¿Por qué no puedes proteger a nadie que desees en tu propio castillo? —Imágenes de Geraden y Myste y Elegia y la Reina Madin y el Maestro Barsonage e incluso el Castellano Lebbick brotaron en ella, todas perdidas y agraviadas—. ¿*Por qué tienes que hacer que todo el mundo que te es leal piense que no te preocupa nada de lo que ocurre?*

—Mi dama —su tono ya no era irritado. Ahora era tan afilado y cortante como el hielo—. Si tuviera algún deseo de responder a esas preguntas, ya lo habría hecho antes. Como cortesía a tu aflicción, te he dicho ya más de lo que considero juicioso. —Como la de Geraden, su habla se volvió más formal a medida que acumulaba autoridad. Pese a sus años, su voz tenía aún el potencial de restallar como un látigo—. Te aconsejo razón y *silencio*, mi dama. No prolongarás tu vida hablando de lo que has oído.

La despidió sin siquiera mirarla.

—Puedes irte.

—Pero... ¿Pero...? —Ella sabía que debería haberse mostrado más fuerte. Hubiera debido exigir una explicación mejor. Pero lo que deseaba preguntar no conseguía traspasar su tartamudeo mental y convertirse en palabras. No le quedaban ideas seguras sobre las que basarse. El Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo..., lo sabía con certeza. Estaba siendo pasivo y obtuso a propósito..., estaba hiriendo a las personas que le amaban a propósito. Pero, ¿qué propósito era ése? Era inconcebible. Él...

—Mi dama —dijo de nuevo el Rey—, puedes irte.

Con un tono de lejana tristeza, el Tor murmuró:

—Mi dama, generalmente no es juicioso hacer caso omiso de la voluntad de un rey. —Habló como con experiencia personal.

Con un feroz esfuerzo, Terisa acalló su insistente incomprensión. El esfuerzo la dejó furiosa y jadeante, pero al control de sí misma.

—Gracias, mi señor Tor —dijo rígidamente—. Mi señor Rey, lo siento. Te mentí acerca de Myste porque ella confiaba en mí. Temía que alguien pudiera intentar detenerla. Me pidió que la protegiera. Te mentí porque no sabía que tú la hubieras dejado marchar igualmente.

Ninguno de los tres hombres la miró. Siguieron contemplando con ojos vacuos el fuego, como si hubieran empleado todas las palabras que tenían disponibles para el día y ya no les quedara nada en qué pensar. El Rey Joyse la dejó alcanzar la puerta antes de decir, casi en un susurro:

—Gracias, mi dama.

Terisa se marchó como si estuviera huyendo.

Geraden se reunió con ella en sus aposentos para cenar.

Su expresión era una extraña mezcla de alivio y temor. Su conversación con Artagel había elevado su espíritu; la inminente reunión con la Cofradía gravitaba sobre él como plomo. La buena noticia, informó, era que Artagel estaba sanando bien tras su anterior recaída. Y que seguía siendo su amigo. La mala noticia era que el espadachín todavía no se hallaba en condiciones de enfrentarse a los Maestros y defender a su hermano.

—¿Cuándo será la reunión? —preguntó ella.

—No sé qué tipo de mediador es el Maestro Quillón. Siempre pensé que no era lo suficientemente asertivo como para convocar efectivamente una reunión. Pero ahora... —Se encogió de hombros.

Fervientemente, escuchó mientras ella le describía su sesión con el Rey Joyse, el Tor y el Adepto Havelock. Desgraciadamente, aquello no cambiaba nada.

—¿Sabes? —comentó al cabo de un tiempo—, todo esto nos serviría mucho más si tuviéramos alguna idea de por qué somos tan importantes.

—No lo creo. —Ella se sentía agriamente irritada e imperfectamente resignada—. No me alegra creer que el Rey Joyse es realmente nuestro amigo, sólo que no puede correr el riesgo de hacer nada al respecto. ¿De qué sirven los amigos que te amenazan exactamente igual a como lo hacen tus enemigos?

Él asintió lentamente, sin estar de acuerdo con ella.

—Lo importante es la esperanza. Ciertamente, suena como si tuviera razones para hacer lo que está haciendo. —El humor de Geraden parecía mejorar a medida que el de ella se deterioraba—. Y, si tiene sus razones, al menos podemos esperar que sean buenas.

—Por otra parte —indicó ella—, observa la forma en que está tratando al Tor.

Aquello hizo fruncir el ceño a Geraden.

—Oíste al Rey Joyse decir que «desafía toda predicción». Probablemente existe

el peligro de que haga algo que interfiera con alguno de los planes del Rey. De modo que el Rey Joyse intenta mantenerlo bajo control.

Un momento más tarde, añadió con tono lúgubre:

—No me gustan los planes que hieren al Tor.

—A mí tampoco —respondió Terisa.

Al cabo de un momento, él observó con algo más de humor:

—Ya es demasiado malo que nadie se preocupe mucho de lo que pensamos de sus planes.

Maldita sea, Geraden, pensó ella, estás empezando a animarte de nuevo. No lo comprendo.

Pese a la mejoría de su humor, sin embargo, él no sonrió cuando uno de los Apr más jóvenes llamó a la puerta y anunció que la Cofradía lo esperaba. Cuando el Apr utilizó la palabra «inmediatamente», los ojos de Geraden se abrieron un poco más de lo habitual.

—Eso ha sido rápido —murmuró a Terisa—. El Maestro Eremis sabe cómo entrar en acción.

El joven Apr evitó mirar a Geraden.

—Dama Terisa no es invitada.

—Dama Terisa —restalló él— vendrá de todos modos.

El Apr no la miró tampoco.

Geraden intentó ofrecerle una de las sonrisas combativas de Artagel; pero su fracaso lo único que consiguió fue que pareciera a punto de ponerse enfermo.

—Vayamos a por ello.

Juntos, siguieron al joven Apr a través de Orison hacia el laborium.

Hasta que los nudillos empezaron a dolerle, Terisa no se dio cuenta de que mantenía los puños apretadamente cerrados.

Aunque iba cálidamente vestida, sintió el frío tan pronto como cruzó la sala de baile en desuso y descendió al dominio de los Maestros. El nuevo muro cortina del Castellano Lebbick protegía la brecha que había causado el campeón, pero no la sellaba. Debido al fuerte viento exterior, había una apreciable brisa en los corredores. Como resultado de ello, la atmósfera era lo suficientemente fría como para desear haberse traído un chaquetón.

Si Geraden notó el frío, no lo mostró. Su actitud era distraída. Cuando entró en el laborium, se puso tenso. Había pasado toda su vida adulta —y una buena parte de su adolescencia— intentando ganarse un lugar para sí mismo en aquellos salones y corredores, y ahora su fracaso amenazaba con convertirse en tan espectacular que podía ser considerado como traición.

Por su bien, tanto como por el de ella misma, Terisa empezó a ponerse furiosa.

El joven Apr les condujo a ella y a Geraden a una parte del laborium donde Terisa

nunca había estado antes..., a la estancia que los Maestros habían utilizado para sus reuniones desde que el campeón había destruido la otra.

Esta estancia era pequeña en comparación, pero suficientemente amplia pese a todo. Era un largo rectángulo; y algo en el color o el corte de sus frías piedras grises, en el desgastado e irregular suelo, en el número de negras abrazaderas de hierro clavadas en las paredes, daba la impresión de que originalmente había servido para almacenar los instrumentos de tortura. Era el tipo de lugar donde las formas de infligir dolor podían aguardar mientras no eran necesitadas: los potros y las vírgenes de hierro llevadas y devueltas de la cámara de interrogatorios debían haber marcado aquellos surcos en el suelo; las empulgueras y los mayales debían colgar de aquellas abrazaderas. Algunas de ellas habían sido adaptadas para sujetar lámparas, pero el resto estaban vacías. Las vacías parecían especialmente tétricas.

Los Maestros estaban ya reunidos.

Se sentaban en pesadas sillas claveteadas con hierros que se alineaban en hileras a lo largo de las dos paredes más largas, más o menos la mitad de ellas a cada lado, mirándose de frente, como si hubieran sido instaladas deliberadamente como para formar un guantelete. Debido a la longitud de la estancia, sin embargo, una parte apreciable de cada lado no era utilizado. Las puertas estaban allí, a varios largos pasos de los asientos más próximos.

Dos guardias en posición de firmes custodiaban la puerta por la que Terisa y Geraden entraron en la cámara. Nadie respondió al lúgubre saludo con la cabeza del Apr.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Terisa estudió la habitación. Al principio, el único rostro que reconoció fue el del Maestro Barsonage. Desde que lo había visto por última vez, el antiguo mediador parecía haber desarrollado un tic nervioso: una de sus gruesas y rígidas cejas se crispaba involuntariamente. Bajo la presión de los errores de la Cofradía y la indecisión, su rostro había adquirido una tonalidad amarillenta. No vio ninguna esperanza allí.

Buscando al Maestro Quillón, su mirada fue atraída por el Castellano Lebbick.

Cuando lo vio, se le secó repentinamente la garganta.

Tenía a Nyle con él.

El hermano de Geraden estaba sentado al lado del Castellano, al extremo de una hilera de asientos. Llevaba una capa de estambre marrón sobre sus ropas. Tenía los brazos apretadamente cerrados sobre su pecho bajo ella, manteniéndola fuertemente cerrada. Su cabeza colgaba en un ángulo abatido. No alzó la vista hacia Terisa y Geraden.

Geraden se quedó helado por la impresión. Toda expresión se borró de su rostro. El destello que animaba sus rasgos casi todo el tiempo había desaparecido —oculto o extinguido—, y parecía más pequeño, como si estuviera encogido sobre sí mismo.

Miró inexpresivamente a Nyle, mientras dos brillantes puntos de color se extendían lentamente por sus mejillas. Terisa nunca lo había visto tan desamparado. La mirada de sus ojos le hizo temer irracionalmente que acababa de sufrir un ataque cardíaco.

—Dama Terisa *no* fue invitada —dijo con voz fuerte uno de los Maestros.

—Pero *es* bienvenida —gruñó el Castellano Lebbick—. ¿No es así, Maestro Quillón?

El mediador de rostro de conejo se puso en pie, mirando intensamente a todo el mundo y a nadie. Frunció la nariz y respondió:

—Tan bienvenida como tú, Castellano.

El Castellano Lebbick sonrió hoscamente.

El Maestro Eremis estaba sentado al lado opuesto del Castellano.

—Oh, insisto —dijo inmediatamente—. Si el Castellano Lebbick y Nyle son admitidos, es justo que sea admitida también dama Terisa. —Su expresión era difícil de leer. Parecía complacido sin ninguna razón evidente.

—¿Por qué está él aquí? —preguntó Geraden. Sonaba como un sonámbulo.

Todo el mundo comprendió a quién se refería. El Maestro Quillón empezó a responder, pero el Castellano Lebbick habló primero. Aún sonriendo, dijo:

—El Maestro Eremis afirma que va a apoyar la acusación contra ti.

—¡Nyle! —exclamó Terisa con un hilo de voz.

Todos los Maestros la miraban, pero ninguno de ellos parecía tener rostro. Ella no sabía quiénes eran.

Geraden se dirigió al asiento más cercano y se dejó caer en él como si se derrumbara.

Nyle tensó más la presión sobre su capa. No alzó la cabeza.

—Castellano Lebbick —dijo el Maestro Quillón, como si estuviera pensando en alguna otra cosa—, esto es una reunión de la Cofradía, no una congregación de tus guardias. No tienes autoridad aquí. Se ha permitido tu presencia sólo porque te niegas a dejar a Nyle entre nosotros sin ti. Por favor, guarda silencio.

El Castellano aceptó aquella advertencia sin responder, pero también sin someterse a ella.

—Mi dama —prosiguió el mediador en el mismo tono—, ¿tienes la bondad de sentarte para que podamos empezar?

Terisa luchó contra un impulso de ponerse a gritar. Bruscamente, se volvió y ocupó el asiento contiguo al de Geraden.

Éste parecía tan abrumado que ella susurró:

—¿Qué es lo que Nyle va a decir contra ti?

Él no respondió.

El Maestro Eremis observaba con curiosidad a Geraden, como si estuviera genuinamente interesado en lo que el Apr estaba pensando.

—Muy bien —dijo el Maestro Quillón. Dio uno o dos pasos rápidos hacia el centro de la estancia, entre las hileras de asientos—. Empecemos.

Los asientos eran viejos, quizá procedentes de los días en que los señores y damas de Orison disfrutaban contemplando la forma en que eran interrogados los prisioneros. La madera era lo suficientemente seca y porosa como para retener las manchas de sangre.

—Celebramos esta reunión para considerar una cuestión que no se nos presenta muy a menudo. —Su actitud sugería que hubiera preferido hallar un lugar donde ocultarse, pero su voz era firme—. Como todos sabéis, el Maestro Eremis afirma que el Apr Geraden es un traidor..., un traidor a la Cofradía y a Orison, al Rey Joyse y a Mordant. También dice que el Apr Geraden hará el mismo tipo de afirmación contra él. Oiremos ambas alegaciones. Ellos nos darán sus razones. Nos proporcionarán toda la corroboración que puedan. Y nosotros intentaremos determinar la verdad.

—Y, cuando la verdad sea determinada —apuntó casualmente el Castellano Lebbick—, yo actuaré respecto a ella.

El Maestro Quillón ignoró la interrupción.

—Este asunto debe ser tratado con rapidez. Hay una mancha en el honor de la Cofradía, y debe ser extirpada de inmediato. Orison se halla bajo sitio por culpa nuestra..., porque somos deseables a los enemigos del Rey. Y, en el mejor de los casos, no se confía excesivamente en nosotros. En consecuencia, es urgente que determinemos la verdad..., y que, cualquiera que sea el traidor, sea entregado al Castellano.

»Apr Geraden —los ojos del mediador chispearon—, ¿hablarás tú primero?

Todo el mundo se volvió para mirar a Geraden..., todo el mundo excepto Nyle, que permanecía derrumbado en su silla, como si estuviera considerando el suicidio.

Terisa deseó decir, exigir: No. Que empiece el Maestro Eremis. Pero las palabras no brotaron en su boca. Observó, como un Imagero más, cómo Geraden se ponía lentamente en pie.

Las manchas de color en sus mejillas se habían oscurecido hasta parecer el enrojecimiento de un ejercicio excesivo. Sus movimientos eran tensos, contenidos. Su pecho se alzaba y descendía como si intentara respirar profundamente y no pudiera. No miró a Nyle: de hecho, no miró a nadie. Había recibido un golpe que no sabía cómo afrontar.

Terisa se descubrió pensando: Nyle hace esto porque Geraden lo detuvo.

—Maestros... —El Apr tuvo que tragar fuertemente saliva para aclarar su garganta. Su voz parecía estarle ahogando. La ambición de su vida había sido pertenecer a la Cofradía. Había pasado años obedeciendo y honrando a aquellos hombres—. Todos nosotros hemos sido traicionados. No puedo probar nada de ello.

Oh, Geraden.



El Maestro Eremis pareció reprimir un deseo de echarse a reír.

—Debes hacer un esfuerzo, Geraden. —Las palabras del mediador eran más firmes que su tono—. El Maestro Eremis probará todo lo que pueda. ¿Estás hablando del Maestro Gilbur, o de alguien distinto?

Geraden asintió sin precisar. Su mirada se clavó en el suelo. Sin embargo, no dijo nada.

A la vista de su dolor, algo dio un vuelco en Terisa. Había sufrido demasiado, resistido demasiado. Y, ahora, su hermano le dañaba de aquel modo..., personalmente, deliberadamente. Al fin estaba desmoronándose bajo la tensión.

—En realidad, es simple —dijo Terisa con una voz que apenas pudo reconocer—. Tiene que haber un traidor. Alguien más..., no simplemente el Maestro Gilbur.

El Maestro Quillón se volvió hacia ella. Su nariz pareció estremecerse ansiosamente, pero el resto de su rostro permaneció inmóvil.

—En realidad, es simple —hizo eco Geraden como un fantasma—. Tiene que haber un traidor. Alguien más...

Entonces alzó la cabeza.

—Tiene que ser alguien de aquí.

Terisa contuvo el aliento, rezando por lo que podía venir a continuación.

—Ella ha sido atacada cuatro veces por Gart. —El tono de Geraden era un poco incierto, pero el velo en sus ojos parecía estarse desvaneciendo—. La tercera vez fue fuera, en el bazar. Eso no prueba nada. Pero la cuarta vez Gart entró por un pasadizo secreto que hay en sus aposentos. Alguien tuvo que hablarle de ese pasadizo.

Se detuvo.

—Eso es cierto —observó el Maestro Eremis, como si estuviera de acuerdo con Geraden—. Alguien tuvo que habérselo dicho. Yo estaba allí y presencié su ataque. Es posible, supongo, que yo fuera su proyectada víctima.

—Maestro Eremis —dijo el mediador con inesperada fuerza—, tendrás todo el tiempo que necesites para hablar. Defiéndete entonces. Ahora debemos dejar que el Apr diga lo que desee.

Un Maestro con una enorme barriga y casi apenas cejas interpuso:

—¿Estabas tú allí, Maestro Eremis? ¿Cómo sobreviviste? ¿Cómo sobrevivisteis todos vosotros?

Sonriendo, Eremis hizo un gesto deferente, reclamando silencio.

Sin vacilar, el Maestro Quillón animó a Geraden:

—Prosigue, Apr. ¿Quién sabía del pasadizo secreto?

Inmediatamente, Geraden dijo:

—El Castellano, por supuesto. El Rey Joyse. Sus hijas. Terisa. Su doncella. Y el Maestro Eremis.

Terisa dejó escapar un leve suspiro de alivio porque no había mencionado al

Maestro Quillón ni al Adepto Havelock. Tenía aún el bastante sentido común como para mantener aquello en secreto.

El mediador, sin embargo, no dio ninguna señal de haber observado la contención de Geraden.

—¿Y qué prueba esto?

—Todo el mundo sabía la existencia del pasadizo desde un principio. Excepto el Maestro Eremis. Éste lo averiguó recientemente. Poco después de que lo averiguara, Gart lo utilizó.

—¡Eso no significa nada! —protestó de inmediato el Maestro Eremis—. ¿Qué oportunidad he tenido de conferenciar con el Monomach del Gran Rey? He estado fuera de Orison, como todos sabéis. He estado visitando Esmerel.

Geraden envaró la espalda.

—Pero no es eso lo crucial. —Finalmente empezaba a sonar más seguro de sí mismo. Respiraba con más facilidad, y su mirada se había enfocado—. Es el segundo ataque el crucial. Ocurrió inmediatamente después de que el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur se reunieran con el Príncipe Kragen y los señores de los Cares.

Una expresión de ultraje cruzó el rostro del Castellano Lebbick cuando sus antiguas sospechas se vieron confirmadas.

—¿Se reunieron...?

Geraden ignoró al Castellano.

—Eso deja fuera a todos los demás. A todo el mundo que no sabía nada de la reunión. Pero el Maestro Eremis llevó a Terisa a ella. Cuando la reunión terminó, la dejó con el Príncipe Kragen. Gart surgió de un espejo con cuatro de sus hombres para atacarles. El Perdon y Artagel los salvaron. Sólo el Maestro Eremis podía haber arreglado eso. Él es el único que sabía que ella estaría allí. Él es el único que tenía algún control sobre dónde estaría ella después de la reunión.

Una expresión de burlón horror dilató los ojos del Maestro Eremis y curvó su boca.

—Y él —insistió Geraden— puede que sea el único Maestro que sabía dónde estaba ella la primera noche, cuando Gart penetró en sus aposentos para matarla. Él es el amante de Saddith. Ella se presentó voluntaria a ser la doncella de Terisa porque él se lo pidió.

»El Maestro Eremis es el único hombre en Orison que pudo haberle dicho a Gart dónde y cuándo atacar a Terisa.

Como si tuviera dificultades en mantener el equilibrio, Geraden se sentó y se sujetó las rodillas con las manos.

El Castellano Lebbick se puso en pie, peligrosamente tranquilo.

—Sospechaba algo como esto. Háblame de esa reunión.

—¿Es eso *todo*, Apr? —quiso saber un Imagero de rojiza compleción y mala

dentadura—. ¿Esperas que lo *creamos*?

—Siéntate, Castellano —aconsejó el Maestro Quillón—. Esto no te concierne.

—¿Qué dice Artagel? —preguntó alguien.

—Sigo sin comprender por qué el Monomach del Gran Rey desea matar a dama Terisa. ¿Qué amenaza constituye ella para Cadwal?

—¿Por qué no se nos informó del segundo ataque?

—No ha hecho nada a derechas desde que lo conozco. Creo que debemos dar por sentado que, si dice algo, tiene que estar equivocado.

—¡Cojones de toro y mierda de cerdo! —rugió el Castellano Lebbick por encima del parloteo—. *¡Háblame de esa reunión!*

El silencio creó ecos tras su grito.

—Has llegado a una conclusión apresurada, Castellano —indicó el Maestro Eremis, sin levantarse de su asiento—. El Perdon sugirió una reunión entre los señores de los Cares y la Cofradía, a fin de discutir nuestros problemas mutuos..., la inacción de nuestro buen Rey. Él arregló la venida de los señores a Orison. El Maestro Gilbur y yo fuimos escogidos para representar a la Cofradía..., yo porque alenté la reunión, él porque se opuso a ella. Yo tomé por mi cuenta la decisión de invitar al Príncipe Kragen, creyendo que su misión de paz era sincera.

Se encogió elocuentemente de hombros.

—Nada salió de ella. El Fayle y el Termigan se mostraron demasiado obstinados, el Tor estaba demasiado borracho, el Armigite era demasiado cobarde. Sólo el Perdon y el Príncipe Kragen mostraron alguna comprensión mutua.

»Incidentalmente, si estoy aliado con Alend, es poco probable que sea un servidor de Cadwal. ¿No estáis de acuerdo en eso?

»Creo —concluyó— que la sangre que hallaste pertenecía a los hombres de Gart. Sus cuerpos desaparecieron del mismo modo que aparecieron..., por medio de la Imagería. Sólo podemos suponer que el Maestro Gilbur escapó del mismo modo, como aliado del archi-Imagero Vagel.

Su explicación estaba tan cerca de la verdad que hizo estremecer a Terisa. El aire de la habitación parecía estarse enfriando. Se preguntó si alguna vez volvería a sentir calor.

—Eso fue traición —jadeó el Castellano Lebbick entre dientes—. Complotasteis traición.

—En absoluto —suspiró el Maestro Barsonage, hablando por primera vez. Su debilidad era profunda—. La verdad es que esperábamos que los señores nos proporcionaran razones sólidas que nos permitieran no correr el riesgo de trasladar a nuestro campeón. Solamente corrimos el riesgo de esa traslación porque los señores nos convencieron de que no tenían ninguna respuesta a las dificultades de Mordant.

—En cualquier caso —dijo el Maestro Eremis más secamente—, la reunión

terminó en nada. No hay causa para tu ultraje, Castellano, porque no se produjo ningún daño. En retrospectiva, resulta claro que el peligro más evidente surgió simplemente de la presencia de tantos señores, y del Príncipe Kragen, en un mismo lugar y momento. Si el campeón hubiera elegido abrirse camino en alguna otra dirección —el Maestro Eremis hizo girar humorísticamente sus ojos, pero su voz no perdió su afilado tono—, hubiera podido derrumbar Orison sobre la cabeza de todos los hombres importantes del reino.

El Castellano Lebbick murmuró unas cuantas y tenebrosas maldiciones.

—¿Podemos seguir con el asunto? —preguntó Terisa, hablando aún con una voz que apenas reconocía—. Quiero oír por qué Nyle piensa que Geraden es un traidor.

El Maestro de la enorme barriga restalló:

—Mi dama, lo que deseas no es de gran importancia para nosotros en estos momentos.

Con un gesto, el Maestro Quillón exigió silencio. Miró fijamente a Lebbick e inquirió con tono acerbo:

—Castellano, ¿podemos continuar? ¿O deseas seguir importunándonos porque vemos nuestras circunstancias y la necesidad de Mordant de una forma distinta a la tuya?

El Castellano Lebbick escupió otra maldición, luego cerró apretadamente la boca. Como un muelle siendo tensado, se sentó de nuevo.

El mediador se frotó la nariz, intentando detener sus fruncimientos.

—Apr Geraden, ¿has terminado ya con lo que deseabas decir?

Geraden asintió bruscamente.

—¿Dispones de alguna corroboración? ¿Hay algo que puedas mostrarnos o decirnos que apoye tus afirmaciones?

Geraden negó con la *cabeza*.

Un extraño pensamiento cruzó la mente de Terisa. Se dio cuenta de que Geraden había hecho lo que el Rey Joyse deseaba que hiciera: había usado la razón. Su acusación contra el Maestro Eremis estaba basada en razones antes que en pruebas.

Desgraciadamente, lo que los Maestros querían eran pruebas.

—El Maestro Eremis era el único que sabía que yo iba a asistir a aquella reunión —dijo Terisa—. Yo estaba allí. Todos los demás se mostraron sorprendidos de verme.

—No, mi dama —intervino inmediatamente el Maestro Eremis—. Eso es incorrecto. No puedes estar segura de que yo no le mencionara mi intención al Maestro Gilbur..., o incluso al Príncipe Kragen. No puedes estar segura de que la sorpresa que viste no pudiera tener otra causa.

»Pero, aunque tu afirmación fuera cierta, ¿qué significa? El Maestro Gilbur y yo abandonamos la habitación juntos para ir, como muy bien sabes, a informar de lo ocurrido a nuestros colegas Maestros. Pero él se separó de mí casi al momento,

diciendo que tenía una urgente necesidad de visitar sus aposentos. Sabiendo ahora que él, al menos, es un traidor, ¿cómo puedes creer que no aprovechó esa oportunidad, por imprevista que pueda parecer, para trasladar a Gart contra ti?

—Porque —observó incisivamente alguien a quien Terisa no conocía— un ataque así no pudo ser llevado a cabo sin preparación. El espejo necesario no podía construirse a voluntad en unos momentos. De hecho, la localización del encuentro pudo ser elegida para que encajara con la proximidad al espejo. ¿No fuiste tú quien elegiste la localización del encuentro, Maestro Eremis?.

Casi instantáneamente, todo el mundo en la estancia se inmovilizó. La atención concentró la atmósfera. Geraden inspiró profundamente, y algo de su innatural color abandonó su rostro.

El Maestro Eremis, sin embargo, no pareció preocupado.

—Por supuesto que lo fue —restalló—. Esa responsabilidad recayó sobre mis hombros porque ni el Perdon ni el Príncipe Kragen conocían lo suficiente Orison como para elegir por sí mismos. Pero supones que el espejo fue creado con el único fin de lanzar el ataque de Gart contra la dama. Sólo transcurrieron seis días desde la planificación del encuentro y el encuentro en sí. ¿Crees que un espejo así puede ser concebido y probado y modelado en sólo seis días? ¿No es más probable que el espejo fuera creado con una finalidad completamente distinta, quizá para proporcionarle a Gart el acceso a Orison siempre que lo deseara, y que la oportunidad de atacar a la dama fue meramente fortuita, un accidente circunstancial que el Maestro Gilbur se apresuró a aprovechar?.

Varios de los Imageros agitaron los pies; pocos de ellos cruzaron su mirada con la de Eremis. La facilidad con la que había rechazado la acusación hizo que los pensamientos de Terisa giraran.

—Muy bien, Maestro Eremis —murmuró el mediador, tras una larga pausa—. Presumo que Geraden no tiene nada más que decir. Puesto que ya has empezado a defenderte, por favor, prosigue.

—Gracias, Maestro Quillón —dijo Eremis, como si estuviera reprimiendo deliberadamente su desdén. No se molestó en levantarse—. Os daré mis razones. Sólo si no os persuaden llamaré a Nyle para que pruebe lo que digo. Comprensiblemente, se muestra relucante a condenar a su propio hermano.

Aquella afirmación podía ser cierta. Nyle se mostraba realmente relucante: se mostraba relucante incluso a seguir viviendo.

—Me sentí curioso acerca del Apr Geraden desde el momento en que trajo a dama Terisa hasta nosotros desde un espejo que no podía haber realizado una traslación así. —El Maestro permanecía sentado tranquilamente, con las piernas extendidas. Mientras hablaba, sus dedos jugueteaban con los bordes de su casulla. Su actitud era tan negligente que Terisa tuvo que estudiarlo con atención para darse

cuenta de que no dejaba de escrutar toda la estancia—. La relación entre él y el Maestro Gilbur convirtió mi curiosidad en sospecha. Cuando el Maestro Gilbur demostró finalmente su falsedad, mis peores dudas se vieron confirmadas.

Nadie le interrumpió mientras recitaba los argumentos que había presentado ya a Terisa. Ésta tuvo que admitir que sonaban plausibles, casi inevitables. Era el Maestro Gilbur quien había modelado el espejo que mostró por primera vez al campeón, el Maestro Gilbur quien guió cada paso del intento de Geraden de duplicar aquel espejo. En consecuencia, si las habilidades de Geraden habían hecho un espejo que podía hacer cosas que ningún otro espejo había hecho nunca antes, el Maestro Gilbur hubiera debido apreciarlo. O, de otro modo, el Maestro Gilbur era el responsable de los misterios de ese espejo, guiando a Geraden a realizar cosas que el Apr jamás hubiera podido conseguir por sí mismo. En cualquiera de los dos casos, los dos hombres estaban aliados. Las dificultades de Geraden siempre habían sido de talento antes que de conocimiento: el Maestro Gilbur no podía haberle empleado para hacer algo sin precedentes sin que el Apr fuera consciente de ello.

—No —murmuró Geraden—. No tenía la menor idea. —Pero nadie le prestó la menor atención.

El Maestro Eremis explicó también su teoría acerca de por qué Cadwal avanzaba hacia Mordant. Sobre esta base, afirmó, el resto era evidente. ¿Quién era el único hombre que siempre había sabido exactamente dónde estaba dama Terisa? El Apr Geraden, por supuesto, que primero dispuso que sus aposentos fueran custodiados, luego persuadió a su hermano Artagel que la siguiera. ¿Quién era el hombre que tenía más probabilidades de ayudar al Maestro Gilbur a trasladar a Gart después de la reunión de los señores? El Apr Geraden, por supuesto, el aliado del Maestro Gilbur. ¿Por qué era que la aparente lealtad de Geraden al Rey Joyse se había visto reducida siempre a nada? Porque era sólo un hábil disfraz para ayudarlo a golpear a aquellos que más confiaban en él. Estaba confabulado con Gart y el Gran Rey Festten.

Escucharle hizo que Terisa se sintiera enferma.

El dolor en los ojos de Geraden era agudo, pero no dijo nada.

Cuando el Maestro Eremis hubo terminado, el resto de los Imageros fueron lentos en hablar. Algunos de ellos parecían impresionados. La mayoría, sin embargo, parecían más bien aliviados, como si hubieran sido rescatados de creer que un miembro de la Cofradía les había traicionado. Y algunos se mostraban claramente alegres ante la perspectiva de librarse finalmente de Geraden.

Al cabo de un momento, sin embargo, un joven Maestro ligeramente estrábico exclamó:

—Pero todo esto carece de consistencia, Maestro Eremis. Si he comprendido bien, es Geraden quien ha mantenido con vida a la dama proporcionándole defensores.

—Tonterías —respondió secamente el Maestro Eremis—. Los guardias que primero dispuso para ello eran incapaces de enfrentarse con éxito al Monomach del Gran Rey. Y, desde entonces, su duplicidad ha sido más profunda de lo que te das cuenta. Puso a Artagel al lado de la dama para que el mejor espadachín de Mordant fuera eliminado también, librando así a Cadwal de dos importantes enemigos con una sola traición.

—¡No puedes creer esto! —La protesta de Geraden fue como un gemido. De inmediato, sin embargo, volvió a cerrar la boca.

—No, Geraden. —El Maestro Barsonage se levantó. Su mirada se detuvo unos instantes, tristemente, en Terisa—. No creo eso. —Su rostro tenía el color y la textura de una prolongada tensión—. La verdad es que no creo nada de lo que he oído aquí. Tú y el Maestro Eremis os denunciáis mutuamente como si no pudiera dudarse de lo que decís, pero ninguno respondéis a la cuestión más importante, la cuestión sobre la que reposa o se hunde todo lo demás. No explicáis *por qué*.

»¿*Por qué* el Monomach del Gran Rey se toma tantas molestias en atacar a dama Terisa? ¿*Por qué* desea el Maestro Eremis verla muerta? —Por encima del hombro, preguntó—: Maestro Eremis, ¿*por qué* desea matarla Geraden? —Luego se dirigió a la Cofradía—. Nada de lo que han dicho estos dos hombres tiene significado alguno a menos que puedan explicarnos *por qué*.

Antes de que ninguno de los dos acusadores pudiera contestar, Terisa se puso en pie.

—Yo os diré por qué. —Un estremecimiento recorrió su voz..., un estremecimiento de furia antes que de frío. No tenía frío: estaba segura de ello. La frustrante certeza que había sido incapaz de nombrar se hizo repentinamente clara—. Yo os diré exactamente por qué. —*Si él no hubiera sido rescatado...* No estaba respondiendo a la pregunta del Maestro Barsonage; no tenía respuesta a eso. Pero le permitía decir lo que deseaba.

»Geraden no tenía ninguna razón para desear mi muerte. Ha pasado conmigo el tiempo suficiente desde que llegué aquí como para saber que no soy ninguna amenaza para nadie. Si estuviera confabulado con Gart, yo nunca hubiera sido atacada. Él no hubiera corrido el riesgo de lanzar al Monomach del Gran Rey contra alguien como yo.

»Pero el Maestro Eremis tiene una razón.

El Maestro se envaró en su asiento. Parecía tomado por sorpresa.

—Mi dama —dijo interrogadoramente—, he salvado tu vida. He hecho todo lo que un hombre puede hacer para ganar tu amor. ¿Cómo puedes pensar que te deseo algún daño?.

Ella sentía deseos de vomitar.

—Porque yo sé que estás mintiendo.

Ante aquello, la expresión del Maestro se ensombreció. Oyó el suave silbar del aliento contenido de los Imageros a sus espaldas cuando Eremis se puso ominosamente en pie.

—Asegúrate de lo que dices, mi dama —murmuró, como una advertencia.

—Estoy segura —le respondió firmemente. La presión ascendió en su voz. No deseaba gritar, pero necesitaba pasión para controlar su miedo, para mantenerse en su lugar pese al hecho de que nunca antes había desafiado a nadie de aquella manera y no creía que pudiera hacerlo ahora, ciertamente no con el Maestro Eremis, era demasiado para ella, era como su padre, había hecho demasiado por ella desde un principio—. Tú lo sabes todo acerca del ataque después de la reunión de los señores. Yo te lo conté. He cometido un montón de errores. Pero tú te marchaste sin venir a verme de nuevo. —*Si él no hubiera sido rescatado...*—. Nunca tuve oportunidad de contarte los ataques contra Geraden. ¿Quién te habló de ellos?

«Podías saber lo del ataque de aquellos jinetes en el bosque. Ahora es del dominio público. Todo el mundo pudo habértelo contado. —*Rescatado como lo fue, te aseguro*—. Pero tú lo sabías todo del anterior también.

El Maestro Eremis la miró como si hubiera sido tomado completamente por sorpresa.

—Nadie sabía nada acerca de él, excepto Artagel, Geraden y yo. Y el Adepto Havelock. *Él* no te lo dijo. —El Maestro Eremis había cometido un error. Bajo la presión de las acusaciones de Geraden, había cometido un error—. Ninguno de nosotros te lo dijo. Tú no estabas *aquí*. Pero pese a ello dijiste que ese ataque fue simplemente un plan. Lo sabías todo acerca de él. Dijiste: "Si no hubiera sido rescatado como lo fue, te aseguro que hubieran hecho retirarse a sus insectos antes de que acabaran con él".

»Dijiste: "sus insectos". ¿Cómo sabías que fue atacado por insectos?

Una luz de sorpresa y vindicación cruzó el rostro de Geraden.

Luchando por mantener el autocontrol, Terisa concluyó:

—Estás intentando acusar a Geraden por la misma razón que quieres mi muerte. Porque somos peligrosos para ti. Sabemos que eres el traidor.

Sólo por un momento, el Maestro Eremis siguió boquiabierto. Luego empezó a reír suavemente.

Su risa no parecía particularmente alegre.

—Mi dama —dijo—, eres ultrajante. Tú misma me hablaste de ese ataque.

—Eso es otra mentira —respondió ella, furiosa.

—No, mi dama. La mentira es tuya. Obtuve la historia de tus propios labios, entre beso y beso.

—No lo creo así, Maestro Eremis. —Geraden se puso en pie al lado de Terisa. La audacia de ella lo había galvanizado: estaba preparado para la batalla, y sus ojos



ardían—. Ella no tiene ninguna razón para mentir. No tiene nada que ganar aquí.

—¿De veras? —La boca del Maestro Eremis se curvó burlonamente—. Eres un ingenuo, muchacho..., o un estúpido. Tú eres su razón. Te tiene a ti que ganar.

Aquel argumento detuvo a Terisa: la hizo anclarse sobre sus talones, como si acabara de recibir un jarro de agua fría contra su rostro. Era cierto...

Era lo bastante cierto como para hacerla parecer como una estúpida.

Sin embargo, fue un error de cálculo. Antes de que Eremis pudiera seguir, varios de los Maestros estallaron en carcajadas.

—¿Con *tu* reputación con las mujeres? —dijo el Imagero de la mala dentadura—. ¿Tú nos pides que creamos que ella prefiere a Geraden pies torpes?

—No hubiera creído ninguna otra prueba —añadió otro Maestro—, pero ésta sí la creo. Si el Maestro Eremis se ve reducido a proclamar que no puede ganarse a una mujer ante el Apr, entonces no hay verdad en su boca.

—Al contrario —respondió otro, riendo a carcajadas—. Si el Maestro Eremis se ve reducido a admitir que no ha podido ganarse a una mujer ante el Apr, entonces tiene que estar diciendo la verdad.

—¡*Ya basta!* —ladró el Maestro Eremis. Flageló el aire con sus manos, reclamando silencio—. ¡Ya he soportado *demasiado!*

Su grito hizo que las paredes resonaran fuertemente. La furia en su voz y el brillo de sus ojos inmovilizó la estancia, exigiendo la atención de todo el mundo.

—Es intolerable que todo mi servicio a Mordant y a la Cofradía sea recibido con desconfianza. Es *intolerable* que alguno de vosotros crea a este débil muchacho cuando soy acusado. Ahora probaré lo que digo. Pediré a Nyle que hable.

Los Maestros miraron. Geraden abrió la boca, volvió a cerrarla; el color desapareció de su piel. En lo más profundo de su ser, Terisa se estremeció más violentamente que nunca.

El Maestro Quillón inclinó reflexivamente la cabeza hacia un lado. Al cabo de un momento, comentó, en un tono que casi sonaba amenazador:

—En bien de todos los que estamos aquí, Maestro Eremis, espero que estés seguro de lo que él va a decir.

—Estoy seguro. —La certeza de Eremis era absoluta, tan incommovible como su sonrisa.

Todo el mundo miró a Nyle.

El hermano de Geraden no parecía darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Su hundida postura no varió: su cabeza no se alzó. La mueca que distorsionaba sus rasgos era tan profunda como su desesperación.

Bruscamente, se volvió y susurró algo al oído del Castellano Lebbick.

El Castellano escuchó, frunció el ceño... y dijo:

—Maestros, Nyle desea hablar en privado con Geraden.

Nyle volvió a mirar al suelo.

Nadie se movió. El corazón de Terisa golpeaba fuertemente contra la base de su garganta. Geraden agarrotó sus puños y mantuvo alta la cabeza; su mandíbula se proyectó hacia delante. El Maestro Eremis volvió una mirada evaluadora hacia Nyle, pero no dijo lo que estaba pensando. Los Imageros se miraron inseguros entre sí, y el Castellano al Maestro Quillón.

Finalmente, el mediador preguntó con curiosidad:

—¿Por qué?

El Castellano Lebbick se encogió de hombros.

—Quizá piense que puede persuadir a Geraden de que confiese.

—¿Tienes tú alguna objeción?

Lebbick negó con la cabeza.

—La estancia está custodiada. —Luego añadió sarcástica-mente—: Cualquier cosa que Geraden tenga que confesar, será fascinante.

Una vez más, pareció como si el Maestro Quillón deseara echar a correr y ocultarse. Sin embargo, dijo:

—Entonces sentémonos. Nyle y Geraden pueden ir al extremo de la sala.

El Maestro Eremis se encogió de hombros y aceptó la decisión. Los demás Maestros ocuparon sus asientos.

Terisa se volvió hacia Geraden. ¿Qué quería decirle Nyle? Oh, Geraden, ¿qué es lo que ocurre?

Pero Geraden no aceptó su mirada. Todo en él estaba enfocado en su hermano..., el hermano al que había intentado salvar de cometer traición; el hermano al que había humillado hasta los huesos.

—Ve con cuidado —jadeó Terisa. Podía captar el desastre acumularse a su alrededor. No había ninguna forma de preverlo—. Por favor.

Con la sorpresa doliéndole hasta lo más profundo de su cuerpo, se sentó.

Rígidamente, Geraden avanzó hasta detenerse frente a Nyle.

Cuando vio las botas de Geraden cerca de las suyas, Nyle se puso trabajosamente en pie. Sin dejar de apretar su capa en torno a su cuerpo, avanzó hacia el fondo de la estancia..., tan lejos como le fue posible de los Maestros; el punto más alejado de Terisa.

Allá aguardó a que Geraden se reuniera con él.

Los Maestros observaban sin moverse. Las mandíbulas del Castellano Lebbick masticaban pensamientos indigeribles; su mirada no se desviaba ni un milímetro de los dos hermanos.

Permanecieron de pie, con Geraden de espaldas a la estancia. Terisa podía ver el rostro de Nyle: era crispado y salvaje, más implacable —y más desesperado— de lo que había sido cuando se alejó cabalgando de ellos para traicionar a Orison. Parecía a

la vez homicida y abrumado, como si estuviera implicado en un crimen que hacía que cada milímetro de su cuerpo se estremeciera.

Con voz susurrante, le dijo algo a Geraden.

Debió ser algo doloroso: Geraden reaccionó como si hubiera sido golpeado. Retrocedió unos pasos; luego se lanzó hacia delante. De espaldas, pareció como si sujetara la capa de Nyle.

Entre los dos hermanos, una daga de hierro cayó al suelo, resonando metálicamente sobre las piedras.

Estaba cubierta de sangre.

Nyle se apoyó contra la pared. Sus ojos giraron, luego se cerraron. Sus rodillas se doblaron. Geraden intentó sujetarle, pero cayó de espaldas. Su capa se abrió, dejando al descubierto la horrible herida que el cuchillo había causado en su abdomen.

Como la daga, las manos de Geraden estaban cubiertas de sangre.

## 26

# Fratricida

En el abrumado silencio de su mente, Terisa empezó a gritar. Afortunadamente, no lo hizo en voz alta.

Por un momento, nadie dijo nada. Nadie hizo absolutamente nada. Todo el mundo se limitó a mirar boquiabierto a Geraden y Nyle.

Entonces Geraden emitió un sonido estrangulado como un sollozo, y la Cofradía entró en erupción.

Los Maestros saltaron de sus asientos y corrieron en todas direcciones. El Castellano Lebbick se puso en movimiento en un estallido, lanzándose como un proyectil destructor hacia Geraden. Geraden se apretó contra la pared, como si estuviera rodeado.

Por encima del caos, Terisa gritó:

—¡Geraden! ¡Corre!

Como si ella hubiera encendido una mecha, Geraden se lanzó hacia la puerta.

Demasiado tarde, demasiado lento: se hallaba en estado de shock, y no podía equipararse al instinto del Castellano para la acción. Pero algunos de los Maestros corrían también hacia él, quizá con el deseo de capturarlo, quizá con la esperanza de ayudar a Nyle. Uno de ellos era el Maestro Quillón.

Tan rápido como un conejo, fue tras Geraden..., y tropezó.

Cayó directamente delante del Castellano Lebbick, enredándose accidentalmente entre sus piernas. Lebbick cayó de bruces sobre las losas de piedra.

Geraden alcanzó la puerta y la abrió de golpe.

—¡Detenedlo! —rugió el Castellano Lebbick a los guardias de fuera—. ¡Detened a Geraden!

La puerta se cerró de golpe a tiempo para cortar su grito.

El Maestro Barsonage permanecía de pie, solo, en medio de la confusión. Mientras los Imageros se gritaban unos a otros e intentaban decidir hacia dónde correr, unió apretadamente sus manos y miró boquiabierto hacia ningún lugar en particular. Incluso su tic involuntario se había paralizado.

Aún rugiendo, el Castellano saltó en pie, apartó violentamente a los Maestros que le rodeaban y cargó hacia la puerta.

El Maestro Eremis no fue el primero en llegar junto a Nyle. Sin embargo, apartó a un lado a todos los demás, cogió la sangrante forma en brazos y echó a andar hacia la salida del fondo.

—¡Un médico! —ladró, aunque nadie le escuchaba—. ¡Necesita un médico!

Automáticamente, Terisa siguió al Maestro Eremis y Nyle.

Sin advertencia previa, alguien la sujetó del brazo. Obligada a volverse, se halló

frente al Maestro Quillón.

Sus ojos brillaban intensamente; su nariz se fruncía de una forma extravagante.

—¡Ven! —exigió, con una voz que pareció atravesar toda la confusión hasta alcanzar directamente lo más profundo de ella—. ¡Tenemos que ayudarlo!

Inmediatamente echó a andar, tirando de ella, hacia la puerta por la que el Maestro Eremis acababa de salir.

Los dos guardias asignados a aquella puerta estaban en la habitación, gritando en petición de órdenes y respuestas. El Maestro Quillón pasó junto a ellos. Hicieron un esfuerzo por detener a Terisa, luego la dejaron pasar: la barahúnda de la Cofradía exigía su atención.

Con su ropa gris aleteando contra sus rodillas, el Maestro Quillón echó a correr.

Terisa no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo el hombre: simplemente, le siguió porque había utilizado la palabra ayudar. Pero de pronto empezó a reconocer aquella parte del laborium. Hasta el fondo del corredor, luego a lo largo de un corredor lateral, el Maestro Quillón la llevó hasta una puerta tan pequeña y recia como para ser la puerta de una celda.

Aquella puerta también estaba custodiada.

—¡Rápido! —gritó el Maestro a los guardias—. ¡Alguien ha sido asesinado! — Señaló en la dirección de la que habían venido él y Terisa—. ¡El Castellano os necesita!

Su urgencia era tan convincente que los dos hombres abandonaron su puesto a toda velocidad, extrayendo sus espadas de la vaina mientras corrían.

Inmediatamente, el Maestro Quillón abrió la puerta, empujó a Terisa a través de ella, y la cerró de nuevo a sus espaldas.

Habían entrado en la antecámara de la red de celdas que había sido reconstruida para el almacenaje y exhibición de los espejos de la Cofradía.

—¿Va a venir él aquí? —preguntó ella. Jadeaba afanosamente.

Con no deliberada brutalidad, el Maestro Quillón respondió:

—No tiene ningún otro lugar donde ir. —Cogió de nuevo su brazo, la empujó a través de la más cercana entrada hacia la madriguera de estancias llenas de espejos.

Pero él no la acompañó.

Cuando se detuvo, ella se volvió para interrogarle.

—¡Ve! —restalló él—. ¡Ayúdale! Ganaré tanto tiempo como pueda. Me creerán cuando diga que no vino aquí..., al menos por uno o dos minutos.

Ella le miró.

—¿Ayudarle?

—¡Ve, te digo! —La empujó de nuevo.

Ella trastabilló, recuperó el equilibrio, y huyó de la antecámara.

¿Ayudarle? ¿A Geraden?

Nyle estaba muerto. Su vientre había sido abierto de parte a parte.

¿Por qué?

Para que no pudiera hablar a la Cofradía. Para que no pudiera apoyar las acusaciones del Maestro Eremis.

¡Geraden!

Tan pronto como encontró la estancia donde se exhibía el espejo que la había traído a Orison, le vio. Estaba intentando ocultarse más allá de una entrada, pero no fue lo suficientemente rápido para eludirla.

El espejo original del Maestro Gilbur había sido destruido por el campeón, por supuesto: este espejo era la copia de Geraden. Estaba cubierto, de modo no podía ver la escena que reflejaba.

—¡Geraden! —susurró. Tenía miedo de gritar—. Soy yo, Terisa.

Al cabo de un momento, él salió de su escondite y se acercó a ella.

Se había convertido en una persona distinta. Su rostro era de hierro; sus ojos puro acero. Habló como si pudiera reclamar autoridad sobre ella en cualquier momento.

—¿Has venido a persuadirme de que me rinda?

—No. —Apenas pudo forzar sus palabras fuera de su boca. Algo dentro de ella se estaba rompiendo—. Él me dijo que te ayudara.

—¿Él?

—El Maestro Quillón.

—Hubiera debido venir él personalmente.

El sonido de una puerta creó débiles ecos en las estancias. Terisa oyó un distante murmullo de voces.

—Si eres una Imagera, mi dama —dijo Geraden—, tal vez puedas ayudarme. De otro modo, no tengo escapatoria.

—Sabes que no soy una Imagera. —¡Oh, amor mío!—. ¿Qué fue lo que te dijo Nyle?

Parecía inalcanzable..., demasiado duro e inhumano para ser tocado. Sin embargo, algo en la voz de ella, o en su rostro, o en la forma en que estaba allí de pie, debió penetrar en él. Sus defensas se cuartearon.

—Nada —dijo, como si hubiera llegado sin transición al borde de las lágrimas—. Nada en absoluto. Es un truco. Algo que el Maestro Eremis preparó contra mí.

»Terisa, yo no maté a mi hermano.

Ella pudo oír claramente la voz del Castellano Lebbick:

—¡Dispersaos! Ha entrado aquí dentro. Lo quiero vivo.

—¡No soy una Imagera! —exclamó—. ¡No puedo ayudarte!

Sintiéndose miserable, rodeó el cuello de Geraden con sus brazos.

Él se aferró a ella hasta que ambos oyeron el sonido de duras botas acercándose desde una de las otras habitaciones. Inmediatamente, se separaron.

Geraden volvía a ser de nuevo todo hierro.

Sin vacilar, se volvió hacia el espejo y arrancó su cubierta.

El cristal mostró el deprimente paisaje alienígena donde el campeón y sus hombres habían fracasado.

—¡No, Geraden! —jadeó ella—. ¡Estarás perdido!. Nunca podrás volver.

Él no la escuchó.

—Tan pronto como haya sido trasladado, mi dama —dijo, como si ella fuera una desconocida—, por favor, cambia el enfoque del espejo. Si soy visible en la Imagen, seré perseguido.

Dijo algo más, que ella no pudo comprender. Sus dedos acariciaron el marco de madera al partir; sus manos hicieron un gesto de adiós.

Luego, penetró en el espejo y la dejó sola.

Pero no apareció en la Imagen.

Ella escrutó febrilmente la escena: no había el menor signo de él. Una vez más, su cristal había efectuado una traslación imposible. Lo había llevado a un lugar que no mostraba.

Esta vez, sin embargo, nadie sujetaba su pie. No tenía forma alguna de volver. Estaba completamente perdido.

El Castellano Lebbick apareció junto a ella tan bruscamente que hubiera gritado de no sentirse tan abrumada.

Miró a su alrededor, registrando toda la habitación; miró al cristal. Luego, apoyó sus manos en los brazos de ella, y clavó sus dedos en la débil carne. Un feroz triunfo ardió en su rostro.

—Ahora lo has hecho, mujer —dijo, casi alegremente—. Has hecho algo tan vil que nadie va a protegerte. Has ayudado a un asesino a escapar.

Ella hubiera debido decir algo para defenderse. Una negativa no hubiera perjudicado en nada a Geraden. Estaba más allá de todo posible daño. Pero se limitó a alzar la cabeza y enfrentarse a la llameante mirada del Castellano tan firmemente como pudo, dentro de su aflicción, y no dijo nada.

—Ahora —murmuró el Castellano entre dientes apretados— eres *mía*.



Stephen Reeder Donaldson, hijo de James R. Donaldson, un médico misionero, y Mary Ruth Reeder, especialista en prótesis. Desde los cuatro a los diecisiete años, vivió en la India donde su padre se encargaba del tratamiento a leproso. Donaldson se tituló como *Master of Arts* en Inglés en la universidad de Kent State en 1971.

A menudo se le ha comparado con J. R. R. Tolkien por su magnífica construcción de mundos y culturas, además de su espléndida escenificación de batallas y prodigios. Por otro lado se señalan influencias de William Shakespeare, Mervyn Peake y las óperas de Richard Wagner. Tanto *Las crónicas de Thomas Covenant, el Incrédulo* como *La necesidad de Mordant* hacen uso del paradigma del *otro mundo* ya usado por C.S. Lewis.

Su serie *The Gap Cycle*, no traducida aún al castellano, es una ambiciosa incursión de Donaldson en el género de la ciencia ficción. Como en *Las crónicas de Thomas Covenant*, el autor muestra la debilidad y la crueldad humanas ante situaciones de supervivencia y brutalidad.